El león y el cazador. História de África Subsahariana	Titulo
Gentili, Anna Maria - Autor/a	Autor(es)
Buenos Aires	Lugar
CLACSO	Editorial/Editor
2012	Fecha
Colección Sur-Sur	Colección
Independencia; Descolonización; Colonialismo; Estado; Historia; Etnicidad; Mercado; África;	Temas
Libro	Tipo de documento
http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/sur-sur/20120425121712/ElLeonyElCazador.pdf	URL
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.0 Genérica http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO
http://biblioteca.clacso.edu.ar

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)
Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)
www.clacso.edu.ar

CLACSO
Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Latin American Council of Social Sciences

El LEÓN y el CAZADOR

Historia del África Subsahariana

Anna Maria Gentili

COLECCIÓN **SUR-SUR**

CLACSO

EL LEÓN Y EL CAZADOR

A Giorgio Mizzau

Gentili, Anna Maria

El león y el cazador : historia del África Subsahariana . - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2012.

576 p. ; 23x16 cm. - (Programa Sur-Sur)

ISBN 978-987-1543-92-2

1. Historia de África. I. Título

CDD 967

Otros descriptores asignados por la Biblioteca Virtual de CLACSO:
Historia / Estado / Colonialismo / Descolonización / Independencia / Etnicidad / Mercado / Democracia / Tradición / África subsahariana

Colección Sur-Sur

EL LEÓN Y EL CAZADOR

HISTORIA DEL ÁFRICA SUBSAHARIANA

Anna Maria Gentili

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
CLACSO
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Editor Responsable Emir Sader - Secretario Ejecutivo de CLACSO

Coordinador Académico Pablo Gentili - Secretario Ejecutivo Adjunto de CLACSO

Área de Relaciones Internacionales

Coordinadora Carolina Mera
Asistentes del Programa María Victoria Mutti y María Dolores Acuña

Área de Producción Editorial y Contenidos Web de CLACSO

Responsable Editorial Lucas Sablich
Director de Arte Marcelo Giardino

Producción Fluxus Estudio

Impresión Gráfica Laf SRL

Primera edición
El león y el cazador. Historia del África subsahariana
(Buenos Aires: CLACSO, abril de 2012)

Título original:
Il leone e il cacciatore. Storia dell'Africa sub-sahariana
Segunda edición, noviembre 2008.
Carocci editore S.p.A., Roma.

Traducción Carlos Catroppi

ISBN 978-987-1543-92-2
© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

CLACSO
Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Estados Unidos 1168 | C1101AAX Ciudad de Buenos Aires | Argentina
Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacsoinst@clacso.edu.ar> | <www.clacso.org>

Patrocinado por la Agencia Sueca de Desarrollo Internacional Asdi

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

Este libro está disponible en texto completo en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO <www.biblioteca.clacso.edu.ar>

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

AGRADECIMIENTOS

Dedico este libro a Giorgio Mizzau, con quien lo habíamos planeado, y a Bernardo Bernardi. Con ambos compartíamos el amor por África, y de ambos siento la irreparable pérdida: en el caso de Giorgio, como amigo y compañero de estudios; en el de Bernardo como maestro generoso, siempre dispuesto a escuchar y a aconsejar. En estos años, los mayores estímulos me han venido de los muchos estudiantes italianos y de los muchos africanos, sobre todo mozambiqueños, que han podido leer el presente texto en la traducción portuguesa realizada por el Archivo Histórico de Mozambique. Agradezco en forma colectiva a todos aquellos amigos, estudiantes y colegas de quienes he recibido apoyo para la redacción original, y estímulo por medio de críticas e ideas; dedico mi especial gratitud a Roberta Pellizzoli, quien releyó y organizó el texto con tanta maestría como paciencia.

ÍNDICE

Prólogo a la segunda edición | **17**

Introducción | **21**
- El león y el cazador | 21
- Etnia, tribu, nación | 23
- La tradición | 33
- Autoridad y poder en las sociedades del África precolonial | 35
- Los sistemas económicos precoloniales | 41
- Problemas de historia y política | 52

Primera parte
I - El siglo XIX: la época de las grandes transformaciones | 59
- De la trata atlántica al comercio lícito | 69
- Decadencia y formación de Estados | 89
- El Islam al poder en África occidental | 100
- Expansión, emigración, colonización de nuevas tierras: Azande y Fang | 114
- Egipto entre ambiciones expansionistas y crisis | 117

- La reconstrucción y expansión del Imperio etíope | 123
- Grandes transformaciones en el África austral | 134
- El África inviolada de los Grandes Lagos | 159

II - El reparto colonial | **167**
- Papel del comercio en el reparto de África occidental | 176
- La expansión militar francesa | 181
- Las iniciativas alemanas | 183
- La cuestión del Congo y el Congreso de Berlín | 184
- El África oriental entre la conquista militar y la resistencia | 187
- La formación de Uganda | 190
- La resistencia en Kenia | 192
- Sometimiento del reino Matabele | 194
- Incorporación del reino de Lozi (Barotselandia), y formación de Rodesia del Norte (Zambia) y Niasalandia (Malaui) | 198
- Extensión de la frontera colonial en Sudáfrica | 202
- El África del Sudoeste (Namibia) y la colonización alemana | 219

Segunda parte
I - El Estado colonial | **227**
- Plano de la ocupación colonial | 227
- Ideología y práctica de las administraciones coloniales: *assimilation, association, indirect rule* | 237
- Las dependencias británicas: *indirect rule, native administration* | 261
- Native administration y control de la tierra. El caso de la Costa de Oro | 281
- Estados coloniales artificiales | 351
- La descolonización | 376
- Del Estado artificial al Estado asimétrico | 383

II - El África independiente | **387**
- África independiente cumple cincuenta años | 387
- Territorio, Estado, nación | 391

- El peso de las herencias | 398
- ¿África empezó mal? | 400
- Estado, constitucionalismo y partido único | 405
- Socialismos africanos y marxistas | 411
- Descentralización y ciudadanía: el papel de las autoridades tradicionales | 413
- De los militares en política a la democratización con numerosos partidos | 418
- Las independencias revolucionarias | 464
- Del Estado al mercado | 495
- Estado y gobernanza | 502
- La paradoja de la democracia | 506

Bibliografía | **509**

ADVERTENCIA DE LA AUTORA

En líneas generales, los nombres de poblaciones, personajes históricos o entidades políticas de África aparecen en el original italiano de acuerdo con las versiones o transcripciones en uso en las principales publicaciones científicas internacionales, las cuales se basan en la fonética del inglés. Han sido eliminados los signos diacríticos.

NOTA SOBRE LA TRADUCCIÓN DE NOMBRES PROPIOS

La amplia difusión en África de sistemas de escritura que utilizan caracteres diferentes de los latinos tiene como consecuencia que las grafías de los nombres fluctúen según el idioma al que se efectúa la transcripción fonética. En español no es posible adoptar a ojos cerrados las formas corrientes en inglés, porque el proceso de adecuación gráfica a la fonética de nuestra lengua se encuentra ya muy adelantado. Para la presente traducción hemos aplicado un doble criterio. Por un lado, utilizamos las formas consagradas por figurar en el DRAE (Diccionario de la Real Academia Española, 22ª edición) y sus apéndices (en especial el apéndice 5, "Lista de países y capitales, y sus gentilicios"), y en diversos vocabularios multilingües preparados por organismos internacionales y de la Unión Europea. Por otro lado, para la transcripción de nombres geográficos o personales que no figuren expresamente en esas u otras fuentes consultadas pero cuya transcripción fonética es relativamente segura, nos hemos basado en criterios de transcripción generales y conocidos, ante todo las "Normas de transcripción del árabe al español", del Manual de español urgente de la Agencia EFE (18ª ed., Cathedra, Madrid). A fin de evitar que la elección de una forma específica en español se erigiera en obstáculo para recibir toda la información contenida en el original italiano –en vista, sobre todo, de que el lector puede necesitar profundizar en la bibliografía internacional los temas que desarrolla este libro– hemos recurrido con frecuencia a la doble o triple denominación (por ejemplo, en la página 50, nota al pie sobre el término "suajili"). Para esos casos debe considerarse que la denominación inicial es la más plausible en castellano, y las que figuran a continuación, por lo general entre paréntesis, son variantes que han dejado de usarse, o que están influidas por formas fonéticas de algunos de los otros idiomas coloniales: inglés, francés, holandés, alemán, portugués, italiano [T.].

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Al iniciarse el proceso de independización de los países africanos, en los años sesenta del siglo XX, la investigación histórica sobre África comienza a afrontar la tarea de reconstruir el "pasado del presente" de los nuevos Estados-nación. Es ese vuelco de época política el que ha dado impulso a nuevas orientaciones de investigación, en las que el África, que había sido objeto de interés sobre todo como ámbito en el que se proyectaba la actuación de administraciones e intereses coloniales extranjeros, pasa a ser sujeto de su propia historia. Comienza un período de gran innovación y creatividad metodológica, centrado en la necesidad prioritaria de establecer y organizar archivos de Estado nacionales, de investigar en el campo de las fuentes orales, de valorar para el análisis nuevos tipos de fuentes. En esa tarea, el aporte de diferentes ciencias sociales a la reconstrucción histórica abre camino a fecundos debates interdisciplinarios sobre los significados históricos y políticos de los conceptos, sobre el análisis de las culturas y los lenguajes del poder y la subordinación y sobre la reelaboración de las formas de conocimiento.

La actualización cumplida en este trabajo preserva el que fue su propósito inicial: proponerse como "una" historia general del África subsahariana con punto de partida el siglo XIX, época en que una serie de hechos determina el fin de la trata de esclavos y de la esclavitud,

da pie a la intensificación de las relaciones comerciales con el exterior, multiplica el interés por las exploraciones que preludian la expansión colonial e intensifica las rivalidades entre las potencias europeas, que serán determinantes de la competencia por adueñarse de la mayor cantidad posible de tierras que parezcan prometedoras de riqueza en términos de recursos productivos y estratégicos. El reparto territorial y las diferentes etapas de dominación colonial, hasta la descolonización y la proclamación de las independencias nacionales, configuran una historia política de África que contiene varias Áfricas diferentes, en la diversidad de las cuales esa historia indaga, y cuyas dinámicas de cambio somete a comparación, en relación sobre todo con el impacto ejercido por la construcción del Estado colonial, en sus aspectos normativos, administrativos y de aprovechamiento económico.

Si hace cincuenta años la investigación histórica y el análisis político tenían que vérselas con las ideologías y las estrategias de construcción de los Estados-nación independientes, la situación cambia espectacularmente a partir de la crisis económica y política de la segunda mitad de los años setenta, crisis que conduce a la deslegitimación del modelo de Estado de "desarrollo" y a una reestructuración radical de las relaciones entre Estado y mercado.

La actualización del capítulo sobre el Estado poscolonial, a la vez que describe un cierto tipo de problemáticas, sirve también de introducción a la reflexión sobre ellas. Esas problemáticas surgieron por una situación de crisis general de los estados africanos, en el contexto del cambio de rumbo de las políticas internacionales que sobrevino con el fin de la guerra fría, la afirmación de la primacía (sin rivales a la vista) de Occidente[1] en el breve período del "fin de la historia" (1990-2001), la nueva importancia geoestratégica de África en la "guerra global contra el terrorismo", la reaparición de la rivalidad por el control de los recursos, sobre todo los energéticos, con China y otros países emergentes, y la proliferación de conflictos que en amplia medida son internos de cada entidad estatual: auténticas emergencias complejas, que plantean a las Naciones Unidas en cuanto sistema y a la Unión Africana (heredera reformada de la Organización de la Unidad Africana) irresueltos problemas de innovación de las modalidades de intervención requeridas para proteger a las poblaciones civiles y, al mismo tiempo, colaborar en la recomposición política.

El África, lejos de ocupar un lugar marginal en el contexto de la globalización, está emergiendo como región de relevante interés es-

1 Las menciones a "Occidente" y los "países occidentales" no deben ser entendidas en sentido estrictamente geográfico. La autora emplea esos términos para designar a las sociedades avanzadas de Europa y América: Estados Unidos y sus tradicionales aliados. Típicos países emergentes, como el Brasil, pueden no estar incluidos entre los "occidentales" [T.].

tratégico, como nuevo terreno de confrontación entre Occidente y los países emergentes, en primer lugar la China. La reflexión sobre las políticas encaminadas a afrontar y reducir la pobreza, y dirigidas a prevenir y atender las principales enfermedades, como el VIH/sida, conduce una vez más a la crítica de un sistema que se ha revelado ventajoso para las minorías con acceso a los recursos del crecimiento, pero que paralelamente ha favorecido el deslizamiento hacia el despojo de amplios sectores de población rural y urbana, es decir, una profundización de las desigualdades, que tiene funestos efectos sobre el civismo y, por consiguiente, también sobre la reconstrucción de los ámbitos estatuales y nacionales.

INTRODUCCIÓN

EL LEÓN Y EL CAZADOR

"También el león debe tener quien cuente su historia. No sólo el cazador". Chinua Achebe, famoso escritor nigeriano, nos recuerda con esta sugestiva metáfora que la historia del África subsahariana, tan variada en sus paisajes naturales y humanos, ha sido interpretada casi siempre a partir de las peripecias de la penetración, la conquista y las exigencias colonizadoras de las potencias europeas.

Desde las declaraciones de independencia, a partir de los años Cincuenta del siglo XX, los sistemas políticos y de organización del Estado presentes en África han sido analizados según los mismos modelos de modernización y desarrollo que regían en los países occidentales. Pero esos modelos son ajenos a la experiencia histórica de transformaciones y convulsiones que integra la compleja realidad del África; de un continente relegado por la dominación colonial a una "tradicional" condición de diferente, concebida como apego a la inmovilidad, obstáculo infranqueable a cualquier proceso de desarrollo. De esta falla teórica se alimenta la persistente negación de la historicidad del África, que aún hoy hallamos en la información que se nos ofrece a cada nueva crisis que altera Estados, regiones, sociedades o poblaciones del continente. Lo que afecta más negativamente es el paternalismo –envuelto siempre en buenas intenciones, y en encomiables

propósitos– con que se representan los sucesos que tienen lugar en África; un paternalismo cuyos puntos de referencia culturales radican en representaciones de un África antigua, mítica, museo antropológico encerrado en su exótico inmovilismo; un África dividida por odios étnicos ancestrales, proclive a sufrir su enigmático atraso con la repetición ritual de grandes tragedias ecológicas: sequías, inundaciones, plagas de langostas. Un África, en fin, que es preciso salvar –y en este punto difieren las opiniones de los buenos samaritanos– ya sea obligándola a "modernizarse" o dejándola librada a sí misma, de modo que pueda recuperar sola su antiguo y "natural" equilibrio. Estas representaciones del África subsahariana, y las medidas que de ellas se derivan, permiten comprender el carácter de la marginación sufrida por África a lo largo de su historia, y la gran difusión que alcanza tal marginación. El África negra no es simplemente un "África donde habitan negros"; es también el África desconocida e incomprensible porque no aceptamos su historicidad: el "corazón de las tinieblas" que no sabemos cómo descifrar, ni queremos, entre otras cosas porque intentarlo agitaría los fantasmas de nuestro persistente prejuicio.

La etapa de las declaraciones de independencia de comienzos de los años Sesenta, bajo el impulso de una aparente victoria de la primacía de la política, ha sido el único período de la historia del continente en que pareció posible que su marginación cayera hecha trizas. Eran aquellos los años de lo que pareció el fenómeno más importante del siglo XX, que fue la descolonización: el acceso de grandes masas de súbditos a la condición de ciudadanos, la adquisición por las últimas colonias subsistentes de su soberanía como Estado. En la posguerra que celebraba la liberación del oscurantismo racista, también el llamado "tercer mundo" conquistaba al fin la libertad y la igualdad que le habían sido negadas en nombre de la "civilización" colonial. En esas circunstancias pareció posible, y muchos intelectuales se dedicaron a ello con empeño, poner de relieve la originalidad de las expresiones ideológicas y de las formas de organización de los movimientos nacionalistas, y más tarde de las dinámicas de los nuevos sistemas políticos africanos. Pero ya en los años Setenta las sucesivas crisis económicas y políticas –previsibles e inevitables en sistemas tan saturados de herencias negativas y de desequilibrios, agravados por la debilidad de su posición internacional– hicieron que reapareciera y se robusteciera la tendencia a considerar a las sociedades africanas o bien las víctimas sin esperanza de los desastres naturales y de la corrupción de los políticos, o bien las protagonistas de conflictos determinados por atávicas e insuprimibles lealtades tribales. Volvió a negarse con terquedad cualquier posible historicidad o identidad política a las dinámicas de transformación y de lucha, primero contra la conquista, después contra el colonialismo y

por fin contra los gobiernos independientes de corte dictatorial, para atribuirlas una vez más a primordiales reivindicaciones étnico-tribales.

La historia contemporánea del África Subsahariana suele hacerse arrancar del reparto colonial, verificado a fines del siglo XIX, que fue dispuesto –y decidido en sus aspectos de modos y tiempos– por los intereses de las grandes potencias europeas. La conquista y consolidación de los estados coloniales se reveló difícil, y hubo de recurrirse más a las armas que a las alianzas. Tuvo éxito porque pudo sacar provecho del estado de profunda crisis en que estaban cayendo, claro que con características muy dispares, todas las sociedades africanas, en el período de acelerada transformación económico-social y de desestructuración política provocado por el agotamiento de la trata de esclavos y por la intensificación del comercio.

La colonización partió de las zonas costeras, con las que desde hacía siglos existían complejos vínculos de dependencia comercial, y se dirigió hacia el interior, creando –no sin resistencia– variados sistemas de subordinación. Tales sistemas se basaron principalmente en el establecimiento de estructuras administrativas que, si bien eran diferentes según la potencia colonial de que se tratara, según las épocas y según la naturaleza de las sociedades que se quería someter, emplearon como instrumento de dominio una mezcla de ocupación militar, imposición de sistemas de tributación coercitivos, confiscación de bienes y obligación de proporcionar fuerza de trabajo a los sectores infraestructurales y productivos de interés comercial.

El interior de África había permanecido desconocido en gran parte hasta el momento de la colonización. Todas las administraciones coloniales –cualesquiera fueran las tradiciones administrativas en las que se inspiraban, o las estructuras que pretendían elaborar sobre el terreno– decidieron desarrollar planos territoriales con subdivisiones administrativas que permitieran racionalizar la amorfa variedad de presencias autóctonas, con el apoyo de teorizaciones propias de la época sobre etnias y tribus, a las cuales se les asignaron nombres y les fueron otorgadas posiciones jerárquicamente ordenadas según la superior voluntad colonial y su interés administrativo. La división administrativa introducida en el continente por los colonialismos europeos inventó una África hasta entonces inexistente, pero que justamente entonces empieza a existir, y a ser moldeada en una total subordinación.

ETNIA, TRIBU, NACIÓN

Es necesario reflexionar, pues, acerca de las representaciones que se formulan de poblaciones constantemente marcadas por la diferencia racial y definidas, en lo que se refiere a su organización social y política, como “étnicas” o “tribales”, en las que la forma “nación” ha sido

considerada preponderantemente no una construcción endógena, sino la imitación de esquemas e ideologías importados de afuera, mediante la imposición de formas coloniales de organización del Estado[2].

En los estudios africanistas, y en las tareas de divulgación de la problemática del continente africano –tanto la referida a la historia precolonial como a la colonial o la contemporánea–, la cuestión étnica forma parte esencial del análisis de las sociedades. La definición y la delimitación del concepto de etnia debería constituir, pues, el interrogante epistemológico fundamental de todo trabajo de investigación, de toda reflexión o análisis sobre el África.

Los términos "etnia" y "tribu", usados indistintamente y como sinónimos hasta las postrimerías del siglo XVII con el significado de pueblo o nación, empezaron a ser empleados a partir del siglo XIX, y paralelamente con el desarrollo de la nueva etapa de conquista colonial en África, como medios de definir y clasificar a los pueblos extraeuropeos que, se creía, no habían elaborado formas avanzadas de civilización política. En cambio, el término "nación" quedó reservado para las sociedades que por medio de la consolidación del Estado moderno habían alcanzado la dignidad de polis "civilizadas". La distinción entre

---

2 Sobre la cuestión étnica en África existe una vastísima literatura. Se señalan los volúmenes en los que se recogen ensayos de especialistas que tratan el tema tanto desde el punto de vista teórico como de la investigación: J. L. Amselle, E. M'Bokolo (éd. par), *Au coeur de l'ethnie*, *La Découverte*, Paris 1985; J. P. Chrétien, G. Prunier (éd. par), Les ethnies ont une histoire, Karthala, Paris 1989; L. Vail (ed.); *The Creation of Tribalism in Southern Africa*, University of California Press, Berkeley, Los Ángeles 1989. Véase además J. L. Amselle, *Logiques métisses. Anthropologie de l'identité en Afrique et ailleurs*, Bibliothèque Scientifique Payot, Paris 1990. La discusión sobre raza y etnia ha sido especialmente rica en Sudáfrica: S. Marks, S. Trapido (eds.*), The Politics of Race*, *Class and Nationalism in Twentieth-Century South Africa*, Longman, London 1987.
Cfr. además las entradas: M. Harries, Race, en *Encyclopedia of the Social Sciences*, t. 13, Macmillan and Free Press, New York 1968, pp. 263-8; I. M. Lewis, *Tribal Society, en Encyclopedia of the Social Sciences*, cit., t. 16, Macmillan and Free Press, New York 1968, pp. 146-50; H. S. Morris, *Ethnic Groups*, en Encyclopedia of the Social Sciences, cit., t. 5; y las contribuciones críticas: M. H. Fried, "On the Concepts of 'Tribe' and 'Tribal Society'", en *Transactions of the New York Academy of Sciences*, ser. 11, t. 28, 4, 1968, pp. 527-40; F. *Barth, Ethnic Groups and Boundaries. The Social Organization of Culture Difference*, Little Brown, Boston 1969; A. W. Southall, "The Illusion of Tribe", en "Journal of Asian and African Studies", 5, 1, 1970, pp. 28-50; A. Mafeje, "The Ideology of 'Tribalism' ", en *The Journal of Modern African Studies*, 9, 1971, 2, pp. 253-61.
Sobre las clasificaciones y construcciones lingüísticas y la etnicidad: J. H. Greenberg, "African Linguistic Classification", en *General History of Africa*, t. 1, UNESCO, Paris1981, pp. 292-308; D. Olderogge, Migration, *Ethnic and Linguistic Differentiations*, en General History of Africa, cit., pp. 271-86; S. Lwanga-Lunyigo, J. Vansina, "The Bantu Speaking Peoples and Their Expansion" in *General History of Africa*, cit., t. 3, pp. 140-62; P. Harries, "The Roots of Ethnicity: Discourse and thePolitics of Language Construction in South-East Africa", en *African Affairs*, 87,346, 1988, pp. 25-53. Cfr. asimismo B. Anderson, *Imagined Communities*, Verso, London 1983.

Occidente, que había realizado la revolución política y económica de la modernización, y el Oriente y África, encerrados todavía en la tradición, fue codificada entonces en un uso terminológico que ponía énfasis en una jerarquía de niveles de "civilización". En efecto, la definición de las sociedades africanas como sociedades integradas por etnias y tribus, y de las europeas como naciones y estados, introducía implícitamente una clasificación y una jerarquía entre sociedades "primitivas" y sociedades "evolucionadas". En el contexto de la colonización, las sociedades preindustriales pasaron a ser objeto privilegiado de investigación etnológica, etnográfica y antropológica precisamente porque se las consideraba sociedades "sin historia". Opuestamente, las sociedades occidentales, de las que emanaban la conquista y la dominación coloniales, eran consideradas el corazón y el motor de la historia.

Por eso, los trabajos etnográficos y antropológicos de la época colonial deben ser decodificados ante todo como historia de la presencia europea en África, y de la conceptualización europea del continente. Su campo de estudio no era sólo el otro en cuanto distinto de Occidente; era sobre todo el otro en cuanto objeto de opresión y dominio, al que a partir del momento de su subordinación no se le permitía ya tener voz, relatarse a sí mismo, sino sólo ser descrito, catalogado y clasificado según códigos elaborados en el interior de la cultura de los dominadores.

El primer criterio de diferenciación pasó a ser la raza: una diferencia de peso, porque la deshumanización de la trata atlántica de esclavos había afectado primordialmente a poblaciones africanas negras. De los criterios raciales, de la catalogación de las tipologías físicas de cada grupo, se pasó después a la formulación de jerarquías, atribuyendo a cada "raza" determinadas características morales: la diferenciación física fue traducida entonces en téminos de diferencia y jerarquía entre culturas. Todavía en los años Treinta, Seligman, en *Races of Africa* (1930), hacía coincidir categorías raciales con categorías culturales.

Una segunda señal de diferenciación fue individualizada en la organización social y política. Se catalogó a las sociedades africanas como "sociedades en estadio tribal". El término "tribu" era portador de dos significados: uno relativo al ámbito social, el otro al de la política. En la esfera de lo social fueron definidas como tribus las sociedades, por otra parte disímiles en dimensiones, en composición y en grado de dispersión sobre el territorio, que estuvieran fundadas esencialmente en la homogeneidad y la solidaridad dentro de grupos de descendencia, linajes, clanes, fracciones de clanes o clases de edad. En la esfera de lo político, se consideraba organizaciones tribales a las sociedades que en lugar de estar fundadas, como las sociedades y los sistemas políticos occidentales, en el contrato y en la opción individual, lo estuvieran en estatus adscritos, heredados con la sangre y, por consiguiente, inmu-

tables. El término "tribalismo", en cambio, es eminentemente político: comenzó a emplearse en el contexto colonial, para describir comportamientos y conflictos determinados por identidades adscritas heredadas, vale decir, no por elección personal.

Una tercera señal de diferenciación es la descripción de las sociedades africanas como sociedades determinadas prioritariamente por sus identidades étnicas. Fue también en época colonial cuando, para definir los límites y las características de las etnias africanas se elaboraron criterios de diferenciación racial y cultural (lengua, religión, cultura material) y de organización social, aunque siempre extrapolándolos de la historia.

De modo que tribu y etnia –en el uso que de ellas se ha hecho en las ciencias sociales y en la divulgación– transmitían la noción de sociedades (las africanas) "tradicionales", con el significado de "inmóviles en el tiempo", fuera de la historia, diferentes no sólo desde el punto de vista de la raza sino también por su organización social y política. O sea que, según las teorías evolucionistas de la época, se trataba de sociedades que eran inferiores a los pueblos que se habían dado una organización política por opción individual y por contrato; tal como en la Antigüedad griega y romana el equivalente de los pueblos étnicos de la época colonial eran los "bárbaros" a civilizar mediante su sometimiento. En este contexto era posible teorizar acerca de la colonización, y justificarla como "misión civilizadora" de Occidente. El más célebre escritor del imperialismo británico triunfante, Rudyard Kipling, designó a tal "misión" *white man's burden*, la carga del hombre blanco.

Los encuadramiento en razas, tribus y etnias, una vez que entraron a formar parte del aparato conceptual del análisis político, terminaron por ser adoptados en las representaciones que las propias élites políticas africanas hicieron de sí mismas. En efecto, las declaraciones de independencia habían estado basadas en el proyecto de transformar los Estados coloniales en Estados-nación, por lo que la integración nacional fue entendida en todas partes como una prioridad que sólo podía ser amenazada por el surgimiento, en el nivel político, de impulsos particularistas, los cuales invariablemente han venido siendo denunciados como fenómenos de "tribalismo". Se consideró al tribalismo una patología causada por la persistencia de las atávicas lealtades, y de las políticas coloniales que las habían favorecido en nombre de estrategias administrativas de divide et impera. Lo que se negaban a aceptar los líderes africanos a cuyo cargo estaba la construcción del moderno Estado-nación era que las expresiones de disidencia que asumían formas tribales pudieran estar basadas en las alternativas de estructuración y desestructuración, de integración y escisión, que las sociedades atravesaban en el contexto de la construcción de los Estados-nación

independientes, o que pudieran estar siendo moldeadas por tales episodios; es decir, por la competencia entre comunidades y grupos para conservar o reivindicar poder y recursos. Al rehusarse a reconocer la dinámica de los conflictos de intereses y de la rivalidad política en el ámbito del Estado-nación independiente, los líderes africanos hallaban en la denuncia del tribalismo una justificación para su rechazo de instancias pluralistas de cualquier tipo. Así fue como la unidad nacional, la exaltación de la nación por encima de los particularismos tribales, la ideología universalista liberadora se transformaron, inmediatamente después de cada declaración de independencia, en ideología de homologación del dominio de un grupo dirigente que no concedía espacio alguno a la expresión o la organización del pluralismo, al que condenaba, precisamente, como un oscurantismo de matriz tribal o étnica y, por consiguiente, atávico, premoderno, integralista.

El modelo que postula que los africanos estaban habituados a vivir en entidades tribales (en las que, según algunos, en buena medida siguen viviendo), étnicamente homogéneas y de límites bien definidos, es una abstracción ahistórica no compartida por la investigación antropológica, y que siempre ha sido rechazada por los historiadores. Hoy, numerosísimos estudios demuestran lo erróneo, en especial para el contexto africano, de la noción de que en época precolonial los grupos étnicos fueran culturalmente homogéneos y hubieran desarrollado sus características en el aislamiento. Las fronteras étnicas, toda vez que existan y que sea posible individualizarlas, son siempre el resultado de interacciones. En consecuencia, son cambiantes por definición, productos de la historia en los que se entrelazan dinámicas políticas y tomas de partido individuales, del mismo modo que son complejas y cambiantes las nomenclaturas étnicas, las identidades, las estructuras y los sistemas de organización social. Las tradiciones y, por lo tanto, también las identidades de grupo y étnicas, son manipuladas continuamente por aquellos que ejercen el poder, por quienes están sujetos a ese poder y por quienes quieren obtenerlo. Benedict Anderson, en *Imagined Communities*, despliega el mismo tipo de discurso al referirse a la formación de naciones como "comunidades imaginadas".

En el siglo XIX, cuando los europeos se apoderan del continente, no existían en África fronteras raciales, culturales, lingüísticas o de organización política que coincidieran para formar mónadas aisladas y autoexcluyentes. La naturaleza de las agrupaciones sociales y políticas era fluida, fluctuante; las dimensiones de las sociedades eran dispares, y también lo eran sus formas de organización. En suma, no existían tribus como entidades culturales y políticas estáticamente homogéneas, ni existían tampoco etnias bien definidas y fijas en el tiempo. Existían Estados premodernos, con diferentes niveles de centralización de po-

der y autoridad, y sociedades no organizadas en estados, que a su vez también se caracterizaban por encarnar los más variados tipos de descentralización, distribución sobre el territorio, segmentación.

La nomenclatura y la clasificación étnica que hoy aplicamos son producto de la investigación etnográfica, de las clasificaciones lingüísticas y de las divisiones administrativas coloniales. Perduran nombres antiguos, pero a menudo indicando sociedades diferentes de las originarias; muchos nombres étnicos derivan de nombres geográficos; otros son transcripciones hechas por exploradores y administradores, basadas en información imprecisa o distorsionada. No existía un pueblo bamileke antes de la llegada al Camerún de los alemanes, que dieron ese nombre a una comunidad de inmigrados al valle del río Sanaga, que en realidad provenían de diferentes áreas de la región. Y es que, en efecto, la mayor parte de las poblaciones africanas se identificaban con sus nombres de linaje, clan o segmento de clan. Por otra parte, los procesos de redefinición de los ámbitos étnicos son característicos de cualquier tipo de construcción estatual; por eso han formado parte, aunque menos formalizados, de las dinámicas de poder y de construcción de Estados en época precolonial.

En el caso de los grandes Estados precoloniales, fue la adscripción política la que pasó a convertirse en identidad étnica primaria: si no es posible hablar de "nación" zulú, se puede ciertamente subrayar que el éxito de las guerras de conquista del clan zulú, que culminó en la creación de un Estado en los años Veinte del siglo XIX, puso en marcha un proceso de absorción de entidades sociales y políticas diferentes por parte de la identidad zulú. Tal identidad se forma, pues, en una época histórica identificable, y conserva su importancia hasta hoy, aunque con otros significados. Lo mismo puede decirse de los baganda, los asante, los hausa-fulani, los luba y los lunda, y de otros innumerables casos en los que la identidad étnica se forjó en la común pertenencia a un Estado con una historia gloriosa. Por consiguiente, proclamar que los conflictos de África son fundamentalmente étnicos no nos dice nada de las dinámicas de formación y reagrupación de los intereses de base étnica como se han venido desarrollando y caracterizando en época precolonial, en época colonial y a continuación, en el contexto político de los estados-nación independientes.

Antropólogos y administradores coloniales no hacían otra cosa que reproducir el presente etnográfico[3] o bien, sobre todo los segundos, adaptarlo a las circunstancias y exigencias del gobierno colonial. Lo ha-

3 En inglés, *etnographic present*; giro que se usa en antropología para indicar una construcción mental artificial, de un supuesto tiempo anterior al contacto con la cultura europea [*T.*].

cían con propósitos diferentes: los antropólogos, para estudiar las vidas de los pueblos tal como se presentaban; los administradores, para crear estructuras administrativas eficientes, que permitieran preservar la ley y el orden colonial al menor costo posible. Esto debe entenderse como que unos y otros no se limitaban a estudiar, o a encerrar en esquemas administrativos, aquello que las sociedades eran en el momento histórico en que quedaban sometidas al dominio colonial, o que se convertían en objeto de estudio, sino también lo que las propias sociedades sabían, o estaban en condiciones de transmitir según sus propias jerarquías de poder, sus modos de representación, sus ideologías, su peso político, económico, religioso o ritual en el nuevo contexto.

Las sociedades africanas que habían sufrido, entre otras cosas como consecuencia del comercio de largas distancias, notables transformaciones, las cuales se vieron aceleradas en la segunda mitad del siglo XIX, habían elaborado estrategias de defensa, de asimilación de las innovaciones, de reacción ante los nuevos desafíos o las crisis. Otro tanto sucederá en el contexto colonial, el cual sin embargo presenta varias profundas diferencias con el período anterior. En efecto, salvo por lo que respecta a las zonas costeras, hasta la última parte del siglo XIX las sociedades africanas habían seguido siendo autónomas, dueñas de sus propios territorios, y ejercían también el control de las rutas comerciales. El comercio había sido instrumento de profundos cambios y notables desestructuraciones de las sociedades africanas, pero siempre de modo primordialmente indirecto. En cambio, la colonización formal de fines del siglo XIX significó la plena y total ocupación de los territorios de las sociedades africanas, tanto de las que ya se habían dado estructuras de Estado como de las que todavía no tenían estructuras centralizadas de poder; significó también, además, la estabilización de las fronteras de los estados coloniales, dentro de cada uno de los cuales entraron en vigor métodos administrativos y de explotación económica, y espacios de mercado, que eran diferentes unos de otros. Los sistemas de gobierno coloniales destruyen la autonomía de las autoridades indígenas, incluso cuando delegan en ellas el control sobre las poblaciones. Los complejos estatuales son fragmentados en entidades locales, apelando muchas veces a identidades étnicas antiguas, o bien a revigorizar las que habían sido subordinadas por procesos de conquista previos a la colonización. En otros casos, entidades étnicas bien definidas quedan englobadas en otra entidad a la que se considera preponderante en una determinada región, o si se quiere más funcional a las necesidades del gobierno colonial.

No solamente los criterios de identificación y clasificación étnica aplicados por cada administración colonial eran diferentes, sino que además variarían con el transcurso del tiempo, según las reformulacio-

nes de las exigencias administrativas. Habrá poblaciones que favorezcan su propia descomposición en entidades étnicas diferentes, mientras que otras inventarán una cohesión y una identidad étnica entre componentes muy diferentes, sobre la base de antecedentes históricos o, simplemente, a causa del surgimiento de élites capaces de leer la lógica del sistema administrativo y, por lo tanto, de extraer ventajas de él. Son numerosos los estudios de casos de este tipo, sobre todo en relación con los sistemas de *indirect rule* de molde británico.

La investigación antropológica transmite por lo general mensajes de identificación étnica que son en gran medida los deseados por los jefes –entendidos en sentido lato– o por los líderes comunitarios que prevalecen en el momento histórico y político en que se desarrolla la investigación. Los encargados de la administración colonial, con frecuencia cuestionados por los antropólogos, y acusados de usar la investigación en modo instrumental, seleccionan y jerarquizan las identidades étnicas según los intereses que prevalecen en un determinado momento histórico.

Un factor no secundario en la identificación de las etnias y de sus características en período colonial es la presencia o no de procesos de defensa, en sentido conservador, de la costumbre consagrada y de las prerrogativas tradicionales de los líderes y del sistema social; todo ello contra la influencia de elementos o ideologías de modernización, influencia que en la etapa precolonial había estado representada por grupos vinculados con las actividades comerciales a largas distancias, y en período colonial por quienes tenían instrucción, o ejercían actividades económicas conectadas con los sectores modernos.

Fue entonces en el período colonial cuando quedaron definidas las categorías étnicas que han llegado hasta nosotros. Esas definiciones fueron alcanzadas mediante la determinación de los territorios en los que sociedades afines o diferentes entre sí permanecían divididas o agrupadas; o bien mediante la redistribución del poder entre las diferentes entidades e instituciones; o incluso mediante el otorgamiento, a aquellas comunidades que se mostraban dispuestas a colaborar, de acceso privilegiado a los recursos; por fin, con la formalización a través de las clasificaciones lingüísticas y las terminologías aceptadas administrativamente. Por otra parte, cada categoría étnica fue descrita en función de las características que la administración consideraba más funcionales al dominio. Por consiguiente, los mapas de distribución étnica, con sus clasificaciones y jerarquías, fueron determinados en función de los intereses y la dinámica de poder de cada Estado colonial, y así se convirtieron en la nueva realidad. Sólo a partir del período colonial tiene lugar una rígida definición de las etnias, según ámbitos que son a la vez culturales (o sea, lingüísticos) y territoriales, exclusivos

de cada una de ellas. Eso sucede justamente como consecuencia de la formación de "Estados de dominio" dotados de administraciones de tipo moderno, aunque fundadas sin duda en sistemas de carácter absolutista. Así delimitadas y ordenadas jerárquicamente, las etnias pasan a ser, para los fines administrativos, estructuras fijas, inmutables, del paisaje humano del continente (al llegar la etapa nacionalista, lo serán también desde el punto de vista de los fines políticos, es decir, de la adhesión a formas de partido). La selección de nombres, territorios y características étnico-tribales, y la atribución de posiciones de privilegio, poder, autoridad, superioridad jerárquica para los fines administrativos coloniales, significó lo que muchos estudiosos han llamado "invención" de la tradición, o invención de ámbitos étnicos. Esto no significa que la etnicidad sea una invención, un complot colonial, sino que es preciso analizarla en su historicidad, en relación con la influencia que sobre ella ejerce la nueva situación de dominio, la cual impone al fenómeno étnico, antes que estereotipos, una nomenclatura específica, con límites y definiciones también específicos. A su vez, esta remodelación ejerció profunda influencia sobre la redefinición de identidades e intereses sobre una base étnica, por parte de los individuos y de las sociedades de África sometidos al dominio colonial.

Así que en la época colonial y la poscolonial se produce, primero, la transformación y la fijación de las identidades étnicas, en directa relación con las estructuras administrativas, la ideología y las prácticas de los gobiernos coloniales; luego, en medio de la rivalidad y los conflictos de intereses del período de la descolonización, dichas identidades se erigen en uno de los ejes de congregación de gente; después, por fin, son base de la competencia por ocupar el poder y alcanzar el control de los recursos. Cuantos más fueron los regímenes militares o de partido único que iban apareciendo, y que impedían la formación de cualquier otra forma de disenso o le imposibilitaban que se expresara, más intensamente se convirtió la etnicidad en forma e instrumento de rivalidad, conflictualidad y expresión de disenso político.

Pero la etnia es al mismo tiempo, también en este contexto, realidad e invención en la medida en que los gobiernos coloniales, los administradores, los jefes viejos o nuevos, tradicionales o no, insertos en la dinámica política, identificaran y escogieran las formas y los elementos de la cultura o de la tradición étnica que debían ser valorizados. Los gobiernos coloniales lo hacían con fines de gobernabilidad; los jefes de distinto carácter (político, religioso, económico), con propósitos de afirmación de su identidad, su presencia, su poder o su supremacía en contextos regionales y, en última instancia, dentro de la competencia por la conquista del poder, o de un lugar de privilegio en la jerarquía

del poder posterior a la independencia, sobre todo en relación con las dinámicas de partido, o de pugna por el reparto de los recursos.

La identidad étnica, aparte de que se remite siempre a circunstancias históricas específicas, no es por lo tanto una mera invención de las administraciones coloniales o, antes aun, de la ideología prevaleciente a fines del siglo XIX, sino que representa también un sistema de autoidentificación de sí, en un marco espacial, institucional y político muy cambiado. La identificación de nombres y prerrogativas étnicas (territorio, estructuras sociales y de poder predominantes, ceremonias rituales, cultura, etcétera) deriva así no sólo de decisiones administrativas que, como lo enseña toda la literatura, están dotadas de una fuerte valencia normativa, sino también de los mensajes y las señales que transmitían, o podían transmitir, las sociedades sometidas. El reconocimiento de prerrogativas dependió siempre de las coyunturas y del interés de las administraciones, pero también de la capacidad de las diferentes entidades para afirmar sus propios intereses.

Todas las poblaciones africanas han sido sometidas al proceso de invención; algunas, por complejas y variadas razones históricas y políticas, participaron activamente en él, reformulando su etnicidad en términos modernos, como fuerza de primordial importancia para moldear y encaminar las relaciones sociales y los comportamientos políticos. Así sucedió durante el período colonial, cuando varias poblaciones, con el impulso de intelectuales, misioneros, hombres de negocios, se construyeron determinados mitos históricos con el propósito de reivindicar posiciones ventajosas, ya fuera en el control de los recursos (tierra) o en el acceso a posiciones de privilegio en el ámbito de las administraciones coloniales. Así sucedió también, y sigue sucediendo, una vez finalizada la etapa colonial, en la formación de partidos y en la organización del consenso, en que la identidad étnica se convierte en instrumento de la afirmación de intereses económicos y sociales absolutamente actuales.

En este sentido, la existencia de diferencias étnicas no es una "invención", como tampoco lo es el "tribalismo", es decir, el comportamiento que privilegia la adhesión a la identidad de grupo en todos o casi todos los comportamientos políticos y sociales; pero esa identidad debe ser decodificada en sus dinámicas de formación histórica y, hoy, de afirmación como segmento de la dinámica y de la rivalidad políticas "aquí y ahora". La fuerza de las identidades étnicas tiene sus raíces en la naturaleza opresiva de los Estados coloniales, estados "de dominio" y no de integración, y en la especificidad de los sistemas políticos surgidos tras la independización, que en general han privilegiado estrategias de desarrollo que situaban como eje de la construcción de integración nacional ciertos mitos económicos sobre la distribución igualitaria de

los recursos, que no solamente no se realizaron sino que, además, crearon nuevas formas de discriminación y desintegración.

Las tan enormemente diferentes poblaciones que habitan África han cambiado en siglos de interacción entre ellas y con el mundo exterior. La modernización acarreada por los sistemas opresivos ha sido causa de los cambios más incisivos, traumáticos, acelerados, con lo que la crisis de los sistemas cognitivos y organizativos de la vida social, espiritual y económica de las sociedades africanas ha provocado desgarramientos que debieron ser reparados a costa de la cohesión y la coherencia, y también de la capacidad endógena de las sociedades tradicionales para el crecimiento y la transformación. Emigración, proletarización, sequía y crisis de las producciones agrícolas, abandono del campo y urbanización salvaje, deterioro de los sistemas matrimoniales y de la ética familiar: todo esto ha provocado anomia social, y al mismo tiempo ha estimulado el intento –que tiene como escenario los guetos, los barrios de viviendas precarias, la marginación de la emigración– de reconstruir ámbitos de identidad comunes como instrumentos de protección contra la propia condición de marginación, pero también de afirmación de la propia personalidad dondequiera que ella sea negada, o considerada "inferior". Este proceso se lleva a cabo todavía, mediante el uso del mismo vocabulario y de las mismas categorías que se hallan dentro de concepciones evolucionistas que, en última instancia, son portadoras de concepciones de tipo racista.

El problema que nos planteamos en el análisis histórico del África no es, entonces, si las etnias existen o no, ni en qué medida son invenciones coloniales. Lo que procuramos dilucidar es si el uso indiscriminado y acrítico de la definición étnica nos puede permitir, por sí solo, describir la compleja realidad de las transfomaciones históricas y de las dinámicas políticas. La respuesta es, en este caso, negativa. La identificación étnica, y todo cuanto de ella desciende en términos de comportamiento y de cultura, es siempre histórica; deriva de las circunstancias de su ascendencia, pero también de su ubicación en la jerarquía económica y política, de procesos de subordinación a nuevas y diferentes entidades estatuales o de asimilación a ellas, de la emigración y la colonización de nuevas tierras. En efecto, las clasificaciones étnicas y clánicas son modelos o símbolos culturales: la difusión de tales símbolos se produce siempre en un contexto concreto, y no fuera del tiempo y de la historia.

LA TRADICIÓN

Describir o definir como "tradicionales" los sistemas sociales y políticos africanos precoloniales no dice nada de su extrema diferenciación y complejidad, fruto de cambios históricos, de migraciones, mescolan-

zas de culturas antiguas y nuevas, que en parte considerable pueden ser reconstruidos también, para los siglos más recientes, por medio de fuentes no escritas, como la arqueología, la lingüística, la biología, la botánica, la historia oral[4].

También en África tradición significa "transmitir", y por eso las tradiciones, lejos de ser sistemas inmóviles y cerrados, cambian continuamente según las circunstancias contextuales de su enunciación. Las tradiciones no son nunca un programa abstracto de creencias, sino que se miden con la vida y los problemas concretos de cada generación y, en consecuencia, se hallan sujetas a constantes variaciones. Para comprender y estudiar la historia de África debemos conocer sus culturas tradicionales, pero considerándolas fenómenos históricos en movimiento, en los que, junto a una fundamental continuidad de modelos cognitivos, se desarrollan también procesos que transforman esos modelos para que puedan seguir siendo vitales. Y la relación entre continuidad y cambio dentro de las diferentes tradiciones no solamente se ha modificado a lo largo de los siglos, sino que a menudo ha sido revolucionada, en algunos casos destruida, por hechos históricos que venían de otras tradiciones, vecinas o importadas desde muy lejos. Eso es lo que sucedió, para dar un ejemplo por todos conocido, con la introducción y la difusión de nuevos credos religiosos, como el islam a partir del siglo VII. Con mayor razón sucedió que tanto el ingreso de las sociedades africanas en lo que ya estaba constituyéndose en mercado mundial –principalmente por medio de la trata atlántica, que duró más de cuatro siglos– como sin duda la dominación extranjera implicaron, casi siempre, una importante pérdida de autonomía de las culturas tradicionales. Con la intervención externa, tanto la fuerza de la continuidad como los valores y los modelos cognitivos fundamentales, que constituían la trama esencial para el mantenimiento de la coherencia cultural de las sociedades llamadas tradicionales, quedaron sometidos a estímulos que favorecían cambios cada vez más acelerados. En algunos casos la tradición fue capaz de absorber o integrar el cambio, de

4 Sobre el concepto de tradición y su dinamismo: G. Balandier, *Sens e puissance*, Presses Universitaires de France, Paris 1971; sobre el desarrollo histórico de tradiciones políticas J. Vansina, *Paths in the Rainforests. Towards a History of Political Tradition in Equatorial Africa*, James Currey, London 1990. Sobre la formación del conocimiento de mundos "otros", y en especial del África a través de la colonización como discurso y representación: V. Y. Mudimbe, *The Invention of Africa. Gnosis, Philosophy and the Order of Knowledge*, Indiana University Press, James Currey, Bloomington, Indianapolis-London 1988. Sobre invención de la tradición, E. J. Hobsbawm, T. Ranger (eds.), *The Invention of Tradition*, Cambridge University Press, Cambridge 1983; T. Ranger, *The Invention of Tradition Revisited: The Case of Colonial Africa*, en T. Ranger, Olefemi Vaugham (eds.), *Legitimacy and the State in Twentieth Century Africa: Essays in Honour of A. H. M. Kirk-Greene*, Macmillan, London 1993.

reelaborarlo según sus propios códigos, con alteraciones que dependían del lugar que ocupaba la población de que se tratara, en sentido tanto geográfico (mayor o menor cercanía de los centros de control) como social (grado de influencia de la instrucción formal impartida, adhesión a credos religiosos ajenos a la tradición, procesos de acumulación de riqueza y poder). Pero incluso allí donde el cambio ha significado desintegración de las sociedades preexistentes, los elementos culturales originarios pueden seguir manteniendo su importancia, y presentarse en consecuencia como una trama que, aunque desgarrada, sigue existiendo como signo cultural específico.

Por lo demás, la representación de una única África, cuya condición estática se supone violada sólo por la intervención europea, ha sido perpetuada también por las ideologías de las independencias africanas en los años Cincuenta y Sesenta del siglo XX, que prepararon la descolonización. Más allá de la influencia ideal ejercida por el movimiento panafricanista, los líderes nacionalistas de los países africanos –que se veían obligados a construir consenso en territorios definidos según las fronteras impuestas por el colonialismo, habitados por poblaciones que con frecuencia sólo tenían en común la experiencia colonial– concibieron ideologías unificadoras que negaban las diferencias, en nombre de una unidad primero nacional y luego africana, que tenía la función de negar la misma dominación colonial. En otras palabras, el África fue por segunda vez inventada por los propios africanos, con ideologías como la négritude de Senghor; la ujamaa, palabra suajili que traduce la noción de socialismo basado en la comunidad de aldea, ideología del desarrollo del primer presidente de Tanzania, Julius Nyerere; la "autenticidad" de Mobutu; el "humanismo" de Kaunda. Todas ellas tenían en común una representación de la naturaleza del hombre y de las sociedades africanas que se encontraba extrapolada de su contexto histórico y político. Estas ideologías, que querían fundar un proceso de unificación nacional y africana, se convirtieron en el momento de ser enunciadas en instrumentos del poder político, y como tales fueron percibidas por las poblaciones. Así, ideologías que querían basarse en las genuinas tradiciones africanas se transformaron rápidamente en instrumentos de demonización, bajo la etiqueta de "tribalismo", de cualquier pluralismo cultural que se expresara por medio de la reivindicación del reconocimiento de la propia identidad.

AUTORIDAD Y PODER EN LAS SOCIEDADES DEL ÁFRICA PRECOLONIAL

Las formas estatuales que encontramos en las diferentes épocas del África precolonial son muchas y muy distintas. En el texto serán llamadas "Estados" las sociedades de la era precolonial en las que sea dable

establecer una clara distinción de roles, en las que la autoridad haya estado centralizada –de ahí la presencia de conductores llamados reyes, emperadores, soberanos, califas u otras denominaciones, con autoridad política incluso sobre linajes, sobre clanes que no fueran el propio o los a él adscriptos– y en las que sea posible determinar la presencia de sistemas administrativos e instituciones que aplican una justicia consuetudinaria formalizada[5].

No todas las "tribus", genéricamente identificadas como tales por viajeros, misioneros o, más tarde, administradores coloniales, son reducibles a Estados, porque en muchos casos no estaban dotadas de sistemas centralizados y el poder preponderante seguía siendo segmentario, es decir, dependía de los sistemas de descendencia de cada segmento componente de las tribus. En el texto, los sistemas políticos sobre los que reinan jefes, pero que no han alcanzado las complejidades y la centralización de auténticos Estados, reinos o imperios, serán indicados con el término "principados"[6], que aunque de manera imperfecta traduce el francés chefferie y el inglés chiefdom. En efecto, chefferie y chiefdom son terminologías administrativas usadas en el contexto de los sistemas coloniales, por lo que sus dimensiones, su demografía, su estructura y su organización social y política eran muy variadas según las regiones y los períodos, y según la importancia que las autoridades coloniales les atribuían.

Gran parte de la historia de África en cualquier época es historia de la formación y la disolución de Estados y principados, si bien también son notables el número y la extensión de las poblaciones –en ocasiones, de significativa importancia demográfica– que han atravesado los siglos sin haberse dado organizaciones estatuales, o sin haberse incorporado a estructuras políticas basadas en el pago de tributo. Por consiguiente,

---

5 J. Vansina, "Stati precoloniali", en A. Triulzi et al. (a cura di), *Storia dell'Africa e del Vicino Oriente*, La Nuova Italia, Firenze 1979, pp. 15-36. Sobre el concepto de poder y autoridad en las sociedades segmentarias sigue siendo fundamental: M. G. Smith, "On Segmentary Lineage Systems" en *Journal of the Royal Anthropological Institute,* 86, 2, 1956, pp. 39-80 e I. Schapera, *Government and Politics in Tribal Societies*,Watts, London 1956. Entre los trabajos más estimulantes sobre las sociedades sin Estado: J.Tosh, *Clan Leaders and Colonial Chiefs in Lango: The Political History of an East African Stateless Society . 1800-1939*, Clarendon Press, Oxford 1978.
Sobre la formación de Estados en el África precolonial: W. D. Hammond-Tooke, "Kinship Authority and Political Authority in Precolonial South Africa", en A. D. Spiegel, P. A. McAllister (eds.) *Tradition and Transition in Southern Africa*, Witwatersrand University Press, Johannesburg 1991, pp. 185-201. Sobre la contribución de la investigación arqueológica a la problematización del origen de los Estados: M. S. Bisson "Trade and Tribute. Archaeological Evidence for the Origin of States in South Central Africa" en *Cahiers d'Études africaines*, 2, 1989, pp. 343-61.

6 Original *principati*. Debe entenderse, no como una categoría inferior a "reino" o "imperio", sino como nombre genérico que abarca todos los tipos de Estados soberanos *[T.]*.

a lo largo de los siglos nos encontramos con una sucesión de Estados diferentes, pero también de sociedades que por convención son llamadas "sin Estado", acéfalas o descentralizadas; sociedades en las que el poder y la autoridad son administrados por sistemas de descendencia, o por alianzas territoriales. En las numerosas configuraciones políticas en las que el poder estaba preponderantemente en manos de un soberano (el cual lo era por herencia, y constituía la cabeza de todo un aparato administrativo y de gobierno estructurado e importante, y cuya autoridad podía ejercerse sobre sociedades de muy diferentes dimensiones, desde unos pocos cientos hasta millares de individuos) podemos distinguir algunas dilatadas regiones de difusión cultural. Así, en el África occidental se mencionan los distintos reinos wolof de Senegambia, los reinos mossi y akan, entre los que se encontraba el Estado asante, los principados ewe, los reinos yoruba y hausa; en África central, los principados bamileke, los reinos bamum, azande, congo, lunda y luba; en la región interlacustre los reinos de Ruanda y Burundi, Buganda, Bunyoro, Toro, Ankole; por fin, en el África austral los reinos shona, nguni, soto, tsuana (luego ndebele) y zulú, y los principados josa. En todos los casos se trata de reinos y principados que conocen períodos de prosperidad y otros de decadencia, el sucederse de diferentes dinastías, procesos de descentralización o centralización. En el seno de cada zona cultural, las instituciones políticas presentan elementos de una trama común, por ejemplo en los rituales de realeza, o en el sistema de títulos nobiliarios y religiosos. Lo que diferenciará a estos sistemas no son sólo las estrategias con que los diferentes jefes o monarcas reaccionan ante los hechos históricos, ante las exigencias del comercio, ante el descubrimiento y la valorización de recursos, por ejemplo los mineros, sino también la calidad diferente de la transformación.

En casi todos los Estados africanos se constituye y consolida primero un núcleo central, a partir del cual se desenvuelve la expansión o la conquista sobre poblaciones o principados o Estados vecinos, con adaptación de las formas de gobierno, o incluso de las expresiones culturales hegemónicas, a las poblaciones que eran sometidas. Por otra parte, el grado de sometimiento variaba según la cercanía o la importancia económica o estratégica de las tierras y las poblaciones que habían sido conquistadas. Raramente eran uniformes las estructuras administrativas de Estados y reinos: diferían según la fuerza y el significado de las tradiciones locales, y también en la manera en que eran incorporadas y en el interés económico y estratégico que tenían para el centro.

Desde el siglo XVI la trata atlántica había provocado el desplazamiento del centro de interés económico desde el interior a las regiones costeras, favoreciendo la formación de algunos de estos Estados y pro-

vocando la desintegración de otros, que venían a quedar marginados de las grandes corrientes comerciales. En el siglo XIX, la decadencia de Estados históricamente importantes se verifica con gran rapidez; primero a consecuencia de crisis como la trata de esclavos y de innovaciones como el comercio lícito, que los regímenes antiguos no logran asimilar por completo o que, de todos modos, llevan consigo ideas subversivas y favorecen la acumulación de riqueza en manos de hombres nuevos, organizadores de razias y de transacciones comerciales; más tarde por las ambiciones de los europeos, portadores de tecnologías propias de una cultura material avanzada, que se apoya en ideologías de corte individualista.

La literatura sobre el surgimiento del Estado zulú en la región entre los ríos Tugela y Phongolo ha puesto de relieve el papel desempeñado por un personaje como Shaka, el rey, fundador del imperio, heroico guerrero u odiado tirano, y su capacidad de organizar cambios de escala política y de métodos de gobierno. Pero esos cambios no se debieron sólo ni sobre todo a las capacidades específicas de un líder, sino que sus raíces estaban en el contexto de sociedades que estaban atravesando procesos de profunda transformación. El surgimiento de estados como el zulú, el de los ndebele, o los estados soto y tsuana en la región austral, es el producto de un acelerado crecimiento y de la transformación en organizaciones militares de las unidades políticas preexistentes, que se conjuga con cambios estructurales en la naturaleza de las relaciones políticas, sociales, ideológicas y económicas entre gobernantes y gobernados.

También los Estados islámicos del África occidental son el producto de transformaciones que se ven aceleradas por el madurar de crisis profundas, las cuales llevan a constituir entidades territoriales, políticas y económicas completamente nuevas, dotadas de instrumentos específicos para la asimilación de las entidades y culturas preexistentes y para la integración o la convivencia con ellas, o ambas cosas a la vez.

De las numerosas sociedades que no se constituyeron en entidades estatuales, muchas se han destacado por su cultura, o por su visibilidad como propulsoras de la trata de esclavos, y más tarde del comercio legítimo, o como sus víctimas. Según uno de los principales estudiosos del África central y ecuatorial, Jan Vansina (Paths in the rainforests, 1990), las poblaciones de la selva ecuatorial atravesaron las transformaciones provocadas por el impacto del comercio atlántico, a partir del siglo XVI y hasta la revolución comercial del XIX, demostrando una gran capacidad de innovación y, en el aspecto político, manteniendo la autonomía de una miríada de diferentes entidades, que sin embargo aparecen reorganizadas en torno a sistemas de coordinación capaces de maximizar la productividad y el acceso a los recursos comerciales.

Es imposible establecer una tipología de las estructuras políticas que los colonizadores otorgarán a entidades territoriales definidas por límites artificiales, dadas la diversidad de los materiales disponibles, su fluidez y su masa a menudo confusa. Un célebre estudio, African political systems, publicado en 1940, distingue dos tipos de organización política: la primera, caracterizada por la existencia de un poder central, auténtica estructura estatual en la que las diferencias de rango y de riqueza están vinculadas con diferentes estatus políticos, en la que aparecen clases sociales y, en algunos casos, sistemas de casta. Ese es el caso, por ejemplo, de las sociedades que algunos llaman "feudales" de los Grandes Lagos (Ruanda, Burundi, Uganda). El segundo tipo está representado por las numerosas sociedades africanas privadas de instituciones centrales, y cuya organización social se concentra en los grupos de parentesco. Estas serían las sociedades "acéfalas", "segmentarias", es decir, compuestas por un conjunto de linajes emparentados unos con otros en el seno de un vasto sistema genealógico[7].

Se trata de una tipología útil sin duda, pero excesivamente sumaria y estática, que entre otras cosas se caracteriza por identificar el pasaje de una forma a la otra, vale decir de las sociedades sin Estado a las sociedades estatuales, sólo como la consecuencia de crisis traumáticas, por ejemplo invasiones y conquistas. El mayor defecto de esta tipología es haber puesto la historia entre paréntesis, al preferir un análisis estructural y funcional de las sociedades dentro de un estado sincrónico de equilibrio.

Sucesivas búsquedas han permitido distinguir, en el interior de las sociedades segmentarias, a aquellas en las que poderes mágico-religiosos, organizados en asociaciones cerradas, exclusivas o secretas, rivalizan con el poder de los jefes de linaje. La característica saliente de los sistemas segmentarios es el ejercicio de la autoridad inherente al papel de jefe de una familia, de un grupo de descendencia, de un linaje. Las variaciones de los sistemas no estatuales africanos incluyen sistemas basados en clases de edad (kikuyu, kamba, masai), en consejos de aldea y en sistemas cognaticios cuyos jefes son hombres importantes.

Vansina, en Kingdoms of the Savanna, de 1966, critica la noción de sociedades estatuales centralizadas, y propone una clasificación diferente, que distingue entre Estados unitarios (con funciones hereditarias y sin funciones hereditarias) y uniones de Estados (con

7 M. Fortes, E. E. Evans-Pritchard (eds.), *African Political Systems, International African Institute, Oxford University Press*, London 1940 (I ed.); J. Vansina, *Les anciens royaumes de la savane*, Universidad de Lovaina, Lovaina 1965 (trad.ingl. revisada*: Kingdoms of the Savanna*, The University of Wisconsin Press, Madison1966); Id., Peoples of the Forest, en D. Birmingham, P. Martin (eds.*), History of Central Africa*, Longman, London 1983, t. I, pp. 75-117.

instituciones centrales y sin instituciones centrales). Pero es probable que las uniones de Estados sean más comunes en las sociedades matrilineares, por ejemplo en los Estados asante y lunda. Los Estados unitarios en cambio podrían ser típicos de las sociedades patrilineares, en las que más acentuada es la sacralización del poder. Este fenómeno no es, pues, "arcaico" sino más bien característico de culturas "superiores", en el sentido de que aparece en culturas que presentan un alto grado de complejidad interna. Opuestamente a lo que proponen los esquemas evolucionistas todavía en boga, no son las sociedades más simples las que se encuentran inmersas por completo en lo sacro y en los valores míticos; al contrario, en África se puede observar históricamente que con frecuencia la individualización del poder aparece acompañada de un impulso religioso que tiende a identificar al soberano con el conjunto de la sociedad y del Estado.

Fueron los historiadores marxistas quienes primero subrayaron el papel del comercio exterior como elemento que contribuyó a crear excedentes económicos, como base necesaria para la centralización política. Pero la investigación histórica ha puesto en duda un historicismo tan rígido: si los casos de formación de Estados y procesos de centralización vinculados con la expansión comercial parecen ser numerosos, también es cierto lo contrario. Muchas sociedades africanas han extendido su acción a controlar amplios territorios e importantes rutas comerciales sin darse nunca instituciones centralizadas[8].

Los Estados que se afirman en el siglo XIX, con nuevas clases dirigentes, son en primer lugar la consecuencia de crisis materiales, espirituales y políticas internas, y de la incapacidad de los antiguos regímenes para manejar o reabsorber los cambios indiscutiblemente provocados por los efectos de la ampliación de las transacciones comerciales. Estados de este tipo se definen, al estilo Weber, como estructuras que tienen origen en el monopolio de la fuerza y de la violencia represiva (obsérvese la importancia de las armas en sí, y de la acumulación de armas de fuego y esclavos usados como mercenarios), aunque su base económica descansa no ya solamente en el tributo, sino en la creación de riqueza hecha posible por producciones esclavistas

8 Una de las conclusiones que cabe extraer de la investigación marxista sobre los modos de producción y la dinámica de formación de Estados es precisamente la disparidad de los diferentes modos de apropiacíón de excedentes: guerra y esclavitud para J. Bazin, E. Terray (éd. par), *Guerres de lignages et guerres d'États en Afrique*, Editions des Archives Contemporaines, Paris 1982; obtención de tributo de las poblaciones agrícolas para J. Suret-Canale, "Les sociétés traditionnelles en Afrique tropicale et le concept de mode de production asiatique" en *La Pensée*, 117, 1964, pp. 19-42, y *Essais d'histoire africaine, de la traite des Noirs au néocolonialisme*, Editions Sociales, Paris 1980; control e imposición de tasas al comercio de largas distancias para C. Cocquery-Vidrovitch "Recherches sur un mode de production africain" en *La Pensée*,144, 1969, pp. 61-78.

o de campesinos sometidos a poderes jerárquicos que cuentan con instrumentos para explotarlos.

LOS SISTEMAS ECONÓMICOS PRECOLONIALES

El equivalente económico del presente etnográfico[9], por el cual las sociedades africanas fueron descritas y analizadas como sociedades inmóviles en el tiempo, a las que se niega la historicidad, describe a los sistemas económicos africanos como "sociedades de subsistencia", caracterizadas por modos de producción basados en el linaje, cuya esencia se supone que radica, antes que en los intercambios y las inversiones para alcanzar una producción eficiente, en la conservación y la reproducción de las formas existentes[10]. También en este sentido los sistemas económicos africanos "precoloniales" o "tradicionales" se suponen caracterizados por una secular condición estática, a la que se contrapuso y se superpuso, a través del colonialismo, el dinamismo de Occidente. Pero las sociedades de subsistencia africanas son analizables y comprensibles sólo en su contexto histórico, porque reflejan equilibrios posibles en un ambiente, físico y de relaciones económico-sociales, en continuo cambio.

La subsistencia es definida como medida de la producción y del ingreso sostenible de toda sociedad, en el sentido de que para satisfacer

9 Véase p. 19 [*T.*].

10 C. Meillassoux, *Anthropologie économique des Gouro de Côte d'Ivoire*, Mouton, Paris 1964, usa por primera vez el término autosubsistance, tomándolo de Marx y su análisis de las formas precapitalistas de producción, para caracterizar a las sociedades campesinas africanas; retomado luego en "Essai d'interpretation du phénomène économique dans les sociétés traditionnelles d'autosubsistance" en *Cahiers d'Études africaines*, 4, 1977, pp. 38-67. La noción de autosubsistencia, por lo tanto, en un comienzo estaba sustancialmente conectada con la teoría del valor de cambio en Marx.
Sobre la tierra en las sociedades tradicionales: G. Mizzau, *La terra degli antenati. Regime fondiario tradizionale dei coltivatori africani*, F. Angeli, Milano 1988.
Toda una serie de trabajos generales y específicos han puesto el acento en el papel activo de las sociedades campesinas africanas como productoras de bienes intercambiables, sobre su especialización y sobre el desarrollo desigual: R. Gray, D. Birmingham (eds.), *Pre-colonial African Trade, Essays on Trade in Central and East Africa before* 1900, Oxford University Press, London 1970.
A. G. Hopkins, *An Economic History of West Africa*, Longman, London 1973, unifica los distintos elementos de la historia económica, centrando su interés en el mercado. Entre las obras generales: R. Austen, *African Economic History. Internal Development and External Dependency*, James Currey, London 1987; P.Wickins, *An Economic History of Africa from the Earliest Times to Partition*, Oxford University Press, New York 1980.
Sobre la geografía y las áreas ecológicas: J. Philipps, *Agriculture and Ecology in Africa*, Faber and Faber, London 1959; R. J. H. Church, West Africa. *A Study of the Environment and of Man Use of It, Longman*, London 1966 (IV ed.); A. Mabogunje, *The Lands and Peoples of West Africa*, en J. F. A. Ajayi, M. Crowder (eds.), *History of West Africa*, Columbia University Press, New York 1972-73, (II ed. 1988), pp. 1-32; P. Gourou, *L'Afrique*, Hachette, Paris 1970.

las necesidades básicas los productores no deben llegar al agotamiento de sus propias reservas. Cuando eso sucede, existe ruptura de los sistemas de subsistencia, y fenómenos de pauperización. Además, la satisfacción de las necesidades se produce o debería producirse según reglas compartidas y sancionadas socialmente. Los sistemas de subsistencia se basan, pues, en valores sociales compartidos de cada comunidad.

Las fuentes arqueológicas, las biológicas, las investigaciones de antropología física, han demostrado el dinamismo y el carácter problemático del cambio en el continente, en las diferentes épocas de la historia precolonial[11]. Las fuentes arqueológicas nos proporcionan información sobre la distribución en el espacio y en el tiempo, en situaciones ecológicas muy diferenciadas, de las poblaciones que ejercitaban la caza, la recolección y la pesca, que dominaron el África subsahariana hasta aproximadamente el segundo milenio antes de Cristo, para tomar después los itinerarios de difusión y la racionalidad económica que se correspondían con la adopción y el desarrollo de armas e instrumentos de trabajo gradualmente más eficientes. En África se dio una rápida transición de la era neolítica a la edad del hierro, con el desarrollo de algunas formas de metalurgia y de la agricultura. La difusión de las lenguas del grupo bantú, esa serie de oleadas de migraciones de población, que confirieron amplia homogeneidad lingüística al África ecuatorial, oriental y meridional, según los resultados de las más recientes investigaciones arqueológicas tuvo origen con posterioridad al desarrollo de la agricultura.

En las áreas de lengua bantú, con frecuencia asociadas con la cría de ganado, las grandes migraciones de poblaciones y el desarrollo agrícola se enriquecieron en el primer siglo de la era cristiana con aportes de cultivos agrícolas provenientes de Asia: bananas, arroz, plantain,[12] taro. La banana pasó a ser el alimento básico de numerosas regiones del altiplano oriental y centro-oriental, áreas en las que, precisamente por la gran disponibilidad de alimentos, se desarrolló una densa población.

En el siglo XV, con la apertura de la navegación atlántica, llegaron la mandioca ("cazabe" o "casabe") y el maíz, que se difundieron por el África occidental y oriental. La mandioca, especialmente, se propagó como producto resistente a los ciclos de sequías y altamente calórico, aunque pobre en proteínas. También el maíz se adaptó a distintos am-

11 M. Hall, Farmers, Kings, *Traders in Southern Africa*, 1200-1860, David Philip, Cape Town-Johannesburg 1987; G. Connah, *African Civilizations. Precolonial Cities and States in Tropical Africa: An Archaeological Perspective*, CambridgeUniversity Press, Cambridge 1987.

12 Planta que produce una variedad de banana de gran tamaño, a veces llamada "plátano verde", apta sólo para comer cocida *[T.]*.

bientes ecológicos, sobre todo en las áreas limítrofes entre sabana y selva y en las cuencas fluviales, hasta convertirse en uno de los principales productos del comercio de largas distancias, como alimento de los porteadores y de las tripulaciones de los barcos esclavistas.

Las sociedades africanas absorbieron innovaciones tecnológicas, y modificaron métodos y lugares de producción agrícola, para responder a los cambios sobrevenidos en el equilibrio entre población y ambiente físico. Por lo tanto, la estrategia de producción agrícola y de cría de animales de las llamadas "sociedades de subsistencia" africanas se caracterizó por lo que ha sido definido un dinamismo conservador, condicionado en máxima medida por el ambiente y que consideraba prioritaria la salvaguarda de los recursos disponibles. Ese dinamismo conservador consistía en la aplicación de políticas conservadoras que, para calcular la subsistencia, se basaban en el conocimiento y el control del ambiente según lo permitían los recursos existentes, oponiéndose a la asunción de riesgos excesivos y no controlables. El tradicionalismo de los campesinos de África, observado con frecuencia por quienes intervienen desde afuera, inclusive con proyectos de ayuda para el desarrollo, no es sino la defensa ante un contexto en el que el acceso a las reservas tiene que estar bajo control para poder permitir la supervivencia, no sólo en años "normales" sino también cuando el riesgo, en una situación como la africana, puede consistir –como lo ha consistido en muchos casos– en la muerte por hambre.

La agricultura africana tradicional era por lo general extensiva, como también lo era el pastoreo, lo cual explica la definición de "nómadas" aplicada a las poblaciones dedicadas preferentemente a la cría de ganado. Esa agricultura extensiva se practicaba con variados tipos de rotación de cultivos, sobre una amplia variedad de subdivisiones de los campos. No obstante, hay en África áreas en las que la producción agrícola tenía lugar en terrenos de uso permanente, que proporcionaban un flujo anual constante de productos: es el caso del arroz en los campos inundados del África occidental, el de las bananas y el plantain en suelos volcánicos o pertenecientes a las regiones de alta pluviosidad del África oriental. Sin embargo, la mayor parte del arroz africano se produce en campos "secos" que lo mismo que otros tipos de cereales requieren rotación. Si se compara la productividad de estos sistemas con la de otras regiones del mundo más desarrolladas, la de África resulta relativamente más baja. Sólo en algunos casos existe integración de la producción agrícola con la ganadera, y la tecnología es rudimentaria. Por ejemplo, la tracción animal fue introducida principalmente en el período colonial, y no se empleaban animales para el transporte. Esa situación, como debieron comenzar a entender los agrónomos coloniales y poscoloniales, no era consecuencia del atraso, sino de los obstáculos

del ambiente: con frecuencia, las técnicas en uso eran las únicas que en las condiciones existentes podían permitir reducir al mínimo los riesgos de un desastre total, que no era otro que la muerte por inanición.

La dispersión de las manadas por amplios territorios permitía a los pastores minimizar los riesgos de muerte por causa de la sequía, y de pérdidas por hurto o por la difusión de enfermedades. La historia de las poblaciones pastoriles está signada por la permanente búsqueda de lugares de pastoreo que pudieran servir de refugio contra las calamidades naturales, en primer lugar la sequía; es, pues, una historia de grandes migraciones, de las que se hallan pruebas en la presencia de clanes fulbe y beréber en todo el Sahel occidental, y de pueblos nilóticos en toda el África oriental, desde el norte hasta el sur.

Minimizar los riesgos, en terrenos frágiles y fácilmente empobrecidos por la concentración de sol y lluvias, es posible por medio de la rotación de tierras, que permite la restauración natural de la fertilidad del suelo, mientras que la distribución de los campos de cultivo sobre vastas áreas, en zonas ecológicamente diferentes, puede permitir salvar al menos parte de la producción de episodios como la sequía, los aluviones o las plagas de langostas. La diversificación de cultivos es practicada como defensa contra los riesgos.

Es característico de los sistemas sociales y productivos africanos que los recursos básicos –tierra, ganado y trabajo– no dependían del mercado o de la decisión de empresarios privados, sino que eran distribuidos por las autoridades reconocidas. Para la distribución de los recursos esas autoridades se basaban en reglas consuetudinarias, que debían respetar las prerrogativas de los linajes y de sus jerarquías, el estatus de cada individuo y de su ubicación en la familia y en el grupo, pero también las relaciones políticas internas y con otros grupos, en un contexto regional dado. La principal preocupación no era entonces la productividad del sistema económico, sino la supervivencia y la reproducción de sistemas culturales, con sus aspectos rituales y sociales. En efecto, manufacturas artísticas, fiestas y rituales eran parte integrante de la conservación y la reproducción de las relaciones sociales.

El pasaje de una economía de subsistencia, limitada a intercambios locales y regionales, a una economía ampliada, tanto en la cantidad como en las distancias, resultó difícil durante largo tiempo, por factores que eran incluso demográficos y físicos. Los obstáculos físicos que oponía la geografía africana hicieron problemático por lo menos hasta el siglo XIX el transporte de mercancías a largas distancias. Los puertos naturales en condiciones de recibir naves modernas eran pocos, y la mayoría de los que hoy están en funciones debieron ser dragados y construidos en el período colonial. La navegabilidad de los ríos se hacía por lo común difícil, y a veces hasta imposible, por la presencia

de rápidos, cascadas, pantanos y disminuciones estacionales de caudal. Los obstáculos demográficos estaban representados en muchas regiones por la escasez y dispersión de la población. La rueda, introducida en tiempos muy antiguos en África del norte, no llegó hasta el sur a causa de la inexistencia de caminos. Por otra parte, la tracción animal se volvía imposible en la zona arboladas o selváticas, infestadas por la mosca tse-tse.

Las sociedades de subsistencia africanas estaban basadas en complejos sistemas de intercambio que involucraban a cazadores-recolectores y sociedades agro-pastoriles, sobre todo en las áreas costeras. El intercambio se hacía con productos de la pesca, la caza y la recolección, y también agroganaderos. Después, las poblaciones de cazadores-recolectores fueron paulatinamente reducidas a ocupar las áreas marginales; algunas de ellas sobrevivieron en situación de clientela con las poblaciones agro-pastoriles dominantes. Es el caso de poblaciones que habitan la moderna África austral, conocidas como "bosquimanos", y de las diferentes poblaciones definidas impropiamente como "pigmeos" que ocupan las selvas ecuatoriales, o de los dorobo de Kenya y Tanzania. Pasaron a ser, para las poblaciones agro-pastoriles dominantes, siervos-pastores, fuerza de trabajo agrícola, herreros y especialistas rituales. El intercambio entre pescadores y agricultores-ganaderos siguió siendo intenso en las costas de los grandes ríos y lagos, y en los litorales marítimos. Otro tipo de intercambio sumamente extendido en muchas regiones de África es el que tiene lugar entre las poblaciones agrícolas y los pastores nómades: en África occidental, los movimientos estacionales de poblaciones criadoras de manadas de ganado hacia las zonas de pastoreo en regiones de cultivos implican intercambio directo de lácteos, pieles, carne y productos artesanales. En la región interlacustre del África centro-oriental los agricultores acumulan ganado, que en períodos de escasez o hambre cambian por cereales.

Las poblaciones pastoriles se concentran en regiones que, como sucede especialmente en la zona árida que se extiende al sur del Sahara, desde el río Senegal hasta el norte de Kenia, hacen imposible cualquier otra forma de subsistencia. Además, gran parte de las poblaciones pastoriles pueden ser autosuficientes en lo que respecta a productos agrícolas, que obtienen mediante el trabajo de las mujeres y los dependientes, un tiempo esclavos. Opuestamente, en las regiones más densamente pobladas del África oriental y meridional, poblaciones de cultivadores han enriquecido desde hace siglos su producción con la cría de animales. Las poblaciones pastoriles que dependen del intercambio con las poblaciones agrícolas han entrado frecuentemente en conflicto con estas por el problema del control de las áreas de pastoreo, el pago del tributo, el acceso a las fuentes de agua, las requisas de ganado. En el Sahel del

África occidental, y en la región interlacustre del África centro-oriental, los conflictos entre agricultores y pastores dieron lugar, en diferentes períodos históricos, a la formación de Estados centralizados.

También eran importantes en época precolonial las actividades mineras: hierro, sal, cobre circulaban en los sistemas de intercambio local. El hierro se hallaba presente en casi todas las regiones de África en depósitos de superficie, suficientes para la producción de armas e instrumentos de trabajo. La extracción de hierro, la capacidad de construir instrumentos y armas fue, en ocasión de guerras, y cada vez más en los siglos XVIII y XIX, fuente de activo intercambio mercantil. En el África occidental los herreros eran, por lo general, una casta sujeta a discriminaciones de tipo ritual. Se hallan herreros por todas partes, los mejores de entre ellos al servicio de los soberanos más poderosos. En el África ecuatorial, el arte de trabajar el hierro estaba asociado con los miembros de las dinastías reales. El cobre gozaba de un estatus especial: trabajado para producir bienes de prestigio ya desde el siglo V a.C., circulaba junto con las valvas cowrie de moluscos de la costa atlántica y las esteras de palma de la selva septentrional del Congo como una especie de moneda, controlada por las élites y empleada en transacciones que implicaban cambios de estatus, y no la adquisición de bienes. La circulación de bienes de prestigio contribuyó a incrementar la producción de bienes alimentarios. En el siglo XVI, en consonancia con el desarrollo del comercio a largas distancias, el cobre se convirtió en verdadera moneda.

La sal se encuentra desigualmente distribuida en África, pues está ausente de muchas regiones en las que, a falta de transacciones comerciales, era destilada de cenizas vegetales. El acceso a fuentes salinas, minas de sal del desierto, depósitos de potasio en desiertos y lagos, sal de los océanos, constituía la base del comercio de largas distancias. Las rutas de la sal se convirtieron en vías comerciales para el pescado, las valvas de moluscos, los productos de la actividad pastoril provenientes de los límites de los desiertos y los productos de metal. El más importante de estos sistemas comerciales unía varias regiones, a través del desierto del Sahara, con los centros agrícolas del Sudán occidental y central. Esta área, con los grandes imperios de Ghana, Mali, Songhai y Kanem-Bornu, entre el siglo IX y el XVI se hallaba conectada a través del Sahara con los puertos del Mediterráneo, adonde llegaban oro y esclavos. A fines del siglo XVI, la apertura de rutas atlánticas hizo más importantes las regiones asomadas al mar. En el mismo período se producía el descubrimiento, en tierras de América, de yacimientos de metales preciosos mucho más abundantes y accesibles que los africanos.

Los esclavos que requería la expansión de las colonias americanas se convirtieron en el principal rubro de exportación de esa parte

de África. La invasión desde Marruecos destruyó al Songhai y dejó en su lugar una miríada de pequeños estados en conflicto unos con otros, con consecuencias negativas para el comercio de largas distancias, que siguieron haciéndose sentir hasta el siglo XIX. No obstante, a causa entre otras cosas del mayor dinamismo de los mercados mediterráneos, la demanda de productos sudaneses –pieles de animales, goma arábiga, plumas de avestruz, marfil, pero también telas y productos artesanales, y en el siglo XIX tabaco– continuó, e incluso llegó a aumentar la de esclavos, a la vez que se desarrollaba el comercio con las regiones selváticas y, a través de estas, con las áreas costeras. Las rutas comerciales y los mercados se desplazaron considerablemente hacia el sur y el este, y se vio surgir al Bornu en un papel esencial, junto con el espíritu emprendedor de los mercaderes y artesanos hausa. Los comerciantes hausa fueron en los primeros años del siglo XIX los mayores sostenedores de la formación de un Estado islámico fuerte, que se basó precisamente en la promoción de las relaciones comerciales.

La imposición de sistemas coloniales a fines del siglo significó la marginalización de las redes internas de intercambio económico hacia el Mediterráneo, en comparación con la importancia que llegaron a alcanzar las regiones costeras y el comercio atlántico. Sin embargo, y a pesar de esa marginalización, el sistema altamente elaborado de comercio entre las diferentes zonas ecológicas –desierto, Sahel, selva– y entre las distintas poblaciones –a partir de dinastías de mercaderes basadas en niveles múltiples de etnicidad y en la común fe musulmana– logró resistir y transformarse, y siguió siendo una de las más significativas redes de relaciones económicas.

Los dos mayores grupos de mercaderes eran los diola en el Sudán occidental y los hausa en el central. Los diola irrumpieron como comerciantes en tiempos del tráfico de oro; los hausa, dominadores del comercio interior, traficaban también en marfil y esclavos. Los primeros diola fueron probablemente algunos soninke del imperio de Ghana, huidos de la disolución y el desastre ecológico que afectaban su tierra de origen, la Mauritania. Lingüísticamente se integraron después a los mandinka, en los imperios medievales de Mali y Songhai.

Linajes de comerciantes hausa comenzaron a actuar reclutando a agricultores de lengua hausa, pero también a comerciantes kanuri de sal y pescado del Bornu, y a cultivadores tuareg. El islam daba a estos linajes un sentido de pertenencia que reforzaba su identidad profesional. Los contactos entre ellos y la adhesión a un código de comportamiento común los situaban en una categoría diferente de la de las poblaciones que sólo se definían por su pertenencia local. Su adhesión al islam era muy elemental e instrumental. La mayoría de los comerciantes siguió siendo analfabeta hasta el siglo XIX, cuando algunas grandes familias

demostraron interés por la cultura escrita, y dejaron testimonio de ello por medio de crónicas de sus transacciones comerciales.

Las mayores ciudades del Sahel, Tombuctú[13] y más tarde Kano, se convirtieron en centros no solamente comerciales, sino también de fabricación de productos artesanales: géneros de algodón, prendas de vestir, elaboración de pieles, acabado decorativo en hojas de espada importadas. La arquitectura misma, religiosa en las mezquitas, civil en las fortificaciones de las ciudades y las casas de soberanos y nobles, evidenciaba características propias en sus materiales y sus formas, producto del trabajo de artesanos y artistas locales.

En el aspecto productivo, un cambio notable fue el masivo empleo de esclavos, que se desarrolló sobre todo en el siglo XIX, y permitió la proliferación de cultivos en gran escala, sobre todo en el califato de Sokoto. Aquí el proceso productivo era diferente, en dimensiones y en fuerza de trabajo ocupada, del que caracterizaba a la economía doméstica, basada en el trabajo del grupo de descendencia y sus afines; pero por otra parte tampoco estaba organizado como los sistemas de plantación esclavista del Nuevo Mundo. Los sistemas esclavistas hicieron posible un aumento de la producción para el comercio, y al mismo tiempo constituyeron un factor desalentador de la búsqueda o la aplicación de nuevas técnicas, o de una organización más eficaz del trabajo.

Para el África oriental, la conexión con el comercio internacional se hizo a través del Océano Índico. En esa región, las mayores densidades de población se encontraban en el interior, entre las regiones al norte de los Grandes Lagos y las que se extendían al sur de estos, en las zonas costeras y en el valle del Zambeze. Allí la cría de ganado coexiste por lo general con la agricultura, y sólo en determinadas áreas de Tanganica y de Kenia se encuentran poblaciones exclusivamente dedicadas a la actividad pastoril. Desde tiempos muy antiguos ha habido conflictos entre poblaciones de agricultores y de ganaderos, y en la región interlacustre surgieron, como dinastías reinantes, linajes de poblaciones pastoriles. Situadas en el corazón del continente, sólo fueron descubiertas a fines del siglo XIX. El camello era el medio de transporte del comercio trans-sahariano, mientras que el dhow era el tipo de embarcación empleado en el transporte a través del Océano Índico; las regiones costeras que dominaban este último tipo de comercio se hallaban sin embargo aisladas de las regiones interiores y, por consiguiente, más integradas al comercio exterior que a las redes internas de comercio.

Entre las más antiguas vías de penetración hacia el interior cuenta el valle del río Zambeze, tanto por tratarse de una vía de agua navega-

13 También mencionada como *Timbuctú [T.].*

ble, al menos hasta cierto punto, como por la existencia de yacimientos auríferos. Más hacia el norte, entre Sofala y la costa de Somalia, se desarrolló toda una serie de puertos, a los que llegaban barcos de Oriente, impulsados por los monzones. Además del oro que se encontraba hacia el sur del Zambeze, y cuyo tráfico floreció entre los siglos XII y XV, es decir, antes de la aparición de los portugueses en las costas, el principal producto comercial fue, hasta el siglo XIX, el marfil. Ya en este último siglo aumentó notablemente la trata de esclavos.

Desde la llegada de los portugueses a fines del siglo XV, los puertos costeros fueron dominados por ellos y –tras la conquista omaní del fuerte de Mombasa, en 1698– por jeques originarios de Omán. Los portugueses habían intentado sin éxito apoderarse del más importante reino del interior. Sobre el Zambeze crearon varios destacamentos comerciales, en Sena, Tete y Zumbo, además de formar prazos como tierras de la Corona, que eran asignadas a súbditos portugueses por el sistema de enfiteusis. Pero los prazos no lograron jamás dar origen a una producción estable para el comercio, por lo que más tarde se convirtieron en organizaciones dedicadas a la razia de esclavos, en el período de más elevada demanda por parte de los barcos negreros franceses y brasileños, en el siglo XIX. El oro hasta fines del siglo XVIII, y después el marfil y los esclavos, fueron los productos principales de este comercio, dominado por mercaderes de la India sometidos al control y a las exacciones de los portugueses. Desde comienzos de los años Veinte del siglo XIX se desarrolló un verdadero imperio comercial con base en Zanzíbar. La penetración comercial de los árabe-suajili de Zanzíbar hacia el interior del continente se debió casi por completo al espíritu de iniciativa de los mercaderes, y a la capacidad de obtener capitales y fuerza de trabajo. Al norte de Mombasa, la penetración se había encontrado durante siglos con formidables obstáculos físicos.

Entre el siglo XVI y el XVIII la región del Cuerno de África estuvo influida por la inseguridad creada por las invasiones de los oromo, los cuales, una vez que se estabilizaron, empezaron a recibir caravanas comerciales de las costas, y a organizar las propias. Más hacia el sur, desde fines del siglo XVIII volvieron a florecer ciudades comerciales como Kilwa, mediante el aporte de comerciantes yao que trasladaron a ella sus depósitos de marfil y esclavos, con el fin de establecer contacto con las redes comerciales francesas y con las de Omán, mucho más remunerativas ambas que las portuguesas de las costas mozambiqueñas. Desde Kilwa, las rutas comerciales se irradiaban a las regiones que contorneaban el lago Niasa (Malaui), densamente pobladas, que rápidamente se convirtieron en las principales proveedoras de esclavos al comercio transoceánico. La ruta central del comercio de Zanzíbar partía de las costas frente a la isla de Zanzíbar, y atravesaba el

continente hasta los lagos Tanganica y Victoria, con emplazamientos comerciales como Tabora y Ujiji, desde donde se diseminaban rutas y establecimientos comerciales por Uganda y el Congo, en dirección de las actuales Zambia y Malaui, hacia el monte Kilimanyaro, sobre el lago Rodolfo hasta la actual frontera entre Kenia y Etiopía. Los mayores puertos de este comercio eran Bagamoyo, Pangani y Tanga. Es posible que el control de mercaderes extranjeros sobre esta compleja red comercial del África oriental se haya visto facilitado por el hecho de que el comercio no tenía fácil penetración hacia el interior, a causa de los obstáculos físicos y de la escasa dotación demográfica. Antes de la llegada de los europeos, las regiones costeras ya formaban parte de un circuito comercial que las vinculaba con Oriente, si bien en una posición marginal. En ellas se desarrollaron centros comerciales, en general fundados por élites provenientes de Arabia y del golfo Pérsico, centros que cabe considerar verdaderas colonias antiguas. Pero la cultura suajili[14] que en ellos se desarrolló no es la transposición de una amalgama de culturas provenientes de Oriente sino, en todo caso, una amalgama local de elementos extranjeros e indígenas. El suajili, que pasó a ser a la vez lengua madre de las poblaciones costeras y lingua franca del comercio dirigida al interior, es estructuralmente una lengua de origen bantú, con aportes importantes del árabe y, en fecha posterior, también de las lenguas europeas. La mayoría de quienes se definen "suajili" está constituida por personas de ascendencia africana, con aportes lejanos de origen extranjero. Por ejemplo los shirazi reivindican un lejano origen en inmigrantes del golfo Pérsico. También los omaníes y los portugueses que llegaron a las costas se asimilaron a las poblaciones locales. Diferente es el caso de los mercaderes provenientes del Asia, musulmanes, hindúes e incluso cristianos, venidos estos de las posesiones portuguesas en la India, Goa, Damao y Diu, que en general han seguido siendo socialmente diferentes de las poblaciones locales, aunque desde los puntos de vista lingüístico y cultural hayan sido asimilados.

Mientras que los portugueses no lograron, aparte de la colonización de la cuenca del Zambeze, dominar el comercio con el interior, la red comercial de Zanzíbar se proyectó a casi todos los puntos de interés comercial en África oriental y centro-oriental, incluido el riquísimo reino de Kazembe, principal productor de cobre de la región (hoy Katanga, un tiempo llamada Shaba). Como puede verse, el comercio en África oriental estaba dominado preponderantemente por un conjunto de intereses costeros, menos estructurado en los mercados internos, y por eso probablemente menos relacionado con actividades de promo-

14 Citada también como *suaheli* y *swahili* [*T.*].

ción de la productividad, como sí era el caso del África occidental. La investigación acerca de las consecuencias de la expansión comercial ha podido señalar que, desde fines de los años Ochenta del siglo XIX hasta los años Veinte del siglo XX, hubo en esta región una drástica declinación demográfica, probablemente atribuible a que las caravanas comerciales sirvieron de vehículo para la introducción en la región de graves enfermedades endémicas (viruela, cólera, peste e incluso peste bovina, que produjo la disminución de las cabezas de ganado y favoreció la difusión de la mosca tse-tse), pero también a la política colonial, que al incentivar las producciones destinadas a la exportación contribuyó a deteriorar la agricultura alimentaria de subsistencia.

En el siglo XIX, mientras el África occidental se integra cada vez más en los circuitos comerciales internacionales, el África oriental sigue dedicada primordialmente al comercio de marfil y esclavos, y se caracteriza por sistemas políticos de tipo predatorio. Producciones de plantación, con trabajo esclavista, se desarrollaron en la costa de Kenia y en Zanzíbar (coco, clavo de olor). Francia incentivó la instalación de plantaciones de caña de azúcar en las islas Mascareñas, lo cual hizo que aumentara el requerimiento de esclavos.

A. G. Hopkins, en An Economic History of West Africa de 1973, sostiene que la intervención de las redes comerciales europeas fue la que minó las bases de las arcaicas estructuras organizativas de las sociedades africanas, generando conflictos entre las nuevas clases mercantiles y campesinas, interesadas en producir para la exportación, y las élites políticas que monopolizaban la fuerza de trabajo, esclava o no. Los estudiosos de matriz marxista, si bien parten de premisas ideológicas y teóricas diferentes, se mantienen dentro de la misma conceptualización, desarrollando para las sociedades africanas la noción de sociedades "periféricas"[15]. Según este análisis, el África pasa a constituir la periferia del mundo occidental desarrollado, y no podría haber permanecido fuera de él, como área de producción tradicional. Por consiguiente, es de suponer que fue el dominio colonial el que integró a las sociedades africanas, como productoras periféricas de materias primas en posición de dependencia. Si hasta la colonización el África había venido proporcionando esencialmente fuerza de trabajo esclava para el crecimiento de las economías de plantación de las Américas, funcionales a la acumulación

15 W. Rodney, *How Europe Underdeveloped Africa*, Bogle l'Ouverture, Harvard University Press, London-Washington 1972; S. Amin, Accumulation on a World Scale, Monthly Review Press, New York 1974, 2 vols.; B. Freund, *The Making of Contemporary Africa. The Development of African Society since 1800*, Indiana University Press, Bloomington 1984; I. Wallerstein "The Three Stages of African Involvement in the World Economy" en P. C. W. Gutkind, I. Wallerstein (eds.) *The Political Economy of Contemporary Africa*, Sage, Beverly Hills 1976, pp. 30-57.

que había permitido el despegue industrial, en la época de la colonización formal el índice de crecimiento de la Europa industrial hacía que la diferencia entre las dos regiones, entre el Norte y el Sur, se volviera incolmable. A esta altura se abre la discusión sobre las formas que tomó el "desarrollo" colonial, que será el tema del capítulo sobre el colonialismo.

Aunque en el curso de todo el siglo XIX se intensificó el intercambio comercial, la colonización formal del continente representó un vuelco radical, porque introdujo formas de control de la tierra y de reclutamiento y utilización de la fuerza de trabajo orientadas a producir preferentemente para la exportación, que tendrían profunda influencia sobre los sistemas de vida de las poblaciones africanas. Las primeras formas de control colonial, por medio de compañías estatutariamente autorizadas a gobernar territorios enteros (en el norte de Nigeria, en Tanganica, en Kenia, Uganda, Zambia, Zimbabue, Malaui), o de compañías concesionarias, formalmente bajo el control de los gobiernos mandatarios (en el África Ecuatorial Francesa, Camerún, el Estado Libre del Congo y las regiones centrales y septentrionales de Mozambique) fracasaron tanto desde el punto de vista económico como desde el más general perfil de mantenimiento de la ley y el orden en los territorios controlados. Todas ellas fueron tarde o temprano absorbidas por los gobiernos coloniales. Estos introdujeron sistemas de explotación que diferían según los recursos de cada territorio y la capacidad administrativa y económica de las colonias. Todos los sistemas económicos coloniales produjeron una fundamental transformación de los sistemas productivos indígenas.

PROBLEMAS DE HISTORIA Y POLÍTICA

Un primer problema que se nos plantea cuando afrontamos la historia colonial es el de la periodización, que sigue estando moldeada, por convención y conveniencia, preponderantemente sobre los sucesos europeos, a la vez que distingue entre los tiempos de la conquista y los de la "pacificación" y la "revalorización" colonial, es decir entre el sometimiento a sistemas administrativos y económicos propios de la explotación colonial y la descolonización; con el añadido de que las referencias a colonización y descolonización ponen el acento en la iniciativa de las potencias coloniales, y no en la acción política interna e internacional desarrollada por grupos, movimientos y personalidades políticas del África, ni en los procesos de desestructuración provocados por el desenvolvimiento mismo de las colonias.

La proclamación de que la trata y la esclavitud habían terminado –que incluso en Occidente fue formulada en tiempos diferentes y no constituyó, como lo demuestran las alternativas vividas durante el período napoleónico, un proceso lineal– no fue seguida por el fin de

estos fenómenos. Deberían pasar décadas para que el tráfico quedara definitivamente suprimido, y en África oriental los esclavos se convirtieron en la mercancía más preciada precisamente en la segunda mitad del siglo. Casi en todas partes el estímulo comercial de las producciones llamadas "lícitas" fue alcanzado con la ayuda de la intensificación de los sistemas de esclavitud interna. Después de abolida la esclavitud, las administraciones coloniales adoptaron métodos coercitivos de reclutamiento de la fuerza de trabajo. La imposición de trabajar, la coacción, el trabajo obligatorio o forzado eran justificados mediante ideologías productivistas, parte integrante del discurso de la "misión civilizadora". Los tiempos y los modos de reparto y conquista de los territorios africanos fueron muy dispares, así como las etapas de administración colonial y los recursos disponibles y los utilizados. Los Estados coloniales vinieron a ejercer su acción sobre sociedades diferentes, ya marcadas en considerable medida por su secular inserción en el comercio internacional, y en muchos casos capaces todavía de responder de manera autónoma a la demanda de productos provenientes de Europa en el siglo XIX. Por obra de sus superioridad militar y tecnológica, sometieron a estas sociedades a formas estatuales de tipo absolutista, monopolizando y dirigiendo sus economías y, al mismo tiempo, superponiéndose a las autoridades locales. La colonización se ejerció sobre sociedades cuya naturaleza e identidad se habían vuelto complejas, y ciertamente difíciles de descifrar por cambios históricos antiguos y recientes. Eran sociedades cuya identidad étnica resultaba definida por la coyuntura histórica, en tanto que la identidad política y la social se hallaban sometidas a procesos de cambio y condicionamiento provocados por las influencias que ejercía la actividad comercial, por la consolidación de nuevos sistemas de comercio y de organización militar, por la devastación provocada por la trata esclavista y, en fin, también por la difusión de epidemias, y por la repetición de procesos de deterioro ecológico. Como sucede también con la historia precolonial –para la cual, por otra parte, existen menos documentos inteligibles, y más lejanos– la penetración del modo de producción capitalista, la colonización formal, los procesos de liberación y la descolonización, la formación de conciencia y la creación de organizaciones nacionalistas, el desarrollo productivo y el económico sólo se vuelven inteligibles cuando se los considera en relación con el devenir de los sistemas autóctonos, en su especificidad y su dinámica.

¿Cuáles fueron las transformaciones, las dinámicas de conflicto, los resultados, en el contexto nuevo de la colonización formal? ¿Cómo se transforman a continuación los cambios, las desestructuraciones de los sistemas precoloniales, en relación con los métodos administrativos y con las exigencias económicas que la colonización

impone? ¿Cómo reacciona cada sociedad, con los recursos de que dispone, a la estructura de dependencia? En este sentido es importante comprender los sistemas de dependencia en su dimensión económica específica (economías coloniales, periodización, disponibilidad de los recursos y manejo de ellos, tierra, producción, trabajo), tanto como en su dimensión administrativa (sistemas administrativos, sistemas sociales) y en los cambios de la estratificación social y de las estrategias y las dinámicas de la sociedad, y en la forma en que se estructuraban los vínculos políticos. La historia de África gira en torno a la complejidad de la transición, que por cierto tiene dimensiones mundiales, ya que depende de la amplitud de los movimientos de la economía del mundo, y de sus reflejos tanto locales como regionales y nacionales.

La historia política y económica de África, que en la segunda posguerra se orienta a la independencia, conoce etapas pautadas por oleada de descolonización, cada una de las cuales ha estado caracterizada por ordenamientos internacionales muy dispares. Desde mediados de los años Cincuenta del siglo XX, montadas en la ola del boom económico y contando con el asentimiento de las principales potencias, tuvieron lugar las independencias negociadas, con procesos incluso traumáticos pero de cualquier modo controlados. En los años Setenta, la conclusión de las luchas de liberación y la adquisición de la independencia con proyectos políticos de signo más radical –en algunos casos de corte marxista-leninista– tuvieron lugar en una situación de contraposición Este-Oeste, que tenía como escenarios de choque a regiones del continente, desde el Cuerno de África hasta el África austral. Al mismo tiempo, hubo crisis económicas que volvieron a disparar procesos de disenso interno en varios países, que se expresaron mediante golpes de estado militares. Por fin, y definitivamente, la recesión mundial fue a influir en países profundamente marcados por su dependencia y debilidad y, hacia fines de los años Ochenta, por el cuestionamiento de las formas de Estado heredadas. Por todas partes, los esquemas de partido único y las dictaduras militares deben tratar, ya sea por presiones internacionales o internas, de recuperar legitimidad, abriendo la discusión a la base política. En algunos casos (Somalia, Liberia), la disolución de las dictaduras tiene como resultado la desestructuración del contexto estatual; en otros se halla en curso el intento de mantener unidos Estados profundamente divididos. En todos lados el proceso de democratización y reconstrucción económica encuentra obstáculos, y la propia marginación económica del continente impide promover desarrollos positivos. Está por fin el caso de Sudáfrica: entre 1948 y 1990 conservó un sistema político basado en la institucionalización del apartheid, es decir, en la

discriminación de las razas sobre una base jerárquica, con absoluto predominio de los blancos y represión y marginación de la mayoría negra, en tanto que en la actualidad el país se encuentra en una etapa de profunda transformación.

La investigación histórica africana, precisamente porque ha tenido que luchar contra el prejuicio que negaba la historicidad de África, sigue un recorrido específico, ante todo desde el punto de vista de las fuentes y los métodos de búsqueda, por la importancia que en ella asume la oralidad, y luego, en el período posterior a las independencias, por la aparición de corrientes historiográficas nacionales[16].

Las tradiciones y la historia oral, los problemas que plantean los diferentes ámbitos estatuales y nacionales, tienen en común algunas preocupaciones, y cierto parecido en cuanto a la evolución de los campos de investigación. La nueva historiografía africana y africanista ha concentrado preponderantemente sus búsquedas en los cambios económicos y sociales; de ahí la importancia que asumen los debates sobre el imperialismo, sobre los orígenes y la conformación del subdesarrollo, sobre la formación de las clases y las dinámicas de los sistemas de poder. Con el fin de resaltar y demostrar la historicidad de las sociedades africanas, buena parte del debate se ha concentrado en los principios, los métodos y los respectivos aportes de disciplinas como la etnografía y la antropología, que en época colonial se habían adueñado del campo de la investigación social en África.

Un lugar aparte ocupan las investigaciones dirigidas al análisis de los procesos de descolonización, al de la formación, el crecimiento, la difusión y la organización del nacionalismo, al estudio de la dinámica de las negociaciones o los conflictos con las administraciones coloniales, a los caminos recorridos para el acceso a la independencia, a las estructuras económicas, sociales y administrativas heredadas y sus cambios, a los sistemas políticos y de organización política y social

16 Sobre las tradiciones orales como fuente histórica, difícil de manejar, con limitaciones pero rica e indispensable, fuente que nos habla del pasado y de sus diferentes representaciones y que viene directamente de las sociedades que se estudian, J. Vansina, *Oral Tradition as History*, James Currey, London 1985; una actualización en el trabajo *De la tradition orale. Essai de méthodologie historique*, Musée Royal de l'Afrique Central, Tervuren 1961. Cfr. también los ensayos publicados en B. Bernardi, A. Triulzi (a cura di), *Fonti orali, antropologia e storia*, F. Angeli, Milano 1978. Un resumen de estudios y problemas se hallará en R. Rainero, *Fonti orali e storiografia: il problema della storia dei popoli africani, en Introduzione allo studio della storia*, Marzorati, Milano 1975, t. II. H. Moniot, *L'histoire des peuples sans histoire*, en AA.VV., Faire de l'histoire, Gallimard, Paris 1974, t. I, pp. 107- 23; D. P. Henige, *The Cronology of Oral Tradition.A Quest for a Chimera*, Clarendon Press, Oxford 1974; Id., Oral Historiography, Longman, London 1982.
Cfr. por último la colección de testimonios orales en C.-H. Perrot et al. (éd. par), *Le passé de l'Afrique par l'oralité, La Documentation Française*, Paris 1993.

de los países independientes y a las políticas de desarrollo. Por último, se está desarrollando una modalidad de investigación histórica y política "desde abajo", es decir, que se ocupa de los fenómenos sociales y políticos "informales", de las formas de expresión cultural y social no institucionalizadas.

PRIMERA PARTE

[I]
EL SIGLO XIX: LA ÉPOCA DE LAS GRANDES TRANSFORMACIONES

El impacto del movimiento antiesclavista sobre la supresión de la trata de seres humanos; la intensificación de la acción misionera; la ocupación, por Gran Bretaña y Francia respectivamente, de las dos principales puertas de acceso al continente, el Cabo de Buena Esperanza y Egipto; la multiplicación de las exploraciones geográficas, que revelaron a Occidente una África que en gran parte había permanecido ignorada hasta el último cuarto del siglo; en fin, la correlativa intensificación de la pugna por el control de las áreas de interés comercial y estratégico, son otros tantos factores cuyo desarrollo y cuyas consecuencias han llevado a analizar las sociedades que en ellos se vieron envueltas preponderantemente desde la óptica del *scramble*; el término (algo así como "riña") fue usado por primera vez por el periódico inglés *The Times* para designar la "desordenada carrera" por la conquista de los territorios africanos[17].

17 Es aconsejable leer el texto con la ayuda de un atlas histórico: G. S. P. Freeman-Grenville, *A Modern Atlas of African History*, Rex Collings, London 1976; J. D. Fage, *An Atlas of African History*, Arnold, London 1978; H. Gailey, *The History of Africa in Maps*, Denoyer-Geppert, Chicago 1979; J. Murray (ed.), *Cultural Atlas of Africa*, Phaidon, Oxford 1981; M. Kwamena-Poh, J. Tosh, R. Waller, M. Tidy, African History in Maps, Longman, London 1982. Por último, cfr. las síntesis sobre ambiente, historia, política, economía y el África austral en I. Ll. Griffiths, *The Atlas of African Affairs*, Routledge, London 1992, II edición.

Por espacio de más de trescientos años la presencia europea en África había quedado limitada a las zonas costeras, pues los intentos de penetrar hacia el interior eran impedidos por las dificultades que planteaban las vías de acceso, y la oposición de las poblaciones locales. Adueñarse del control de las rutas de ese comercio lícito que la diversificación y la multiplicación de los sistemas productivos habían hecho cada vez más interesante desde el punto de vista económico fue posible sólo en el último cuarto del siglo XIX, merced a la posesión de medios (por ejemplo barcos de vapor, o quinina) y, sobre todo, de armas tec-

---

Las principales historias generales del África subsahariana: J. D. Fage, R. Oliver (eds.), *The Cambridge History of Africa*, Cambridge University Press, Cambridge 1976, 8 vols., fue hasta la década de 1970 la más importante reseña sobre investigación histórica y debate historiográfico. Los tomos 5, supervisado por J. Flint, 6, supervisado por G. N. Sanderson, 7, por A. D. Roberts y 8, por M. Crowder, tratan la historia africana entre 1790 y 1975 aproximadamente. La más reciente historia general preparada por la UNESCO (en inglés y francés) es la *General History of Africa*, UNESCO, Heinemann, London 1989, 8 vols. Los tomos VI, preparado por J. F. A. Ajayi, VII, por A. A. Boahen y VIII, por A. A. Mazrui tratan la historia de África desde el siglo XIX a nuestros días. Esta *General History* da lugar de privilegio a las investigaciones conducidas por académicos africanos de prestigio, y por una generación de africanistas especialmente comprometidos en profundizar nuevos enfoques metodológicos (historia oral, historia económica), y en destacar las transformaciones internas y la interdisciplinariedad. La búsqueda de nuevas orientaciones interdisciplinarias caracteriza también los trabajos de P. Curtin, S. Feierman, L. Thompson, J. Vansina, *African History, Little Brown and Company*, Boston, Toronto 1978. La obra de C. Coquery-Vidrovitch, H. Moniot, *L'Afrique noire de 1800 à nos jours*, Presses Universitaires de France, Paris, II ed., 1993 es un trabajo muy atento al debate historiográfico más actual, que además ofrece un excelente aparato bibliográfico. Triulzi et al. (a cura di), *Storia dell'Africa e del Vicino Oriente*, es un útil instrumento de trabajo, pues cada ensayo historiográfico incluido está acompañado por bibliografía de referencia. Entre las historias generales de corte tradicional cfr. R. Cornevin, M. Cornevin, *Histoire de l'Afrique*, Payot, Paris 1964; H. Dechamps (éd. par), *Histoire Générale de l'Afrique noire*, Presses Universitaires de France, Paris 1970-71, 2 vols.; H. A. Gailey, *History of Africa*, R. E. Krieger, New York 1970 (II ed. 1981), 2 vols.; J. D. Omer-Cooper, *The Making of Modern* Africa, Longman, London 1971, 2 vols.; M. Cornevin, *Histoire de l'Afrique contemporaine*, Payot, Paris 1972; J. Ki-Zerbo, *Histoire de l'Afrique noire*, Hatier, Paris 1972; P. Curtin et al. (eds.), *African History*, Longman, London 1978; J. D. Fage, *A History of Africa*, London 1978; R. W. July, *A History of the African People*, Charles Schribner's Sons, New York 1970.

Sobre el siglo XX: E. M'Bokolo et al. (éd. par), *Afrique noire. Histoire et civilisations, XXème siècle*, t. 2, Hatier, Paris 1992. H. d'Almeida-Topor, *L'Afrique au XXème siècle*, Armand Colin, Paris 1993. Son de señalar también B. Davidson, *Modern Africa: A Social and Political History*, Longman, London 1994, III ed., y del mismo autor *The Search for Africa: A History in the Making*, James Currey, London 1994.
Las principales historias regionales son: R. Oliver, G. Mathew (eds.) A History of East Africa, Clarendon Press, Oxford 1963-75, 3 vols.; J. Suret-Canale, Afrique noire occidentale et central, Editions Sociales, Paris, 1 vol. (I ed. 1958), II ed. 1968, 2 vol. (I ed. 1964), II ed. 1971, 3 vol. 1972; M. Wilson, L. Thompson (eds.), The Oxford History of South Africa, Clarendon Press, Oxford 1969-71, 2 vols.; J. F. A. Ajayi, M. Crowder (eds.), History of West Africa, Colombia University Press, New York 1972-73, Longman, London 1985-87, 2 vols.; Birmingham, Martin (eds.), History of Central Africa, citado.

nológicamente más avanzadas que las que estaban a disposición de las poblaciones indígenas.

La penetración europea, tanto comercial como armada, preludio del reparto del continente, tuvo más rápido éxito allí donde logró instrumentalizar en provecho propio la inestabilidad y los conflictos provocados por la aceleración de las crisis de transformación. Pero incluso las intervenciones e interferencias europeas en los conflictos locales, dirigidas a proteger intereses comerciales o estratégicos, siguieron estando circunscriptas, hasta el último cuarto del siglo, a las zonas costeras y a su inmediato *hinterland*. Después de 1815 los franceses habían vuelto a ocupar sus emplazamientos comerciales en Senegambia, en primer lugar Saint Louis y Gorée. El intento de crear una hacienda agrícola en el reino del Waalo, a partir de 1819, fracasó a causa de errores fundamentales cometidos en la evaluación del potencial de identidad y raigambre de las comunidades locales, que reaccionaron con decisión contra la usurpación de sus tierras ancestrales.

Los portugueses reclamaban, como territorios de su exclusiva competencia, vastísimas áreas en regiones que hoy conocemos con los nombres de Angola, Mozambique y Guinea-Bissau, de las cuales en el siglo XIX, pese a los repetidos intentos, apenas ocupaban algunos emplazamientos costeros. Tanto la presencia de los portugueses en las costas de Angola como su cuasi monopolio del comercio entre los siglos XVI y XVIII, en alianza con el poderoso reino del Congo –cuya capital, San Salvador, fue por largo tiempo el principal centro de intercambio de la red comercial del norte, proveniente del Pool Malebo, y de la red oriental basada en el sistema de ríos que desembocan en el Kwango– comenzaron a estar en peligro en el siglo XIX por la extensión de los intereses comerciales franceses e ingleses. Mientras San Salvador decaía, en el interior se desarrollaban nuevas redes comerciales y surgían nuevos comerciantes poderosos.

En Sierra Leona, los ingleses habían fundado Freetown y varias aldeas agrícolas para la reubicación de esclavos liberados; eran ellos quienes dominaban el comercio en Bathurst (Banjul), Bagdary y Lagos, y en la Costa de Oro. Allí existían más de cuarenta fuertes, en su mayor parte británicos pero también daneses y holandeses, que constituían las bases de un intenso comercio con el interior, del que los mayores intermediarios eran los estados fante. Lo mismo que Freetown, Monrovia en Liberia y Libréville en el Gabón habían sido fundadas para reinstalar en ellas esclavos rescatados o liberados en las Américas.

En la primera mitad del siglo XIX habían venido aumentando la presencia y los intereses de británicos y franceses a lo largo de la ruta hacia las Indias, en Adén, en las costas del Cuerno de África, la

isla Mauricio, Madagascar y el sultanato de Zanzíbar. Las costas de Mozambique eran controladas por los portugueses y por jeques árabe-suajilis, mientras en Zambezia el antiguo sistema portugués de los prazos –de apropiación y explotación de vastos territorios, en beneficio de los protegidos de la Corona– había pasado a ser el principal impulsor de las razias y del tráfico de esclavos en la región.

Por último el Cabo, desde el comienzo del siglo y definitivamente con la finalización de las guerras napoleónicas habia pasado al control inglés, a causa de la declinación del éxito financiero de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, y de la afirmación de la hegemonía de la marina británica. Cuando la Compañía tuvo que anunciar su bancarrota, en 1794, los ingleses tomaron el poder, que ejercieron hasta 1803, año en que el territorio pasó a ser gobernado por la República Bátava, que duró sólo tres años. Tras la derrota de Trafalgar en 1805, los holandeses, aliados de Napoleón, fueron obligados a ceder definitivamente al dominio inglés la colonia del Cabo.

Sólo fue en el siglo XIX cuando los intereses de carácter comercial y misional –al igual que las expediciones geográficas, que se proponían el "descubrimiento" de un continente todavía en gran medida desconocido por los europeos– ampliaron su radio de acción y los propósitos que los animaban. Ello sucedió en respuesta a las exigencias de sociedades europeas en etapa de nueva expansión, tanto política como industrial y tecnológica y, por consiguiente, en competencia por el control de áreas de influencia, de recursos y de intercambios comerciales. Pero hasta el último cuarto del siglo, cada vez que tuvo lugar la imposición de formas de colonialismo directo ello había constituido una excepción, no ciertamente la regla: no parecía que los gobiernos europeos poseyeran los recursos, ni la voluntad, ni mucho menos el consenso político suficientes para emprender y sostener empresas de conquista colonial. Por eso es que los intereses comerciales y estratégicos de las potencias europeas convivieron durante largo tiempo, en una variada gradación de relaciones de colaboración y conflicto, con la conservación del ejercicio del poder y de la autoridad por los soberanos, los jefes y los mercaderes africanos.

Puede decirse que el vuelco en favor del reparto del continente se inició a mediados del siglo con la crisis del comercio libre en las costas africanas, cuando las diversas empresas comerciales europeas, con el apoyo de sus respectivos gobiernos, pretendieron el monopolio en sus áreas de influencia, y adoptaron medidas proteccionistas por medio de la fijación de impuestos aduaneros. En la competencia por el control de áreas de influencia, desatada entre las diferentes empresas comerciales, se vieron involucradas cada vez en mayor medida las sociedades africanas, que hasta entonces habían manejado con autonomía los sis-

temas productivos y las redes de intercambio hacia los territorios del interior, y de esos mismos territorios entre sí. Para el África occidental, el preludio del reparto se vivió en los años Sesenta, cuando británicos, franceses y alemanes empezaron a subdividir las regiones costeras en apostaderos que no tenían únicamente propósitos comerciales sino también fiscales. Para el África oriental y sudoccidental, ese preludio se vivió en los años Ochenta.

Hasta esa época sólo las sociedades ribereñas, desde hacía siglos en relación directa con intereses extranjeros, habían sufrido profundas transformaciones sociales y de sus sistemas de poder, que se hicieron todavía más incisivas con la exacerbación de los intereses comerciales, en la segunda mitad del siglo. Las sociedades del interior, en cambio, aunque afectadas también en diferente medida por la trata y el comercio, siguieron, hasta el gran reparto de los años Ochenta, evolucionando e interactuando en espacios de considerable autonomía respecto de la presencia de los europeos y, sobre todo, de su poder.

El Congreso de Berlín (noviembre de 1884-febrero de 1885), considerado el episodio histórico que en los hechos dio comienzo al scramble, no fue organizado para proceder al reparto colonial del continente sino, al menos formalmente, para poner orden entre los intereses en competencia en las respectivas áreas de influencia, y garantizar mediante la firma de tratados el regreso al sistema de libre comercio en las costas marítimas y a lo largo de los grandes ríos Níger y Congo (Zaire), en cuanto privilegiadas vías de acceso a los recursos del continente.

Pero lo cierto es que el reparto del África comenzó inmediatamente después de Berlín, y con relativa rapidez, facilitado no sólo por la superioridad de los medios bélicos y organizativos de que disponían las fuerzas coloniales, sino también por el estallido para la misma época de toda una serie de problemas internos del continente, el cual atravesaba entonces una etapa de traumática transformación, marcada por migraciones, diásporas, guerras, desastres ecológicos, difusión de enfermedades nuevas.

Algunos historiadores consideran a la colonización de fines del siglo un vuelco radical en las relaciones entre las potencias europeas y las sociedades africanas, ya que marcó el pasaje desde relaciones de intercambio comercial que eran desarrolladas preponderantemente con los estados de las costas –los cuales mantenían su soberanía–, a la imposición de formas de ocupación directa y, por lo tanto, a la incorporación del continente entero a sistemas de subordinación colonial. Para otros historiadores, fue la etapa en que se concretó la desestructuración de las sociedades africanas, inducida por seculares procesos de inserción en el mercado mundial, primero por medio de la trata atlántica y

luego, ya en el siglo XIX, con la intensificación de diferentes formas de explotación de los recursos productivos y comerciales.

De todos modos, la imposición de formas de colonialismo directo representó una divisoria de aguas de intenso valor histórico y simbólico: de hecho, aun hoy la periodización más frecuente de la historia africana distingue entre una larga e indiferenciada época "precolonial" y la era "colonial", un período relativamente breve que va desde el último cuarto del siglo XIX a la segunda posguerra, y que aparece dominado por la presencia y la acción de los europeos. Esta periodización nos da la medida de hasta qué punto las sociedades africanas han sido representadas siempre como esencialmente estáticas e inmóviles a través de los siglos, cuando menos hasta la colonización, que supuestamente introdujo, así fuera imponiéndolas, formas de modernización económica, social y administrativa, a la vez premisas de la emancipación política que se verificó con la descolonización, a partir de la segunda posguerra.

Partir del siglo XIX nos permite captar las transformaciones del continente en el momento en que la trata de esclavos, aun hallándose en su punto de máxima expansión, estaba por agotarse. Este es el período en que se intensificaron la producción y la comercialización de otros productos distintos de la venta de seres humanos para responder a la demanda del comercio internacional, y en que el involucramiento con los intereses europeos estaba preparando la ocupación militar y administrativa. Coquery-Vidrovitch ha denominado período de la "economía de intercambio próspero" al lapso que va desde 1820 a 1850. Y en efecto, es en ese período cuando el volumen del comercio entre los países europeos –en primer lugar Inglaterra, principal potencia industrial– y el África negra se decuplica. Al mismo tiempo, África comienza a ser proveedora de materias primas agrícolas para la industria. La tendencia se confirma en el período sucesivo[18].

Sobre las traumáticas transformaciones causadas por siglos de trata crecieron en el siglo XIX relaciones comerciales más intensas, definidas como "lícitas" para poder distinguirlas de la ahora ilícita trata de seres humanos. Esas relaciones fueron incentivando sistemas productivos basados en la caza, en la recolección y, a continuación, de manera cada vez más significativa, en los cultivos y en la explotación minera, con el aporte de una fuerza de trabajo formada principalmente por masas de esclavos que ya no podían ser vendidos en la trata atlántica. A esa fuerza de trabajo ya no era preciso captarla únicamente por

18 I. Hrbek, *Towards a Periodization of African History*, en T. O. Ranger (ed.), *Emerging Themes of African History*, Eaph, Nairobi 1968, pp. 37-52; C. Coquery-Vidrovitch, *La mise en dépendence de l'Afrique noire: essai de périodisation historique*, Centre d'Études Africaines, Paris, 16, 1-2, 1972, pp. 7-58

medio de los diferentes sistemas de reciprocidad e intercambio, según las costumbres que regulaban los sistemas de descendencia y los sistemas de poder característicos de cada sociedad africana.

Los principales productos que se comercializaban en la primera mitad del siglo XIX eran los tradicionales de África. Algunos provenían de la caza, como el marfil y las pieles de animales; otros, de la recolección, como la goma (típica producción esclavista de numerosas sociedades del África occidental), las resinas, la cera. Otros, en fin, de técnicas de extracción minera, como en primer lugar el oro, sobre el cual se habían basado y afirmado tanto la riqueza del Asante, en la región entonces conocida, y no por casualidad, con el nombre de Costa de Oro, como la de los Estados que se fueron sucediendo en el dominio del altiplano centromeridional; sin olvidar al cobre en la región dominada por los Estados Luba y Lunda (Zaire). A lo largo del siglo, a la economía de intercambio que se fundaba en productos de la caza y la recolección se agregan los productos de las cultivaciones agrícolas; ya en la segunda mitad del siglo, las oleaginosas, el aceite de palma, el maní cacahuete dominan el comercio del África occidental. Por otra parte, ya desde el comienzo del siglo y con más intensidad en las décadas siguientes, gobiernos europeos y compañías algodoneras comenzaron a explorar en diversas zonas del África la posibilidad de producir algodón, que se volvió realmente interesante cuando, como consecuencia de la guerra de secesión norteamericana, en los años Sesenta, el producto empezó a escasear.

Las modalidades, los tiempos y las consecuencias de la transición, de la trata al comercio lícito fueron diferentes de región en región. En el segundo cuarto del siglo, cuando en África occidental se afirmaba como prioritario el comercio lícito, en el Sudán oriental la devastación provocada por la conquista egipcia asumía proporciones dramáticas, a causa de las actividades de ejércitos y de comerciantes dedicados principalmente a la trata de esclavos. Otro tanto puede decirse de toda el África oriental, donde la trata de esclavos siguió siendo el principal recurso comercial hasta los años Setenta del siglo.

Los reinos del África occidental sudanesa y de la Senegambia –nombre proveniente de los ríos Senegal y Gambia– fueron barridos del mapa por movimientos de renacimiento islámico. Aunque en distinta medida, los sistemas sociales y de poder de tales reinos ya habían sido transformados por causa de su involucramiento en la trata atlántica, que duraba desde hacía siglos y había favorecido la afirmación en ellos de regímenes despóticos, que solían apoyarse en castas militares dedicadas a la guerra y a las razias, si es que no eran directamente dominados por ellas. En todos los estados de la región que se extiende entre las sabanas y las selvas fueron madurando procesos de decadencia, de los que actuaron como acelerador las transformaciones

provocadas por los modos y los tiempos de su involucramiento en el comercio costero.

En África occidental, oriental, central y austral se afirmaron durante el siglo XIX sistemas estatales de nuevo tipo, diferentes entre sí por sus dimensiones, su origen y los procesos de su formación, situados en regiones geográfica y culturalmente muy alejadas entre sí. Los ejemplos más conocidos son la formación de los vastos estados islámicos del Sudán central y occidental; la constitución del imperio etíope; la supremacía del Estado zulú en la región de cultura del norte del África austral. Esos Estados, y otras entidades de tipo estatal de varias regiones, representaron un primer estadio de procesos que no eran sólo de transformación sino también de verdadera modernización política y económica de los antiguos sistemas de poder, con la consolidación de soberanos y regímenes cuya legitimidad y cuya autoridad no se fundaban tanto, o no solamente, en la sacralidad del jefe, sino también, en amplia medida, en su carisma de líder que se apoyaba en ejército y burocracia organizados, y en sistemas productivos y comerciales de nuevo tipo.

Merece subrayarse el hecho de que la transformación de los sistemas productivos y comerciales, lo mismo que la colonización de vastas regiones, no fue siempre ni principalmente garantía de una organización centralizada del Estado. Hay numerosos casos de poblaciones que se desplazaron y crearon nuevas entidades políticas pero no adoptando formas de ocupación de territorios ni dándose autoridades políticas centralizadas, sino creando o manteniendo estructuras descentralizadas y flexibles. Los casos más notorios son la formación de los principados azande; la emigración y colonización fang; la expansión y el éxito como colonizadores de las poblaciones chokue y ovimbundu; el surgimiento de poderosos comerciantes árabe-suajilis, niamuezi (*nyamwezi*) y yeke; la formación de principados comerciales de poblaciones yao, bemba, bisa y tonga en el África oriental.

En las costas de África occidental, auténticas empresas comerciales que han sido definidas como ciudades-estado a cuya cabeza se situaban reyes-empresarios, habían venido acumulando riquezas en el curso de dos siglos mediante el ejercicio del monopolio de la trata de esclavos, para reconvertirse después, en el curso del siglo XIX, al comercio lícito de aceite y productos de palma. La supremacía comercial de esas ciudades-estado fue rápidamente destruida, a partir de los años Setenta del siglo, por deliberadas políticas de conquista de mercados de empresas comerciales europeas, respaldadas por su superioridad tecnológica y militar y, en última instancia, por el apoyo de sus respectivos gobiernos.

En África central, la participación en el comercio a largas distancias contribuyó a debilitar primero, y a destruir después los sis-

temas de poder de los grandes estados luba y lunda, que eran puntos de referencia de una miríada de principados de una amplia región, rica en recursos agrícolas y mineros. La causa del debilitamiento fue la expansión comercial, con la consiguiente acumulación de armas y esclavos, por parte de poblaciones estratégicamente situadas a lo largo de las rutas del comercio, y en todo caso capaces de controlar y monopolizar las vías de acceso hacia el interior y las que se conectaban con los emplazamientos comerciales ingleses, franceses, portugueses y de los estados bajo el mando de sultanes o jeques árabe-suajilis, situadas en las costas occidentales (Angola) y orientales (Mozambique, Tanganica). Todo el comercio de la rica región central pasó a ser monopolizado por sistemas de control territorial que conducían mercaderes-señores de la guerra.

En el África austral, la constitución de un fuerte Estado centralizado, el estado zulú, en la región hoy conocida como KwaZulu-Natal, fue el núcleo central de un vasto movimiento subterráneo conocido como *mfecane* o *difacane*, una cadena de conflictos, desplazamientos de población y destrucción, causada por la culminación de procesos de transformación demográfica y de reestructuración de las relaciones productivas y sociales entre las poblaciones de cultura nguni y sotot-suana. Durante dos décadas, a partir de los años Veinte del siglo, mfecane y difacane significaron huidas, migraciones, guerras, surgimiento de prepotentes rapiñadores y de nuevas entidades estatuales predominantes tanto en el África austral como en la oriental: en primer lugar el estado zulú; el estado soto de Moshoeshoe; el Matabele, situado en el altiplano sudoccidental del actual Zimbabue; el estado de Gaza en las regiones meridionales del moderno Mozambique; varios principados de origen nguni, que en la diáspora desatada por esas convulsiones fueron conocidos como ngoni en Malaui y en Tanganica. Organizadas para la guerra, las poblaciones diseminadas por el mfecane constituyeron durante décadas uno de los mayores factores de inseguridad, pero también de transformación demográfica, cultural y política en el África austral y oriental.

Mfecane y difacane no fueron provocados por la presencia blanca en el Cono sur del continente, por más que su prolongación en los años Treinta haya sido incentivada por la intervención de intereses bóeres e ingleses en Natal, Orange y el Transvaal. En el Cabo se hallaba instalada desde el siglo XVII la Compañía Holandesa de las Indias, cuyos territorios habían empezado a pasar a dominio inglés desde comienzos del siglo XIX. Las actividades de la Compañía y de sus colonos, preponderantemente bóeres de origen holandés, habían provocado la destrucción de las poblaciones san, y reducido a los clanes agropastori-

les joijoi a la esclavitud, o a la fuga más allá de las fronteras.[19] Además, con una serie de guerras en la frontera oriental de la colonia del Cabo habían debilitado los principados josa.

Cuando el rey zulú Shaka edificó su Estado en los años Veinte, la presencia europea en la región hoy conocida como KwaZulu-Natal era todavía irrelevante. Sólo empezó a ser importante desde fines de los años Treinta, cuando los bóeres, para emanciparse de la sojuzgación inglesa, comenzaron a emigrar más allá de las fronteras del establecimiento del Cabo, en busca de tierras para colonizar. Esa migración, conocida como Gran Trek, condujo a la creación de los nuevos estados de Natal, Orange y el Transvaal, mientras que en Ciskei y en el resto de Natal los británicos comenzaron a favorecer la apropiación de las tierras por colonos ingleses.

Por consiguiente, el siglo XIX se caracteriza por un proceso de continua extensión de las fronteras de todo tipo: fronteras entre estados, con la creación de vastos Estados que engloban sociedades heterogéneas; fronteras religiosas, con la expansión del islam, sobre todo en el África occidental saheliana, hacia la región de las selvas, y la de la frontera árabe musulmana hacia el Sudán y el Cuerno de África; fronteras comerciales, con el avance y la ramificación de redes comerciales que ponen en comunicación regiones y sociedades que hasta entonces se ignoraban recíprocamente[20]. Este avance de las fronteras, que hace entrar en relación poblaciones y regiones diferentes, va a interactuar con los apetitos comerciales y estratégicos de las empresas y los gobiernos europeos, apoyados de manera más o menos explícita por el impulso científico que multiplica las exploraciones geográficas de "descubrimiento" del misterioso continente y también, aunque a veces las intenciones sean la antítesis de las proclamadas, por el impulso a la evangelización, que lleva a multiplicar la acción misional católica y de las numerosas denominaciones protestantes.

La expansión de las fronteras políticas, culturales, comerciales, demuestra hasta qué punto las sociedades africanas reaccionaron de manera dinámica a las transformaciones en curso y, por consiguiente, hasta qué punto son insostenibles las teorías –concretadas en una determinada división en períodos de la historia africana, a la que ya nos

19 *San*, conocidos peyorativamente como "bosquimanos"; *joijoi* (khoi-khoi), designados con el nombre también peyorativo de "hotentotes" [*T.*].

20 I. Kopitoff (ed.), *The African Frontier: The Reproduction of Traditional African Societies*, University of Indiana Press, Bloomington 1987; H. Lamar, L. Thompson (eds.), *The Frontier in History: North America and Southern Africa Compared*, Yale University Press, New Haven 1981; A. A. Boahen, *New Trends and Processes in Africa in the Nineteenth Century*, en Ajayi (ed.), *General History of Africa, Africa in the Nineteenth Century until the 1880's*, cit., t. VI, pp. 40-63.

hemos referido– que generalizan la representación de un África "precolonial" de condición estática, inmutable a través de los siglos, en la que las transformaciones económicas, sociales y políticas sólo pueden haberse producido como consecuencia del impacto colonial.

Si se considera la organización económica, la mayor parte de las sociedades africanas de caza-recolección, cría de ganado, agricultura y mixtas producían esencialmente para la autosubsistencia, vale decir, para satisfacer las necesidades básicas, lo cual desde un punto de vista histórico no significa en modo alguno que tales sociedades hayan permanecido inmóviles durante siglos. La historia económica del siglo XIX demuestra que la economía productiva de subsistencia o familiar participaba, en muchas regiones, de complejos circuitos de intercambio, no sólo familiar, y dependía cada vez en mayor medida de intercambios comerciales en el verdadero sentido del término. Ni las sociedades africanas ni sus organizaciones políticas pueden ser concebidas como sociedades que se encontraran encerradas en mónadas tribales. Todo lo contrario, en vísperas de la colonización el espacio africano aparece ocupado por entidades sociales y políticas de dimensiones y tipos de organización dispares, en su mayoría multiétnicas, que interactuaban entre sí y, en algunos casos, se hallaban integradas en relaciones sociales, políticas y económicas amplias y estructuradas.

DE LA TRATA ATLÁNTICA AL COMERCIO LÍCITO

IMPACTO DEMOGRÁFICO DE LA TRATA

Se habían exportado esclavos del África subsahariana ya desde el siglo VII, a través del Sahara en dirección al África del norte, y desde las sabanas sudanesas, el llamado Cuerno de África y las costas orientales en dirección de Arabia, el golfo Pérsico, la India y Oriente. Pero se trataba de cantidades limitadas, y también siguió siendo poco relevante la trata organizada por los portugueses en el siglo XVI, en dirección de las islas del Atlántico productoras de caña de azúcar y de las minas de plata de América del Sur. La gran expansión de la trata atlántica comenzó hacia mediados del siglo XVII, con los requerimientos de fuerza de trabajo esclava para las plantaciones de caña de azúcar de las Indias occidentales y, tiempo después, con los requerimientos de producción de las plantaciones en las Américas.

Respecto del impacto demográfico de los dos siglos de más intensa exportación de población, el XVIII y el XIX, existen numerosas y detalladas investigaciones, que han suscitado un intenso debate sobre el número de esclavos, su proveniencia y las consecuencias de la trata y de su proceso de extinción. Una de las apreciaciones más recientes, y también una de las más discutidas, es la de Patrick Manning, que

calcula un total acumulado de alrededor de 14 millones de personas exportadas durante los siglos XVIII y XIX, de las cuales 9 millones provenían de la costa occidental, 3 millones de las regiones de la sabana sudanesa y el Cuerno de África y 2 millones de la costa oriental[21]. Las estimaciones sobre los dos siglos precedentes, el XVI y el XVII, dan 2 millones de individuos exportados de la costa occidental, y otros 2 de la Sabana y el Cuerno de África. Por lo tanto, el total de la exportación de esclavos desde el África subsahariana a partir del siglo XVI parece ser de alrededor de 18 millones de individuos. Sin embargo, esa cifra no incluye pérdidas de población de imposible cuantificación, como las provocadas por las razias, por los largos traslados a los puertos de embarque, por el aprisionamiento y el transporte al otro lado del mar, efectuado sobre barcos negreros, en condiciones de vida terribles y con elevados índices de mortalidad.

Las regiones y las poblaciones que se vieron implicadas en ese tráfico muestran notables diferencias, tanto locales como regionales, en los tiempos y en las modalidades de su involucramiento en dicho proceso. En consecuencia, cualquier análisis sobre el impacto de la trata esclavística deberá poner atención en las características específicas de cada situación. Sólo quedaron sin implicarse en algún grado en la trata atlántica las sociedades situadas en el mismo corazón del continente, en los altiplanos de los lagos centrales, correspondientes aproximadamente a las regiones en las que se sitúan los estados contemporáneos de Uganda, Ruanda y Burundi; tampoco fueron tocadas algunas regiones que hoy forman parte del Camerún, de Zambia, Zimbabue y Sudáfrica.

Por lo demás, en la colonia de El Cabo la Compañía de las Indias había importado, y empleado como trabajadores, a esclavos provenientes tanto de África como de sus posesiones asiáticas, y el estatus de las poblaciones indígenas –cuando no fueron completamente destruidas, como sucedió con los san y con buena parte de los joijoi– era de com-

---

21 P. Manning, *Slavery and African Life. Occidental, Oriental and African Slave Trades*, Cambridge University Press, Cambridge 1990, pp. 8-26. El debate acerca de los efectos demográficos de la trata es uno de los más encendidos. Han recibido numerosas críticas por sus imperfecciones los datos de P. D. Curtin, *The Atlantic Slave Trade, a Census*, The University of Wisconsin Press, Madison 1969; R. A. Austen, *The Trans-Saharan Slave Trade: A Tentative Census*, en A. Gemery, J. S. Hogendorn (eds.), *The Uncommon Market: Essays in the Economic History of the Atlantic Slave Trade*, Academic Press, New York 1979, pp. 23-76. Algunas de las más recientes críticas son las de J. E. Inikori (ed.), *Forced Migration. The Impact of the Export Slave Trade on African Societies*, Hutchison, London 1982; Id., "The Islamic Red Sea Slave Trade: An Effort at Quantification" en *Proceedings of the Fifth International Conference on Ethiopian Studies*, Chicago 1979, pp. 443-67; P. E. Lovejoy, "The Volume of the Atlantic Slave Trade: A Synthesis" en *Journal of African History 23*, 4, 1982, pp. 473- 501; R. M. LaRue, *The Export Trade of Dar Fur*, ca. 1785 to 1875, en G. Liesegang, H. Pasch, A. Jones (eds.), *Figuring African Trade*, D. Reimer, Berlin 1986, pp. 636-68

pleta subordinación. Con la abolición de la esclavitud, a mediados de los años Treinta del siglo XIX, los colonos bóeres, decididos en su mayor parte a sustraerse del dominio inglés, portador de ideologías de matriz liberal y partidario de la supremacía de la rule of law, abandonaron en masa la colonia de El Cabo (actitud conocida como el Gran Trek) para ir a colonizar tierras al otro lado de la frontera, donde podrían gobernarse según sus tradiciones, y mantener asimismo el sistema esclavista.

Históricamente, sufrieron un drenaje demográfico más pesado las regiones que se asoman a las costas del África occidental: la Senegambia y el Sudán occidental; territorios incluidos en los países que hoy se llaman Liberia, Sierra Leona, Guinea y Guinea-Bissau; Ghana (que en el período colonial llevó el nombre de Costa de Oro); las poblaciones que se asoman al golfo de Benin, y en primer lugar los aja, principales víctimas del tráfico hegemonizado por el reino del Dahomey, en la que era conocida como Costa de los Esclavos; las poblaciones ibo (igbo) en tierras interiores del delta del Níger y de la bahía de Biafra.

Más al sur, a lo largo de la costa occidental, la trata de más antigua data tenía su centro en Loango, al norte del río Congo (Zaire), y su fuente de reaprovisionamiento era toda la vasta extensión del gran río y sus afluentes. Esta es el área que, con Kivu y Katanga (Shaba), probablemente haya exportado más esclavos, y por un lapso más prolongado, que cualquier otra de las regiones occidentales. En todas ellas, la notable declinación de la población tuvo consecuencias devastadoras sobre los sistemas productivos, sociales y políticos.

Del Sudán central, correspondiente en líneas generales al norte de la actual Nigeria, la región más poblada de la sabana, provenía un número notable de esclavos, vendidos en las rutas caravaneras saharianas, tanto las que seguían rumbo norte como las que se tendían hacia el este. La captura y el tráfico de esclavos se vieron incrementados por las guerras desencadenadas por las sucesivas yihad islámicas, y siguieron siendo florecientes hasta bien entrado el siglo XIX, para concentrarse hacia los años Cuarenta, al declinar el tráfico con Occidente, en las rutas que unían Trípoli con Kano, y Trípoli con el Bornu, mientras que con posterioridad a los años Cincuenta e incluso hasta después de 1900 siguió estando activa la conexión entre Wadai y Barka. Las nuevas aristocracias islámicas, que con las yihad habían ocupado el lugar de las antiguas dinastías reinantes, no dependían de la acumulación de riqueza llevada a cabo por las jerarquías de los sistemas de linajes, sino de la disponibilidad de esclavos y de clientes. Buena parte de los esclavos capturados durante el curso de las yihad permaneció, pues, en sus lugares de origen, o fue vendida en circuitos regionales, para llegar a convertirse en el núcleo de los ejércitos esclavistas, o de la potenciación de los sistemas productivos, en provecho del incremento del comercio lícito.

Distinta era la situación de las sociedades del Sudán oriental que proveían de esclavos a los mercados de Egipto y Arabia, y justamente en la primera mitad del siglo XIX conocieron la acción devastadora de bandas de árabes-egipcios y de europeos dedicadas a las razias, que atacaron y redujeron a la esclavitud sobre todo a poblaciones nilóticas no musulmanas, habitantes de las regiones meridionales.

En el Cuerno oriental, la mayoría de los esclavos provenía de las regiones sudoccidentales de la moderna Etiopía, y era vendida en los mercados sudaneses y de Arabia. En esas latitudes, la esclavitud y el comercio esclavista eran antiguas instituciones, pero sólo en el siglo XIX llegó a ser endémica la trata, a causa del estado de guerra de toda esa región. En efecto, hubo una acentuación de las políticas predatorias, debida a la expansión de las fronteras de Etiopía, desde el núcleo de los principados del altiplano a estados y sociedades situados en las regiones sudoccidentales. La expansión fue obra de Menelik, rey del estado del Shoa (Shewa o Shoa) y, a partir de 1892, emperador de Etiopía. Las consecuencias del proceso de conquista que continuó hasta 1923, cuando fue oficialmente prohibido el comercio de esclavos, y aun más tarde, fueron un masivo despoblamiento de las provincias sudoccidentales y la difusión del caos, la inseguridad y las enfermedades endémicas, en medio de la decadencia de la producción agrícola.

Si el número total de esclavos provenientes de la sabana y del Cuerno fue inferior al de los involucrados en la trata occidental, el impacto de razias, guerras y esclavitud en estas regiones –considerando su de por sí débil estructura demográfica– parece haber sido especialmente devastador. Por otra parte, en el aspecto cultural la esclavitud contribuyó a acentuar las diferencias entre las poblaciones pertenecientes a las culturas dominantes del altiplano y las sociedades de las regiones circunstantes, sometidas a procesos de conquista y de sujeción.

Desde las costas del Océano Índico, la exportación de esclavos hacia Oriente es historia antigua; con todo, la verdadera expansión tuvo lugar a partir de mediados del siglo XVIII, con la multiplicación de los emplazamientos de esclavistas portugueses y franceses, españoles y norteamericanos, que traficaban esclavos con destino a las plantaciones de caña de azúcar de las islas Mascareñas, el Brasil, Cuba y América del Norte.

La trata desde las costas de Mozambique tuvo su período de mayor intensidad precisamente en la segunda mitad del siglo XIX, al amparo del reparto colonial, ante una demanda que la trata occidental no estaba ya en condiciones de satisfacer, ni encontraba remunerativo hacerlo, pues los controles de las cañoneras antiesclavistas inglesas y los precios del mercado favorecían ahora otras producciones. La demanda de esclavos, impulsada al comienzo del siglo por la expansión del cultivo

de caña de azúcar en las Mascareñas, se intensificó a continuación por la demanda proveniente de las plantaciones brasileñas de cacao y café, y por la expansión de la agricultura de plantación especializada en la producción de especias (clavo de olor) de Zanzíbar y Pemba.

La colonización en África oriental se abatió a fines del siglo sobre sociedades que eran víctimas de la destrucción y la anarquía social provocadas por la violencia de la trata aún en pleno funcionamiento, es decir, todavía más postradas e incapaces de defender una identidad propia que las del África occidental, donde la transición a la producción y el comercio lícitos estaba ya consolidada.

LA TRATA DE ESCLAVOS Y LAS SOCIEDADES AFRICANAS

En la primera mitad del siglo XIX la expansión de la trata respondía a un mercado todavía vigoroso, por más que la legislación inglesa de 1807 hubiera declarado ilegítimo el comercio de seres humanos, y que la de 1834 aboliera la esclavitud en todas las posesiones de la Corona británica. Francia derogó definitivamente el Code noir en 1848, pero el golpe final a la trata sólo fue dado por la abolición de la esclavitud en Estados Unidos (1865) y en el Brasil (1888). Con el fin de la trata, Inglaterra alcanzó el primer puesto, por volumen y valor monetario, en el intercambio comercial internacional, una primacía que conservaría hasta fin de siglo. Sin embargo, la competencia de Francia, Bélgica y Alemania comenzó a hacerse sentir precisamente en relación con el desarrollo del comercio lícito. La puesta en entredicho de la primacía inglesa –que hasta entonces había podido mantener, por medio de su supremacía marítima y comercial, una política de control informal de las áreas estratégicamente importantes del continente– será uno de los factores que hagan inclinar la balanza en favor de una efectiva ocupación de las áreas de influencia amenazadas por la competencia de otras potencias.

El impacto de las leyes abolicionistas se hizo sentir primero en las regiones del África occidental, donde la producción y el comercio de aceite de palma, cacahuete (maní) y goma, y más adelante también algodón, cacao y café, pasó a ser más rentable que la trata, a la vez que mejoraban los términos del intercambio en relación con productos tales como los tejidos de algodón y de lana, las bebidas alcohólicas (especialmente ginebra y ron), sal, hierro, herramientas, tabaco y, sobre todo, armas de fuego y municiones.

En la costa de Angola –donde Luanda había sido durante siglos el puerto de embarque africano del tristemente célebre "paso del medio",[22]

22 En el original, *"passaggio del mezzo"*. Es la adaptación de *Middle Passage*, expresión inglesa con la que se indicaba el transporte por mar a América de los africanos capturados.

la ruta que de Portugal llevaba a las Américas– los esclavos siguieron siendo objeto de comercio en números significativos hasta mucho más allá de mediados del siglo, pero también hubo al mismo tiempo una notable intensificación del comercio lícito. En efecto, se ha calculado que el valor de las mercancías enviadas por los puertos de Luanda, Benguela y Moçamedes aumentó ocho veces entre 1844 y 1881, si bien hasta los años Setenta el valor de las exportaciones sólo duplicó el de la exportación de esclavos en los años Veinte[23].

La capacidad de las sociedades africanas para llevar a cabo una rápida reorganización productiva y comercial queda demostrada por el aumento del volumen de las exportaciones de marfil, aceite de palma, madera, maní (cacahuetes) y, aproximadamente a partir de los años Setenta, de goma, caña de azúcar, algodón, café y cacao, producidos por campesinos libres y esclavos. La primera consecuencia política de esta expansión productiva y comercial está documentada en los papeles de las casas comerciales europeas, y se evidencia en sus iniciativas cada vez más frenéticamente orientadas a arrebatar a grupos, estados, individuos u organizaciones de las sociedades indígenas el control monopólico de los recursos.

Notable fue la expansión comercial en la región de la selva ecuatorial de los grandes ríos que se dirigen al Congo (Zaire). Es esta, por su extensión, la segunda región de selva ecuatorial del mundo: aproximadamente 2 millones de kilómetros cuadrados, lo que equivale a la totalidad de la tierra cultivada en África occidental. Ostenta baja densidad de población, y sus habitantes se organizan en una miríada de grupos en constante movimiento sobre distancias cortas para controlar las rutas comerciales[24].

El tema de las migraciones, la compleja sucesión histórica de desplazamientos, separaciones e integraciones entre poblaciones y culturas a la que, con todo, es imposible dar una dimensión temporal, es fundamental en la tradición oral de las distintas sociedades de esta vasta región. En el siglo XIX, la mayor parte de las sociedades de la selva eran a la vez móviles y estables, diferentes y similares, y las aldeas

---

Era el segundo viaje o travesía ("del medio") de toda operación de trata: el primer "paso" era el transporte de manufacturas de Europa a África; el último, el transporte de la producción de las plantaciones americanas a Europa *[T.]*.

---

23 J. L. Vellut, "The Congo Basin and Angola" en Ajayi (ed.), *General History of Africa*, cit., t. VI, pp. 294-325. En general, sobre la relación entre trata, esclavitud y comercio legítimo: M. Klein, "Slavery, the Slave Trade and Legitimate Commerce in the Late Nineteenth Century Africa" en *Études d'Histoire africaine*, 2, 1971, pp. 5-28.

---

24 D. Birmingham, "The Forest and the Savanna of Central Africa" en Flint (ed.) *The Cambridge History of Africa*, from c. 1790 to c. 1870, cit., t. 5, 1976, pp. 222-270; Birmingham, Martin (eds.) *History of Central Africa*, cit., t. I.

o confederaciones de aldeas constituían la organización político-social preponderante, con la presencia por vía de excepción de principados y reinos como Magbetu, Kuba, Loango, Tio, Boma[25].

Desde el punto de vista de la organización económica, trata atlántica y comercio provocaron no sólo desplazamientos de poblaciones, sino también significativos cambios de los sistemas sociales y culturales. El comercio se convirtió en monopolio de grupos organizados en empresas y sistemas de empresa, que podían actuar sobre extensísimos territorios. Uno de los más conocidos casos es el de los bobangi, identidad étnica que fue consolidándose justamente en relación con el comercio a mediados del siglo XVIII. Originariamente los bobangui eran poblaciones de pescadores que, teniendo bajo su control la confluencia de los ríos Zaire y Ubangui, fueron progresivamente expandiéndose hacia el lago llamado Pool Malebo (antes Stanley Pool)[26] para llegar a ser entre los años Veinte y Cuarenta del siglo XIX, junto con los tio, quienes controlaban todo el tráfico fluvial entre Malebo y el río Kwa.

En el siglo XIX, con la afirmación del mercado del marfil más bien que el de esclavos, los sistemas comerciales se hicieron más complejos y ramificados hacia el interior, de modo que alcanzaron regiones y poblaciones que hasta entonces no habían sido influenciadas. En paralelo con el desarrollo de los sistemas comerciales del interior, en las costas se establecieron dos estaciones navales, una británica en Clarence (1827) y otra francesa en Libréville (1850). Los tratados celebrados por Savorgnan de Brazza con los tio a orillas del Pool Malebo, tratados que dieron comienzo a la rivalidad entre las grandes potencias europeas por el control de esta parte del continente, tan rica en recursos, son historia de los años Ochenta, es decir, de varias décadas después de esas significativas transformaciones.

Aunque insuficiente, la aproximación que aquí se brinda a los efectos demográficos de la trata atlántica nos permite comprender el orden de magnitud y las consecuencias de una pérdida tan acusada de población en edad productiva y reproductiva: estancamiento demográfico por no menos de un siglo, desde mediados del siglo XVIII a mediados del XIX; en algunas regiones, destrucción total del patrimonio poblacional; decadencia de los sistemas de producción a causa de guerras, razias, huidas, migraciones forzadas; menor capacidad de defensa contra calamidades como la sequía, las plagas de langostas, las inundaciones. El hambre se hizo endémica, con la consiguiente destrucción de población y ganado, y las epidemias de enfermedades ya conocidas

25 Vansina, Paths in the Rainforests, citado.

26 Donde comienza el tramo navegable del río Zaire, o Congo *[T.]*.

y, sobre todo, de otras nuevas, importadas por los frecuentes contactos con el exterior, se difundieron con mayor rapidez y virulencia[27].

Las consecuencias de la trata fueron duras incluso en el aspecto social y el de las instituciones políticas: las sociedades más profundamente implicadas en ella abandonaron o descuidaron sus sistemas productivos para dedicar sus recursos a las razias de esclavos, que permitían la acumulación inmediata de riqueza, esto es, de armas y poder. Mucho soberanos y jefes tradicionales cayeron bajo el dominio de aquellos que lograron apoderarse del control de las armas de fuego, cuando no resultaron destronados por castas militares. Las antiguas dinastías desaparecieron, o mantuvieron sólo poderes rituales. Nuevos líderes, cuyo poder se basaba en la fuerza y no en el consenso consagrado por su linaje (ascendencia), se valieron del monopolio de las armas para acumular riquezas mediante tributos, exacciones y actividades comerciales monopolísticas que favorecieron la estratificación jerárquica de las sociedades.

El historiador Walter Rodney ha descrito las causas del desarrollo de la nueva estratificación social y política, y del surgimiento de clases dominantes que asumieron todos los poderes de control y explotación, reconstruyendo la historia de una de las regiones más profunda y más prolongadamente involucradas en la trata, las costas de la alta Guinea[28]. Para numerosas sociedades africanas, la trata atlántica fue

---

27 Entre la nutrida literatura que ha dado lugar a intenso debate, en el cual chocan tesis contrapuestas sobre el carácter de la trata y sus consecuencias, cfr. especialmente: P. D. Curtin, *Economic Change in Pre-colonial Africa: Senegambia and the Era of the Slave Trade*, University of Wisconsin Press, Madison 1975; A. Bara-Diop, *La Societé Wolof: tradition et changement. Les Systèmes d'inegalité et de domination*, Karthala, Paris 1981; P. E. Lovejoy, *Transformation in Slavery: A History of Slavery in Africa*, Cambridge University Press, Cambridge 1983. La célebre obra histórica di B. Barry, *Le Royaume du Waalo, le Sénégal avant la conquête*, Maspero, Paris 1972, sostiene, en acuerdo con Lovejoy, que el comercio atlántico favoreció el nacimiento de las aristocracias militares de los reinos senegaleses en el último cuarto del siglo XVII; Id., *La Sénegambie du XV au XIX siècle, traite negrière, islam et conquête coloniale*, L'Harmattan, Paris 1988.
Cfr. también: P. Emmer, J. Mettas, J. C. Nardin, "La traite des Noirs par l'Atlantique: nouvelles approches" en *Revue Française d'Histoire d'Outre-mer*, número especial, LXII, 226-7, 1975, pp. 1-390; S. Miers, I. Kopytoff (eds.), *Slavery in Africa: Historical and Anthropological Perspectives*, University of Wisconsin Press, Madison 1977. Cfr. la colección de ensayos: J. E. Inikori, S. L. Engerman (eds.), *The Atlantic Slave Trade: Effects on Economies, Societies and Peoples in Africa, the Americas and Europe*, Duke University Press, Durham 1992. Por último, C. Meillassoux, *Anthropologie de l'esclavage. Le ventre de fer et d'argent*, Presses Universitaires de France, Paris 1986.

28 W. Rodney, *A History of the Upper Guinea Coast 1545-1800*, Monthly Review Press, New York-London 1970; Id., "African Slavery and Other Forms of Social Oppression on the Upper Guinea Coast in the Context of the Atlantic Slave Trade" en *Journal of African History*, 7, 3, 1966, pp. 431-43, estima que el impacto de la trata atlántica fue el principal factor de disolución de las sociedades africanas; opuestamente, J. Fage, "Slavery and

la principal causa de deterioro de los sistemas de responsabilidad comunitaria encarnados en la figura y el papel de los jefes tradicionales, que fueron sustituidos por otros cuyo poder estaba fundado, no en la sanción de la ascendencia familiar, sino en la posesión de armas, que permitió extender las razias y el comercio de esclavos y, por consiguiente, acumular riqueza individual.

Un ejemplo de deterioro de los sistemas tradicionales son los principados de las costas angoleñas y su inmediato interior: justamente las regiones que primero recibieron la influencia de la presencia europea, condicionadas durante siglos por el comercio atlántico y, sobre todo, por la trata de esclavos. En el siglo XIX, poder y prestigio de los jefes de la costa dependían, si no exclusivamente al menos en gran medida, de los bienes importados, y sobre todo de las armas de fuego, antes que de consagraciones tradicionales. Si en el siglo XVIII el comercio atlántico de esclavos había significado penetración hacia el interior (al comprometer, ya fuera en condición de realizadoras de razias o de víctimas de ellas a numerosas sociedades), en el siglo XIX la expansión agrícola, comercial y demográfica hizo surgir sociedades esclavistas en las costas y en los altiplanos centrales, y confirió prosperidad a comerciantes portugueses o de ascendencia mixta.

También el antiguo reino del Congo, muy reducido respecto de las glorias de sus siglos de oro, y cuyo soberano apenas mantenía una ligera preeminencia dentro de una sociedad profundamente dividida, recuperó cierta relativa prosperidad convirtiendo en esclavos las ganancias que obtenía mediante la exportación de productos de la selva, como marfil y goma. Los soberanos tradicionales de esta región sólo subsistían ahora como custodios del ritual de tradiciones sin peso político real, pues el poder efectivo era motivo de disputa entre una muchedumbre de traficantes poderosos. En los años Setenta, el éxito de esa penetración europea hacia el interior, que en los siglos anteriores, y todavía en las décadas iniciales del siglo, había sido intentada muchas veces sin poder jamás lograrla, se debió a la situación de inestabilidad e inseguridad política y social provocada por esta traumática transición.

La intensificación de la trata tuvo también devastadores efectos, históricamente documentados, en la región de Tanganica: para defenderse de las razias, poblaciones enteras optaron por dispersarse, con efectos negativos para sus sistemas sociales y políticos; otras se refugiaron en los altiplanos, y construyeron en ellos aldeas fortificadas. Por

---

Slave Trade in the Context of West African History" en *Journal of African History*, 10, 3, 1969, pp. 393-404, minimiza los efectos de la trata. Recientemente, P. Lovejoy, "The Impact of the Slave Trade on Africa in the XVIII and XIXth Centuries" en *Journal of African History*, 30, 1989, pp. 365-94, ha subrayado las pesadas consecuencias de la trata sobre las poblaciones africanas.

todas partes se instaló un clima de inseguridad que favoreció la formación de verdaderos ejércitos mercenarios, al servicio de aventureros[29].

En los años Cuarenta, en los territorios que hoy constituyen el distrito de Songea en Tanzania, grupos de ngoni se instalaron, tras largos períodos de razias, al norte y el noroeste de Tabora, y con sus conquistas provocaron procesos de dispersión de la población en ciertos territorios y de concentración en otros, de modo que todo el altiplano sufrió en pocos años una transformación de sus estructuras demográficas, de su distribución territorial y sus políticas. Al nordeste quedó en dificultades también el poder de los masai, una población de criadores de ganado que recorría permanentemente grandes distancias para apacentar sus manadas. Varias poblaciones que tradicionalmente se habían dado formas de organización social y política de tipo difuso y descentralizado se reorganizaron en principados, con el fin de defenderse de las razias.

Un jefe emprendedor, Mirambo, reunió bajo su autoridad al noroeste de Tabora, a comienzos de los años Sesenta, toda una serie de pequeños principados. Lo hizo por medio de un ejército de guerreros bien adiestrados, llamados rugaruga, que estaban dedicados al bandolerismo porque habían perdido su principal fuente de recursos para la supervivencia: las manadas de elefantes, ya diezmadas por la creciente demanda de marfil. Entre 1871 y 1884 Mirambo extendió su poder por un inmenso territorio, que abarcaba desde el lago Victoria hasta el sudeste de Tanganica, y se alió con Kabaka, rey de Buganda –el Estado más importante de la región de los Grandes Lagos– y con el residente británico en Zanzíbar, a fn de controlar todo el altiplano occidental.

El caso de los yao, población del África oriental originaria de la región situada al norte de la cuenca del Zambeze, entre las actuales Malaui y Mozambique, es ejemplar como demostración de las consecuencias políticas, sociales y culturales de haberse implicado en la trata y en el comercio de largas distancias. Para los yao, situados en la encrucijada de las rutas de penetración al interior de África, el comercio de marfil y esclavos pasó a ser el principal medio de consolidación del poder de los jefes caravaneros dentro de sus respectivos sistemas de linaje, hasta la constitución y el afianzamiento de entidades políticas

29 J. Iliffe, *A Modern History of Tanganyika*, Cambridge University Press, Cambridge 1979; *H. Kjekshus, Ecology Control and Economic Development in East African History. The Case of Tanganyika 1850-1950*, Heinemann, London 1977; I. N. Kimambo, "The East African Coast and the Hinterland" en Ajayi (ed.), *General History of Africa, cit.*, t. VI, pp. 234-69; I. N. Kimambo, *Penetration and Protest in Tanzania. The Impact of the World Economy on the Pare 1860-1960*, James Currey, Tanzania Publishing House, London, Dar es Salaam 1991. Acerca de la actuación de Mirambo: N. R. Bennet, *Mirambo of Tanzania 1840-1884*, Oxford University Press, London 1971.

más amplias, caracterizadas por sistemas de poder jerarquizados. A partir de los años Cuarenta del siglo XIX se formaron principados mercantiles yao basados en el comercio de esclavos, con extensas formas de esclavitud interna e islamización, tanto de las clases dirigentes como de la población[30]. En cambio las poblaciones de lenguas makua y chewa, extendidas por el norte de la actual Mozambique y que ya estaban organizadas en principados, fueron profundamente desestructuradas por la trata hacia 1800. Los maconde, población que habita el altiplano del Ruvuma (frontera actual entre Tanzania y Mozambique), tradicionalmente organizados en entidades descentralizadas, se reunieron en aldeas fortificadas precisamente para librarse de las razias de esclavos.

En las costas mozambiqueñas, a partir de fines del siglo XVIII la importancia del comercio de esclavos robusteció los centros de poder de cultura suajili, fundados por dinastías originarias de Zanzíbar. El sultanato di Angoxe, con su centro en la Ilha de Moçambique, principal centro de tráfico de esclavos en el siglo XIX, fue doblegado por los portugueses sólo en 1910. Al norte, en la costa entre Lumbo y Mogincual, se habían formado, independizándose de Angoxe, los estados de los jeques de Sangage, Sancul y Quitangonha, que traficaban con las islas Comoras, con Kilwa, las islas Quirimbas y Madagascar. Todos opusieron resistencia armada a las interferencias portuguesas, para sucumbir sólo a fines del siglo, debilitados ya por la declinación del comercio esclavista[31].

Entre los siglos XVI y XIX la historia del hinterland de las costas mozambiqueñas estuvo signada por emigraciones y conflictos, originados en el involucramiento cada vez más significativo en el comercio mundial, y en los renovados y más decididos intentos portugueses de monopolizar las rutas comerciales y dominar a las poblaciones. Los

30 E. A. Alpers, "Trade, State and Society among the Yao in the Nineteenth Century" en *Journal of African History*, 10, 3, 1969, pp. 405-20; sobre el comercio de marfil y esclavos, y sus efectos sociopolíticos en la región oriental, cfr. Id., *Ivory and Slaves in East Central Africa*, Heinemann, London 1975.

31 Sobre las razones de la continuación de la trata en África oriental, cfr.: R. W. Beachey, The Slave Trade of Eastern Africa, Rex Collings, London 1976; A. Sheriff, Slaves, Spices and Ivory in Zanzibar, Heinemann, London 1987.
Sobre la esclavitud en Madagascar y Mozambique: G. Campbell, "The East African Slave Trade, 1861-1895, the Southern Complex" en *The International Journal of African Historical Studies*, 22, 1, 1989, pp. 1-26; Id., "Madagascar and Mozambique in the Slave Trade of the Western Indian Ocean, 1800-1861" en *Slavery and Abolition*, IX, 3, 1988, pp. 165-92. El imperio merina de Madagascar pasó a ser el mercado más importante, porque el desarrollo de su economía se basaba en el trabajo esclavista. Una de las razones de ello es que los merina nunca lograron someter las áreas meridional y occidental de la isla, por lo que practicaban razias a intervalos regulares en el altiplano central. La importación de esclavos continuó hasta la toma del poder por Francia en 1895.

portugueses, presentes en esas costas desde el viaje de Vasco de Gama, primer europeo que circunnavegó el África en 1497-98, desde el siglo XVI habían procurado por todos los medios establecer su monopolio comercial, tanto en el Océano Índico como en el comercio interno. Para sus planes en el Índico construyeron unos cuarenta fuertes y factorías que conectaban las costas mozambiqueñas con el Extremo Oriente, desde Sofala (1507) a Nagasaki, pasando por Ilha de Moçambique (1507), Goa (1510) y Malaca (1511). Para consolidar su penetración en los territorios a lo largo del río Zambeze, los portugueses procedieron a la construcción de feiras, plazas comerciales instaladas con el permiso de las autoridades indígenas, dotadas de guarnición militar e iglesia. Además, entre 1569 y el comienzo de la década de 1590 desencadenaron numerosas guerras de conquista, aunque no lograron acabar con el poder del Monomotapa (Mutapa), por entonces el principal reino del altiplano de Zimbabue, ni con el de los estados marave, entre los cuales predominaría durante el siglo XVII el Estado del Kalanga, del que todavía es posible encontrar huellas culturales en las actuales poblaciones makua.

Pero ni siquiera los prazeiros y moradores portugueses, semejantes a señores feudales, que dominaban vastos territorios en el curso del Zambeze, habían logrado nunca arrebatar su monopolio a las poblaciones o los emprendedores africanos, fueran árabe-suajilis, yao, bisa o tonga. En el curso del siglo XIX los prazos, aun manteniendo esa antigua denominación, eran sólo sistemas predatorios, capitaneados por verdaderos señores de la guerra. La situación se complicó con los ataques victoriosos del reino de Monomotapa, que provocaron el abandono de los prazos de la orilla izquierda del Zambeze, y con la llegada de grupos de guerreros ngoni, a la que siguió el abandono de las feiras de Zumbo y Manica a fines de los años Treinta, y la sucesiva ocupación de 28 poblaciones. Entonces pasaron a dominar la situación esclavos armados conocidos como cicunda, antes al servicio de los prazeiros, que se dedicaron a someter a razias u ocupar tanto los prazos como los territorios antes autónomos, aliándose con los portugueses o, por el contrario, según las circunstancias, entrando en conflicto con ellos. Así fueron formados nuevos prazos, más extensos que los primeros, dedicados a operaciones de razia: Macanga, Massangano, Massingire, Zumbo, Maganja da Costa, el territorio dominado por el famoso y temible Gouveia[32].

32 M. D. D. Newitt, *Portuguese Settlement on the Zambezi, Exploration, Land Tenure and Colonial Rule in East Africa*, Longman, London 1973; Id., "Angoche, the Slave Trade and the Portuguese c. 1844-1910" en *Journal of African History*, 13, 4, 1973, pp. 659-73; A. Isaacman, "The Countries of the Zambezi Basin" en Ajayi (ed.), *General History of Africa*, cit., t. VI, pp. 179-210.

En las crónicas de misioneros, exploradores y comerciantes encontramos una exhaustiva documentación de los horrores y devastaciones de la trata oriental, desde el Sudán hasta el valle del Zambeze[33]. El valle del río Shire, situado en el moderno Malaui, se transformó de la florida región que era en un infierno de devastación, por obra de las invasiones y razias de los cicunda, de mercaderes-esclavistas yao y de grupos ngoni en busca de nuevas tierras donde instalarse. Los historiadores orales de los maganja –la población del bajo Shire, cuyos antepasados habían sido tanto proveedores de esclavos como víctimas de la trata– todavía hoy asocian el comercio esclavista a los nombres tristemente célebres de los cabecillas de los prazos Macanga, Massingire y Massangano. El período de sequía y hambre que transcurrió entre 1862 y 1863, y afectó principalmente la cuenca del río y las llanuras bajas, provocando muerte y sufrimientos masivos, no fue sólo o principalmente la consecuencia inevitable de una coyuntura climática desfavorable, sino también producto de la violencia provocada por la llegada de miles de refugiados yao, que habían desatado el pillaje sobre los campos cultivados, y contra quienes las autoridades tradicionales se habían demostrado impotentes[34].

El relato de la verdadera maldición de sequía, hambre, plagas de langostas e inundaciones que la tradición oral de los maganja nos comunica sirve para situar como centro de la reflexión a la crisis de valores. En efecto la sociedad, ya incapaz de hacer frente a las calamidades naturales a causa de conflictos internos que el sistema tradicional no consigue metabolizar y resolver, entra en una etapa de profunda crisis y desestructuración. No fue posible controlar el hambre de 1862, que se erigió en la causa de devastación y muerte por la profunda crisis que, a consecuencia del caos desatado por las razias esclavistas, asoló la región. La sociedad no supo enfrentar tal crisis con medidas racionales y coordinadas, que hicieran menos devastadores los efectos de la sequía. Campos cultivados se convirtieron en tierras desoladas, ya no reino de hombres sino de animales salvajes. La pérdida del control sobre la naturaleza significó el fin de la coherencia de la tradición, mientras se desdibujaban la trama y los significados en los que se apoyaba el entero sistema de relaciones sociales y políticas.

---

33 A. Isaacman, *Mozambique: The Africanisation of a European Institution, the Zambezi Prazos 1750-1902*, The University of Wisconsin Press, Madison 1972.

34 Contamos con un testimonio de esa situación en el relato de D. Livingstone, *Missionary Travels and Researches in South Africa*, Murray, London 1857; cfr. también: J. D. Omer-Cooper, The *Zulu Aftermath, A Nineteenth Century Revolution in Bantu Africa*, Longman, London 1966.

Con el derrumbe de la solidaridad de la comunidad, con la pérdida de identidad, se hicieron endémicos fenómenos tales como la hechicería y la criminalidad, indicios ciertos de un deterioro que sería preparatorio de la subordinación a terceros. Entre 1867 y 1870 un puñado de kololo (inmigrantes con tradiciones guerreras, llegados a la región desde el reino de los lozi, como guías y porteadores al servicio de David Livingstone) tomó el poder porque poseía armas pero, sobre todo, por haber sabido aprovechar, para hacerse de seguidores entre los maganja y los refugiados de origen yao, el caos provocado por las razias y por las consecuencias de la sequía. Ese fue el comienzo de una reconstrucción social y productiva que permitiría luego hacer reingresar la región en el comercio lícito mediante la caza, que permitía obtener marfil, el producto más requerido en el mercado regional, y a través de la producción de bienes agrícolas como el sésamo. Los kololo, fuertes con las armas que Livingstone les había dejado, y con las adquiridas mediante intercambio comercial, lograron ganar la lealtad de las poblaciones maganja protegiéndolas contra las incursiones de yao, portugueses y ngoni.

Livingstone y sus acompañantes, primero en la región del Zambeze y después en el Shire vieron y denunciaron las terribles devastaciones provocadas por las razias esclavistas. El movimiento de opinión que se formó tras las denuncias de tan autorizado personaje favoreció en los años Sesenta la obtención de financiamiento para los primeros misioneros de la *Universities' Mission to Central Africa*, que serían seguidos en los años Setenta por otros misioneros, los de las dos iglesias escocesas, la *Church of Scotland* y la *Free Church of Scotland*. Las misiones se convirtieron entonces en los portavoces de la lucha contro la esclavitud, y por consiguiente garantes de una intervención británica que era concebida ante todo como una iniciativa dictada por principios humanitarios y de civilización; una causa cuya defensa implicó, más allá de las intenciones, preparar el terreno a la colonización formal.

La trata atlántica fue, en el último siglo de su expansión, y más aún en el período de su agotamiento –que va desde los años Veinte a los Setenta del siglo XIX–, una de las causas primordiales de un déficit demográfico general, de la desestructuración política y social, de los masivos desplazamientos de poblaciones y, por ende, de mezclas étnicas, culturales e institucionales. En todas partes su agotamiento significó el comienzo de una recuperación demográfica que daría impulso tanto a la colonización de nuevas tierras como a la emigración hacia territorios más propicios y, en relación con la expansión comercial, a la transformación de los sistemas productivos en sentido más intensivo. Estados, reinos, principados, imperios y sociedades de Senegambia, del golfo de Benin, de Angola, de las sabanas sudanesas orientales y occidentales, del Cuerno de África, de las costas orientales y del África

central conocieron períodos de poder y prosperidad o de decadencia, según sus respectivas capacidades para afirmarse en la competencia desencadenada por el control de las áreas de razia y tráfico de esclavos primero, y de los recursos del comercio lícito después.

En África occidental habían surgido, durante el curso de los siglos XVIII y XIX, nuevas ciudades-estado guerreras, algunas de ellas vinculadas con el manejo de la trata de esclavos, y otras con los movimientos de renacimiento religioso islámico. En toda el África occidental la trata primero, la expansión comercial después, fueron la causa primordial de la multiplicación de oportunidades de conflicto entre las aristocracias guerreras –cuyo poder no se basaba en la tradición, sino en las riquezas acumuladas gracias a la trata y a la producción esclavista– y los notables tradicionales, los campesinos, ganaderos, comerciantes, artesanos, jefes e intelectuales musulmanes, influidos por los cambios introducidos con el comercio y la predicación del islam.

Con la afirmación del comercio lícito en las regiones costeras, los privilegios concedidos por los soberanos de los reinos ribereños a intereses comerciales extranjeros pasaron a ser catalizadores de conflictos. La alianza entre comerciantes europeos y hombres fuertes africanos, en un período en que se abrían nuevas posibilidades de expansión y acumulación, impulsadas por una firme demanda, afectaba los intereses de las clases comerciales indígenas. El control y la distribución del acceso a los recursos –la tierra y los correspondientes derechos de acceso a ella; la disponibilidad de mano de obra, en especial la formada por un creciente número de esclavos; el monopolio de rutas comerciales– estuvieron en el centro de los conflictos que se desarrollaron entre las autoridades y las diferentes capas de las poblaciones, en primer lugar los comerciantes y campesinos libres, pero también poblaciones de pastores nómadas, precisamente porque los sistemas de poder ya no respondían a las obligaciones de reciprocidad y responsabilidad tradicionales, y porque la transformación comercial había abierto la posibilidad de acumular riqueza individual.

Pero las ideologías que fueron la base de los movimientos de reforma reivindicaban también la legitimación tradicional, denunciando la violación de los valores consuetudinarios y predicando que debían ser recuperados, cosa posible sólo por medio de la purificación religiosa, con la adhesión a las enseñanzas del islam o el retorno a ellas tal como habían sido en sus orígenes. Así, las motivaciones tradicionales, religiosas y de reforma económica, dirigidas a reivindicar autonomía contra el control monopólico de los recursos por parte de las clases dirigentes, se combinaron en acciones que obtendrían amplio consenso entre poblaciones y grupos muy variados, justamente a causa de la profundidad de las crisis sociales y políticas.

LAS PRODUCCIONES ESCLAVISTAS

Casi por toda África, la transición a formas de agricultura comercial que acompaña o precede la recuperación del crecimiento demográfico verificado en el curso del siglo XIX se vio facilitada por la asimilación de inmigrantes y de esclavos capturados, que ya no podían ser vendidos en el mercado exterior. La propia institución de la esclavitud interna, la esclavitud doméstica, es también consecuencia de la trata atlántica, por lo menos en las dimensiones y bajo las formas que conocemos como propias de ese siglo.

Se calcula que en los cien años de más intenso comercio negrero (el lapso 1750-1850) la proporción de la población total que, como consecuencia de la demanda occidental y oriental, se hallaba reducida a la esclavitud era de alrededor del 10%, entre 6 y 7 millones de personas. Más tarde, en la segunda mitad del siglo XIX, cuando la trata iba ya extinguiéndose, al menos en Occidente, el porcentaje de esclavos respecto de la población libre parece haber aumentado. De ese modo, la expansión de sistemas de producción que respondían a la demanda del comercio lícito pudo ser posible en esa etapa por la existencia de abundante fuerza de trabajo esclavista. En las primeras décadas del siglo, en los Estados fante y asante de la Costa de Oro, esclavos y campesinos libres producían aceite de palma, nuez de cola y tubérculos comestibles.

En las sociedades del golfo de Benin la trata continuó más allá de la mitad del siglo, pero por entonces ya la mayoría de los esclavos era empleada internamente para producir aceite de palma y nuez de palma. Del golfo de Biafra provenía, ya desde los años Treinta, gran parte del aceite de palma, producción principalmente esclavista, como lo atestiguan varias fuentes, entre ellas los diarios de los reyes de Calabar. En Senegambia, la producción esclavista hizo posible la primera gran expansión del cultivo de cacahuetes (maní). Desde mediados del siglo, la introducción de los cultivos de algodón, café y sobre todo caña de azúcar en Angola se valió de la abundante oferta de esclavos bajo supervisión portuguesa. Todos los Estados islámicos del Sudán occidental y oriental, así como los Estados y principados del Cuerno de África, además de Madagascar, se volvieron interesantes desde el punto de vista comercial gracias al aumento de la producción para el mercado, lograda merced al aporte de fuerza de trabajo esclava[35].

---

35 A. J. H. Latham, *Old Calabar, 1600-1891: The Impact of the International Economy upon a Traditional Society, Clarendon Press*, Oxford 1973. Sobre el uso de esclavos en las economías de plantación, cfr.: J. Hogendorn, "The Economics of Slave Use in Two 'Plantations' in the Zaira Emirate and the Sokoto Caliphate" en *International Journal of African Historical Studies*, X, 3, 1977, pp. 369-84; P. E. Lovejoy, "Plantations in the Economy of the Sokoto Caliphate" en *Journal of African History*, XIX, 3, 1978, pp. 341-68; Id., "Problems of Slave Control in the Sokoto Caliphate" en Id. (ed.) *Africans in Bondage*, The University of Wiscon-

Los más extensivos sistemas de producción esclavista de África se desarrollaron en las islas de Zanzíbar y Pemba, y en las costas y el área interior de la moderna Tanzania, conocida comúnmente como "costa suajili" por la lengua y la cultura prevalecientes entre las poblaciones allí radicadas, que constituyeron el núcleo de las expediciones comerciales hacia el interior. Fue precisamente el soberano Said Sayd, de la dinastía Omaní –que gobernaba en Zanzíbar y reivindicaba el control de la costa oriental, sobre la cual sin embargo tenía sólo poder nominal– quien a partir de 1820 promovió la creación de un auténtico imperio comercial basado en el tráfico de marfil y de esclavos desde el interior. Desde Zanzíbar, en pocas décadas se multiplicaron las rutas de penetración en África central, con la constitución de poderes comerciales que fueron el punto de apoyo para la influencia directa sobre los sistemas políticos y económicos de amplias regiones, en beneficio de la acumulación comercial y del desarrollo de la producción en la isla de Zanzíbar, por medio de mano de obra esclava, de clavo de olor y cereales[36].

Durante el reinado de Said, Zanzíbar se convirtió en el centro de una compleja red comercial y productiva, a la que afluían productos manufacturados de Europa y América, y en la cual el monopolio financiero estaba en manos de empresarios emigrados de origen asiático, en general musulmanes de la India, los baniani, que proporcionaban préstamos y mercancías –tejidos de algodón, calcio blanco llamado marikani, y calcio negro conocido como kaniki, alambre de cobre y de hierro, adornos de marfil y de otros tipos– a los comerciantes árabe-suajilis que controlaban mercados y caravanas. Los porteadores eran reclutados mayoritariamente entre gentes de diferentes sociedades del inmenso altiplano oriental de la actual Tanzania; a pesar de sus variados orígenes étnicos, esos trabajadores vinieron a ser identificados, en razón

sin Press, Madison 1986, pp. 235-72. Para una crítica a la noción de esclavitud en sistemas de plantación, P. Hill, "From Slavery to Freedom: The Case of Farm Slavery in Nigerian Hausaland" en *Comparative Studies in Society and History*, XVIII, 3, 1976, pp. 395-496; de la misma autora, "Comparative West African Farm Slavery Systems" en J. R. Willis (ed.), *Slaves and Slavery in Muslim Africa*, F. Cass, London 1985, pp. 35-50. Un análisis comparativo de los datos macroeconómicos no confirma la tesis de la importancia de la esclavitud en África, que por lo tanto parece no ser comparable, por productividad y demografía, con la economía de plantación en América latina: D. Eltis, *Economic Growth and the Ending of the Transatlantic Slave Trade*, Oxford University Press, Oxford 1987.

36 A estar a la definición más aceptada de plantación –sectores productivos con elevado nivel de capitalización, orientados a la obtención de beneficios– las únicas plantaciones realmente importantes en África deberían ser las de Zanzíbar y la costa oriental, estudiadas por F. Cooper, *Plantation Slavery on the East Coast of Africa*, Yale University Press, New Haven 1977, e Id., *From Slaves to Squatters: Plantation Labour and Agriculture in Zanzibar and Coastal Kenya 1890-1925*, Yale University Press, New Haven 1980.

de la especialización "profesional" que compartían, con el nombre de nyamwezi, y así han sido descritos por numerosos viajeros, entre ellos Stanley, que en sus diarios los compara, por su espíritu emprendedor completamente moderno, con los yankees de Estados Unidos.

Para describir la importancia de este sistema comercial basta indicar las dimensiones de las caravanas: el explorador Joseph Thompson escribió que en territorio masai había encontrado una que estaba integrada por más de 1.200 hombres. Hasta los años Sesenta del siglo, el marfil fue la mercadería de mayor importancia en este sistema comercial que se desenvolvía preponderantemente en la ruta Bagamoyo-Tabora, desde donde partían las caravanas para el reino de Buganda, a través del gran lago Nyanza, que luego sería llamado Victoria, y en dirección de la cuenca del Congo por Ujiji junto al lago Tanganica. Ulteriormente, y hasta los años Noventa, el comercio de esclavos aumentó. La ruta comercial por Ujiji, que se había vuelto célebre por el publicitado encuentro entre el anciano y enfermo Livingstone y el joven y ambicioso Stanley, fue valorizada entre los años 1870-1880 por la creación del imperio comercial de *Tippu Tip*, centrado en Manyema.

Las dimensiones de este fenómeno fueron consecuencia directa de la trata. Numerosas sociedades africanas conocían formas de esclavitud doméstica: disponemos de testimonios históricos antiguos, sobre todo en lo que respecta a las sociedades estatuales de la sabana, del Cuerno y de la costa occidental. La esclavitud doméstica era caracterizada como institución multifuncional, que englobaba toda una serie de diferentes estatus sociales y especializaciones, y se hallaba inserta en los sistemas y las jerarquías sociales propios de cada sociedad. Pero el esclavo como mercancía, y el desarrollo de sistemas productivos esclavistas extraños al tradicional tejido de relaciones sociales, políticas y de intercambio económico, sólo se difundieron en el siglo XIX, y sobre todo en aquellas sociedades que habían entablado relaciones directamente funcionales al circuito del comercio mundial.

Las investigaciones realizadas sobre sistemas de producción esclavista en África durante el siglo XIX, y en especial respecto del que probablemente sea el caso más estudiado, Zanzíbar, permite llegar a la conclusión de que son muy pocas las analogías existentes, en términos de tamaño, formas organizativas y funciones, con los sistemas esclavistas de plantación que en tiempos precedentes se habían desarrollado en las Indias Occidentales y en las Américas. Los datos demográficos, y las referencias a organización del trabajo y a productividad de los esclavos que desempeñaban tareas en diferentes sistemas con grados mayores o menores de centralización, subrayan un hecho: la esclavitud no alcanzó jamás en África –ni en la producción agropecuaria o minera, ni en infraestructuras, transportes terrestres o fluviales, caza, recolección

o guerra– las dimensiones ni el tipo de organización, en estructuras completamente separadas del resto del tejido social, que fueron características de los sistemas esclavistas de las Américas. En el transcurso de pocas generaciones los esclavos fueron en gran parte integrados en los sistemas sociales prevalecientes, aunque en algún grado siguieran estando marcados por su origen de personas privadas de identidad por no pertenecer a un sistema de descendencia que les garantizara ningún derecho de acceso a los recursos, empezando por el primero de ellos, la tierra. Una de las razones de la rápida difusión del islam entre esclavos y descendientes de esclavos fue precisamente la posibilidad de entrar a formar parte de una comunidad de fieles que se superponía (integrada con ella o, con mayor frecuencia, reemplazándola) a la tradicional que les estaba negada, o que habían perdido.

La instauración de gobiernos coloniales significará sólo la abolición de jure de la esclavitud. En la práctica, los sistemas administrativos coloniales, privilegiando las clases y jerarquías dominantes, y los sistemas productivos que a menudo estaban fundados en el trabajo forzado u obligatorio, contribuyeron a perpetuar la subordinación de las poblaciones y los grupos más débiles y marginales. Una investigación reciente sobre Nigeria del norte, región que había estado bajo el dominio del califato de Sokoto –que puede ser considerado una de las principales sociedades esclavistas de África en el siglo XIX– examina la gradual declinación de la esclavitud en esa área después de su formal abolición, en los primeros cuarenta años de gobierno colonial británico[37]. Al producirse la conquista británica, el califato tenía una población de esclavos de aproximadamente dos millones y medio de personas, en su mayor parte como resultado de las yihad. La investigación demuestra que de hecho la conquista colonial, justificada en la época, entre otros motivos, como misión contra la esclavitud, sólo abolió el estatus legal que ésta tenía, no su posición concreta, que persistió en amplia escala en esa sociedad hasta mediados de la década de 1930.

Hacia fines del siglo XIX, cuando comenzó el reparto colonial, las sociedades del África occidental habían efectuado ya, desde hacía algunas generaciones, la transición al comercio lícito, con la consiguiente reorganización de los sistemas productivos y sociales. En África oriental, en cambio, la trata había constituido el factor comercial preponderante, justamente, en la segunda mitad del siglo. Como se ve, allí la experiencia de la trata de esclavos, practicada de manera intensiva, es inmediatamente anterior a la conquista colonial, si bien los sistemas de producción basados en el uso esclavista de la fuerza de trabajo serán

37 P. E. Lovejoy, J. S. Hogendorn, *Slow Death for Slavery. The Course of Abolition in Northern Nigeria, 1897-1936*, Cambridge University Press, London 1993.

en gran medida reemplazados por sistemas productivos coloniales, organizados en sistemas de plantación que se apoyaban en sistemas de reclutamiento obligatorio o forzado de la fuerza de trabajo.

Décadas antes del reparto colonial efectivo, gran parte del continente africano había reorganizado ya no solamente sus redes comerciales de circulación interna y hacia los puertos de las costas, sino también, y sobre todo, sus sistema productivos, tanto los de obtención de bienes destinados a la exportación como los de producción de maíz, mandioca y otros alimentos. Las investigaciones llevadas a cabo acerca de este período muestran que se desarrollaron sistemas productivos más refinados, con cambios de importancia en la distribución del trabajo agrícola según los sexos. Así, por ejemplo, los cultivos de subsistencia que no revestían interés para el mercado pasaron a ser responsabilidad casi exclusiva de las mujeres, ayudadas por niños y ancianos, mientras gran parte de la población masculina se ocupaba de tareas comerciales, acarreo o cultivos agrícolas más relacionados con las nuevas oportunidades comerciales. También maduraron auténticas revoluciones sociales e institucionales. El comercio, que en la mayor parte de los sistemas estatuales africanos había sido monopolio del poder real, comenzó a ser con frecuencia cada vez mayor asunto de individuos o de grupos nuevos, que basaron su fortuna política, no pocas veces efímera, sobre el éxito comercial. En el Sudán y en Senegambia la mayor parte de los comerciantes eran musulmanes, al igual que la mayoría de las poblaciones de África oriental que se dedicaban al comercio, en primer lugar los árabe-suajilis. Algunas de las poblaciones con actividades comerciales, como los yao, se islamizaron precisamente por esas actividades, que los ponían en contacto con los centros de poder y de saber –situados en Zanzíbar y en las costas de Mozambique– de una religión que era vehículo de ideas modernas en lo que respectaba a la organización social y económica, y que era una matriz de autoridad y de poder político en condiciones de hacer frente a las pretensiones monopólicas de los comerciantes rivales de origen europeo.

A lo largo de las rutas comerciales se desarrollaron y difundieron numerosas lenguas francas, la más conocida de las cuales es el suajili (swahili), hoy presente en todo lugar por donde hayan pasado o se hayan instalado comunidades árabe-suajilis. Esas lenguas se convirtieron en vehículo de contacto y divulgación tanto del comercio como de las nuevas ideas, y contribuyeron a propagar concepciones culturales que eran expresión de intereses comunes. En muchos casos se perdió la distinción entre los grupos mercantiles, cuyo poder derivaba de la habilidad para la acumulación económica, y las aristocracias tradicionales, cuya autoridad encontraba consagración en la ascendencia. En efecto, la fuerza o las riquezas permitieron a algunos apropiarse de

títulos y prerrogativas tradicionales dentro de estructuras estatuales en plena transformación.

El mayor potencial alcanzado por el comercio lícito indujo en cada sociedad crisis internas de nuevo tipo, al introducir o robustecer elementos tales como la preponderancia otorgada a la acumulación personal de riqueza –vale decir, al éxito individual–, en contraposición con la adscripción de valores en función de la ascendencia del individuo, y de su pertenencia a una determinada comunidad. Influyó, sobre todo, mediante la valorización otorgada a la obtención de productos para el mercado, que dio valor fundamental a la noción del control exclusivo sobre la tierra y la fuerza de trabajo. Señalemos, por último, que la inserción de las sociedades africanas en el mercado mundial a través del comercio lícito, con el consiguiente desarrollo de sistemas productivos de tipo principalmente esclavista, proporcionó una importante justificación ideológica al reparto y a la colonización.

DECADENCIA Y FORMACIÓN DE ESTADOS

El siglo XIX es la centuria de las transformaciones aceleradas y contradictorias: antiguos reinos viven procesos de decadencia o se disuelven, dejando vacíos que favorecen la consolidación de nuevos grupos de poder, o la aparición de procesos anárquicos. En distintas regiones surgen sistemas de poder más amplios, centralizados y estables, que desarrollan o difunden sistemas de valores, culturas o religiones que tienden a la formación de estatualidad centralizada. La inestabilidad caracteriza a buena parte de la historia de la sabana occidental y oriental y de las zonas costeras, y es llevada a toda el África oriental y central como consecuencia de la diáspora de poblaciones guerreras de cultura nguni y soto, por las actividades de los ejecutores de razias esclavistas y por la afirmación, a expensas de los sistemas estatuales en crisis, de hombres fuertes de origen suajili, niamuezi (nyamwezi), chokue y ovimbundu, apoyados en las razias y en el comercio.

Nuevos centros de poder introducen y divulgan ideologías e instituciones políticas y militares, y tipos de organización económica más funcionales al ejercicio de un efectivo control sobre los territorios habitados por poblaciones étnica y culturalmente diferentes. Estas nuevas instituciones se fundan en mensajes religiosos e ideológicos que tienden a consolidar nuevas identidades estatuales y políticas, aunque sea en situaciones de conflictualidad continua y generalizada. En efecto, fue en el siglo XIX cuando se constituyó el más grande de los estados del África de las sabanas, el califato de Sokoto; cuando se produjo el proceso de centralización en Etiopía; cuando nacieron, en el África austral, el Estado y la nación zulú. Por fin, son también fenómenos del siglo XIX el crecimiento de Estados comerciales tanto en el África occidental como

en la central y la oriental, y el desarrollo, en función de control de las rutas comerciales, de sistemas de coordinación entre poblaciones, o bien entre sistemas de Estados que abarcan regiones enteras

LA DECADENCIA DE OYO Y ASANTE

Numerosos Estados que en los siglos anteriores habían consolidado su poder regional vieron madurar, antes incluso del impacto europeo directo, crisis que los debilitaban. En África occidental la decadencia de Oyo, que había disputado la hegemonía a Asante y Dahomey, quedó de manifiesto en 1817 con la pérdida de la provincia de Ilorin, anexada al califato de Sokoto a consecuencia de una yihad victoriosa[38]. El reino se hallaba en crisis ya desde el último cuarto del siglo anterior, por causa de rivalidades intestinas que habían minado el sistema institucional tradicional, que se sustentaba en el poder del Alafin (rey), asistido por un Consejo de siete jefes hereditarios, los Oyo Mesi. El poder del Alafin y sus consejeros dependía entre otras cosas de la capacidad de acumular riquezas del soberano y la aristocracia, y descansaba asimismo en el poder que les daba la redistribución de recursos y privilegios entre sus súbditos. En el siglo XVIII, la implicación cada vez mayor de Oyo en el tráfico de esclavos, con la consiguiente necesidad de controlar de manera más eficaz las rutas comerciales, había hecho que se exacerbaran las luchas intestinas, y que el equilibrio de poderes en el que se basaba el sistema estatual pasara a ser motivo de discusión. Ese fue el comienzo de un período de permanente conflicto entre la casa real, los Oyo Mesi y los comandantes militares de las diferentes provincias –cuyo poder había venido creciendo de manera progresiva, justamente a causa del papel fundamental que cumplían en las razias–, que ahora competían para afirmar su preponderancia en el control de los recursos comerciales. La consecuencia fue que desde fines del siglo XVIII hubo repetidas y prolongadas guerras civiles. La pérdida de Ilorin en 1817 señaló la definitiva disolución del poder tradicional, ya que la derrota sufrida privó de toda legitimidad a lo que de él restaba. En adelante, el único criterio de poder y autoridad sería la acumulación de riqueza por medio de actividades comerciales, que ahora podían ser ejercidas

38 Para la historia de Oyo contamos con el ejemplo de una fuente tradicional, recogida hacia 1890 por un clérigo anglicano yoruba: S. Johnson, *History of the Yorubas, from the Earliest Times to the Beginning of the British Protectorate*, Routledge, London 1921. Sobre la naturaleza del poder político oyo, y los factores que contribuyeron a deteriorarlo: I. A. Akinjogbin, "The Oyo Empire in the Eighteenth Century: A Reassessment" en *Journal of the Historical Society of Nigeria*, III, 3, 1966, pp. 449-60; R. Law, *The Oyo Empire, c. 1600-c. 1836: A West African Imperialism in the Era of the Atlantic Slave Trade*, Clarendon Press, Oxford 1977.

sin necesidad de someterse al control o a las sanciones del linaje real o de los aristócratas.

El Estado de Asante había venido consolidándose en el curso de dos siglos, hasta llegar a ser, ya desde el siglo XVII, y gracias al control que ejercía sobre la producción y el comercio de oro, el Estado más importante del área akan. En el siglo XVIII y durante la primera mitad del XIX pudo extender su autoridad a diferentes territorios de la región que, si bien no pasaron a formar parte del Estado, se convirtieron en tributarios. Lo que los historiadores llaman el Gran Asante consistía en realidad en un núcleo central a cuyo alrededor, con diferentes grados de dependencia respecto del poder central, se organizaba una serie de provincias periféricas[39]. Desde la capital, Kumasi, el Asantene controlaba los símbolos del poder absoluto, de los que dependían el acceso a las fuentes de acumulación y de riqueza, la tierra y los recursos comerciales. La participación en la jerarquía del poder era, de hecho, la principal manera de enriquecerse; y ya que el siglo XVIII se caracterizó por continuas guerras de expansión, fueron los militares y los héroes militares quienes obtuvieron más éxitos y reconocimiento, lo que equivale a mayores posibilidades de hacerse ricos. Pero con la prohibición de la trata, en los años Veinte del siglo XIX, al desaparecer la fuente de riqueza representada por la captura y la venta de esclavos, dio comienzo en el Estado asante una reconversión que situó en primer plano al comercio lícito y a la capacidad de reinvertir las ganancias en la adquisición de fuerza de trabajo esclava y de tierras. Las oportunidades de enriquecerse con el comercio empezaron a depender entonces de relaciones de colaboración o conflicto con los Estados fante y con las fortalezas británicas y danesas de la costa, de carácter comercial. Los agentes del Estado asante siguieron siendo los principales beneficiarios del sistema, pero ahora en competencia con individuos y grupos que, sin depender del monopolio estatal, lograban obtener recursos autónomos de riqueza. Y como el control del Estado sobre cualquier tipo de actividad que pudieran desarrollar los súbditos y, por encima de todo, sobre el comercio de largas distancias era parte integrante del sistema de valores que constituían la base del poder de que gozaba Asante, su deterioro tuvo efectos devastadores también sobre las estructuras políticas y sociales. El comercio individual se convirtió en un vehículo de

39 El trabajo más completo sobre el Asante precolonial es el de I. Wilks, Asante in the Nineteenth Century: the Structure and Evolution of a Political Order, Cambridge University Press, Cambridge 1975. Cfr., además, K. Arhin, *West African Traders in Ghana in the Nineteenth and Twentieth Centuries*, Longman, London 1979. Muy interesante para obtener una visión general de la sociedad asante es la colección de ensayos editados por E. Schildkrout (ed.), *The Golden Stool: Studies in the Asante Center and Periphery,* Anthropological Papers of the American Museum of Natural History, New York 1987.

introducción de nuevas ideas, ajenas a la tradición, y el individualismo se reforzó con el éxito de la predicación cristiana. El Estado asante empezó a perder así coherencia e identidad.

Las fuentes misioneras permiten leer cómo, ya a partir de los años Cuarenta, eran evidentes las señales de cambio en los valores y las creencias, a causa de la influencia ejercida por las sociedades del litoral, desde hacía tiempo profundamente implicadas en relaciones de dependencia respecto de la presencia europea. Ya a mediados del siglo XIX la sociedad asante había dejado de ser un mundo cerrado, de acceso sólo posible a través del Estado, y se hallaba expuesta a nuevas opiniones, a modelos normativos distintos de los tradicionales, y en considerable medida en contradicción con lo que había sido la historia de la consolidación del Estado.

Los años transcurridos entre la muerte del gran rey, el Asantene Kwaku Dua Panin (1867), y la deportación por los ingleses del último soberano reinante, el Asantene Ageyman Prempe (1896), se encuentran ricamente documentados, y demuestran el impacto revolucionario de la nueva situación económica y de las ideas que llevaba consigo, un impacto cuya fuerza desestabilizadora ya no podía ser absorbida y reelaborada por un Estado que se había debilitado demasiado. Fue en esos años cuando el Estado asante, permanentemente apremiado por los intereses ingleses, perdió progresiva pero inexorablemente las bases económicas y sociales que hubieran podido permitirle seguir ejerciendo una acción autónoma. Así, la definitiva disolución del Estado no fue sólo consecuencia de la conquista militar inglesa; al contrario, fue la intervención militar en sí la que resultó facilitada por la profunda crisis que los nuevos valores y las nuevas ideas provocaban. Testimonio de la crisis fue una guerra civil que se libró entre 1883 y 1888, debida a que había llegado a su plenitud la irreconciliable ruptura entre los conservadores –guardianes de la tradición gloriosa del Estado asante, que hubieran deseado recuperar mediante la reconstrucción del antiguo régimen– y los que se presentaban como modernizadores, partidarios del modelo de gobierno inglés. Los conservadores tradicionales veían la salvación en un utópico vuelco del curso de la historia; los modernizadores asumieron como modelo para el cambio una abstracción inaplicable a la situación de la región, sobre todo teniendo en cuenta el desequilibrio de poder que se iba delineando, entre una Inglaterra decidida ya a poner en práctica sus designios imperialistas y un Estado que se hallaba en el límite de sus fuerzas.

COMERCIO E INESTABILIDAD: LOS ESTADOS YORUBA Y LOS DEL DELTA DEL NÍGER

Uno de los resultados de la caída del poder de Oyo fue la apertura de una era de coflictos entre los estados de cultura yoruba, provocados

por las rivalidades respecto del control de las vías comerciales de la que había sido una de las regiones más afectadas por la trata de esclavos, y también una de las que habían llevado a su máximo desarrollo el comercio lícito[40]. El puerto de Lagos, durante mucho tiempo bajo el control del reino de Benin, y uno de los más importantes de la trata atlántica hasta comienzos del siglo XIX, fue atacado en 1851 por los ingleses, quienes instalaron allí un soberano que les era favorable, con la aprobación de los misioneros que se hallaban establecidos en dominios del rey de Abeokuta. Lagos fue proclamada colonia británica en 1861, y desde esa fecha la interferencia del gobernador en los asuntos internos de los reinos yoruba se convirtió en el factor más relevante de la dinámica de los conflictos de la región. En efecto, fueron en gran medida las interferencias inglesas las que determinaron los resultados de las guerras que continuamente enfrentaban al poderoso pero nunca hegemónico nuevo reino de Ibadán con los demás reinos, hasta que la Conferencia de Paz organizada en 1886 en Lagos bajo supervisión inglesa puso fin a las guerras en el este.

La "pacificación" colonial fue completada al oeste por la intervención francesa en Dahomey, en 1892, y al norte por la ocupación de Ilorin por la Royal Niger Company en 1896. Como cualquier otro proceso semejante en África, ello significó la intervención armada de las potencias europeas hegemónicas en conflictos internos y regionales, en gran medida provocados por los propios pacificadores. La finalización de la trata atlántica había impuesto la reconversión productiva y comercial a los Estados del delta del Níger que hasta mediados del siglo, pese al control de los ingleses, se contaban entre los principales traficantes de esclavos[41]. Los reinos costeros de Calabar, Elem Calabari, Nembe, Bonni, Okrika, organizados como verdaderas empresas comerciales y que estaban habitados por poblaciones de lenguas ijo y efik que comerciaban con las poblaciones ibo e ibibio del interior, lograron especializarse rápidamente en la producción y la exportación de aceite de palma. Los esclavos, que en gran medida procedían, justamente, de poblacio-

40 J. F. A. Ajayi, R. S. Smith, Yoruba *Warfare in the Nineteenth Century*, Cambridge University Press, Cambridge 1964; I. A. Akinjogbin, *Dahomey and Its Neighbours, 1708-1818*, Cambridge University Press, Cambridge 1967; S. A. Akintoye, *Revolution and Power Politics in Yorubaland, 1840-1893*, Longman, London 1971.
Sobre los comerciantes aro: D. Northrup, *Trade without Rulers: Precolonial Economic Development in South-Eastern* Nigeria, Clarendon Press, Oxford 1978.

41 K. O. Dike, *Trade and Politics in the Niger Delta 1830-1885: An Introduction to the Economic and Political History of Nigeria*, Clarendon Press, Oxford 1956; E. J. Alagoa, *Long-Distance Trade and States in the Niger Delta*, en "Journal of African History", 11, 3, 1970, pp. 319-29; Id., "Nineteenth Century Revolutions in the States of the Eastern Niger Delta and Calabar" en *Journal of the Historical Society of Nigeria*, 5, 1971, pp. 565-73.

nes ibo e ibibio organizadas en diferentes entidades descentralizadas, fueron usados como porteadores por tierra, como tripulantes de grandes canoas, capaces de penetrar en los meandros del delta del Níger, o como mano de obra productiva en las plantaciones. Las dimensiones de la esclavitud están documentadas por los diarios del rey de Calabar, y es bien conocida la proliferación de sociedades secretas y de continuas y sangrientas rebeliones. La expansión del comercio lícito provocó un aumento de la conflictualidad entre los Estados del delta por el control de las bocas de salida del tráfico proveniente del interior. Ese tráfico estaba monopolizado por grupos, como por ejemplo los aro, organizados en auténticas empresas comerciales, asistidas por fuerzas militares mercenarias. Los aro gozaban asimismo de la inmunidad que les venía de ser considerados los descendientes directos de Ibini Okpabe, oráculo de Arochukwu, sagrado para las poblaciones efik, ibibio e ijo.

Los comerciantes europeos no lograron penetrar en el interior hasta pasada la mitad del siglo. Para obtener lo productos debían entrar en tratos con las empresas comerciales de los Estados del delta, a las que financiaban para organizar expediciones a las áreas interiores. La situación cambió con la aparición de los primeros buques a vapor, capaces de remontar el delta del Níger y de seguir río arriba. Los primeros en hacerlo fueron Richard y John Lander, en su expedición exploratoria de 1830; después tuvo lugar la expedición del doctor Baikie, que en 1854 llegó hasta Lojoka, favorecida además por el uso de quinina, que permitió que la expedición no sucumbiera a los efectos del paludismo. Jefes y comerciantes indígenas vieron deteriorarse muy rápidamente su poder como intermediarios, a partir del momento en que las empresas comerciales europeas pudieron valerse de medios de transporte mucho más eficientes para alcanzar las zonas de producción del aceite de palma.

Las rivalidades entre comerciante indígenas y europeos desembocaron en repetidos conflictos, que fueron la justificación para una intervención directa del residente británico en Fernando Póo, en defensa de los intereses de los súbditos de Su Majestad británica, contra los comerciantes y, por lo tanto, contra los Estados del delta. Los ingleses se apropiaron rápidamente del monopolio de la mayor parte de los recursos comerciales: se abrieron fábricas para la producción de aceite de palma en Onitsha y en Aboh, desde donde el producto era transportado por el río, y enviado directamente a Liverpool. En 1879, George Goldie Taubman fusionó las cuatro firmas británicas que operaban en el lugar en la United Africa Company, y el monopolio británico del comercio de la región se consolidó en 1884 con la eliminación de las firmas francesas rivales. La compañía, convertida en National Africa Company, habiendo adquirido el control total del comercio del Níger, obtuvo en 1886 el Royal Charter (Real Privilegio), el documento o decreto de la Corona

británica que le concedía el derecho de administrar y gobernar la región en nombre de ella, para lo cual debió asumir una nueva denominación, la de Royal Niger Company. En pocos años, la floreciente economía de los Estados del delta quedó destruida, y dio comienzo –por medio del monopolio comercial inglés– el reparto de la región. Otro tanto sucedía en las adyacentes regiones yoruba, en las que el gobernador aprovechó los conflictos ente Estados para intervenir y, apoyándose también en la acción de los misioneros, favoecer los intereses comerciales de las compañías británicas.

COMERCIO Y GUERRA: LOS ESTADOS LUBA Y LUNDA

En la sabana oriental del centro de África, área de pasaje entre el este y el oeste, una vasta y fértil región que durante siglos permaneció relativamente aislada de los efectos del capitalismo mercantil, la expansión de las entidades estatuales luba y lunda en el siglo XIX resultó condicionada por la ampliación de las fronteras comerciales entre la costa atlántica y el Océano Índico, por la multiplicación de las rutas y los intermediarios y por la intensificación del intercambio de esclavos y marfil por tejidos de algodón, armas, cerámica vidriada, cristales y bienes de prestigio. A lo largo de las rutas comerciales, el espectacular aumento de la trata que sobrevino con el incremento de las relaciones comerciales minó desde adentro todo el sistema de legitimidad y responsabilidad sobre el que descansaban sociedades y Estados; los tributos empezaron a depender primordialmente del intercambio comercial; hombres nuevos, no legitimados por una descendencia de linajes aristocráticos, conquistaron poder con la acumulación de riquezas y de armas de fuego.

Los Estados luba y lunda, producto de la amalgama de diferentes culturas y tradiciones que tuvieron como cuna el valle del Lualaba entre los siglos VIII y XV, todavía ejercían poder sobre vastos territorios a comienzos del XIX[42]. El reino luba, a partir del fértil valle del Lomami, rico en depósitos de hierro y de sal, había duplicado en este último siglo la extensión de los territorios tributarios, imponiendo su hegemonía a numerosas pequeñas sociedades de la sabana situadas hacia el oeste, en el alto Congo (Zaire), siguiendo una dirección norte-sur entre la selva y la región productora de cobre, que durante el período colonial sería conocida como Copperbelt, el Cinturón del Cobre. A principios del siglo XIX ocupaba la mayor parte de la región hoy llamada Katanga (Shaba).

---

42 Vansina, *Kingdoms of the Savanna*, cit.; Birmingham, *The Forest and the Savanna of Central Africa*, cit., pp. 222-67; A. Wilson, "The Long-Distance Trade of the Luba Lomani Empire" en *Journal of African History*, 13, 4, 1972, pp. 575-89; T. Q. Reefe, *The Rainbow and the Kings: A History of the Luba Empire to 1891*, University of California Press, Berkeley 1981; Vellut, *The Congo Basin and Angola*, cit., pp. 294-325.

Su soberano, Mulopwe, con poderes muy grandes, era asistido por una administración jerárquicamente organizada y una potente estructura militar que ejercía su supremacía sobre toda una serie de entidades, organizadas a su vez según los principios de la ascendencia. El poder de los jefes, los balopwe, residía en la descendencia de sangre, transmitida a través del linaje paterno, y por consiguiente los luba no podían integrar a extraños en su sistema de sucesión al trono y a los diferentes títulos. Este sistema jerárquico contaba con clientes políticos y esclavos que participaban de la cultura común, pero seguían siendo diferentes de los luba, como extranjeros del interior.

Se ha definido como de tipo imperial la estructura del Estado luba, debido a que estaba basada en el dominio de un pueblo y una cultura, de los cuales provenía la aristocracia, sobre otros numerosos pueblos que, según sus respectivas peripecias históricas, se situaban en diferentes niveles de integración respecto del grupo hegemónico. Esta estructura heterogénea se hizo evidente en el momento de la disolución del Estado luba, y aun más en los episodios de incorporación de las poblaciones de la región al sistema colonial. Definirse como étnicamente luba o, por el contrario, reivindicar la pertenencia a un grupo originario diferenciado del antiguo dominador se convirtió en una decisión colectiva o individual evidentemente pautada por las exigencias que imponía la incorporación al sistema colonial, y por los problemas que se planteaban en relación con la cuestión del control de los recursos y de la emigración hacia las áreas de desarrollo minero.

También el Estado lunda ha sido definido "imperio". Su cultura derivaba en amplia medida de la luba, y se había ido formando mediante la amalgama de poblaciones diferentes, según un sistema de sucesión continuada. Esto consistía en investir a quien sucediera al soberano, o a cualquiera de los jefes, con el título y hasta con el propio nombre que había llevado su predecesor, o quien en el origen había tenido esas prerrogativas, y cuyos vínculos de ascendencia eran adoptados por todos los sucesores al título. Este sistema de incorporación flexible fue empleado para colonizar, o paraextender la influencia del imperio sobre diferentes poblaciones en toda la región, a partir del sur de Katanga. La expansión de los lunda hacia el este llevó a la concreción de lo que los historiadores han llamado "el imperio secundario" de Kazembe, que se extendía desde el río Lualaba, al sur de Shaba, hasta el río Luapula, en una región riquísima en recursos naturales, agricultura y minas de cobre, y que a partir del siglo XIX sería el cruce más importante de rutas comerciales entre el este y el oeste. En efecto, en el siglo XIX las poblaciones costeras habían empezado a aventurarse hacia el interior en número significativo. Antes, aparte de los portugueses que desde el siglo

XVI venían intentado apoderarse del reino, sin jamás conseguirlo, sólo algunos comerciantes suajili habían llegado a la corte del Monomotapa.

Los árabe-suajilis provenientes de la costa oriental comenzaron a hacerse numerosos en el reino de Kazembe a partir de los años Treinta. A mediados del siglo, dos de ellos lograron atravesar el continente de un extremo al otro y llegar a Benguela, en la costa angoleña. Siempre en la primera mitad del siglo, se instalaron establemente en Ujiji sobre el lago Tanganica, y de allí se dirigieron a la cuenca del río Congo. Sus auxiliares, como porteadores y tropas armadas dedicadas a la razia, eran poblaciones reclutadas en diferentes regiones del área central de Tanganica. Estos porteadores-soldados, auxiliares de los comerciantes suajili para la penetración en el interior, serían identificados más tarde con el apelativo étnico de niamuezi.

El comercio de largas distancias desde los territorios controlados por los lunda y por Kazembe hacia la costa sudoriental y el bajo Zambeze, y hasta la Angola central, estaba en manos de poblaciones de los principados bisa y yao, famosos realizadores de razias de esclavos y marfil que partiendo de las riberas meridionales del lago Malaui llegaban a comerciar en la ciudad costera de Kilwa, en Zanzíbar, y en los puertos mozambiqueños. Livingstone, que encontró mercaderes yao a lo largo del curso del Zambeze, los comparó con los griegos de Levante, y de ellos tenemos noticia también por los escritos de Richard Burton, que había encontrado algunos en Zanzíbar, en 1860.

Los bemba, cuyo territorio era pobre en comparación con el del reino de Kazembe pero que estaban provistos de una estructura militar eficiente, comenzaron a expandirse en el siglo XIX hacia el norte y el oeste, hasta que a partir de 1830 se dirigieron al sur, contra las poblaciones bisa, para disputarles las rutas comerciales. La situación de la región se complicó desde los años Treinta con la llegada de diferentes grupos guerreros de origen nguni y soto, provenientes del África austral: ngoni, ndebele y kololo. Grandes devastaciones fueron causadas también por los cicunda, de origen mixto luso-africano, que realizaban razias de esclavos. Cuando los europeos, a fines del siglo, se apoderaron de la región, la situación política, económica y social había cambiado ya profundamente, por la gran agitación provocada por una actividad comercial tan violenta, en la que el tráfico de esclavos seguía ocupando una posición preponderante.

La decadencia de Kazembe, iniciada ya en los años Cuarenta por conflictos internos entre diferentes jefes locales rivales, fue agudizada por las intrigas de los comerciantes suajili. La inestabilidad provocada por una creciente conflictualidad fue aprovechada por un emprendedor aventurero, Msiri, y por sus seguidores de muy variados orígenes, identificados como yeke (del término bayeke, que en las lenguas locales

significa "cazadores"). El etnónimo designa un conjunto heterogéneo de gentes, reunidas por una historia laboral común. En efecto, los yeke y los niamuezi comparten un mismo origen, el de haber estado asociados en el mismo trabajo de porteadores y mercenarios al servicio del comercio de largas distancias. Lograron apoderarse de gran parte de Kazembe y así crear un nuevo Estado, Garenganze, dominado por una fuerte estructura militar que mediante continuas guerras logró extenderse a la mayor parte de los territorios situados entre el alto Lualaba y el Luapula, es decir, gran parte del imperio lunda. Ello equivalía a controlar el comercio de marfil y el de cobre, tanto hacia Zanzíbar como con los ovimbundu y los portugueses de la costa occidental, además de la más importante mina de sal de la región.

Mercaderes-señores de la guerra suajili crearon otros poderosos centros de depredadores: Jumbe fue a instalarse entre las poblaciones del lago Malaui, Mirambo redujo aun más el área bajo el poder de Kazembe, y Tippu Tip, conocidísimo comerciante, cuyas iniciativas podemos conocer leyéndolas en un detallado diario de viajes y transacciones comerciales, se estableció como soberano entre la población de los totela, situada en el sur del actual Zaire.

A partir de los años Setenta, el crecimiento económico y político del reino luba empezó a ser minado por numerosas crisis institucionales, que pusieron en evidencia el hecho de que las tensiones internas ya no podían ser absorbidas por un sistema que había quedado desgastado, y por lo tanto incapaz de afrontar el radical cambio provocado por las guerras y por la amenazadora presión de Msiri al sur, y de los mercaderes árabe-suajilis al norte. Los luba, que habían quedado fuera de las rutas comerciales, con el fin de procurarse armas comenzaron a vender como esclavos a miembros de su propia población, un fenómeno que no hizo sino acelerar el deterioro de los sistemas tradicionales de responsabilidad y garantías. La disolución de las autoridades y del poder del Estado se concretó en choques entre diferentes facciones, sobre las cuales intervinieron Garenganze y el reino suajili di Nyangwe para imponer una pacificación interesada que, de todos modos, fue de breve duración.

Hacia el oeste se produjo la apertura de una vasta región –la actual Angola meridional– a la instalación de extranjeros y al comercio de largas distancias. La red comercial de los reinos ovimbundu se ramificó en la cuenca del alto Zambeze. Desde los altiplanos de la Angola oriental, poblaciones chokue se internaron en los territorios occidentales de los lunda, y ya en 1865 estaban presentes en los cursos de los ríos Kasai y Lulua, mientras que en los años Ochenta ocupaban la región que hoy constituye la Angola meridional y oriental, vale decir casi todo el país de los lunda, del que sólo fueron expulsados por la colonización

en los años Noventa. Los chokue se afirmaron como hábiles cazadores-recolectores, y se convirtieron en los reconocidos especialistas en el comercio de la cera, con el cual obtenían armas, y después en la caza de elefantes y el comercio del marfil. En los años Sesenta, instalados ya en territorio lunda y en la cuenca del Kasai, monopolizaron la recolección y el transporte del caucho. Llegados a territorio lunda cuando ya las tensiones políticas debidas a sucesivas crisis de sucesión se habían vuelto imposibles de resolver, fueron contratados como mercenarios por los jefes de la región occidental. Las guerras dinásticas entre los jefes lunda llevaron a la disolución del imperio en 1886.

Los yeke y los chokue, a diferencia de los luba y los lunda, estaban todavía escasamente estructurados en entidades políticas definidas cuando su trayectoria de emigración y afirmación económica quedó interrumpida por la colonización. En efecto, cuando se llevó a cabo el reparto colonial los chokue habían logrado subvertir los antiguos Estados de la región, sin llegar a darse estructuras políticas propias; resistieron tal reparto por la fuerza, mientras las declinantes aristocracias luba y lunda trataban de aprovechar la nueva situación. Entre 1870 y 1900, chokue y yeke se convirtieron en las dos mayores fuerzas militares y políticas de la región entre el alto Kunene y el Kwanza, y más tarde fueron los principales protagonistas de la guerra contra la penetración del Estado Libre del Congo, del rey Leopoldo II de Bélgica. La guerra contra la colonización continuó hasta los años Veinte del siglo XX, mientras grupos chokue se instalaban en otros territorios de Zaire y de Zambia.

Es importante destacar que hasta comienzos del siglo XIX la mayor parte de las actividades comerciales internas, y desde luego las relacionadas con el comercio de largas distancias, eran monopolio de las casas reales, o estaban reguladas por mercados institucionalizados. El crecimiento de la demanda de esclavos y marfil, la aparición de intereses externos que comenzaron a influir sobre los resultados de los conflictos internos, el papel esencial asumido por la acumulación que el comercio hacía posible, fueron garantes de verdaderas revoluciones políticas y sociales. Se afirmó y extendió el poder de nuevos grupos en proceso de formación, como los chokue, los yeke y los ovimbundu, proceso común a muchas otras partes del África central y austral; las familias o los linajes que lograron acumular riqueza pudieron hacerse con el poder, destronando a antiguas dinastías de sangre; las sociedades que no habían conocido formas de estratificación social se jerarquizaron. La sabana oriental se convirtió en un mosaico de centros de poder, creados por la conquista y el comercio. En vísperas del scramble, los nuevos nucleamientos (Estados, ciudades, principados) estaban habitados por poblaciones heterogéneas, multiétnicas,

ensambladas por sistemas sincréticos con frecuencia muy lábiles, porque se trataba de entidades políticas carentes de raíces, que se mantenían unidas en función de las proezas y el carisma personal de líderes guerreros, o de la capacidad de los mercaderes para acumular riqueza. Cuando Msiri fue asesinado por un agente del rey Leopoldo en la capital de su reino, Bukeya, sus súbditos se convirtieron en refugiados en busca de otros protectores.

EL ISLAM AL PODER EN ÁFRICA OCCIDENTAL

En los siglos XVIII y XIX hubo en África occidental, como en todo el mundo musulmán, un amplio movimiento de renacimiento islámico. Se trata de la región de sabana conocida antiguamente como Bilad al Sudan, tierra de negros, que se extiende entre el desierto del Sahara y el cinturón selvático, y que está habitada por poblaciones de agricultores sedentarios y pastores nómadas, étnica y culturalmente diferentes. Toda esta región del Sudán, área de gran movilidad, de intercambio e interpenetración entre culturas distintas, es a la vez un territorio en el que el equilibrio ecológico resulta siempre difícil; víctima frecuente de devastadoras sequías, es asimismo una encrucijada de las vías del comercio trans-sahariano. El Sudán comenzó a ser influenciado cada vez más por su comunicación con las rutas comerciales que conducían a los puertos marítimos costeros del golfo de Guinea, en los cuales florecía la trata de esclavos atlántica. El islam se había difundido en la región a partir del siglo VIII, sin dejar de ser una religión de minorías aristocráticas y de comerciantes –tan influyentes por su riqueza como despojadas de poder, e insatisfechas de su situación de total dependencia respecto del poder tradicional– y de intelectuales o sabios musulmanes que eran utilizados como funcionarios, y a menudo como consejeros influyentes (aunque siempre a merced de la arbitrariedad de sus señores) por los soberanos de los distintos Estados: soberanos que se llamaban Sarki entre los hausa, Ardo en Masina, Fama en Segu y Kaarta, Mai en el Bornu, Alafin en Oyo, Moro Naba en los Estados mossi[43].

Las yihad, guerras de conquista que permitieron la construcción de Estados e imperios islámicos en el curso del siglo XIX, fueron defi-

43 J. S. Trimingham, *Islam in West Africa*, Clarendon University Press, Oxford 1959; J. R. Willis (ed.), *Studies in West African Islamic History: The Cultivators of Islam*, F. Cass, London 1979; M. Hiskett, *The Development of Islam in West Africa*, Longman, London 1984; e Id., *The Nineteenth Century Jihads in West Africa*, en Fage, Oliver (eds.), *The Cambridge History of Africa*, cit., t. 5, pp. 125-69. "Sulle yihad cfr. además M. Last, Reform in West Africa: The Jihad Movements of the Nineteenth Century" en Ajay, Crowder (eds.), *History of West Africa*, cit., t. 2, y A. Batran, "The Nineteenth-Century Islamic Revolutions in West Africa" en *General History of Africa*, cit., t. VI, pp. 357-554. Sobre las yihad en Senegambia: P. D. Curtin "Jihad in West Africa: Early Phases and Inter-Relations in Mauritania and Senegal" en *Journal of African History*, XII, 1, 1971, pp. 11-24.

nidas como guerras para la expansión de la fe, y encontraron terreno favorable en la crisis de los sistemas de poder. Pero mucho antes de la movilización armada se había difundido ya en toda la región la predicación de la exigencia de purificación, garantía de cambio a un orden moral superior más próximo a las enseñanzas del islam, para el cual, según la tradición, las yihad de la espada no son consideradas indispensables. En África occidental las yihad, entendidas como guerras santas, partieron de movimientos de purificación y renacimiento islámico consagrados a la difusión de la fe según los preceptos del islam de los orígenes. Quienes las impulsaban y conducían eran personajes carismáticos, que resucitaron un fervor religioso revolucionario que tenía profundas y antiguas raíces en la región, y contaba con tradiciones gloriosas que se remontaban al siglo anterior, cuando las yihad de la espada habían instaurado gobiernos musulmanes en el Futa Toro y el Futa Jalon. Pero como el islam es una religión integral que abarca todos los aspectos de la vida y de la sociedad, las yihad encontraron seguidores en el descontento provocado por toda una serie de conflictos y crisis que desde hacía tiempo habían contribuido a hacer inestables a los Estados y las sociedades de la región: conflictos entre poblaciones de cultivadores y de pastores nómadas por el control y el uso de las tierras, entre comerciantes y autoridades por los odiados tributos y, además, conflictos derivados de la oposición a que fueran reducidas a la esclavitud poblaciones musulmanas. Los antiguos reinos bambara de la región, que como en el caso de Segu y en el de Kaarta habían creado amplios sistemas de dominio sobre vastas regiones, por medio de razias en busca de esclavos para la trata atlántica, habían quedado debilitados al agotarse esta fuente de recursos. Los comerciantes dependientes de los principados hausa, en el Sudán central, se aliaron a la yihad de Uzmán dan Fodio no solamente en nombre de la fe: querían destronar a soberanos débiles, incapaces de brindar seguridad o de garantizar la protección de mercados y rutas comerciales.

Las yihad de comienzos del siglo fueron independientes de la presencia europea en las costas. Esta sólo empezará a jugar algún papel en la dinámica de guerras y reestructuraciones políticas de la región en Senegambia, en el último cuarto del siglo, en las complejas relaciones entre la presencia extranjera, los hombres fuertes locales y los sistemas de alianzas en favor y en contra de la yihad, que en los años Sesenta guió la expansión del imperio tukulor de Omar Tal.

El Bilad al Sudan había conocido históricamente una larga secuela de guerras santas, inspiradas en la cultura todavía viva dejada en el norte de África por el verbo de la revolución jaridyita del siglo VIII, y por el movimiento almorávide del siglo XI. Pero los precedentes más inmediatos e influyentes, que se remitían a la ortodoxia del pensamiento sufí, fueron la yihad del Futa Toro –región de alto significado simbólico

por estar considerada la cuna de Takrur, el más antiguo Estado islámico del África occidental– y la yihad del Futa Jalon. Las enseñanzas y la acción de sabios como Shayij al Mujtar al Kunti (1729-1811), padre espiritual de la concepción reformista quietista de la confraternidad Qadiriya, y Mohamed ibn Abd al Karim al Maguili, sabio magrebí del siglo XVI, defensor del retorno a la pureza de la fe contra las contaminaciones sincretistas, constituyeron la trama más influyente del pensamiento y la acción de renacimiento y renovación islámicos, junto con el movimiento de renacimiento sufí de la Jaluatiya y con la predicación de Idris al Fasi (muerto en 1837), de la cual tomará origen la confraternidad Tiyaniya, que desde mediados del siglo se difundirá de Senegambia a las sabanas centrales, sobre todo como consecuencia de la acción religiosa y política de Omar Tal, creador del imperio tukulor[44].

La confraternidad Qadiriya, fundada en el siglo XI en Bagdad por Abd al Qadir al Jilani, se difundió por África occidental durante el siglo XV, por la acción de maestros musulmanes itinerantes que se inspiraban en el sufismo nacido en Medio Oriente como movimiento místico y ascético que, en sus formas populares, en la tariqa (camino o confraternidad), venera santos dotados de la baraka (don místico de la gracia). La Qadiriya se convirtió en la confraternidad más importante de la región sudanesa a partir del siglo XVIII; en el XIX llegó a ser popularísima la Tiyaniya, confraternidad surgida tras el renacimiento sufí en Argelia, que recibe su nombre de quien fue su fundador, Ahmadu Tiyani (Ahmad al Tiyani, 1737-1815). A partir de comienzos del siglo XIX se desarrolló desde África del Norte, en dirección del Sudán occidental y central, la Sanusiya fundada por Mohamed ibn Ali al Sanusi. En cambio la Muridiya fue fundada a fines del siglo por el senegalés Ahmadu Bamba, adscrito a una gran familia de morabitos, o ermitaños musulmanes, de la región wolof. La confraternidad murídica conquistó de inmediato gran cantidad de seguidores entre poblaciones que no tenían otro modo de reaccionar a la decadencia de la sociedad tradicional o de oponerse a la colonización. Así fue que en el siglo XX llegó a ser la más importante de toda la región de Senegambia. En

44 . R. A. Adeleye," Hausaland and Bornu 1600-1800# en Ajayi, Crowder (eds.), *History of West Africa*, cit. pp. 485-530; M. Last, "The Sokoto Caliphate and Borno" en *General History of Africa*, cit., t. VI, pp. 555-9; M. Ly-Tall, "Massina and the Torodbe (Tukuloor) Empire until 1878" en *General History of Africa*, cit., t. VI, pp. 600-35. Sobre Masina, cfr. también: M. Johnson," The Economic Foundation of an Islamic Theocracy: The Case of Masina" en *Journal of African History*, XVII, 4, 1976, pp. 481-95. Sobre Omar Tal: D. Robinson, *The Holy War of Umar Tal. The Western Sudan in the Mid-Nineteenth Century*, Clarendon Press, Oxford 1985. Sobre la conquista de Segu: B. O. Oloruntimehin, *The Segu Tukolor Empire*, Longman, London 1972; R. Roberts, "Production and Reproduction in a Warrior State: Segu Bambara and Segu Tokolor c. 1712-1890" en *International Journal of African Historical Studies*, 13, 3, 1980, pp. 389-419.

la etapa colonial sus conductores religiosos asumieron el estatus y la función de los jefes, que habían sido eliminados o se habían desacreditado por haber cedido ante la colonización, de modo que construyeron una bien estructurada organización socioeconómica, capaz de servir de referencia para el regreso de personas y comunidades que habían sido desalojadas por las traumáticas transformaciones suscitadas tras la caída de los antiguos reinos, y la consiguiente pérdida de identidad cultural y política propia[45].

Todos los conductores de yihad eran hombres de fe y de sabiduría, pertenecientes a la sociedad de los ulemas (doctores de la Ley), conocidos como torodbe. Eminentes familias de sabios torodbe se encontraban en todas las ciudades del Sudán occidental y central, dondequiera que se hallaran poblaciones fulbe llegadas allí en sus continuas y antiguas migraciones de pueblos que se dedicaban preponderantemente al pastoreo nómada. Los torodbe habían abandonado el nomadismo hacia el siglo XV, y si bien provenían de grupos étnicos y sociales diferentes –podían ser de etnia fulbe, wolof, mande, hausa, bérbero, y socialmente de extracción aristocrática, pero también gente perteneciente a alguna casta, y hasta esclavos– solían ser identificados como "fulbe" ("fulani" en hausa, el idioma más difundido en el Estado de Sokoto), de lengua fulfulde. A diferencia de otros importantes clanes de sabios islámicos del Sudán occidental, por lo general organizados en grupos étnicos separados, los torodbe estaban pues abiertos a quienquiera que se mostrara dispuesto a abrazar su fe y su sistema de vida. De su seno surgieron famosas dinastías como, precisamente, los Toronkawa de Uzmán dan Fodio, fundador del califato de Sokoto, los Bari de Ahmadu Bello, califa de Masina, y los Tal de Omar, el líder tukulor.

Las yihad se originaron en el seno de la cultura fulbe, pero no fueron movimientos étnicos en sentido propio, porque se dirigieron también contra los fulbe que disponían de poder. El islam proporcionó el marco ideal y la ideología de movilización de los discípulos militantes (murid o talib), pero las razones históricas que hicieron posibles las yihad y ayudaron a que fueran victoriosas radicaban en el apoyo de las clases comerciantes musulmanas –importantes económica y socialmente porque desde hacía siglos eran las que dirigían el comercio trans-sahariano–, en la adhesión de masas de campesinos oprimidos por tributos cada

45 Sobre las confraternidades de la zona senegalesa: L. C. Berman, *Muslim Brotherhoods in Politics in Senegal*, Harvard University Press, Cambridge 1970; D. B. Cruise O'Brien, *The Mourides of Senegal. The Political and Economic Organisation of an Islamic Brotherhood*, Clarendon Press, Oxford 1971; C. Coulon, *Le marabout et le Prince. Islam au pouvoir au Sénégal*, Institut d'Études Politiques, Bordeaux 1981. Respecto de la reacción del islam a la conquista colonial: M. A. Klein, *Islam and Imperialism in Senegal: Sine-Saloum, 1847-1914*, Edimburgh University Press, Edimburgh 1968.

vez más pesados y en fuga desde la trata de esclavos, en la alienación de poblaciones de criadores de ganado que eran afectados por la precariedad de sus derechos de pastoreo, sobre todo en períodos de sequía. Si los líderes de las yihad eran intelectuales y maestros con experiencia y conocimiento de los movimientos reformistas en curso en los principales países musulmanes, sus seguidores provenían de las más variadas etnias y los más dispares grupos sociales. Se trataba pues de movimientos que se caracterizaban por una fe a veces fanática, pero también por su heterogeneidad étnica y social, y que sólo por el origen que tuvieron, y por las características de sus líderes, llegaron a ser considerados guerras de expansión de la etnia fulbe. Los fulbe, en efecto, desempeñaron en ellos un papel fundamental. De esta población, también conocida como "fulani", y en francés peul, se conocía la diáspora desde el Futa Toro, vieja ya de cuatro siglos. Se conocía también su origen de pastores nómadas, divididos en clanes diseminados por la sabana sudanesa, desde las costas del Senegal hasta el lago Chad; se sabía que solían instalarse en las afueras de las ciudades, y también de las aldeas rurales; se conocía, en fin, la paulatina sedentarización de familias de sabios y comerciantes islamizados. En una región que se caracterizaba por intensas sequías periódicas, los clanes fulbe en busca de pastos y agua entraban continuamente en conflicto con las poblaciones de agricultores y, por consiguiente, con las autoridades tradicionales, a cuyo cargo estaba la guarda de la tierra, y a quienes se debía pagar tributo. Con la constitución de grandes Estados islámicos en la región sudanesa, los sabios-guerreros fulbe y sus seguidores pasaron a ser los núcleos fundadores de las nuevas dinastías reinantes y aristocracias de gran parte del Sudán central y occidental.

Las tres principales yihad, por dimensiones e impacto, de la primera mitad del siglo fueron la de Uzmán dan Fodio, comenzada en 1804 en los Estados hausa, la de Seku Ahmadu (Ahmad Lobbo), seguidor de Uzmán en la región de Masina en 1818, y la de Omar Tal a partir de 1852 contra los reinos bambara y Masina. Fueron acompañadas y seguidas por otros muy variados movimientos, dirigidos todos a arrebatar el poder y la autoridad no ya solamente a las dinastías tradicionales, sino también a los hombres fuertes de fe musulmana, en nombre de la creación de sociedades auténticamente religiosas. La acción de los líderes de las yihad apuntaba, pues, no solamente a la destrucción de antiguos sistemas de poder, sino también a la reorganización, y la integración en organizaciones estatuales más vastas, de entidades políticas diferentes, bajo las banderas de la renovación de las prácticas religiosas.

LOS CALIFATOS: SOKOTO, MASINA, BORNU

La yihad de 1804, guiada por Uzmán dan Fodio, ulema y escuchado adepto de la confraternidad Qadiriya, se originó en el reino hausa del

Gobir a raíz de la predicación de reforma religiosa que había venido alimentándose de la tensión causada por el dominio de un poder tradicional que sólo nominalmente era musulmán, porque de hecho era hostil a la propaganda de renovación islámica. La ideología religiosa permitió unificar un descontento que hasta entonces se mantenía disperso entre los diferentes componentes de la población, en grado sumo diferentes entre sí por posición, riqueza y acceso a los recursos. Estaban los comerciantes, que habían alcanzado distintos grados de autonomía respecto del control de las autoridades tradicionales pero sin dejar de ser víctimas de las exacciones, y también los grupos más oprimidos de agricultores, pastores nómadas y esclavos. En el Gobir, como en los otros Estados hausa, la crisis del poder tradicional había tomado ya desde el siglo XVIII la forma de choque religioso de innumerables facetas: entre islam y paganismo, entre islam sincrético e islam puro, entre la defensa de tradiciones ancestrales y el estímulo a la modernización, a la cual contribuyó en notable grado el comercio, y sobre todo su intensificación. El principal elemento de conflicto interno era la competencia entre los jefes tradicionales que retenían el control de las tierras y los clanes fulbe de pastores nómadas, a los que se unieron campesinos islamizados y comerciantes musulmanes. Bajo el disfraz de lucha religiosa, el choque puso pues frente a frente a un sistema de poder que impedía que los elementos y los valores nuevos fueran absorbidos, y a grupos que en la doctrna de renacimiento y purificación islámicos vislumbraron una posibilidad de cambio no solamente en sentido religioso, sino también social y económico.

Con la yihad de Uzmán fueron definitivamente privadas de poder las dinastías tradicionales, cuyos soberanos ya en el curso del siglo XVIII habían dejado de ser considerados símbolos sagrados de poder ritual, para transformarse en reyes temporales. Estos sistemas tradicionales tan profundamente modificados se habían convertido, con las transformaciones en vías de realización en toda la región –debidas al agotamiento de la trata atlántica y a la difusión de nuevas oportunidades y la expansión de nuevas rutas comerciales–, en el eje de toda una serie de conflictos por la redefinición de los ámbitos de autoridad y autonomía que el comercio, las posibilidades de acumulación personal y la capacidad de obtener armas habían exacerbado. Por otra parte, muchos de los soberanos de la región habían aceptado el islam, convirtiéndose a él y rodeándose de funcionarios musulmanes; sin embargo, se había tratado la mayor parte de las veces de conversiones por comodidad, sin verdadera base religiosa y sin contenidos innovadores. Los sistemas tradicionales pudieron ser atacados y derrocados precisamente porque ya habían perdido toda legitimidad, privados de la capacidad de absorber las innovaciones y de elaborar según su propio sistema cognitivo

los desafíos que la transformación en vías de realización imponía. La predicación de un islam reformista proporcionó la ideología que haría posible amalgamar el descontento con el proyecto de rescate.

La formación del Estado de Sokoto significó mucho más que la conquista y sumisión de poblaciones todavía animistas en gran parte. Fue esencialmente la victoria de un movimiento de renovación política que tenía raíces profundas en la tradición, y en la predicación religiosa madurada en la experiencia intelectual y la dinámica de transformación de la región hausa. En los años Veinte, desaparecido Uzmán, el poder en el califato de Sokoto había quedado repartido entre su hermano Abdalá y su hijo Mohamed Bello. Sokoto, compuesto de siete emiratos principales y de otros diez todavía en proceso de formación, se había convertido en el Estado más extenso y potente de la región.

El ejemplo del Gobir había encontrado rápidamente seguidores: Modibbo Adama, de quien viene el actual e histórico nombre de la región de Adamawa, creó junto al río Benue a partir de 1806 –inspirado en la yihad de Uzmán dan Fodio– el emirato de Fombina. A 1809 se remonta la fundación de la ciudad de Bauchi, centro de un emirato que existe todavía hoy como uno de los estados federales de la moderna Nigeria. Más al sur, surgió en 1833 el emirato de Muri. A la muerte del Etsu, rey del antiguo reino de Nupe, los fulbe musulmanes lograron que las dos facciones en lucha por la sucesión se enfrentaran una con la otra, y en 1832 fueron ellos quienes se adueñaron del poder. Cada caso de conquista, de colonización fulbe y de islamización tuvo tiempos y modalidades diferentes según la naturaleza específica de la crisis de legitimidad de cada reino, y según las características del sector dirigente innovador, en sentido tanto religioso como político-social.

Por todas partes en la región hausa se produjo la sustitución de los reyes por amir (emires), elegidos por su religiosidad personal y no por su ascendencia, ya que Alá es la única fuente de autoridad. Los amir eran secunddos por una burocracia y por imam (imanes) encargados de administrar la shariá, la ley islámica. Pero a diferencia de los anteriores reinos hausa, entidades separadas y autónomas una de otra, aparte de los períodos de sometimiento al que, hasta el advenimiento de Sokoto, era considerado el más poderoso Estado de la región, el Bornu, los emiratos se subordinaron al califa de Sokoto según la práctica constitucional musulmana. A fines de los años Cuarenta, la mayoría de los emiratos había consolidado sus estructuras territoriales y de poder. Siguió un período de relativa estabilidad interna, aunque no dejó de haber conflictos regionales. Brotaron centros de sabiduría islámica y se difundieron las escuelas coránicas, que se convirtieron en instrumentos de integración en el islamismo y de legitimación del Estado teocrático.

Los movimientos intelectuales y religiosos, y sobre todo la difusión de la confraternidad Tiyaniya, dieron lugar más tarde a conflictos, destituciones de emires y emigración. Heinrich Barth, que residió en el área durante casi cuatro años entre 1851 y 1855, informa sobre una generalizada atmósfera de inseguridad, pero no de inestabilidad[46]. A mediados del siglo las controversias religiosas se inspiraban en la crítica al fracaso de las gloriosas esperanzas de los padres fundadores del Estado. Con todo, el período que va desde mediados de los años Cincuenta a 1880 representó para Sokoto algún grado de recuperación de la estabilidad y la expansión económica, por medio de la colonización de nuevas tierras, la creación de aldeas, la multiplicación de las rutas comerciales y la del número de comerciantes y de productos. Los comerciantes hausa se internaron mucho más allá de los límites del califato, con telas y marfil que intercambiaban por cola y por productos europeos. El idioma hausa se difundió hasta ocupar, incluso entre los fulbe de la aristocracia, el lugar antes ocupado por el árabe y el fulfulde; y no sólo en función de lengua "comercial", sino también como lengua de poesía y de fe.

En vísperas de la colonización de fines del siglo, el gran Estado de Sokoto se había convertido en una teocracia autoritaria. Y ello sucedió a pesar de que el desarrollo del Estado había tenido lugar en virtud de dos circunstancias: una yihad por la recuperación del fervor religioso –librada en nombre del islam purificado– y un impulso en favor de la modernización. Ambos, unidos, habían resultado mortíferos para los antiguos regímenes. Pero lo cierto es que todo eso había hecho posible la construcción de una entidad estatual muy amplia, basada en una burocracia eficiente y en un sistema de seguridad muy competente, que además tenía la capacidad de proteger y desarrollar la producción y el comercio, y de dotar de una nueva identidad a poblaciones muy distintas entre sí, tanto en lo cultural como en el aspecto étnico.

El Estado del Bornu, que hasta el siglo XVIII había sido la única potencia musulmana del Sudán central, logró rehuir las guerras de renovación de la fe islámica, por más que en 1808 el Mai perdiera el trono, para volver a ocuparlo por la acción de un eminente sabio musulmán, Kanembu Sheik (Sehu el-Kanemi), quien sería sucedido como verdadera autoridad de gobierno por su hijo Omar. La dinastía Sefawa a la que pertenecía el Mai, vieja de un milenio, conservó sólo sus prerrogativas rituales, que al fin perdería tras un fallido intento de recuperar la totalidad del poder. A diferencia de lo sucedido en Sokoto, el nuevo soberano no suprimió los rituales y títulos honoríficos del antiguo régimen, sino

46 H. Barth, *Reisen und Entdeckungen in Nord und Central Afrika*, Berlin 1887, 5 vols. (trad. ingl. *Travels and Discoveries in North and Central Africa, 1857-1858*, F. Cass, London 1965, 3 vols.).

que los mantuvo, y modeló sobre ellos su nuevo gobierno. En el siglo XIX Bornu perdió su monopolio de las rutas comerciales hacia Fezzan y Trípoli, y el control que ejercía de las vías de peregrinación a La Meca. Sokoto y el reino di Wadai, independizado de Bornu, se convirtieron en los centros intelectuales y comerciales más importantes de la región.

En la región de Masina o Macina –hasta 1818 gobernada nominalmente por una dinastía Ardo, vasalla del más poderoso Estado de la región del delta interior del Níger, el reino bambara de Segu– un segundo califato fue creado por Seku Ahmadu (Ahmad Lobbo), seguidor de Uzmán dan Fodio. La yihad di Ahmadu tuvo pues sus raíces en el movimiento desencadenado por los episodios que tenían lugar en territorio hausa y por el conjunto de luchas contra las antiguas dinastías de la región que, como se ha dicho, halló el estímulo para la renovación en la prédica y la acción de sabios musulmanes. Cuando René Caillé llegó en 1828 a Jenné, la guerra entre Segu y el nuevo Estado de Masina estaba todavía en curso, con consecuencias que hacía más dramáticas la sequía que devastaba la región[47]. En los 27 años de su reinado, Ahmadu se apoderó de Tombuctú, influyente ciudad de cultura, y edificó un sistema de gobierno basado en una rigidísima y austera interpretación de la ley islámica. A su muerte, el Estado de Masina no logró resistir las nunca superadas divisiones internas, exacerbadas por crisis de sucesiones, y terminó por someterse al líder tukulor Omar.

EL IMPERIO TUKULOR. LAS YIHAD Y LA COLONIZACIÓN EN SENEGAMBIA

Si en el Sudán central y hasta este momento la constitución de grandes Estados islámicos respondía a dinámicas de transformación estrictamente internas de las sociedades de las sabanas, en la región de Senegambia la presencia de comerciantes franceses e ingleses era desde hacía tiempo un factor no secundario del conflicto que oponía a los antiguos regímenes contra las nuevas entidades sociales. Tras los éxitos y progresos de la primera mitad del siglo, el islam se hallaba en plena crisis de expansión: no sólo las nuevas teocracias se veían sacudidas por conflictos, rivalidades y guerras, sino que además, en la amplia región entre los Estados islámicos de Masina, Futa Toro y Futa Jalon, al oeste del río Níger, seguía existiendo gran cantidad de Estados más o menos vasallos de Segu y Kaarta, animistas y abiertamente hostiles a la islamización; a la vez, la progresión hacia el sur estaba frenada por poblaciones que seguían conservando su autonomía.

---

47 R. Caillé, *Journal d'un voyage à Tembouctou et à Jenné dans l'Afrique centrale*, Imprimerie Royale, Paris 1830; reimpresión Anthropos, Paris 1965, 3 vols.

Fue en este período cuando el militarismo de la nueva confraternidad Tiyaniya en busca de prosélitos comenzó a avanzar desde Senegambia en dirección de los numerosos emiratos del califato de Sokoto. La adhesión a la confraternidad pudo generalizarse sobre todo por el carisma y la acción de Omar Tal, considerado, con Uzmán dan Fodio, uno de los más eminentes reformadores musulmanes en el África occidental del siglo XIX. Omar Saidu Tal (Al Hach Umar) había nacido en el Futa Toro en el seno de una rica familia tukulor-torodbe que había desempeñado un papel importante en la revolución musulmana de fines del siglo XVIII en ese país. Después de ser iniciado en la Tiyaniya, Omar transcurrió más de veinte años en los lugares santos y los centros de sabiduría del islam, y volvió con el título de gran califa de la confraternidad, con la misión de completar la islamización de África. Sokoto le enseñó el arte de la guerra santa, y él se dedicó a crear alianzas matrimoniales con la familia del califa, y con la dinastía reinante del Bornu. Su valer como líder religioso, su gran carisma, la riqueza que había acumulado en el comercio con ingleses y franceses, sus lazos de parentesco con las dinastías musulmanas reinantes en Sokoto y el Bornu, el gran ascendiente que le otorgó su predicación en favor de la regeneración del islam le permitieron, más allá de la desconfianza de las autoridades locales, crearse una base operativa en el Futa Jalon, y desde allí enseñar y propagandizar las tesis de la Tiyaniya, instrumento ideológico de la campaña de guerra.

De 1852 a 1862 Omar construyó un vasto imperio, primero conquistando Kaarta, después combatiendo contra los franceses en Medina, Gemu, Ndium, Matam, y por fin derrotando en una formidable campaña al reino de Segu, que aún dominaba toda la región que se extiende entre el Níger, Kaarta y Bundu. Cuando en 1861 el ejército de Omar entró en Segu, la famosa ciudad circundada por altas murallas de tierra, el Fama se refugió en la capital del califato de Masina. La alianza entre antiguos enemigos, el pagano Segu y el Estado musulmán de Masina, nacido de una yihad, proporcionó a Omar la justificación incluso religiosa para asestar el golpe final. En junio de 1862 fue ocupada Hamdallahi, capital de Masina, mientras la derrota final de la coalición entre el jefe de los Kunta que controlaban Tombuctú y los jefes bambara de Segu se produjo en 1865, tras la muerte en batalla de Omar.

El imperio así constituido se extendía de Gidimaka a Tombuctú, y de Dinguiraye al Sahara. El imperio tukulor, que durante la vida de Omar había estado siempre en guerra, no halló estabilidad ni unidad con sus herederos: Ahmadu, hijo de Omar, una vez instalado su gobierno en Segu logró establecer cierto grado de control sobre Kaarta, disputada por sus hermanastros, pero Masina siguió en manos de su primo Ahmadu Tiyani. La situación de guerra entre los distintos can-

didatos al trono, aliados de variadas maneras con diferentes grupos de disidentes que respondían a las dinastías desplazadas, no cambió hasta la definitiva toma del poder por los franceses. Segu fue ocupada por tropas francesas en 1890, Kaarta en 1891 y Masina en 1893, aunque Ahmadu siguió resistiendo con sus fieles, en acciones de guerrilla que perduraron todavía muchos años.

Sobre el movimiento de Omar Tal existen interpretaciones contrapuestas. Para algunos historiadores sus empresas representan la última expresión importante de esa cadena de yihad de los fulbe que logró, en unas pocas décadas, cambiar el rostro político y religioso del Sudán occidental. Para otros, y ciertamente para la historiografía africana, la yihad de Omar debe ser leída como el primer episodio importante de resistencia a la penetración y la injerencia europea en la región. Ambas interpretaciones son parciales. Omar tenía estrechos vínculos, incluso matrimoniales, con la casa reinante de Sokoto, y el modelo propuesto por el gran Estado fundado por Uzmán dan Fodio ejerció una reconocida notable influencia sobre su pensamiento, por más que esa influencia estuviera más presente en sus escritos que en la práctica de la construcción del imperio o de la administración de las poblaciones sometidas. La yihad de Omar se delineó desde un principio como una empresa imperial, con la conquista y el sometimiento de territorios mandinka y bambara, y la imposición de un dominio sin intermediaciones, vale decir, estructurado no como un sistema de integración, sino de colonización religiosa y cultural.

La construcción del imperio tukulor representó, si se la compara con los casos de Sokoto y Masina, una segunda etapa de las yihad y de la formación de Estados islámicos en la región, por la influencia y los condicionamientos que sobre ella ejerció la presencia de intereses franceses. Omar había comerciado con los franceses de Senegambia, y durante cierto período, en los años Cuarenta, pareció que estos podrían mostrarse favorables a que él ejerciera un control que confiriera estabilidad al valle del Senegal y al resto de la región, en la que las rivalidades y las continuas guerras en defensa de los derechos de soberanía y comercio amenazaban tanto los intereses franceses como los de las clases comerciantes indígenas. En la siguiente década, con Louis Faidherbe –gobernador durante dos períodos, desde 1854 a 1861 y desde 1863 a 1865, y considerado el arquitecto de la políticas imperialistas francesas en África occidental–, cambió radicalmente la actitud francesa hacia Omar y sus miras territoriales. Faidherbe comprendió enseguida la peligrosidad de Omar para los intereses franceses, y se previno por medio de alianzas con reyes y cabecillas, y construyendo fuertes militares en sus territorios para hostigar el avance de Omar. Éste, rodeado por la hostilidad de los poderosos de Senegambia, con

la excepción del Damel del Cayor, buscó apoyo en las regiones del interior. Los franceses contribuyeron después a fomentar las divisiones internas y la desestabilización del imperio, brindando ayuda a los reinos bambara y a los movimientos de resistencia contra Ahmadu, hijo y heredero de Omar, hasta su definitiva conquista de la región entre los años Ochenta y Noventa.

Omar no llegó a poder establecer, ni sus herederos a consolidar, el Estado islámico ideal en la región del alto y medio Níger. La devastación causada por las guerras era demasiado profunda, y el resentimiento de sobrevivientes y derrotados siguió siendo fuente de confabulaciones. La yihad tukulor contribuyó a la expansión del islam entre los no musulmanes, y a arraigarlo mediante la institución de numerosas escuelas coránicas. La acción, el ejemplo y los escritos de Omar se consolidaron en la memoria de las gentes de la región, hasta crear un mito en el que se inspirarían, tanto en Senegambia como en el Sudán central, las yihad de otros líderes guerreros contra el poder colonial.

Los estados de Waalo, Cayor, Sine, Baol, Salum, de cultura wolof y serer, con la llegada de los portugueses y la importancia que para ellos adquirió el comercio de oro y esclavos, se habían liberado del Jolof, que a su vez desde el siglo XVII venía pagando tributo al Futa Toro, sucesor del estado musulmán del Takrur. Precisamente en relación con la trata de esclavos y el desarrollo del comercio, los Estados Jolof, Sine y Salum se convirtieron en el siglo XIX en autocracias, en las que el poder real era ejercido por los tieddo o ceddo, guerreros esclavos de las dinastías reales. En estos reinos, cuyas sociedades estaban organizadas en castas –la casta real, la de los nobles de estirpe no real, los artesanos, los griot[48], los esclavos, divididos entre esclavos domésticos y esclavos que podían ser libremente vendidos– la tensión entre las aristocracias militarizadas y los notables tradicionales era alimentada por el descontento de comerciantes y agricultores.

En Senegambia, la trata de esclavos estaba en decadencia ya a comienzos del siglo, y para los años Treinta el valor medio anual de las exportaciones de goma arábiga superaba nada menos que cinco veces el valor de las exportaciones de esclavos en el período de su máxima expansión. Otros productos de exportación eran el oro, las pieles, el marfil, la cera de abejas y, desde mediados del siglo, el maní. La yihad iniciada en 1861 por Ma Ba Diaku Ba, miembro de la confraternidad Tiyaniya, se originó en la región de Badibu, por el conflicto entre ganaderos nómadas, agricultores y comerciantes, y entre ellos y las clases gobernantes, a causa de la opresión expresada en tributos cada vez más pesados, fijados por soberanos que querían recomponer sus ingresos

48 Narradores o recitadores ambulantes *[T.]*.

perdidos tras el fin de la trata de esclavos. Dos elementos fundamentales para hacer estallar las disensiones fueron la importancia que iban adquiriendo los británicos instalados en Gambia, y su creciente influencia sobre los soberanos. Ya desde el comienzo la toma del poder por Ba, en el Estado serer del Salum, reconocida incluso por el gobernador general francés Faidherbe, significó la afirmación de autonomía de toda una serie de nuevos componentes de la sociedad, que los antiguos regímenes ya no estaban en condiciones de absorber ni de defender.

En 1870, otra yihad conducida por Alfa Molo, de origen fulbe, logró imponerse a los Estados mandinka al sur del río Gambia. El choque entre Molo y el líder musulmán mandinka, Fode Kaba, provocó la devastación de la baja Gambia y la región de Casamance. Fode Kaba pudo ser derrotado sólo en 1901 por la alianza entre fulbe, británicos y franceses. Igualmente inspiradas en el reformismo radical, y dirigidas contra el desmesurado poder que ejercían británicos y franceses, estuvieron las yihad (1885-87) impulsadas en el Gamon por Mamadou Lamine, un soninke miembro de la confraternidad de la Tiyaniya, líder reconocido y venerado por los sarakole.

La crisis de los Estados wolof y serer, provocada en principio por las consecuencias de la trata y por las transformaciones de los regímenes tradicionales en regímenes despóticos, se complicó en la segunda mitad del siglo a causa de la más activa injerencia de los comerciantes europeos en los negocios de la región, para construirse sus propios monopolios comerciales. El conflicto entre musulmanes y jefes tradicionales se hallaba ya en curso cuando en 1854 los franceses iniciaron su penetración hacia el interior; su presencia y sus intereses serán a continuación no solamente un elemento perturbador, sino un medio de deliberada injerencia en los conflictos internos de los Estados de la región, y entre los diferentes Estados.

Entre los soberanos tradicionales, Lat Dior, Damel de Cayor, es considerado el héroe de la resistencia senegalesa contra la penetración del imperialismo francés. No era musulmán, aunque parte de su reino se hallaba islamizada y era desde hacía más de un siglo un centro de instrucción islámica. De hecho, sólo se convritió durante su exilio en el Salum gobernado por Ma Ba, entre 1864 y 1869; en este último año pudo regresar a su reino como legítimo soberano. Su retorno dio impulso a la islamización del reino. Entre sus maestros se hallaba hasta un juez musulmán, Momar Anta Sali M'Backe, padre de Ahmadu Bamba, el futuro fundador de la confraternidad de la Muridiya. Fue Lat Dior quien se opuso a la construcción en su territorio del ferrocarril que debía unir Dakar con Saint Louis, y quien combatió a los franceses con métodos de guerrilla desde 1882 hasta su muerte en batalla, en 1886.

En el reino de Jolof hubo un proceso de islamización por completo similar al del Cayor. En Waalo, misioneros y comerciantes musulmanes lograron convertir a los tieddo, que antes contaban entre los más hostiles al islam. Al sur, la ciudad de Bathurst, anteriormente considerada un centro de difusión de la religión cristiana, estaba casi completamente islamizada en los años Ochenta, a causa de la influencia de los comerciantes wolof y mandinka, y de las yihad de Ma Ba y Fode Kaba. Se hizo musulmana la mayoría de los habitantes de las ciudades comerciales de la región de Casamance: ziguinchor, sedhiou y carabane. En la segunda mitad del siglo XIX, en toda la región de Senegambia y de su interior inmediato –la región madre de las antiguas yihad– la interferencia de franceses e ingleses, y sus intereses comerciales y de otros órdenes, contribuyeron a hacer madurar el proceso de disolución de los antiguos reinos, pero también a hacer arraigar al islam como religión de masas y de resistencia a la invasión extranjera; tanto, que algunos historiadores consideran a los movimientos islámicos de rebelión presentes en la región como la primera iniciativa de constituir una conciencia nacional moderna.

SAMORI TURE: DE LA REVOLUCIÓN COMERCIAL A LA RESISTENCIA

A fines del siglo, la acción de un líder que construye dos imperios, nada menos, y luego resiste con eficacia a las fuerzas francesas, Samori Ture, resume todas las características de la dinámica política en la región, en la etapa en que ya eran evidentes la penetración y la conquista colonial[49]. Los califatos de Sokoto y Masina habían nacido de dinámicas religiosas y económicas internas, aunque estuvieran relacionadas intelectual y económicamente con sistemas regionales y mundiales: el movimiento reformista islámico en sentido lato, y la transición al comercio lícito. Omar Tal se había visto obligado a contar con la presencia de los franceses en la región y con sus intrigas, preludio a la penetración colonial que poco tiempo después se verificaría. Las yihad y la islamización de los reinos de las costas y el interior de Senegambia habían asumido rasgos militantes, no sólo en sentido religioso sino también antieuropeo.

En el último cuarto del siglo XIX Samori Ture estableció en la región del alto Níger el reino de Wasulu, uniendo bajo su hegemonía militar, sin destruirlos, a numerosos Estados mandinka, y dejando amplio espacio a las clases mercantiles, pero también libertad a los tradicionalistas no islamizados. Samori se distinguió, pues, como jefe de un amplio movimiento de cuestionamiento de los sistemas tradicionales de la región mandinka, inducido en primer lugar por los conflictos crea-

49 Indispensable para este tema es el trabajo de Y. Person, *Samori: une révolution dyula*, Ifan, Dakar 1968, 2 vols.

dos por el tráfico de esclavos, y después por la penetración de las ideas y el ejemplo de las yihad de las sabanas. Esto influyó sobre la minoría diola, formada por comerciantes islamizados que dominaban el tráfico comercial que se dirigía a las zonas costeras. Sobre este vasto movimiento, cuya fuerza de propulsión originaria habían sido los intereses comerciales, y al cual se hace alusión por lo general como "la segunda revolución diola" (la primera fue la que tuvo lugar en el imperio de Kong, a comienzos del siglo XVIII), Samori construyó extenso Estado sometido a su autoridad, que resistió desde 1871 hasta 1881, el año de la invasión francesa. Pues en efecto a partir de 1881, de movimiento de reforma de la sociedad mandinka que había sido en un principio, nacido para dar poder a los sectores de comerciantes, el accionar de Samori debió obligadamente volverse contra la invasión extranjera. De líder militar que era, Faama, Samori se transformó, con el título a la vez religioso y político de Almami que asumió en 1884, en jefe de la cruzada contra la invasión extranjera, abrazando el islam de manera explícita. El problema de cómo reconstruir y unficar la región, para poner remedio a la profunda crisis interna de las sociedades, dejó de ser el centro de la acción de Samori, sustituido por otro: la lucha por la supervivencia, y la defensa o la afirmación de una identidad autónoma. Obligado por la avanzada francesa a abandonar la región, en 1894 Samori se desplazó hacia oriente, a la región que hoy forma parte de las repúblicas de Burkina Faso y la Costa de Marfil, y allí construyó un segundo Estado, che sólo en 1898 lograron destruir los franceses. Samori, exiliado en Gabón, ya no recuperò el poder que había perdido. Sin embargo, el mito creado por él siguió vivo en la cultura de la región, y se convirtió en mensaje de difusión del islam militante. En adelante, cada movimiento de oposición anticolonial haría referencia a las empresas y a la resistencia de Samori; incluso, en más de un país de la región, para la construcción de identidad nacional y de una organización política nacionalista.

EXPANSIÓN, EMIGRACIÓN, COLONIZACIÓN DE NUEVAS TIERRAS: AZANDE Y FANG

Caracterizada por una secular historia de desplazamientos y mescolanzas, la región septentrional del África central, extendida desde el altiplano de Adamawa al Camerún central y al alto Nilo, y desde el Sahel hasta los límites de la selva zaireña, ha conocido innúmeras formas de organización política, inspiradas en áreas culturales y económicas muy diferentes. El ambiente ecológicamente difícil, aunque muy diversificado, la densidad demográfica en general baja y la continua emigración no han favorecido, salvo en los períodos históricos de más intensa presión de las razias esclavistas, la consolidación de entidades sociales y políticas de ciertas dimensiones. En el siglo XIX se encontraban

allí, preponderantemente, organizaciones de dimensiones reducidas, descentralizadas y flexibles. La influencia determinante en esta amplia región fue la ejercida por la expansión del islam a partir del siglo XV, mediante la trata y el comercio trans-sahariano, cuyos centros más importantes se hallaban situados en los reinos sudaneses de Kanem-Bornu, Baguirmi, Dar Fur y Wadai. A occidente se desarrollaron, entre los siglos XVII y XIX, varios reinos mbum, que reunieron en una confederación a las poblaciones del altiplano de Adamawa[50].

Hacia el este, una serie de fenómenos de emigración, expansión y conquista tuvo como protagonistas a los clanes bandia, ngbandi y (el más importante de todos, en resultados y extensión) avongara, al frente de poblaciones azande que crearon una amplia área de colonización e integración, estructurada en nuevas entidades políticas por medio de la conquista y asimilación de las poblaciones locales: un proceso que continuó hasta el término del siglo XIX. La expansión de los azande parece haberse visto favorecida por la difusión del maíz y la mandioca, que al ocupar el lugar de los productos alimenticios tradicionales de la región, el mijo y el sorgo, probablemente favoreció un rápido crecimiento demográfico y dio en consecuencia impulso a la colonización de nuevas tierras y a la reestructuración de la sociedad y del poder en principados jerarquizados. El Estado azande así creado no llegó nunca a ser centralizado ni unitario, pues la expansión se produjo mediante sucesivas emigraciones, y a través de la ocupación de territorios por grupos diferentes, si bien sus jefes derivaban su legitimidad de los avongara. Vino a crearse así un sistema piramidal, en el que no sólo los diferentes principados conservaban su autonomía funcional, sino también las subdivisiones internas de cada principado. La fuerza del Estado azande residía en su flexibilidad, mientras que su debilidad radicaba en la conflictualidad entre los diferentes segmentos que lo componían.

El caso azande ilustra una fenomenología común a muchas regiones africanas: creación, sin Estado centralizado, de estructuras de coordinación entre las distintas poblaciones de una amplia región; difusión y adopción de la lengua del pueblo colonizador; desarrollo de sistemas de estratificación y jerarquización social, debido a la acumulación de recursos productivos, ante todo tierra y esclavos. Se trató, pues, de un proceso de expansión y reestructuración social y política que creó, en vísperas de la penetración colonial, una nueva identidad, no solo estatual, sino también cultural y étnica, por medio de la integración de culturas locales diversas que, aun identificándose con la azande, no perdieron del todo su vitalidad sino que, por el contrario, la enriquecieron.

---

50 E. E. Evans-Pritchard, *The Azande: History and Political Institution*, Clarendon Press, Oxford 1971.

La construcción del sistema azande chocó con la penetración egipcia en dirección sur, y con la devastación que traían los ejecutores sudaneses y zanzibareños de razias de esclavos, pero logró defender su autonomía hasta que lo frenó la penetración europea: británicos al norte, franceses y agentes del Estado Libre del Congo al sur y al oeste. Esa presencia europea, que por medio de la demanda comercial había influido en tan alto grado, si bien indirectamente, en los cambios de la sociedad del interior, sólo a partir de los años Ochenta se convirtió en injerencia directa, con efectos que se revelarían mucho más devastadores. La región, que había sido presa de la rivalidad entre estados islámicos, se convirtió en el campo de batalla entre Gran Bretaña, Francia, Bélgica y Alemania. Tras una serie de expediciones de agentes del rey Leopoldo II de Bélgica, en 1885 se fundó el Estado Libre del Congo. En 1898 chocaron franceses y británicos en Fashoda, sobre el Nilo: a la acción francesa, orientada a crear un imperio desde el Níger al Nilo, se oponía el proyecto inglés de apoderarse de los territorios entre el Cairo y Ciudad del Cabo. Los alemanes reivindicaban los territorios que después, en 1884, se convertirían en la colonia del Camerún. La expansión de las diferentes potencias europeas, primero comercial y ahora bélica, pretendía obtener el monopolio en regiones que la historia del comercio atlántico, las exploraciones y la diplomacia habían colocado dentro de sus respectivas esferas de influencia. En el Camerún, los alemanes sometieron a los fulbe en 1902. Los franceses se apoderaron de la cuenca del lago Chad en 1897: el Baguirmi pasó a ser protectorado francés, y el reino militar de Rabih fue eliminado. La confraternidad musulmana de la Sanusiya, que manejaba gran parte del comercio de la región, y a la que la expansión imperialista había puesto en dificultades, vio caer asesinado a su jefe al-Sanusi en 1911, en tanto que el Wadai había sido conquistado ya en 1909. Después fueron puestos bajo control los principados azande de Rafai y Zemio, y el sultanato de Nkazara. La historia de la región en el siglo XIX refleja entonces, por un lado, la violencia provocada por la expansión comercial musulmana, y por otro la ejercida por la incorporación a la economía atlántica y al sistema colonial europeo.

En el mismo período en que comenzaban los asentamientos europeos en las costas del Gabón, en una región que hasta los años Treinta había permanecido relativamente aislada respecto de las intervenciones o las influencias comerciales externas, se verificaron oleadas de migraciones –que duraron varias décadas– desde las sabanas hacia el Camerún meridional y el Gabón septentrional, de poblaciones que iban a instalarse sobre amplios territorios[51]. Las causas de estos des-

51 N. Metegue N'Nah, *Economies et Sociétés au Gabon dans la première moitié du XIXème siècle*, L'Harmattan, Paris 1979.

plazamientos, en general asociados con las llamadas migraciones fang, deberán buscarse probablemente en la inseguridad debida al estado de guerra provocado por la expansión de la frontera islámica al norte y al oeste, en el altiplano de Adamawa. El término "Fang" designa a poblaciones de diferente origen, que en su lento desplazamiento hacia el sur, iniciado desde las fuentes de los ríos Sanaga y Sanga, en el límite septentrional entre la selva y la sabana, en el último cuarto del siglo XVIII absorbieron a los anteriores ocupantes. Originariamente la región estaba poco poblada, y los grupos provenientes de las sabanas introdujeron el maní y el tabaco que llevaban consigo. Se adaptaron con rapidez a la vida en la selva, y desarrollaron una rica agricultura de mandioca, bananas y aceite de palma. Una de las olas migratorias alcanzó el estuario del río Gabón hacia los años Setenta; otra se dirigió a las costas de Camerún, y sólo logró frenarla la conquista alemana de 1895. Esta expansión en oleadas sucesivas y en distintas direcciones introdujo en una amplísima región, que incluye al Gabón septentrional y central, la mayor parte del Camerún meridional y la actual República de Guinea Ecuatorial, una sola cultura, elaborada en los años de la emigración. El éxito de la expansión demostró capacidad de asimilar a las poblaciones y culturas que se iban conociendo durante el camino, probablemente debida a las extremas flexibilidad y apertura de la organización política y social fang, organizada en confederaciones de aldeas capitaneadas por los hombres más destacados por sus riquezas.

EGIPTO ENTRE AMBICIONES EXPANSIONISTAS Y CRISIS

El territorio que el virrey de Egipto Mohamed Alí invadió en 1820 no era el Sudán que hoy conocemos sino un Estado en decadencia, el sultanato di Funch (Funj), que ejercía un débil control sobre los territorios en los que reivindicaba su soberanía. Toda la región era agitada por movimientos de renovación religiosa que se inspiraban en el sufismo, e iban organizándose mediante la adhesión a confraternidades: la Machdubiya, derivación de la Qadiriya, fundada por Ahmed ben Mohamed a mediados del siglo XVIII, que tenía su centro en al-Damir; la Tayibiya, fundada en el siglo XVIII por Ahmed al Tachb, y derivación de la Sammaniya egipcia, a su vez parte del movimiento de renovación jaluati en África del Norte; la más reciente Jatmiya, o Mirganiya, fundada en Sudán por Uzmán al Mirgani, poco antes de la expedición egipcia[52].

52 A. Abdel-Malek, "The Renaissance of Egypt, 1805-81" en General History of Africa, cit., t. VI, pp. 325-55; H. A. Ibrahim, "The Sudan in the Nineteenth Century" (con la contribución de B. A. Ogot sobre el sur del Sudán), en *General History of Africa*, cit., t. VI, pp. 356-75. Sobre el islam en África oriental, las confraternidades y las relaciones entre islam conservador e islam popular, cfr. F. Costantin (éd. par), *Les voies de l'islam en Afrique orientale*, Karthala, Paris 1987, dotado de una bibliografía muy útil.

La expansión de Mohamed hacia la región sudanesa y las costas del mar Rojo era la reacción al freno impuesto por Turquía y por las potencias europeas a la ampliación de los dominios egipcios en Medio Oriente. Sin grandes costos diplomáticos, Mohamed se apoderaba de un territorio sobre cuyas riquezas circulaban fabulosas noticias, y desde el cual podía dominar el mar Rojo entero. Se trataba de conquistas que legimitaban al ejército egipcio, y le permitían una dominación que aportaría recursos para su reorganización según criterios modernos. Pronto el sultán concedió a Mohamed Alí el gobierno de las provincias de Nubia, Sennar, Dar Fur y Kordofán. La conquista efectiva de esos territorios se topó con la resistencia de la tribu shachqiya, y de bien organizadas confederaciones de pueblos nómadas y seminómadas.

Fracasada la empresa de conquistar el Dar Fur, los egipcios se volcaron al tráfico de esclavos, los cuales tradicionalmente ejercían la mayor parte de las tareas agrícolas en el valle del Nilo, ya fuera por medio de la imposición de pesadas gabelas o por medio de razias llevadas a cabo en la región y en su frontera meridional. Sobre todo el territorio se instaló un verdadero régimen colonial: las poblaciones indígenas fueron tratadas en función de la utilidad que podían prestar a los colonizadores, de tal modo que, mientras algunas obtenían privilegios, otras eran destruidas o divididas. Con el fin de desbaratar la resistencia fueron neutralizados –oprimiéndolos, o a través de la cooptación– los linajes más eminentes, a los cuales pertenecían los hombres de saber, considerados santos.

La penetración hacia el sur no islamizado comenzó en los años Cuarenta por medio del comercio de los jallaba, mercaderes árabes de esclavos y marfil que eran asistidos por ejércitos de mercenarios. Las modernas armas de las que estaban dotadas las bandas organizadas para la razia de esclavos llevaron devastación a las poblaciones nilóticas. Tanto antes de la rebelión mahdista de los Ochenta en Jartum como durante su desarrollo surgieron potentes caudillos militares, y toda la región fue atravesada de este a oeste por conflictos por el control del comercio, y en nombre de la islamización. Los modelos de radicación, la estratificación y las jerarquías sociales, la propia composición étnica, cambiaron en unos pocos años a consecuencia de migraciones, fugas, colonizaciones, asimilación voluntaria o integración forzada. El impacto demográfico fue devastador, como lo atestigua la drástica disminución de población registrada hacia fines del siglo[53].

---

53 . R. S. O'Fahey, State and Society in Dar Fur, G. Hurst, London 1980; R. K. Pankurst, D. H. Johnson, "The Great Drought and Famine of 1888-92 in Northeast Africa" en D. H. Johnson, D. M. Anderson (eds.) *The Ecology of Survival, Case Studies from Northeast African History*, Lester Crook, London 1988. Sobre el período anterior al surgimiento del Mahdi: A. Bjorkelo, *Prelude to the Mahdiyya: Peasants and Traders in the Shendi Region,*

La apertura al comercio depredador, durante el reinado de Mohamed, del alto Nilo y el Bar el Gazal provocó una rápida y traumática disolución de las estructuras tradicionales. La gravísima situación y la brutalidad del tráfico de esclavos comenzaron –precisamente porque los hechos se desarrollaban bajo la garantía de un soberano que había asumido como modelo la moderna cultura occidental– a ejercer influencia sobre la opinión pública europea, gracias también a la actividad de los primeros misioneros en la región. El tráfico de esclavos siguió floreciendo, a pesar de los intentos del gobierno por interrumpirlo, entre otras razones porque sus fuentes no estaban sino nominalmente bajo control egipcio. Sería el jedive Ismael (1863-79) quien tomaría medidas más consistentes contra la trata.

Para extender a toda la cuenca del Nilo sus dominios, y para consolidarlos, el jedive utilizó primero los servicios de un conocido explorador británico, sir Samuel Baker, y después, entre 1874 y 1876, cuando ya el alto Nilo y el Bar el Gazal habían sido agregados, al menos nominalmente, a su imperio africano, los de un heroico militar inglés, Charles George Gordon. Pero la situación de dominio apenas nominal de la región no cambió gran cosa. Además, en 1865 el imperio de Ismael se expandió hacia oriente: los puertos de Suakin y Massaua fueron cedidos por el gobierno otomano al virreinato de Egipto. La ocupación por los egipcios de los puertos del mar Rojo, que hasta entonces habían gozado de casi completa autonomía, abrió una etapa de grave conflictualidad en las relaciones entre Egipto y el imperio etíope, que en el puerto de Massaua tenía su principal acceso al mar. En 1871 Ismael designó gobernador de Massaua al suizo Munzinger, cuya autoridad se extendió después a toda la costa sudanesa, en abierto desafío al emperador Yohannes de Etiopía. Muerto Munzinger, la agresiva política

---

1821-1885, Cambridge University Press, Cambridge 1989; el trabajo delinea los cambios en las relaciones entre Estado, producción y comercio en el lapso 1821-1885, el período que los sudaneses han llamado "años de la Turkiya", de eclosión de razias y sistemas comerciales basados en la trata de esclavos bajo el dominio egipcio, y en el que nació y alcanzó el poder la teocracia islámica militante del Mahdi.

Sobre el Estado mahdista, el trabajo introductorio más completo (aparte de los publicados en árabe) sigue siendo: P. M. Holt, *The Mahdist State in the Sudan: A Study of Its Origins, Development and Overthrow*, Clarendon Press, Hodder & Stoughton, London 1959. Es de señalar además, en relación con la influencia del Estado mahdista en Etiopía: A. Triulzi, "Trade, Islam and the Mahdia in Northwestern Wallaga, Ethiopia" en *Journal of African History*, 16, 1, 1975, pp. 35-71.
Para actualizarse sobre la investigación más reciente, son recomendables las reseñas bibliográficas: G. N. Sanderson, "The Modern Sudan, 1820-1965: The Present Position of Historical Studies" en *Journal of African History*, 4, 3, 1963, pp. 435-61; L. Kapteijns, "The Historiography of the Northern Sudan from 1500 to the Establishment of British Colonial Rule: A Critical Overview" en *The International Journal of African Historical Studies*, 22, 2, 1989.

egipcia continuó con dos expediciones sucesivas, derrotadas por las tropas etíopes en 1875 y 1876.

En 1877 fue designado Gordon gobernador general del Sudán. Era el primer cristiano y europeo que ocupaba ese cargo en un Estado todavía dependiente, así fuera formalmente, del imperio otomano. Gordon heredaba una frontera con Etiopía que se encontraba en ebullición, rebeliones en el Dar Fur, anarquía generalizada en Bar el Gazal. Por fin en 1877 el jedive firmó la Convención anglo-egipcia sobre comercio de esclavos, por la que Egipto se comprometía a poner fin al tráfico en el Sudán para 1880. El jedive ya había perdido toda autonomía, a causa de una situación financiera que por la inmensa deuda asumida con las potencias europeas se había vuelto insostenible. Gordon debió abocarse a su tarea en el período en que la autoridad del jedive era discutida como nunca antes. Logró, sin embargo, con la ayuda de sus procónsules, Gessi y Messedaglia, aplacar las revueltas de Bar el Gazal y Dar Fur, sin llegar a reconciliar a sus poblaciones con el régimen egipcio. Depuesto Ismael en 1879, principalmente a causa de las presiones europeas, Gordon no tuvo otro camino que renunciar. Durante la administración de su sucesor estalló la revuelta mahdista que debía costarle la vida, y hacer de él un héroe en cuyo nombre se justificaba la toma del poder en toda la región por los ingleses.

En la crisis interna de Egipto de 1879 desempeñó un papel fundamental el deterioro de las condiciones de vida en el campo, en el cual se montó la protesta de círculos militares, conducida por oficiales que en gran parte integraban las jerarquías inferiores, provenientes de las zonas rurales y críticos hacia las decisiones políticas del gobierno, apoyado por las altas jerarquías militares. Las motivaciones del movimiento eran, en lo esencial, reformistas y nacionalistas: se pedía una administración menos corrupta y más eficiente dentro de las instituciones existentes, que estuviera libre del imperio de las potencias europeas. En 1882 el jedive pareció dispuesto a aceptar cuando menos parte de lo que se le requería, y nombró un gabinete en el que la oposición estaba representada ampliamente. El mismo Arabi Bajá, líder carismático del naciente nacionalismo egipcio, se convirtió en ministro de Guerra. Una nota anglo-francesa de apoyo al soberano, y la sospecha de que el sultán podría llegar a intervenir para restaurar su plena autoridad, junto con la presencia de la flota de los aliados anglofranceses frente a Alejandría, provocaron desórdenes anticristianos y antieuropeos. Los tumultos obligaron al jedive a buscar refugio en un barco británico. El Cairo quedó en manos de los nacionalistas, apoyados por un vasto movimiento popular que, a su vez, era alentado por las confraternidades musulmanas, y en particular las pertenecientes al sector de la Jaluatiya. Los días 13 y 14 de julio de 1882 una fuerza indo-británica

ocupó Alejandría. La intervención culminó en setiembre con la derrota de las fuerzas de Arabi Bajá, capturado y condenado a muerte, pena que le sería conmutada por el exilio vitalicio. Estas escaramuzas constituyeron para los ingleses el aviso de lo peligroso que podía ser para sus intereses en la región cualquier despertar islámico que pudiera servir de detonador del otorgamiento de amplio consenso popular a un movimiento como el de Arabi Bajá, por otra parte de tipo modernizador y nacionalista.

EL ESTADO DEL MAHDI

En 1883 en el Sudán, a partir de la predicación de un santo considerado visionario comenzó a extenderse la influencia de la Mahdiya, un movimiento de oposición política y religiosa al gobierno egipcio. De esa predicación nació el Estado mahdista, una organización estatal teocrática, independiente y hostil a toda interferencia, sobre todo de potencias extranjeras, que resistió en el poder nada menos que quince años. Ese fue el principal desafío a la marcha británica hacia el control del sur, desafío simbolizado en la humillante derrota que representó la muerte en Jartum del general Gordon, a manos de los mahdistas, el 26 de enero de 1885.

La creación de un Estado islámico teocrático en una región que tras la apertura del canal de Suez era central para los intereses británicos confirmaba la fuerza aglutinadora y de resistencia que podía alcanzarse difundiendo un mensaje de renacimiento islámico. El movimiento era encabezado por Mohamed Ahmed ibn al Sayid Abdalá, nacido en 1844, y desde 1861 miembro activo de la confraternidad de la Sammaniya. En 1880 llevaba una vida de anacoreta en la isla de Aba, en el Nilo Blanco, y su fama de santidad era conocida en toda la región. Fue en el aislamiento de su condición de ermitaño donde recibió la revelación de que era el Mahdi encarnado.

La doctrina del Mahdi, el iluminado que vendrá a regenerar la comunidad islámica y a restablecer su fuerza tras siglos de oscuridad, juega un papel central en el islam shiita, y en las concepciones populares del sunnita. La fe en el regreso del Mahdi forma parte además de la tradición de las poblaciones musulmanas del Sudán, tanto el oriental como el occidental, y se halla presente sobre todo en la historia de los sectores sociales más oprimidos, como expresión de su fe en una futura era de justicia. Proclamándose Mahdi, Mohamed Ahmed encontró inmediata adhesión entre los grupos más oprimidos de la sociedad sudanesa bajo dominio egipcio. Se unieron a su empresa las poblaciones del norte, pesadamente condicionadas por la crisis económica y por las exacciones egipcias, las tribus del este, empobrecidas por la decadencia de la trata esclavista, y las confraternidades, con exclusión de la Mirga-

niya y, en parte, de la Jatmiya. Durante dos años el movimiento estuvo limitado a las áreas meridionales de las provincias árabes, con centro en el Kordofán, para ir ampliándose gradualmente a las demás partes del Sudán hasta llegar a las provincias costeras del norte, que desde hacía más largo tiempo se encontraban bajo el dominio turco-egipcio.

Con la toma de Jartum, el 26 de enero de 1885, la Mahdiya se transformó de movimiento religioso en teocracia. El Estado del Mahdi llegó a su fin con la derrota y la muerte del califa Abdalá, sucesor del Mahdi en 1899, causada por disensiones internas y por los ataques del ejército angloegipcio. Formalmente, la acción militar británica contra el Estado mahdista había sido emprendida para devolver al jedive los territorios que había perdido; en realidad, lord Cromer, que desde 1882 controlaba Egipto en nombre del gobierno inglés, se opuso a tal devolución. La solución de una situación tan singular, que alarmaba a las demás potencias europeas, consistió en adoptar una forma híbrida de gobierno, que al menos en la apariencia permitía salvaguardar los intereses británicos respetando las reivindicaciones egipcias. Los acuerdos de condominio anglo-egipcio, firmados en 1899 por el gobierno británico y el de Egipto, teóricamente creaban una soberanía conjunta anglo-egipcia en el Sudán. En los hechos, el condominio se hallaba bajo el control inglés más absoluto. Según los acuerdos establecidos, el gobernador general, nombrado por los británicos, gozaba de completa autonomía y representaba la autoridad suprema, tanto civil como militar. Todos los gobernadores del que se llamó "Sudán Anglo-egipcio" fueron británicos hasta que concluyó el condominio en 1955, empezando por los primeros, como lord Kitchener, que ocupó el cargo brevemente, o sir Reginald Wingate, que fue gobernador hasta 1917.

La derrota del Estado mahdista no implicó una pacificación: el culto del Mahdi permaneció vivo y continuó siendo fuente continua de subversión contra el condominio, que en los hechos era un Estado colonial bajo supremacía británica. El control de las regiones meridionales siguió siendo precario, a causa de la inaccesibilidad del territorio: la zona de Bar el Jabal sólo fue abierta en 1904; la de Bar el Gazal apenas si pudo ser visitada regularmente después de concluida la primera guerra mundial, mediante la introducción de dragas mecánicas capaces de destruir la barrera vegetal, el sudd, que hacía imposible la navegación por el Nilo. Las regiones meridionales del Sudán, habitadas por poblaciones no árabes y no musulmanas, sufrieron una ocupación militar especialmente brutal, que vino a sumarse a las devastaciones de la época de la trata; así se profundizó la alienación que continúa siendo un dramático legado histórico, que hizo siempre imposible una integración real y duradera de las provincias meridionales en el Estado sudanés.

LA RECONSTRUCCIÓN Y EXPANSIÓN DEL IMPERIO ETÍOPE

Sólo a mediados del siglo XIX se forma el moderno Imperio etíope[54]. Tras la decadencia de Axum y un período de dominio de la dinastía Zagwe, hasta fines del siglo XVI el mayor centro de poder en el Cuerno de África había sido el reino abisinio cristiano del altiplano. Ni Portugal, aliado con el rey cristiano, ni el imperio Otomano, que favorecía el robustecimiento de los sultanatos musulmanes situados al norte y al este del altiplano (interesados en controlar el mar Rojo y las rutas comerciales hacia el este) lograron afianzar su hegemonía sobre la región. En 1531 el imán Ahmed ibn Ibrahim al Ghazi (Gran, el zurdo) con sus tropas somali[55] y afar ocupó el Shoa (Shewa, Scioa), para conquistar luego, en una guerra santa que duró varios años, Amhara, Lasta Bale, Hadiya, Sidamo y Gurage. En 1535 las fuerzas de Gran atacaron el Tigrai, y de ese modo culminó el proceso de destrucción de la cultura material de las poblaciones asentadas en el altiplano: el emperador cristiano pasó a ser un fugitivo, y hubo masivas conversiones al islam. La ocupación musulmana terminó en 1542, con la intervención de una fuerza armada portuguesa interesada en impedir la estabilización de la hegemonía otomana en el mar Rojo.

Devastación, hambre, enfermedades provocadas por la guerra habían debilitado tanto a las poblaciones del reino cristiano como a los sultanatos musulmanes: una situación que desde mediados del siglo XVI favoreció las migraciones e invasiones de pueblos oromo (llamados

---

54 Bahru Zewde, *A History of Modern Ethiopia, 1855-1974*, James Currey, London 1991, es la historia general de Etiopía más ágil y actualizada, con notas bibliográficas limitadas a lo esencial y, sin embargo, exhaustivas. Sobre la consolidación del Estado etíope y el conflicto con Egipto: S. Rubenson, "Ethiopia and the Horn" en Fage, Oliver (eds.), *The Cambridge History of Africa*, cit., t. 5, pp. 51-98; R. K. Pankurst (con la colaboración de L. V. Cassanelli por lo que respecta a Somalia), *Ethiopia and Somalia, en General History of Africa*, cit., t. VI, pp. 376-411. Sobre los bertha de Beni Shangul en el oeste, en vísperas de su anexión al imperio etíope, cfr.: A. Triulzi, Salt, *Gold and Legitimacy. Prelude to the History of a No-man's Land Bela Shangul*, Wallaga, Ethiopia (ca. 1800-1898), Istituto Universitario Orientale, Napoli 1981.

G. P. Calchi Novati, *Il Corno d'Africa nella storia e nella politica, Etiopia, Somalia, Eritrea fra nazionalismi, sottosviluppo e guerra*, SEI, Torino 1994, analiza los sucesos históricos y políticos del Cuerno deÁfrica partiendo de la herencia histórica de imperios, Estados y naciones, y en la sucesión de las alternativas coloniales nos conduce a través de la política desarrollada allí por Italia, desde el colonialismo hasta la cooperación.
Una reseña bibliográfica sobre el Estado, la esencialidad de la monarquía, la coherencia interna de Etiopía, nos permite captar parte de la riqueza de la investigación histórica a partir de la fundación del departamento de Historia en la Universidad de Adis Abeba, en la década de 1960: D. Crummey, Society, "State and Nationality in the Recent Historiography of Ethiopia" en *Journal of African History*, 31, 1990, pp. 103-19.

55 Nombre de una población específica de la región. Para referirnos a los habitantes de la moderna Somalia emplearemos los términos *somalí*, *somalíes* [*T.*].

también galla). Los oromo penetraron primero en el Bale, Hararge, Wollaga, Wallo, Shoa y Arussi, y hasta llegaron a instalarse, si bien por un período limitado, en Amhara y Begemder. Terminaron por ocupar aproximadamente un tercio de las tierras del antiguo imperio, convirtiéndose así en el grupo étnico predominante en el sur, el sudeste y las regiones centromeridionales. Por lo demás, todavía hoy las poblaciones de lengua oromo constituyen el 40% de la población total de Etiopía.

A mediados del siglo XVIII el reino abisinio existía, pues, sólo de nombre: algunas regiones de cultura se hallaban separadas del centro imperial de Gondar, situado en el Begemder, por la presencia oromo; otras eran gobernadas por señores de la guerra, que actuaban de manera autónoma. Los jefes se habían infiltrado en las filas de la nobleza amhara por medio de matrimonios, alianzas y asimilaciones, y hacia 1750 eran oromo las guardias pretorianas de la monarquía cristiana. El período de 1769 a 1855 es conocido como "la era de los conflictos", Zamana Masafent, que se planteaban entre los diferentes príncipes y hombres fuertes del altiplano septentrional y central, causados justamente por la pérdida de hegemonía del trono imperial de Gondar y por el simultáneo impulso del islam a la expansión. El Zamana Masafent se considera concluido con la toma del poder en 1855 por Kassa Haylu, el emperador Teodoro II. Las divisiones políticas se complicaban por las disputas teológicas y religiosas en la poderosa Iglesia oficial cristiana monofisita; disputas que ejercerían un efecto devastador, si se considera que la Iglesia era desde siempre una de las bases del poder imperial, y la religión el principal instrumento de unificación de una sociedad étnica y culturalmente muy heterogénea.

La restauración del poder del trono imperial, iniciada por Teodoro, fue consolidada y ampliada por los dos sucesivos emperadores Yohannes (Juan) y Menelik. El núcleo central inicial del imperio estaba constituido por los principados del altiplano septentrional y central, cristianos de cultura semítica. Desde allí se extendió, por medio de la guerra, y de procesos de incorporación más o menos forzados, a las sociedades de las regiones meridionales y occidentales, muy diferentes de las del altiplano por orígenes, cultura y sistemas sociales y de poder. Se encontraban entre estas los Estados omóticos (situados en el curso del río Omo) de Kaffa, Walayta, Janjero; los Estados oromo (formados sobre el río Gibe a fines del siglo XVIII) de Limmu-Ennarya, Jimma, Gomma, Guma, Gera, que controlaban las rutas del comercio de largas distancias hacia el norte; también los de Leqa Naqamte y Jote Tullu en el Wollaga, asimismo de origen oromo, en constante conflicto con los Estados islamizados de los jeques de Aqoldi (Asosa), Jomosa y Bela Shangul; el territorio del jeque de Gubba, en tierras del Gojjiam a orillas del río Abbay, o Nilo Azul; y hacia oriente el más importante centro

de poder e influencia islámico, el emirato de Harar, sucesor del reino medieval de Adal, en profunda postración por los ataques de los oromo.

En el sudoeste había agricultores, cazadores-recolectores anuak, organizados en aldeas, y poblaciones nuer, dedicadas preponderantemente al pastoreo, en contacto con los oromo del altiplano por medio del comercio. En el sur y el sudeste había clanes borana y somali que se dedicaban mayoritariamente al pastoreo, en movimiento a través de vastos territorios sin límites precisos. En el desierto del Danakil los afar pudieron salvaguardar por largo tiempo su independencia gracias a que ocupaban un territorio tan inhóspito como inaccesible, por más que la ciudad de Bati fuera la encrucijada del comercio entre el altiplano y las tierras bajas. Al norte del territorio afar, más cerca del altiplano, estaban los saho. En la región llamada Gamo Gofa, en el sudoeste, vivían los konso, de origen cusita (descendientes de Cus o Kush, hijo de Cam y nieto de Noé); estaban organizados en dos reinos, en los que desarrollaron una cultura notable, con cultivos agrícolas en terrazas. Entre los oromo del Shoa, la fragmentación política era la regla, lo que facilitó en el siglo XIX su sometimiento a la dinastía de la que descendía Menelik. Más al sur, los arsi se hallaban bajo un sistema de gobierno hereditario, y mostraron sempre un fuerte sentido de identidad regional.

El proceso de expansión del imperio etíope implicó someter culturas, instituciones de gobierno y religiones muy diferentes: en el altiplano septentrional y central prevalecía la religión cristiana en su versión ortodoxa monofisita; en la baja llanura y en el sur, la influencia del islam estaba en expansión durante el siglo XIX. La extrema diversidad lingüística existente remitía a cuatro núcleos principales, tres de ellos derivados del tronco proto-afroasiático (lenguas cusitas, omóticas, semíticas), y el cuarto perteneciente al nilo-sahariano. Al ser las que dominaban el trono imperial, las culturas semíticas tuvieron históricamente un papel central en la historia del país. De la antigua lengua ge'ez, hoy usada exclusivamente en funciones eclesiásticas, deriva el tigré que hablan los habitantes de la baja llanura de Eritrea nororiental (Massaua, Cheren). También de derivación semítica son el tigriño, hablado en el altiplano eritreo y en Tigrai, lugar donde floreció la antigua cultura de Axum, y el amárico o amhárico, hablado por los amhara y que el poder imperial difundió por el sur y el sudoeste. El amárico es hoy la lengua oficial de Etiopía. Otras dos lenguas semíticas instaladas en ámbitos de preponderancia cusita son el gurage de la región centromeridional y el hararino al este. Formando parte de las lenguas cusitas encontramos el agau y el begia, el primero ampliamente asimilado a la cultura semítica, el segundo con más amplia difusión en Sudán; pero sobre todo provienen del tronco cusita las lenguas oromo, que hoy constituyen el grupo lingüístico más extendido de Etiopía. Por

fin, están también el somalí, el afar, el saho, el hadiya y el kambata que se encuentran en el Shoa, y el gedeo y el konso un poco más al sur. A las lenguas nilo-saharianas, que forman una línea prácticamente ininterrumpida a lo largo de la frontera occidental del país, pertenecen el cunama de la Eritrea sudoccidental, el gumuz del Gojjiam occidental, el barta y el koma del Wollaga y, hacia el sur el manjangir y dos lenguas difundidas sobre todo en el Sudán meridional: el anuak y el nuer.

Durante siglos, el lazo entre el norte y el sur, y entre los diferentes componentes de la enorme diversidad y heterogeneidad política y cultural, había sido el comercio de largas distancias, que encontró una notable expansión en el siglo XIX, gracias precisamente al reavivamiento de las transacciones en el mar Rojo. Dos eran las principales rutas de este comercio, ricamente documentadas por muchos viajeros y comerciantes. Una de ellas partía del sudoeste, de Bonga en el reino de Kaffa, y atravesando Jiren Jimma, Saka en el Limmu-Ennarya, Assandabo, Basso en el Gojjiam y Darita, llegaba a la capital imperial Gondar; de allí se bifurcaban dos caminos: uno hacia la frontera etíope-sudanesa y otro que por Adua y Massaua alcanzaba el mar Rojo. La segunda ruta corría de oeste a este hasta Zeila y Berbera en la costa somalí, y llegó a alcanzar importancia con el surgimiento del reino del Shoa; a fines del siglo XIX era la ruta comercial más importante de toda la región etiópica.

Durante todo el siglo XIX el comercio estuvo dominado por el tráfico de sal, que servía incluso como moneda, y de esclavos, que eran cambiados por armas, tejidos de algodón e instrumentos de hierro. Los esclavos provenientes del sudeste eran prisioneros de guerra, o bien habían sido capturados en razias o vendidos por causa de las destrucciones provocadas por la sequía y el hambre. Eran requeridos por los mercados del Sudán y de la península arábiga. En la segunda mitad del siglo empezó a ser importante la exportación de café.

El siglo XIX presenció un renovado interés europeo por Etiopía. Pocos habían sido los contactos con Occidente después de 1632, tras la expulsión de los jesuitas que inútilmente habían tratado de convertir al rey al catolicismo. Apenas puede hablarse de la visita del médico francés Charles Poncet, a fines del siglo XVII, y de la llegada del explorador escocés James Bruce en el XVIII. El renovado interés por Etiopía estaba dictado por razones comerciales y estratégicas, pero también religiosas. Los primeros europeos que se asomaron a Etiopía en el siglo XIX fueron embajadores de intereses comerciales y misioneros católicos, como Giuseppe Sapeto y Giustino de Jacobis, que en 1839 fundaron la misión lazarista del norte de Etiopía. Siete años más tarde, el cardenal Massaia fundaba la misión de los capuchinos, y misioneros protestantes de la Church Missionary Society se mostraron activos en el Tigrai,en Bege-

mder y Shoa. A partir de entonces fueron numerosas las expediciones de exploradores y hombres de ciencia.

A comienzos del siglo, la preocupación principal para los señores del altiplano era la expansión egipcia en la región. En el mar Rojo, esa expansión iba a reemplazar al moribundo poder otomano, constituyendo un peligro para los intereses de las sociedades del interior, que en esos puertos habían establecido bocas de intercambio comercial. Massaua había sido ocupada por los turcos en 1557, pero el poder otomano en el puerto y en la región interna de Habasha, Abisinia, era puramente nominal al inicio del siglo XIX, y en lo efectivo estaba en manos de un virrey, naib, che mantenía relaciones de colaboración con los reinos abisinios. La ocupación egipcia de Massaua, primero en forma precaria entre 1813 y 1826, y de nuevo entre 1833 y 1841, había reducido al naib a la condición de vasallo del poder de aquellos que en toda esa región siguieron siendo llamados "turcos", aunque en realidad fueran egipcios, y que desde entonces hasta la concreción del reparto colonial iban a ser los principales adversarios de Etiopía.

En los años Cincuenta del siglo XIX, Kassa Haylu (Teodoro) conquistó el poder gracias a sus dotes militares y de organización. Una vez vencidos y sometidos a control, uno tras otro, los jefes de los diferentes principados del altiplano septentrional, se volvió contra los del Wallo y el Shoa, a los que logró incorporar al imperio, aunque de manera siempre conflictiva. Según los historiadores de la región, Teodoro puede ser definido a la vez el último de los príncipes del Masafent y el iniciador de la moderna Etiopía, pues recuperó para ella la estatualidad, aunque sin poder llegar a realizarla plenamente. Procuró también dotarla de estructuras modernas por medio de la continua búsqueda de apoyos y alianzas con ese Occidente que tenía la llave de las innovaciones tecnológicas. El fin del imperio, y de la vida de Teodoro, se debió a la jamás completamente dominada rebelión interna contra su poder, en la que se hallaban implicados sobre todo los poderosos reinos de Shoa y Gojjiam. Fue instrumental a su caída el apoyo que importantes jefes como Kassa Mercha del Tigrai, más tarde emperador Yohannes IV, brindaron a la expedición inglesa mandada por sir Robert Napier en 1868, organizada para liberar a los prisioneros europeos. Entre esos prisioneros se hallaba el cónsul inglés, rehén del deterioro de las relaciones con aquellos súbditos británicos de los que el emperador había siempre tratado de obtener, sin lograrlo, apoyo y ayuda.

Entre los pretendientes a la sucesión, quien conquistaría el trono tras su victoria en la batalla de Assam (1871), fue Kassa Mercha, coronado en 1872 r'esa makwanent, jefe de la nobleza, y negusa negast (rey de reyes) Yohannes IV. El nuevo soberano adoptó una política diferente de la de Teodoro: no de enfrentamiento sino de mediación entre sus mayo-

res vasallos, sobre todo Adal, del Gojjiam, y Menelik, del Shoa; también concedió autonomía a las provincias y dio total apoyo a la Iglesia copta, de la cual favoreció las miras hegemónicas, sobre todo en función antiislámica. La ocupación por los egipcios de los puertos del mar Rojo, su política de penetración directa e indirecta, la defección de jefes como el Dajjach Wolde Michael Solomon del Hamasen, representaron los principales peligros para el imperio durante el reinado de Yohannes que, como Teodoro, tampoco llegó a obtener el deseado (y suplicado) apoyo europeo. La invasión egipcia, con una fuerza de 2.000, hombres fue derrotada en Gundat en octubre de 1873. Al poco tiempo volvieron los egipcios, con 15.000 hombres armados dirigidos por Mohamed Ratip Bajá, quien se valía de la experiencia de veteranos del ex ejército confederado de los Estados Unidos; sin embargo, volvieron a salir derrotados, tras una batalla que duró tres días, entre el 7 y el 9 de marzo de 1876.

La victoria etíope contribuyó, así fuera indirectamente, a acelerar la caída del jedive Ismael, pues ponía fin al gran proyecto egipcio de afirmarse como potencia haciéndose de un imperio en África. La paz reveló ser más difícil de lo previsto. El Cuerno de África, donde ya se habían instalado ingleses, franceses e italianos, se había convertido mientras tanto en área de importancia estratégica, y terreno de rivalidades entre las potencias europeas. Los ingleses, instalados en Adén desde 1839, controlaban el doble estrecho de Bab el Mandeb, entre el mar Rojo y el océano Índico; en 1856 el cónsul francés en Adén compró el puerto de Obok, y en 1862 se firmó un tratado con cuatro jefes afar para la cesión del territorio a Francia. La apertura del canal de Suez en 1869 había conferido importancia estratégica primordial a las costas del mar Rojo. Un misionero lazarista italiano, Giuseppe Sapeto, compró el puerto de Assab para el ministerio de Marina de su país, y el correspondiente tratado alcanzó plena vigencia al año siguiente, con la Compagnia di navigazione Rubattino. Ya a fines de los años Setenta Assab se convirtió en la base de los primeros contactos italianos con la región del Shoa, y en piedra basal del expansionismo itálico en la región.

La rivalidad entre Egipto y las potencias europeas afectaba ya a toda la región. La costa septentrional de Somalia era motivo de disputa entre egipcios, hombres fuertes locales e intereses ingleses asentados en el golfo de Adén. Naturalmente, en tal disputa terminaron por prevalecer los ingleses. El sultanato de Miyurtinia (Migiurtinia) tenía relaciones privilegiadas con los británicos de Adén desde 1839, mientras que Benadir, al comenzar el siglo un protectorado de Omán, pasó a la soberanía del sultán de Zanzíbar. Mogadiscio era una ciudad prácticamente autónoma, y su interior estaba bajo la dominación del potente clan de los geledi, a cuya hegemonía se oponía sólo el clan de los bimal, situado en el interior de Merca. Dos fenómenos caracterizaron a la re-

gión somalí en este período. El primero fue la última gran oleada de migración de grupos somali desde el Ogaden hacia el río Giuba (Yuba) y aun más allá; una parte de ellos entró en conflicto con los oromo, y se refugió en los alrededores del río Tana. Ya se habían instalado en la región cuando llegaron los británicos, en su acción de ocupación del protectorado de África oriental (Kenia, Uganda). El segundo fenómeno fue la consolidación en Bardera de una yihad islámica que en 1840 logró conquistar la ciudad de Brava, para ser derrotada después por el sultán geledi. En la segunda mitad del siglo, órdenes religiosas musulmanas como la Qadiriya, la Ahmadiya, la Salihiya, se difundieron por todos los territorios que habitaban poblaciones somali. Alrededor de 1870 se produjo la división del sultanato de Migiurtinia en dos entidades, con la creación del sultanato de Obbia en la región meridional. A lo largo del bajo Shebeli, el desarrollo de la agricultura comercial, con el cultivo de cereales y de algodón, contribuyó a la prosperidad del Geledi hasta los años Ochenta, cuando comenzó la colonización italiana.

CONSOLIDACIÓN DEL IMPERIO ETÍOPE Y PENETRACIÓN COLONIAL

Fue Gordon, enviado del gobierno egipcio ante Yohannes para acordar los términos de la paz, quien recomendó la cesión de Zula a los italianos que ya ocupaban Assab. La paz sólo fue posible más tarde, por la necesidad británica de que los etíopes les ayudaran contra el Estado mahdista. El tratado de paz fue firmado en Adua en junio de 1884, y tres meses después de su ratificación el gobierno inglés concedió Massaua a los italianos (según los términos del mismo tratado, bajo su protección). En febrero de 1885 tuvo lugar la ocupación italiana. A partir de ese momento, el emperador tuvo que hacer frente a dos enemigos incomparablemente mayores que los egipcios: los italianos instalados en las costas, que presionaban hacia las tierras interiores, y el Estado mahdista, que con la complicidad de los principados islámicos atacaba el corazón mismo del imperio. En lo interno Yohannes tuvo que afrontar justamente en 1885 la insubordinación de Menelik, que desde su reino del Shoa actuaba como si fuera por completo independiente del emperador.

Los británicos favorecían los intereses italianos en la región en función antifrancesa[56]. La presencia italiana en Assab, al sur de Mas-

56 . Sobre la participación de Italia en el reparto: J. L. Miège, *L'impérialisme colonial italien de 1870 à nos jours*, SEDES, Paris 1968; C. Zaghi, *La spartizione dell'Africa*, Cymba, Napoli 1968; A. Del Boca, *Gli italiani in Africa orientale. Dall'unità alla marcia su Roma, Laterza, Roma-Bari 1976; F. Grassi, Le origini dell'imperialismo italiano: il caso somalo (1896-1915)*, Milella, Lecce 1980; L. Goglia, *Il colonialismo italiano da Adua all'impero*, Laterza, Bari 1981; T. Filesi, *L'Italia e la Conferenza di Berlino (1882-85)*, Istituto Italo-Africano, Roma 1985. Cfr. también: *Tekeste Negash, Italian Colonialism in Eritrea, 1882-*

saua, databa de 1869, y si la evacuación de los egipcios aseguró la posesión de la importante ciudad portuaria a Italia, con ayuda inglesa, Zeila y Berbera quedaron bajo el control británico directo, y Tajura pasó a poder de Francia. Era el comienzo del reparto de esta región de África. Partiendo de Massaua, las tropas italianas ocuparon Saati en el interior. El 25 de enero de 1887 Ras Alula, gobernador del Mareb Melash, el nombre que entonces llevaba Eritrea, atacó en Saati y fue derrotado, pero se desquitó al día siguiente en Dogali, localidad entre Saati y Massaua, interceptando a una fuerza de 500 soldados italianos que fueron masacrados. La noticia de Dogali encendió el fervor patriótico en Italia, y dio el impulso necesario a la empresa colonial. Yohannes, que se batía en dos frentes, contra la expansión italiana y la de los mahdistas, no logró reocupar Saati. En efecto los mahdistas no habían dejado en ningún momento de ejercer presión desde el sur, en la región del Wollaga, donde tenían sus Estados muchos jeques musulmanes que les eran favorables, y habían penetrado hasta Najjo, en pleno territorio oromo. Matamma, en fin, que para los sudaneses llevaba el nombre Gallabat, era la encrucijada de intercambio y de comercio más importante entre ambos territorios: el área fue ocupada por los mahdistas después de la evacuación egipcia, y constituyó la base desde la que partían los ataques contra el interior, que culminaron en 1888 con el saqueo de la capital imperial, Gondar.

Al morir Yohannes en la batalla de Matamma, el 9 de marzo de 1889, su imperio ocupaba apenas una fracción de lo que hoy conocemos por Etiopía, ya que estaba limitado casi exclusivamente al altiplano cristiano. Aceptaban su dominio los líderes musulmanes de Wallo oficialmente convertidos al cristianismo, mientras que el sultanato de Awsa permanecía autónomo. Las tierras bajas al noroeste y el nordeste del Tigrai serían pronto territorios coloniales italianos. Ni los territorios situados a occidente y a oriente ni los meridionales habían sido incorporados todavía al Estado etíope, si bien Menelik se había apoderado de gran parte del Gurage. Seguían siendo independientes el antiguo reino de Kaffa, Janjero, Walamo y otras pequeñas monarquías oromo, como Jimma Leka, Limmu, Guma, Gera. Al sur, Oromo y otras poblaciones poseían instituciones de gobierno diferenciadas. Harar, después de la

---

1941. Policies, Praxis and Impact, Studia Historica Upsalensia, Uppsala 1987. Sobre el período colonial en Eritrea, la naturaleza de la política italiana y sus consecuencias, cfr.: I. Taddia, *L'Eritrea colonia, 1890-1952. Paesaggi, strutture, uomini del colonialismo*, F. Angeli, Milano 1986.

Se hallarán reseñas críticas de la investigación africanista italiana en Atti del Convegno, *Gli studi africanistici in Italia dagli anni '60 a oggi*, Istituto Italo-Africano, Roma 1985, y en la obra de M. Mozzati, *L'Africanismo italiano dal '400 ai giorni nostri, Dipartimento di studi politici e sociali*, Università di Pavia, Pavia 1979, con actualizaciones en 1984 y 1989.

década en que había estado bajo la dominación egipcia, se había convertido en dominio del Shoa.

Menelik llegó a emperador cuando ya toda la región era presa de las convulsiones del reparto, y vino a encontrarse en pugna con las potencias europeas, ante todo con Italia. Como negus del Shoa era heredero del proceso de reconquista iniciado por Nugussie Khristos, primer rey de Shoa en 1703, y había promovido la expansión de su Estado, que tenía por fin apoderarse de las rutas del comercio de largas distancias. Su principal antagonista era el Gojjiam, en la región del río Gibe, con el cual disputaba el control de la región sudoriental. En 1882, la batalla de Embabo marcó la obtención de la supremacía por Menelik: los Estados oromo que habían sido tributarios del Gojjiam se le sometieron, permitiendo que asumiera el control de una rica región. De ese modo resultaba reforzada la ambición de Menelik de hacerse con el trono imperial. Una vez llevada a término la sumisión de los oromo, Menelik se apoderó de Gurage, que después sería objeto del asalto de un movimiento de reavivamiento islámico surgido al nordeste del río Gibe, el cual sólo pudo ser derrotado en 1888. La expansión de Menelik encontró fiera resistencia por parte de los arsi, sometidos sólo en 1886, después de años de guerra. En 1887 fue ocupada Harar; en 1894 se incorporó el reino de Walayta, y tres años después, Kaffa. La caída del Estado mahdista permitió al soberano apoderarse de los territorios de los jeques de Bela Shangul, Aqoldi y Jomosa.

La expansión del Shoa de Menelik significó para algunas poblaciones el sometimiento al gobierno militar de los vencedores, y para otras –es el caso de los jefes oromo de Wollaga, sometidos de manera espontánea– implicó mantener algún grado de autonomía. En líneas generales Menelik impuso a las provincias conquistadas nuevas formas de control de la propiedad de las tierras y de su aprovechamiento económico. Oficiales y soldados del ejército del Shoa fueron favorecidos con generosas adjudicaciones de vastas propiedades; los campesinos locales perdieron su autonomía, y el control que hasta entonces ejercían sobre la tierra en la que estaban asentados. El sistema dio origen a una jerarquía social en la que la cúspide estaba ocupada por la aristocracia de origen amárico, mientras que los campesinos de las regiones sometidas pasaban a tener una posición subordinada. El sistema político y social así estructurado se convirtió en fuente de constante conflictividad entre las poblaciones autóctonas y los nuevos señores. En efecto, los recién llegados eran originarios de Amhara y del Tigrai, mientras que los sometidos eran en su mayoría oromo, cuyas culturas comenzaron a ser tratadas como inferiores desde el momento mismo de su sometimiento.

La expansión del Shoa tuvo como efecto una afirmación del predominio económico de ese reino, que controlaba el tráfico de oro,

marfil, esclavos y café, además de dominar algunas de las tierras más fértiles y productivas, en cereales y ganado, de toda la región. Con tan sólida base económica, y la posibilidad de acceder de manera directa a los comerciantes de armas europeos de las costas, y a causa de la habilidad no sólo militar sino también diplomática de Menelik, a la muerte de Yohannes IV la hegemonía del Estado shoano estaba ya irrevocablemente consolidada. El centro político del imperio se corrió hacia el sur, primero a Entotto, la capital de Menelik, y después a Adis Abeba, sitio elegido por la mujer de Menelik, la reina Taytu, en noviembre de 1886. Por su posición central, ya que se encontraba más al sur que las capitales que la habían precedido, Adis Abeba se convirtió en el símbolo de la estabilización del proceso hacia la unidad, bajo el predominio cultural amhara y la supremacía en manos de la dinastía reinante en el Shoa.

El período entre 1888 y 1892 es conocido como el de la gran hambre etíope, Kefu Qan, los días malvados, consecuencia de décadas enteras de devastación y guerras, que había reducido a los agricultores y los pastores nómadas a la subsistencia, sin posibilidad alguna de defensa, con arrasadoras pestes bovinas, sequía y plagas de langostas que destruían inmensas regiones de toda el África oriental, incluido el Sudán. No puede caber duda de que el avance italiano en Eritrea fue favorecido por las trágicas condiciones de la región. Los contactos de Menelik con los italianos se remontaban oficialmente a su entrevista en 1876 con la misión geográfica guiada por el marqués Orazio Antinori. El reino de Shoa constituía el área interior natural de Assab, puerto que ya estaba en manos de los italianos; Menelik, como soberano de un Estado que nunca había dejado de hacer pesar su riqueza y su autonomía dentro del imperio, llevaba adelante una política que lo convertía en el interlocutor natural de las iniciativas diplomáticas y estratégicas orientadas a hacer arraigar en la región la presencia y la influencia de Italia. La misión obtuvo en esos momentos una estación-observatorio en Let Marafya, cerca de Ankober, que más tarde revelaría ser muy útil para las actividades de información en favor de Italia.

La sucesiva visita del conde Antonelli institucionalizó las relaciones entre Italia y Menelik por medio de la firma de un tratado (Wuchale o Uccialli, 1889) que luego pasó a ser, según las interpretaciones de las partes involucradas, objeto de fundamentales controversias. El tratado era el resultado de otros dos anteriores, de 1883 y 1887. El primero establecía la libre circulación de personas, la libertad de comercio y la religiosa. Dos eran sus artículos más importantes: el XII concedía a los italianos derechos extraterritoriales, y el XIII preveía la posibilidad de que las relaciones entre el Shoa y las potencias extranjeras debieran pasar por la intermediación italiana. El artículo XIII era el preludio del controvertido artículo XVII. En 1887, apenas producida la derrota

italiana en Dogali, Italia había obtenido la neutralidad de Menelik en lo que ya se perfilaba como un comienzo de conflicto frontal con el emperador Yohannes. Como compensación, le había sido prometido al rey de Shoa un cargamento de armas, 500 fusiles Remington. El artículo III del tratado de Wuchale parecía conceder a los italianos, en violación del anterior, la expansión territorial hacia el norte. En la versión del tratado firmada en Roma en octubre del mismo año fue incluida la cláusula de la ocupación efectiva, que parecía legitimar la expansión italiana hacia el río Mareb. Además, el artículo XVII comprometía a Menelik a tratar con otras potencias sólo a través de la mediación italiana, lo cual fue interpretado por la parte italiana como la aceptación de un estatuto muy similar al de protectorado. La versión en amárico no transmitía el mismo significado de obligatoriedad porque, si bien admitía la mediación italiana, la dejaba a la libre elección del soberano.

La firma del tratado de Wuchale tuvo lugar cuando ya Menelik había sido investido emperador de Etiopía. Eso hace aparecer poco creíble que aceptara con tanta ligereza una declaración de protectorado por parte italiana. Todas las potencias de Europa, con la excepción de Rusia, reconocieron el protectorado sobre la base del artículo XVII, pero en Etiopía el emperador Menelik resistió con denuedo tal pretensión. Con escaso éxito, los italianos intentaron sublevar contra el emperador a los distintos ras (caudillos) del norte y del sur; el tratado fue anulado.

Entretanto, en el norte, la política de subversión del gobernador italiano de Eritrea, Antonio Baldissera, pareció tener algún éxito a comienzos de los años Noventa, pero ya en 1895 estaba claro que no cabía esperar una insurrección de las poblaciones locales contra el imperio, por lo que no quedaba otra acción posible que la militar. En octubre de 1895, tropas italianas pasaron el río Mareb y ocuparon Adigrat. Menelik logró movilizar contra ellas a 100.000 guerreros. La primera etapa de esta guerra se señaló por la derrota italiana en el Amba Alagi (7 de diciembre de 1895), la segunda por la batalla de Adua, que se resolvió con un desastre para los italianos (1º de marzo de 1896). Las acciones italianas para apropiarse del imperio etíope tuvieron fin con esa batalla; no serían retomadas en forma concreta hasta 1935, durante el período fascista.

La victoria etíope en Adua llevó a ese Estado a ocupar el centro de la atención internacional. En una África en la que el reparto colonial parecía incontrarrestable en todas partes, a causa de la superioridad de la tecnología militar occidental, un país europeo era derrotado por un ejército que, si bien era numeroso, no podía ser considerado moderno. Para los negros de la diáspora en las Américas la victoria etíope representó la reivindicación de su dignidad y su independencia. La Etiopía bíblica parecía resurgir, y a partir de entonces representará el símbolo de la redención. Precisamente por eso, la invasión del imperio etíope por

los italianos, emprendida en 1935 por el régimen fascista, hallará unánime repudio en todas partes del mundo. Etiopía se convirtió en símbolo de la redención africana del colonialismo. Tras la primera oleada de independencias en la segunda posguerra, se eligió a Adis Abeba como sede de la recién creada Organización de la Unidad Africana (1963).

El resultado de Adua reabrió los juegos y las rivalidades por el control del Nilo –el Sudán estaba todavía en manos del Estado mahdista– y de la región. Los franceses retomaron su intento de conquistarse un imperio transafricano mediante el envío de dos expediciones, una desde occidente al mando de Jean Baptiste Marchand y la otra desde oriente, bajo la guía del marqués de Bonchamps y aparentemente apoyada por Menelik, que precisamente en ese período tendía sus estrategias diplomáticas para expandir los territorios bajo su poder, tratando de hacer que las potencias presentes en el escenario, Gran Bretaña, Francia y el Estado mahdista, se enfrentaran entre sí. Precisamente en 1897, aprovechando la crisis de éste, Menelik se había apoderado de los Estados de los jeques de Asosa y Bela Shangul; asimismo, la región del río Baro en su curso hasta Nasir, en la confluencia del río Sobat con el Nilo Blanco, había pasado a poder del imperio etíope. En 1898, la cuestión de la supremacía en la región del Nilo quedó resuelta en el enfrentamiento de Fashoda (Fascioda) entre franceses y británicos, con la retirada de los primeros y, consecuentemente, su renuncia a toda pretensión de extender su influencia en la región, con la excepción del enclave costero de Yibuti.

La paz con los italianos, por la que quedaba abrogado el tratado de Wuchale y se reconocía la completa independencia de Etiopía, fue firmada en 1896, seis meses después de Adua. El acuerdo de límites fue alcanzado sólo en 1900, cuando el río Mareb se convirtió en la frontera oficial entre el imperio y la colonia italiana de Eritrea. Por lo tanto, el imperio no había logrado, pese a su expansión territorial, obtener una salida al mar. Pero había obtenido el reconocimiento de su independencia, lo que lo convertía en una excepción al alba del nuevo siglo, que estaba viendo triunfar la colonización europea en África.

GRANDES TRANSFORMACIONES EN EL ÁFRICA AUSTRAL

En la región que desde 1910 se llamaría Unión Sudafricana, el antiguo "Territorio del Cabo", que había sido posesión de la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales pasó a poder de Gran Bretaña a principios del siglo XIX[57]. Hasta mediados del mismo siglo su frontera estaba se-

57 Fuera de la ya citada Oxford History of South Africa, las principales historias generales de la región sudafricana son: N. Parsons, *A New History of Southern Africa*, Macmillan, London 1982; R. T. Davenport, *South Africa. A Modern History*, Ravan Press, Johannesburg 1986, II ed.; K. Shillington, *History of Southern Africa*, Longman, London 1987; y sobre todo L. Thompson, *A History of South Africa*, Yale University Press, New Haven 1990,

ñalada por los ríos Keiskamma al este y Orange al norte. Más allá del río Kei seguían siendo autónomos varios principados josa (xhosa, kosa); al otro lado de la frontera del río Orange se habían instalado grupos basters y kora, y estaba en proceso de reestructuración el sistema de Estados soto-tsuana. En Natal, tras un proceso de progresiva centralización de los principados, afloraba la hegemonía del Estado zulú.

Varios fueron los hechos que en su desenvolvimiento y entrecruzamiento transformarían radicalmente el panorama sudafricano: el fenómeno del mfecane o difacane (así designado, respectivamente, en lenguas nguni y en soto-tsuana), vale decir, la serie de huídas, migraciones y guerras sobrevenidas en los años Veinte y Treinta en territorio nguni y soto-tsuana, a lo que ya hemos hecho referencia; el Gran Trek bóer, iniciado en 1835 con el fin de colonizar la Transorangia, el Transvaal y Natal; la presión de los colonos del Cabo, y su expropiación de las tierras de los principados josa. Una aceleración aun mayor de los cambios fue estimulada por el descubrimiento de ingentes recursos mineros (diamantes en la región de Kimberley en los años Sesenta, oro en el Witwatersrand en los Ochenta), que resultó la premisa de la posterior rápida incorporación de toda la región a un único Estado, dominado por la principal potencia regional e internacional, Inglaterra.

Los primeros europeos que llegaron al extremo sur del continente fueron navegantes portugueses, que tocaron tierra en Bahía Mesa y doblaron por primera vez el cabo de Buena Esperanza en 1487 (desde fines del siglo XVI se agregarían ingleses y neerlandeses en ruta hacia Oriente). El área estaba habitada por poblaciones de ganaderos identificadas como joijoi (khoi-khoi) por la lengua que hablaban; los colonizadores los llamarían "hotentotes". Estaban organizadas en principados y confederaciones, de estructuras muy cambiantes y descentralizadas. El Cabo, a mitad de camino entre Europa y el Extremo Oriente, era la escala de navegación ideal para que se reaprovisionaran las embarcaciones en viaje a las Indias. Pronto se desarrolló un sistema de trueque del ganado y el agua que proporcionaban los diferentes grupos joijoi por cobre, hierro y tabaco, que en el caso de los metales eran usados para hacer adornos y armas, y en general como medio de intercambio

---

y J. D. Omer-Cooper, *History of Southern Africa*, James Currey, London 1994, II edición.

Cfr., además, L. Thompson (ed.), *African Societies in Southern Africa*, Heinemann, London 1969, y las recopilaciones de ensayos de interpretación de la nueva investigación histórica en S. Marks, A. Atmore (eds.), *Economy and Society in Pre-Industrial South Africa, Longman*, London 1980, y S. Marks, R. Rathbone (eds.), *Industrialization and Social Change. African Class Formation, Culture and Consciousness 1870-1930*, Longman, London 1982. Para orientarse en la masa de publicaciones: N. Musiker, *South African History: A Bibliographical Guide with Special Reference to Territorial Expansion and Colonization*, Garland Reference Library of Social Science, Nº 153, New York 1984.

con otras poblaciones del interior, en particular las parcialidades josa, cuyos territorios se hallaban en la región nororiental.

A mediados del siglo XVII la Compañía de las Indias Neerlandesas mantenía una estación marítima de reaprovisionamiento en el Cabo. El primer asentamiento de colonos fue creado en 1652, bajo la dirección de Jan van Riebeeck, en la parte de la bahía donde después surgiría Ciudad del Cabo. Se trataba de un centro agrícola, dedicado al cultivo de productos para el reaprovisionamiento de barcos, que se desarrolló con el aumento de los freeburgers o boers (bóeres). Esta última es una palabra de la lengua neerlandesa que significa precisamente "agricultor"; la mayoría de los bóeres tenía origen neerlandés o alemán, y en 1688 se les agregaron 156 refugiados hugonotes franceses, que contribuirían a la ampliación de los cultivos de fruta, trigo y viñedos en los fértiles valles de Stellenbosch y los montes Drakenstein. A fines del siglo XVII, los territorios de la Compañía ya exportaban trigo, y los colonos provenientes de Europa habían aumentado a alrededor de un millar. Los cultivos se hacían con mano de obra esclava importada de las actuales Angola, Benin, Madagascar, Mozambique e Indonesia. Los joijoi se resistían a la esclavitud, y durante todo el siglo XVIII tuvieron suficientes medios de sustento en su ganado, por lo que durante toda la centuria continuó la importación de esclavos; así, se calculaba que la población sometida a esclavitud en 1790 era de 25.000 unidades, mientras que los colonos sumaban alrededor de 21.000. En su mayoría musulmanes, y especializados en oficios artesanales, los descendientes de los esclavos provenientes del Oriente fueron clasificados más adelante como pertenecientes al grupo, que se consideraba étnico-racial, de los "malayos del Cabo", o Cape Malay. En los territorios de la Compañía aumentó con rapidez la población de ascendencia mixta (antepasados de la mayor parte de los que hoy son identificados como coloured, de color), cuya lengua (el taal, idioma de origen neerlandés que luego fue codificado como "lengua afrikaans") era la misma de sus antepasados bóeres. Tanto los joijoi, que no podían competir con la Compañía, como los colonos perdieron el control de los recursos –ganado y tierras– ya al comienzo del siglo XVIII. Gran parte de ellos padeció la servidumbre; muchos grupos joijoi fueron a refugiarse en las montañas para vivir de la caza y las razias; otros, se marcharon más allá de las fronteras de la colonia.

Fuera de la jurisdicción colonial, en la frontera, se había venido formando una sociedad compleja y conflictiva: muchos grupos huidos de la sociedad colonial que, en cuanto coloured, los discriminaba como inferiores, fueron a integrarse a las poblaciones autóctonas de agricultores, ganaderos y guerreros. Los kora dejaron el Cabo antes del fin del siglo XVII: organizados en clanes en la época del difacane se instalaron en los cursos de los ríos Harts y Vaal, inmediatamente al sur de los prin-

cipados soto-tsuana. Un segundo grupo de ascendencia mixta, europea y joijoi, los llamados Basters o bastardos, luego conocidos como griqua, se dirigió hacia el norte a fines del siglo XVIII, a fin de sustraerse a la discriminación de la sociedad del Cabo, que no los reconocía como iguales por más que su cultura, su religión y sus mismos recursos fueran en un todo similares a los de sus padres blancos. Tan hábiles en el uso de las armas como en el del caballo, eran el intermediario comercial entre los Estados tsuana y la colonia del Cabo, y ya desde 1813 tenían viviendo entre ellos a misioneros que ejercían fuerte influencia religiosa y social. Precisamente fue el reverendo John Campbell quien les dio el nombre de griqua, por el de uno de sus clanes. Por otra parte, supieron darse un código de leyes, e instituciones reconocidas por el gobierno del Cabo, que se consideraba el protector de los griqua. Por su capacidad para la guerra, tanto ellos como los kora estuvieron involucrados en las guerras que devastaron la región, ya fuera junto a los bóeres o en función de sostenedores de los jefes soto-tsuana.

En las montañas del Cabo occidental, hasta el río Orange y el alto Veld, organizados en bandas dotadas de gran movilidad y mezclados con poblaciones joi vivían cazadores-recolectores que eran llamados san por los joijoi, y bosquimanos por los colonizadores. La ampliación de las fronteras de las poblaciones de agricultores y ganaderos, y de las de los establecimientos blancos, provocaron su desaparición. Poblaciones culturalmente similares se encuentran todavía en las regiones áridas de Botsuana, Namibia y Angola, si bien profundamente condicionadas por las transformaciones coloniales y poscoloniales, y por su relación general de subordinación respecto de las poblaciones agrícolas. Los joijoi y los san, poblaciones muy complejas y diversificadas en el aspecto cultural, en los modos de ocupación del territorio y en los tipos de organización, en modo alguno aislados entre sí, sino interactuantes en amplios espacios y en distintos niveles de integración, fueron las primeras poblaciones que sufrieron los efectos de la colonización. De esas poblaciones desaparecidas quedan testimonios arqueológicos que demuestran la existencia durante siglos de contactos y transacciones comerciales con los agricultores y ganaderos sedentarios. Los joi comerciaban ganado para obtener tabaco, hierro y cobre, en las vías comerciales que se extendían hacia el norte y el este. Las poblaciones de esta región, diferentes entre sí en cuanto a lenguas y a tipos de organización económica y social, no vivían en comunidades rígidamente separadas, sino que ocupaban territorios que se entrecruzaban y, sobre todo, estaban insertas en sistemas productivos comunes, en los que participaban los campesinos del alto y del bajo Veld, los pastores nómadas y las bandas de cazadores-recolectores.

Las poblaciones sedentarias agro-pastoriles del bajo Veld oriental y del alto Veld entrarían en contacto directo con los europeos mucho más tarde, y sólo en el siglo XIX de un modo realmente determinante para sus destinos. Los primeros en resentirse de la presión europea fueron los principados josa, organizados desde fines del siglo XVIII en dos confederaciones, situadas al este y al oeste del río Kei, y los principados mixtos josa-joijoi, al oeste del río Fish. Según la clasificación de su lengua, los josa forman parte del grupo nguni del sur. El término "nguni", retomado en el siglo XX por los trabajos de Alfred Bryant, se ha difundido en el ámbito de las investigaciones académicas para definir el común y antiguo origen cultural de las poblaciones situadas entre los montes Drakensberg y el mar, en la región sudoriental[58]. Por otra parte, ese común origen es atestiguado por el parentesco lingüístico: un carácter distintivo de las poblaciones nguni es el uso de clics,[59] que sugiere vínculos muy profundos con las poblaciones joi. Sin embargo, ese origen común debe estar muy alejado en el tiempo, puesto que, más que las semejanzas, son evidentes las diferencias entre los grupos nguni del sur, a los que pertenecen los hablantes de josa, y los nguni del norte, hegemonizados en el siglo XIX por los zulú. Nuestro conocimiento de las poblaciones nguni antes del siglo XIX es todavía impreciso, pues hasta ahora las fuentes arqueológicas son relativamente escasas[60]. Está mejor documentada la historia de las poblaciones soto-tsuana, de las que se han hallado antiguos asentamientos, de notable importancia.

---

58 La obra de A. T. Bryant, *Olden Times in Zululand and Natal*, London 1929 (republicada en *A History of the Zulu People and the Neighbouring Tribes*, Struik, Cape Town 1964), sigue teniendo gran influencia, a pesar de los límites que ya le han sido señalados. Del mismo autor puede consultarse un estudio etnográfico, *The Zulu People as they Were before the White Man Came, Shuter and Shooter*, Pietermaritzburg 1949. Para una crítica de la etnografía y la historiografía sobre los zulú y Natal: A. Duminy, B. Guest (eds.), *Natal and Zululand, from Earliest Times to 1910, A New History*, University of Natal Press, Shuter and Shooter, Pietermaritzburg 1989. La clásica obra de E. H. Brookes y C. de B. Webb, *A History of Natal*, University of Natal Press, Pietermaritzburg 1965, II ed. actualizada 1987, si bien ya ha sido superada por la investigación más reciente, sigue siendo un fundamental trabajo de referencia, dotado de una vastísima bibliografía.
Sobre las migraciones nguni, cfr.: Omer-Cooper, The Zulu Aftermath cit.; L. D. Ngcongco, "The Mfecane and the Rise of New African States", en *General History of Africa*, cit., t. V, pp. 90-123.

59 Chasquidos producidos con la lengua en determinada posición, de modo de forzar la salida o la entrada violenta de aire. En varios idiomas africanos tienen el carácter de verdaderos fonemas consonánticos [*T.*].

60 Sobre la historia de los josa antes de la conquista: J. B. Peires, The House of Phalo, Ravan Press, Johannesburg 1981; sobre su incorporación al orden colonial, C. C. Crais, *The Making of the Colonial Order, White Supremacy and Black Resistance 138 in the Eastern Cape, 1770-1865*, Witwatersrand University Press, Johannesburg 1992.

En el siglo XVIII, los principados nguni se extendían de Usuto, en el norte, hasta el río Sundays en el sur. A oriente del Kei se hallaban instalados los thembu, bomvana, mpondo, mpondomise y xesibe. Entre los ríos Mzimkulu y Tugela vivían los bhaca y los qwabe, y al pie de las colinas los zizi, bhele y hlubi. Al norte, los principados más importantes eran los mthethwa, ndwandwe y nguane, más los emergentes zulú y kumalo. En ambas regiones se hallaban en marcha a fines del siglo procesos de consolidación y expansión de los principados, mediante el pago del tributo que las poblaciones sometidas entregaban al soberano como reconocimiento de su supremacía. Escribe Jeff Peires, historiador de esta región, que los límites de la confederación de principados josa no eran ni étnicos ni geográficos, sino políticos, ya que se aceptaba como josa a todo grupo que reconociera la supremacía del linaje real, incluso a los pastores joi. Aun entre los nguni del norte, los principados más centralizados se constituyeron con la incorporación de comunidades diferentes. Pero en tanto que las confederaciones josa continuaron siendo siempre muy descentralizadas, al norte, entre el Tugela y el Phongolo, desde fines del siglo XVIII se formaron Estados dotados de un poder central fuerte. Uno de esos estados, el Mthethwa, se convirtió en la base desde la cual Shaka, el jefe de los zulú, edificó ese poderoso reino, que dominaría el África sudoriental durante la primera mitad del siglo XIX.

A las poblaciones de raíz lingüística soto-tsuana pertenecen convencionalmente los soto del norte, del Transvaal septentrional y oriental; los tsuana o setsuana, del Cabo septentrional, Transvaal occidental y Botsuana; los soto o sesoto de Orange y de Lesoto[61]. Entre los más importantes principados del alto Veld meridional estaban los rolong, subdivididos en cuatro grupos, y el grupo secesionista tlhaping, que había llegado ser poderoso por medio del control del comercio con los kora. Estas fueron las poblaciones de agricultores y ganaderos sedentarios que sufrieron en primer lugar la influencia de la llegada de los bóeres. Al nordeste de los rolong, en el alto Veld septentrional, estaban los hurutshe, famosos por su capacidad para trabajar los metales y por su ciudad capital rodeada de rica áreas de cultivo y con abundancia de ganado mayor. Los kuena ocupaban una región que se extendía desde

61 Sobre los tsuana y los soto del sur, cfr. el trabajo general y de divulgación de la serie "Peoples of Southern Africa", W. F. Lye, C. Murray, *Transformations on the Highveld: The Tswana and Southern Sotho*, David Philip, Cape Town 1980.
Para el período de la integración colonial: K. Shillington, *The Colonization of the Southern Tswana, 1870-1900*, Ravan Press, Johannesburg 1985; C. Murray, *Black Mountain, Land, Class and Power in the Eastern Orange Free State 1880's-1980's*, Witwatersrand University Press, Johannesburg 1992, relata la anexión de un principado rolong (Moroka de Thaba 'Nchu, "la montaña negra") al Estado Libre de Orange (1884), la pérdida de la tierra y la sucesiva incorporación de parte del territorio a Bofutatsuana.

la actual Pretoria hasta Molepolole. Un grupo de kuena se trasladó al sur del Vaal, y se integró con los soto del sur. Otras separaciones dieron origen a los nguaketse y los nguato, quienes se dirigieron al norte, en la región de Serowe (Botsuana oriental). De los nguato tuvieron origen los tawana que hoy habitan la Botsuana noroccidental. La porción nordeste del Transvaal central estaba bajo el control de los kgatla, que se subdividieron en distintos grupos: kgafela-kgatla en la región de Pilanesberg, y los diferentes grupos de tlokwa, algunos de los cuales se dirigieron al sur del Vaal, y otros hacia el oeste, en la región de Gaborone (Botsuana). Los pedi, otro grupo originariamente kgatla, se dirigieron al noroeste en el siglo XVII, a la región del río Olifants, en el norte de los Drakensberg. Allí edificaron un poderoso Estado por medio de alianzas matrimoniales, conquistas y procesos de integración de poblaciones vecinas. En el flanco oriental de los Drakensberg, siempre a lo largo del curso del Olifants, estaba el asentamiento minero de Palaborwa, del que se venía extrayendo cobre ya desde el siglo X, absorbido por el Estado pedi a fines del siglo XVIII. A comienzos del XIX los pedi comerciaban regularmente cobre, marfil y ganado con los portugueses de la bahía de Delagoa.

En el Transvaal del norte, entre los ríos Soutpansberg y Limpopo, las poblaciones principales eran los venda y los lobedu, no pertenecientes al complejo soto-tsuana sino de lejano origen shona. También en esta región era conocido el arte de la metalurgia del cobre, y había un intenso comercio con la bahía de Delagoa. Los soto habían llegado al sur del Vaal probablemente en el siglo XV. Se hallaban subdivididos en las poblaciones fokeng, kuena, zizi, de origen nguni e incorporadas y asimiladas en los linajes soto, y polane, phetla, phuthing de Lesoto, probablemente de origen zizi.

A fines del siglo XVIII, el alto Veld meridional estaba bajo el dominio de un amplio número de pequeños principados y de poblaciones san, como lo prueban las pinturas rupestres que representan batallas con poblaciones dotadas de ganado mayor y de flechas con punta de hierro. Los términos "nguni" y "soto-tsuana" indican, pues, raíces culturales y lingüísticas comunes, pero no identidad étnica, y mucho menos el desarrollo de políticas comunes. En efecto, las sociedades de la región estaban organizadas en diferentes principados y Estados, en colaboración o conflicto entre sí según las rivalidades por el control de los recursos. Esas entidades políticas habían evolucionado siguiendo caminos propios, y en el curso del siglo XIX sufrirían la situación de generalizada conflictualidad provocada por el fenómeno mfecane / difacane y por la expansión de los bóeres y los ingleses, o serían protagonistas de dicha situación. Desde mucho antes de producirse el contacto directo con los colonos o los ejércitos europeos existían relaciones más o menos intensas con el comercio costero. Ese comercio era efectuado

a través del Cabo por los soto del Veld meridional, con intermediarios kora y basters; a través de la bahía de Delagoa por los pedi, venda, lobedu, nguane y, en general, por los nguni del norte.

EL GRAN TREK BÓER Y LAS POBLACIONES DEL INTERIOR

El hecho o, por mejor decir, la serie de hechos que contribuirían a alterar los procesos endógenos de transformación por los que pasaba el interior fue el Gran Trek de los bóeres, que se inició a fines de los años Treinta. Los voortrekkers empezaron a abandonar la colonia del Cabo ya desde 1835, para librarse de la legislación inglesa que, entre otras cosas, al abolir la esclavitud los desposeía del control de la fuerza de trabajo agrícola, sobre la cual descansaba su economía. Algunos grupos de familias bóeres, acompañadas por siervos joijoi, fueron a instalarse al norte del río Orange, permaneciendo dentro del área de influencia del Cabo; otros prefirieron las praderas al este de los montes Drakensberg, en contacto con Puerto Natal, más adelante llamada Durban; otros, por fin, trataron de alejarse de manera absoluta de cualquier forma de condicionamiento británico, y para ello se instalaron mucho más al norte, donde entraron en contacto con los portugueses de la bahía de Delagoa. Las familias que llegaron hasta Thaba 'Nchu chocaron con los ndebele, y fueron protegidas por los rolong de Moroka, que a su vez esperaban ayuda para la recuperación de sus territorios ancestrales, de los que habían sido expulsados como consecuencia del difacane. Los rolong y los bóeres coaligados lograron expulsar del altiplano del Transvaal a los ndebele en 1837; ese año fueron fundadas Potchefstroom y Winburg, al norte y al sur del curso medio del Vaal. Siempre en 1837, el grupo guiado por Piet Retief, rico propietario de tierras de Grahamstown, seguro de haber obtenido del rey zulú Dingane el permiso para instalarse con su gente al sur del Tugela, fue exterminado. A ello siguió la venganza bóer, llevada a cabo por el grupo de operaciones de Andries Pretorius en Blood River, el 16 de diciembre de 1838, y la constitución de la República bóer de Natal, con un Volksraad, o parlamento instalado en Pietermaritzburg, con accesso a Puerto Natal, bajo control británico.

Al norte del Vaal, los bóeres conducidos por Hendrik Potgieter reclamaron como propio el vastísimo territorio que se extiende entre el Vaal al sur, el Limpopo al norte, los Drakensberg al este y el desierto de Kalahari al oeste. El proceso de ocupación de esa dilatada región tuvo lugar mediante la expulsión de los ndebele y la constitución de "repúblicas" en Potchefstroom, Ohrigstad, después Lyndenburg, entre poblaciones pedi, tonga y suazi, y en Soutpansberg, poblada por venda, famosos cazadores de marfil. En los hechos, el control del territorio fue siempre precario, dependiendo de las alianzas o los conflictos con las poblaciones locales. Los bóeres de esta región vieron reconocida en

1852, con la Convención de Sand River, su independencia como República Sudafricana (Transvaal).

Al sur del Vaal, la situación era todavía más compleja. A occidente se situaban los griqua, que habían comenzado a ceder tierras a los bóeres. En los años Sesenta, como consecuencia de la presión bóer por la tierra, la entera comunidad griqua de Adam Kok abandonó su área de asentamiento originaria y se trasladó a las laderas orientales de los Drakensberg, donde fundó el Estado de Griqualandia Oriental (Griqualand East). Al norte del Vet, un grupo di voortrekkers formó la República de Winburg. Al este se hallaban instalados Estados importantes, como Tlokwa, Rolong, Taung y Soto. En 1848, el gobierno del Cabo se anexó toda la región entre el Orange y el Vaal, con el fin de controlar a los bóeres, pero también con el de tener bajo control la expansión del Estado soto de Moshoeshoe. En 1854 los británicos reconocieron, con la Convención de Bloemfontein, la autonomía del Estado bóer, que tomaba el nombre de Orange Free State ("Estado Libre de Orange"). Sin embargo, no se acordaron los límites entre el Estado bóer y el Estado soto.

El Gran Trek fue una expansión hacia el interior que debió vérselas con los asentamientos de población africana ya existentes, con su resistencia o su colaboración, e incluso con una y otra. Hasta entonces, los contactos entre las poblaciones africanas y los blancos habían sido esporádicos, y se producían sólo con misioneros o cazadores-comerciantes, presencias que no cuestionaban la autoridad de los soberanos africanos. En cambio los bóeres iban en actitud de ocupantes, ya que se negaron a reconocer derechos políticos o de posesión a las sociedades africanas que encontraron en su camino.

La consolidación de la expansión bóer preocupaba a las autoridades inglesas del Cabo, que no estaban en modo alguno dispuestas a ver amenazado su papel de autoridad de control de la región, por más que en este período no abrigaran miras expansionistas, más allá del deseo de consolidar las fronteras de la colonia hacia el este, con la constitución sobre territorios josa de la Cafrería Británica (British Kaffraria). Además, los métodos de ocupación bóeres representaban un nuevo e importante elemento de disgregación de regiones ya duramente probadas por las consecuencias del mfecane, con efectos muy perjudiciales para la estabilidad de la propia colonia del Cabo y la de Natal. El gobierno británico del Cabo fue llevado a intervenir repetidas veces, ya fuera para proteger intereses comerciales vitales, para evitar que estallaran situaciones anarquizantes que pudieran significar la llegada de grandes masas de refugiados, o a solicitud de los misioneros, cuya acción era mal vista, cuando no prohibida, en territorio bóer. Hasta los años Setenta, la política inglesa fue de contención y control de la expansión de los bóeres y de los Estados indígenas; sólo después, en los

años Setenta y Ochenta, puesta ya de manifiesto la potencial riqueza minera del territorio, el gobierno inglés se hizo partidario de su efectiva ocupación, vale decir, de reclamar la subordinación a su autoridad de los bóeres y los indígenas.

LAS CONSECUENCIAS DEL MFECANE

La expansión bóer en Orange, Transvaal y Natal, y la multiplicación de las interferencias inglesas movidas por intereses comerciales y estratégicos, con la presión sobre las tierras de los josa al este y la política de control de la expansión zulú en Natal, vinieron a sumarse a una situación ya convulsionada por los veinte años de guerras (mfecane / difacane) que habían dejado un saldo de millares de muertos, en batalla o como consecuencia de las razias o el hambre. Muchos principados desaparecieron, y quienes habían sobrevivido debieron huir después de haberlo perdido todo, hasta su identidad. Los grupos que en su huida lograron alcanzar las tierras de la frontera oriental del Cabo fueron instalados en territorios josa; llamados "mfengu" o "fingo", fueron los primeros en aquella región que se unieron a las filas de la potencia colonizadora. Otros encontraron refugio en las selvas de los Drakensberg, y muchos se convirtieron en bandidos. Algunas zonas quedaron despobladas, y a ellas fueron a instalarse los recién llegados, entre ellos los bóeres, para reivindicar más tarde derechos de ocupación y posesión que las poblaciones autóctonas ya no estaban en condiciones de impedir, tras la dura prueba que para ellas significó la tragedia de destrucción y dispersión vivida.

La más significativa consecuencia de tan dramático período fue la redistribución de la población en toda esta vasta región. Ya se ha dicho que a comienzos del siglo XIX las sociedades nguni y soto-tsuana se hallaban organizadas en numerosos principados, por lo general muy cambiantes, de variadas dimensiones y diseminados sobre amplios territorios; los más débiles de entre esos principados debían pagar tributo a los más fuertes. En 1835, cuando comenzó el Gran Trek, existían algunos Estados de poder y dimensiones importantes, concentrados en áreas compactas, conducidos por líderes guerreros emprendedores que ejercían su autoridad sobre poblaciones mucho más heterogéneas étnicamente que las que las habían precedido. El mayor y más formidable de esos Estados era el zulú. Al norte de los zulú se hallaba el reino de Nguane, de los suazi del rey Sobhuza, que logró resistir los pujos expansionistas de sus potentes vecinos. Más al norte aun, se constituyeron el reino de Matabele y el de Gaza, y varios Estados ngoni esparcidos por el África central. En el alto Veld, con el difacane había alcanzado posición dominante el reino soto de Moshoeshoe. Vecino y rival del soto era el reino de Tlokwa, de Sekonyela, que terminaría absorbido por el Soto

en 1853. El Veld septentrional fue dominado por los ndebele hasta 1837, mientras que los kololo constituyeron una formidable fuerza destructiva en territorio tsuana, hasta su toma del poder en el reino lozi. Por fin, los rolong se reagruparon a la sombra de Moshoeshoe, en tanto que los tsuana del norte resurgían de esta tragedia como estados compactos, con fuertes líderes militares.

Las causas de la transformación de los principados en Estados centralizados, así como los procesos de incorporación y expansión que culminan con la constitución del Estado zulú, y el estallido de la etapa más dramática del mfecane son hoy objeto de un intenso debate historiográfico, centrado en la formación del Estado zulú, por la importancia no sólo territorial sino también institucional y política que éste vino a asumir, y que sigue teniendo en el contexto contemporáneo. Empero, tanto los procesos que llevaron a su formación como el mfecane deben ser analizados en el contexto más amplio de las transformaciones regionales en curso ya desde el siglo XVII. A fines del siglo XVIII los habitantes de la región entre los ríos Phongolo y Mzimkhulu vivían en unidades de pequeña escala, que presentaban dimensiones, estructuras demográficas y ordenamientos políticos muy variados: desde principados con jefes que ejercían más que nada una autoridad ritual sobre sus súbditos, los cuales les debían el pago del tributo, hasta congregaciones de principados en las que el poder del jefe supremo se basaba en gran medida en la organización y el empleo de fuerzas militares. Los principados estaban compuestos por números variables y fluctuantes de comunidades locales, a su vez formadas por grupos inestables de familias. Vale decir que se caracterizaban por su fluidez y su inestabilidad, mayores o menores según el grado de centralización vigente en cada principado.

La tradición oral ubica los primeros cambios significativos hacia la segunda mitad del siglo XVIII. Esos cambios fueron marcados por procesos de centralización del poder en varias áreas situadas entre la bahía de Delagoa y el río Tugela. Esa centralización dio impulso a guerras de expansión territorial. Al este del río Maputo, el principado de Mabhudu se extendio mediante el sometimiento de los territorios contiguos; en el sudoeste, hoy incluido en el Zululand, entre los ríos Mkuze y Black Mfolozi dominaba el principado Ndwandwe; al norte de él preponderaba el Nguane, y más al sur, entre los ríos Mfolozi y Mhlathuse, pasó a ser dominante el principado Mthethwa.

Una tesis historiográfica individualiza en el crecimiento demográfico la causa de que a comienzos del siglo XIX se consolidaran sistemas centralizados, organizados para la conquista. Una segunda tesis sostiene que el fenómeno se debió a la caída de productivi-

dad de las actividades agrícolas y ganaderas, como consecuencia del empobrecimiento de los suelos; de ahí, opina, salió el impulso para conquistar y colonizar las tierras de los vecinos, por medio de organizaciones político-militares más centralizadas y eficientes. Las recientes investigaciones arqueológicas no parecen proporcionar pruebas que apoyen estas dos hipótesis que, en consecuencia, no hallan justificación en fuentes seguras. Otros estudiosos relacionan el desarrollo de un tipo de estatualidad centralizada en esa región con el comercio internacional; procuran demostrar que la apertura del proceso de expansión y centralización de los principados de la región comenzó precisamente en coincidencia con la reanudación del comercio de marfil por intermedio de la bahía de Delagoa[62]. El incremento de la demanda de marfil por los comerciantes portugueses e ingleses es, pues, para esos estudiosos, la causa principal de los conflictos de intereses que comenzaron a suscitarse entre los jefes de los principales linajes. En algunos casos, la conflictualidad parece haber provocado la disolución de determinados principados, mientras que en otras ocasiones aparenta haber favorecido la toma del poder por autoridades capaces de controlar producción y comercio en modo más eficiente, con el uso de regimientos militares y con la total sujeción de los linajes subordinados. Las fuentes revelan que se produjeron sequías devastadoras en 1800, en 1803 y en 1812, a las que siguió una nueva gran sequía que se prolongó desde 1816 a 1818. Lo más probable es que las sequías, la caída de la productividad y las epidemias, que afectaron tanto a los hombres como a los animales domésticos y salvajes (la fauna era importantísima para las actividades de caza, principal fuente comercial de ingresos) jugaran un papel no precisamente secundario en la competencia que se desató por el acceso a suelos y a fuerzas de trabajo cada vez más escasas. Hay que decir que, en el intento de reconstruir las condiciones y los hechos que provocaron esas radicales transformaciones sociales y políticas, la hipótesis demográfica y la ecológica se apoyan ante todo en razonamientos deductivos, mientras que la importancia del comercio está atestiguada por fuentes ciertas.

LA FORMACIÓN DEL ESTADO ZULÚ

Se ha visto que las fuentes de que disponemos acerca de los procesos de centralización de los nguni del norte no nos permiten individualizar la exacta naturaleza de las fuerzas que operaban en favor de ese tipo de procesos. No obstante, es cierto que tales procesos dieron origen a cam-

62 J. Wright, C. Hamilton "Traditions and Transformations. The Phongolo-Mzimkhulu Region in the Late Eighteen and Early Nineteenth Centuries" en Duminy, Guest (eds.), *Natal and Zululand*, cit., pp. 49-82, reconstruyen los términos del debate historiográfico.

bios políticos y sociales de gran amplitud, en especial la transformación funcional de las instituciones que tenían la misión de socializar a los jóvenes, conocidas como amabutho (en singular, ibutho), que originariamente eran escuelas de circuncisión de funcionamiento periódico, que reunían a jóvenes de la misma edad con el propósito de guiarlos a través de los ritos que marcaban el paso de la adolescencia a la edad adulta. De instituciones periódicas al servicio de los jefes, los amabutho pasaron a ser estructuras de servicio permanente, usadas como fuerza de trabajo para la caza productora de riqueza (marfil), de la cual obtenían, a cambio, ganado y bienes de prestigio. El sistema así modificado transformó fundamentalmente los procesos de socialización de los jóvenes, al unir tal socialización, preponderantemente, a la prestación de un servicio, y por lo tanto a la lealtad hacia el jefe supremo o rey, más bien que hacia el propio grupo de descendencia. Los amabutho se transformaron en productores de riqueza y fuerza militar al servicio del jefe, que así vino a ejercer autoridad efectiva y no sólo ritual sobre varias entidades subordinadas, por medio del monopolio de una fuerza militar y económica que le era devota, y que dependía completamente de él para su supervivencia.

A fines del siglo XVIII eran Mthethwa y Ndwandwe los dos principados en los que el proceso de expansión, centralización y estratificación, con neta distinción entre grupo dominante y clases subordinadas, se hallaba más avanzado. Los conflictos por el control del ganado y de las tierras de pastoreo se intensificaron en los últimos años del siglo XVIII, a causa de la declinación del comercio del marfil y de la intensificación de la demanda de ganado, originada en la presencia en la bahía de Delagoa de balleneras norteamericanas e inglesas, y a comienzos del siglo XIX por los devastadores efectos de la sequía, que cien años después todavía era recordada con horror. La victoria de Ndwandwe en 1817 abrió el camino, en 1819, al potente ejército creado por Shaka ka Senzangakhona, hijo ilegítimo del jefe del principado zulú, cuyo acceso al trono sólo había sido posible gracias a su capacidad como estratega militar. Desde ese momento los zulú fueron el poder predominante en la región entre el Phongolo y el Tugela, un área sumamente vasta, y más poblada que cualquier otra que hubiera sido sometida a la autoridad de un solo soberano en toda la historia del África sudoriental[63].

63 L. Thompson "The Zulu Kingdom e The Difaqane and Its Aftermath 1822-1836" en *The Oxford History of South Africa*, cit., t. I, pp. 336-64 e 391-405; J. Peires (ed.), *Before and After Shaka: Papers in Nguni History*, Rhodes University, Grahamstown 1981. Respecto del debate historiográfico sobre el mfecane / difacane, cfr. además E. A. Eldredge, "Sources of Conflict in Southern Africa, c. 1800-30: The Mfecane Reconsidered" en *Journal of African History*, 33, 1992, pp. 1-35, y C. A. Hamilton, "The Character and Objects of Chaka": A Reconsideration of the Making of Shaka as "Mfecane" Motor, en *Journal of African*

La victoria de Shaka había sido posible por la organización de su ejército y sus capacidades de estratega, pero la posibilidad de mantener el control sobre las poblaciones conquistadas dependía del robustecimiento de un sistema estatual y de gobierno basado en una disciplina rigurosa, ejercida por medio de la definición y la estratificación jerárquica de los ámbitos de competencia y de las obligaciones. El sistema de los amabutho pasó a ser un instrumento de control social en lo interno, y un medio de defensa hacia afuera.

Después de la conquista del principado de Ndwandwe, Shaka extendió el sistema amabutho a los principados subordinados; así, los jóvenes en edad militar, bajo prohibición absoluta de casarse, fueron reclutados para el servicio del soberano y sustraídos a la dependencia e influencia de sus familias y grupos de descendencia. El rey zulú pasó a ser el líder ritual y efectivo de los jóvenes de cualquier proveniencia, y la fuente esencial de su bienestar y su posición en la sociedad. Se crearon formas de control de las mujeres, por medio de amabutho femeninos y de la institución del izigodlo, un sistema por el cual las mujeres concedidas o pretendidas como tributo al rey eran asimiladas, y se convertían en hermanas o hijas del linaje real; vale decir, que podían ser objeto de intercambios matrimoniales con hombres de familias aristocráticas, tanto del reino como externas. El instituto del izigodlo permitió al soberano zulú sacar provecho de una vasta parentela femenina, funcional a la creación de importantes y estratégicas alianzas matrimoniales con la aristocracia interna y con otras poblaciones.

En el período del reinado de Shaka surgió un sistema políticamente muy centralizado, con un orden social rígidamente jerarquizado y estratificado, dominado por la aristocracia zulú, que usaba el sistema de los amabutho para mantener, ampliar y legitimar su dominio sobre una sociedad heterogénea. La fuerza del sistema radicaba en la redistribución de riqueza, constituida preponderantemente por ganado, entre guerreros y funcionarios; su debilidad, en los conflictos que surgían cuando los recursos resultaban escasos.

El zulú fue un Estado constantemente en guerra, porque los recursos que se necesitaban para reforzar el poder del soberano tenían que ser obtenidos con la guerra y las razias, vale decir, principalmente a expensas de las sociedades vecinas. Desde 1819 los zulú se lanzaron a conquistar tierras al otro lado del río Black Mfolozi, a fin de extender su hegemonía a principados que antes eran tributarios de Ndwandwe, de Mabhudu o de principados ronga: el propósito era controlar las rutas comerciales hacia la bahía de Delagoa. Al sur del Tugela se habían formado amplias

---

History, 33, 1992, pp. 37-63.

áreas despobladas, a causa de la huida de poblaciones bhele, thembu, chunu, en procura de librarse de la avanzada zulú. En los años Veinte, Shaka y sus tropas efectuaron razias en el territorio de los mpondo, y colonizaron la región costera entre Tugela y Mkhomazi, una expansión que los aproximó a los comerciantes ingleses que desde 1824 estaban presentes en Puerto Natal (la actual Durban). En el curso de esta expansión se reforzó el sistema de estratificación jerárquica de la sociedad zulú: el rey retenía el poder absoluto; específicos privilegios constituían las prerrogativas de la aristocrazia zulú, y de las familias que eran originarias del territorio zulú inicial; jefes y notables de los principados sometidos eran alentados a alinearse con la aristocrazia zulú; las poblaciones de los principados conquistados eran impulsadas u obligadas a asimilarse a la cultura zulú por medio del sistema de los amabutho. Entre estos grupos y categorías, el Estado zulú logró crear en pocas generaciones un sentimiento de identidad étnica común que hizo olvidar la heterogeneidad de los orígenes. Quedaron excluidas de este proceso de asimilación las poblaciones que ocupaban la periferia del sistema de dominio zulú, tratadas como culturalmente inferiores y, por lo tanto, consideradas capaces sólo de proporcionar fuerza de trabajo servil. La construcción de un fuerte sentido de identidad étnica se acompañó con la discriminación hacia quienes no pertenecían a la nación zulú.

Estado guerrero, nutrido de guerras, el zulú se consolidó y expandió a pesar de los continuos complots y asesinatos que culminaron con la muerte de Shaka en 1828, a manos de dos de sus hermanastros. Lo sucedió en el trono uno de ellos, Dingane, que tuvo que afrontar varias rebeliones internas pero, sobre todo, se topó con la creciente importancia de la presencia comercial, política y territorial de tres comunidades de blancos: los portugueses en la bahía de Delagoa, los comerciantes ingleses en Puerto Natal, los misioneros y desde 1837 los colonos bóeres instalados en el sudeste de los ríos Tugela y Mzinyathi. Durante el reinado de Dingane, la más pesada amenaza contra la cohesión y la integridad del reino zulú provino de los voortrekkers. Las principales etapas de su sangriento conflicto con estos son la cesión, hecha en 1827 a Piet Retief, jefe de los bóeres, del territorio al sur del Tugela; el aniquilamiento en 1828 de Retief y sus hombres, seguido por el ataque zulú a los campamentos fortificados bóeres de Natal (los lageer); la sucesiva reorganización de los bóeres bajo Andries Pretorius, y su victoria sobre las fuerzas de Dingane junto al río Ncome (Blood River, o río Sangriento). La derrota de Dingane significó la concesión del territorio al sur del Tugela a los bóeres, que proclamarán allí en 1838 la Republiek Natalia, o República de Natal. La tensión continuó con la intervención bóer en los conflictos dinásticos de los zulú, en favor del hermanastro Mpande, que en 1840 se convirtió en rey. Mpande retomó los intentos de Dingane

por apoderarse de las tierras de los suazi sin lograrlo, entre otras cosas por la oposición de los ingleses. Debió afrontar también la ira de éstos por haber cedido el distrito del río Klip a los bóeres, que instituyeron allí, en 1847, una república independiente. También reafirmó el poder zulú sobre las poblaciones tonga del nordeste. En 1856, al iniciarse el largo conflicto dinástico que tuvo como protagonistas a dos hijos de Mpande, el reino zulú, aun cuando estaba rodeado y amenazado, seguía siendo sólido, y se encontraba todavía al ataque. Al morir Mpande en 1872, y convertirse en rey su hijo Cetshwayo, cuya posición política preponderante se hallaba consolidada ya desde 1857, la situación había cambiado por completo. La integración cada vez mayor de la economía del reino con las de Natal y el Transvaal estaba provocando radicales transformaciones internas: migraciones y huidas de grupos que no aceptaban subordinarse a los zulú; posibilidad para los jóvenes de escapar al sistema de los amabutho y de procurarse medios de sustento en la economía moderna. El descubrimiento de diamantes en Griqualandia Occidental había convulsionado por completo, y en muy pocos años, el panorama económico de la región: la presencia europea en relación con el intensificado interés por desarrollar inversiones de capitales pasó a ser el motor de proyectos de reestructuración política. El reino zulú, considerado por los ingleses hasta los años Sesenta un baluarte para el control de la expansión bóer en el Transvaal, se convirtió en un obstáculo que se alzaba ante los propósitos hegemónicos de la potencia colonial, los cuales se orientaban hacia la constitución de una confederación bajo predominio inglés, en la que ningún espacio autónomo sería reconocido a los Estados históricos autóctonos.

LA DESTRUCCIÓN DE LA AUTONOMÍA DE LOS JOSA

La región josa mantenía sólidos contactos comerciales con el Cabo ya desde comienzos del siglo XVIII, a través de redes de intermediación en las que participaban otras poblaciones, en particular joi y bóeres. Es probable, pues, que el comercio haya tenido un papel no secundario en la transformación de las instituciones económicas y políticas. En efecto, antes de esas transformaciones la forma política dominante se basaba en las relaciones entre familias y linajes, reguladas por el intercambio de ganado y, por consiguiente, consistentes en alianzas instrumentales e inestables. Cada principado era una entidad fluctuante, de la que se podía entrar y salir según las circunstancias y las coyunturas. Es probable que este orden fuera puesto en discusión por la aparición de nuevos y raros productos, especialmente cuando se hallaban cargados de prestigio; la posesión o el monopolio de esos productos, que podían obtenerse a través del comercio, permitieron a algunos individuos o grupos librarse del control de los ancianos y los jefes, o de la subordi-

nación a ellos, y hacerse de un séquito que les daría la posibilidad de someter un área determinada al pago del tributo.

La expansión de los bóeres en las tierras al otro lado del río Sundays fue enfrentada con continuas guerras que, a partir de la primera, librada en 1779, se desenvolvieron en un amplio lapso de cien años. El territorio josa situado entre los ríos Keiskkama y Kei, conquistado ya en 1835 por las tropas inglesas como Queen Adelaide Province, y devuelto después (hoy se llama Ciskei), fue anexado a la Corona británica en 1847, en condición de colonia separada, con el nombre de British Kaffraria (Cafrería Británica). De ello se derivó una guerra de guerrillas que agravó los efectos de la sequía y provocó la difusión de enfermedades como la peste bovina, que diezmó las manadas de ganado, principal recurso de la población. Humillados por la pérdida continua de tierras, reducidos a vivir en territorios que la constante presión de las tropas inglesas y de los colonos blancos volvía precarios, desmoralizados por las epidemia que destruían la más importante fuente de recursos de la población, el ganado, muchos grupos josa se dejaron ganar por las profecías de salvación y purificación que se difundían a través de la intervención de una joven profetisa, y que requerían el sacrificio del ganado para librarse de los blancos. Las profecías habían comenzado a esparcirse en 1855, cuando llegaron rumores de una derrota inglesa a manos de los rusos en la guerra de Crimea. En esas historias, los rusos eran los oprimidos que habían logrado derrotar a los formidables opresores, una victoria que también sería posible para los josa, siempre que supieran purificarse sacrificando su bien más preciado, el ganado. En 1857, la mayor parte del ganado que les había quedado tras las epidemias, unas 200.000 cabezas, fue exterminada para obedecer el mandato de la profetisa. De ello no derivó la liberación de los blancos, sino hambre y pobreza ya irreversibles: murieron más de 20.000 personas, y sólo en 1857 fueron 30.000 las que se dirigieron a la colonia en busca de trabajo. El episodio marcó el fin de la resistencia josa, y el comienzo de su definitiva subordinación.

EL DIFACANE EN LOS TERRITORIOS SOTO-TSUANA

El difacane se inició en territorio soto con la huida de grupos de hlubi de las razias zulúes, seguidos por los nguane di Matiwane. Éstos llevaron devastación a los principados soto del sur hasta el surgimiento de Moshoeshoe, que consolidó su hegemonía sobre los grupos soto instalándose en la montaña de Thaba-Bosiu, verdadera fortaleza natural contra las agresiones y los asaltos de los bandidos, producto de las devastaciones del difacane. El reino de Moshoeshoe, organizado como una federación de principados semiindependientes, logró defenderse de formidables ataques de ndebele, griqua y kora, hasta convertirse en el

más importante y potente en la región, gracias asimismo a la especialización adquirida en el empleo de fuerzas armadas a caballo.

Ante Moshoeshoe cumplió un papel esencial la instalación, a partir de 1833, de los misioneros evangélicos de la Sociedad Misionera de París, quienes se convirtieron en importantes aliados del soberano, dirigieron la educación de los príncipes y se dedicaron a difundir la instrucción pública. Sus escritos representan para los historiadores una fuente de gran valor para la historia de la región. A mediados de los años Treinta el reino consistía en unas 25.000 personas, que comenzaban a identificarse colectivamente como soto. Son los mismos años en los que los bóeres comienzan a instalarse en el altiplano meridional. Expulsados los ndebele en 1837, la potencia de los soto pasa a ser considerada una amenaza, no sólo para las miras expansionistas de los bóeres, sino también para los intereses ingleses. De las relaciones diplomáticas y los tratados de los años Cuarenta se pasó a las guerras de los Cincuenta, que sin embargo no lograron desgastar el poder de Moshoeshoe. Por consiguiente, cuando en 1854 los bóeres reconquistaron la soberanía sobre el Estado Libre de Orange la definición de la frontera entre Estado Libre y Estado soto estaba todavía por hacerse.

La ofensiva contra el reino soto fue retomada en los años Sesenta. Tras varias derrotas, los bóeres adoptaron la táctica de la tierra arrasada, destruyendo aldeas y depósitos de alimentos. En 1868, respondiendo al pedido de ayuda de Moshoeshoe, el gobernador del Cabo puso fin a la guerra, impidiendo al Estado Libre el reaprovisionamiento de armas. El reino de Moshoeshoe fue puesto bajo la protección inglesa, bajo el nombre de Basutolandia (Lesoto).

EI difacane significó huidas, confusa mezcla de poblaciones, caída y disolución de reinos, y constitución de otros nuevos. Envolvió a todas las poblaciones, y también a los misioneros: Robert Moffat, suegro de Livingstone, jefe de la misión de Kuruman, jugó un papel fundamental en la organización del apoyo de la caballería armada de fusileros griqua, en defensa de los tlhaping.

Entre 1824 y 1826 se afirmó el poder de los kololo que, al ser derrotados, se dedicaron a recorrer la región realizando razias durante catorce años, hasta que hacia 1840 llegaron al río Zambeze, donde primero sometieron poblaciones tonga, y después al rico Estado de los lozi. En la vasta llanura aluvional del Zambeze, que hoy pertenece a la región occidental de Zambia, ya desde el siglo XVII estaba constituido el reino de los pobladores lozi –antes conocidos como luyi o luyana, "el pueblo del río"–, que se había impuesto sobre los anteriores habitantes de la región y había obtenido el pago de tributo por poblaciones situadas al sur y al este. Los lozi, precisamente por la particularidad ecológica de la llanura aluvional, no hacían uso de la rotación de los terrenos,

sino que desarrollaron una rica agricultura de trigo y maíz y de cría de ganado, en terrenos fértiles que abandonaban en las épocas de inundación. Aunque alejado de las principales rutas comerciales, su territorio se convirtió en centro de intercambio; pero fue sin duda la organización productiva la que representó la base del sistema centralizado, que tenía muchos puntos de semejanza con el de los luba. Hasta los años Treinta los lozi lograron mantener un sistema coherente y de funcionamiento efectivo, pese a haber tenido que absorber la inmigración a su territorio de diferentes poblaciones, y a estar en guerra con los luvale que practicaban la razia de esclavos, una práctica no tolerada en el reino. Posteriormente, entre 1840 y 1864, bandas de kololo invadieron y dominaron el territorio. En 1854 Livingstone había abierto un camino de comercio hacia Angola en la región septentrional, en territorios donde ya estaban activos los comerciantes mambari. La competencia por el monopolio del comercio de marfil hacia la costa occidental fue fuente de conflictos, que llevaron al fin del predominio kololo y a la restauración del rey de los lozi, Lewanika, en los años Setenta. La recuperada autonomía de este reino duraría muy poco tiempo.

REINOS Y ESTADOS DE ZIMBABUE

De la dispersión provocada por el fenómeno mfecane se originó también el Estado matabele de Zimbabue. La región de lengua y cultura preponderantemente shona que se extendía desde el altiplano al valle del río Zambeze y a la región entre Quelimane y Sofala había estado dominada a lo largo de la historia por diferentes configuraciones estatuales, de las que las principales fueron Zimbabue, predominante entre los siglos XII y XV, Torwa o Butua, desde el siglo XV al XVII, Changamire desde el XVII al XIX y, por fin, Mutapa (Monomotapa) entre el siglo XV y el XIX. Los Estados de la región habían conocido en distintas épocas notables grados de desarrollo en agricultura y ganadería, y eran famosos por sus recursos auríferos, presentes sobre todo en la zona sudoccidental y en el alto valle del Zambeze, que durante siglos fue la base de un lucrativo comercio con la costa oriental[64].

---

64 D. N. Beach, *The Shona and Zimbabwe 900-1850*, Mambo Press, Gweru 1980; Id., *The Shona and Their Neighbours, Blackwell*, Oxford 1993; H. H. K. Bhila, *Trade and Politics in a Shona Kingdom. The Manyika and Their Portuguese and African Neighbours 1575-1902*, Longman, London 1982; S. I. G. Mudenge, *A Political History of the Munhumutapa ca. 1400-1902*, Zimbabwe Publishing House, Harare 1988; T. Ranger, "The Nineteenth Century in Southern Rhodesia" en Id. (ed.), *Aspects of Central African History, Heinemann*, London 1968.
Cfr. la discusión sobre fuentes e historiografia: M. Zamponi, "Gli stati dello Zimbabwe pre-coloniale: problemi di analisi storiografica" en *Africa* (Roma), 2, 1992, pp. 151-72

La civilización que era denominada Zimbabue ("gran construcción de piedra"), de la que quedan imponentes testimonios arquitectónicos y que constituye un punto de referencia histórico del más alto valor simbólico en toda la región, decayó y fue abandonada probablemente a principios del siglo XVI, cuando ya los portugueses habían sustituido a los árabes como potencia dominante en el puerto y las costas de Sofala. Lo cierto es que a Zimbabue se conectan, en la tradición oral, todos los mitos sobre el origen de los Estados que luego se sucedieron en la región. El reino Mutapa, entre los ríos Zambeze, Mazoe y Muzengezi, fue formado probablemente en el siglo XV por expatriados de Zimbabue. Mutapa fue puesto en crisis durante el siglo XVII por las exacciones que le imponían los portugueses, y por la pérdida de su hegemonía sobre varias entidades políticas situadas hacia las costas, pese a lo cual siguió ejerciendo un papel en la región, aunque redimensionado en su territorio y debilitado por una serie de enfrentamientos intestinos. En la primera mitad del siglo XIX dominaba todavía el valle del Zambeze, y algunas áreas del altiplano. El Estado era una confederación de principados en la que el Mutapa, o rey, era el primus inter pares, dotado de una estructura militar que, aun no estando institucionalizada, le permitió oponerse eficazmente a los propósitos expansionistas y las razias de los prazeiros portugueses.

Torwa o Butua, situado al oeste de Mutapa y también descendiente del antiguo Zimbabue, fue conquistado hacia 1680 por los rozvi, fundadores del Estado de Changamire en el sudoeste. Fue este Estado el que puso fin a los intentos portugueses de apoderarse del altiplano. El siglo XVIII y el comienzo del XIX estuvieron caracterizados por invasiones y migraciones: los rosvi se desplazaron desde el nordeste hacia el centro y el sudoeste, y hacia la llanura de Teve. Otros pueblos, venidos del norte, el sur y el oeste, se ocuparon de llenar el vacío.

Toda la estructura política, social y religiosa del altiplano fue modificada luego por la invasión de los ndebele, fundadores del Estado matabele. La población que fue a instalarse en el altiplano, bajo la dirección de su caudillo Mzilikazi, presentaba un origen muy complejo: provenía del principado de Kumalo, en los territorios nguni del norte, y se había visto obligada a huir al otro lado de los montes Drakensberg en 1822, por estar enfrentada con los zulú de Shaka[65]. Durante esa huida había ido absorbiendo a otros grupos radicados en los territorios que conquistaba, a través de una serie de desplazamientos que habían llevado a Mzilikazi y los suyos, primero, a realizar razias en el territorio de los pedi, y después, en los siguientes 15 años, al reunírsele otros

65 R. K. Rasmuss en, *Migrant Kingdom: Mzilikazi's Ndebele in South Africa*, David Philip, Cape Town 1978.

grupos de la diáspora nguni, a establecerse en tres localidades situadas respectivamente en el Transvaal meridional, el central y el occidental. En cada territorio se formaron regimientos militares, en los que se incorporaron las poblaciones sometidas, pertenecientes a los principados soto-tsuana derrotados. Fueron atacados dos veces por los zulú de Dingane, y varias veces por los griqua y los kora. Mzilikazi mostró interés por la misión de Moffat, hombre influyente entre los griqua y en la colonia del Cabo. En 1835 los ndebele recibieron la visita de una misión encabezada por el doctor Andrew Smith y después, ya en 1836, firmaron un tratado de amistad con el gobierno del Cabo, que tenía por objeto brindarles garantías contra los ataques de griqua y kora desde el sur. Su derrota en el Transvaal fue determinada por la llegada de los bóeres, que se unieron a sus adversarios.

En 1837 los ndebele, divididos en dos grupos, se dirigieron hacia el noroeste y hacia el altiplano de Zimbabue, para volver a unirse en los años Cuarenta en los alrededores de la capital del reino Rozvi-Changamire, en decadencia a causa de las repetidas razias practicadas por otras poblaciones ngoni. Mzilikazi reconstruyó el reino de los ndebele absorbiendo las poblaciones shona, del mismo modo como habían sido integrados antes los pedi y los soto-tsuana, y manteniendo también la organización militar originaria, que debía funcionar como instrumento de integración social, y la lengua. Los regimientos estaban organizados sobre sistemas regionales y no, como en el caso zulú, en una estructura firmemente centralizada.

LA DIÁSPORA NGONI Y EL ESTADO DE GAZA

En 1819, la derrota del principado de Ndwandwe a manos de los zulú provocó la huida hacia el norte de otros grupos, que después serían conocidos como ngoni en la región a la cual arribaron. Esos grupos se reorganizaron en regimientos militares para realizar razias durante varios años en los territorios de los tonga y los chopi, poblaciones del Mozambique meridional que hasta ese período se hallaban organizadas en pequeños principados. Zwangendaba y sus seguidores actuaron en el sur de Mozambique entre 1821 y 1825, en colaboración con la facción de Soshangane. Después se desplazaron hacia el norte, donde derrotaron a otro grupo ngoni comandado por Ngwane Maseko, y se vieron obligados a huir cuando a éste se unió el líder de otra facción, Msene. Grupos ngoni se dirigieron al oeste, a lo largo de las orillas del río Sabi, y tras años de devastadoras razias atravesaron el Zambeze. Después se dividieron en dos facciones. Una de ellas, liderada por Mpezeni, se instaló en Zambia, mientras que la otra, guiada por Mwambera, permaneció

en Malaui. Otros ngoni llegaron a Malaui y al norte hasta la región de Songea, en Tanganica occidental[66].

Soshangane era el líder de un grupo ngoni cuyo componente principal, los gaza, daría luego su nombre al Estado formado al sur del Zambeze. La mayor parte del territorio controlado por Gaza se situaba entre la bahía de Delagoa (Lourenço Marques, después Maputo) y el río Zambeze. Estado esencialmente guerrero, Gaza estaba organizado de acuerdo con una rígida jerarquía, dependiente de la ascendencia. Las familias originarias de Ndwandwe, que constituían la clase dirigente, se consideraban una aristocracia étnicamente diferenciada de las poblaciones sometidas, la cual tomó el etnónimo de ngoni (en portugués, anguni). Entre las poblaciones tributarias había algunas que, precisamente por su prolongada asociación con el Estado de Gaza, gozaban de un estatuto especial: eran las poblaciones del valle del Limpopo y los cossa de Magude, incluidos en el grupo llamado mabulundlela (mabuyandela) y que hasta hoy son conocidos como changana (shangaan), etnónimo que deriva del nombre del rey Soshangane, primer soberano del reino de Gaza. Otras poblaciones, pertenecientes a los grupos lingüísticos tonga, chopi y shona, mantuvieron su identidad étnica originaria. El término "shangaan" o "changana" está muy difundido hoy como forma de designar la población de origen rural predominante en la actual Gaza (provincia administrativa de la moderna República de Mozambique), mientras que el etnónimo "ronga" sirve para definir a los habitantes originarios de Maputo y su distrito, que es de presumir descienden de los principados ronga que controlaban el área, y que mantenían relaciones de flexible vasallaje con el Estado ngoni de Gaza. Tonga, tsonga o thonga son términos que señalan a un grupo lingüístico común a toda la región meridional del actual Mozambique y el Transvaal del norte.

En el territorio de Gaza, al contrario de lo que sucedió con los ndebele de Zimbabue, los conquistadores adoptaron la lengua de los conquistados, probablemente a causa de su débil presencia demográfica, y de la dispersión de las familias dominadoras de origen nguni a lo largo de un vasto territorio.[45] La muerte en 1858 del primer rey, Soshangane, fue seguida por conflictos de sucesión que indujeron el traslado de la capital a Mossurize, al norte del río Sabi, y a continuación, en 1889 a Manjacaze, sobre el fértil valle del Limpopo. La mudanza favoreció

66 Cfr. especialmente P. Harries, *Work, Culture and Identity. Migrant Laborers in Mozambique and South Africa c. 1860-1910*, Heinemann, London 1994; es el producto de una amplia búsqueda en fuentes portuguesas, inglesas, francesas y afrikaans, con amplias notas que dan noticia de toda la literatura dedicada a considerar las causas de la emigración, sus consecuencias, la historia social de los emigrantes y la formación de nuevas identidades y culturas.

la penetración portuguesa en el interior de Lourenço Marques, puerto de importancia crucial para toda la región, por ser el punto terminal del ferrocarril en construcción, que uniría la bahía de Delagoa con el fértil y rico Transvaal. La misión de arbitrar entre las pretensiones portuguesas, sostenidas por supuestos documentos firmados por los reyes de Gaza, y las ambiciones británicas de controlar el importante puerto fue confiada al presidente francés Mac-Mahon, que en 1875 reconoció los derechos portugueses. Aunque debilitado, hasta los años Noventa el Estado de Gaza logró representar bajo Ngungunyane, su último soberano, el mayor obstáculo para la conquista colonial portuguesa.

PROCESOS MIGRATORIOS: LAS SOCIEDADES AFRICANAS, RESERVORIO DE FUERZA DE TRABAJO

En la víspera de su definitiva extinción por la vía de las armas, en 1895, el Estado de Gaza y toda la región meridional del actual Mozambique se hallaban, tal como ya había sucedido con el Estado zulú y con el de Matabele, en medio de una profunda reestructuración de sus bases de reproducción económica y social. La importancia de la acumulación de ganado había ido debilitándose, ya fuera por razones ecológicas, a causa de las repetidas rachas de sequía que afectaron la región, o por razones políticas. El territorio había quedado devastado por las guerras, que habían provocado un masivo movimiento de emigración y desplazamiento de poblaciones. El tráfico de esclavos, que se había intensificado precisamente en la segunda mitad del siglo, contribuía al aumento de la conflictualidad. Además, es justamente a partir de la segunda mitad del siglo, y cada vez más en los años Setenta, cuando se harán sentir los efectos de un fenómeno nuevo, la emigración a Kimberley, Natal y el Transvaal, esto es, a las plantaciones, las haciendas agrícolas, las minas de diamantes y, más tarde, a las minas de oro del Witwatersrand.[46] Con reducidas dimensiones, esta emigración se había iniciado ya hacia la mitad del siglo, en relación con la expansión de las plantaciones de caña de azúcar de los colonos de origen inglés de Natal, donde la población local, los zulú, se mostraba renuente a abandonar sus fuentes autónomas de sustento, la producción de cereales y otros alimentos, para ingresar en ese mercado en expansión. Shepstone, secretario de asuntos indígenas de Natal, sostenía en 1872 que los "nativos de la colonia" no eran proveedores de mano de obra para las plantaciones de café y caña de azúcar, ni llegarían a serlo jamás.

La solución para la escasez de brazos fue hallada en los territorios de poblaciones vecinas, que no poseían los mismos recursos económicos de que disponían los zulú, ni tampoco su fuerza militar y política. Las poblaciones del Mozambique meridional comenzaron a emigrar a las factorías bóeres o a las plantaciones inglesas ya en 1863.

Al mismo tiempo, el gobierno colonial británico de Natal incentivaba la emigración de trabajadores de las Indias británicas. En 1870 se negoció con el rey de Gaza la regulación del reclutamiento de trabajadores. A partir de los años Setenta se abrieron nuevas y más interesantes perspectivas de retribución en las minas diamantíferas de Kimberley, que comenzaron a atraer masas de jóvenes en busca de fortuna. El trabajo en las minas permitía ganar salarios que superaban hasta tres o cuatro veces lo que se pagaba en las tareas agrícolas. En 1875, los gobiernos coloniales de Natal y los territorios portugueses del sur de Mozambique suscribieron un acuerdo que garantizaba la emigración de trabajadores de la región bajo influencia portuguesa, y al mismo acuerdo adhirió en 1876 el gobierno de la colonia del Cabo.

La influencia política y económica de Portugal en la bahía de Lourenço Marques seguía siendo muy poca cosa hacia el final del siglo: la ciudad, todavía casi una aldea, no era más que un punto de tránsito de mercaderías desde el interior y hacia él, controlado por autoridades africanas que en todo caso, si algún tipo de relaciones de sumisión tenían era para con el Estado de Gaza. La emigración a las colonias inglesas y las repúblicas bóeres constituyó el primer contacto duradero con sectores económicos modernos, porque las ciudades de la costa mozambiqueña aun continuaban ancladas al comercio de pieles de animales, marfil, semillas de oleaginosas y cera, y no ofrecían oportunidades de trabajo productivo y con remuneraciones competitivas.

Los verdaderos proveedores de fuerza de trabajo a la economía regional en expansión no fueron en esa época los portugueses sino los jefes africanos, que en la emigración a Natal y Kimberley hallaban solución parcial a los problemas de crisis y supervivencia de sus poblaciones. En efecto el ganado, principal símbolo de poder económico, y medio de pago, además, del precio de la novia (lobolo), había sido confiscado durante las invasiones ngoni, o aniquilado por la peste bovina de 1854. Las libras esterlinas que empezaron a llegar en pago de los salarios de los primeros trabajadores revolucionaron todo el sistema económico y social de las poblaciones en contacto directo o indirecto con la emigración: el lobolo, que tradicionalmente debía ser pagado mediante la entrega de ganado o instrumentos de labranza (azadas) a la familia de la novia, empezó a ser pagado o requerido en dinero; el sistema de tributos, antes basado en prestaciones de trabajo o en la entrega de parte de la producción agrícola a jefes o ancianos, se modificó a partir del momento en que empezó a consistir en un pago en dinero. Pasó a ser un verdadero tributo la obligación, para todos quienes volvían del trabajo migrante, de dar parte del salario a los jefes, incluso para el pago de servicios que antes habían sido compensados con pagos en especie. Los propios jefes que obtenían trabajadores para la emigración fueron

compensados en dinero. En la bahía de Lourenço Marques se incrementaron las transacciones comerciales, y se difundió la lengua inglesa y, sobre todo, el uso de determinadas palabras o expresiones inglesas (en las lenguas tonga y ronga "anillo" se dice ring, así como "reloj" es watch, y "martillo" hamela). De ese modo, el trabajo migratorio constituyó la primera etapa de la integración del sur de Mozambique a la economía regional y mundial. Fue un proceso que provocó profundos cambios en las estructuras sociales, en el sentido de que dio el golpe de gracia a los símbolos tradicionales del poder económico y el prestigio de los jefes.

Desde mediados del siglo los portugueses se transformaron en intermediarios entre las entidades políticas y sociales del interior de la bahía de Delagoa y los intereses de los plantadores de Natal, y de la industria minera diamantífera de Kimberley primero, y luego de otras áreas mineras, en especial las del Witwatersrand. Con el reparto de los territorios y la consiguiente definitiva institucionalización de la colonización portuguesa en Mozambique, la emigración desde las regiones mozambiqueñas meridionales a Transvaal y Natal se convirtió para Portugal en un elemento esencial del proceso de acumulación, y seguirá siéndolo hasta el término del colonialismo portugués.

No sólo el Mozambique meridional sino toda el África austral comenzó, desde los años Setenta, a recibir la influencia de la afirmación de sectores económicos modernos, mineros y agrícolas, que atraían cada vez más fuerza de trabajo. La masiva emigración de hombres jóvenes en edad productiva provocó profundos cambios en la división del trabajo en la agricultura según los sexos, pues la responsabilidad de atender la producción agrícola familiar para la subsistencia fue siendo dejada cada vez más preponderantemente en manos de las mujeres.

Los que emigraban provenían, por lo general, de las capas más marginales de la población. Eran en su mayoría jóvenes que debían encontrar los medios para pagar el lobolo, en una situación de grave deterioro de la agricultura campesina y de la ganadería, causada por las devastaciones de las razias en busca de esclavos, las guerras, la sequía y otras variadas calamidades, entre ellas la peste bovina que en los años Setenta redujo las manadas o las destruyó completamente. Del Estado de Matabele emigraban preponderantemente jóvenes de origen shona de los territorios más pobres. En los sistemas tradicionales, el lobolo era controlado por los ancianos. Al dejar de estar supeditado primordialmente a los medios que estos quisieran poner a disposición de los jóvenes, o estuvieran en condiciones de facilitarles para la adquisición de ganado, se convirtió en un pago sólo posible mediante la adquisición de medios personales. Comercio y emigración indujeron mayor movilidad social, pero también mayor dependencia de productos que venían del exterior: armas, mantas y otros objetos de consumo.

En los años Sesenta comienza también el interés de las compañías mineras por las riquezas del altiplano de Zimbabue, por otra parte conocido ya desde tiempos antiguos como zona aurífera. En los años Setenta, misiones exploratorias fueron enviadas a Gaza y Manica, y se moviliza también la compañía portuguesa, Companhia de Moçambique, para la extracción de oro en Manica. Gran Bretaña y Portugal llegaron a un acuerdo sobre el reparto de los territorios de Gaza en 1891. Ya en 1885 los ingleses habían concedido protección a los territorios tsuana contra la amenaza ndebele, y en 1887 Lobengula, rey del Estado de Matabele, había firmado un tratado con el gobierno afrikaner del Transvaal, que enseguida fue reemplazado por otro tratado con los ingleses, quienes se valieron de él para iniciar su penetración económica y militar.

A comienzos de los años Noventa los estados de Matabele y Gaza se encontraban aislados diplomáticamente, y en efecto fueron conquistados por las armas, el primero en 1893 y el segundo en 1895. Los estados y principados shona intentaron sacar ventaja de la ocupación de Matabele, aliándose algunos con los portugueses y otros con los británicos. También hubo algunos que resistieron, sobre todo al establecerse un sistema de impuestos a partir de 1894, pero fue en 1896 cuando estalló la gran Chimurenga, una serie de rebeliones que involucró en distintos grados a las poblaciones ndebele y shona de las regiones centrales. Los shona del sur no participaron, pues consideraban a los ndebele sus verdaderos opresores. Las divisiones y rivalidades entre las fuerzas en pugna no hicieron sino jugar en favor de la conquista colonial que inexorablemente había comenzado.

EL ÁFRICA INVIOLADA DE LOS GRANDES LAGOS

En el siglo XIX, el centro del África alrededor de los Grandes Lagos, área de la que sólo se tuvieron vagas nociones hasta la época de las grandes exploraciones (y a tal punto que todos los mapas de África del primer cuarto del siglo no proporcionan más que representaciones fantasiosas) está dividido entre reinos de origen, dimensiones e importancia dispares.

En la región de los lagos, amplio espacio delimitado por la selva zaireña al oeste, por el pantano que forma el alto Nilo en el sur del Sudán, por los altiplanos situados al sur y al sudeste, en las actuales Kenia y Tanzania, residían poblaciones organizadas en entidades estatuales, herederas y descendientes de culturas diferentes aunque fueran contiguas; culturas que, no obstante, permanecieron ignoradas hasta el reparto colonial, porque habían sido tocadas apenas tangencialmente –y eso, sólo en la segunda mitad del siglo– por los efectos del comercio, o por la presencia de elementos extranjeros. Estas entidades políticas se habían desarrollado en el curso de los siglos en sistemas caracteriza-

dos por complejas relaciones de clientelismo que constituían la trama de las relaciones sociales entre dinastías reales, clanes aristocráticos dominantes y otros elementos componentes de la población agraria y pastoril. Estas relaciones clientelísticas eran primordialmente de reciprocidad, si bien comprendían diferentes grados de subordinación[67].

En el siglo XIX se asistió, en los casos de Ruanda, Bunioro, Ankole, al desarrollo de un poder real absoluto asistido por ejército y burocracia; en Buhaya y Burundi, de un poder limitado por las fuertes autonomías de los diferentes principados. El poder estaba representado siempre por una serie de complejos intercambios entre soberano y aristocracias, que podían ser reclutadas tanto dentro de determinadas categorías o castas, según sucedía en Ruanda, Burundi, Ankole, como en el seno de una sola clase (Bunioro), o estar formadas incluso por grupos heterogéneos, desde el clan real a un conjunto de clientes provenientes de otros clanes (Buhaya). Los estudiosos de la historia de esta región coinciden en que sólo en Ruanda surgió una noción casi moderna de Estado. Ya antes del siglo XIX el Estado ruandés había dejado de ser preponderantemente un manojo de vínculos de clientelismo, urdido por los grandes propietarios de tierras y ganado, puesto que el rey controlaba el país a través de un ejército que era el baluarte de la administración militar de las provincias. Cada gobernador de provincia era tributario del rey y de las autoridades políticas. Más que clientes del soberano, los gobernadores eran representantes del poder central. En las otras formaciones estatuales de la región, si bien diferían unas de otras, las relaciones entre el rey y los jefes seguían estando mediadas por las relaciones de tipo clientelar, que iban desde sistemas de reciprocidad a varios tipos de subordinación, con diferentes formas de estratificación social: castas (ankole, burundi), jerarquías de clan (buhaya), clases (bunioro).

La población de Ruanda y la de Burundi –términos que se refieren tanto a los Estados históricos como a los coloniales y a los actuales, por más que, como es sabido, los sucesivos Estados no coincidan en su extensión territorial– no se diferencian desde el punto de vista

67 D. W. Cohen "Peoples and States of the Great Lakes Region" en *General History of Africa*, cit., t. V, pp. 271-93.
Entre las numerosas obras existentes, cfr.: AA.VV. *La civilisation ancienne des peuples de Grands Lacs*, Karthala, Bujumbura, Paris 1979; J. Vansina, *L'évolution du royaume Rwanda de l'origine à 1900, Académie Royale des Sciences d'Outre-mer,* Bruxelles 1961; L. de Heusch, *Le Rwanda et la civilisation interlacustre*, Institut de Sociologie, Université Libre de Bruxelles, Bruxelles 1966; E. Mworoha, *Peuples et rois de l'Afrique des lacs: Le Burundi et les royaumes voisins au XIXème. siècle*, Les Nouvelles Editions Áfricaines, Dakar 1977. Per ulteriori indicazioni: M. D'Hertefelt, D. De Lame, *Société, culture, histoire du Rwanda. Encyclopedie bibliographique 1863-1980/87,* Musée royal de l'Afrique centrale, Tervuren 1987, 2 vols.

cultural. Hay una misma tradición oral, común a todos los grupos de población, y todos los grupos hablan la misma lengua, de origen bantú, con aportes de las lenguas del sur del Sudán y de las cusitas. En cambio, las poblaciones se diferenciaban respecto de la jerarquía de poder, que vino a quedar determinada como consecuencia de la posesión de los recursos más importantes: ganado y control de la tierra. Históricamente, la condición de tutsi y la de hutu, además de la de twa, no eran categorías raciales ni étnicas diferenciadas, sino categorías sociopolíticas, jerarquizadas internamente y que se vinculaban entre sí por medio de complejas relaciones de intercambio económico y matrimonial, sobre todo entre los tutsi y los hutu. Pero estas dos categorías se volverán rígidas definiciones de diferencia, a las que se catalogará como "raciales" o "étnicas" en función de tomas de partido ideológicas y administrativas de la política colonial. La diferencia así cristalizada se reforzaría después, a consecuencia de la pugna política desencadenada para hacerse del control de los Estados independientes. El análisis de los sistemas que la política colonial había entregado a la completa dominación del componente llamado "tutsi" (el del mito camita, esto es, del presunto pero nunca probado origen etíope de la que en la etapa colonial fue considerada una raza superior, llegada para dominar a los inferiores campesinos hutu y cazadores-recolectores twa) revela hasta qué punto la conquista y la dominación colonial fueron condicionadas y orientadas por teorías racistas[68].

La teoría del origen camita, cara a la etnología difusionista, clasificaba a la población según una jerarquía racial sumamente precisa, para la cual hallaba justificación en reconstrucciones históricas completamente vacías de fundamento. De acuerdo con esa teoría obstinadamente evolucionista, los agricultores, preponderantemente hutu, debían haber sido quienes desplazaron a los cazadores-recolectores twa, antes de ser sometidos, a su vez, por conquistadores provenientes del este (según el explorador J. H. Speke, de Etiopía en el siglo XVI). Estos conquistadores de origen camita, esto es, descendientes de Cam, hijo de Noé, no eran otros que los tutsi, fundadores de las monarquías. Al revés de lo que es posible demostrar con fuentes respecto de las emigraciones de los luo a la región ugandesa en el siglo XVI, y respecto de las de los masai de Tanganica en el XVIII, no existe prueba alguna, ni lingüística ni histórica, que permita sostener la teoría del origen camita. Sin embargo el mito, desmentido de manera unánime por la más autorizada investigación académica, sigue gozando de amplio crédito, y con él los estereotipos que creó y que ha difundido. Las categorías

68 J. P. Chrétien, "Le défi de l'intégrisme ethnique dans l'historiographie africaniste, le cas du Rwanda et du Burundi" en *Politique Áfricaine*, 46, 1992, pp.71-84.

en que se dividían las poblaciones de los Grandes Lagos no eran ni étnicas ni raciales, aunque sí iban a serlo en época colonial, sino que se estructuraban y definían según sistemas de jerarquías aristocráticas: en Burundi, por ejemplo, los ganua (ganwa) se distinguían por rango y casta de los demás linajes aristocráticos tutsi, y de todos los linajes tutsi desprovistos de nobleza. Por otra parte, las distinciones de casta y rango cambiaron significativamente según las épocas y las circunstancias históricas, al ritmo de los procesos de toma del poder y de conquista de acceso privilegiado a los principales recursos. Es cierto que en Ruanda una dinastía tutsi, apoyada por una serie de linajes pertenecientes al mismo sector social (dentro de los tutsi) había procedido, ya desde fines del siglo XVIII, a una verdadera ocupación militar del reino, y había hecho desaparecer paulatinamente los poderes de los linajes hutu. No obstante, la resistencia de algunos linajes hutu continuó, hasta que fue finalmente doblegada con la ayuda de la colonización alemana.

Fue la protección colonial la que permitió que la aristocracia tutsi llegara a obtener beneficio no sólo de su monopolio político, sino también del otro monopolio que conservaba, el de asumir la representación total y absoluta del poder. Se trató de una estrategia que la administración belga continuó, de acuerdo con la teoría de la política de razas, la cual estableció, precisamente sobre la base de la definición de "división en razas" una jerarquización entre aquellas que eran presuntamente superiores (los tutsi) y las inferiores (los hutu). En Burundi, la dinastía de los baganwa, instaurada después del siglo XVII, jugaba un papel de árbitro en el complejo sistema clientelístico que unía a los clanes tutsi y hutu. Los principados existentes no fueron sometidos, como en el caso de Ruanda, sino que siguieron existiendo de manera autónoma, aun reconociendo ritualmente la supremacía de la institución monárquica y de los sacros poderes del Mwami (rey). Las divisiones étnicas y regionales eran, en el caso de Burundi, menos importantes que las que había en Ruanda, y comenzaron a manifestarse sobre todo en el período de la descolonización, incluso como consecuencia de la revolución que se estaba desarrollando en Ruanda, que en el momento de la independencia (1960) concluiría con la derrota de los tutsi y la toma del poder por la mayoría hutu.

El caso de la región de los reinos interlacustres, en especial los de Ruanda y Burundi, que todavía permanecían a salvo de las influencias del comercio, y seguirían estándolo por buena parte del siglo XIX, permite a los historiadores poner en evidencia situaciones demográficas, epidemiológicas, económicas e institucionales por completo autónomas de la presencia directa e indirecta de los europeos[69]. La trata de escla-

69 E. Mworoha (éd. par), *Histoire du Burundi des origines à la fin du XIXème siècle*, Hatier, Paris 1987; J. P. Chrétien, *Histoire rurale de l'Afrique des grands lacs. Guide de recherches*,

vos no llegó a esta región, y la intrusión de los suajili de Zanzíbar en Ujiji sobre el lago Tanganica permaneció como un factor esencialmente marginal. Excluida de las rutas comerciales, la región gozó de una situación ventajosa, protegida de las grandes endemias: disponía de una base nutricional asentada sobre sistemas agrícolas y de cría de ganados en expansión, de una fecundidad no perturbada por hechos exógenos y, por fin, de una relativa estabilidad política.

La agricultura se distinguía por su producción diversificada, propia de la condición de encrucijada de amplias zonas de cultivo que caracteriza a esta región: cereales de las sabanas junto con tubérculos de las selvas, plantas de origen asiático o americano. Predominaba el binomio sorgo-judías [sorgo-frijoles], pero también eran importantes el maíz, las bananas, las mandiocas y numerosas variedades de legumbres. Otro de los temas que singularizan la investigación histórica y antropológica es la importancia esencial de los bovinos en la afirmación del poder de las diferentes dinastías, y en las relaciones clientelísticas vigentes. Reyes y aristocracias acumulaban cabezas de ganado como signo de poder y prestigio, pero hay que tener en cuenta que junto a estos "ejércitos de vacas" se situaba también la cría de vacas, ovejas y cabras en sistemas productivos caracterizados por la intensa integración entre agricultura y pastoreo. En el siglo XIX, el éxito de las plantas venidas de las Américas, y las prácticas de labranza intensiva, hicieron que la agricultura fuera menos dependiente de la ganadería; así fue como el ganado adquirió un valor comercial de auténtica unidad de cuenta, a consecuencia de la intensificación, en zonas periféricas y de frontera, de los intercambios con otras poblaciones y otras entidades económicas. En cambio, el comercio de largas distancias seguía ausente, o se verificaba en medida poco relevante, pues los sistemas productivos de estos territorios no ofrecían los productos que el mercado requería –esclavos, marfil, metales como el cobre–, y tampoco estaban basados en sistemas políticos que pudieran apoyarse en la capitalización de los tributos.

Ya desde los años Veinte, las caravanas provenientes de Bagamoyo alcanzaban las riberas del lago Tanganica. Entre 1830 y 1840 se instalaron empresas comerciales en Ujiji y a lo largo del eje que desde las costas llega hasta el lago, en territorio niamuezi. El emplazamiento de Tabora, fundado en 1852 y dominado por mercaderes suajili, controlaba todo el comercio de esta ruta en nombre del sultán de Zanzíbar. En 1860 se inició una mayor (pero siempre débil) penetración comercial en los reinos, con la creación de un apostadero comercial árabe-suajili en Uvira, al norte del lago Tanganica; esta área se encuentra en territorio del actual Zaire, contigua a la ciudad de Buyumbura, capital del moder-

Karthala, Paris 1983.

no Burundi. Y mientras la corte del rey y la aristocracia mantenían la tradición en las colinas, abajo, en la llanura del Imbo asomada al lago, por medio de la presencia suajili y de su comercio se iba difundiendo una nueva cultura, en la que se encarnaban las modernas concepciones de origen extranjero: un papel preeminente, que le fue reconocido bajo la colonización alemana, y negado bajo la belga. La situación empezó a degradarse a partir de los años Ochenta, a causa de agresiones externas, del ciclo de sequías que provocó el descenso del nivel de las aguas del lago y del comienzo del contagio de enfermedades microbianas, que ya antes habían acompañado al comercio en el resto del África, y habían sido causa de epidemias. La viruela llegó a Ujiji desde las costas del Océano Índico en los años Setenta; en 1892 el contagio se propagó por las colinas, como atestigua el explorador Oscar Baumann. En 1891-92, una peste bovina venida de Somalia destruyó todas las manadas del este, y en el mismo 1892 aparecieron las chinches, portadoras a su vez de temibles enfermedades, llegadas desde la cuenca del Zaire o de un barco proveniente de América del Sur. Entre 1889 y 1891, una grave sequía provocó devastaciones y hambre, que los efectos de la peste bovina contribuyeron a prolongar: las poblaciones, debilitadas por el escaso consumo de alimentos, constituyeron así terreno favorable para los asaltos de microorganismos venidos de afuera. Entre 1893 y 1897 aparecieron varias devastadoras plagas de langostas.

Todos esos fenómenos implicaron incremento de la mortalidad y reducción de la fecundidad. Se calcula que la disminución total de población registrada entre 1880 y 1920 puede ser estimada entre un 20 y un 40%. El decaimiento demográfico de fines del siglo XIX se inscribe pues en la crisis más amplia de los desequilibrios ecológicos, cuya gravedad en toda África oriental ha quedado demostrada en recientes investigaciones, pero también en el trauma provocado por el contacto con el mundo exterior a través del comercio. También en este caso las instituciones de poder tradicionales carecían tanto de los conocimientos necesarios como de los medios aptos para afrontar las nuevas crisis. Una de esas nuevas crisis fue la llegada de los ngoni, temibles guerreros que los exploradores conocieron como batuta o babwibwi, términos rundi que equivalen a "ejecutores de razias" o "bárbaros". Un primer grupo, proveniente del territorio ufipa y dirigido por Zwangendaba, atacó en 1848 a los buha del sur, y amenazó a Ujiji entre 1855 y 1858. Otro grupo ngoni se instaló en Ugomba, al sudoeste del lago Victoria, convirtiendo al lugar en los años Ochenta en la base de razias contra Buha, Buyogoma y Burundi. Al este presionaba Mirambo, procurando controlar la ruta de las caravanas hasta el lago, y extendiendo su influencia a Uvinza y la parte oriental de la comarca buha. Mirambo salió de la escena en 1884, el mismo año de su ataque a Burundi. Ya

en la siguiente década, se hizo cada vez más pesada la presencia de la potencia mercantil árabe-suajili de Ujiji.

Los primeros europeos en llegar al área (abuna, "monstruos" en idioma rundi) fueron los británicos Richard Burton y John Hanning Speke en 1858; los siguieron el misionero Livingstone y el periodista norteamericano de origen galés Henry Morton Stanley en 1871. Los exploradores, en busca de las fuentes del Nilo y de informaciones económicas y políticas acerca de África central, sólo llegaron donde las caravanas de Zanzíbar los llevaban, es decir, a orillas del gran lago. Tanto Burton como Livingstone suponían que las fuentes del Nilo eran las aguas del lago Tanganica; Speke, por su parte, sostenía que era el otro gran lago, más tarde llamado Victoria, el que constituía el origen del Nilo. Esa interpretación más próxima a la realidad no fue creída en la época; sólo en los años Noventa la descripción hidrográfica de la región confirmaría que la cuenca del Nilo se originaba en las colinas de Burundi.

Las exploraciones de los años Noventa fueron las más directamente vinculadas con la conquista colonial: en 1892 el austríaco Oscar Baumann attravesó la región por cuenta de la comisión antiesclavista alemana, cuyo objetivo era proyectar el recorrido de una futura línea ferroviaria entre las costas marítimas y el lago. Dos años más tarde sería el turno del botánico escocés George Scott Elliot. Misioneros protestantes ingleses de la London Missionary Society (LMS) habían llegado a Ujiji en 1878; al año siguiente aparecieron los padres franceses de la Societé des Missionaires d'Afrique ("padres blancos"), fundada por monseñor Lavigerie. Los misioneros se convertirían pronto en un factor de importancia fundamental en la historia colonial de la región.

La historia de las transformaciones de las sociedades africanas en el siglo XIX nos permite ocuparnos tanto de la transformación secular debida a factores endógenos como de los efectos provocados por la trata y el comercio de largas distancias. Tales efectos resultan más visibles en las sociedades de las costas o, en general, en las más directamente relacionadas con el mundo exterior, pero en el curso del siglo llegarán a ser apreciables en el corazón mismo del África. La trata de esclavos había producido estancamiento demográfico, con la destrucción de sociedades enteras y la mutación de los sistemas políticos y sociales, a la vez que introducía estratificación, jerarquías de poder y sistemas depredadores.

Las poblaciones del continente africano habían mantenido durante centurias relaciones comerciales con el mundo exterior, pero en el siglo XIX aumentaron notablemente la escala y la intensidad de las operaciones comerciales. La penetración ya no era esporádica u ocasional; consistía en una compleja red de establecimientos comerciales, mercados y sistemas de intercambio intermedios. Esa red abarcaba

cada vez más regiones, con cantidades crecientes de población, y se estaba convirtiendo en un importante vehículo de cambios en las creencias religiosas y en los sistemas de valores. Así pues, si bien los elementos que formaron el marco de referencia obligado fueron el creciente interés de las potencias europeas y su demanda de mercaderías, sólo es posible leer las transformaciones provocadas por el comercio a través del entramado de estructuras y dinámicas peculiares de cada sociedad. El comercio de largas distancias, esto es, el comercio lícito, se basó en la institución interna de la esclavitud, creó nuevas estructuras económicas, provocó ulteriores desplazamientos de población y, en fin, en el aspecto ideológico introdujo los nuevos valores de la competitividad y la acumulación de carácter individual, con lo cual contribuyó al debilitamiento de los sistemas de solidaridad familiares y de linaje, es decir, de cuanto quedaba de las sociedades tradicionales.

El reparto colonial no tuvo lugar en un vacío de hic sunt leones,[70] sino en sociedades complejas, diversificadas y dinámicas. Los europeos lograrían doblegar a esas sociedades, gracias sin duda a su superioridad tecnológica y a su uso de la fuerza, pero gracias también a su fragilidad de sociedades en transformación, que transitaban una primera etapa de transición a formas de organización productiva, comercial e incluso política que empezaban a responder a las demandas del mercado mundial.

70 "Aquí hay leones", leyenda que aparecía con frecuencia en los mapas europeos de África al sur del Sahara, como única referencia sobre áreas para las cuales aún no se contaba con cartografía *[T.]*.

[II]
EL REPARTO COLONIAL

El reparto del continente africano entre las potencias europeas, página inicial del período colonizador que concluirá en la segunda posguerra mundial, se lleva a efecto durante las dos últimas décadas del siglo XIX. No obstante, en muchos casos la ocupación efectiva no será posible sino por medio de guerras que se prolongan hasta la víspera de la segunda guerra mundial. Una vez finalizada la etapa de conquistas, la geografía de la ocupación colonial sólo cambiaría sustancialmente cuando las colonias de Alemania –Togo, el Camerún, Tanganica, Ruanda-Burundi y África del Sudoeste, o Namibia– fueran redistribuidas, en virtud del tratado de Versalles, entre las potencias vencedoras (Inglaterra, Francia, Bélgica, Sudáfrica), como otros tantos "mandatos" de la Sociedad de las Naciones.

A mediados de los años Setenta ya eran conocidas las vías de penetración hacia el interior de África. El creciente conocimiento cartográfico del continente, al que comerciantes, exploradores y misioneros habían hecho sus aportes, había sido acompañado por importantes desarrollos de nueva tecnología de las comunicaciones. El telégrafo llegó a Lourenço Marques en 1879, y a Luanda en 1886. Desde los años Setenta la navegación a vapor hacía posible una notable disminución de la duración de los viajes hacia los puertos africanos más importantes, y del retorno de ellos. La investigación médica y el descubrimiento de la

quinina permitían desafiar endemias hasta entonces mortales, como el paludismo. Tanto Livingstone como Stanley, y con ellos muchos otros exploradores, misioneros y comerciantes, lograron sobrevivir al paludismo gracias a la quinina. La tecnología militar daba a los europeos, ya desde la década de los Sesenta, una superioridad inalcanzable para los indígenas, cuyos ejércitos usaban armas tradicionales o antiguas bombardas de escasa potencia de fuego. Dos décadas más tarde llegarían también los fusiles automáticos y las ametralladoras, auténticos instrumentos de la expansión, en el sentido de que su contribución sería fundamental para alterar el equilibrio de poder entre los europeos y las poblaciones africanas, cualquiera fuera la forma en que se organizaran.

Las razones que subyacen al reparto colonial, y la explicación de por qué dicho reparto se produjo con tanta rapidez, son objeto de intenso debate historiográfico, si bien hoy se considera ya que la búsqueda de una explicación única para un conjunto tan abigarrado de sucesos, que tuvieron lugar en ámbitos diferentes y alejados los unos de los otros, no es tan importante como los análisis que procuran subrayar la especificidad de cada situación. En los años Setenta, al concluir la guerra franco-prusiana, Europa se hallaba perturbada por la disputa por la supremacía que la unificación de Alemania había desatado. El continente africano con sus riquezas, en gran parte todavía desconocidas e inexplotadas, representaba un desafío para el futuro, tanto en términos políticos y de prestigio como en función de los recursos que, se pensaba, podría poner a disposición del crecimiento y el desarrollo industrial europeo. Dos tendencias, entre sí relacionadas, contribuyeron a hacer que los gobiernos se mostraran sensibles a grupos de presión internos que profesaban ideologías nacionalistas, en general críticas de las concepciones económicas liberales. Tales ideologías recibían el apoyo de intereses económicos que estaban a favor de la expansión imperialista en África. En el caso de Italia –país que había llegado tarde al desarrollo del capitalismo– esos intereses eran, incluso, los promotores directos de tal tipo de ideologías. La primera de las tendencias citadas fue, a partir de los años Setenta, la declinación del poderío industrial británico frente a la competencia de Francia, Alemania y los Estados Unidos. La otra fue el aumento del volumen de productos manufacturados, acompañado con la caída de sus precios. El proceso fue incentivado por el desarrollo tecnológico, y por el crecimiento del capitalismo financiero. Ese aumento de la competencia entre los sistemas económicos avanzados en vías de reestructuración industrial y social fue el que dio el impulso para la búsqueda de nuevos mercados y nuevas fuentes de materias primas agropecuarias y mineras, y para la instauración de políticas proteccionistas. Francia introdujo derechos de aduana protectores en 1881, Alemania en 1879 y Portugal en 1880. Como consecuencia de ello, Gran

Bretaña asumió cada vez más decididamente una postura de defensa de sus áreas de influencia exclusiva. Cuando los intereses económicos –en algunos casos, dotados de gran peso, como se verá respecto del Transvaal– venían a coincidir con otros objetivos, la anexión de nuevas áreas de influencia se volvía legítima a ojos de las mayorías en el gobierno.

La expansión colonial de fines del siglo, el paso del colonialismo informal al reparto que abre la etapa imperialista, es estudiado preponderantemente en el contexto de la transformación del sistema de los Estados europeos, como función de la ya madura crisis del liberalismo y del surgimiento de los nacionalismos. El discurso nacionalista ponía en primer plano las motivaciones de prestigio, dictadas por un conjunto de razones que eran, según los grupos que las sostenían, políticas, económicas, estratégicas y hasta filantrópicas. Los nacionalistas de los nuevos Estados-nación, esto es, el Reich alemán e Italia, no dejaban de incitar a sus respectivos gobiernos en favor de las conquistas coloniales, que consideraban esenciales para adquirir influencia en los asuntos internacionales. En Italia, por ejemplo, la maduración de una conciencia imperialista se basó en la ideología nacionalista, crítica del mero expansionismo comercial "pacífico" y propugnadora de conquistas territoriales por medio de acciones militares.

Un papel para nada secundario como fuerza incitadora de empresas de conquista fue el del militarismo, en cuanto ideología y también en función práctica. Así, el imperio francés en África fue producto de la acción de militares ambiciosos, como Bugeaud, Faidherbe, de Brazza, Gallieni. Los ingleses Wolseley, Kitchener y Lugard apoyaron la expansión británica en África, y la llevaron a cabo: la guerra anglo-bóer fue el broche de oro del triunfo del imperialismo británico.

La obra de evangelización cumplida por misioneros de diferentes denominaciones, al igual que el firme impulso filantrópico organizado en forma de acciones concretas sobre el terreno, considerable sobre todo en ambientes anglosajones, alentaron por todas partes el establecimiento del control europeo en África, pues la situación de grave deterioro político y social de las poblaciones africanas, la persistencia de lacras como la trata y la esclavitud, la expansión del islam, llevaban a considerar la presencia europea sobre todo como un deber moral y cristiano de apoyo a la evolución y el mejoramiento de la vida de poblaciones hasta entonces marginadas de la historia de la "civilización".

La teoría leninista del imperialismo, después retomada en el ámbito de los estudios marxistas, considera al colonialismo un fenómeno expansionista definido por las profundas mutaciones de los datos estructurales, económicos, sociales y políticos del sistema internacional, caracterizado por la ya consolidada primacía del capital financiero.

La tendencia general de la investigación histórica ha sido la de poner en duda, si no desmentir, la tesis que considera que la colonización de fin de siglo era impulsada por la dinámica del capitalismo monopolista, y dependía de ella. Según eso, las tendencias expansionistas del capitalismo en el último cuarto del siglo XIX se manifestaban y eran aplicadas en razón de la rivalidad entre naciones consolidadas y naciones emergentes (esto es, por razones eminentemente políticas, que eran las que arrastraban tras de sí a los intereses económicos). En esta línea de interpretación se sitúan historiadores como Wolfgang Mommsen y David Fieldhouse, que al considerar las razones subyacentes del reparto imperialista del África sitúan en primer plano motivaciones de tipo estratégico y diplomático, a las que los intereses económicos, aunque importantes en algunas áreas, quedarían supeditados[71]. La más conocida y difundida tesis acerca de la expansión colonial de Francia en África, sostenida por Brunschwig, desarrolla el mismo tipo de razonamiento, al considerar un factor determinante del vuelco imperialista la derrota sufrida en 1870, que según ese postulado habría sido la que movió a ciertos círculos gubernativos y militares a valerse de la cuestión colonial para recuperar el prestigio perdido[72]. Observada desde el punto de vista de las relaciones internacionales, la fiebre por el reparto territorial nos muestra a las potencias europeas –tras siglos de dominio informal, ejercido preponderantemente sobre el comercio de las regiones costeras de África– empeñadas en valerse de la cuestión colonial como instrumento diplomático que puede permitir la descarga de las tensiones en los territorios periféricos. La colonización puede haberse verificado, pues, en función del mantenimiento del equilibrio político entre los Estados.

En todos los países europeos, la expansión colonial de fines del siglo jugó, según las interpretaciones más acreditadas, un papel en

71 W. J. Mommsen, "Nationale und Ekonomische Factoren im Britischen Imperialismus vor 1914" en *Historische Zeitschrift*, 1968; D. K. Fieldhouse, *Gli imperi coloniali dal XVIII secolo*, Feltrinelli, Milano 1967. Sobre las motivaciones económicas del expansionismo británico P. J. Cain, *Economic Foundations of British Expansion Overseas, 1815-1914*, Macmillan, London 1980.
Indispensable para tener un cuadro general de la economía internacional en relación con los sucesos africanos: F. Munro, *Africa and the International Economy 1800-1960*, Dent, London 1976. Sobre orientaciones de investigación: B. M. Ratcliffe, "The Economics of the Partition of Africa: Methods and Recent Research Trends" en *Canadian Journal of African Studies*, XV, 1, 1981, pp. 3-33.

72 H. Brunschwig, *Mythes et reálités de l'impérialisme colonial français, 1871-1914*, Armand Colin, Paris 1960; Id., *Le partage de l'Afrique noire*, Flammarion, Paris 1971. Véase además L. H. Gann, P. Duignan (eds.), *Colonialism in Africa 1870-1960*, Cambridge University Press, Cambridge 1969, t. I, *The History and Politics of Colonialism, 1870-1914*. Sobre la política francesa cfr. también: C. W. Newbury, A. S. Kanya-Forstner, "French Policy and the Origins of the Scramble for Africa" en *Journal of African History*, X, 3, 1969 pp. 253-73.

modo alguno secundario en la política de preservación del equilibrio entre las grandes potencias europeas y en el interior de cada una de ellas, en la medida en que significó una deliberada transferencia de las conflictualidades a escenarios periféricos, y en que sirvió como medio de reorganizar el consenso, tanto de los sectores de pequeña y mediana burguesía a los que la empresa colonial prometía ventajas como de los sectores populares, los cuales pasarían pronto a ser, en distinta medida y hasta por otras razones, sostenedores del imperialismo colonial.

La Alemania de Bismarck, según la bien conocida tesis de Taylor, se convierte en protagonista de primer plano del reparto en el intento de lograr un reacercamiento con Francia en función antibritánica, de modo de desviar las rivalidades europeas a un campo de enfrentamiento periférico. Turner, continuando la misma línea argumental de Taylor, llega a la conclusión de que Bismarck se resolvió a intervenir en África en previsión de las posibles consecuencias de no participar en el reparto colonial, en el sentido de que la crisis del comercio libre no solamente tendría por resultado impedir a Alemania la protección de sus intereses en materia de intercambio comercial, sino inclusive su acceso a las materias primas estratégicas para su desarrollo industrial[73].

La investigación sobre las causas del reparto colonial en cuanto resultado de la política de preservación del equilibrio en el sistema de los Estados europeos se ha enriquecido con los estudios de historia social, los cuales subrayan que la cuestión colonial sirvió en muchos casos para fines de política interna. La primacía de la Aussenpolitik sobre la Innenpolitik aparece invertida en el trabajo de Wehler, que atribuye la expansión colonial alemana a la crisis de modernización de Alemania inmediatamente después de su unificación. Según eso, Bismarck recurrió a la política colonial para legitimar un orden social y político en crisis a causa de cambios tan rápidos como incontrolables. De acuerdo con esta línea de interpretación, la adquisición de colonias, más que indicar la búsqueda de equilibrios diplomáticos en el escenario internacional, representaba para el canciller alemán un esfuerzo por afirmar esa modalidad de acción como una solución estatista a los problemas económicos planteados por la gran depresión, y como alternativa nacional frente a las amenazas del socialismo[74].

La cuestión del social-imperialismo, vale decir de las relaciones entre la modernización, la transformación económica, social e institucional de los Estados europeos y el colonialismo, sólo ha sido rastreada,

73 A. J. P. Taylor, *Germany First Bid for Colonies, Macmillan*, London 1938; H. A. Turner "Bismarck's Imperial Venture: Antibritish in Origin?" en W. R. Louis, P. Gifford, A. Smith (eds.), *Britain and Germany in Africa*, Yale University Press, New Haven 1967.

74 U. Wehler, *Bismarck und der Imperialismus*, Kiepenheuer und Witsch, Berlin 1969.

y de modo marginal, en la investigación histórica acerca de los casos francés e inglés. Por lo que atañe a Italia, un país que llegó tarde al desarrollo capitalista, el tema del giro en la interpretación de la relación existente entre política interna y política exterior está tratado en el clásico trabajo de Michels, y en los de Zaghi, Rochat, Goglia y Grassi[75].

No cabe duda de que el afianzamiento de políticas proteccionistas sirvió de preludio al reparto. La cuestión del comercio libre en las principales vías de penetración hacia el interior –los ríos Níger y Congo– se volvió, pues, esencial, en la medida en que durante los años Ochenta crecieron la conflictualidad y el peligro de que una u otra potencia pudiera monopolizar la navegación hacia un determinado punto, e imponer derechos aduaneros al comercio de sus rivales. Pero en ningún caso la decisión de intervenir fue fruto de la presión que en el nivel local pudieran ejercer los comerciantes, empresarios, misioneros o exploradores, sino que siempre se la adoptó en el momento en que parecía que entraban a ser motivo de discusión intereses fundamentales, de carácter económico y estratégico general.

Catherine Coquery-Vidrovitch, en un ensayo fundamental, había intentado conciliar teoría e investigación histórica reproponiendo la noción de "imperio renuente", presente ya desde el título en un famoso libro del historiador John Semple Galbraith, publicado en 1963[76]. El colonialismo cumple para Inglaterra, potencia dominante hasta esa época, una función de defensa de áreas de influencia contra las políticas agresivas de Francia y de Alemania, que ya alcanzaban un nivel de expansión económica similar al británico. El reparto de África sería, pues, la revelación del desajuste histórico en el acceso de los países capitalistas al imperialismo, y en la adopción de este como sistema occidental. De acuerdo con esa tesis el colonialismo expresa una crisis de crecimiento del imperialismo, definida a partir del fin del monopolio inglés; pasa a ser una necesidad impuesta por la coyuntura histórica, una actitud defensiva dirigida a asegurarse el futuro. Para el momento presente, el colonialismo se revela en las formas asumidas por la ex-

75 R. Michels, *L'imperialismo italiano*, SEI, Milano 1914; G. Rochat, *Militari e politici nella preparazione della campagna d'Etiopia. Studio e documenti 1932-1936*, F. Angeli, Milano 1971; Id., *Guerre italiane in Libia e in Etiopia. Studi militari 1921-1939*, Pagus edizioni, Treviso 1991; C. Zaghi, *L'Africa nella coscienza europea e l'imperialismo italiano*, Guida, Napoli 1973; L. Goglia, F. Grassi (a cura di*), Il colonialismo italiano da Adua all'impero*, Laterza, Bari 1993, antología de documentos sobre los aspectos característicos del colonialismo italiano, con una extensa bibliografía de referencia.

76 C. Coquery-Vidrovitch, "De l'impérialisme britannique à l'impérialisme contemporain: l'avatar colonial" VII Congreso de Sociología, Varna 1970.
Cfr. también G. N. Sanderson "The European Partition of Africa" en *Journal of the Imperial and Commonwealth History*, 3, 1974, pp. 1-54.

plotación económica, que la autora define como arqueoimperialismo: de la economía de rapiña a la economía llamada "de trata", vale decir, de aprovechamiento agropecuario y minero para el mercado europeo y mundial, sin modernización ni reconocimiento de la autonomía de los productores. Ese aprovechamiento colonial presenta características arcaicas, es organizado en forma monopólica por los Estados coloniales y fija la estructura subdesarrollada que todavía marca a los países que han sido colonias. El trabajo de Coquery-Vidrovitch inaugura el tema de la naturaleza del colonialismo, que se desarrollará más tarde en los trabajos teóricos y empíricos sobre dependencia y subdesarrollo.

Inglaterra, potencia dominante del sistema internacional, se vio precisada de intervenir directamente cuando consideró que su control sobre las áreas de influencia estratégica (y en primer lugar la riqueza minera del Transvaal) se encontraba en peligro por causa de las intervenciones expansionistas alemanas y francesas, de las ambiciones de Leopoldo II de Bélgica en la cuenca del Congo y, en África occidental, por las consecuencias desestabilizadoras de los cada vez más intensos y frecuentes conflictos comerciales[77]. Para gran parte de la literatura histórica, el vuelco definitivo de la política británica en favor de la colonización quedó determinado por la cuestión egipcia, en la que la rivalidad con otras potencias –en el caso, Francia– aparecía entrelazada con crisis internas –la caída del gobierno del Jedive y el alzamiento de Arabi Pachá– que parecían hacer peligrar intereses estratégicos fundamentales del imperio británico, como el control del Nilo y el del canal de Suez y, por consiguiente, de la ruta de las Indias. La importancia de los factores locales en la determinación de las coyunturas imperialistas es una línea de investigación que ha sido seguida por los historiadores africanistas en sus análisis de las condiciones de deterioro y debilidad de las instituciones y las sociedades africanas surgidas tras siglos de trata, y sometidas en el siglo XIX a procesos de cambio acelerado, favorecidos por la difusión de más intensas relaciones comerciales con el exterior. Posteriormente Robinson ha desarrollado más orgánicamente una tesis en la que define su "teoría de la colaboración", similar a la noción de "teoría periférica" que hallamos en Fieldhouse[78]. Según esa teoría, lo que determinaba si un país podía ser integrado a la economía

77 J. Stengers " L'Impérialisme colonial de la fin du XIXème siècle: myte ou réalité" en *Journal of African History*, 3, 1962; H. Brunschwig, "Les origines du partage de l'Afrique occidentale" *en Journal of African History*, 3, 1964.

78 R. E. Robinson, J. Gallagher, *Africa and the Victorians: The Official Mind of Imperialism*, Macmillan, London 1961; R. E. Robinson "I fondamenti non europei dell'imperialismo europeo: elementi di una teoria della collaborazione" en R. Owen, B. Sutcliffe (a cura di), *Studi sulla teoria dell'imperialismo, Einaudi*, Torino 1977.

y al sistema internacional dominante sin resignar su independencia o si, por el contrario, debía incorporárselo al imperio formal de una gran potencia, era la naturaleza de su sociedad, y de su sistema de poder y autoridad. Por consiguiente, el carácter que asumiera el control imperialista –formal o informal, directo o indirecto– estaría relacionado siempre con las peculiaridades propias de los diferentes sistemas africanos o asiáticos. En suma, lo que definía el mecanismo de colaboración de las regiones que eran empujadas a entrar en la órbita de las potencias en expansión era su organización social y política. De esto surge una teoría según la cual el imperialismo pasa a ser función política del proceso de integración de algunos territorios, en un determinado período histórico, dentro del sistema y la economía internacionales. Lo esencial del análisis no es ya tanto Europa, ni solamente ella, sino la naturaleza de las sociedades colonizadas. Los historiadores africanistas critican tal enfoque, que omite analizar de qué forma y hasta qué punto las crisis internas y la naturaleza misma de las sociedades en vías de ser colonizadas son producto de la acción de fuerzas externas. De esta crítica parten toda una serie de trabajos que estudian sobre casos específicos la profundidad y la continuidad de la interacción entre las sociedades africanas y Europa, desde los siglos del mercantilismo, marcados por la existencia de la trata, hasta el comercio lícito.

Un historiador del África occidental, Hargreaves, remitiéndose a fuentes europeas pero con una lectura muy atenta del material específicamente referido al África, sostiene que hasta 1895 los intereses ingleses en el continente estaban supeditados a los hechos que tenían lugar en África oriental, y sobre todo a lo que estaba pasando en Sudáfrica, pese a lo cual, en el caso del África occidental el reparto sólo puede ser comprendido si se analiza la dinámica de los acontecimientos y de los conflictos locales[79]. Las crisis internas que llevaron al reparto del África occidental eran del todo autónomas, en el sentido de que dependían de dinámicas claramente identificables en los seculares vínculos con el comercio costero europeo. En esa línea, el ya clásico estudio del historiador nigeriano K. O. Dike analiza el proceso de desapoderamiento del poder por parte de los sistemas indígenas en la región del delta del Níger, primero por la intervención del poder consular y comercial, y luego por la administración británica[80]. En esa región, como por otra parte en la casi totalidad del África occidental, la transición al colonialismo formal se produjo en función de un comercio en rápida expansión. Por último, será la adquisición del Camerún por Alemania la que revelará

79 J. D. Hargreaves, *Prelude to the Partition of West Africa*, Macmillan, London 1963.

80 Dike, *Trade and Politics in the Niger Delta* cit. Cfr. la bibliografía sobre el papel del comercio en nota 22, Cap. 1.

la fragilidad del control sobre áreas de influencia aparentemente ya aseguradas. Todas estas líneas de investigación constituyen un puente entre los enfoques eurocéntricos y los centrados en África misma. Los historiadores africanistas han dado lugar preponderante no ya al estudio del período del reparto sino a sus prolegómenos, a las variadas formas de resistencia opuestas por poblaciones, sociedades y líderes y a los efectos del colonialismo sobre las sociedades sometidas.

Al dar por ciertas las motivaciones de las potencias europeas, la investigación histórica africanista procura individualizar en qué medida la situación de grave crisis y deterioro de las sociedades africanas en el siglo XIX favoreció el proyecto de reparto. Las sociedades africanas en vías de desestructuración-reestructuración, debilitadas, fragmentadas y aisladas, no estuvieron en condiciones de resistir eficazmente la voluntad y la acción imperialista, ni poseían medios, armas, organización, recursos logísticos o de comunicación que les permitieran hacerlo. Toda África en el último cuarto del siglo era presa de profundas conmociones subterráneas, y en muchos casos víctima de una espiral de conflictos y violencia, y de radicales transformaciones sociales nacidas de la progresiva aunque desigual integración del continente en el sistema mundial. Los bienes importados, y en primer lugar las armas modernas, se volvían esenciales en medida cada vez mayor, no solamente en las regiones costeras, sino también en el interior. Si se consideran los numerosos circuitos comerciales que existían, y la influencia que los productos importados tenían en los cambios que sobrevenían en la vida de grupos e individuos, ya en los años Setenta es posible hablar de un reparto comercial, que precedió al militar y político. Sin embargo, hasta esa década de los Setenta las poblaciones comerciales locales seguían controlando gran parte de las rutas y los mercados.

En fin, a los emprendimientos comerciales se unía también, junto con la curiosidad científica, la acción misionera, por más que a menudo ocupara el lugar opuesto de la barricada. Las iglesias hicieron mucho por suscitar interés no ya solamente por la evangelización del África, sino también por sus recursos humanos y de comercio lícito. Para Livingstone, el más conocido e influyente misionero, explorador y geógrafo del siglo, el comercio lícito era la vía directa para que las poblaciones africanas se redimieran de su condición servil y su atraso.

La trata de esclavos, el comercio, la apertura del continente a relaciones cada vez más intensas con el exterior, si bien en posición de subordinación y por medio de abusos y de sistemas de coerción, habían modificado profundamente los sistemas tradicionales, tanto los políticos, sociales y económicos como los sistemas de valores y los símbolos. Historiadores africanos como el senegalés Boubacar Barry analizan las características de las crisis que facilitaron el proceso de reparto, o

en función de las cuales ese proceso tuvo inicio. Trazando la evolución interna del reino de Waalo entre 1658 y 1859, Barry demuestra que la crisis que llevó a su definitiva disolución puede ser relacionada con la intensificación del comercio costero y trans-sahariano y, en el siglo XIX, con el intento de colonización agraria, cuyo fracaso hará que se precipite la conquista colonial[81]. El reparto y el colonialismo no son vistos aquí como una ruptura con el pasado, sino como una nueva etapa en un proceso que venía de hacía siglos.

En su trabajo sobre el África centro-oriental subraya Alpers, al analizar la compleja y secular red de relaciones comerciales de las poblaciones de la región, que el reparto y la sucesiva etapa de dominio colonial no fueron sino la modificación formal de métodos de explotación sobre sociedades ya profundamente influidas, y que se habían modificado en lo íntimo de su tejido económico, social y político[82].

Todos los historiadores económicos, empezando por Hopkins y Coquery-Vidrovitch, habían puesto ya en entredicho la visión que representaba a las sociedades anteriores al reparto como organizaciones sociales estancadas, subrayando que en el siglo XIX el paso de la trata al comercio lícito había significado la aceleración de los cambios, y la introducción de toda una serie de innovaciones. Reparto y colonialismo se sumaron a las crisis de transición, y mientras por una parte interrumpían los procesos de desarrollo endógeno, por otra constreñían a las diferentes sociedades a integrarse en una posición dependiente del sistema económico dominado por las grandes potencias industriales.

PAPEL DEL COMERCIO EN EL REPARTO DE ÁFRICA OCCIDENTAL

Sin quitar nada de su importancia a la cuestión egipcia en el desencadenamiento de la competencia entre las potencias por el control del África, es preciso observar que en África occidental el movimiento hacia el reparto había comenzado ya a fines de los años Setenta. Por eso, el problema de Egipto, aun siendo decisivo para determinar la victoria de los sectores más imperialistas del gobierno inglés, debe ser considerado el punto de llegada de una serie de hechos e intervenciones que habían ido comprometiendo cada vez más a las grandes potencias en choques y reivindicaciones de influencia territorial, empezando por el África occidental[83].

81 Barry, *Le Royaume du Waloo, le Sénégal avant la conquête*, cit. Cfr. asimismo Rodney, How Europe Underdeveloped Africa, citado.

82 Alpers, Ivory and Slaves, citado.

83 Aparte de los trabajos ya citados sobre el reparto en general, cfr. J. Ganiage, L'expansion coloniale de la France sous la IIIème République 1871-1914, Payot, Paris 1968; P. Gifford, W. R. Louis (eds.), France and Britain in Africa, Yale University Press, New Haven 1971; R.

Hasta los años Sesenta, los asentamientos europeos en la costa occidental eran escasos y se hallaban muy separados unos de otros. Los franceses poseían emplazamientos comerciales sobre el río Senegal, y ocupaban Saint Louis, fundada en el siglo XVII, y la isla de Gorée; además, desde 1857 habían comenzado a desarrollar el puerto de Dakar. Los británicos estaban sobre el río Gambia, y habían fundado Bathurst en 1816. En las islas Bissagos y la tierra firme de Bissau se encontraban los portugueses, que disputaban la isla de Bulama a los británicos, y el control del río Casamance a los franceses. Más al sur, la influencia dominante era la de la colonia británica de Sierra Leona, habitada por esclavos liberados en una península litoral. Al sur del río Galinas existía desde 1821 la colonia de Liberia, erigida por esclavos liberados de Estados Unidos, los que sobre todo habitaban Monrovia, en el bajo curso del río Saint Paul. Liberia contaba con el reconocimiento internacional como república independiente desde 1847, y reivindicaba su soberanía sobre más de trescientas millas de costa. En Grand Bassam y Assinie, en la Costa de Marfil, flameaba la bandera francesa desde 1843, aunque los residentes europeos eran muy pocos. Los numerosos fuertes de la Costa de Oro habían visto la competencia comercial de nada menos que siete potencias europeas, que en el siglo XIX quedaron reducidas a tres. En 1850 los daneses cedieron sus posesiones (al este, entre Accra e Keta) a los británicos que ocupaban las importantes Cape Coast, Accra, Dixcove, Annamabo, Sekondi, Kommenda. También los holandeses tenían fuertes en Accra Axim, Elmina y Kormatine. En Ouidah (Whydah), principal puerto del reino de Dahomey, tres fortificaciones pertenecían a tres diferentes potencias, ninguna de las cuales ejercía jurisdicción. Sólo Lagos era, desde 1851, protectorado británico. Francia poseía una estación naval en el Gabón, y protegía un asentamiento de esclavos libe-

---

Betts (ed.), The Scramble for Africa: Causes and Dimension of Empire, D.C. Heath, London 1972; D. K. Fieldhouse, Economics of Empire, 1830-1914, Weidenfiels and Nicolson, London 1973; G. N. Uzoigwe, Britain and the Conquest of Africa: The Age of Salisbury, Michigan University Press, Ann Arbor 1974; D. Bouche, Histoire de la colonisation française, Fayard, Paris 1991, 2 tomos.

Sobre el impacto del comercio: Liesegang, Pasch, Jones (eds.), Figuring African Trade, citado.

Para el África occidental cfr. M. Crowder, West Africa under Colonial Rule, Hutchinson, London 1968; General History of Africa, cit., t. VII, Cap. 2; A. S. Kanya-Forstner, The Conquest of the Western Sudan. A Study in French Military Imperialism, Cambridge University Press, Cambridge 1969; J. M. Carland, The Colonial Office and Nigeria 1898-1914, Macmillan, London 1985; H. A. Gailey, Lugard and the Abeokuta Uprising: The Demise of Egba Independence, F. Cass, London 1982; R. Home, City of Blood Revisited: A New Look at the Benin Expedition of 1897, Rex Collings, London 1982; L. García, Le Royaume du Dahomé face a la pénetration coloniale, Karthala, Paris 1988.

Sobre lord Lugard los clásicos son: M. Perham, Lugard: The Years of Adventure 1858-1898, Collins, London 1956; Id., The Years of Authority, 1898-1945, Collins, London 1960

rados en Libréville. La isla española de Fernando Póo proveía servicios a los comerciantes británicos de tierra firme.

En razón de la competencia comercial se exacerbaron tanto la implicación de residentes y comerciantes europeos en los asuntos internos como los conflictos entre las diversas poblaciones africanas: fante y asante de la Costa de Oro, o los Estados del área cultural yoruba, o los estados y poblaciones del delta del Níger y los del interior.

Ya en 1867 el Select Committee Report del gobierno británico había aconsejado que se retiraran los emplazamientos comerciales o bien, como alternativa, una real ocupación colonial. En efecto, la situación no parecía poder seguir siendo manejable según lo que ya aparecía como obsoletas modalidades de vinculación igualitaria entre europeos y entidades africanas, pues la competencia entre los intereses comerciales contrapuestos se había convertido ya en un elemento de inestabilidad, y fuente de continuas crisis y conflictos. Por una parte reyes y jefes locales, agentes del comercio desde el interior hacia las zonas costeras, jugaban, cuando tenían a su alcance tal posibilidad, a enfrentar unas contra otras las casas comerciales europeas rivales, con el fin de proteger sus intereses y su autonomía. Por otra parte, los conflictos se habían vuelto más numerosos y difíciles de resolver, justamente por causa de los problemas que planteaba la transición desde el comercio esclavista al lícito, con la consiguiente reestructuración que, como se ha visto, solía ser traumática desde el punto de vista institucional y político, desde el de los circuitos comerciales y, sobre todo, desde los sistemas de poder.

En la segunda mitad del siglo, favorecidos por la intensificación de los intereses comerciales europeos, y también por la mayor inseguridad de la situación general, nacieron grupos de presión comerciales que, organizándose incluso políticamente, ejercían influencia sobre los gobiernos europeos en procura de privilegios y, sobre todo, de mayores apoyos. El principal factor desencadenante del scramble en África occidental parece haber sido, pues, la exacerbación de la competencia entre empresas comerciales que respondían a potencias rivales. La rivalidad planteada entre comerciantes británicos, franceses y alemanes en el área camerunesa y togolesa desde fines de los años Setenta fue la que indujo a los británicos a favorecer los mercados protegidos, para mantener fuera de ellos a sus competidores.

En el delta del Níger sólo la protección de las armas y la superioridad tecnológica habían permitido a las empresas comerciales europeas desbaratar a sus rivales africanos. Con todo, los comerciantes de Europa tuvieron que esperar hasta los años Ochenta para poder por fin obtener, favorecidos por la nueva atmósfera política, la intervención de sus respectivos gobiernos para aplastar la resistencia o el boicoteo

de las organizaciones comerciales de poblaciones africanas: la Royal Niger Company de Goldie no habría doblegado la competencia de las casas comerciales de Bass sin la utilización de instrumentos militares y políticos que sólo el apoyo oficial del gobierno inglés podía proporcionarle. El boicot decretado por las poblaciones del delta occidental y los productores de la región yoruba respecto del suministro de aceite de palma fue motivo suficiente para pedir y obtener el apoyo militar contra los Estados o las sociedades de África que osaran desafiar la pretensión de las casas comerciales europeas de conquistar la supremacía.

En junio de 1885 Gran Bretaña proclamaba su protectorado (Niger Coast Protectorate) sobre los territorios entre la ciudad de Lagos y el Camerún, y sobre ambas orillas del Níger hasta Lokoja y del Benue hasta Ibi, pero dejando la administración del área más allá del delta del río Níger a la National African Company (más tarde Royal Niger), mientras que en el delta mismo actuaban comerciantes de Liverpool, en modo alguno dispuestos a dejarse condicionar. La Compañía gobernó los territorios a su cargo (la parte septentrional del delta, las orillas del Níger y los dos emiratos más meridionales del califato de Sokoto, Nupe e Ilorin, anexionados en 1897) entre 1886 y 1899, con facultad de elevar los impuestos y cobrar derechos de aduana. En 1899 quedó abolida, a causa de su total ineficiencia económica e incapacidad de gestión político-administrativa, y sus dominios fueron incorporados a las regiones centrales y meridionales del delta bajo directa administración británica. Tristemente famosa por sus métodos represivos, la Compañía fue abolida sólo cuando se comprobó su completa ineficacia para controlar y prevenir la expansión francesa en el norte de Nigeria. También en este caso, pues, la intervención directa del gobierno británico, dirigido por Chamberlain, fue determinada no tanto por las quejas de los comerciantes como por la defensa de áreas de influencia e intereses esenciales para el mantenimiento del dominio británico sobre la región. En 1897 una fuerza militar, la West African Frontier Force, al mando de Frederick Lugard, ponía freno en el Borgu al avance francés; en 1898 un acuerdo anglo-francés definía las fronteras de la Nigeria del norte.

La caída del califato de Sokoto se había producido en tres etapas sucesivas: en 1897 la Compañía se apoderaba de Nupe e Ilorin, los emiratos más meridionales; en las campañas de 1898 y 1899 de la West African Frontier Force eran sometidos los emiratos del medio Níger, y después, entre 1901 y 1903, los restantes emiratos. Proclamado el protectorado en 1900, con Lugard como Alto Comisionado (High Commissioner) de la Nigeria del norte, la completa conquista del califato estaba aun por terminar: entre 1901 y 1903 se desarrollaron las guerras de ocupación de Kontagora, Yola, Bauchi, Kano, Sokoto y Burmi. Un importante factor de resistencia fue la adhesión al islam, por más que

Lugard hubiera dado seguridades de que no se entrometería con la religión. La conquista del califato de Sokoto se debió tanto a la hábil táctica militar de Lugard como a la incapacidad del ejército del sultán para organizar un comando central de los contingentes provenientes de distintos emiratos. De modo que la conquista resultó facilitada por las divisiones políticas internas y entre los diferentes emiratos, en particular los más alejados del centro del califato. El ataque inglés se impuso muy pronto a unas fuerzas dispersas y a un tipo de defensas –murallas de tierra en torno de las ciudades– notoriamente insuficientes contra la artillería moderna. Los cañones y los fusiles Maxim se impusieron a la caballería hausa-fulani; a esa ocasión se refieren los famosos versos de Hilaire Belloc: "*What a pity we had got / the Maxim gun and they had not*" ("lástima que nosotros tenemos los Maxim y ellos no").

En 1897, fuerzas británicas invadieron el antiguo reino del Benin y expulsaron a su rey. Era el último territorio de la región que había podido conservar su autonomía ante el dominio británico. La invasión fue motivada por disputas comerciales y, sobre todo, por el rechazo del Oba (rey) a permitir el comercio libre en su reino. De hecho, el propio poder del Oba estaba basado también en el monopolio comercial, y en la prerrogativa real de imponer impuestos y de aplicar derechos de aduana sobre cualquier mercancía que se introdujera. La causa inmediata de la invasión de Benin fue la muerte del *Acting British Commissioner* ("comisionado británico en funciones") Phillips, cónsul para la costa nigeriana, que en 1897 se había internado en territorio del reino con una fuerza de nueve europeos y 200 militares del protectorado. A los ojos del rey, Phillips y los suyos habían cometido sacrilegio, por haber llegado sin invitación alguna en el período en que estaban desarrollándose ceremonias religiosas de carácter muy decididamente secreto. Para vengar su muerte, la antigua ciudad de Benin fue incendiada y destruida; sus tesoros artísticos fueron llevados a Inglaterra, y muchos de ellos se vendieron después a museos europeos.

La conquista británica de los territorios ibo se desarrolló entre 1898 y 1911. La densa población, organizada en varias entidades autónomas con sistemas de gobierno descentralizados, reaccionó de distintas maneras: algunas comunidades resistieron por las armas durante años, otras hicieron frente a la penetración colonial valiéndose de la diplomacia, y otras alternaron ambas tácticas. En 1901-1902 los británicos destruyeron el famoso oráculo sagrado de los aro, foco y centro de resistencia, pero el espíritu de rebeldía siguió latente, y continuó expresándose a través de numerosos episodios de resistencia contra la administración colonial, sobre todo en los años Veinte y Treinta del siglo XX.

Numerosas fueron las guerras con el potente imperio del Asante, y sólo en 1897 los británicos lograron imponer un protectorado sobre el territorio del imperio. En 1900, el descontento del Asante quedó abiertamente demostrado a causa de la pretensión inglesa de apoderarse del trono de oro, sacro símbolo de la soberanía del Asantene. Los asante se rebelaron y estalló una guerra que sólo pudo poner definitivamente de rodillas al antes orgulloso Estado merced a la superioridad militar británica. El antiguo imperio quedó anexado, como posesión británica diferente del protectorado.

No hubo ningún caso en que la expansión colonial se llevara a cabo sin conflictos, por más que las guerras de conquista colonial fueran llamadas "de pacificación", ya que se producían durante crisis internas, o constituyeran tomas de posición en las luchas entre diversas entidades locales por la supremacía regional.

LA EXPANSIÓN MILITAR FRANCESA

La expansión francesa se desarrolló mediante acciones militares hacia el interior, con el intento de someter a control la mayor cantidad posible de territorios. En lo estratégico, los franceses hubieran querido conectar sus posesiones del norte de África con las de las áreas occidental y ecuatorial. Cabe recordar aquí que la misma estrategia era fundamental en los planes de expansión concebidos por Cecil Rhodes para el África oriental: Rhodes quería unir a la colonia del Cabo, a través del Transvaal y Rodesia, con las posesiones inglesas del África oriental.

En el Sudán occidental, la penetración francesa se concretó con la decisión del gobernador Faidherbe en 1854 de enviar expediciones militares, y prosiguió con una cada vez más decidida política de intervención en los conflictos entre los poderosos del interior. En la segunda mitad del siglo XIX, numerosas expediciones militares francesas vinieron a ser parte integrante del escenario de conflictos de la región. En los años Setenta Francia reivindicaba el control de la región al sur de las islas de Cabo Verde; en 1887 fue ocupada Conakry y comenzó la penetración en el Futa Jalon.

Por todas partes hubo resistencia a la expansión francesa. El imperio tukulor, que había seguido en paz con los franceses hasta 1880, se avino a través de su soberano Ahmadu a conceder el estatus de nación más favorecida a Francia en lo relativo al intercambio comercial. Sin embargo, eso no significaba reconocer el protectorado sobre los territorios en los que se estaba construyendo la línea férrea Dakar-Bamako. Para los franceses, la valorización de la región senegalesa pasaba por la construcción de una red ferroviaria, a lo que aspiraban también poderosísimos intereses metropolitanos, apoyados por financiación pública. La línea Dakar-Saint Louis quedó en operación en 1885; en 1890 se

completó, entre mil dificultades, la línea Kayes-Bafoulabé, que reveló poseer escaso significado económico; en tanto, la conexión con el Níger fue abierta sólo en 1905.

La penetración en el interior del Bilad al Sudan volvió a plantear el dilema, no resuelto por Faidherbe, de si el imperio tukulor debía recibir tratamiento de adversario o de aliado. En los años Setenta Gallieni había seguido una política que alternaba la alianza con Ahmadu y el apoyo a la disidencia de los Estados mandinka y bambara. El acuerdo entre los franceses y el soberano tukulor fue de breve duración: en 1890 las tropas francesas al mando del mayor Archinard atacaron y rindieron la antigua ciudad de Segu, situada en el mismo corazón del imperio. Después cayeron también Jenné y Tombuctú. Ahmadu huyó a a Sokoto, la tierra de su madre, donde murió en 1898. Ocupada Bamako en 1883, diez años después todo el curso del alto Níger se hallaba bajo control francés. En 1894 cayó Tombuctú, y en 1896 fue alcanzada Say.

Contra Samori, que estaba formando y expandiendo su Estado comercial en territorio mandinka, los franceses habían dirigido sus armas repetidas veces entre 1881 y 1884. Esa etapa concluyó con la firma del tratado de Bisandugu, en el que quedaron delimitadas las respectivas áreas de expansión. La guerra se reanudó en 1891, y en esa ocasión los franceses desataron una potente ofensiva, en el temor de que un Estado tan importante desde los puntos de vista geopolítico y económico llegara a caer en manos de una potencia rival. La resistencia que Samori y su ejército pudieron oponer duró nada menos que siete años, gracias a la organización militar que había logrado poner en pie un eficaz sistema de aprovisionamiento de armas, y gracias también a la movilidad, no sólo de las tropas sino incluso de la misma población, que más de una vez logró librarse de la ofensiva enemiga desplazando el centro operativo del Estado, y reorganizándolo con la misma rapidez.

El avance francés sobre Dahomey (hoy Benin) partió en los Ochenta de los emplazamientos franceses en la costa, con la imposición de un protectorado sobre el reino de Porto Novo, tributario del Dahomey. En 1890 los franceses arrebataron a Dahomey, con la ocupación de Cotonú, la otra salida al mar que le restaba, y dieron fin así al proceso de destrucción de sus actividades comerciales. En 1892, en represalia por un ataque de tropas dahomeyanas a los residentes franceses en la ciudad de Porto Novo, una fuerza expedicionaria dirigida por un senegalés e integrada sobre todo por soldados de esa región chocó con el ejército del reino, la mitad de cuyos efectivos eran mujeres jinetes. La resistencia a la invasión duró más de un mes, pero al fin fue doblegada por la superioridad de las armas francesas, apoyadas por fuerzas provenientes de los principados yoruba, que deseaban liberarse de la sujeción al Dahomey.

LAS INICIATIVAS ALEMANAS

Ya se ha indicado que las iniciativas de Bismarck cambiaron la situación de competencia entre las dos mayores potencias, tanto respecto del control de las regiones costeras como de las respectivas áreas de influencia en el interior. La presencia de comerciantes alemanes y de barcos de Hamburgo y Bremen en la Costa de Oro, en Lagos y en Liberia se remontaba a los años Treinta del siglo XIX, y desde entonces fue extendiéndose a las posesiones costeras de Francia y de Portugal; en los años Setenta, la presencia comercial alemana se extendía desde Monrovia hasta el Congo. Por otra parte, los alemanes también se mostraban activos a oriente, en el sultanato de Zanzíbar. Dos sociedades misioneras germanas ejercían presión para que el gobierno asumiera mayores compromisos. Una de ellas actuaba en la región que en la actualidad lleva el nombre de Namibia, cuya anexión a Prusia propugnaba ya desde 1842; la otra lo hacía al norte del estuario del río Volta, en la Costa de Oro[84].

A los viajes por el África septentrional, central y oriental que en las décadas de los Cincuenta y Sesenta habían llevado a cabo Heinrich Barth y Carl Klaus von der Decken siguieron los de Karl Mauch a lo largo del curso del Zambeze, la travesía de Gerhard Rohlfs a través del Sahara, entre Trípoli y Lagos, y la de George Schweinfurth entre el Nilo y el Congo. Rohlfs, y más tarde Gustav Nachtingal, quien llegó al Sudán en 1869, estaban particularmente interesados en las posibilidades comerciales de las zonas que atravesaban.

En marzo de 1883, un comerciante y armador alemán pidió la anexión de la costa del Camerún, en oposición a sus rivales británicos y portugueses y para destruir el monopolio africano sobre el comercio con el interior. Su solicitud fue acogida el 19 de mayo de 1884 por el cónsul general Gustav Nachtingal, el cual luego, por medio de sus emisarios, indujo a reyes y caudillos de las costas a firmar tratados dotados de cláusulas que, de acuerdo con la interpretación alemana, significaban la cesión del derecho de soberanía. La ocupación efectiva de esos territorios, que como en otros casos los jefes involucrados no aceptaban haber cedido, entre otras cosas porque no tenían poder para

---

84 Sobre el imperialismo alemán cfr., además de las obras ya citadas: W. D. Smith, *The German Colonial Empire*, Chapel Hill, North Carolina 1978; H. Stoecker (ed.), *German Imperialism in Africa. From the Beginnings until the Second World War*, C. Hurst, London 1986 (traducido del alemán). Sigue siendo útil: H. R. Rudin, *Germans in the Cameroons, 1884-1914*, Yale University Press, New Haven 1938. Véase también: G. S. P. Freeman-Grenville "The German Sphere 1884-94" en Oliver, Mathew (eds.) A History *of East Africa*, cit., t. I; H. Bley, *South-West Africa under German Rule*, Heinemann, London 1971; R. Voeltz, *German Colonialism and the South West Africa Company, 1894-1914*, Ohio University, Athens 1988.

hacerlo, se produjo de manera cruenta en diciembre de 1884, e implicó la destrucción de numerosas aldeas, y el exterminio de sus poblaciones. Nachtingal proclamó asimismo la anexión de 35 kilómetros de costa, situados entre el área de influencia inglesa (Costa de Oro) y una región sujeta a la influencia francesa (el Dahomey, hoy Benin). Esa zona fue la base de expansión para la conquista de la colonia alemana de Togo.

LA CUESTIÓN DEL CONGO Y EL CONGRESO DE BERLÍN

La cuestión del Congo jugó un papel central en la determinación de la modalidad y los tiempos del reparto. En efecto, la expansión francesa no era peligrosa sólo en África occidental. A partir de 1875 se había extendido al área congolesa, con las misiones exploratorias y diplomáticas de Pierre Savorgnan de Brazza, que dieron por resultado la firma en 1880 de los tratados de Makoko, con los que Francia podía reivindicar la posesión de vastos territorios en la parte septentrional de las riberas del Congo. Por lo demás, en esa área congolesa asomaba otro rival, el rey Leopoldo II de Bélgica, por cuya cuenta un explorador y periodista, Henry Morton Stanley, había celebrado tratados con más de 400 jefes en el curso de diferentes expediciones cumplidas entre 1879 y 1884. En torno al rey de Bélgica se había organizado una amplia red de amigos y financiadores, reunidos en una Association Internationale du Congo que, apoyándose en una ideología disfrazada de voluntad humanitaria y civilizadora, no ocultaba sus miras monopolísticas sobre esa riquísima región[85].

El ruido que las expediciones de Stanley suscitaron en toda la prensa internacional, y la importancia asignada a las informaciones sobre oportunidades de aprovechamiento económico de la cuenca del río Congo contribuyeron a situar en el centro de la atención el problema de la libertad de comercio y navegación en tan importante vía de penetra-

85 Sobre el reparto en la región que sería el África Ecuatorial Francesa cfr.: H. Brunschwig, *L'avènement de l'Afrique*, Mouton, Paris 1963; Id., Brazza explorateur, t. I, L'Ogooué, 1875-1879; t. II, *Les traités Matoko*, Mouton, Paris 1967; C. Coquery-Vidrovitch, *Brazza et la prise de possession du Congo (1883-1885)*, Mouton, Paris 1969.

Sobre la política de Leopoldo II de Bélgica, entre los numerosos trabajos de Jean Stengers cfr.: "L'imperialismo di re Leopoldo" en Owen, Sutcliffe (a cura di), *Studi sulla teoria dell'imperialismo*, cit.; Id.," King Leopold and Anglo-French Rivalry 1882-1884" en Gifford, Louis (eds.), *France and Britain in Africa*, cit. Cfr., también, R. Hall, *Stanley: An Adventurer Explored*, Collins, London 1974; R. Slade, *King Leopold's Congo*, Oxford University Press, London 1962.
Sobre la participación de Portugal en el reparto y la primera colonización: P. R. Warhurst, *Anglo-Portuguese Relations in South-Central Africa, 1890-1900*, Longmans Green, London 1962; R. J. Hammond, *Portugal in Africa, 1815-1910: a Study in Uneconomic Imperialism*, Stanford University Press, Stanford 1966; W. G. E. Axelson, *Portugal and the Scramble for Africa*, Ravan Press, Johannesburg 1967; W. G. Clarence-Smith, *The Third Portuguese Empire (1825-1975)*, Manchester University Press, Manchester 1975.

ción hacia el interior de África. No obstante, lo que provocó la reacción británica, concretada en un tratado que garantizaba la protección de los intereses de Portugal en la región, fue la alianza entre franceses y alemanes. Para contrarrestar la movida británica, Leopoldo de Bélgica pidió para la Association el reconocimiento de soberanía, como si se tratara de un Estado; obtuvo un semirreconocimiento diplomático de Estados Unidos, país que había comprometido en la región capitales considerables. El imperio alemán reconoció al Estado Libre del Congo en 1884, tras negociar con Leopoldo un tratado que no solamente garantizaba a los comerciantes alemanes la libertad de comercio, sino que además les daba iguales derechos que a los miembros de la Association.

Bismarck aprovechó las rivalidades existentes entre las potencias acerca de la cuestión del Congo para proponerse como mediador, a través de la convocatoria a un congreso que se celebraría en Berlín. El Congreso, que debía cumplir funciones de arbitraje entre los intereses enfrentados, se realizó al fin en la capital germana entre el 15 de noviembre de 1884 y el 26 de febrero de 1885. Sólo habían sido invitados países occidentales[86] y ningún hombre fuerte africano. El Congreso concluyó con la adopción de seis textos: una declaración que garantizaba el libre comercio en la cuenca del Congo; una segunda disposición contra la trata de esclavos; la proclamación de la neutralidad de los territorios de la cuenca del mismo río; un "acta de navegación" que garantizaba la libre navegación del Congo y sus afluentes; una segunda "acta" que propugnaba la libre navegación del río Níger y sus afluentes; por último, una declaración que introducía en las relaciones internacionales una serie de reglas uniformes sobre futuras ocupaciones de tramos de costa del continente africano. De hecho, fue esta última declaración la que dio vía libre al reparto de África.

El Congreso de Berlín, y el acta que promulgó, suelen ser considerados el momento formal que sanciona el comienzo del reparto colonial. En realidad, la cuestión no apareció jamás en la agenda del Congreso; de lo que se trataba era de restablecer la libertad de navegación por los ríos Congo y Níger, instaurar el libre comercio en los cursos de ambos y determinar las reglas y los procedimientos que las distintas potencias firmatarias del acta deberían respetar cuando quisieran extender su control a nuevas áreas de la costa africana. Como se ve, no se habló ni se legisló acerca del reparto del continente.

Desde el punto de vista de la historia europea, la ocupación de África quedó sancionada en los hechos apenas terminó el Congreso, en el momento en que los gobiernos decidieron extender las reglas dicta-

86 Recuérdese que el término "occidentales" designa ante todo a las principales potencias europeas y los Estados Unidos *[T.]*.

das en Berlín a los territorios del interior. En esa amplificación pesó la solución hallada, con el apoyo de Bismarck y de Jules Ferry, en favor de los propósitos expansionistas de Leopoldo de Bélgica: su Asociación congoleña obtuvo el reconocimiento de la "soberanía" del Estado Libre del Congo, un vastísimo territorio que se extendía desde la cuenca del río Congo hasta la divisoria de aguas Congo-Zambeze. En sus líneas generales, el acta emanada del Congreso se limitaba en realidad a brindar una garantía internacional al libre comercio y el libre tránsito en toda la cuenca del Congo. Así quedaba entendido que el Congo se hallaba bajo control internacional, pero lo cierto es que los privilegios concedidos a Leopoldo significaron la legitimación de la colonización del continente africano por medio de compañías estatutariamente autorizadas, receptoras de concesiones.

Para apoderarse del extensísimo territorio que los tratados impuestos o arrancados por la fuerza reivindicaban, todos ellos sancionados por el Congreso de Berlín, la Asociación empleó métodos militares. Durante treinta años, a partir de 1885, toda la región fue sometida a la más brutal represión, que pese a todo no impidió el continuo surgimiento de manifestaciones de resistencia. Los azande se opusieron en el nordeste hasta 1912; los bayaka en el sudoeste y los bashi-lele en el este hasta 1916. Los árabe-suajilis de Tippu Tip se adaptaron en principio al gobierno de Leopoldo, para después rebelarse. El rey de los yeke, Msiri, que se negaba a aceptar un tratado de sometimiento, fue asesinado por agentes de la Asociación en 1891, y su ejército fue exterminado. Se sucedieron varias rebeliones: las de los bayaka en 1902 y 1906, la de los luba en el sudeste, entre 1907 y 1917, las de los babua en el norte, entre 1903 y 1904, y de nuevo en 1910; la de los buya entre 1903 y 1905. El Estado Libre del Congo no contaba con recursos suficientes para impulsar el desarrollo en una región en la que el comercio había estado siempre en manos de las poblaciones locales. En esa situación se basaba la política de facilitar el accionar de las compañías concesionarias. La Compagnie du Congo pour le commerce et l'industrie construyó la línea férrea de Kinshasa a Matadi, obteniendo en posesión, por cada kilómetro construido, 1.425 hectáreas de territorio; al término de los trabajos acumulaba 777.000 hectáreas. Por el mismo método se tendieron otras dos líneas de ferrocarril: la que iba desde las orillas del Congo hasta el lago Tanganica, y la que desde el río Kasai alcanzaba la provincia de Shaba (Katanga). Con el objeto de impulsar el desarrollo de la región, la Compagnie du Katanga obtuvo en 1891 el control de un tercio del territorio, por lo que debió enfrentar la resistencia de los yeke de Msiri.

El régimen de compañías que operaban en territorios concesionados fue uno de los más duros. Numerosas poblaciones se vieron obligadas a huir; otras fueron reducidas a esclavitud para la construcción

de caminos y obras de infraestructura, pero también para la extracción de goma en la selva, en respuesta a la demanda de los mercados europeos durante el período 1895-1905. La "goma roja" pasó a ser sinónimo de trabajo forzado, de hambre y de muerte. Se hizo célebre la denuncia expresada en el "Soliloquio del rey Leopoldo", del escritor norteamericano Mark Twain. También hubo numerosas investigaciones periodísticas, que no vacilaron en describir la política del Estado Libre como una nueva y más feroz forma de esclavitud; fueron asimismo importantes para movilizar a la opinión pública de Europa los escritos de filántropos como E. D. Morel. La bancarrota financiera del sistema de compañías y el escándalo de la brutalidad evidenciada por la administración de la Asociación obligaron a Leopoldo a ceder en 1908 al Estado belga sus derechos sobre el Congo[87].

EL ÁFRICA ORIENTAL ENTRE LA CONQUISTA MILITAR Y LA RESISTENCIA

En África oriental, con la excepción de Madagascar, que cayó bajo la influencia francesa, los gobiernos con mayores intereses eran, aparte de Portugal, los de Gran Bretaña y Alemania, que hasta mediados de los años Ochenta no parecían abrigar ninguna intención de colonización directa. La preponderancia de la presencia británica en las costas parecía consolidada, al igual que el equilibrio diplomático con las posesiones francesas.

Los alemanes tenían notables intereses comerciales en Zanzíbar, donde a partir de 1885 funcionó una representación consular germana. En tierra firme (Tanganica) Carl Peters logró en 1884, actuando en nombre de una "Sociedad Alemana para la Colonización", inducir con promesas extravagantes y tramposas a varios jefes y ancianos a que le cedieran territorios en las áreas de Usegula, Ugura, Usagara y Ukami, y luego en el resto del territorio de Tanganica, hasta la misma frontera

87 En 1904 un filántropo inglés, E. D. Morel publicaba una dura denuncia de las crueldades cometidas por la Compañía de Leopoldo II, en *King Leopold's Rule in Africa*; por los mismos años aparecía en Estados Unidos *el King Leopold's Soliloquy* de Mark Twain, American Congo Reform Association, New York 1905. André Gide publicó relatos de viaje que describían las terribles condiciones de las colonias francesas del África ecuatorial sometidas al régimen de compañías: *Voyage au Congo, carnet de route*, Gallimard, Paris 1927 y *Le retour au Tchad*, Gallimard, Paris 1928.
Sobre el régimen de Leopoldo: R. Anstey, *King Leopold's Legacy: The Congo under Belgian Rule*, Oxford University Press, London 1966; L. H. Gann, P. Duignan, *The Rulers of Belgian Africa 1884-1914*, Princeton University Press, Princeton 1979, y también los capítulos de J. Stengers, J. Vansina, B. Jewsiewicki, C. Young en Fage, Oliver (eds.), *The Cambridge History of Africa*, cit., t. 8. C. Coquery-Vidrovitch, Le *Congo au temps de grands compagnies concessionaires, 1898-1930*, Mouton, Paris 1972, es en cambio un estudio sobre el régimen de compañías concesionarias en los territorios del África Ecuatorial Francesa.

oriental con los territorios que por su parte reclamaban el rey Leopoldo de Bélgica y sus socios. El sultán de Zanzíbar, bajo cuya soberanía nominal estaban los territorios anexionados por Peters y el gobierno imperial alemán, rehusó conceder a la Sociedad alemana el derecho de libre tránsito hacia las costas. La reacción de Bismarck, apoyado en esto por los británicos, fue amenazar el envío de cañoneras. En 1886 se firmó el acuerdo anglo-alemán sobre el derecho de tránsito de mercancías, que le fue impuesto a un sultán débil pero plenamente consciente de que así se ponía fin a la autonomía del comercio árabe-suajili, que había dominado la región entera desde los años Veinte.

En 1885 Gran Bretaña no podía ni deseaba oponerse a las iniciativas alemanas porque estaba ocupada en Sudán contra el Estado mahdista, y en Asia enfrentaba la crisis con Rusia a propósito de la cuestión afgana. Aceptó, pues, el acuerdo que en la práctica definía la división del África oriental en dos esferas de influencia. Se otorgó a Alemania el derecho de expandirse al sur de la línea formada por el río Umba y el lago Victoria, y de ocupar los territorios del norte, en torno a Witu. Bajo la soberanía del sultanato de Zanzíbar permanecía sólo un área costera de apenas 10 kilómetros de profundidad.

Uganda, territorio de gran importancia estratégica y económica, y también en cuanto medio válido para ejercer influencia política sobre los Estados que dominaban la región de los lagos, fue por algún tiempo motivo de disputa entre dos compañías, la alemana *Deutsche Ost Afrika Gesellschaft* (DOAG) y la británica *Imperial British East African Company* (IBEA), que en 1888 obtuvo el *Royal Charter* (Real Privilegio). Más allá de las rivalidades sobre el terreno, en las que además de los comerciantes estuvieron implicados también, y de manera significativa, los misioneros, el destino de Uganda se jugó en Europa, y quedó decidido en 1890 con el tratado de Heligoland, llamado así por la isla del Mar del Norte que los británicos cedieron a Alemania a cambio del control sobre las fuentes del Nilo, esencial para Inglaterra, potencia dominante en el Sudán y en Egipto. Se convino que el control quedara en manos de los ingleses, que de todos modos se comprometían a hacer aceptar por el sultán de Zanzíbar la venta a los alemanes de la zona costera al sur de Umba.

En 1890 Frederick Lugard penetró en el reino de Buganda, decidido a extender hasta allí la influencia británica, y obtuvo grandes concesiones del rey, el Kabaka; tales concesiones fueron interpretadas instrumentalmente como cesión de soberanía territorial en favor de la IBEA. Cuando la Compañía quebró, Lugard y otros altos personajes formaron un grupo de presión para la proclamación formal de un protectorado en la región, que además de Buganda contaba con otros importantes y antiguos reinos. El territorio que luego sería conocido

como Uganda se convirtió en protectorado británico en 1894; otro tanto sucedía al año siguiente con Kenia, el llamado *East African Protectorate*.

La ampliación del poder europeo en la región no dejó de tener consecuencias: en Tanganica, los alemanes debieron hacer frente entre 1888 y 1891 a la encarnizada resistencia de poblaciones costeras, y de los hehe en el altiplano meridional. Sólo en los años Noventa lograron someter a estos, gracias a su superioridad en armas y a la colaboración prestada por poblaciones rivales. También hubo resistencia de los niamuezi del Ntemi Isike, que prosiguió hasta 1898, incluso después de la muerte del jefe. El rey de Sharma, en la región de los montes Usambara, ya en declinación a la llegada de los alemanes, probó el camino de la diplomacia pero sin lograr conservar la autonomía de sus territorios[88].

Los principados ngoni del sudeste, Njelu y Mshope, fueron conquistados por medio de la fuerza. Muchos de los jefes fueron asesinados por los alemanes en 1897 en Boma, un campo fortificado construido por el ejército alemán cerca del campamento de Songea, al rey (indu-

---

88 Además de Oliver, Mathew (eds.), *A History of East Africa*, cit., cfr.: R. Coupland, *The Exploitation of East Africa, 1856-1890: The Slave Trade and the Scramble*, Faber and Faber, London 1938, II ed. 1968; N. R. Bennet, D. F. McCall, J. Butler, *History of East Africa, Boston University Papers on Africa*, III, Praeger, New York 1969; C. S. Nicholls, *The Swahili Coast: Politics, Diplomacy and Trade on the East African Littoral, 1778-1856*, Allen & Unwin, London 1971, y también la recopilación de contribuciones de B. A. Ogot, J. A. Kieran (eds.), *Zamani: A Survey of East African History*, Eaph Longman, Nairobi 1968.

Sobre el reparto: D. Arnold, "External Factors in the Partition of East Africa" en M. Kaniki (ed.), *Tanzania under Colonial Rule*, Longman, London 1980.
La rebelión maji-maji ha sido una de las primeras en ser estudiada con cierta exhaustividad: G. C. K. Gwassa, J. Iliffe (eds.), *Records of the Maji Maji Rising*, East African Publishing House, Nairobi 1967; G. C. K. Gwassa, Kinjikitile and the Ideology of the Maji Maji, en T. O. Ranger, I. N. Kimambo (eds.), *The Historical Study of African Religion*, University of California Press, Berkeley 1972. El debate acerca de la utilización del concepto de "resistencia" quedó abierto con el artículo de T. O. Ranger "Connection between 'Primary Resistance' Movements and Modern Mass Nationalism in East and Central Africa" en *Journal of African History*, IX, 3, 1968, pp. 437-53. Cfr., para una síntesis del problema, Id., "Resistenza contro il colonialismo" en Triulzi et al. (a cura di), *Storia dell'Africa*, cit., pp. 126-42. La literatura sobre la resistencia ha vivido una etapa de expansión a lo largo de los años Setenta y Ochenta, si bien con diferentes referentes teóricos y metodológicos. Buena parte del tomo VII de la *General History of Africa* ha sido dedicada a las "respuestas" o a las "iniciativas" africanas contro la colonización.
Entre los estudios monográficos y las colecciones de ensayos, cfr.: T. O. Ranger, *Revolt in Southern Rhodesia, 1896-1897*, Heinemann, London 1967; M. Crowder, *West African Resistance*, Hutchinson, London 1971; A. Isaacman, *The Tradition of Resistance in Mozambique: Anti-colonial Activity in the Zambezi Valley, 1850-1921*, University of California Press, Berkeley 1976; W. Beinart, C. Bundy, *Hidden Struggles in Rural South Africa: Politics and Popular Movements in the Transkei and Eastern Cape 1890-1930*, James Currey, London 1982; A. D. Nzemeke, *British Imperialism and African Response: The Niger Valley, 1851-1905*, Schoningh, Paderborn 1982. Sobre la resistencia de los nandi: A. T. Matson, *Nandi Resistance to British Rule: The Volcano Erupts*, Cambridge University Press, Cambridge 1993.

na) de Njelu, al que habían sido atraídos con engaños. Los mshope fueron sometidos después de la muerte de Chilembo, uno de sus más importantes generales. Ocho años después los ngoni, población guerrera que jamás había olvidado la humillante derrota, estuvieron entre los mayores protagonistas de la rebelión maji-maji, tal vez uno de los más significativos episodios de resistencia al pder colonial que se hayan verificado en África.

LA FORMACIÓN DE UGANDA

El período de gobierno de la IBEA en Uganda se extendió entre 1888 y 1894, y concluyó con la cesión de esos territorios al gobierno británico. Hubo una quiebra financiera, provocada por la escasez de capitales, que por otra parte eran necesarios para desarrollar el sistema de comunicaciones, en particular la construcción del ferrocarril al puerto de Mombasa, que permitiría aprovechar al máximo el potencial agrícola de Uganda y el del valle del Rift en Kenia. Un hecho que influyó negativamente sobre la capacidad de la Compañía de desarrollar sus actividades fue la resistencia de la población. El sultán de Witu logró impedir a la Compañía el uso del río Tana; la resistencia de poblaciones somali causó siempre problemas en las riberas del río Giuba (Yuba), principal vía de penetración a las regiones ricas en marfil. La resistencia antialemana de las poblaciones costeras destruyó el comercio en toda la región, pero el mismo efecto tuvo el bloqueo británico de la costa keniana, destinado a impedir que comerciantes árabe-suajilis proveyeran de armas a los rebeldes.

La Compañía se mostró igualmente incapaz de afrontar y conducir los delicados problemas de orden diplomático y político que en Buganda, un reino de gran complejidad institucional y en el que ya se estaba produciendo una significativa transformación del poder, planteaba la expansión hacia el interior. Varias guerras de religión acaecidas entre 1887 y 1890 habían conducido a transferir el poder efectivo de las manos del Kabaka a las de una oligarquía integrada por cristianos convertidos, y habían servido también para derrotar a los baganda musulmanes. Los cristianos, a su vez, se hallaban divididos en dos partidos rivales: el católico (fransa, aliado con el kabaka Muanga) y el protestante (inglesa). Los nombres de ambos partidos revelan el compromiso de los misioneros y la influencia que ejercían sobre esas organizaciones, los de nacionalidad francesa en el partido católico, los ingleses en el protestante.

El kabaka no había adherido al partido fransa por razones religiosas sino porque desconfiaba de las intenciones de la Compañía británica. Al llegar Lugard, sin embargo, la amenaza planteada por el alzamiento de los musulmanes baganda convenció al kabaka y a los dos

partidos de emplear la diplomacia y, por consiguiente, aceptar un tratado de protección con la IBEA en 1890. En 1891, el ejército conducido por Lugard derrotó a los musulmanes en la frontera de Bunioro, y arrojó al ejército de ese Estado del reino de Toro, en el que se había instalado en 1876. Kasagama, un príncipe aliado de Lugard, fue reinstalado como mukama de Toro.

Lugard se proponía mantener el pleno control de la Compañía sobre el territorio, y adquirir éste para Inglaterra, pero sus continuas interferencias en los asuntos del reino de Buganda volvieron a encender la rivalidad entre los partidos. La supremacía de los protestantes en el reino quedó consagrada en la batalla de Mengo, el 24 de enero de 1892, gracias a la intervención de Lugard. El resultado de esa batalla fue revolucionar la situación política en Buganda: los protestantes victoriosos impusieron un reparto geográfico de las tierras y las cargas, en el que los católicos, mucho más numerosos, fueron duramente penalizados. Los del partido fransa obtuvieron sólo la provincia de Buddu, y tres pequeños distritos pasaron a poder de los musulmanes, mientras que todo el resto del rico país sería la compensación de los vencedores del partido inglesa. Al kabaka, que seguía gozando de un prestigio inmenso, se le permitió volver a ocupar el trono, pero con poderes reducidos y sometido a la tutela del partido aliado con el proyecto colonial. Miles de familias emigraron, y la solidez del antiguo orden social quedó radicalmente perturbada. Quienes salieron peor librados fueron los musulmanes que, abandonando todo intento de mediación diplomática, recurrieron a la guerra santa, adhiriendo al amotinamiento de los soldados sudaneses de la Compañía, insatisfechos del tratamiento que recibían. A pesar de la detención del cabecilla de los sudaneses amotinados, los musulmanes se alzaron en 1893 y se retiraron a Toro, donde una vez más fueron derrotados.

La reorganización emprendida en años anteriores había servido para robustecer el reino de Bunioro. Consistió en la centralización administrativa, con mayor eficiencia del gobierno, e implicó también la formación de un ejército regular, el abarusura, que produjo notable cohesión entre las diferentes clases de la sociedad. El reino así reorganizado representaba un desafío para la IBEA y sus objetivos en la región. Derrotado el reino de Bunioro en Toro, por mano de Lugard, comenzó un período de guerra fronteriza, y Toro volvió a ser ocupada en 1893. Bunioro fue invadido en 1894 por un ejército anglo-baganda-sudanés, pero su rey, el mukama Kabalega, no se rindió por eso. Muchas partes de Bunioro, incluida Mubende, centro del antiguo reino y lugar sagrado de sepultura de los reyes, fueron anexadas a Buganda. Toro misma se expandió a expensas del reino derrotado. La ruina del país termino de completarse por la larga guerrilla que suscitó Kabalega. En 1895

Kabalega regresó a sus tierras y derrotó a una fuerza anglo-buganda, pero después fue obligado a huir otra vez. En 1896 Bunioro entró a formar parte del protectorado de Uganda, por más que no todo el país estuviera completamente bajo el control de los ingleses. Kabalega seguía resistiendo, y hubo un alzamiento en los territorios anexionados a Buganda conocidos como lost countries, las "comarcas perdidas", con expulsión de los jefes baganda que habían sido impuestos. Sólo en 1899, y por un acto de traición, fue apresado Kabalega y enviado en exilio a las islas Seychelles. Se le permitiría volver en 1923, pero no alcanzó a ver de nuevo su tierra, ya que murió durante el viaje de regreso, en Jinja.

El año 1899 marca el fin de la independencia de Bunioro, derrotado tras tantos años y tanta determinación, ante todo, por la superioridad en armas de los ingleses. En efecto, el rey de Bunioro no había podido obtener armas modernas, y había llevado adelante su resistencia gracias a la experiencia y la cohesión de los jefes y los súbditos que seguían siéndole fieles. Es notable en esa prolongada resistencia el fenómeno de la colaboración interétnica: al lado de Kabalega lucharon los langui, los acholi y también Muanga (Mwanga), el kabaka de Buganda. Muanga había dirigido en 1897 el levantamiento contra el poder inglés desde la provincia de Buddu, recogiendo fuerzas y apoyo de todas partes y de todos los sectores de población. Contra la revuelta formaron filas los jefes protestantes y católicos más influyentes, cuya posición y cuyos cargos dependían del favor inglés. Lo mismo hicieron eminentes líderes musulmanes. Una vez más, fueron los fusiles Maxim los que vencieron a los 14.000 seguidores del kabaka. Muanga, fugitivo en territorio alemán, fue internado; lograría huir, pero no recuperar su trono. Tras su deposición fue elegido kabaka un niño de un año, y el poder efectivo quedó en manos de tres regentes, dos protestantes y un católico. Se los premió por la lealtad demostrada con el envío de considerable ayuda militar contra el amotinamiento de las tropas sudanesas que, iniciado en 1897, sólo fue dominado con la expedición británica de 1901. Los partidarios del kabaka continuaron la guerrilla hasta 1899; Muanga, aliado de Kabalega, siguió la misma suerte que éste: el exilio en las Seychelles, donde murió. En 1899 el gobierno británico coronaba la ocupación de Uganda con el envío de sir Harry Johnston como Special Commissioner para Buganda. El acuerdo de 1900 (Buganda Agreement) definió los principios básicos del sistema colonial en el territorio, por más que amplias áreas del norte continuaran siendo independientes de la Gran Bretaña.

LA RESISTENCIA EN KENIA

En Kenia la conquista colonial halló resistencia en las costas durante la rebelión de Mbaruk en 1895, en la que intervino una parte de la po-

derosa familia Mazrui. Los kikuyu, organizados en sociedades de tipo descentralizado, es decir, que no contaban con un único centro de poder, respondieron de distintas formas a la penetración de la Compañía, previa y sucesiva a la instalación de la colonia inglesa. Las relaciones con la Compañía fueron de constante conflicto, sobre todo porque los europeos –en oposición al sistema de poder y autoridades de los kikuyu, descentralizado y difuso– tendían a favorecer a los jefes reales o inventados que en su alianza con el poder colonial asumían posturas autoritarias sin la aprobación de los órganos asamblearios de la población.

Importante, y sólo superada por la resistencia de Bunioro, fue la lucha en armas de los nandi, organizados también en diferentes entidades políticas, aun cuando la colaboración entre ellas había venido consolidándose en el último cuarto del siglo XIX mediante la transformación de las funciones del orkoiyot, un experto en ritos que de líder religioso había pasado a ser también profeta político y militar. Las funciones del orkoiyot, pese a que no llegaban a definir una auténtica autoridad política, se revelaron importantes en la oposición a los británicos, como factor de cohesión en apoyo de la resistencia. En 1895 los ingleses enviaron contra los nandi una expedición punitiva integrada por seis europeos y cientos de soldados sudaneses y suajili. Comenzó entonces una guerra sangrienta, en la que los nandi acertaron a defenderse y desencadenar varias ofensivas, valiéndose de sus posiciones estratégicas en las montañas y de su capacidad para mantener en buenos niveles la agricultura para la producción de alimentos. Cuando la línea férrea en construcción llegó a territorio nandi en 1899, la resistencia afectó a los trabajadores, las caravanas y las comunidades luo y luya protegidas por los británicos. Las varias expediciones punitivas, que emplearon auxiliares masai y ganda en apoyo de las tropas indias y suajili, no obtuvieron mayores resultados, y las negociaciones de 1900 consagraron una paz breve y precaria, hasta la expedición de 1905. Sólo los alevosos asesinatos del orkoiyot y muchos otros jefes hicieron posible el debilitamiento de la tenaz oposición de los nandi, finalmente doblegados por la intervención de una formidable fuerza militar inglesa integrada por efectivos indios, suajili, somali y masai, armada con fusiles de repetición y ametralladoras y que disponía de dos trenes blindados. No obstante, el territorio nandi siguió siendo siempre uno de los menos seguros y, sobre todo, de los menos dispuestos a colaborar con la colonización. Otras poblaciones de Kenia, como los luya y los luo, emplearona una mezcla de colaboración y diplomacia, mientras que los gusii, habitantes de la región sudoriental del altiplano, organizados también en entidades autónomas unas de las otras, opusieron resistencia hasta 1908. Sólo poco antes de la primera guerra mundial podría

decirse que la ocupación colonial había alcanzado sus fines de obtener el efectivo control del territorio keniano.

SOMETIMIENTO DEL REINO MATABELE

También la conquista de los territorios del altiplano central (la que sería colonia de Rodesia, hoy llamada Zimbabue), habitados por los ndebele del reino Matabele y por los shona, aparecía justificada por motivaciones económicas y estratégicas. El territorio del Estado de Matabele había entrado muy pronto en la esfera de interés de los cazadores de marfil. Entre estos estaba Sam Edwards, quien en 1854, en compañía del misionero Robert Moffat, adquirió influencia en la corte del rey Mzilikazi; en los años Sesenta se sumó Edward Chapman. Los cazadores europeos entraron en conflicto con las poblaciones ndebele y shona a causa de la devastación que la potencia de sus armas producía sobre la fauna y el ambiente. Asimismo, el rey de Matabele no veía con buenos ojos que los cazadores pugnaran por alcanzar territorios shona, pues deseaba evitar que poblaciones consideradas vasallas y en buena medida hostiles a su reino pudieran llegar a obtener armas. Pero las tierras de los shona atraían a los europeos porque era bien conocido el antiguo intercambio de oro en la región, y porque los informes de Hartley primero, y a continuación del alemán Karl Mauch, plantearon la hipótesis de la posible existencia de ingentes recursos mineros. Durante los años Setenta el rey de Matabele, Lobengula, había logrado con su hábil diplomacia mantener buenas relaciones con los europeos; ya en los Ochenta, comenzaron a volverse peligrosas las amenazas derivadas de las ambiciones externas. Los primeros en desencadenar la ofensiva fueron los portugueses, en procura de extender su dominio al alto Zambeze. En la frontera opuesta, sobre el límite sudoccidental del reino del Matabele, se encontraba el protectorado inglés de Bechuanalandia (Bechuanaland). Entre los principados tsuana y el reino de Matabele las relaciones habían sido siempre conflictivas.

Toda la situación regional se mostraba fluida. Tanto en Inglaterra como en Sudáfrica, militares y políticos empezaron a considerar que para la defensa de tan importantes intereses económicos y estratégicos, y de la ruta de las Indias, sería deseable –si no esencial– intentar conectar entre sí los territorios que integraban las posesiones británicas de África oriental y África austral. Esa consideración guardaba relación también con el hecho de que, sobre todo tras el descubrimiento en 1886 de importantes yacimientos de oro en el Witwatersrand (Rand), quedaba definido cuáles eran sus intereses prioritarios en Orange y en el Transvaal. Fue Cecil Rhodes el primero de entre esos personajes que comenzó a elaborar planes de expansión y control territorial, que de a poco fueron abarcando por completo una amplísima región, encru-

cijada de reivindicaciones de control, mutuamente conflictivas. Esas reivindicaciones eran las de las repúblicas bóeres; las de los alemanes parapetados en Agra Pequena, desde donde reclamaban como área de su influencia todos los territorios habitados por poblaciones damara y namaqua; las pretensiones de los portugueses sobre parte de Malaui y de los territorios del altiplano central (Zimbabue); por fin, se incluía también entre ellas la presencia en las ricas regiones mineras de Shaba-Katanga de la Asociación protegida por Leopoldo de Bélgica.

La expansión hacia occidente de la república bóer del Transvaal podía poner en peligro el llamado "camino de los misioneros", vía vital de conexión entre la colonia británica del Cabo y el África central. Además, el presidente del Transvaal, Kruger, trataba de librarse de la supremacía inglesa por medio de una alianza con los alemanes. Contra esa posibilidad Rhodes había tenido suerte de persuadir al gobierno británico, en 1885, de que diera su garantía al camino de los misioneros mediante la proclamación de un protectorado sobre las regiones septentrionales del territorio tsuana hasta el río Zambeze, primer paso para la formación de ese pasaje norte-sur que garantizaría la continuidad del control territorial británico desde Egipto al Cabo.

En 1887 Rhodes se enteró de que Lobengula había firmado un tratado (el llamado Grobler Treaty) con el gobierno del Transvaal. Moffat, el enviado británico, convenció en 1888 a Lobengula de anular ese tratado y suscribir otro distinto con el gobierno británico. Por este acuerdo, el rey se comprometía a no estrechar alianzas con terceros sin la aprobación del Alto Comisionado británico. La posición de Lobengula era sumamente difícil, estrechado y apremiado como estaba por diferentes intereses –británicos, portugueses y bóeres–, y con la complicación adicional de que sus regimientos no ocultaban el deseo de enfrentar a los ingleses, cuya derrota a mano de los zulú en Isand-luana (Isandhlwana) en 1879 conocían perfectamente. La superioridad de las armas inglesas y la capacidad de Rhodes, asistido por varios emisarios y receptor de considerable ayuda del gobierno y los misioneros, habían terminado por convencer a Lobengula de que la mejor garantía para conservar la independencia del estado Matabele frente a las pretensiones bóeres y portuguesas sería conceder derechos mineros a la Compañía británica. Así fue que en 1888 se firmó la Concesión Rudd, que otorgaba al grupo de Rhodes el completo control de todos los metales y minerales de reino. La llamada Rudd Concession condujo en 1899 a la formación de la BSAC, British South African Company, receptora del poder y la autoridad de colonizar. La Compañía halló la oposición de los grupos misioneros, que denunciaban sus prácticas vejatorias contra la población y, en consecuencia, presionaban para que el gobierno británico interviniera asumiendo la responsabilidad directa de gobernar,

mediante la proclamación de un protectorado. Pese a la oposición misionera, y contra la resistencia de Lobengula, quien ahora comprendía que su soberanía corría peligro, la Compañía obtendría en 1889 el Royal Charter o Real Privilegio, que la autorizaba en nombre del gobierno británico a colonizar toda el África central (Malaui y Zambia, además de Zimbabue). A ello siguió la organización de una fuerza militar integrada por 200 individuos de origen inglés y afrikaner, a los que se les prometieron 3.000 acres de tierra para cada uno, unas 1.214 hectáreas, una vez conquistado el territorio shona, y además 15 concesiones mineras. Las operaciones militares contaron asimismo con la cooperación de una fuerza militar de caballería de 400 jinetes y alrededor de 1.000 auxiliares, proporcionada por Jama, rey de los nguato; al término de la conquista, esa fuerza debería constituir el núcleo de la British South African Police. La expedición, comandada por F. C. Selous, comenzó en junio de 1890. El cuartel general de la expedición fue denominado Salisbury en honor de Lord Salisbury, el primer ministro conservador británico que había dado su aprobación a la empresa; es la actual capital de Zimbabue, ahora denominada Harare.

Fue una conquista especialmente sangrienta. En el curso de la guerra se inició el conflicto entre las intenciones colonizadoras de los británicos y el rey de Matabele, quien consideraba que los territorios shona estaban sometidos a su jurisdicción. La definición de la frontera entre los territorios de Matabele y los de la Compañía derivó en un grave pleito. Aunque el dominio efectivo de Lobengula no se extendía más allá de la zona occidental de Zimbabue, es indudable que muchas áreas de la zona oriental eran reivindicadas por sus regimientos como territorios de caza y realización de razias. Parte de los jefes shona del área intentó sacar provecho de la situación, dejando de pagar tributo a Lobengula y pidiendo la protección de los residentes británicos y de la Compañía.

Una serie de incidentes entre Lobengula y jefes shona llevó en 1893 al estallido de una verdadera guerra entre los ndebele, con un ejército de alrededor de 3.500 guerreros que sólo contaban con armas tradicionales, y una fuerza compuesta por 1.100 blancos, 2.000 auxiliares tsuana y 400 shona bien equipados, con 800 caballos y 16 ametralladoras pesadas. La sucesiva conquista del reino de Matabele significó para la población el comienzo de un duro régimen: todos los recursos, el ganado en primer lugar, fueron confiscados, y se reservaron para radicación de los ndebele las dos áreas más pobres y olvidadas de la región, las reservas Shangani y Gwaai, escasamente fértiles y frecuentemente asoladas por enfermedades. Lobengula logró huir y murió, posiblemente de viruela, en enero de 1894. Ya a partir de 1895 la nueva colonia, subdividida en una provincia occidental, Mashonaland, y otra oriental, Matabeleland, comenzó a ser llamada Rodesia.

Llevada a cabo la conquista, la BSAC favoreció la radicación de colonos europeos, que obtenían tierras a precios ventajosos. La región pasó a ser base de despegue de los grupos que querían apoderarse del Transvaal, en oposición incluso a las intenciones del gobierno británico. En 1895 el administrador de las regiones, Jameson, fue capturado mientras intentaba apoderarse de Johannesburgo, la capital del Transvaal, a la cabeza de una fuerza armada, en nombre de los intereses de los uitlanders, vale decir, de los numerosos blancos no bóeres, considerados extranjeros sin derechos en la república.

La primera insurrección ndebele es de 1896: complicada por divisiones dinásticas y rivalidades, concluyó en un acuerdo, después de una sangrienta campaña militar. Había sido causada por la pérdida total de recursos, ganado y control sobre las tierras, que había obligado a las poblaciones a establecerse en míseras reservas o convertirse en braceros sin derechos, o a emigrar en busca de trabajo o para escapar del trabajo forzado. En pocos años, una administración opresiva no se había limitado a arrebatar a la población sus recursos materiales, sino que había también contribuido a destruir las bases culturales del sentido mismo de identidad de los ndebele; en cambio, durante todas las terribles décadas de la dispersión provocada por el fenómeno mfecane / difacane había sido posible mantener esa identidad.

También los shona de las provincias orientales se rebelaron en 1896 al grito de ¡Chimurenga! Puesto que los shona no guardaban obediencia a una autoridad única, las acciones de guerrilla continuaron durante todo 1897, a pesar de las terribles represalias. La insurrección había sido provocada por la mala administración, las injusticias y los abusos, junto con los efectos de una grave sequía seguida por hambre y peste bovina. También en este caso, como en otros, el desastre ecológico fue interpretado por las poblaciones shona como un desastre social, expresión de la ira de Mwari, cuya voz hacían sentir las autoridades religiosas. Por otra parte, la ocupación colonial había minado seriamente la vida y la cultura shona, llevado al deterioro de instituciones milenarias y provocado subordinación, y el fin del lucrativo comercio con los portugueses. Para proteger los intereses ingleses se había prohibido el tráfico de oro, que los shona cambiaban por armas y otras manufacturas, y se les había obligado a comprar a los comerciantes de la Compañía productos mucho más costosos provenientes de Sudáfrica. En las dos insurrecciones tuvo relevante importancia la religión, sobre todo en lo que respecta a la relación entre líderes políticos y líderes religiosos de los cultos mwari en las regiones occidentales y mhondoro en las orientales.

INCORPORACIÓN DEL REINO DE LOZI (BAROTSELANDIA), Y FORMACIÓN DE RODESIA DEL NORTE (ZAMBIA) Y NIASALANDIA (MALAUI)

Lewanika, litunga de los lozi reinstalado como rey, eligió en 1885 el camino de la alianza con los ingleses. Temeroso de las amenazas internas y externas pidió –por medio de un misionero que era su consejero, y de la amistad con Jama (Khama), que era aliado de los ingleses y estaba ya bajo la protección de ellos– la creación de un protectorado sobre un amplio territorio que, pretendía, se hallaba bajo su control, y que se extendía desde las regiones habitadas por los lovale, en el noroeste, hasta Katanga en el norte y hasta las áreas del valle del Zambeze donde vivían los ila y los tonga, al norte de las cataratas Victoria.

Rhodes le había comprado en 1889 a Ware, un hombre de negocios inglés, una concesión que éste había obtenido de Lewanika, y de inmediato acreditó como enviado de la reina Victoria a un emisario suyo, Frank Elliott Lochner, que logró hacer firmar al rey el Lochner o Barotseland Treaty de 1890. El tratado ponía de hecho el territorio lozi bajo el protectorado de la BSAC. El rey, puesto sobre aviso acerca de la verdadera naturaleza del tratado, procuró en vano hacerlo anular. Sólo en 1897, a causa de los acontecimientos –insurrecciones, rebeliones, "Jameson raid", dificultades de Rhodes, problemas financieros de la Compañía– se instaló en territorio lozi un residente de la Compañía. Un nuevo tratado fue firmado en 1898 ("Lawley Treaty"), cuando ya la situación había cambiado, pues el gobierno británico había dejado de confiar en la capacidad de la Compañía para ejercer el poder en las áreas que le habían sido asignadas sin algún grado de control por parte del gobierno metropolitano. En 1899 un order-in-council establecía que el reino lozi –con el nombre de Rodesia del Noroeste o Barotselandia, y con Lewanika como Paramount Chief– sería administrado por la Compañía, sujeta al control del gobierno británico representado por el Alto Comisionado de la colonia del Cabo. Más tarde, con el tratado Croyndon, o "tratado de las cataratas Victoria" (Victoria Fall Treaty), firmado en 1900, fueron especificadas las responsabilidades de la Compañía y se introdujo una nueva cláusula, que autorizaba a ésta a ceder tierras en las regiones habitadas por los ila y los tonga, sin necesidad de consultar a los jefes locales. La disputa acerca de los límites entre Barotselandia y la Angola portuguesa quedó sin resolver. La cuestión fue sometida en 1903 a un arbitraje internacional presidido por el rey de Italia; el tema se cerró en 1905, con recíprocas concesiones.

Entre el nuevo protectorado de Barotselandia y el de Niasalandia, desde el Zambeze en el sur hasta el altiplano de Tanganica, se extendía una vasta región no tocada por los blancos, asentamiento de poblaciones importantes: los ngoni de Mpezeni, los bemba, los lunda

de Kazembe y distintos principados suajili. Sólo en 1895 se colocó formalmente esta área bajo la autoridad de la BSAC. Mpezeni, que se había negado a firmar un tratado con los ingleses, estaba en buenas relaciones con Carl Wiese, un aventurero alemán. Wiese venía comerciando con los ngoni desde 1885, estaba casado con una mujer indígena de lengua portuguesa y, por consiguiente, representaba más bien los intereses portugueses en el área. La resistencia de los ngoni de Mpezeni fue abatida en 1900. Fueron derrotados los suajili y también el reino de Kazembe, que estaba políticamente bien organizado y hasta los años Noventa había sido relativamente próspero. De hecho, su capital sobre el río Luapula, que contaba 20.000 habitantes, era el centro urbano más grande de toda el África central bajo influencia británica. Kazembe optó por continuar su alianza comercial con los suajili, pero en 1899 fue víctima de un traicionero ataque. El Kazembe, con la mediación de los misioneros del Plymouth Brethren, volvió a su país, ya sin poder alguno, en 1900. Los Estados bemba, debilitados por rivalidades internas, sobre todo entre los dos mayores principados, fueron derrotados en los años Noventa. Entre los Estados bemba del nordeste estaba surgiendo Muamba (Mwamba), que había dado amistosa acogida tanto al representante de la Compañía como al obispo Dupont, de los padres blancos, como aliados contra sus rivales. A la muerte del soberano, en 1898, los Estados bemba fueron absorbidos, sin demasiada resistencia, bajo el gobierno de la Compañía.

En el territorio que después fue llamado Niasalandia (Malaui), las pretensiones británicas se fundaban en una notable presencia misionera y en las actividades comerciales, que desde 1860 habían llevado al conflicto con los portugueses, cuya penetración en la región databa de los siglos XVII y XVIII. Como ya se ha dicho, los intentos portugueses de establecer una conexión entre las costas de Mozambique y las de Angola fracasaron frente a las poblaciones que, organizadas en distintos Estados y principados, y dedicadas a intensas actividades comerciales, siguieron siendo las dominadoras de la región.

La historia de este territorio estuvo marcada en gran parte por la acción de Livingstone. Había iniciado sus actividades en 1841 entre los griqua, como misionero de la London Missionary Society (LMS), y pasó después a vivir entre los tsuana del norte de Bechuanalandia. Profundamente involucrado en los asuntos de las poblaciones tsuana, y comprometido en la etapa de cambios que estaba atravesando toda la región austral en el momento de transición de la trata al comercio lícito, Livingstone vinculó su misión de cristianización con el proceso de cambio y modernización, y promovió la producción y el comercio legítimos. Sus expediciones, dirigidas a revelar los sistemas fluviales y lacustres de África central para que pudieran ser utilizados como vías

de comunicación que favorecieran la acción misionera civilizadora y el comercio, concebido también como agente de civilización, lo llevaron de la exploración del Zambeze a las de los ríos del territorio shire, y a la de los lagos Malaui, Tanganica, Mweru y Bengwuelu, para tratar de disipar el misterio de las fuentes del Nilo y del Congo. Sus escritos ejercieron enorme influencia científica, y en el aspecto ético Livingstone es considerado el personaje que más que ningún otro movilizó las conciencias de la época contra la trata y la esclavitud. Convencido de que únicamente el cristianismo y el comercio podrían derrotarlas se convirtió en el vocero, pleno de autoridad, de proyectos dirigidos a la protección y la tutela de las poblaciones que eran víctimas de tan grande devastación física y moral. Su acción dio impulso a la radicación de misiones en el territorio shire.

Los primeros misioneros en la región habían sido los portugueses, en el reino del Congo durante el siglo XV, y en Mozambique y Zimbabue en el siglo XVI. En 1859, gracias a la amistad de Moffat con el rey de Matabele, la London Missionary Society estableció una misión en Inyati, cerca de Bulawayo, y en 1870 otra en Hope Fountain. El impacto religioso de estas primeras empresas misionales fue mínimo, y otro tanto puede decirse de las misiones de los jesuitas, que llegaron al territorio a partir de 1882. Entre los shona, se mostraron activos los evangelistas y catequizadores venidos del Transvaal y de Lesoto (la Iglesia Reformada holandesa, la Misión Evangélica de Lesoto, la Sociedad Misionera de Berlín). Más tarde llegarían también misiones católicas y de la Iglesia de Inglaterra. Otra área de penetración misionera fue el territorio lozi: la LMS, los evangélicos, los jesuitas, la Plymouth Brethren entre los msiri y los lunda occidentales, y los padres blancos, ya presentes en Tanganica y Uganda.

En 1875, como un tributo a la acción y las ideas de Livingstone, la Iglesia Libre Escocesa fundó en Cape Maclear, una zona habitada por yao islamizados al sur del lago Malaui, la Livingstonia Mission. En 1881 la misión fue trasladada a Bandaue, en área tonga. Los tonga, interesados en consolidar su independencia de los ngoni, acogieron con entusiasmo a los misioneros, y llegaron a convertirse muy pronto en la población más alfabetizada de la región. Nuevas misiones fueron abiertas entre los ngoni, y en 1895 el doctor Robert Law creó el Instituto Livingstonia de instrucción superior, para proporcionar formación universitaria y profesional a las poblaciones locales. Pronto otras misiones introdujeron actividades continuadas. La Iglesia Establecida de Escocia, rama de la iglesia presbiteriana, se instaló en el altiplano de Shire, en una localidad a la que se dio el nombre de Blantyre en recuerdo del nombre de la ciudad escocesa donde había nacido Livingstone.

La Universities' Mission to Central Africa, tras el fracaso en los años Sesenta de la misión en Malaui, se había instalado en Zanzíbar. En los años Ochenta reanudó su actividad a orillas del lago Malaui. En 1888 también llegaron a la región los misioneros de la iglesia Reformada holandesa. Durante las dos décadas de actividad que precedieron a la colonización, las misiones establecidas en Malaui tuvieron considerable repercusión, tanto en el aspecto de la evangelización como en el de la enseñanza, de modo que en general, entre la población de esta área eran numerosos quienes recibían instrucción. No por casualidad tuvieron tan gran impacto en la inicial formación y organización de ideas nacionalistas los catequistas formados en las misiones. Lo mismo puede decirse de quienes recibían algún tipo de formación en instituciones misioneras de Zambia, Zimbabue y Sudáfrica.

Las actividades de los comerciantes yao y suajili, las razias practicadas por los ngoni, la presencia de la Compañía African Lakes, fueron garantes de una transformación profunda en la medida en que determinadas poblaciones, por ejemplo los ngonde, pidieron la protección británica, tanto contra los ngoni como contra los suajili. La guerra de los suajili contra los ngonde revirtió a partir de 1887 contra el establecimiento de la Compañía en Karonga: ese episodio fue el comienzo de las conquistas para controlar el norte de Malaui. Por otra parte, la ocupación se hizo efectiva por medio de una serie de tratados con jefes (los Johnston Treaties), que echaron las bases "legales" para la adquisición de tierras, la garantía de derechos para los comerciantes ingleses y de derechos de prospección minera en colaboración con Rhodes, interesado en el valle de Luangwa y en la región limítrofe entre Tanganica y Zambia, cuyo dominio podía permitirle mejorar las comunicaciones de la BSAC hacia el norte. Johnston halló oposición de los ngoni y, opuestamente, colaboración por parte de los kololo y los yao en el altiplano del Shire.

También los portugueses planteaban sus pretensiones sobre el Shire, y desde el puerto de Quelimane controlaban el comercio del Zambeze. El descubrimiento de la vía de acceso a este río a través de Chinde permitió reducir las interferencias portuguesas. Ante la amenaza de la expedición de Serpa Pinto en 1889, el vicecónsul británico declaró el protectorado sobre los territorios kololo y yao. Los británicos amenazaron también con tomar la Ilha de Moçambique si no cesaban las actividades de Serpa Pinto en Shire. La frontera entre las posesiones inglesas y las portuguesas quedó establecida por el tratado anglo-portugués de 1890, y fue confirmada por la convención de 1891.

La serie de tratados que a continuación se esgrimieron para sostener derechos de prioridad de las diferentes potencias fue una mera participación en el papel, es decir en los mapas. El problema de estable-

cer un auténtico gobierno en las áreas tan fraudulentamente adquiridas era complicado en grado sumo. Una administración colonial tendría que encontrar los recursos para hacer cesar en forma efectiva la trata de esclavos, y poner fin al sistema de razias. La Compañía que operaba en Malaui carecía de los medios para ello, y los misioneros se oponían a la idea de imitar el modelo de Rodesia. Pese a ello, la British South African Company obtuvo mucho poder, y adquirió derechos mineros y sobre tierras al ser constituido el protectorado del África Central Británica, nombre que en 1907 sería cambiado por el de protectorado de Niasalandia. En los papeles el protectorado se extendía desde el Zambeze al sur hasta el lago Tanganica al norte, y desde el lago Malaui hasta la frontera con el reino de los lozi al este, pero el control efectivo se ejercía sobre un área mucho más reducida.

Los mayores problemas para una administración débil y privada de medios venían de los principados yao y ngoni. Los yao resistieron la imposición del protectorado, y siguieron traficando esclavos hasta 1895. Los ngoni se opusieron con denuedo a la colonización, en una resistencia sin cuartel que sólo fue doblegada en 1904, con un tratado que les fue impuesto a los jefes ngoni; estos acusaron incluso a los misioneros de haber colaborado para su derrota.

El gobierno del protectorado favoreció la llegada de colonos blancos y fomentó su radicación, vale decir, el desarrollo de una economía de plantación basada en la producción de café, té y tabaco. Las tierras fueron confiscadas y concedidas a los plantadores, comerciantes y misioneros. Muchas tierras pasaron a ser de la Corona, y las compañías comerciales se apropiaron de los mejores terrenos. A los dos años de constituido el protectorado, un quinto de la tierra estaba en manos de los blancos –plantadores, comerciantes, misiones–, otro quinto era de las compañías comerciales, otro quinto de la Corona y el resto, en gran proporción integrado por tierras marginales poco productivas, quedaba para las poblaciones locales. Los africanos, despojados de la tierra, tuvieron que adaptarse a ir en busca de trabajo a las plantaciones europeas o, en caso contrario, a emigrar, o a sobrevivir gracias a una agricultura de subsistencia desarrollada en condiciones de creciente indigencia. Niasalandia se convirtió rápidamente en una de las principales regiones aportadoras de fuerza de trabajo migratoria para Rodesia y Sudáfrica.

EXTENSIÓN DE LA FRONTERA COLONIAL EN SUDÁFRICA

Ya se ha dicho que el factor central de cambio que vino a interactuar con las conmociones desatadas por el mfecane / difacane fue el Gran Trek bóer, que se inicia a fines de 1835, partiendo desde la colonia del Cabo en dirección norte y nordeste. Los voortrekkers pasaron a ser pro-

tagonistas en los conflictos con las poblaciones soto del sur, ndebele y pedi, y de estas entre sí, y a continuación, desde la llegada zulú a Natal, a fines de los años Treinta, también con los zulú.

La batalla de Blood River (o del río ensangrentado, 1838), librada a orillas del Ncome entre las fuerzas de comandos de Andries Pretorius y las tropas zulú, y que terminó con una carnicería que todavía hoy se celebra el 16 de diciembre de cada año como mito fundador del volk afrikaner, marcó el inicio del deterioro para el poder y la autoridad del soberano zulú Dingane, contra quien se ubicó, aliándose a los bóeres, su propio hermano Mpande. Una vez capturado y muerto Dingane por los suazi, Mpande se convirtió en rey de los zulú en enero de 1840.

Los bóeres victoriosos establecieron la república de Natal, con un Volksraad o Parlamento en Pietermaritzburg desde donde tenían acceso a Puerto Natal, la actual Durban, todavía independiente del control británico. La instalación de cultivadores bóeres puso en evidencia lo dramático de las expropiaciones de tierras, tanto más porque masas de africanos volvían del exilio o regresaban desde las regiones en las que se habían refugiado, para encontrarse sin medio alguno de subsistencia. Por otra parte, con frecuencia los bóeres reclutaban fuerza de trabajo por la violencia, y solían aplicarle sistemas similares a la esclavitud. Ello provocaba huidas masivas hacia el sur, al otro lado del río Mzimkulu en las tierras de los nguni del sur, donde a causa de las guerras de frontera era igualmente problemático el mantenimiento de la paz. Por fin, los ingleses no tenían ninguna intención de perder el control de Puerto Natal, del que se habían apoderado en 1842 con el ulterior propósito de someter a los bóeres a la Corona británica. Entre los años Cuarenta y los Setenta, bajo el control inglés, la población de origen europeo y asiático aumentó considerablemente en la colonia de Natal: en los Sesenta comenzó la importación de trabajadores bajo contrato desde la India, para las plantaciones de azúcar de la región costera.

La mayor parte de las familias bóeres abandonó, pues, Natal, para unirse a las comunidades que al norte del Vaal se habían establecido en "repúblicas" esparcidas sobre un amplísimo territorio, delimitado por el río Vaal, los montes Drakensberg, el Kalahari y el río Limpopo. El Transvaal, como se lo llamó, devastado por guerras, todavía era controlado en gran parte por sus habitantes originarios, los ndebele, organizados en un reino. Los bóeres instalados en el Transvaal oriental, con el fin de independizarse del control inglés y abrir una vía comercial de acceso autónoma hacia la bahía de Delagoa y el puerto de Lourenço Marques, entraron en conflicto con las poblaciones pedi, tonga, suazi y venda, de las cuales ocuparon gran parte de las tierras.

Con la convención del río Sand los británicos reconocieron la independencia de las repúblicas bóeres al norte del Transvaal (1852),

dejándoles las manos libres a los colonos bóeres en sus políticas de reclutamiento compulsivo de fuerza de trabajo entre las poblaciones locales. Los misioneros, Livingstone entre ellos, protestaron vigorosamente contra las expediciones punitivas sobre las poblaciones que resistían, pero por el momento sin éxito.

Al sur del Vaal la situación era muy complicada: al oeste estaban los griqua de Adam Kok y varias factorías bóeres; al norte del río Vet estaba la república bóer de Winburg; al este había estados africanos (tlokwa, rolong, taung y soto), con bóeres instalados ya desde los años Veinte en la capital de los rolong, Thaba'Nchu. Sin el permiso del soberano Moshoeshoe, también había bóeres instalados entre el Caledon y el Orange.

La potencia del Estado de Moshoeshoe en esta área representaba un peligro tanto para los reinos y las poblaciones que no querían aceptar su supremacía como para los bóeres y, en definitiva, también para los británicos del Cabo. En efecto, en 1848, cuando toda la región entre el Orange y el Vaal fue colocada bajo control británico (la Orange River Sovereignty) el conflicto con los bóeres fue resuelto por medio de la decisión de trazar una frontera que contuviera a los soto en el interior de un territorio menor que el que reclamaban (la Warden Line, 1849), mientras quedaba reconocida la autonomía de los rolong y los tlokwa. Siguió una serie di guerras (1851, 1852) que no lograron doblegar al reino soto. El sometimiento de los tlokwa por parte de los soto en 1853 y, al año siguiente, la cesión a los bóeres del territorio que desde entonces (1854) fue llamado Estado Libre de Orange exacerbó el conflicto entre el reino soto y los bóeres por la cuestión del control de las tierras. La guerra de 1865-68 llevó a la pérdida de territorio del reino soto, y obligó al rey a pedir la protección británica. En 1868, el gobierno británico se anexionó Lesoto como colonia británica de Basutolandia. En 1870 moría Moshoeshoe: no sólo su Estado había quedado notablemente reducido, sino que ahora dependía de la benevolencia de los británicos.

Las diferentes repúblicas bóeres del Transvaal, unidas en 1860 bajo el nombre común de República de Sudáfrica, siguieron en conflicto entre ellas y con las poblaciones. En especial los venda y los pedi lograron mantener cierto grado de independencia, pese a los continuados intentos por controlarlos. La rebelión venda en los años Sesenta liberó de la presencia de los blancos a toda la región entre el río Olifants y el Limpopo. Los pedi, que habían quedado casi destruidos por las razias de los ndebele en los años Veinte, estaban recuperando fuerza y poder por medio de la organización de principados confederados y de estratégicas alianzas matrimoniales. En este proceso de reconstrucción de la perdida supremacía en la región, fueron ayudados por los nuevos conocimientos adquiridos por sus emigrados en la colonia del Cabo,

principalmente por el uso de las armas que habían logrado obtener, pese a que las leyes prohibían su venta a los indígenas.

En el Transvaal central y occidental, las relaciones entre bóeres y poblaciones locales eran de dependencia renuente para los grupos que habían perdido sus tierras, de precaria independencia para los demás. Algunos importantes jefes tsuana se convirtieron al cristianismo en misiones de la LMS y de la iglesia wesleyana, entre otras cosas porque los misioneros ayudaban al comercio. Misioneros y comerciantes que desafiaban las severas y discriminatorias leyes bóeres, que por ejemplo prohibían a los indígenas el ejercicio del comercio, comenzaron a ser vistos y aceptados como aliados por las poblaciones tsuana. En los años Sesenta gran parte de la comunidad griqua entre el Vaal y el Orange se vio forzada por la presión bóer a desplazarse, y se reinstaló en las colinas del este de los Drakensberg, en las que se fundó el Estado de Griqualandia Oriental. No obstante, algunas familias griqua permanecieron en la región, intentando librar a sus tierras de las pretensiones bóeres.

En las fronteras orientales de la colonia del Cabo, las miras británicas sobre las tierras de los principados josa volvieron a ser apoyadas por el gobierno colonial en los años Cuarenta. A continuación de la séptima guerra josa (1846-47) el territorio del Ciskei, que ya en 1835 había sido anexado como "provincia de la Reina Adelaida", fue incluido una vez más con el nombre de Cafrería Británica. Una nueva guerra (1850-53) vio la unión de josa, joijoi y poblaciones mixtas del asentamiento sobre el Kat contra los ingleses, a quienes se habían aliado poblaciones mfengu, compuestas por refugiados del mfecane a los que los jefes de los principados josa consideraban sus súbditos, y que a partir de entonces recibieron el infamante sello de traidores. Las continuas guerras, la sequía y las epidemias habían debilitado a las sociedades josa y, sobre todo, reducido su riqueza en ganado, que constituía el centro de su vida social y económica. El golpe de gracia al patrimonio josa fue asestado, como hemos visto, por el exterminio de animales que ordenó una joven profetisa, en el vano intento de propiciar la derrota del enemigo. El gobernador del Cabo tuvo entonces en sus manos buenas cartas para someter definitivamente a los principados josa. En 1866 la Cafrería Británica ("British Kaffraria", hoy Ciskei), pasó a integrar la colonia del Cabo. En tanto, ya en 1853 la Colonia del Cabo había obtenido el Responsible Government, con una House of Assembly electiva que proponía leyes a través de un gobernador asistido por un consejo, que constituían el poder ejecutivo. Sólo en 1872 fue concedido el gobierno responsable pleno, con un gabinete y un primer ministro elegido por la House of Assembly electiva. Podían votar los varones adultos de cualquier raza o color, a condición de que contaran con propiedades por un

valor aproximado de 25 libras esterlinas, e ingresos no inferiores a 50 libras al año. Aunque de hecho eran pocos los no blancos que gozaban de derecho al voto, en este aspecto la Constitución del Cabo difería fundamentalmente de los ordenamientos de las repúblicas bóeres, donde sólo los blancos tenían permitido votar.

LA ERA DE LOS DIAMANTES

El período siguiente vio cambios decisivos, provocados por el descubrimiento de yacimientos de diamantes en los años Setenta, y de oro en los Ochenta, en diferentes regiones de África del sur[89]. Desde siglos atrás se venía extrayendo oro y cobre en la región al norte del Limpopo, en Zimbabue y aun más al norte, en el área hoy conocida como el Copperbelt, "el cinturón del Cobre", y en Katanga (Shaba). A lo largo del siglo XIX, el teatro donde se desarrolló la fiebre del oro fue el reino de Matabele; ya en 1870 todas las concesiones habían pasado a manos de la Compañía de Cecil Rhodes.

En 1867 se descubrió un diamante en la región en que el río Vaal desagua en el Orange. Pronto habría nuevos hallazgos de piedras preciosas en territorios griqua, jora y tsuana, en el bajo Vaal. En marzo de 1869 se produjo el más sensacional hallazgo: cierto pastor griqua encontró un diamante de grandes dimensiones, que más tarde sería conocido como Star of Africa, y se lo vendió a un bóer a cambio de un caballo, diez bueyes y quinientas ovejas. De inmediato dieron inicio la fiebre y la competencia por descubrir y repartirse las riquezas mineras, una actividad en la que participaron gran número de buscadores con medios muy escasos pero con grandes esperanzas y, poco después, grandes compañías. Las zonas diamantíferas más prometedoras se encontraban por entonces fuera de los límites de la colonia del Cabo, en territorio griqua, pero a fines de 1871, tras una complicada disputa

---

89 Aparte de los trabajos ya citados sobre la etapa de la transformación de Sudáfrica, cfr.: D. Welsh, *The Roots of Segregation: Native Policy in Colonial Natal 1845-1910*, D. Philip, Cape Town 1971; R. V. Turrel, *Capital and Labour on the Kimberley Diamond Fields 1871-1890*, Cambridge University Press, Cambridge 1987; C. Newbury, *The Diamond Ring: Business, Politics and Precious Stones in South Africa, 1867-1947*, Clarendon Press, Oxford 1989.

Sobre la historia social y urbana: C. van Onselen, Chibaro: *African Mine Labour in Southern Rhodesia 1900-1933*, Pluto Press, London 1976; Id., *Studies in the Social and Economic History of the Witwatersrand*, t. I: New Babylon, II: New Nineveh, Ravan Press, Johannesburg 1982. Sobre la historia de la pobreza rural: R. Palmer, Q. N. Parsons (eds.), *The Roots of Rural Poverty in Southern Africa, University of California Press*, Berkeley 1977. Sobre Mozambique: D. Hedges, O Sul e o trabalho migratorio, en C. Serra (ed.*), Historia de Moçambique*, Universidade Eduardo Mondlane, Maputo 1982-83; L. Vail, L. White, *Capitalism and Colonialism in Mozambique: A Study of the Quelimane District*, Heinemann, London 1980.

legal, los ingleses lograron incorporarlas al territorio bajo jurisdicción de la colonia.

Ya en 1872 había surgido de la nada una ciudad diamantífera de más de 30.000 habitantes de todos tipos, blancos y africanos provenientes de los lugares más diversos: New Rush,[90] después rebautizada Kimberley por el nombre del ministro de Colonias británico. Era una auténtica ciudad de frontera, en la que podían construirse grandes fortunas en pocos días, pero que era también la sede de ilusiones irrealizables de riqueza. La miríada de pequeñas concesiones mineras fracasó por falta de capitales, y sus titulares desaparecieron rápidamente para dejar el campo a las grandes compañías mineras: ya a fines de los años Setenta, la De Beers Mining Company –desde 1899, De Beers Consolidated Mining Company– se había hecho con el control de todas las operaciones mineras en Kimberley.

El auge de la economía minera, y el desarrollo de una ciudad repleta de extranjeros, proporcionaron un mercado para la expansión de la producción de alimentos. En esos años creció un sector indígena de producción agrícola capaz de competir con los farmers bóeres por el control de las mejores tierras y de la fuerza de trabajo. En función de las exigencias de la extracción minera se desarrolló también un importante mercado de trabajadores migratorios: se calcula que durante todos los años Setenta llegaban en promedio, para cumplir tareas estacionales, unos 50.000 africanos por año. Los inmigrantes acudían de todas partes de la vasta región austral: no sólo de las colonias inglesas o las repúblicas bóeres, sino también de Estados o sociedades todavía independientes. La masa de migrantes indujo una notable expansión del mercado de bienes de consumo: tejidos, ropa, instrumentos agrícolas, hachas, cuchillería, herramientas, utensilios en general pero también, y sobre, todo, armas de fuego. Las manufacturas de bajo precio, producidas industrialmente en Gran Bretaña, ejercieron un espectacular impacto sobre muchas poblaciones africanas que hasta entonces, aun tomando parte en el intercambio comercial, seguían siendo relativamente autosuficientes.

Fue la revolución minera de los años Setenta la que provocó un vuelco radical de la política británica, hasta entonces basada en el control y la contención de la expansión bóer, y contraria a hacerse cargo del control directo de las repúblicas, salvo en aquellos casos en los que la anexión se volviera inevitable por la necesidad de defender intereses estratégicos, o fuera reclamada ardientemente por los propios jefes de las poblaciones. A partir de los años Setenta entran en juego intereses

90 Nombre formado sobre la base de la expresión *gold rush*, literalmente "carrera por el oro" *[T.]*.

esenciales de Inglaterra, que ve cómo el centro de gravedad económico de la región se desplaza hacia el norte, a regiones en las que el poder todavía es ejercido por entidades no completamente controladas.

De modo que con los años Setenta se entra en una nueva era de intensa conflictualidad en la región, entre los gobiernos coloniales de procedencia europea –tanto bóeres como ingleses–, decididos a defender o extender sus posesiones como forma de garantizarse el control de recursos que estaban demostrando ser riquísimos, y también de esos gobiernos contra Estados africanos que no sólo no habían perdido todavía su autonomía, sino que confiaban en recobrar lo ya cedido. La política inglesa en Natal se hizo más decidida: la resistencia de los hlubi bajo la autoridad del jefe Langalibalele, contra la deportación desde sus tierras a una reserva, fue brutalmente aplastada. En el Transvaal, la guerra por el control de las tierras y de la fuerza de trabajo entre pedi y bóeres en el distrito de Lyndenburg terminó en 1876 con una derrota bóer. El proyecto inglés de crear entre los Estados de la región una federación bajo tutela británica cobró impulso con la victoria de los pedi sobre los bóeres, que permitió que en 1877 los ingleses se anexaran por primera vez una debilitada República del Transvaal.

Los problemas que planteaba una conflictualidad permanente, y las evidentes dificultades para reducir a la servidumbre a los africanos, en síntesis, la imposibilidad de controlar su expansión inclusive económica mediante la defensa de las tierras productivas, dieron impulso al proyecto de federación que desde hacía ya tiempo había sido propuesto por influyentes personajes del gobierno inglés. El gobierno del Cabo y los de las repúblicas bóeres hostilizaban ese proyecto. En cambio Natal, preocupado también por la política bóer en Transvaal, que andaba constantemente en busca de alianzas y vías de salida que le permitieran librarse de la siempre oprimente tutela británica, expresó su opinión favorable.

En 1875 una corte europea había confirmado a Portugal la plena posesión de la bahía de Delagoa; existían planes para la construcción de un ferrocarril desde Transvaal al puerto de Lourenço Marques y, por lo tanto, esa rica región corría el riesgo de sustraerse a la supremacía comercial inglesa; al mismo tiempo, las regiones de las minas de diamantes perderían el acceso a la fuerza de trabajo de las regiones al norte y al este del Transvaal. En la frontera oriental del Cabo, la incorporación de Ciskei había dejado independientes a los gcaleka-josa que vivían al otro lado del río Kei. En 1877, la postura adoptada por los británicos en favor de los mfengu provocó una nueva guerra en la que intervinieron también los ngqika-josa de las reservas bajo el control del valeroso jefe Sandile. Derrotado y muerto éste en mayo de 1879, su reserva se convirtió en zona de poblamiento blanco, y todos los territorios del Transkei,

de los thembu, los josa y los mfengu, y la Griqualandia oriental, quedaron sometidos a los magistrados del gobierno de la colonia del Cabo. La anexión formal tuvo lugar entre 1879 y 1885.

Ante la situación indicada, el todavía poderoso reino zulú debía ser sometido a control, por más que el nuevo rey Cetswayo hubiera de algún modo sostenido hasta entonces buenas relaciones con los ingleses de Natal. El ultimátum dirigido al reino zulú en diciembre de 1878 exigía la aceptación de un residente británico y la disgregación del ejército. No fue aceptado, y el 11 de enero de 1879 el ejército británico invadió el Zululand. Pese a una primera y grave derrota inglesa en Isand-luana, los zulú no pudieron soportar por mucho tiempo el peso de la guerra, ante los formidables medios militares empleados por sus adversarios. Capturado el rey, y derrotados los regimientos zulú, el Estado fue subdividido en trece diferentes entidades, división por completo artificial que serviría para poner en funcionamiento la administración colonial "indirecta", instrumento del añejo divide et impera.

Con la ayuda de sus tradicionales enemigos los suazi, también los pedi fueron derrotados; su rey cayó prisionero, y fue asesinado después por la mano del jefe fantoche que había tomado su lugar. En cuanto a los soto de Basutolandia, resistieron por las armas la decretada anexión a la colonia del Cabo y la orden de desarme. Por fin, en 1881 obtuvieron el derecho a ser reconocidos como colonia británica separada de las demás y no dependiente de ninguna otra, lo cual les garantizaba que las tierras todavía en su poder no podrían ser expropiadas para instalar en ellas colonos blancos u otras poblaciones.

LA ERA DEL ORO Y EL FIN DE LAS AUTONOMÍAS AFRICANAS

Los bóeres del Transvaal, rebelados en 1880 contra la pérdida de su autonomía, obtuvieron la restauración del autogobierno por la Convención de Pretoria, de 1881, por la que los ingleses se reservaban el control de los asuntos exteriores y mantenían un residente británico. La independencia plena fue recuperada con la Convención de Londres de 1884. El gobierno bóer del Transvaal, fuerte de su recuperada autonomía, reanudó las campañas de conquista de los territorios occidentales habitados por rolong, tlhaping y kora, todos en conflicto entre sí. Lo hizo mediante alianzas con los hombres fuertes involucrados en las luchas, de los que después pretendería compensaciones en tierras. Caídas en 1882 las dos ciudades bajo asedio (Taung y Mafeking), los bóeres proclamaron en las tierras conquistadas dos nuevas repúblicas, a las que llamaron Goshen y Stellaland. Con todo, la resistencia a la radicación de los bóeres siguió viva.

Paul Kruger había asumido la presidencia del Transvaal en 1883, asistido por un brillante comandante en jefe de las fuerzas armadas,

Piet Joubert. Bajo la conducción de Kruger, y mediante el uso de métodos brutales, los bóeres terminaron de someter a su control todo el Transvaal. Los ndzunza ndebele –organizados en principados mixtos nguni-soto en torno a la región de Lyndenburg, en el Transvaal oriental, entre las áreas habitadas por los pedi y los suazi– fueron atacados y diezmados con cargas de dinamita arrojadas contra las cuevas que habían fortificado. Los pocos sobrevivientes fueron privados de sus tierras y redistribuidos entre los farmers bóeres. Muchos rapulana y ratlou rolong, que en otra época habían sido aliados de los bóeres, fueron obligados a abandonar sus tierras y a refugiarse en la Bechuanalandia británica. Fue destruida la ciudad de Mamusa, de los kora de Mossweu, también ellos antiguos aliados de los bóeres: el rey fue muerto, y los sobrevivientes fueron repartidos entre los farmers bóeres como fuerza de trabajo. Al norte, los comandos de Joubert aislaron los principados venda, y los derrotaron uno detrás de otro. En los años Noventa fue aplastada la resistencia de los gananwa y los lobedu. Habían transcurrido sesenta años desde la llegada a la región de los primeros bóeres con sus carros.

En el Zululand, en tanto, la destrucción del reino había sido seguida por tensiones y conflictos entre quienes seguían siendo leales a la casa real, organizados en la facción llamada usuthu, que reclamaba la restauración del rey Cetswayo, y los jefes que se habían aliado con la administración inglesa de Natal. El conflicto desembocó en 1881 en una sangrienta guerra civil. La restauración de Cetswayo en el trono no significó la recomposición del Estado zulú, que quedó dividido en tres partes: los principados de Hamu y Zibhebhu en el norte siguieron siendo autónomos bajo la protección inglesa, en tanto que la región del sur a lo largo del río Tugela quedó sometida, como reserva zulú, al gobierno directo de la colonia de Natal. De ese modo, a Cetswayo y su partido usuthu sólo les quedó la región intermedia. Muerto Cetswayo en 1884, tal vez envenenado, masas de zulús se reorientaron a la reserva, mientras que otros se unían a los bóeres del Transvaal. Así fue que el nuevo rey Dinuzulú, con una fuerza usuthu-bóer, invadió los principados del norte del Zululand, que estaban bajo la protección inglesa. Pero no fueron los usuthu quienes aprovecharon la victoria, sino los bóeres, que proclamaron una New Republic sobre la casi totalidad del territorio conquistado. La respuesta inglesa fue extender las posesiones británicas del Zululand oriental al norte de la reserva, para impedir el acceso al mar a la Nueva República bóer. Esta terminó por ser incorporada al Transvaal, en tanto que en 1887 el resto del Zululand fue proclamado Zululand Británico. Dinuzulú fue capturado en un intento de reconquistar parte de sus tierras, y exiliado a la remota isla de Santa Elena,

donde permaneció hasta 1897. En ese mismo año, el Zululand Británico fue incorporado al territorio de Natal.

La crisis y la disolución del poder zulú, la pérdida de los recursos y de la autonomía, agravadas por la racha de grave sequía de fines de los años Ochenta, provocaron el éxodo de masas de migrantes sin recursos de supervivencia, una reserva de fuerza de trabajo formidable, sobre todo para la naciente economía minera del Witwatersrand, según venía desarrollándose tras el descubrimiento de importantes yacimientos de oro.

En favor de los derechos de las poblaciones tsuana del sur intervino un influyente misionero de la LMS, John Mackenzie, que pidió la protección inglesa contra las expropiaciones de tierras, sostenido en esto por los comerciantes de Kimberley y del Cabo, quienes temían el control bóer de las vías de acceso comercial al norte. Cecil Rhodes tomó posición contra la conquista bóer, pero no para favorecer la restitución de su autonomía a las poblaciones tsuana: le interesaba, en efecto, que el gobierno del Cabo asumiera el pleno control de la región, no solamente para que no pudiera ser amenazado el comercio norte-sur sino, sobre todo, para que no corriera peligro tampoco el constante flujo de fuerza de trabajo migrante hacia las minas de Kimberley. Además, Rhodes se hallaba ya concibiendo la estrategia de expansión de los intereses británicos y capitalistas a las regiones al norte del Transvaal, por lo que consideraba negativamente que persistieran centros de poder desvinculados del centro de poder colonial inglés (como era el caso de los hombres fuertes tsuana), o que se crearan otros nuevos (los de los bóeres). La Convención de Londres concedió buena parte del territorio de los rapulana rolong y los kora a los bóeres del Transvaal pero, con el objeto de mantener abierto el camino hacia el norte, el resto de los territorios tsuana pasó a ser un protectorado británico. En setiembre de 1884, fuerzas bóeres organizadas en comandos rompieron las líneas de contención y se apoderaron de los territorios del protectorado. El temor de una posible alianza entre los bóeres del Transvaal y los alemanes que entretanto se había apoderado de los inmensos territorios occidentales (el África del Sudoeste, actual Namibia) provocò la intervención armada inglesa.

La principal y más influyente de las estructuras estatuales entre los tsuana del norte era el reino nguato, del que era soberano el rey Jama (Khama) III, conocido también como Jama el Grande. Este era un rey cristiano, que ya en 1876 había pedido la protección inglesa. También aceptó tal protección Gaseitsiue, rey de los nguaketse situados al sur de Nguato. Lo mismo hicieron, aunque con menor entusiasmo, los kuena del rey Sechele. En 1885, los territorios de los principados tsuana al sur del Molopo pasaron al dominio británico directo (Bechuanalan-

dia Británica, según la terminología oficial "Colonia de la Corona"), mientras que para los situados al norte se proclamó el protectorado (el Bechuanaland Protectorate, hoy Botsuana).

Al norte, con la extensión de la frontera hasta el río Zambeze quedó incorporada al protectorado de Bechuanalandia –por un acuerdo entre británicos y alemanes, pactado sin consultar a las autoridades indígenas– la región de Ngamilandia, dominada por la expansión del Estado de Tawana (1890). En 1893 un agente de Rhodes, decidido a apoderarse de la región para la British South Africa Company, indujo al rey Sekgoma a firmar un tratado de amistad que en sus versiones en inglés y neerlandés se transformó en una cesión de tierras y de derechos de explotación minera a la BSAC. La protesta del rey contra esta interpretación fue apoyada por los restantes 177 jefes tsuana y por el misionero Moffat, que conocía bien el episodio del brutal sometimiento del Matabeleland por las armas que respondían a la Compañía. Los británicos reconocieron la trampa y, tras obtener del rey la cesión del distrito de Ghanzi con el fin de instalar en él colonos blancos, dieron garantía de la autonomía de la reserva tawana en el resto del territorio de Ngamilandia.

En 1889 la British South Africa Company obtenía la Royal Charter (privilegio de la Corona británica) que incluía en su ámbito de competencia a todo el protectorado de Bechuanalandia. En cuanto a la otra colonia homónima, en 1895 se estableció que sería anexada a la colonia del Cabo, en la que, por otra parte, Cecil Rhodes era por entonces el primer ministro. Las protestas de los jefes de los Estados tsuana contra la decisión de someterlos a la BSAC, cuya historia de abusos, represión e ineficiencia era bien conocida, llegó directamente a Londres, a donde fueron para defender su causa los reyes Jama, Bathoen y Sebele, ayudados en esta empresa por los misioneros de la LMS. Chamberlain rehusó recibirlos, pero su apelación por medio de numerosas conferencias públicas tuvo en Inglaterra una gran resonancia. Los soberanos tsuana sostenían que el gobierno inglés no tenía derecho a ceder sus territorios a una Compañía, ya que lo que ellos habían pedido, y les había sido prometido a cambio de su lealtad, era la protección de la Corona británica contra la invasión de sus tierras por los bóeres del Transvaal. En 1895, una serie de cálculos políticos y la presión de la opinión pública obligaron a Chamberlain a anular la concesión del protectorado a la Compañía. Por su parte, los jefes tsuana se allanaron a ceder una franja de terreno para la construcción del ferrocarril que debía unir Mafeking con Bulawayo, la capital de Matabeleland, en el corazón de las posesiones de la Compañía. Fue, pues, la hábil acción diplomática de los jefes tsuana, con el apoyo de los misioneros, la que permitió preservar para Bechuanalandia el estatus de protectorado, contra las diferentes

miras expansionistas que podían haber reducido esas regiones a una completa subordinación, como ya había pasado con los zulú, los josa, los pedi y otras numerosas entidades político-sociales de la vastísima región, que había debido soportar primero la expansión desatada por grupos de agricultores y comerciantes blancos y después, en forma más incisiva, y con métodos tan descarados como brutales, por el apetito de grandes grupos financieros que, como en el caso de Cecil Rhodes, jugaban un papel político de primera importancia en la determinación de las estrategias coloniales.

Los suazi habían logrado mantener una relativa autonomía, primero contra sus enemigos históricos pedi y zulú, por medio de la continua orquestación de alianzas, ya fuera con los bóeres o con los ingleses, y luego para evitar su incorporación a Sudáfrica. El territorio ocupaba una posición estratégica entre el Transvaal, Natal y la bahía de Delagoa con su importante puerto, Lourenço Marques. Por eso, en los años Ochenta era el centro de los apetitos de diferentes titulares de concesiones, que habían obtenido del rey derechos de explotación agraria o minera, o de creación de determinados servicios, como aduanas o líneas de telégrafos. En 1895, con acuerdo de los ingleses, la república bóer del Transvaal obtuvo el derecho de ejercer allí el protectorado, que más tarde, con ocasión de la guerra anglo-bóer, sería transferido a los británicos. En ese proceso, el territorio de Suazilandia que permaneció bajo jurisdicción del rey quedo reducido a aproximadamente dos tercios de su extensión original.

A fines del siglo, todos los Estados del África austral se hallaban bajo control colonial, en diferentes formas que iban desde la anexión directa al protectorado. En Mozambique meridional, los portugueses destruyeron el Estado de Gaza entre 1895 y 1897. Los soto y los lobedu en 1894-95, y los venda en 1898 fueron derrotados por los comandos del general bóer Joubert. La Pondolandia, territorio de Transkei que había permanecido autónomo, fue anexada al Cabo en 1894 y, según ya se ha dicho, el Zululand quedó incluido en el territorio de Natal en 1897.

Estados y principados africanos de la región austral perdieron su autonomía: por todas partes se adoptaron medidas que restringían el derecho de acceso a las tierras y a su cultivación, incluso con el propósito de formar reservas de fuerza de trabajo de bajo costo para la expansión de la producción agrícola y minera, y la construcción de obras de infraestructura (ferrocarriles y caminos). El trauma por los cambios tan acelerados, y la pérdida de la autonomía, fueron todavía más dramáticos como consecuencia de una serie de desastres naturales que se sucedieron en la región a fines de los años Noventa, con efectos devastadores. Sequía, plagas de langostas y enfermedades del ganado redujeron la capacidad productiva de las poblaciones, diezmaron los

rebaños y redujeron el número de animales silvestres, esenciales para la caza, la alimentación y el intercambio comercial. En los últimos años del siglo (1896-97) fue brutalmente aplastada una rebelión de las poblaciones tsuana en la frontera septentrional del Cabo (1896-97); las tierras de las reservas fueron en gran parte confiscadas, y los dos mil sobrevivientes fueron transportados por la fuerza a trabajar a las regiones sudoccidentales.

LA GUERRA ANGLO-BÓER Y LA FORMACIÓN DE LA UNIÓN SUDAFRICANA

En 1899, la efectiva obtención por los europeos del dominio completo de la región creó el escenario para los devastadores choques entre las diferentes fuerzas que se disputaban el control político y económico: los británicos y los bóeres. El descubrimiento de oro en Witwatersrand (en el Rand) en 1886 había sido el factor determinante de la aceleración del proceso de subordinación de las poblaciones y de los Estados africanos, y también el que determinaría las premisas para el enfrentamiento entre bóeres e ingleses. En 1896 la actividad minera experimentaba ya un notable desarrollo, gracias a la técnica de extracción de oro a gran profundidad (deep level mining). Funcionaba ya desde 1894 el ferrocarril que unía Pretoria y Johannesburgo con Lourenço Marques, capital de la colonia portuguesa de Mozambique que se convirtió en el principal puerto de la rica región. La economía de la ciudad, y de toda la colonia portuguesa, gravitará desde entonces casi exclusivamente en torno al Transvaal, por el creciente número de emigrantes y por los recursos que proporcionaban los servicios ferroviarios y portuarios.

El descubrimiento de los yacimientos del Witwatersrand, el más importante después de los de California y Australia a mediados del siglo, atrajo la atención de todo el mundo sobre esta región. En 1886 Johannesburgo no era más que una pequeña aldea; una década más tarde era la más grande y cosmopolita ciudad del África al sur del Sahara. En 1887 fue fundada la bolsa (stock exchange), que se convirtió en centro de intensas actividades financieras de carácter especulativo. Sólo las compañías financieras más grandes lograron sobrevivir a la primera crisis bursátil. Los yacimientos de oro eran riquísimos, pero la extracción reveló ser cara, por lo que sólo las compañías que disponían de ingentes capitales podían permitirse invertir a largo plazo considerables sumas. En 1892, cuando empiezan a producir oro las minas de profundidad, el campo ya estaba dominado por ocho compañías solamente, de las que las más fuertes eran la Werner-Beit y la Rhodes Consolidated Goldfields.

Además de capitales, la extracción de oro a grandes profundidades requería mano de obra barata. Por eso las empresas mineras,

para obtener ganancias, debían no sólo invertir grandes capitales, sino también mantener bajos los costos de producción, ahorrando lo más posible en fuerza de trabajo. La solución fue hallada en el sistema de trabajo migratorio temporal. En 1896 entraron en vigencia las pass laws, disposiciones legales que exigían a los mineros la posesión de un documento que les permitía trabajar en las minas y, a la vez, les impedía cambiar de trabajo. Mediante estas medidas las compañías mineras querían imposibilitar que la competencia entre los diferentes sectores económicos para conseguir trabajadores hiciera aumentar los costos de los salarios. Con la creación de una agencia de reclutamiento –la Witwatersrand Native Labour Association, WENELA–, se fomentó el flujo de fuerza de trabajo desde las reservas y desde los países de la región, sobre todo Niasalandia y las regiones de Mozambique situadas al sur del río Zambeze. El trabajo migratorio era más conveniente, tanto en términos económicos como sociales; en efecto, los trabajadores se hallaban sometidos al triple control de las compañías, de las autoridades coloniales y de sus jefes tradicionales, y como extranjeros era más fácil mantenerlos separados del resto de la fuerza de trabajo interna. Su condición de extraneidad y marginación los obligaba, ciertamente, a aceptar salarios más bajos, y a hacerse cargo de los trabajos más duros y peligrosos.

El desarrollo de la industria minera implicó un importante aumento del número de asalariados industriales: en los primeros tres años había 17.000 africanos empleados en trabajos de minería; transcurridos otros trece años llegaban a 82.000, y a los veinticinco años eran 155.000. La fuerza de trabajo reclutada internamente y en la región era organizada y controlada por medio del sistema de compounds –alojamientos para mineros rígidamente separados por grupos étnicos o de proveniencia, que funcionaban como cuarteles–, por la obligación de llevar el pass y, en fin, por la legislación del job colour bar que discriminaba a la fuerza de trabajo negra respecto de la blanca.

Con la revolución del oro, el centro de gravedad económico de la región, hasta entonces constituido por las actividades agrocomerciales de la colonia del Cabo, se desplazó al Transvaal, que tuvo estímulos para desarrollar actividades agrícolas de producción de alimentos, de intercambio, de transportes e industriales. La sociedad de Johannesburgo, entre tanto, se había diversificado en notable grado. Si los bóeres conservaban el monopolio del poder político, y mantenían el primer puesto en la producción agropecuaria, en la ciudad aumentaba la población de uitlanders. En efecto, las compañías mineras, dominadas casi exclusivamente por capitales británicos, eran dirigidas por capitanes de industria y personal de conducción preponderantemente no bóer. Los uitlanders, o europeos no bóeres, británicos en su mayor

parte, no gozaban del pleno derecho de ciudadanía en la república, por más que, sobre todo en Johannesburgo, constituyeran la mayoría de la población blanca adulta, y que fueran quienes habían llevado al Rand los capitales y los conocimientos necesarios para la explotación minera. Mientras que los bóeres eran europeos tradicionales, vinculados todavía a la economía y la moral campesinas de origen calvinista, los uitlanders eran industriales, comerciantes, banqueros, hombres de negocios, empleados y trabajadores de las minas y de los servicios. Por eso se convirtieron en aliados naturales de los magnates de las minas, que consideraban atrasado al Estado bóer, y a su legislación inadecuada para dar marco al desarrollo de la industria minera.

Es así que las actividades mineras provocaron una verdadera revolución. El poder bóer estaba económica y políticamente basado en los valores patriarcales de una sociedad agropastoril a la que los uitlanders consideraban atrasada, es más, enemiga de la modernidad. Las compañías mineras soportaban apenas tener que hallarse condicionadas a un sistema de poder arcaico, que entre otras cosas imponía pesados gravámenes sin demostrar capacidad y ni siquiera voluntad para alcanzar una organización eficiente. Las tasas aduaneras, y los sistemas productivos y comerciales monopólicos contribuían a mantener altos los precios de los productos y las manufacturas de importación, y los de los transportes. También se planteaba el problema de asegurar fuentes de provisión de fuerza de trabajo seguras, regulares y poco costosas. El gobierno de Kruger, en el que prevalecían los intereses de los agricultores bóeres fundadores de la república, se mostraba poco dispuesto a crear las condiciones que la expansión de la economía minera requería. Un primer complot, financiado por Cecil Rhodes para derribar al gobierno de Kruger, fracasó (Jameson Raid, 1895), pero tuvo importantes consecuencias. Rhodes debió renunciar a su cargo de primer ministro, y la alianza parlamentaria entre los británicos y el partido Afrikaner Bond, representante de los bóeres, alianza que había dirigido la colonia del Cabo, se rompió. Fue una fractura que contribuyó de manera determinante a consolidar un sentimiento de común identidad afrikaner en apoyo al liderazgo de Kruger, y coadyuvó también en el robustecimiento de la alianza entre las dos repúblicas bóeres del Transvaal y Orange.

Por otra parte, el Jameson Raid reveló a la opinión pública mundial que lo que se estaba preparando por entonces en Sudáfrica no era ya solamente una cuestión de interés periférico, sino que afectaba intereses internacionales esenciales. Tras el fracasado intento de invasión, Kruger recibió un telegrama de apoyo del káiser alemán. La posición de supremacía de los británicos en la región aparecía ahora en peligro por la posible y probable alianza entre el Transvaal y los alemanes, instalados ya en la limítrofe región del África del sudoeste e interesados

en las riquezas mineras del Transvaal. El Rand se había convertido en el principal productor de oro del mundo: en los años Noventa aportaba un cuarto de toda la producción mundial anual.

La designación en 1897 de lord Milner al cargo de gobernador de la colonia del Cabo y Alto Comisionado para toda Sudáfrica fue de por sí una clara indicación de que el gobierno británico estaba orientándose a afirmar su control sobre el Transvaal. Kruger, aliado al Estado Libre de Orange, se negó a conceder el voto a los uitlanders, y en octubre de 1899 atacó a las tropas británicas. Así estalló una de las guerras más largas y devastadoras de la época contemporánea. Duró desde 1899 a 1902, y en ella el ejército bóer, organizado en comandos (73.000 afrikaner de las repúblicas, 13.000 del Cabo y 2.000 legionarios voluntarios extranjeros) enfrentó a un ejército británico de alrededor de medio millón de efectivos.

La guerra anglo-bóer no fue, como podría aparecer según la mayor parte de la historiografía, una guerra exclusivamente entre blancos. Muchos africanos se vieron involucrados en ella como tropa, y las poblaciones indígenas sufrieron terribles devastaciones. Al comienzo los africanos fueron usados como fuerza de trabajo empleada en tareas de apoyo a las operaciones militares, y no en forma directa como combatientes; era todavía demasiado reciente el recuerdo de las guerras libradas para someterlos al dominio blanco. Pero después fueron muchos los africanos que tomaron las armas, sobre todo en apoyo de los británicos. Los mfengu y los thembu defendieron Transkei de los ataques bóeres, y en el Cabo occidental combatieron regimientos de coloured ("gente de color"). Los soto apoyaron a los británicos contra sus enemigos históricos, los bóeres, y les proporcionaron víveres y caballos. Los rolong de Mafeking tomaron parte activa en la defensa de la ciudad sitiada. En el protectorado de Bechuanalandia, los súbditos de Jama desempeñaron un papel fundamental en la protección del ferrocarril a Rodesia. Los kgatla reconquistaron parte de sus tierras en el Transvaal. Muchas otras poblaciones alzaron armas contra las factorías bóeres, con la intención de recuperar las tierras que les habían sido usurpadas. En particular los pedi y los zulú intentaron reconstituir sus territorios, al menos en parte.

Fue una guerra devastadora: los campos de concentración abiertos por los ingleses para la población civil bóer provocaron la muerte por hambre y privaciones de millares de personas, pero aun más murieron en los campos en los que fueron masivamente concentrados los negros a causa de la política de tierra arrasada, aplicada sobre todo en Orange. En general, los africanos se alinearon con los británicos porque esperaban obtener ventajas de ello: devolución de tierras, mejores salarios y condiciones de trabajo, libertad de movimientos y, para

las élites, el reconocimiento de derechos políticos. Desmantelados los sistemas de poder tradicionales, los africanos instruidos se consideraban con derecho a participar y a ser directamente representados en los asuntos públicos de su país, así fuera por medio del limitado sistema que regía en la colonia del Cabo. Al término de la guerra, sin embargo, sus exigencias fueron ignoradas por completo. Derrotados, los bóeres reconocieron la autoridad inglesa con la paz de Vereeniging (1902). Las repúblicas se convirtieron en colonias inglesas, para al fin ser incorporadas a la Unión Sudafricana (1910).

En el proceso de reconstrucción política, social y económica se dio prioridad explícita a la necesidad de reforzar la supremacía de los blancos. La industria minera fue favorecida con un drástico recorte del salario mínimo y, debido a que los trabajadores negros rechazaban masivamente tales términos, se importó a 63.000 trabajadores del norte de China, con contratos a cinco años y salarios bajísimos. En 1908, repatriados los chinos, el reclutamiento por medio de la WENELA incentivó el arribo de trabajadores migrantes a bajo costo, provenientes preponderantemente de Mozambique y de Niasalandia. La reconstrucción y modernización de la agricultura bóer fue financiada por el gobierno colonial, sobre todo, a costa de las comunidades agrícolas y las producciones de los africanos.

En general, la finalización de la guerra y la unificación de Sudáfrica bajo el dominio colonial británico no acarrearon beneficio ninguno a las poblaciones africanas. Al contrario, agravaron el peso de las pass laws y de los impuestos, racionalizaron los procesos de expropiación de la tierra, hicieron todavía más monopólico el mercado de trabajo. Las tierras reconquistadas durante la guerra fueron devueltas a los patrones blancos. Se registraron numerosos episodios de rebelión ante la imposición de impuestos y tasas, contra los cuales el gobierno reaccionó por medio de la más cruda represión.

En 1906, bajo la dirección de un jefe, Bambatha, se reunieron en territorio zulú diversos grupos rebeldes, que resistieron durante varios meses, y sólo fueron derrotados por las fuerzas unidas de Natal y del Cabo. Para lograr la unidad entre los distintos grupos, Bambatha había hecho uso del nombre real de Dinuzulú, aunque ese rey no estuviera implicado en la rebelión. Una vez concluida, con el exterminio de los rebeldes, la acción de Bambatha, el rey Dinuzulú fue arrestado, procesado por traición y exiliado.

Con la guerra anglo-bóer, los afrikaner adquirieron un sentido de identidad común, por contraposición con el imperialismo inglés. En esos años nacieron y se desarrollaron movimientos culturales que promovían la lengua afrikaans, la cultura, la religión de la iglesia Reformada holandesa. Justamente un ministro de la iglesia Reformada,

S. J. du Toit, había formado en 1880 en la colonia del Cabo el partido Afrikaner Bond, que llegó a ser un componente influyente de la House of Assembly, o parlamento. Pero si el Bond en el Cabo, sin dejar de afirmar la identidad afrikaner, buscaba la alianza con los ingleses, Kruger en el Transvaal había defendido un nacionalismo localista, republicano y sobre todo antibritánico, que se fundaba no sólo en la historia pasada del glorioso Gran Trek, sino también en la presente competencia por el control de las inmensas riquezas del Witwatersrand.

Tras la derrota, el nacionalismo afrikaner se reconstituyó mediante la formación de dos partidos, el Het Volk en el Transvaal y la Orangia Unie en Orange, mientras que el Afrikaner Bond conquistaba la supremacía en el parlamento del Cabo. Así reforzados, los bóeres no tenían ya razones para temer a la formación de la propuesta Unión Sudafricana, que se volvía imperativa por el peligroso potencial de oposición que, como había demostrado la rebelión de Bambatha, podía hacer caer nuevamente al país en un clima de anarquía.

Entre 1908 y 1909 se reunieron en Bloemfontein los partidos políticos blancos de las cuatro colonias, en una Convención Nacional que debía discutir los términos de la unión política. El Acta de Unión fue promulgada por el Parlamento británico en 1909, y quedó oficializada en mayo de 1910; establecía la autoridad de un único parlamento, con sede en Ciudad del Cabo. La ciudad de Pretoria fue designada capital ejecutiva, sede del gobierno y de la administración. Sería jefe del Estado un gobernador general nombrado por Gran Bretaña. Ocupó el cargo de primer ministro en el primer gobierno de la Unión el ex jefe de un comando durante la guerra anglobóer, Louis Botha. Los términos del Acta de Unión favorecían a los afrikaner en la definición de los distritos electorales. El inglés y el afrikaans obtuvieron igual estatus de idiomas oficiales. En fin, sólo los blancos podían ser elegidos al parlamento, si bien en la provincia del Cabo (y sólo allí) fue mantenida la concesión por la cual no existía la restricción racial, y la elección se basaba en la propiedad. Fuera del Cabo, únicamente los adultos blancos varones poseían el derecho de voto. A los negros les fueron negados los derechos políticos, con consecuencias que todavía hoy se despliegan dramáticamente ante nuestros ojos.

EL ÁFRICA DEL SUDOESTE (NAMIBIA) Y LA COLONIZACIÓN ALEMANA

El árido territorio de Namibia, desértico en gran parte con la excepción de la región septentrional, habitada por poblaciones de agricultores ovambo, fue atravesado en el siglo XIX por el conflicto entre los criadores de ganado nama y herero, enfrentados por el control de las pasturas del altiplano central. Los herero estaban organizados en principados separados; los nama, en clanes de variadas dimensiones. A comienzos de

siglo llegaron los oorlam, población mixta de ascendencia europea y joi. Provenían de la colonia del Cabo, e introdujeron en la región caballos, armas de fuego y la lengua holandesa. Comerciantes y cazadores, los oorlam conquistaron el predominio sobre los diferentes clanes nama, a tal punto que en el curso de unas pocas generaciones perdieron su identidad étnica originaria para pasar a definirse nama.

En los años Treinta fue importante la acción militar de Jonker Afrikaner, que marchó a ocupar el distrito central de Windhoek y luego amplió su autoridad a clanes nama y herero, hasta que en los años Cincuenta, con la fuerza que le daban los recursos acumulados con el comercio, se lanzó contra los ovambo.

A mediados de siglo comenzó la radicación de comerciantes europeos y de misioneros en las ciudades herero de Otjimbingwe. En 1861, alentados por comerciantes europeos, los herero se rebelaron contra la dominación de los afrikaner. Es preciso no confundir a los afrikaner de Namibia con los bóeres sudafricanos: aquellos habían sido originariamente una familia que, negándose a servir a patrones bóeres, se había instalado en las regiones meridionales de Namibia. En tal contexto, entre los años Sesenta y Setenta del siglo XIX tuvo lugar la consolidación de los principados herero bajo el liderazgo de Maherero (Kamaherero), quien logró la subordinación de los afrikaner y consiguió extender las tierras de pastoreo herero hasta Rehoboth.

En 1878 los ingleses anexionaron el puerto de Walvis Bay a la colonia del Cabo, aunque sin llegar a imponer sobre territorio herero su protectorado, como lo pedían los comerciantes. La expansión herero provocó una nueva guerra con los nama y los afrikaner. En 1883, los repetidos pedidos de protección de los misioneros alemanes se vieron reforzados por el apoyo de un poderoso mercader, Luderitz, que había establecido una plaza comercial en Agra Pequena (Luderitz Bay), e inducido a los jefes nama a que le vendieran la zona costera desde el río Orange hasta Walvis Bay, a cambio de unos pocos fusiles, alcohol y una exigua suma de dinero. El 26 de mayo de 1884 Bismarck hizo publicar un telegrama que había enviado el 24 de abril al cónsul alemán en Ciudad del Cabo. Allí se declaraba que el comerciante de Bremen Adolf Luderitz (el cual, con la esperanza de encontrar oro y diamantes, había adquirido al jefe de la población de Bethanie, Joseph Fredericks, con la ayuda de misioneros alemanes, el tramo de costa que se extendía entre el río Orange y los 26 grados de latitud sur) se hallaba bajo la protección del imperio alemán. La decisión del gobierno del Cabo de anexarse el área provocó una demostración naval alemana desde el Orange al Cunene, esto es, casi mil kilómetros más al norte del territorio reclamado por Luderitz, área en la que un importante conglomerado de intereses alemanes había comprado concesiones de minas. El gobierno del Cabo

se limitó a mantener su control sobre Walvis Bay, mientras los alemanes iniciaban la penetración y la colonización militar del vasto territorio al que llamaron África del Sudoeste (la actual Namibia). Nada sabían ni aprobaban de estas pretensiones alemanas los jefes nama y herero del interior; los años que siguieron fueron de continua guerrilla, y de resistencia contra la penetración colonial. En 1896 los herero fueron derrotados y en gran parte exterminados. En el mismo año, los alemanes podían decir que habían completado la ocupación del territorio, con la excepción de Ovamboland. Desde entonces y hasta 1904 se intensificó la emigración de colonos alemanes, que adquirieron tierras a bajo precio con financiación provista por el gobierno. Los africanos, empobrecidos por las guerras y por la epidemia de peste bovina que había destruido buena parte de las manadas, se vieron obligados a aceptar trabajo por bajos salarios en las factorías alemanas, o en las minas de cobre de Otavi. Más tierras fueron expropiadas en las regiones meridionales y occidentales, arrebatadas a comunidades de Swartbois y Bondelswarts en 1898, después de su rebelión.

En 1900, la tercera parte del territorio había pasado a ser propiedad de poderosas compañías privadas de tipo especulativo que esperaban vender más adelante, cuando se verificara el aumento de precios que propiciaría la extensión de la colonización, y la construcción de caminos y ferrocarriles. Además, muchas de esas compañías estaban interesadas más que nada en la prospección minera. Por consiguiente, los colonos blancos en busca de tierras se orientaron cada vez más hacia las comunidades africanas. En 1903 el gobernador decidió crear reservas para los nama y los herero, con la intención de protegerlos de la pérdida de tierras, que implicaba indudables peligros de reanudación de la rebelión. Pero esa medida fue interpretada como intento de despojar definitivamente de sus recursos a las poblaciones africanas. Los herero se rebelaron en enero de 1904. Cien colonos y comerciantes alemanes fueron muertos, y en los seis meses siguientes los revoltosos reconquistaron el control de su territorio, y expulsaron a los alemanes de las factorías. Refuerzos llegados de Alemania, al mando del general von Trotha, procedieron a una operación de exterminio, autorizada por la proclama de octubre de 1904. Todos los herero que cayeron en manos de las tropas fueron ajusticiados, y la masa de la población huyó a refugiarse en el desierto oriental, donde pereció de sed junto con el ganado que le quedaba. Apenas 2.000 herero pudieron refugiarse en Bechuanalandia y en Sudáfrica. De una población total de 80.000 personas, al término de la guerra en 1905 quedaban 16.000.

En 1904 se rebelaron también los nama de Hendrik Witbooi, que adoptaron eficaces tácticas de guerrilla. La rebelión tuvo éxito hasta la

muerte de Witbooi en 1905. La resistencia nama fue continuada por dos jefes, Morenga y Simon Kooper, hasta 1907-08.

El exterminio de los herero permanece en los anales de la penetración colonial como la más eficaz y más trágica metáfora del feroz sometimiento representado por la dominación impuesta: miles y miles de herero fueron asesinados, y muchos otros murieron entre las penurias de los campos de concentración; otro tanto sucedió con los rebeldes nama. Cierto número de nama sufrió deportación a los trabajos forzados en Togo y Camerún, donde murieron de enfermedades que les eran desconocidas, en climas tropicales insoportables para quienes provenían del desierto. Se prohibió a los nama y los herero la posesión de ganado, que era su tradicional medio de supervivencia, y se abolió cualquier forma de liderazgo indígena, junto con el derecho de asamblea. Los que sobrevivieron, privados de todo, quedaron condenados a la servidumbre. Pero precisamente el exterminio había sido la causa de la escasez de mano de obra para las actividades agrícolas y mineras de la colonia. Fue en este período cuando las autoridades coloniales dirigieron su atención a la densamente poblada región septentrional de Ovambo, limítrofe con Angola, de la que provenía ya una notable migración que se dirigía a las minas. Para perfeccionar el sistema de reclutamiento de la fuerza de trabajo ovambo se emplearon los buenos oficios de los misioneros.

En 1914, en vísperas de la guerra mundial y de la pérdida de sus colonias, los alemanes poseían alrededor de 10.000 hectáreas en el territorio, y la población blanca era de 15.000 personas. Al estallar la primera guerra mundial, Sudáfrica y la colonia alemana se hallaban alineadas en frentes opuestos. En julio de 1915 debió rendirse la última guarnición alemana; desde ese momento el territorio fue colocado bajo ocupación militar sudafricana, y con el tratado de Versailles se convirtió en mandato de la Sociedad de las Naciones, administrado por Sudáfrica.

La historia del reparto es, pues, ante todo, historia de resistencia en todas las regiones africanas: una resistencia que asumió formas diversas, y tuvo diferentes etapas. Los ejemplos históricos de resistencia son innumerables, y no atañen sólo a las sociedades estatuales más estructuradas; son ejemplos que siguen vivos en la tradición oral, en la poesía, en los cantos, en los rituales, y que todavía hoy son fuente de orgullo e intensos símbolos de identidad, en los que se reconocen poblaciones étnicamente muy diferentes entre sí. La historia de la resistencia a la penetración colonial ocupa un lugar relevante en las investigaciones y las reflexiones de los historiadores africanistas, sobre todo a partir del surgimiento de los Estados africanos independientes. La historiografia ha procurado distinguir entre los diferentes tipos de resistencia,

desde las que se inspiraban en la defensa de tradiciones y modos de vida ancestrales, centradas en la identidad específica y en el control del territorio de cada grupo, a aquellas que se definían en relación con la defensa de intereses comerciales y de procesos de expansión territorial inscritos en los cambios que tuvieron lugar durante el siglo XIX, o en relación con la defensa de prerrogativas de soberanía, ante el ofrecimiento o la imposición de protectorados. Los tratados de amistad, de cesión de territorios o de formación de protectorados, cualquiera que hubiera sido la forma de obtenerlos, eran interpretados por los jefes que los suscribían no ya como una pérdida de soberanía, de poder y, por lo tanto, de independencia, sino como alianzas instrumentales dirigidas a reforzar su poder en el juego de rivalidades y conflictos en el que actuaban. Los europeos, con su presencia y con los recursos de que disponían, eran tenidos por actores de ese juego junto con otros, si bien se los consideraba actores de reconocida importancia y peligrosidad.

Los documentos coloniales acerca del reparto y de la ocupación por las armas del continente describen las dificultades para la efectiva ocupación, que sólo resultaba posible por la superioridad de las armas europeas y por el aislamiento de las sociedades africanas. La investigación sobre la resistencia opuesta por las sociedades africanas a la colonización subraya que la oposición a la extensión del dominio europeo efectivo fue menos eficaz allí –y los casos son numerosos– donde la soberanía que se pretendía defender era la de nuevas formaciones estatuales, todavía no estabilizadas, y por lo tanto no había logrado aun conquistar la lealtad de poblaciones que, en realidad, hacía poco que habían sido sometidas. Para muchos grupos, la conquista colonial fue la oportunidad de intentar liberarse de dominios impuestos. En otros casos, lo que no permitió la organización de una resistencia eficaz fue la ya avanzada decadencia de antiguos regímenes tradicionales, incapaces de reaccionar y de renovarse frente a los desafíos que imponían los cambios provocados por la trata y el comercio. En muchos otros casos, en fin, la organización de resistencia reunió a grupos diferentes y hasta entonces divididos en el común objetivo de oponerse a la penetración colonial, y a la imposición de medidas de soberanía ajenas, provenientes del exterior.

SEGUNDA PARTE

[I]
EL ESTADO COLONIAL

PLANO DE LA OCUPACIÓN COLONIAL

La Alemania que en el África occidental se hallaba instalada en Togo, en África ecuatorial ocupaba el Camerún, en la central Ruanda y Burundi, en la austral África del Sudoeste (Namibia) y en la oriental Tanganica perdió todas sus colonias a causa de la derrota en la primera guerra mundial. Quien supervisó la redistribución de las ex colonias alemanas (y de las dependencias no turcas del imperio otomano), repartiéndolas entre las potencias europeas y Sudáfrica, fue la Sociedad de las Naciones, que instituyó para ello tres tipos de mandatos, A, B y C, con diferentes niveles de autonomía. En el tipo A, que agruparía a los estados con alguna forma de autogobierno, fueron incorporados los países de Oriente Medio, considerados más evolucionados. Todas las colonias alemanas de África, con una excepción, fueron calificadas mandatos de tipo B y colocadas bajo la tutela de potencias europeas, a las que se dio la responsabilidad de garantizar en cada territorio "paz, orden, buen gobierno y promoción del bienestar moral y material y del progreso social de sus habitantes". La más poblada de colonos alemanes, el África del Sudoeste, pasó a ser mandato C, bajo la directa administración de Sudáfrica. Francia y Gran Bretaña se repartieron Togo y Camerún. La mayor parte de Togo pasó a poder de Francia, en tanto que la parte asignada a los británicos quedó incorporada a la administración de

la Costa de Oro. En el norte fueron creadas *native administrations*que recomponían antiguos reinos, como Dagomba y Gonja, y amalgamaban poblaciones diferentes en Mamprussi, Krachi, Wa y Lawra-Tumu. No se siguió el mismo criterio de reconstrucción de ámbitos territoriales y culturales homogéneos en el sur de Togo, donde la población ewe, subdividida en época precolonial en entidades políticas de reducidas dimensiones, se encontró separada por la línea fronteriza entre los mandatos británico y francés. Desde los años Treinta la política inglesa se orientó a amalgamar las entidades ewe bajo su jurisdicción en distritos administrativos confiados a líderes elegidos entre las personas de prestigio en las respectivas comunidades. La historia posterior de la región se caracterizará por la afirmación de un nacionalismo pan-ewe, y por la continua sucesión de invectivas y hasta de abiertos conflictos de límites entre el gobierno de Ghana y el de Togo.

El Camerún pasó a Francia, con excepción de las actuales provincias del noroeste y del sudoeste, administradas como parte de Nigeria. También aquí la división en mandatos diferentes, al ser heredada por dos Estados que alcanzaron la independencia en 1960, Nigeria y Camerún, fue y sigue siendo objeto de continua conflictividad diplomática y armada.

Ruanda y Burundi, ocupados militarmente por tropas belgas desde 1916, fueron asignados a Bélgica en 1925, y desde entonces administrados como apéndice del Congo. La asignación de Tanganica a Gran Bretaña completaba la hegemonía británica en África oriental.

Por más que las potencias coloniales tuvieran la obligación de presentar regularmente informes a una comisión permanente de la Sociedad de las Naciones que se ocupaba de los mandatos, y por más que los miembros de esa comisión tuvieran facultades para desarrollar indagaciones sobre el estado de la administración mandataria, lo cierto es que las potencias coloniales trataron a los territorios que les habían sido asignados como colonias, para peor de segunda clase. Con la redistribución de las antiguas posesiones de Alemania, las dos mayores potencias coloniales, Francia e Inglaterra, llegaron a controlar las cuatro quintas partes del continente. La mayoría de las colonias francesas del África subsahariana quedaron reagrupadas en dos federaciones, cuya composición, de todos modos, se modificaría más de una vez. Así, el África Occidental Francesa (AOF) estaba constituida en 1895 por el Senegal, el llamado Sudán Francés (actual Mali), la Guinea Francesa y la Costa de Marfil; en 1899 la misma entidad pasó a estar integrada por el Senegal, el Alto Senegal-Níger, Guinea, Costa de Marfil y Dahomey; en 1902 por Senegal, Senegambia-Níger, Guinea, Costa de Marfil, Dahomey y territorios militares; en 1904 por Senegal, Sudán, Guinea, Costa de Marfil, Dahomey, el territorio civil de Mauritania, los territorios de

la región Chad-Níger. En 1920 se creó el Alto Volta (hoy Burkina-Faso) con territorios hasta entonces repartidos entre Níger, el Sudán Francés y la Costa de Marfil, y con la inclusión también del imperio Mossi; en 1932 el Alto Volta tornó a ser repartido entre los territorios limítrofes, para ser reconstituido en 1947. En fin, durante el período 1947-58, en los umbrales de la descolonización, el AOF estaba compuesta por ocho unidades territoriales: Dahomey (Benin), Guinea, Costa de Marfil, Mauritania, Níger, Senegal, Sudán (Mali), Alto Volta (Burkina Faso). Esas ocho unidades coinciden ya con los actuales Estados independientes. Una segunda federación fue organizada en 1910 como África Ecuatorial Francesa (AEF); estaba compuesta por el Gabón, el Congo Medio (llamado "Congo Francés", y después Congo-Brazzaville), Ubangui-Chari (República Centroafricana) y el Chad.

Al frente de cada una de estas dos federaciones había un gobernador general. Su lugar de residencia era Dakar en el caso de la AOF, y Brazzaville para la AEF. El gobernador general era asistido por un Consejo dotado de poderes consultivos, integrado por los responsables de las direcciones y los servicios administrativos de la correspondiente federación, por los gobiernos de las colonias integradas en la federación, por los representantes de las principales empresas comerciales y por algunas notabilidades locales, personajes que hasta 1925 fueron designados, y a partir de esa fecha elegidos mediante sufragio limitado. El presupuesto de cada federación era cubierto por los derechos de aduana y por las tasas que gravaban el consumo. Las diferentes colonias tenían cada una un gobernador, que presidía un Consejo de Administración. El territorio de una colonia se dividía en *cercles* (distritos o circunscripciones), bajo la responsabilidad de un funcionario llamado *commandant de cercle*, el cual podía ser militar o civil. Él supervisaba a los "adjuntos", es decir, a los encargados de las subdivisiones administrativas. Todo el aparato administrativo estaba integrado por funcionarios franceses.

Hubo dos colonias no incluidas en este sistema. Togo no formó parte de la AOF, ni Camerún de la AEF. Estaban también las posesiones de Francia en África oriental, de las que las principales eran el Territorio de los Afar y los Issa (hoy Yibuti), la gran isla de Madagascar y el archipiélago de las Comoras.

Las colonias francesas se extendían sobre más de las tres cuartas partes de toda la superficie del África occidental, si bien en su mayor parte se trataba de territorios sahelianos[91] o directamente desérticos, escasamente poblados y, por consiguiente, de escaso interés económico. Se calcula que toda la población del África Occidental Francesa (AOF)

91 Perteneciente al Sahel o Sáhel, franja de territorio semiárido entre el mar Rojo y el Atlántico, que separa el Sahara de las grandes sabanas y selvas del centro del continente *[T.]*.

a comienzos del siglo XX alcanzaba apenas a 12 millones de personas. También el África Ecuatorial Francesa (AEF) estaba integrada por territorios pobres y escasamente poblados. Pocas regiones se volverían "útiles", con recursos ecológicos y de población suficientes para poder promover la explotación de las fuentes de riqueza y los cultivos agrícolas comerciales. En el África ecuatorial, sólo Camerún, Gabón y Congo (Brazzaville) desarrollarán economías productivas y extractivas de alguna importancia.

Todas las posesiones británicas en África occidental, Nigeria, Costa de Oro (Ghana), Sierra Leona, Gambia, eran *multiple dependencies*, es decir, que estaban formadas por una combinación de colonias y de distintos tipos de protectorado. Gran Bretaña había logrado apropiarse de los territorios más ricos en recursos y población: solamente Nigeria tenía a comienzos del siglo XX unos 17 millones de habitantes; en 1911 ya la Costa de Oro se contaba entre los principales productores mundiales de cacao. En África oriental, el Sudán era gobernado por un condominio anglo-egipcio. Zanzíbar era desde los años Cuarenta del siglo XIX un protectorado inglés *de facto*, formalizado en la época del reparto. Kenia, protectorado costero y colonia, se convirtió en un territorio privilegiado paara la radicación de *settlers* blancos.

Diferentes reinos tradicionales formaron el núcleo central de Uganda. La Somalia septentrional (British Somaliland) era una plaza estratégica, funcional al control de la ruta de las Indias y de las comunicaciones con los grandes Estados del interior del Cuerno de África. También eran dominios británicos la isla de Mauricio y el archipiélago de las Seychelles. Con Tanganica, concedida en administración a Inglaterra en 1919, se concreta el antiguo sueño de Rhodes de conectar los dominios británicos entre Egipto y Sudáfrica.

Constituida en 1910 la Unión Sudafricana, con estatuto autónomo de *dominion*, el África austral seguía siendo el área de mayor expansión del colonialismo británico. Gran Bretaña controlaba los *High Commission Territories* de Suazilandia, Bechuanalandia (Botsuana) y Basutolandia (Lesoto), la Rodesia del Sur (Zimbabue) hasta 1923 regida por la British South África Company (BSAC) de Cecil Rhodes y luego dependencia británica con *representative government*, la Rodesia del Norte (Zambia), gobernada también por la BSAC hasta 1924, el protectorado de Barotselandia, más tarde incorporado a Rodesia del Norte, el British Central African Protectorate de Niasalandia (Malaui). La base de la teoría y la práctica administrativa británicas era el gobierno indirecto (*indirect rule*). Esa condición indirecta del gobierno y de la administración era característica de las experiencias de descentralización administrativa en las islas británicas, con fundamento en instituciones locales tradicionales, y también de la administración inglesa en

la India. En África la expresión *indirect rule* había significado, durante el primer período de penetración comercial, la creación de alianzas y protectorados sin arrancar todavía el poder de manos de las autoridades indígenas. Más tarde, al consolidarse las posesiones coloniales, el *indirect rule* quedó plasmado en la institucionalización de las *native administrations*, auténticos sistemas de gobierno local por medio de las autoridades tradicionales. La presencia de estructuras administrativas indígenas debía permitir gobernar, sin comprometer excesivos recursos financieros, a sociedades africanas diferentes entre sí, a las que sólo se permitiría ejercer su autonomía dentro del ámbito de las instituciones tradicionales, y bajo supervisión colonial. El *indirect rule* fue aplicado según las circunstancias específicas con que se contaba en cada territorio, por lo que dio lugar a sistemas de gobierno muy diferentes entre sí. Sobre todo, no es posible hablar de *indirect rule* en las colonias donde existió radicación de colonos europeos, en las que la administración británica asumió un papel de total injerencia en los asuntos indígenas.

Con el reparto, los territorios habitados por poblaciones de etnia somali vinieron a quedar subdivididos en cinco entidades diferentes. Yibuti pasó a ser colonia francesa; el protectorado de la Somalia Británica estableció sus fronteras por medio de un tratado anglo-etíope, que dejaba al imperio etíope buena parte de las tierras preponderantemente habitadas por clanes de pastores somali; otra porción de territorio quedó bajo administración italiana, y otra más constituyó la región septentrional de Kenia. Italia ya ocupaba, oficialmente desde 1890, la colonia de Eritrea, y en 1936 invadiría Etiopía y haría de ella el centro del África Oriental Italiana, compuesta hasta la derrota de 1941 y la ocupación de las colonias por tropas británicas por las gobernaciones de Etiopía, Eritrea y Somalia. Así, las colonias italianas quedaron sometidas a un gobierno militar inglés. En la posguerra, por decisión internacional, Somalia volvió a ser repartida entre sus dos antiguos componentes, la Somalia ex italiana, que entre 1950 y 1960 fue un territorio bajo la tutela de las Naciones Unidas, concedido en administración fiduciaria a la antigua potencia colonial, y la ex Somalia británica. Ogaden fue anexionada en forma definitiva a Etiopía, y una vez restaurado el trono imperial se agregó también Eritrea (1952), pero con estatuto federal. Las ex Somalias italiana y británica quedaron unidas al constituirse en 1960 el nuevo estado independiente de Somalia. En cuanto a la relativa autonomía eritrea, concluyó en 1962 con la abolición del estatuto federal. A comienzos de los años Sesenta se inició la lucha de liberación de los movimientos nacionalistas eritreos, que reivindicaban su derecho a la autodeterminación. Sólo en 1993 llegará Eritrea a alcanzar la condición de Estado independiente.

En África central, el rey Leopoldo de Bélgica se vio obligado por la bancarrota y los escándalos a ceder su posesión personal, el Congo (Zaire), al Estado belga. Bélgica obtendrá también, tras la primera guerra mundial, el mandato sobre las ex colonias alemanas de Ruanda y Burundi.

Portugal –que se consideraba la más antigua presencia colonial europea en África, con las islas de Cabo Verde y de Santo Tomé y Príncipe, y sus posesiones en las costas y en algunas áreas del interior de Angola, Mozambique y la Guinea Portuguesa, actual Guinea-Bissau– vio reconocidos los límites de sus posesiones coloniales por negociaciones y tratados con las grandes potencias europeas, bajo protección inglesa. El control efectivo del interior de Angola y Mozambique fue el resultado de largas campaña de guerra, que duraron hasta la mitad de los años Veinte.

El enclave de Río Muni, que los plantadores españoles de cacao instalados en la isla de Fernando Póo utilizaban como fuente de mano de obra, fue cedido por Francia a España en 1900, y ocupado formalmente por España en 1926 bajo el nombre de Guinea Española: es la actual Guinea Ecuatorial, integrada por Bioko (ex Fernando Póo) y Mbini (ex Río Muni). Los españoles ya se habían posesionado también de un inmenso territorio desértico entre Mauritania y Marruecos, el llamado Sahara Español (hoy Sahara Occidental, o República Árabe Saharaui Democrática).

LOS TERRITORIOS INDEPENDIENTES: LIBERIA Y ETIOPÍA

Liberia, fundada en 1816 por una sociedad filantrópica antiesclavista de los Estados Unidos con el fin de promover el retorno al África de ex esclavos liberados, se convirtió en 1847 en una entidad independiente, y adoptó una constitución análoga a la estadounidense. Los liberianos provenientes de ese país, unos veinte mil, ampliaron su territorio mediante la ocupación de las tierras de las poblaciones del interior, alrededor de un millón de habitantes, aplicando por otra parte los mismos métodos que los europeos: guerras, acciones de represión y tratados de formación de protectorados. Por último pidieron el reconocimiento de sus fronteras, que quedaron acordadas en 1911, tras largas negociaciones con las potencias coloniales regionales, Francia e Inglaterra[92].

Tras la derrota de las tropas italianas en Adua (1896) se firmó la paz de Adis Abeba. Por ese acuerdo, Etiopía conservaba su inde-

92 Sobre Liberia véanse, entre los trabajos más recientes: Y. Gershoni, *Black Colonialism: The Americo-Liberia Scramble for the Hinterland*, Westview, Boulder 1985; J. W. Smith, *Sojourners in Search for Freedom: The Settlement of Liberia by Black Americans*, Lanham 1987. Sobre la historia política reciente: G. E. Saigbe Boley, *Liberia: The Rise and Fall of the First Republic*, St. Martin's, New York 1985; J. G. Liebenow, *Liberia: The Quest for Democracy*, Indiana University Press, Bloomington 1987; D. Dunn, D. Ellwood, S. Byron Tarr, *Liberia: A National Policy in Transition*, Scarecrow Press, Metuchen 1988.

pendencia en el territorio conquistado por Menelik, y según líneas de fronteras acordadas con las principales potencias regionales, Francia, Gran Bretaña y Egipto. Las relaciones con Italia quedaban reguladas por tratados que definían los límites entre Etiopía y Eritrea, y también con Somalia, si bien la cuestión de las tierras étnicamente somali incorporadas a Etiopía, y las tendencias expansionistas de ésta, siguieron complicando las relaciones regionales.

Las conquistas y la diplomacia de Menelik habían permitido completar la creación de un Estado imperial mucho más extenso que los reinos cristianos del altiplano. Ese Estado estaba dotado de un centro de poder imperial, y era asistido por la oligarquía eclesiástica de la Iglesia monofisita que gozaba de inmensos privilegios, con sus élites político-militares que, por medio de sistemas extractivos y distributivos que operaban para su casi exclusivo beneficio, dominaban las demás regiones. Hasta la instauración del absolutismo de Haile Selassie en los años Treinta, el centro de poder imperial era rehén de profundos impulsos regionalistas aunque, en todo caso, la principal fractura era la que se daba entre reinos, regiones y aristocracias cristianas de los altiplanos del norte y poblaciones y regiones del sudeste y del sudoeste. Estas representaban el 70% del país, y eran étnica y lingüísticamente muy variadas, además de hallarse divididas, desde el punto de vista religioso, entre islam y cristianismo. El grupo lingüístico y cultural más importante eran los oromo; repartidos por diez diferentes regiones administrativas, mayoritarios en siete de ellas, no constituían un grupo unido, ni en lo político ni en lo cultural o religioso.

En el norte, si bien existía un sistema de pago de impuestos y la obligación de prestaciones de trabajo (llamadas *gabbar*, de *geber*, tributo), los campesinos eran libres, y tenían derecho de uso sobre tierras hereditarias llamadas *rest*, y además compartían con sus señores la lengua, la cultura, la religión y los valores. En el sur, el *gabbar* pasó a ser un sistema de servidumbre, impuesto por la conquista sobre súbditos que no eran etíopes y cuyas tierras habían sido redistribuidas entre soldados, dignatarios y eclesiásticos que migraban desde el centro imperial[93].

93 La historia de Etiopía, por su complejidad y singularidad y por la tradición intelectual y de investigaciones que la distingue, merece ser tratada con mucho mayor amplitud. Remitimos, aparte de las obras ya citadas, a algunos trabajos que aunque en parte han quedado superados siguen siendo fundamentales: S. Rubenson, *The Survival of Ethiopian Independence*, Heinemann, London 1976; R. Pankhurst, *Economic History of Ethiopia, 1800-1935*, Haile Selassie University Press, Addis Abeba 1968.

Sobre la historia agraria: J. McCann, *From Poverty to Famine in North-East Ethiopia. A Rural History 1900-1935,* University of Pennsylvania Press, Philadelphia 1987; J. Mantel-Niecko, *The Role of Land Tenure in the System of Ethiopian Imperial Government in Modern Times*, Warsaw 1980; D. Crummey, *Abyssinian Feudalism*, en "Past and Present", 89, 1980, pp. 113-38.

Una de las consecuencias de la conquista fue el traslado de masas de población desde el norte al sur, sobre todo después de la gran hambruna de 1888-1892. Se alentó la inmigración y la apropiación de tierras, hasta hacer de ello una verdadera política de colonización.

El emperador Haile Selassie, príncipe hereditario desde 1916, elevado al trono en 1930, consolidó la legitimación internacional de Etiopía con una política de puertas abiertas que quedó consagrada por la admisión en la Sociedad de las Naciones en 1923, uno de los pocos ejemplos de potencia extraeuropea admitida en ese foro. En lo interno, el fortalecimiento de la monarquía y los privilegios económicos concedidos a la nobleza debían convertirse en instrumentos de imposición de unidad estatual contra las tensiones regionalistas. La administración se uniformó al nuevo modelo absolutista con una política no precisamente de integración, sino de sumisión de las diferentes entidades al centro imperial.

Sobre las modalidades de incorporación de las diferentes poblaciones al centro imperial, cfr. el estudio del decano de los historiadores etíopes: Tadesse Tamrat, *Processes of Ethnic Interaction and Integration in Ethiopian History: The Case of the Agaw*, en "Journal of Africa History", XXIX, 1, 1988, y también: D. Donham, W. James (eds.), *The Southern Marches of Imperial Ethiopia. Essays in History and Social Anthropology*, Cambridge University Press, Cambridge 1986; C. W. McClellan, *Coffee in the Centre-Periphery Relations: Gedeo in the Early Twentieth Century*, University of Michigan Press, East Lansing 1988.

Sobre las causas de la repetición de extendidos episodios de hambrunas en los años Sesenta e Setenta, y la vulnerabilidad de la agricultura de subsistencia en el contexto estatual y político, cfr.: Mesfin W. Mariam, *Rural Vulnerability to Famine in Ethiopia 1958-1977*, Vikas Publishing House, New Delhi 1984; J. McCann, *History, Drought and Reproduction: Dynamics of Society and Ecology in Northeast Ethiopia*, en Johnson, Anderson (eds.), *The Ecology of Survival* cit., pp. 283-303.

Sobre las transformaciones sociales y políticas y el surgimiento de la intelectualidad: R. Caulk, *Ethiopia and the Horn*, en Fage, Oliver (eds.), *The Cambridge History of Africa*, cit., t. VII, pp. 702-41; J. Markakis, *Ethiopia: Anatomy of A Traditional Polity*, Oxford University Press, London 1975.

Sobre el Estado: Bahru Zewde, *Economic Origins of the Absolutist State in Ethiopia (1916-1935)*, en "Ethiopian Studies", XVII, 1984, pp. 1-29.

Sobre la revolución y la caída del emperador: D. Ottaway, M. Ottaway, *Ethiopia. Empire in Revolution*, Holmes and Meyer, New York 1978; J. Markakis, Nega Ayele, *Class and Revolution in Ethiopia*, Spokesman, Nottingham 1978; F. Halliday, M. Molyneux, *The Ethiopian Revolution*, Verso, London 1981; R. Lefort, *Ethiopia: An Heretical Revolution?*, Zed Press, London 1983.

Sobre el Derg en el poder, deberán compararse: J. Markakis, *National and Class Conflict in the Horn of Africa*, Cambridge University Press, Cambridge 1987; C. Clapham, *Transformation and Continuity in Revolutionary Ethiopia*, Cambridge University Press, Cambridge 1988; J. W. Haberson, *The Ethiopian Transformation. The Quest for the Post-Imperial State*, Westview, Boulder 1987; E. J. Keller, *Revolutionary Ethiopia*, Indiana University Press, Bloomington 1988.

Sobre la cuestión Eritrea y la ONU: Bereket H. Selassie, *Eritrea and the United Nations and Other Essays*, The Red Sea Press, Trenton 1989.

Italia invadió Etiopía en 1935, y Adis Abeba fue tomada el 5 de mayo de 1936; la liberarían tropas inglesas en 1941. En ese breve pero significativo período se constituyó el África Oriental Italiana (AOI), organizada en seis regiones: Eritrea, ampliada a parte del Tigrai; Amhara (integrada por Begemder, Wallo, Gojjam y Shoa del Norte); Galla y Sidamo, reunidas en el reino de Kaffa; Adis Abeba; Harar; Somalia, comprendido Ogaden. La subdivisión en regiones se proponía reducir y controlar la hegemonía amhara, apostando a los impulsos autonomistas de regiones como Galla y Sidamo, que sólo a fines del siglo XIX había conquistado Menelik, y de Harar, rebelde desde siempre a los príncipes cristianos. Cada territorio se dividía en distritos, "residencias" (*residenze*) y subresidencias. Al frente de la jerarquía colonial había un virrey. El primero de ellos fue el mariscal Badoglio, a quien sucedió el general Graziani y, por último, el duque Amadeo Humberto de Aosta, primo del rey Víctor Manuel III, que llevó como su ayudante a uno de los estudiosos sobre Etiopía de mayor fama internacional, Enrico Cerulli, más tarde gobernador de Harar.

La ocupación italiana fue breve y se caracterizó por inversiones en infraestructuras que debían abrir el camino a una ulterior colonización agrícola y empresarial. Respecto de la nobleza y de los jefes locales, la política italiana consistió en intentar la cooptación, con instrumentalización de las diferencias religiosas y étnicas. Más tarde, al producirse en 1937 el atentado contra Graziani, la actitud pasó a ser de dura represión. Tal represión estuvo dirigida a herir y liquidar ante todo a los sectores intelectuales. El movimiento de resistencia contra la conquista italiana se transformó en guerrilla. La resistencia, activa sobre todo en Shoa, Gojjam y Begemder, se propagó a todas las provincias, con la participación de hombres y mujeres. El ejército de ocupación italiano usó los métodos más atroces contra la resistencia, sin lograr acabar con ella; por el contrario, se encontró condicionado y debilitado ante la ofensiva británica que lo arrojó del AOI en 1941.

Aunque muy difundida, la resistencia no contaba con un comando unificado, ni tenía una orientación política común; estaba dividida entre sostenedores de la monarquía, apoyada por los británicos, y partidarios de una Constitución republicana. Estos últimos fueron marginados y perseguidos después de la liberación de Adis Abeba el 6 de abril de 1941 y el regreso triunfal de Haile Selassie el 5 mayo. El proyecto de éste, de reconstitución de la unidad del imperio con el apoyo de los ingleses, no dejaba espacio para disidencias. El emperador, apoyado más tarde por los Estados Unidos, que sustituyeron a Inglaterra como potencia garante de la estabilidad del imperio en un área geopolítica de tanta importancia para los intereses occidentales, el Cuerno de África

–puente hacia el Oriente Medio y la Arabia petrolífera–, permanecerá en el poder por otros treinta y tres años.

La nueva división territorial y administrativa, en el marco de una Constitución centralizadora, no tenía para nada en cuenta las identidades étnicas y culturales. Por el contrario, con la Constitución de 1955 se reforzó el absolutismo imperial, que se valía de la modernización del ejército, la policía y el departamento de Seguridad Pública para controlar y reprimir cualquier tipo de disidencia. Al quedar abolido en 1962 el estatuto autónomo de Eritrea, la lucha de liberación que siguió no sólo representaba una amenaza para la ideología unitaria de la Gran Etiopía imperial, sino que contribuyó a radicalizar a la oposición, ya que planteaba un problema que era sentido y debatido incluso en el centro mismo del imperio, el de la negación de la democracia.

La oposición al absolutismo imperial se manifestó de muchas maneras: rebeliones campesinas contra las exacciones excesivas, alzamientos y revoluciones de nacionalidades en nombre del principio de autodeterminación, disidencia de los intelectuales. El intento de golpe de estado de 1960, organizado por militares aliados con intelectuales reformistas, fue un fracaso pero demostró que existían fuerzas nuevas, modernizadoras, populistas, que planteaban problemas en el corazón mismo del imperio. La universidad y los diferentes institutos de estudios superiores se convirtieron en centros de organización política disidente, que fueron radicalizándose durante el curso de los años Sesenta en temas como las libertades democráticas, los derechos sobre la tierra, la libertad de expresión y de prensa, la cuestión de las nacionalidades y el derecho a la autodeterminación. La respuesta del régimen imperial fue la más sangrienta represión.

El extendido descontento de diferentes capas de la población civil y de sectores militares se catalizó por fin a comienzos de los años Setenta a causa de las devastaciones provocadas por la sequía, que afectó distintas regiones del país sin que las autoridades imperiales atinaran a tomar medidas para el socorro de las masas que morían de hambre y privaciones. La miseria y la muerte en las regiones campesinas, y el deterioro de las condiciones de vida en las ciudades, provocado por una creciente inflación, dieron origen a huelgas, a una serie de recomposiciones de gobierno, a promesas de reformas y, por último, al involucramiento directo del ejército en la resolución institucional de la crisis. En agosto de 1974 fue promulgada una nueva Constitución que privaba al emperador de todo poder, salvo el de representación. En setiembre el emperador fue depuesto. Suspendida la Constitución, el poder ejecutivo y legislativo fue asumido por un Consejo Militar Provisional (*Derg*), integrado por 120 militares. La primera fractura en el seno del *Derg* se verificó respecto de la posición a asumir ante la lucha de liberación

eritrea. La facción que se oponía decididamente a cualquier proyecto de autonomía de un territorio que era considerado parte integrante del Estado se impuso sobre la de los que buscaban un compromiso, quienes fueron bárbaramente suprimidos. En enero de 1975, el vuelco en favor de una política di nacionalizaciones que se postulaba de orientación socialista y revolucionaria hizo surgir al verdadero hombre fuerte del nuevo régimen, el mayor Mengistu.

La abolición de la monarquía y de los privilegios de la Iglesia ortodoxa, la reforma agraria, la fundación de un partido marxista-leninista, no alcanzaron sin embargo para resolver el fundamental divorcio entre unionistas, fieles a la idea y al ideal de un imperio que, a través de la revolución socialista, debía llegar a estar por fin unido e integrado, y las tensiones autonómicas e independientistas de los eritreos en primer término, pero también de los movimientos de otras poblaciones: tigrinos, afar, somali y oromo.

IDEOLOGÍA Y PRÁCTICA DE LAS ADMINISTRACIONES COLONIALES: *ASSIMILATION, ASSOCIATION, INDIRECT RULE*

Para la puesta en funcionamiento de sus estructuras estatuales en África las dos potencias coloniales principales, Francia e Inglaterra, se inspiraban en doctrinas que no sólo eran diferentes sino contrapuestas. Francia desarrolló sistemas centralizados y relativamente uniformes, mientras que Inglaterra instauró sistemas descentralizados y que diferían en función de las características específicas de incorporación de las diversas sociedades en un territorio colonial determinado.

El Estado colonial belga, heredero y continuador del Estado Libre del Congo, no era sino un *holding* de capitales privados, se caracterizaba por las relaciones funcionales entre administración y compañías, que tenían intereses desde el área de los transportes hasta la extracción minera, y desde la producción agrícola a la fabricación industrial. El Estado colonial llevó a término la política de reconversión de una economía extractiva, basada en la recolección (goma, marfil), a una economía de producción por medio de concesiones de tierras y recursos minerales a grandes compañías, que debían encargarse de desarrollar las redes infraestructurales necesarias para la extracción de las riquezas. Contaba además con un aparato administrativo estructurado, que estaba presente hasta en los distritos más remotos y que, a la vez que daba garantías a las compañías concesionarias, regulaba el flujo de fuerza de trabajo y reestructuraba los sistemas productivos indígenas[94].

94 M. Merlier, *Le Congo de la colonisation belge à l'indépendence*, Maspero, Paris 1962, sigue siendo la mejor historia general. J. Stengers, "La Belgique et le Congo, politique coloniale et décolonisation", en AA.VV., *Histoire de la Belgique contemporaine, 1914-70*, La

Ya en 1902 el grupo Empain, con la sociedad *Chemin de Fer des Grands-lacs*, ingresaba en la construcción de ferrocarriles obteniendo la concesión de vastísimas regiones y de derechos mineros. En 1906 la *Societé Générale de Belgique* lanzaba la Union Minière du Haut-Katanga, la *Societé Internationale Forestière et Minière* (FORMINIERE) y la *Compagnie du Chemin de Fer du Bas Congo au Katanga*. La *Union Minière* obtuvo derechos exclusivos sobre Katanga, la región minera más rica de África después del *Witwatersrand* sudafricano.

En 1958 había más de 5 millones de cristianos, el 80% católicos. La Iglesia católica, por otra parte, contaba con más de seis mil misioneros, asistidos por centenares de párrocos y por miles de catequistas, monjas y frailes. Lo mismo que en Basutolandia y que en Burundi, la instrucción universitaria era promovida sobre todo por la Iglesia. Más que en cualquier otro territorio africano fue en el Congo (y después en Ruanda y en Burundi) donde las iglesias, en particular la mayoritaria Iglesia católica, jugaron un papel esencial para la colonización[95].

Renaissance du Livre, Bruxelles 1975, analiza la política colonial belga desde el punto de vista de los colonizadores. Cfr. asimismo: N. Acheson, *The King Incorporated. Leopold II in the Age of Trust*, Allen & Unwin, London 1963. Y sobre todo B. Verhaegen, *Rébellions au Congo*, Crisp, Bruxelles 1966-69, 2 tomos.

Sobre la historia económica del país: J. B. Peemans, *Capital Accumulation in the Congo under Colonialism: the Role of the State*, en Gann, Duignan (eds.), *Colonialism in Africa 1870-1960*, cit., t. IV, *The Economics of Colonialism*, pp. 165-212; B. Jewsiewicki (éd.), É*tat indépendant du Congo, Congo Belge, République démocratique du Congo, République du Zaire?*, SAFI Press, St. Foy 1984.

Importante la investigación sobre los sectores minero e industrial: S. E. Katzenellenbogen, *Railways and the Copper Mines of Katanga*, Clarendon Press, Oxford 1973; C. Perrings, *Black Mineworkers in Central Africa*, Heinemann, London 1979.

Sobre los hechos del nacionalismo: P. Lumumba, *Congo my Country*, Praeger, London 1963; J. C. Willame, *Patrice Lumumba, la crise congolaise revisitée*, Karthala, Paris 1990. Cfr. también J. Depelchin, *De l'État indépendant du Congo au Zaire contemporain (1885-1974)*, Codesria, Karthala, Paris 1992.

---

95 Tanto en el África occidental como en la central y la austral, la protesta de carácter religioso, por medio de movimientos mesiánicos, iglesias separatistas, confraternidades musulmanas, sociedades secretas, es característica de la época colonial, y se desarrolla tanto en ámbitos cristianos como musulmanes. En el Congo Belga nace en los años Treinta, guiado por Simon Kimbangu un movimiento arraigado en territorio bakongo, el kimbanguismo, que predica la unión y la igualdad entre los hombres. Simon Kimbangu murió en el exilio en 1951, pero su movimiento se desarrolló hasta convertirse en la religión más influyente después de la católica. Cfr., para una presentación general, V. Lanternari, *Movimenti religiosi di libertà e salvezza dei popoli oppressi*, Feltrinelli, Milano 1960; M. Sinda, *Les messianismes congolais*, Payot, Paris 1972; J. Vansina, W. de Craemer, R. C. Fox, "Religious Movements in Central Africa: A Theoretical Study" en *Comparative Studies in Society and History*, XVIII, 1976, pp. 458-75; S. Asch, *L'Eglise du Prophete Kimbangu*, Karthala, Paris 1983.

En Ruanda y Burundi los belgas aplicaron una suerte de *indirect rule* según la *politique des races*, la teoría inspirada en el evolucionismo que consideraba que las diversas razas se hallaban en un nivel inferior o superior según las características de su organización social y política, más o menos centralizada. La *politique des races* fue reforzada por el mito del origen camita, que sostenía la hipótesis, jamás probada desde el punto de vista histórico, de un supuesto origen "etíope" de las poblaciones llamadas tutsi, preponderamente criadoras de ganado, que según esa hipótesis habían llegado como conquistadores a las comarcas "de las mil colinas", sometiendo a los agricultores hutu a la servidumbre. A la llegada de los europeos, los clanes tutsi y hutu vivían mezclados, compartían lengua y cultura y se hallaban organizados en complejas relaciones de clientela. Ni todos los tutsi eran aristócratas ni todos los hutu vivían subordinados; al contrario, muchos eran campesinos libres, que en algunas regiones hasta predominaban políticamente.

En Burundi, los alemanes y después de ellos los belgas optaron por privilegiar a los jefes ganua, líderes de un reino que se caracterizaba por la presencia de un rey que cumplía ante todo funciones rituales, sin ejercer el poder político efectivo sobre los principados. En cierto sentido, el papel de agentes de la colonización que ejercieron los jefes ganua tuvo el efecto de reforzar la legitimidad del soberano ante la población de tutsi y hutu que se convirtió en víctima de los impuestos, del trabajo obligatorio y de los abusos de los hombres fuertes, fortalecidos ahora por la protección colonial. Ruanda, en tanto, era un reino relativamente centralizado en el que sin embargo el soberano no dominaba por completo y en la misma medida todas las regiones del territorio. Fue el poder colonial el que vino a dar una mano a la monarquía, y a consolidar su poder por sobre el de todas las demás entidades. Así, mientras que en Burundi los príncipes eran el eje del sistema de poder del Estado colonial, en Ruanda lo era la monarquía, que bajo la protección de ese mismo Estado se transformó en autocracia ya no tradicional, sino sostenida por la administración colonial. Hacia el fin de la colonización en Ruanda, será la monarquía la que se vea directamente afectada por la rebelión, mientras que en Burundi el soberano mantendrá hasta 1965 un papel de garante por encima de las partes, y de mediador entre los distintos sectores de la población[96].

---

96 Cfr. En relación con esto: R. Lemarchand, *Rwanda and Burundi*, Praeger, New York 1970; Id., *Burundi*, Cambridge University Press, Cambridge 1993. La investigación sobre el terreno ha permitido una convincente reinterpretación de la historia moderna de Ruanda, en la que se muestra cómo el proceso de formación del Estado dependió de la transformación de instituciones y de relaciones de dependencia y clientela: C. Newbury, *The Cohesion of Oppression. Clientship and Ethnicity in Rwanda, 1860-1960*, Columbia University Press, New York 1988.

La colonización italiana se llevó a cabo a través de fallidos intentos de colonizar por medio de compañías, a los que siguieron diferentes experimentos de colonización en pequeña escala y organización de nuevas producciones a través de intervenciones sobre la propiedad de la tierra. El vuelco principal se produjo con el régimen fascista, que retomó el tema del expansionismo italiano en el mundo por medio de políticas intervencionistas en las colonias, de inversión pública en infraestructura, formación de haciendas agrícolas e incentivos a la radicación directa de colonos. Se ha caracterizado al colonialismo italiano como más atrasado, y hasta francamente rudimentario en comparación con el inglés y el francés. En efecto Italia vino a tener que vérselas, con grandes ambiciones y escasos medios, con la necesidad de manejar territorios dotados de escasos recursos, que no estaban en condiciones de autofinanciar su propio desarrollo. En el aspecto administrativo el colonialismo italiano tuvo, como otros, una primera etapa de difícil consolidación del control sobre territorios extensos, rebeldes y sumamente fragmentados (Somalia), y se afirmó en ellos durante el período fascista con una deliberada política de ocupación militar, reestructuración administrativa e inversiones en infraestructura. Es muy cierto que la política colonial, parte integrante de la retórica imperial fascista, significó el empleo de instrumentos coercitivos y represivos en un período en que la mayor parte de las potencias coloniales, con la excepción de Portugal, ya habían superado esa etapa[97].

El impacto del colonialismo italiano puede ser medido sobre todo si se considera el caso de Eritrea. En efecto, allí fue la dominación colonial la que, mediante la reorganización de las producciones y de la propiedad de la tierra, introdujo una modernización del contexto económico y social sin parangón en el imperio etíope. Esa diversidad estructural, económica y social de la colonia se tradujo, tras la década transcurrida bajo administración inglesa, en formas de organización de un requerimiento político, la apertura democrática, que desde luego se oponía a la incorporación en una Etiopía atrasada y feudal. El antiguo *Bahr Negash* (reino del mar) o *Mareb Melash* (tierra más allá del río Mareb) de los abisinios se había convertido en colonia del reino de Italia, bajo el nombre de Eritrea, en la época del reparto de África y de la

97 Sobre el colonialismo italiano, aparte de las obras ya citadas cfr.: G. Rochat, "Colonialismo", en AA.VV., *Storia d'Italia*, t. I, La Nuova Italia, Firenze 1978; A. Sbacchi, *Il colonialismo italiano in Etiopia, 1936-40*, Mursia, Milano 1980; A. Del Boca, *I crimini del colonialismo fascista*, en AA. VV., *Le guerre coloniali del fascismo*, Laterza, Bari 1991. Por último, se encuentran en italiano dos importantes ensayos: R. Pankhurst, *La resistenza dei patrioti etiopici (1936-1941)*, e Id., *L'occupazione fascista dell'Etiopia nella letteratura amarica*, en "Materiali di lavoro", 1991-92, pp. 143-82 (numero monográfico enteramente dedicado al colonialismo italiano).

consolidación y el reconocimiento de la Etiopía moderna de Menelik. Si había o no integrado la antigua Axum, o si estuvo unida durante algún período a reinos del altiplano amárico y tigriño, y con qué intensidad, es un debate histórico todavía en curso, y que ha asumido intensas connotaciones ideológicas y políticas, pero que en todo caso no es suficiente para subestimar el hecho de que la identidad unitaria eritrea -aun cuando dentro de ella subsistan divisiones y diferencias regionales, étnicas, religiosas, de políticas del movimiento nacionalista– quedó plasmada en el período colonial. Éste sigue siendo, pues, un punto de referencia fundamental, para bien y para mal[98].

Portugal sólo tomó plena posesión de sus colonias africanas en los años Treinta del siglo XX, con la política de "nacionalismo económico" de Salazar, orientada a disminuir la dependencia respecto de los capitales extranjeros, y a procurar recursos para la modernización de sistemas de explotación que hasta entonces habían revelado ser demasiado atrasados para servir de apoyo real a los proyectos de industrialización de la metrópoli[99].

En el terreno, la administración de cada Estado colonial estuvo condicionada de hecho por los recursos realmente disponibles, locales y metropolitanos, por la experiencia y por las exigencias de controlar condiciones locales específicas con el máximo de eficiencia y el mínimo de gastos. Por eso los criterios de centralización y descentralización tuvieron interpretaciones tan diferentes, dentro incluso de un mismo marco normativo. En efecto, sobre el terreno lo que condicionó la adopción de modelos de administración colonial fue, por un lado, la naturaleza de las estructuras que eran objeto de dominio, y por otro la historia de su

98 Además de las obras ya citadas, se encontrará un reciente análisis del peso del imperialismo italiano en Eritrea en: Y. Mesghenna, *Italian Colonialism: A Case Study of Erithrea 1869-1934. Motive, Praxis and Results*, Studenliteratur, Lund 1988. El trabajo de referencia sigue siendo: G. K. N. Trevaskis, *Erithrea: A Colony in Transition, 1941-1952*, Oxford University Press, London 1960; y también Bereket H. Selassie, *Conflict and Intervention in the Horn of Africa*, London 1980; R. Sherman, *Eritrea. The Unfinished Revolution*, Praeger, New York 1980; B. Davidson, L. Cliffe, Bereket H. Selassie (eds.), *Behind the War in Eritrea*, Spokesman, Nottingham 1980.

99 M. Newitt, *Portugal in Africa: The Last Hundred Years*, Hurst, London 1981. Sobre Angola: D. Weeler, R. Pelissier, *Angola*, Greenwood Press, London 1971; W.G. Clarence-Smith, *Slave, Peasants and Capitalists in Southern Angola, 1940-1926*, Cambridge University Press, Cambridge 1979; K. Sommerville, *Angola*, F. Pinter, London 1986.
Sobre Mozambique, T. H. Henriksen, *Mozambique: A History*, Rex Collings, London 1978; B. Neil Tomlinson, "The Growth of a Colonial Economy and the Development of African Labour: Manica, Sofala and the Mozambique's Chartered Companies, 1892-1942" en AA.VV., *Mozambique*, Center for African Studies, University of Edimburgh 1979. Es importante el análisis de la situación colonial por Eduardo Mondlane, que será el primer presidente de la República de Mozambique: E. Mondlane, *Lutar por Moçambique*, Sa' da Costa, Lisboa 1977.

interacción con las distintas etapas y modalidades de presencia colonial y de penetración colonial. Las sociedades sometidas a colonización, aun si estaban bajo sistemas de dominación que no les dejaban ninguna autonomía, mostraron capacidad de resistencia no solamente bajo la forma de choques frontales, sino también mediante la elaboración de diferentes estrategias de supervivencia, entre ellas la reformulación, e incluso la invención lisa y llana de identidades culturales y políticas.

LAS COLONIAS FRANCESAS: ENTRE LA ASIMILACIÓN Y LA ASOCIACIÓN

La doctrina colonial francesa de la *assimilation* formaba parte de la tradición universalista de la "misión civilizadora", que tuvo su primer y principal sostenedor en suelo africano en la persona de Louis Faidherbe, gobernador del Senegal en 1854 y adversario de la expansión política y religiosa de Omar Tal. Coherente con las doctrinas evolucionistas, la teoría asimilacionista partía de la noción de que las diferencias entre las razas podían ser reducidas a formas sociales universales y, por consiguiente, que a través de la dominación colonial era posible transformar las costumbres y las instituciones indígenas a imagen y semejanza de la *civilisation française*. Esta doctrina, coherente con la concepción jacobina de la República una e indivisible, fue sostenida como punto de referencia ideal en todas las etapas de la historia colonial francesa[100]. Naturalmente, no sólo la asimilación no implicaba reconocimiento de igualdad sino que, por el contrario, estaba basada en la desigualdad de las razas. Para la teoría colonial francesa, que se desarrolló sobre todo con la contribución de funcionarios coloniales y de etnógrafos –Maurice Delafosse, Charles Monteil, Henri Labouret, Robert Delavignette, orientadores de una escuela en la cual se formaron generaciones de administradores coloniales– la dominación y la explotación de colonias eran legítimas en nombre de la ley natural, justificación jurídico-

100 Sobre la historia de la colonización y del colonialismo francés, el trabajo que tiene en cuenta la investigación más actualizada es: J. Thobie, G. Meynier, C. Coquery-Vidrovitch, C. H. Ageron, *Histoire de la France coloniale*, Colin, Paris 1991, 2 tomos. Continúa siendo fundamental para una visión general y crítica: Suret-Canale, *Afrique noire occidentale et centrale*, cit. Para una comparación de los regímenes coloniales en África occidental: Crowder, *West Africa under Colonial Rule*, citado.

Sobre la política de asimilación: R. Delavignette, *Service Africain*, Gallimard, Paris 1946, IV ed.; R. F. Betts, *Assimilation and Association in French Colonial Theory 1890-1914*, Columbia University Press, New York 1961; M. D. Lewis, "The Assimilation Theory in French Colonial Policy" en *Comparative Studies in Society and History*, IV, 1962, pp. 129-53; M. Crowder, *Senegal: A Study in French Assimilation Policy*, Methuen, London 1962.

Sobre el África occidental resulta muy útil, incluso como texto didáctico: C. Coquery- Vidrovitch (éd. par), *L'Afrique occidentale au temps des français, colonisateurs et colonisés, c. 1860-1960*, La Découverte, Paris 1992.

filosófica de un orden universal de la humanidad que trasciende las convenciones civiles y legales específicas de cualquier sociedad. De ahí surgía el derecho-deber de Francia de imponer mediante el sometimiento colonial la abolición de las guerras y la esclavitud, y de poner en práctica las llamadas políticas de *mise en valeur*, de valorización de los recursos en el aspecto comercial, forzando si era necesario a las poblaciones africanas para que así lo hicieran.

Con la colonización, Francia asume la obligación de encargarse de la "tutela" de sus *sujets*, súbditos africanos, para hacer de ellos *citoyens*, ciudadanos, que un día pudieran asumir responsabilidades de gobierno, siempre en el seno de la república Francesa. El dominio se concretaba en un sistema colonial centralizado y jerárquico, en el que los *sujets* estaban sometidos a un régimen conocido como *indigénat* (algo así como "el indigenado"). Ya en funciones en Argelia, ese sistema daba a las autoridades administrativas el poder y la autoridad para aplicar sanciones penales sin procedimiento de juicio. Además, los indígenas tenían la obligación de dar prestaciones en especie o en tiempo de trabajo para aquellas obras que fueran consideradas de utilidad pública. No se aplicaba el *indigénat* a los franceses, ni a los habitantes de las llamadas *quatre communes*, los cuatro municipios de Saint Louis, Dakar, Gorée y Rufisque en el Senegal, y de la isla de Sainte Marie, en Madagascar. A los ciudadanos de esos territorios, la revolución de 1848 les había concedido el permiso de mantener un estatus cívico personal basado en el derecho coránico, o bien en el consuetudinario. Con el tiempo, fueron paulatinamente eximidos del *indigénat* los jefes de cantones, los funcionarios, los ex militares, quienes poseían un diploma, los notables que habían prestado servicios a Francia y, además, las personas instruidas que tenían cierto nivel de ingresos y poseían propiedades, las cuales podían pedir su carta de ciudadanía francesa. Siempre fue limitado el número de quienes reunían los requisitos exigidos para alcanzar el estatus de asimilado.

La doctrina asimilacionista no contemplaba la existencia de ninguna función adscripta, por lo que no reconocía a los jefes de Estado indígenas. Sólo después de la primera guerra mundial se dio reconocimiento a *chefs coutumiers* (*chefs de village* y *chefs superiéurs*) que por otra parte no eran considerados sino instrumentos auxiliares de la transmisión de órdenes coloniales.

Los principales estados de africanos nativos en el África occidental, el reino de Segu, el de Sikasso, el Estado de Samori, habían sido destruidos por la avanzada militar; el rey de los mossi estaba reducido a cumplir funciones puramente rituales; también los reinos malgaches habían sido desmantelados. El proceso de fragmentación de los sistemas políticos centralizados, incluso de aquellos que se había

creído podrían conservar cierto grado de autonomía por medio de compromisos negociados, significó la creación de divisiones territoriales y administrativas por completo artificiales, entre las cuales quedaron repartidas poblaciones antes unidas, mientras que otras poblaciones que eran distintas entre sí fueron reunidas bajo la autoridad de jefes preescogidos por su fidelidad a las autoridades coloniales. Respecto de las poblaciones con sistemas políticos dispersos y descentralizados, la unidad territorial y administrativa era considerada un factor de integración necesario para hacer progresar la *civilisation*.

Pero aun en el marco de una rígida estructura de control centralizado, la colaboración y la alianza con jefes indígenas resultó imperativa, sobre todo en las extensas regiones dominadas política y socialmente por élites musulmanas. A la conquista, los musulmanes habían dado por respuesta declaraciones de *yihad* violentas (*yihad* de la espada). Derrotadas, muchas comunidades emigraron (hégira o *hichra*), para permanecer fuera del control colonial. Los descendientes de esas comunidades se hallan dispersos todavía por todo el Sudán, aunque muchas comunidades optaron por regresar a sus tierras de origen. Poblaciones islámicas enteras respondieron a la forzada convivencia con los infieles atrincherándose en su fe, en comunidades guiadas por místicos religiosos[101]. Las aristocracias emplearon todos los instrumentos de poder y de influencia para proponerse a sí mismas como intermediarias entre las poblaciones, y así lograron salvaguardar en buena medida sus prerrogativas y privilegios. La difusión de las confraternidades en Senegal y en todas las demás regiones musulmanas es, en el primer período de la colonización, una consecuencia de esta situación de alienación, contra la cual nada puede hacerse, salvo refugiarse en la fe. Muchas confraternidades permanecieron hostiles a la dominación colonial, que las persiguió o las redujo a la marginalidad. Otras confraternidades, como por ejemplo la más difundida en el Senegal, la Muridiya, aceptaron colaborar con la administración colonial, hacien-

101 T. Hodgkin, "Mahdisme, messianisme et marxisme dans le contexte africain" en *Presence Africaine* 74, 1970, pp. 128-53, ha sido el primero en confrontar las diferentes expresiones, religiosas e ideológicas, de anticolonialismo. Un ensayo de P. E. Lovejoy, "Revolutionary Mahdism and Resistance to Colonial Rule in the Sokoto Caliphate, 1905-1906" en *Journal of African History*, 31, 1990, pp. 217-44, debate las distintas expresiones de mahdismo, desde las conservadoras a las revolucionarias, en el contexto del califato de Sokoto. Para la política francesa: C. Harrisson, *France and Islam in West Africa, 1860-1969*, Cambridge University Press, Cambridge 1988; y en relación con las reacciones de las poblaciones, Kimba Idrissa, *Guerres et Sociétés. Les populations du Niger occidental au XIXème siècle et leurs réactions face à la colonisation, 1896-1906*, Niamey 1981; A. Traore, *Islam et colonisation en Afrique. Cheikh Hamaoullah, homme de foi et résistant*, Karthala, Paris 1983. Para una visión general, que va más allá del período colonial: C. Coulon, *Les Musulmans et le pouvoir en Afrique noire*, Karthala, Paris 1983.

do pesar la difusión capilar y la obediencia de los fieles. Los morabitos (*marabouts*, ermitaños) participantes de la Muridiya llegarían a tener más influencia que los jefes tradicionales porque por su intermedio pudo encararse la ampliación de la producción de maní, y fue posible asegurar el control de los flujos de trabajadores agrarios migrantes, su distribución y su control.

En ningún momento tuvo Francia una política musulmana homogénea, y por todo el período colonial el Sahara será una región atravesada por fenómenos de irredentismo religioso. Tanto en colonias francesas como inglesas fueron numerosas las insurrecciones guiadas por personajes carismáticos que se atribuyeron el título de *Mahdi*. Desde Mauritania hasta el norte de Nigeria y desde la Cirenaica al Fezzan, la respuesta fue la represión militar y la eliminación física de los jefes religiosos que contaban con más seguidores. Pero dejando de lado las áreas de frontera y los episodios de rebelión, lo cierto es que la mayoría de los jefes, literatos y comerciantes musulmanes se adaptaron a colaborar con la administración colonial, en una convergencia de intereses económicos y sociales que confirió a los líderes de fe musulmana un aura de prestigio, de defensores de la religión y mediadores privilegiados para la obtención de ventajas económicas.

En la propia tradición administrativa francesa eran muchas las discrepancias acerca de los principios en que debía basarse la colonización, y de la forma en que debía aplicárselos según la categoría colonial de que se tratara (y, por consiguiente, acerca también del punto de vista ideológico y doctrinal que debía prevalecer en cada caso). Esa es la razón por la que casi nunca coincidieron las formas de aplicación.

El territorio donde Francia aplicó una verdadera forma de gobierno indirecto fue Mauritania, el antiguo Bilad Chinguetti o Takrur, vasto espacio desértico dominado por tribus guerreras, en el que la administración francesa, militar primero y colonial después, a partir de 1920, funcionó apoyándose en algunos jefes potentes y reforzando el poder de que esos jefes estaban investidos. Así, la administración francesa en Mauritania ha sido definida como una "tribalización" del sistema colonial. Este territorio dominado por rígidas jerarquías sociales fue encaminado a su independencia y confiado a un partido de aristócratas conservadores, en oposición a cualquier instancia de renovación que, sin embargo, no habían dejado de intentar manifestarse[102].

En una primera etapa, las administraciones coloniales, fragmentado ya el poder de los grandes reinos y controladas las disidencias que se basaban en la fe islámica, debieron hacer frente al problema

102 F. de Chassey, *Mauritanie, 1900-1975*, L'Harmattan, Paris 1984; P. Marchessin, *Tribus, ethnies et pouvoir en Mauritanie*, Karthala, Paris 1992.

de obtener de manera más eficiente recursos para las finanzas coloniales. Por eso se volcaron a reformas que concedían cierto grado de reconocimiento a las autoridades indígenas, aunque sólo fuera en los niveles administrativos más bajos. Se exilió o rebajó a los grandes jefes tradicionales, en tanto eran escogidos personajes capaces de entender las *choses des blancs*: ex soldados, intérpretes, comerciantes, a menudo ajenos a las sociedades tradicionales pero muy dispuestos a cumplir órdenes. La creación en este período de las primeras infraestructuras elementales, redes postales, caminos de interés militar o para el acceso a zonas de producción, tribunales, escuelas, centros de salud, no favoreció sino a determinadas que se pretendía valorizar. Por lo tanto, las ventajas que acarrearon esas realizaciones estuvieron relacionadas ante todo con el funcionamiento del Estado y con la marcha de las actividades comerciales y empresariales de los europeos, y de algunos africanos relacionados con ellos. Para la población, la *mise en valeur* de las colonias significaba la obligación de pagar los impuestos y la de cumplir las prestaciones de trabajo obligatorio. La administración colonial, con sus disposiciones respecto de la disciplina de trabajo –que, sin embargo, no comprendían la facultad de imponer el trabajo forzado– se convirtió en la principal proveedora de mano de obra para los sectores público y empresarial. Se dejó que los sistemas tradicionales que empleaban formas de esclavitud y servidumbre funcionaran sin excesivas interferencias, pese a que la ley prohibía esas prácticas.

La legislación francesa no permitía el trabajo forzado, pero cada administración podía decretar formas de prestación obligatorias para trabajos considerados de utilidad pública, como el oficio de porteador, considerado durante mucho tiempo la única modalidad posible de transporte de mercaderías, o como la construcción de caminos, líneas férreas, puertos y otras obras de infraestructura pública, e incluso para las periódicas tareas de mantenimiento de las obras de saneamiento hidráulico en períodos de gran necesidad, en áreas que debían ser puestas en producción. Para ciertos territorios más que para otros –y ese fue el caso de Guinea en el África occidental, y de Ubangui-Chari en la ecuatorial–, y en determinados períodos, sobre todo durante las dos guerras, como medio de contribuir con el esfuerzo bélico, esas obligaciones llegaron a representar una carga de más de tres meses de trabajo adulto por año, sin excluir a las mujeres. Se trataba, por otra parte, de trabajo subremunerado.

En el período entre las dos guerras mundiales, cuando la renovación de los sistemas de explotación por medio de la realización de obras de infraestructura en gran escala requirió incrementar los recursos financieros internos, todas las comunidades campesinas se vieron afectadas por el aumento de la tributación. En Alto Volta, Sudán Francés

(actual Mali) y Níger se pusieron en ejecución programas de extensión de cultivos, específicamente algodón, por medio de trabajo obligatorio en los *champs du commandant*, vale decir, en terrenos del gobierno. Los cultivos obligatorios se difundieron en el período de la guerra, para contribuir al esfuerzo bélico.

Sólo en los años Treinta el Frente Popular gobernante en Francia autorizará la creación de sindicatos en las colonias, para adecuarse a lo recomendado por la Oficina Internacional del Trabajo contra las prácticas de trabajo forzado; y únicamente como consecuencia de las disposiciones de la Constitución de 1946 pudieron por fin aprobarse reglamentos sobre actividades laborales que podían considerarse equivalentes *de jure* a los que estaban en vigencia en Francia.

La sujeción de los sistemas tradicionales de poder, su disolución o su manipulación; la difusión de cultivos comerciales en las áreas litorales y de selvas (preponderantemente maní, cacao, café, bananas, aceite de palma, caucho), con la consiguiente mayor dependencia del mercado mundial y, según los sucesivos ciclos económicos, con riqueza para algunos sectores y crisis para otros; la marginación de las regiones reputadas "inútiles", fueron todos fenómenos que provocaron verdaderos éxodos. Los mossi marchaban a la Costa de Marfil y la Costa de Oro. Los yoruba de Dahomey iban a la región productora de cacao, de cultura también yoruba, en Nigeria occidental. Desde Mali, Níger, Chad, las corrientes migratorias se dirigían al Senegal, a Guinea, Togo, Nigeria, Camerún. Desde el interior del África ecuatorial los migrantes iban a la medialuna fértil de Camerún y a las regiones productoras de maderas finas, hierro y oro de Gabón y del Congo.

El uso de métodos disciplinarios manejados por jefes carentes de legitimación, y el aumento de las exacciones fiscales con empleo de métodos represivos se revelaron contraproducentes. Las poblaciones se sublevaban, huían en masa, se negaban a colaborar. El período de la primera guerra mundial fue de intensa agitación y rebelión en todas las colonias, como demostración de la extrema fragilidad de la penetración colonial real.

Concluida la guerra fue elaborada una nueva línea de conducta administrativa. En cada ámbito territorial la administración colonial debía identificar a aquellos jefes que contaban con alguna legitimación tradicional, y procurar reforzar su poder. Se instituyeron consejos de notables indígenas, con poderes consultivos, que asesoraban a la autoridad del *cercle* (de la *région* en el África Ecuatorial Francesa). En un principio los miembros de esos consejos eran designados, pero en 1925 se instituyeron colegios electorales indígenas que elegirían a los miembros africanos de los consejos de administración de cada colonia y, en el nivel federal, al propio Consejo de Gobierno. Fueron reconoci-

das las prerrogativas y la responsabilidad de los jefes, siempre que se mostraran dispuestos a ejercer sus funciones dentro de un sistema de subordinación. En los años Treinta, cuando la crisis económica afecte con todo su peso a las poblaciones africanas, y el pago de la contribución obligatoria signifique, en las regiones más pobres, que familias enteras deberán venderse en esclavitud a los ricos productores, llegará a su madurez la definitiva ruptura entre las empobrecidas poblaciones y los jefes indígenas, que habían venido haciendo uso de su posición, más que nada, para acumular riquezas y no para redistribuirlas[103].

El valerse de las actividades públicas para acumular bienes personales, por fuera de los circuitos de circulación y redistribución consagrados por las jerarquías tradicionales, es una práctica que se difunde con la introducción de privilegios que permitían a los notables controlar tierras y fuerza de trabajo, y apropiarse de las ganancias explotando a sus propios súbditos. El llamado "patrimonialismo"[104] no es una patología del orden tradicional. Por el contrario, se origina fuera y en contra de los sistemas de responsabilidad mutua, y de los de redistribución entre los miembros de una comunidad, en función de las jerarquías entre familias, linajes, clases de edad y sexos, de las eventuales ventajas que se obtengan. Y sin embargo las reformas que reagrupaban a los jefes de cantón dentro de subdivisiones geográficas más amplias favorecieron un fenómeno que la historia política posterior no nos permite subestimar: la toma de conciencia de problemas e identidades compartidos, y de comunes intereses dentro de cada entidad administrativa. Sobre las elaboraciones administrativas se modelan nuevas identidades étnicas, que en los años Cincuenta, cuando se autorice la celebración de elecciones en el nivel local y en los territorios se convertirán en actores importantes de la organización del consenso para la formación de partidos políticos.

Con las transformaciones sociales sucedidas a partir de los años Treinta, el escenario político se caracterizó por los conflictos entre distintas aristocracias, y entre las aristocracias y los "hombres nuevos". Estos eran el producto de procesos de educación superior, por cierto limitados, y del desarrollo igualmente limitado, en niveles locales, de una clase empresaria tanto productora como comercial. Eran también el resultado, y no en último lugar, de los contactos que la emigración

103 H. d'Almeida-Topor, "Crise commerciale et crise du système colonial en Afrique noire" en *Révue Française d'Histoire d'Outre-mer*, número especial, *L'Afrique et la crise de 1930 (1924-1934)*, LXIII, 232-3, 1976, y M. Lakroum, *Le travail inégal. Paysans et salariés sénégalais face à la crise des années 1930*, L'Harmattan, Paris 1983.

104 Otorgamiento de empleos, favores o ventajas económicas por parte de los usufructuarios del poder, con miras a la obtención de apoyo político *[T.]*.

había hecho posibles entre las distintas sociedades, y de ellas con organizaciones sociales, sindicales y políticas más avanzadas en el camino de la emancipación, como lo eran las anglófonas. Los inmigrantes en Nigeria y la Costa de Oro de las dos grandes federaciones, África Occidental Francesa (AOF) y África Ecuatorial Francesa (AEF), ingresaron en organizaciones sindicales y movimientos políticos abiertamente críticos, y ya combativos. Durante el gobierno del Frente Popular se plantearon reivindicaciones radicales, y surgió la posibilidad de expresarse en grupos de estudio, asociaciones y publicaciones. Después, esas manifestaciones pasaron a ser duramente penadas, echando mano incluso a la más despiadada represión. Todavía en la segunda posguerra, y con pocas y tardías excepciones (Guinea Francesa, Níger, Sudán –hoy Mali–, y los duramente reprimidos tumultos de Camerún y Madagascar), las protestas contra el sistema colonial quedaron circunscritas –en sociedades muy politizadas, como las expresadas por la intelectualidad de Dahomey, Togo y el Congo Francés– dentro de proyectos de preservación de la comunión de intereses con Francia.

Lord Hailey (*An African Survey*, 1957), en el libro que sigue siendo la síntesis más exhaustiva de los problemas de reformas que las potencias coloniales debían afrontar en África en vísperas de la descolonización, obsevaba que en los territorios franceses, si se los comparaba con los británicos, no parecía haber en los años Cincuenta una presión tan intensa por la creación de instituciones locales de gobierno[105]. En la AOF, y más todavía en la AEF, las clases medias africanas estaban escasamente estructuradas en comparación con las que se habían desarrollado, sobre todo, en las colonias británicas de África occidental y en Uganda; y no sólo eso, sino que en gran parte habían sido socializadas por el sistema de educación, selectivo y elitista, propio de la doctrina de la *civilization* francesa. Sus reivindicaciones se inscribían en la lógica asimilacionista, que pugnaba por que fuera reconocida su igualdad dentro del ámbito de la civilización y de la comunidad francesa.

Durante la Segunda Guerra Mundial, y también después de ella, la ideología asimilacionista se intensificó en todos los grupos de la Francia Libre. Las colonias, que en parte habían constituido una retaguardia esencial para la resistencia de Francia en su lucha contra los nazis, enseguida de concluida la guerra se convirtieron en el eje de la reconstrucción económica y política de una Francia que se reproponía

105 Lord W. M. Hailey, *An African Survey, Revised 1956. A Study of Problems Arising in Africa South of the Sahara*, Oxford University Press, London 1957. La redacción de este monumental trabajo había sido comenzada bajo la guía de Hailey en 1933, por un grupo de estudio integrado por funcionarios coloniales de alto nivel y patrocinado por el International Anthropological Institute, fundado en 1926, del que Lugard fue el primer presidente.

como potencia mundial. El general de Gaulle remachó la condición de la *assimilation* como fundamento básico de la política francesa en la Conferencia de Brazzaville (1944), en el marco de una solemne promesa de transformar las relaciones de dependencia colonial en vínculos preferenciales de cooperación política, económica y cultural dentro de la "familia francesa". Esa promesa se concretó con la creación de la Union Française, a la cabeza de la cual estaba el propio presidente de la República Francesa. El organismo estaba estructurado en un Alto Consejo de la Unión (*Haut Conseil*) y una Asamblea compuesta por 204 miembros, dotada de poder consultivo. La mitad de los miembros de la Asamblea eran representantes de Francia, y había 40 que eran elegidos por las asambleas territoriales de las dos federaciones africanas. Por otra parte, también se amplió la representación de diputados africanos en la Asamblea Nacional (cámara de diputados) francesa. De los ochenta y tres diputados de ultramar, treinta representaban a Argelia, diez a los que eran considerados departamentos franceses de Ultramar y cuarenta a las dos federaciones, AOF y AEF. Los territorios también contaban con representantes en el Consejo de la República. En cada territorio se instituyeron asambleas territoriales (en la AEF, "asambleas de representantes") dotadas de poderes consultivos. Esas asambleas eran elegidas por un cuerpo electoral más amplio, que sin embargo no comprendía todavía a la totalidad de los súbditos coloniales.

Un ejemplo interesante es el constituido por las reformas de los municipios. Había en Senegal algunas ciudades costeras que por sus antiguos vínculos con Francia gozaban del estatuto de *communes de plein exercice*, lo que significaba que podían elegir a los miembros de su Ayuntamiento, o Consejo Municipal, y al alcalde. Tal era el caso de Gorée y Saint-Louis, que alcanzaron esa condición en 1872, de Rufisque (1880) y de Dakar (1889). En 1920 se instituyeron las *communes mixtes*. Estas eran de primera o de segunda categoría. En las de primera categoría, los miembros de los órganos colegiados municipales eran nombrados por el gobernador de entre una lista de notables; la mitad debían ser franceses, y la otra mitad indígenas. En las comunas de segunda categoría, los notables elegían al órgano colegiado. En 1947 se reorganizó todo el sistema de municipios, en parte por la necesidad de ajustarlo a las disposiciones de la nueva Constitución. Las *communes* pasaron a ser de *moyen exercice*: el órgano colegiado era elegido por sufragio universal, pero era el gobernador quien designaba al alcalde. Está claro, pues, que a pesar de la posterior creación de las asambleas territoriales y la relativa ampliación de los poderes de que estaban in-

vestidas, las autoridades locales siguieron dependiendo del ejecutivo colonial, y continuaron bajo el control de éste[106].

A pesar de la reforma de la ley sobre el trabajo y sobre la función pública, que eliminó las prestaciones de trabajo obligatorio e introdujo cierto grado de paridad con los franceses, las élites africanas asimilacionistas se declararon decepcionadas: ni el Estado francés ni los intereses económicos estaban en condiciones de apoyar una verdadera asimilación, y mucho menos de asumir sus consecuencias financieras. La Constitución francesa de 1946 fue un compromiso entre las tendencias asimilacionistas y las asociacionistas: por un lado consagró la igualdad personal de todos los ciudadanos franceses, metropolitanos y coloniales; por otro, no proclamó el fin del dominio colonial, sino su reformulación, concretada en el proyecto federativo de 1956, la llamada ley-marco Defferre. Esta ley fue promovida por el ministro para la Francia de ultramar, el socialista Gaston Defferre, y en su elaboración participó el líder político más influyente de la Costa de Marfil, Felix Houphouët Boigny, diputado a la Asamblea Nacional de Francia y fundador del principal partido interterritorial de la AOF, el Rassemblement démocratique africain (RDA). La aprobación de la ley modificó toda la estructura colonial, al desmantelar definitivamente el sistema centralizado y reconocer la autonomía de los diferentes territorios que constituían la AOF y la AEF. Los vínculos que unían a Francia con sus colonias se desplazaban ahora de las grandes entidades, AOF y AEF, a las diferentes unidades territoriales.

Muchos y muy influyentes líderes africanos se opusieron a esa reforma, a la que definieron proyecto de "balcanización" de África: una nueva forma del *divide et impera* que permitiría mantener divididas y, por lo tanto, dependientes, no iguales a los franceses, a las poblaciones coloniales. La desilusión sufrida hizo que las corrientes culturales y políticas maduraran en posturas críticas para con las líneas directrices sobre participación de los africanos en la administración, trazadas desde Francia. La reivindicación de la personalidad cultural africana, la negritud (*négritude*), lanzada hacia 1930 por el senegalés Léopold Sédar Senghor y el antillano Aimé Césaire, fue pronto el centro de las discusiones cosmopolitas que en Francia reunían a poetas, escritores y artistas de la diáspora negra. Darían dimensión política a la *négritude* los escritos históricos de Cheikh Anta Diop, que reivindicaban no sólo la añeja originalidad de la civilización africana, sino sobre todo su

106 Para este período, y en especial desde la Conferencia de Brazzaville a la Constituyente y a la ley-marco, cfr., acerca de los movimientos políticos y sociales y el nacimiento de una comunidad francesa "efímera": J. R. de Benoist, *L'Afrique Occidentale Française de 1944 à 1960*, Les Nouvelles Editions Africaines, Dakar 1982.

unidad, y exigían recuperar su primigenia creatividad por medio de la liberación del colonialismo[107]. En la posguerra aumentó notablemente el número de estudiantes universitarios africanos en Francia, activos políticamente. La Federación de Estudiantes de África Negra en Francia, creada en Burdeos en 1950 y heredera de la Asociación de Estudiantes Africanos, formada en la posguerra, congregaba a estudiantes de todos los países francófonos y de tendencias políticas diferentes, desde moderados hasta comunistas.

En el frente económico, los planes de desarrollo de los territorios de ultramar, consecuentes con el plan Monnet, de 1946, permitieron fuertes inversiones en la modernización de la producción agrícola y de las infraestructuras de transporte. Aumentaron la producción de maní en Senegal, y las de café y cacao en Costa de Marfil y Camerún. La explotación de los recursos se desarrolló en notable grado en Gabón, el Congo y Madagascar[108]. Pero a pesar de las inversiones, la situación económica continuó estancada: las colonias seguían siendo territorios de producción de un número limitado de géneros "ultramarinos",[109] y mercado de consumo para ciertos bienes elaborados por industrias que seguían estando concentradas en Francia.

Se profundizó así la división ya existente entre las zonas litorales más desarrolladas y las campañas del interior, entre las regiones selváticas que contaban con ricos cultivos forestales y las sabanas áridas, que generaban no precisamente productos, sino ante todo brazos. El Estado colonial había introducido la instrucción pública, pero limitada y selectiva: la mayor parte de los alfabetizados, los funcionarios, los empleados y los pocos profesionales venían de las áreas urbanas, y de las no urbanas que tenían mejor comunicación con el mercado. El crecimiento acelerado de la población fue acompañado por procesos

107 La palabra *négritude* apareció por primera vez en un poema del antillano A. Césaire, *Cahier d'un retour au pays natal*, publicado en 1938. *Présence africaine*, la primera revista cultural africana importante, dirigida por el escritor e intelectual senegalés Alioune Diop, comienza en 1947 en París, proponiéndose como foro de discusión crítica de las expresiones artísticas y las sociedades africanas. Desde entonces la revista –y la editorial del mismo nombre– ha ejercido fundamental influencia en la difusión de las artes y la cultura africanas. Cfr. asimismo C. Wautier, *L'Afrique des Africains. Inventaire de la négritude*, Seuil, Paris 1972

108 Sobre las reformas de la economía colonial: C. Coquery-Vidrovitch, "Le financement de la mise en valeur coloniale en Afrique noire, 1900-19402 en *Études africaines en l'honneur de H. Brunschwig*, EHESS, Paris 1983, pp. 237-252; J. Marseille, *Empire colonial et capitalisme français. Histoire d'un divorce*, A. Michel, Paris 1984; J. Suret-Canale, *Géographie des capitaux en Afrique noire*, L'Arbre Verdoyant, Paris 1987.

109 En el original, *coloniali*. Ramo del comercio minorista y tipo específico de local de venta de comestibles, donde se despacha café, cacao, especias u otros productos no fácilmente alterables, traídos de fuera de Europa.

de urbanización todavía más intensos, y en las zonas de producción, en particular en las ciudades, surgieron sindicatos de funcionarios y de obreros de los sectores más evolucionados[110]. Hasta las jerarquías católicas y las misiones protestantes empezaron a proclamar abiertamente su apoyo a las legítimas aspiraciones de autonomía.

El vuelco en favor de la concesión de autonomía a los territorios africanos estuvo dictado en gran medida por los problemas que Francia afrontaba en otros ámbitos coloniales: Indochina, donde en 1954 sufrió la derrota de Dien Bien Phu, y Argelia, donde el empleo de todo un cuerpo de ejército no alcanzaba para acabar con la lucha de liberación. La guerra de Argelia ejerció efectos funestos sobre la política francesa, al punto de empujar al país al borde mismo de la guerra civil. Charles de Gaulle, recibido como el salvador de la patria en 1958, concibió un plan global que reestructuraba la presencia francesa en todo el mundo, en los diferentes escenarios. Ese plan preveía para el África subsahariana la formación de una Comunidad francoafricana, entendida como una federación de diferentes territorios en cuya cima se situaría Francia. La Constitución fue sometida en 1958 al tamiz del referéndum en todos los territorios africanos. Los resultados fueron casi plebiscitarios en favor del proyecto, con la excepción de la Guinea Francesa, que fue la única que votó contra la Comunidad; en Níger, la fuerte oposición al proyecto gaullista resultó derrotada por la instrumentalización que se hizo de los vínculos con las autoridades tradicionales.

Tanta unanimidad en favor de la Comunidad estaba dividida en realidad en posiciones muy diferentes. A la cabeza de los países relativamente más prósperos y con mejores perspectivas de desarrollo –los cuales seguían una estrategia de interdependencia de intereses con el patrono francés, a fin de repartirse una porción sustancial del pastel de las inversiones previstas por el plan Monnet– estaba la Costa de Marfil de Houphouët Boigny, defensor de la ley-marco y, por lo tanto, de la atribución de poder a los territorios y el desarrollo de vínculos verticales con Francia. El principal aliado de Boigny en la ex AEF era Leon M'Ba, fundador del Bloc Démocratique Gabonais, integrado en el Rassemblement Démocratique Africain (RDA). M'Ba tenía interés en favorecer la formación de empresas mixtas franco-gabonesas para la explotación de las riquezas del país. El Gabón, rico en maderas y oro, acababa de descubrir importantes yacimientos de petróleo. El senegalés Senghor, en cambio, era federalista, mientras que su mayor aliado –tras la defección de Dahomey y Alto Volta del proyecto de federación primaria entre

110 C. Coquery-Vidrovitch, *Afrique noire. Permanences et ruptures*, L'Harmattan, Paris 1992, II ed. revisada; Id., *Histoire des villes d'Afrique noire, des origines à la colonisation*, A. Michel, Paris 1993.

los territorios de la ex AOF–, Modibo Keita, de Mali, era panafricanista. Otro federalista era Barthélemy Boganda, fundador del *Mouvement pour l'Évolution Social de l'Afrique Noire* (MESAN) en Ubangui-Chari, quien intentó formar una federación entre los cuatro territorios de la ex AEF pero fue derrotado por la oposición del Gabón de M'Ba.

Con la puesta en vigencia de la ley-marco, la clase política del Dahomey se dividió según bases regionales, cada una de las cuales se coaligó con intereses franceses en pugna; el resultado fue la ausencia de una visión y un proyecto de nacionalismo estatual. Por fin en Togo, territorio bajo tutela, el choque se dio entre los defensores de la alianza con Francia y los partidarios de la autonomía plena, sostenida por intereses alemanes.

SENEGAL Y MALI

El Senegal, dada su antigua asociación con Francia, poseía un estatus especial, por lo que ejerció una influencia también especial tanto sobre los líderes políticos africanos como en la opinión pública francesa e internacional. Hacía ya tiempo que los senegaleses venían gozando de una serie restringida de derechos. Desde 1848, los que eran *originaires* de las *quatre communes* (los cuatro municipios) elegían un representante a la Asamblea Nacional, el parlamento que sesionaba en París. Hasta 1914 los elegidos fueron todos blancos, o a lo sumo *créoles*, es decir, mestizos, pero en ese año resultó elegido el primer diputado negro, Blaise Diagne, quien recibió el apoyo de las asociaciones de *évolués*[111], pero sobre todo de la confraternidad islámica murídica (Muridiya). Siempre como fiel aliado de Francia, Diagne dominó la vida política senegalesa hasta los años Treinta[112].

Desde 1879 existía en el Senegal un *Conseil Général* elegido por los habitantes de las *quatre communes* tenían la ciudadania francesa. En 1920 ese cuerpo pasó a llamarse *Conseil colonial* e incluyó a veinte jefes en representación de las distintas regiones senegalesas. Antes de las reformas de los años Cincuenta, este Consejo Colonial constituyó el único foro existente en una colonia en que los africanos tuvieran cuando menos alguna posibilidad de expresar sus posiciones ante la

111 Literalmente, "evolucionados"; africanos muy afrancesados, que rechazaban la cultura tradicional y preferían hablar en francés *[T.]*.

112 Sobre el Senegal, véase el clásico: P. Pelissier, *Paysans du Sénégal,* Fabrègue, Saint-Yriex 1966; G. Wesley Johnson, *Naissance du Sénégal contemporain. Aux origines de la vie politique moderne (1900-1920)*, Karthala, Paris 1991; F. Zuccarelli, *Un parti politique africain: l'Union Progressiste Sénégalaise*, Durant-Auzias, Paris 1970. Sobre Senegal y Mali, J. R. de Benoist, *Le Mali*, l'Harmattan, Paris 1989, y en edición renovada y actualizada a 1992, dotada de estadísticas y de una amplia bibliografía: A. Gaudio, *Le Mali*, Collections Méridiens, Paris 1992.

instancia del gobierno central colonial. Además, hasta la primera guerra mundial el comandante de cada distrito o *cercle* no empleaba la intermediación de las autoridades indígenas, sino que administraba asistido por intérpretes,. Los jefes locales eran tolerados sólo en caso de que mostraran absoluta subordinación a las autoridades coloniales; y aun así, no cumplían papel alguno en la jerarquía administrativa. Después de la guerra, los *cercles* fueron subdivididos en cantones, a la cabeza de los cuales debían ser colocados individuos provenientes de familias que, según la tradición, pudieran reclamar derechos a ejercer el poder. Por lo tanto, el cantón administrativo no correspondía ni a los antiguos reinos ni a las provincias en que dichos reinos se subdividían. Desde luego que para la selección de los jefes tradicionales se tomaba en cuenta la utilidad que dichos jefes podían prestar a la administración colonial. Debían encargarse de recaudar los impuestos y de supervisar el reclutamiento para las prestaciones de trabajo obligatorio; se les otorgaba un salario porcentual, en función de los servicios prestados. El régimen de *indigénat* y el sistema fiscal obligaron a un número creciente de campesinos a abandonar la agricultura de autosubsistencia por las producciones comerciales. El proceso de disgregación del poder tradicional, comenzado ya en el siglo XIX con las *yihad* y la difusión de las confraternidades musulmanas, se vio profundizado por la transformación de los jefes en funcionarios subordinados a la autoridad colonial. En el campo quedó reforzado el poder de los morabitos o ermitaños, y también su autoridad religiosa, mientras que en las ciudades se volvían inflyentes las élites que habían recibido una instrucción francesa, compuestas por funcionarios, docentes, eclesiásticos, comerciantes.

El Senegal, la primera colonia francesa, vino a ser en el período colonial la encrucijada de corrientes inmigratorias provenientes de todos los territorios que integraban el África Occidental Francesa, así como la sede del primero y más importante establecimiento de enseñanza media, la Escuela Normal William Ponty, y de centros nacidos más tarde, como la Escuela de Medicina de Dakar y otros dos establecimientos secundarios, el liceo Faidherbe de Saint Louis y el liceo de Dakar. En esas escuelas se formaron todas las élites intelectuales, los funcionarios, los protagonistas de movimientos culturales, políticos y sindicales que animarían el debate sobre el futuro de las colonias francesas. Dakar era la pequeña París del África occidental –en ella fue creada en 1957 la primera universidad del África francófona–, y lo siguió siendo moralmente, aun cuando en la posguerra el Senegal, productor de maní, fue superado en lo económico por la expansión de los cultivos de cacao y café de la cenicienta de las colonias, la Costa de Marfil.

El Senegal alcanzó la independencia a través de las etapas del estatutosemiautónomo obtenido con la ley-marco y el referéndum de 1958, en el que la propuesta de integrar la Comunidad fue aceptada con más del 97% de los votos. Entre las organizaciones políticas predominaba el Bloc Démocratique Senegalais de Léopold Sédar Senghor, diputado en la Asamblea Nacional en París, sabio urdidor de equilibrios políticos, humanista y poeta, adversario de la balcanización y, por consiguiente, partidario de una "federación primaria" que reuniera a todos los territorios del África Occidental Francesa. Senghor se oponía a la ruptura con Francia porque una separación excesivamente radical en el plano político-jurídico, como la que habia llevado a cabo la Guinea Francesa, era previsible que tendría consecuencias negativas sobre una economía que dependía totalmente de la metrópoli. Aliándose con las autoridades musulmanas, Senghor logró orientar el futuro del país dentro del signo de la continuidad.

En 1959 se constituyó la Federación de Mali. Tras la defección de Dahomey y del Alto Volta, influidos en ello por la oposición de Houphouët Boigny, esta federación quedaba integrada sólo por el Senegal y el antiguo Sudán Francés, que tomó el nombre de Mali. Pero la federación nació muerta, porque los dos territorios que la integraban, aun con su mutua interdependencia, eran demasiado diferentes, como eran diferentes sus respectivos líderes, y las ideologías políticas que seguían.

Mali, antigua sede de orgullosos reinos, islámicos o no, era un territorio saheliano sin acceso al mar, totalmente dependiente de los circuitos comerciales centrados en Senegal. Región de origen de considerables masas de emigrados, durante el período colonial había llegado a ser el pariente pobre del Senegal. El partido mayoritario, Rassemblement Démocratique Africain, contaba con una fuerte base, sobre todo, entre los asalariados más duramente explotados; se inspiraba, pues, en una ideología de redención social, y políticamente se pronunciaba en favor de movimientos revolucionarios de emancipación, como por ejemplo el argelino. Senghor, en cambio, era el representante del compromiso moderado con Francia, y en la política interna procuraba alcanzar un equilibrio entre los impulsos modernizadores y el tradicionalismo musulmán. La ruptura de la Federación, dos meses después de acceder a la independencia en 1960, estaba prevista pero no por eso llegó con menor carga de tensiones. Mientras Senegal perseveraba en su política de estrecha alianza con Francia, a partir de 1961 Mali optó por el no alineamiento.

En ese período histórico de la guerra fría, lleno de tensiones, el ejercicio de la opción no alineada por parte de una colonia significaba, en el concepto de Francia, un intento de disociarse del proyecto de que las antiguas colonias permanecieran dentro de la órbita occidental. Esa

disociación se concretó, en el caso de Mali, en un acuerdo con Ghana y Guinea, los dos países en los que el poder era ejercido por partidos únicos, que proclamaban su adhesión a versiones africanas de socialismo.

COSTA DE MARFIL

En la segunda posguerra la Costa de Marfil dejó su papel de "cenicienta" para convertirse en la "princesita" de las colonias francesas, gracias al éxito obtenido con la producción de cacao y café, principalmente por plantadores indígenas. El país estaba dividido en una región sudoriental completamente ligada con el comercio internacional, en la que las instituciones tradicionales habían pasado rápidamente a ser las depositarias de la nueva riqueza, y un noroeste que había venido empobreciéndose y despoblándose[113]. La nueva élite de plantadores indígenas, funcionarios y comerciantes había llegado a desarrollar algún grado de conciencia territorial sólo después de haber sido duramente castigada por la crisis de 1930. En 1944 se creó, a iniciativa de un jefe de cantón, diplomado de médico en Francia y rico plantador, Felix Houphouët Boigny, una organización autónoma de plantadores africanos (Syndicat Agricole Africain, SAA) que debía ocuparse de reclamar privilegios y subvenciones equivalentes a las que se concedían a los europeos. En 1946 Houphouët Boigny fue uno de los promotores del Rassemblement Démocratique Africain (RDA), partido interterritorial vinculado con el partido comunista francés, el PCF. El nuevo partido se mostró crítico de las reformas constitucionales y económicas de la posguerra, que no recogían los reclamos de total asimilación e igualdad de derechos, sobre todo económicos, entre franceses y africanos. Houphouët tomó la decisión de alejar al RDA de los comunistas y, considerando el generoso flujo de financiación que estaba materializándose en las colonias en provecho de los empresarios agrícolas, comerciales e industriales, se alió con sectores empresariales franceses. Desde 1956, cuando fue electo alcalde de Abiyán, y hasta que murió en 1993 como primer y único presidente de la República, Houphouët Boigny dominó permanentemente la vida política y económica de Costa de Marfil.

GUINEA-CONAKRY

En el referéndum de 1958, el único territorio del África Occidental Francesa que votó contra el ingreso en la Comunidad francesa de naciones fue la Guinea de Sékou Touré. País pobre, en 1958 había llegado

113 S. Amin, *Le développement du capitalisme en Côte d'Ivoire*, Minuit, Paris 1967; J. N. Loucou, *Histoire de la Côte d'Ivoire*, Céda, Abidjan 1984. Sobre los recursos estatuales y la estratificación social, la "*ivorisation*", cfr. la colección de ensayos: Y. A. Fauré, J. F. Médard, *État et bourgeoisie en Côte d'Ivoire,* Karthala, Paris 1982.

a ser la tercera colonia en importancia económica de la AOF, gracias a sus yacimientos de bauxita y hierro[114]. La colonia de Guinea había sido constituida mediante la unión de áreas geográficas y culturales muy dispares: la región de las costas, sobre la que en época precolonial ejercían control numerosos reinos y principados de cultura sousou; el Futa Jalon, un macizo montañoso que ocupa un tercio de la superficie del territorio, y que era centro de un Estado islámico que había extendido su soberanía a varios otros Estados tributarios; la región de la sabana malinke, que en el siglo XIII había sido el núcleo central del imperio de Mali, y en los años Sesenta del siglo XIX era la región desde la cual partiría la conquista de Samori Ture, en defensa de las rutas de intercambio comercial de largas distancias que unían el curso medio del Níger con el área de selvas; las selvas mismas, una zona conocida como "dorsal guineana", que estaba poblada por diferentes etnias guerreras y de agricultores, entre estos últimos los kissi cultivadores de arroz. La larga resistencia de Samori Ture y de las poblaciones con organización descentralizada de la región de las selvas, y la sucesiva dura ocupación militar, dejaron a su paso territorios devastados. La subdivisión geográfica colonial fue especialmente artificial aquí, al incluir poblaciones que no sólo eran distintas sino que, además, estaban integradas en circuitos sociales y económicos por completo diferentes. Las estructuras políticas precoloniales fueron destruidas; sobre la base de una subdivisión territorial que fragmentaba las grandes unidades, se creó un sistema jerarquizado de jefes de aldea y jefes de cantón, elegidos entre los auxiliares de la colonización. Las transacciones comerciales fueron orientadas por la fuerza hacia Conakry, cuando muchas regiones selváticas tenían más cerca el puerto de Freetown o el de Monrovia.

Durante largo tiempo se consideró a Guinea una colonia tan pobre como turbulenta: exportaba caucho de recolección y bananas, producidas en plantaciones controladas por europeos, y para cuya explotación se efectuaban reclutamientos forzosos de mano de obra. Después de la guerra agregó la exportación de ananás y café, cultivados por campesinos africanos. A una limitada producción de oro se agregó el hierro y, sobre todo, importantes yacimientos de bauxita, descubiertos en los años Cuarenta. Pero en vísperas de la independencia la extracción de bauxita era todavía limitada; el café y las bananas seguían representando el 80% de las exportaciones.

El reclutamiento coercitivo de la fuerza de trabajo fue, como se ha dicho, una de las características salientes de la administración

114 A. Arcin, *Histoire de la Guinée française, Rivières du Sud, Fouta-Dialo, région sud du Soudan*, Challamel, Paris 1911; J. Suret-Canale, *La République de Guinée*, Editions Sociales, Paris 1970; C. Rivière, *Mutations Sociales en Guinée*, Rivière, Paris 1971.

colonial en Guinea; se llevaba a cabo mediante *corvées* (prestaciones) obligatorias, con intervención de los jefes y, por consiguiente, a través de métodos consuetudinarios de prestación de trabajo, que incluían el reclutamiento militar. El flujo migratorio que era consecuencia de esta situación se dirigía sobre todo a la baja Guinea, o a las zonas productoras de maní del Senegal; el punto de partida era sobre todo el Futa Jalon.

El movimiento político que llegará a ser mayoritario en el nivel nacional durante los años Cincuenta estaba basado en la organización de una central obrera, que desde su fundación en 1946 adquirió gran popularidad, por su combativa política de reivindicaciones en favor de todos los sectores, *évolués*, campesinos, obreros. El Parti Démocratique de Guinée (PDG) y su líder Sékou Touré, descendiente del héroe de la resistencia contra los franceses, obtuvieron un formidable éxito en las primeras elecciones legislativas de 1956. Con la aplicación de la ley-marco, que Sékou Touré había denunciado como complot colonial orientado a la "balcanización" del África, quedaron eliminados los jefes, reemplazados por alcaldes elegidos. Además, se aumentó el salario mínimo y se bajó el valor de los impuestos. En 1958 Touré y su partido, apoyados en un amplio consenso popular, favorecieron el voto de no ingresar en la Comunidad Francesa, a la que veían como una estructura asimétrica en la que la primacía sería mantenida siempre por Francia. El gobierno francés, con un airado general de Gaulle a la cabeza, castigó con severidad la defección guineana: la interrupción de la ayuda financiera y técnica fue inmediata. Sékou Touré se dirigió entonces a la Unión Soviética, mientras internamente daba inicio a una política de monopolización del poder por medio del partido único, y desautorizaba en forma definitiva cualquier forma de poder o mando de los jefes tradicionales.

Guinea proclamó su independencia en 1958. Tanto esa defección como el fracaso de la efímera Federación de Mali, como el impulso separatista de fuerzas políticas que actuaban dentro de cada territorio, o el ejemplo de las colonias inglesas, llevaron a los demás territorios del AOF a negociar por separado su independencia en los dos años sucesivos.

NÍGER

También Níger pareció a punto de votar "no" en el referéndum. En 1957 ocupaba el poder la Union Démocratique Nigériénne (UDN), partido de tendencias radicales conducido por Djibo Bakary, que era contrario a la Comunidad Francesa. Sin embargo, las elecciones fueron ganadas por el Bloc Nigérién d'Action, de Hamani Diori, vinculado con Francia y

las autoridades tradicionales[115]. El de Níger era un territorio pobrísimo, cubierto de piedras y matorrales, que había sido escenario de guerras de "pacificación" prolongadas hasta los años Veinte. Se veía periódicamente afectado por sequías y hambrunas de intensidad excepcional, y se hallaba aislado y empobrecido por la institución de barreras aduaneras con la Nigeria inglesa, y el consiguiente deterioro de sus comunicaciones comerciales con el sur y las costas. Níger producía sólo maní y unos cuantos productos más de recolección: goma, aceite de ricino, *karité*[116], tanino, carbón de leña. Humillado con la instauración de los *champs du commandant* que hacían obligatorio el cultivo del algodón, fue escenario de la resistencia de los tuareg y de huidas y emigraciones en masa, de la difusión de movimientos mahdistas y, en 1927, del movimiento hawka, organización jerarquizada de resistencia espiritual, que elaboraba rituales y símbolos tomados prestados de la sociedad dominante, y de las funciones que en ella se desarrollaban.

La política colonial francesa en Níger se caracterizó por la constante manipulación de los conflictos entre poblaciones nómadas, los tuareg, y poblaciones sedentarias. Fue una auténtica estrategia de dividir para reinar, compuesta tanto del estímulo a la autonomía de las tribus que hasta entonces dependían de los grandes linajes aristocráticos como de la estrategia de incentivar la sedentarización forzada en *groupements* por entero artificiales, escamoteados a la jurisdicción de los jefes de cantón. El boom de la producción de cacahuetes que siguió a las inversiones francesas no logró reducir la emigración hacia la Costa de Oro, Costa de Marfil y Nigeria. La experiencia surgida de los contactos con los movimientos políticos de las colonias inglesas, más avanzados, fue un factor en modo alguno secundario en la formación de partidos políticos que representaran las aspiraciones de los jóvenes progresistas, por contraposición con los notables y los asimilados, que recibían el apoyo de las autoridades francesas.

La herencia que el colonialismo francés dejó a los Estados independientes es ambigua, por más que todos ellos, con la excepción de

115 F. Fuglestad, *A History of Niger, 1850-1960*, Cambridge University Press, Cambridge 1984; K. Mariko, *L'histoire des Touaregs et leur résistance à la France pendant la période coloniale*, Karthala, Paris 1984; J. P. Olivier de Sardan, *Les Sociétés Songhai-Zarma (Niger-Mali)*, Karthala, Paris 1984.
Del célebre militante sindical e político, exiliado entre 1959 y 1974, encarcelado después durante otros nueve años y hoy presidente de la Union des Forces pour la Démocratie et le Progrès in Niger, léanse las memorias sobre la descolonización: D. Bakary, "*Silence! On decolonize ...*" *Itineraire politique et syndical d'un militant africain*, L'Harmattan, Paris 1992.

116 "Árbol de la manteca", de cuyo fruto se extrae una sustancia grasa que sustituye a la manteca de cacao y es utilizada en cosmética.

Guinea, hayan seguido estrechamente vinculados con la metrópoli, y en dependencia de ella. Esa herencia consiste en la expansión de la economía monetaria, en la construcción de infraestructuras relacionadas con las necesidades y posibilidades de las áreas productivas, en algún impulso en favor de la diversificación agrícola, en unas pocas industrias de sustitución de importaciones y transformación de materias primas, en cierto grado de desarrollo de la atención de salud y la enseñanza, sobre todo en las regiones *útiles* de las colonias privilegiadas –Senegal, Costa de Marfil, Congo-Brazzaville, Camerún, Gabón– y, por fin, en la formación de funcionarios, incluso de elevado nivel. Ninguno de los Estados africanos que alcanzarían la independencia en 1960 poseía dimensión económica suficiente para dejar de depender de la ayuda, las inversiones y las capacidades de la ex metrópoli. El Estado colonial había sido portador de una modernización parcial y ficticia: con la constitución de 1946, los franceses concedían la igualdad jurídica de todos los ciudadanos, y promovían la laicidad del Estado frente a las diferentes confesiones. Sin embargo, la libertad y la igualdad estaban reservadas en la práctica a élites muy restringidas. En todo lo demás Francia promovía, en nombre de la continuidad, las alianzas más conservadoras.

LAS DEPENDENCIAS BRITÁNICAS: *INDIRECT RULE, NATIVE ADMINISTRATION*

"La política colonial es el resultado de la proyección en ultramar de ciertas características y filosofías internas de un país y un sistema", sostenía Lord Hailey en el ya citado *An African Survey*, al referirse al pragmatismo administrativo encarnado en el *indirect rule*, sistema de gobierno y de administración inimitablemente británico.

La diferencia entre el sistema de *indirect rule* británico y las formas de gobierno directo (todos los demás sistemas, incluido el francés), que de todos modos también reconocían a las autoridades tradicionales y mantenían vínculos con ellas, no residía sólo en las formas que revestía la autoridad indígena, ni en el papel que le estaba reservado. El *indirect rule* se derivaba de una concepción totalmente opuesta al ideal universalista; no partía de la premisa de que fuera posible y, por lo tanto, imperativo, actuar para la necesaria e inevitable evolución de todas las sociedades hacia una civilización homogénea. Muy por el contrario, colocaba en primer plano la condición primordial y excluyente de la diversidad de culturas, razas, lenguas e instituciones sociales[117].

117 *The Dual Mandate in British Tropical Africa*, de Lord Lugard, fue publicado en 1922, y enseguida pasó a representar el texto de referencia para la aplicación del *indirect rule* en África. Acerca del arquitecto del sistema de *indirect rule* como *native administration*, cfr. la colección de documentos: A. H. M. Kirk-Greene (ed.), *Lugard and the Amalgamation of Nigeria. A Documentary Record; Report by Sir F. Lugard on the Amalgamation of Northern*

Es así que la dominación colonial británica distinguía categóricamente entre gobierno colonial, que se ocupaba de los problemas generales de gestión de los recursos, y gobierno indígena, basado en los vínculos con *native authorities* (autoridades indígenas o legítimamente tradicionales), y en la formación en cada terrritorio de *native administrations* que debían funcionar por medio de instituciones tradicionales (tribunales, sistemas fiscales). Cada entidad territorial, política, social, debía gobernarse por jefes e instituciones propios, cuya autoridad derivaba de las costumbres, formalizadas a través de códigos culturales también propios. La función del gobierno colonial debía consistir en favorecer acciones y planes de "bienestar" económico y social, valiéndose precisamente de las costumbres, garantizadas en su aplicación por ser confiadas a jefes legítimamente considerados tradicionales.

La noción de *native administration* preveía un considerable grado de libertad de acción para las autoridades indígenas, reconocidas y reestructuradas según las subdivisiones administrativas y las funciones que el gobierno colonial central y los funcionarios locales, los *district commissioners*, consideraban que podrían responder a la exigencia de maximizar el ahorro de fondos y la eficiencia administrativa.

Eran funciones del poder colonial controlar a las *native administrations*, dirigir en caso necesario su reestructuración funcional y prestar asistencia para ello, respetando la coherencia interna y la especificidad cultural de cada una, y procurando preservarlas. En modo alguno se consideraba posible que las civilizaciones indígenas evolucionaran hacia formas de modernización análogas a las que caracterizaban la formación de los Estados-nación europeos.

La colonización británica de muchas regiones del mundo había permitido reunir un diversificado bagaje de experiencia, por lo que el estatus de cualquiera de las dependencias británicas dependía, más que de la teoría legal, de la forma en que se habían estratificado las relaciones, de las negociaciones, de los tratados y las circunstancias

---

and Southern Nigeria and the Administration 1912-1919, together with Supplementary Unpublished Amalgamation Reports and other Relevant Documents, F. Cass, London 1968; y los trabajos de Perham *Lugard: The Years of Adventure*, cit., y *The Years of Authority*, citado.

Una novela, compuesta por un administrador colonial y escritor, J. Cary, *Mr. Johnson*, Penguin, Harmondsworth 1939, nos ofrece la más vívida representación del *indirect rule* en acción.

Cfr., para una visión imperial del *indirect rule*: M. Perham, *Native Administration in Nigeria*, Oxford University Press, London 1962 (I ed. 1939).

Para una discusión comparativa del *indirect rule*, cfr.: A. M. Gentili, *Le radici storiche dello Stato amministrativo dall'indirect rule all'autogoverno (Nigeria e Tanganyika)*, en A. M. Gentili, G. Mizzau, I. Taddia (a cura di), *Africa come storia. Elementi del dibattito sulla natura della transizione nelle società e nei sistemi africani*, F. Angeli, Milano 1980.

históricas de la incorporación de los territorios bajo la forma de colonias y protectorados. Por lo demás, cada dependencia o Estado colonial se componía de unidades my distintas entre sí en dimensiones, población, modalidades por las que se había integrado y sistemas políticos y sociales, a los que se consideraba y se catalogaba jerárquicamente en diferentes estadios de desarrollo.

La tradicional elasticidad del constitucionalismo británico dejaba espacio, pues, a diferentes formas de gobierno de las dependencias. Esas formas pueden ser *grosso modo* reducidas a tres principales, según las características de sus sistemas de poder tradicionales, y de la presencia de colonos blancos (*settlers*). En primer lugar, entonces, es posible distinguir el gobierno de aquellas dependencias en las que existía una comunidad europea importante (Sudáfrica, Rodesia meridional, Kenia), en el que el sistema de las *native administrations* no fue puesto en práctica. Luego se observan gobiernos de dependencias en las que la población indígena predominante se encontraba organizada en sistemas políticos considerados avanzados por su grado de centralización y de jerarquización, que se hallaban dotados de roles burocráticos con especializaciones funcionales (califato di Sokoto, Bornu, reinos de la región yoruba, Asante, Buganda, los estados tsuana, soto y suazi de los llamados "Territorios del Alto Comisionado", *High Commission Territories*[118], los estados lozi y bemba de Rodesia del Norte). Por fin, nos quedan aquellas dependencias en que se consideraba que las sociedades autóctonas carecían de instituciones de gobierno, más allá de ciertas formas elementales de alianza entre linajes y sistemas de parentesco. Lord Lugard, al notar que en la Nigeria unificada eran mayoritarias las poblaciones con sistemas descentralizados y difusos, las definió *backward tribes*. El uso del término *backward*, atrasadas, para designar a sociedades descentralizadas carentes de estatualidad, o de diferenciación entre roles sociales y roles políticos, organizadas en sistemas sociales que estaban basados en relaciones de parentesco o en alianzas de diferentes sectores en comunidades por lo común de reducidas dimensiones, muestra de manera explícita cuáles fueron los criterios teóricos y conceptuales que constituyen el punto de partida del análisis del funcionario británico con cargo de gobernador que sería el forjador de la teoría del *indirect rule*, y de su implantación en el África subsahariana mediante el sistema de *native authorities*.

La fuente de inspiración del sistema de *native administrations* fue para Frederick Lugard (1858-1945) –militar, partidario y promotor de la

118 Estructura de dominación británica en África austral, manejada desde el Cabo. No debe confundirse la dignidad de alto comisionado británico con los cargos de nombre parecido que ocupan funcionarios de las Naciones Unidas *[T.]*.

colonización de Niasalandia, Uganda y Nigeria y, desde 1900, Alto Comisionado Británico en el norte de Nigeria– el califato de Sokoto. Este era un Estado teocrático musulmán, situado precisamente en la Nigeria del norte, que contaba con una bien estructurada organización administrativa, dirigida por emires a cargo de las distintas provincias. En *Dual Mandate in British Tropical Africa* (1926), Lugard admite que, en aquellos lugares donde el poder y la autoridad indígenas no estuvieran centralizados en un soberano y en instituciones bien individualizables sino que, por el contrario, se encontraran repartidos entre entidades diferentes (linajes, clanes, sectores de clanes o linajes, aldeas, clases de edad, asociaciones) su modelo de administración indirecta tendría que ser adaptado, y hasta reelaborado *ex novo*.

Nigeria ofrecía, con la miríada de sociedades diferentes de que estaba compuesta, todas muy diferentes entre sí o unidas por complejas interrelaciones, las más variadas posibilidades de experimentación administrativa. El propio Lugard señalaba que las sociedades centralizadas estaban en minoría respecto de aquellas para las cuales resultaría problemático establecer los límites territoriales y las formas de organización. De todos modos, al instaurar un sistema de *native administrations* el gobierno colonial debía tener como una de sus preocupaciones principales la de individualizar a los jefes legítimos, y asegurarse su colaboración. Sólo cuando no fuera posible establecer la legitimidad de esos jefes debía el propio gobierno colonial constituirse en garante de la tarea de individualizar a hombres eminentes, que pudieran ejercer sus prerrogativas de autoridades indígenas. Cada una de estas autoridades indígenas, y la estructura de las *native administrations* (tribunales, instituciones financieras), deberían ejercer la autoridad según leyes consuetudinarias y en territorios bien definidos, bajo jurisdicción colonial.

Presentaba notables problemas la determinación del criterio a emplear para definir la jurisdicción de las *native administrations* en su aspecto territorial. Los Estados centralizados africanos ejercían un poder y una autoridad de ningún modo homogéneos ni uniformes sobre diferentes territorios, clanes, linajes o aristocracias. Algunas comunidades que habían emigrado vivían dentro de un determinado territorio bajo la jurisdicción de un jefe, pero podían seguir dependiendo tradicionalmente del jefe de su área de origen. Las tierras de familias, clanes, linajes, estaban por lo general dispersas, divididas en territorios que incluso podían hallarse muy alejados entre sí, tanto en las comunidades agrícolas como, con mayor razón, en las pastoriles del Sahel, del Cuerno de África y de las áreas centrales y orientales del continente. En cambio, el sistema de las *native authorities* se basaba en la determinacióna de ámbitos territoriales fijos, dentro de los cuales debían ser reconocidas las principales autoridades indígenas a las que cabía demandar el

control de los recursos y la administración de la ley consuetudinaria. Las comunidades no reconocidas, por haber sido vencidas, por débiles o por hallarse desperdigadas, tenían que ser absorbidas bajo la hegemonía de las más grandes o privilegiadas, o bien pasar a integrarse en entidades territoriales más funcionales a las exigencias administrativas y financieras de la gestión colonial. Las "tribus" sin jefes tenían que arreglárselas para inventarlos, dentro de territorios bien circunscriptos; de lo contrario, corrían el riesgo de perder su autonomía y su identidad misma. Como se ve, ya desde su concepción el sistema contemplaba la creación de autoridades y de ámbitos territoriales que eran total o parcialmente artificiales. La creación o remodelación de autoridades e instituciones indígenas se perfeccionó con la introducción de jerarquías que confirieron la dignidad de *Paramount Chiefs*, jefes superiores, según concepciones de gestión de poder territorial y de centralización de la autoridad que en gran medida no se correspondían con la realidad histórica ni con la concepción que cada sociedad tenía acerca de sí misma, en relación con las demás.

El sistema de *indirect rule*, al elaborar administraciones indígenas así concebidas, no se basaba en la salvaguardia de la legitimidad tradicional. Por el contrario, tomaba como base la simplificación o racionalización de esa legitimidad según códigos culturales coloniales en los distintos ámbitos territoriales, con competencias, jerarquías y modalidades de control de los recursos que en amplia medida eran inventadas. En el África occidental, donde el proceso de estabilización de los Estados coloniales bajo dominio británico no tenía que hacer frente al problema de la presencia de importantes comunidades de europeos, el interés respecto de la expansión colonial era eminentemente estratégico y comercial. En la primera etapa, de preconquista, la estrategia seguida fue la de un mínimo de interferencia con las autoridades políticas indígenas mientras ellas acataran las políticas británicas que reprimían el tráfico de esclavos y se orientaban a la ampliación de las oportunidades comerciales.

Las *multiple dependencies* británicas (integradas, como se ha dicho, por colonias y por protectorados de distintos tipos, y habitadas por súbditos coloniales y protegidos de la Corona) eran administradas por gobernadores generales británicos, que se hallaban a la cabeza de organismos legislativos; sólo en los casos de Nigeria y la Costa de Oro se admitían, desde principios del siglo, dos representantes de las poblaciones indígenas. En el Consejo Legislativo de Sierra Leona se sentaban representantes de los mestizos (*créoles*), pero no de las poblaciones autóctonas del interior.

Al aproximarse la descolonización se hizo evidente que si no la identidad étnica, al menos las formas de organización, de expresión

y de lucha de las entidades étnicas habían sido modeladas sobre las reformas de la administración colonial. El sistema de *native authorities* –por más que pretendiera estar fundado en la legitimidad de los jefes y de los Consejos tradicionales–, en cuanto estructura artificial y dependiente, había producido un cambio fundamental de los sistemas de poder autoritarios, y de su contenido cultural y político. Algunos sistemas indígenas alcanzaron, además de privilegios respecto del control de las tierras, la producción, el trabajo, es decir, de oportunidades para enriquecerse, la posibilidad de predominio y expansión. Otros sistemas, en cambio, vieron negada su etnicidad histórica, con la consiguiente pérdida del control de recursos no solamente culturales sino también, y sobre todo, económicos. Pero además la comunidad étnica o política era reconocida sólo o principalmente en la figura del jefe, con penalización de los grupos acéfalos o descentralizados; muchos de esos grupos se resolvieron a cambiar sus sistemas tradicionales en pro del reconocimiento colonial. Así cosificado, el poder de los jefes tendió a apropiarse prerrogativas de las que antes no disponía, ya que los poderes que ahora manejaba no se derivaban de la legitimación o el control tradicionales, sino de la sanción colonial. Una de las reformas más importantes del sistema de las *native authorities* fue el reconocimiento de consejos legislativos de distintos tipos, destinados sobre todo a ejercer control sobre aquellas tendencias absolutistas de reyes y jefes que mostraran ser disfuncionales a los fines de la administración colonial, como fuentes de permanentes disidencias y conflictos que podían paralizar las actividades administrativas y económicas.

La reconstrucción y el reconocimiento de instituciones tradicionales hasta entonces negadas no fueron una concesión motivada en estudios científicos de asesores de la administración con reputación de etnólogos y antropólogos ilustres. Fueron más bien el resultado de luchas sin cuartel, y si se los dictó fue por razones de oportunidad política y económica, para poder llegar a capas más amplias de la población, y hacer que colaboraran con las políticas de aprovechamiento colonial. En 1947 el secretario de colonias Creech-Jones trazaba las líneas de la primera reforma importante del sistema de *native authorities*, al introducir el principio de la representatividad por medio de elecciones en el nivel local. La reforma contaba con un precedente en los *local councils* de Kenia, pero tal modalidad sólo empezaría a ser aplicada en los demás territorios del África británica en los años Cincuenta. Por primera vez, no eran únicamente las autoridades tradicionales quienes podían formar parte de las instituciones de gobierno local, sino también los miembros electos. Con esto no quedaba minada la concepción tradicional de las sociedades africanas. Tales sociedades, esencialmen-

te tribales y subdivididas en entidades que se autoexcluían, seguían encontrándose determinadas, aun bajo formas políticas modernas, por lealtades familiares y étnico-tribales. Por lo tanto, la apertura a elementos no pertenecientes a las aristocracias tradicionales era entendida como ejercicio de cooptación dentro de los límites de la misma concepción. La rivalidad política entre grupos indígenas sólo era admitida en el marco de las entidades administrativas locales, y siempre y cuando estuviera regulada y legitimada por la tradición.

Las *local authorities* eran consideradas en ámbitos oficiales como una forma de modernización, que para algunos era demasiado cauta y para otros excesivamente apresurada. En los hechos, la posibilidad de elegir, por lo menos en el nivel local, representantes escogidos mediante la organización de elecciones y el juego de los partidos introdujo una dinámica política de carácter oficial allí donde había sido siempre extrainstitucional; y fue esa dinámica la que contribuyó a echar las bases de las organizaciones políticas de tipo moderno, y de sus cuadros dirigentes.

Otras interpretaciones subrayan que la modernización no fue sólo limitada y selectiva, sino además funcional al proyecto de retribalización de las sociedades africanas. Los "hombres nuevos" dependían para ser electos del juego político local y, antes que nada, del consenso de las autoridades tradicionales. Su fuerza contractual, dentro de cada distrito electoral y respecto del centro colonial, dependía de alianzas en el nivel local, vale decir de la acentuación de las diferencias y de la especificidad cultural y los intereses de cada unidad, definida desde afuera y desde adentro como unidad e identidad étnica. La aparición de movimientos y partidos políticos nacionalistas de masas, sobre bases que no eran locales sino que abarcaban el conjunto de un territorio (es decir, multiétnicas, y representantes de los intereses de distintos grupos sociales), fue la excepción y no la regla.

NIGERIA: LABORATORIO DE LAS NATIVE ADMINISTRATIONS

Entre las posesiones británicas del África occidental, la más extensa y poblada era Nigeria. Constituía en sí misma una *multiple dependency*, ya que consistía en la agrupación del "verdadero" territorio colonial (la colonia de Lagos, un vastísimo protectorado) con el Trust Territory del Camerún británico, recibido tras la derrota alemana en la primera guerra mundial. Creación artificial, Nigeria incluía muchas y muy diferentes poblaciones, y una dilatadísima región septentrional que era considerada relativamente homogénea, por estar constituida en gran parte por los emiratos musulmanes del califato de Sokoto. Sin embargo, incluso en el norte eran numerosas todavía las poblaciones no islamizadas y que no formaban parte del Estado de Sokoto.

Hacia el sur, más allá del *middle belt*, cinturón central, poblado por grupos de las más variadas culturas y formas de organización, los predominantes reinos del área lingüística yoruba poseían cierta identidad cultural común, aunque no precisamente homogeneidad política. En el sur se encontraban también el importante Estado histórico de Benin, que la penetración inglesa invadió y destruyó, y la región del delta del Níger, habitada por poblaciones muy diferentes entre sí.

A oriente, en regiones de muy densa demografía, prevalecían numéricamente poblaciones de cultura ibo o igbo, subdivididas en linajes, clanes y comunidades por lo general descentralizadas y acéfalas; una organización social similarmente dispersa caracterizaba a los efik-ibibio. En las costas había ciudades-Estado, auténticas empresas comerciales en etapa de decadencia, a causa de la competencia que les hacían las firmas comerciales monopolistas británicas. En el Camerún, sobre el que Inglaterra ejercía un mandato administrativo tras el descalabro alemán de la primera guerra mundial, pero gobernándolo como parte integrante de Nigeria, existía notable diferencia entre el área septentrional y la meridional, esta última mucho más adelantada en términos económicos.

Con la amalgama de colonia y protectorado en Nigeria, el sistema de *native administrations* fue extendido a todo el país, y como había previsto Lugard debió adaptarse a sociedades muy diferentes de las musulmanas del norte. Lugard había sido muy explícito acerca de que la reforma de la administración colonial tenía que servir para llevar las poblaciones africanas a un nivel más elevado de civilización y progreso, sobre todo por medio del desarrollo de un tipo de comercio que beneficiara a las clases industriales inglesas, con la producción de parte de las materias primas necesarias para la industria y, a la vez, con la absorción de manufacturas inglesas. Desarrollar las colonias significaba instaurar una sabia política de inversiones en infraestructuras, que sería financiada con las ganancias comerciales de cada una de esas realizaciones. La reorganización administrativa apuntaba a obtener la colaboración de las autoridades indígenas y por eso, al menos en Nigeria, en el conjunto de las posesiones de África occidental y en Uganda (pilares fundamentales del sistema de *native administrations*), debía constituir la salvaguardia de los "derechos consuetudinarios" sobre la tierra. Las autoridades indígenas tradicionales, a cuyo cargo estaba la custodia de la distribución de las tierras de cada comunidad, se convirtieron así en las promotoras principales del desarrollo de producciones comerciales. Como sostenía lord Lugard (*Dual Mandate in British Tropical Africa*) las autoridades indígenas no eran autónomas en un sentido político –"las órdenes del gobierno no se transmiten a la población por medio de ellas, sino que emanan de ellas"– ni tampoco desde el punto de vista econó-

mico, ya que sólo podían promover el desarrollo de cultivos que fueran considerados adecuados por los servicios agronómicos coloniales, y se les pagaba según los montos de los impuestos que lograban cobrar. A su vez, esos montos dependían de las dimensiones que cobraran las actividades productivas y comerciales bajo su jurisdicción. Por otra parte, era responsabilidad de las autoridades indígenas controlar a aquellos elementos que podían resultar perturbadores, y si se las consideraba ineficientes era posible destituirlas y reemplazarlas.

En el norte, la instauración de las *native authorities* reforzaba el poder del califa y de sus emires, y dio sanción a la sumisión política de poblaciones incluso no musulmanas a las instituciones islámicas. En el país yoruba, los reyes u *oba* fueron clasificados jerárquicamente: eran reyes de primera clase el *Alafin* de Oyo, el *Oni* de Ife, el *Awujale* de Ijebu y el *Alake* de Abeokuta. De segunda clase eran el *Bale* de Ibandan y unos pocos más; todo el resto era clasificado como de estatus inferior. Las ciudades más pequeñas quedaron subordinadas a las mayores, con las que antes no habían tenido relaciones de dependencia. Al principio, únicamente los *oba* ejercían las funciones de *native authorities*. Sólo más tarde, en los años Treinta, serán reconocidos los diferentes Consejos de jefes integrantes de la estructura esencial de la gestión pública precolonial en todos los reinos yoruba.

El sistema de autoridades indígenas contribuyó a cambiar sustancialmente los sistemas tradicionales de poder y autoridad. El poder de los *oba*, que en la tradición había sido más afín a un poder constitucional, se transformó en autocrático. La expansión de la producción de cacao favoreció fundamentalmente a los jefes, sus socios y sus dependientes, que disponían de los privilegios que la administración colonial había concedido a los jefes para la distribución de las tierras productivas y el reclutamiento de fuerza de trabajo.

En cuanto a las poblaciones en las que el gobierno colonial no lograba identificar tribus ni jefes, fueron organizadas territorialmente bajo el poder de *warrant chiefs*, que fueron funcionarios coloniales y como tales actuaron, sin ninguna clase de legitimidad tradicional.

Durante todo el período colonial, la cuestión del control de las tierras fue por todas partes, sobre todo en las regiones en las que el valor comercial de la tierra crecía con la ampliación de los cultivos de exportación, el asunto más controvertido. Al principio, los intentos de incluir más tierras dentro del dominio público despertó durísima resistencia. Después, el desarrollo de cultivos para exportación por medio de la producción campesina dio lugar a procesos de acumulación de derechos de usufructo de las tierras por los grupos e individuos mejor posicionados en el sistema (las *native authorities*, sus familiares y protegidos), mien-

tras paralelamente crecía el fenómeno de la pobreza rural. La administración colonial se vio envuelta en innumerables y espinosos conflictos por el control de las tierras. Tales conflictos poseían fuertes connotaciones políticas porque venía a ser motivo de discusión la legitimidad de autoridades tradicionales que se valían de su posición, más que nada, para favorecer sus propios intereses, y no para garantizar los derechos de la colectividad. Las razones de la exacerbación de la conflictualidad acerca del control de la tierra y de la fuerza de trabajo se vinculan con el valor comercial que adquirieron tanto la tierra como la mano de obra, que ahora eran factores de producción de riqueza que se hallaban fuera de los sistemas tradicionales de colaboración. El crecimiento demográfico, a partir de los años Veinte, puso en evidencia la acumulación de tierras productivas en las manos de los más influyentes y ricos, y el fenómeno en aumento de los "sin tierra". El fenómeno no asumió las proporciones que tenía en los territorios de radicación de europeos, donde se registraron expropiaciones de grandes extensiones de los mejores terrenos, pero igualmente fue causa de desestructuración social.

Jefes o Consejos tradicionales, responsables de la recaudación de impuestos y tasas y del reclutamiento de la fuerza de trabajo, recompensados con salarios provenientes de *native treasuries*, de los fondos de los nativos, y con la concesión de privilegios que consistían, precisamente, en el acceso a las tierras y a la fuerza de trabajo, al enriquecerse personalmente perdieron su función tradicional de responsables y garantes del bienestar de las poblaciones que les estaban confiadas. En el vocabulariao colonial británico, *supervisar la buena marcha del bienestar de la población* significaba incentivar activamente la producción según lo dispuesto por el gobierno colonial en las áreas preestablecidas, proporcionar fuerza de trabajo para la construcción de caminos y edificios públicos y para otras actividades y, por fin, aunque no menos importante, controlar que fueran pagados los impuestos, y que se cumplieran las órdenes superiores sobre trabajo obligatorio, expropiación de bienes, servicios de índole militar.

El sistema de *native authorities* ha sido definido eficazmente un sistema di *administocracy*[119]. Un observador oficial encargado de la elaboración de proyectos de reforma, como lord Hailey (*An African Survey*), reconocía en los años Cincuenta que el sistema no había funcionado como estaba previsto que lo hiciera:

> Quienes primero desarrollaron el sistema en la Nigeria del norte esperaban que las instituciones tradicionales de las que se servían pudieran ser transformadas en una serie de admi-

119 I. F. Nicholson, *The Administration of Nigeria 1900-1960, Men, Methods and Myths*, Clarendon Press, Oxford 1969.

> nistraciones indígenas que eventualmente llegaran a constituir el gobierno del país bajo la guía y el control británicos. Estaban seguros de que África sacaría más provecho de un desarrollo de ese tipo que de una administración que estuviera basada en formas de gobierno representativo moderno.

Otros administradores coloniales sostenían que las *native administrations* habían procurado resucitar un orden antiguo, el tribal, pues la esencia del *indirect rule* así administrado había sido el tribalismo y, en consecuencia, el atraso, y no el estímulo al desarrollo social y político. El mismo concepto había sido expresado ya varias décadas antes, en los comienzos de nuestra historia, pero por africanos. En 1919, al saludar con alivio el alejamiento del primer gobernador de Nigeria, lord Lugard, el padre del *indirect rule*, el "Lagos Weekly Record" definía a la *native administration* "un sistema de ignorancia, temor y terrorismo militar, de separación racial, de conservación de autoridades retrógradas contra los indígenas instruidos".

Los africanos instruidos interpretaban el rechazo y el descontento de quienes ya entonces no se identificaban con las autoridades indígenas. Cada vez más numerosos en el período entre las dos guerras mundiales, para la administración colonial británica eran los aborrecidos *commoners*, los "jóvenes", los hombres sin estatus tradicional, el destribalizado producto de la educación en las misiones, unos virtuales subversivos a los que era preciso tener bajo control.

¿Por qué denunciar al *indirect rule* como sistema de retribalización del África? En el norte de Nigeria el *indirect rule* británico había sido instrumento de la consolidación del poder de los emiratos musulmanes, y la oposición a él se expresaba por medio de disidencias religiosas. En el primer período colonial había habido fenómenos de mahdismo, como expresión de rebelión contra el poder musulmán institucional, por parte de sectores marginados de la alianza de éste con la administración colonial, y que luego se habían reorganizado contra los abusos de poder. En Yorubaland, el desarrollo de una rica economía de exportación de cacao había consolidado las fortunas de algunas familias de plantadores latifundistas, entre los que se contaban jefes de gran autoridad. Según un censo de los años Cincuenta, sobre 686 familias de la región centro-occidental productora de cacao, el 2% poseía el 20% de la tierra, y el 55% apenas tenía el 19%. El monopolio comercial de algunas compañías había contribuido a expulsar del sector productivo a los campesinos menos competitivos[120]. Por fin, en las regiones orien-

120 R. Galletti, K. D. S. Baldwin, I. O. Dina, *Nigerian Cocoa Farmers*, Oxford University Press, London 1956; S. S. Berry, *Cocoa, Customs and Socio-economic Change in Western Nigeria*, Oxford University Press, Oxford 1975; e Id., *Farmers Work for Their Sons*, University of California Press, Berkeley 1985.

tales la imposición de jefes a sociedades que tradicionalmente no los habían tenido había constituido un abuso y al mismo tiempo había creado nuevas redes de intereses y de relaciones clientelares, que unían a *warrant chiefs*, comerciantes y funcionarios en un contexto de arraigo étnico, tribal, local.

La riqueza y la acción misional permitieron una notable difusión de la instrucción entre los empresarios agrícolas y los comerciantes en buena posición. No obstante, gran parte de la población seguía estando compuesta por campesinos pequeños o medianos, que fueron los primeros en sufrir los efectos de las crisis económicas, y que no tenían medios fijos para invertir en mejoras productivas ni en la educación de sus hijos. En el período entre las dos guerras aumentó el fenómeno de los "sin tierra", campesinos que no poseían más recursos que una agricultura de subsistencia pobre e insegura, y que por esa causa debían ofrecerse como braceros en los establecimientos de los campesinos productores, o emigrar a las zonas urbanas en procura de empleo. La región productora de cacao, la occidental, y las ciudades costeras con sus puertos y comercios, atraían un número creciente de emigrantes de las regiones más pobres del norte y de los otros países menos ricos de esa zona de África. En la región oriental, el desarrollo de la producción y del comercio, unidos a la propagación de la instrucción por los misioneros, contribuyeron a la formación de una élite instruida, preponderantemente ibo pero no sólo de ese origen. El Estado colonial, y después el independiente, usarán como auxiliares a los escolarizados, por lo que al fin los ibo y los yoruba tendrán el monopolio de los puestos administrativos accesibles a los indígenas. Poder y autoridad dependían cada vez más de criterios tales como la riqueza y la instrucción.

Será la crisis económica de los años Treinta la que revele los límites de un sistema colonial que no puede ni desea dar garantías a sus súbditos. La ilusión del paternalismo benigno se esfuma, y desde ese momento se abre la posibilidad de formar alianzas entre los hombres nuevos y los hombres "tribales", entre la ciudad y el campo, emtre líderes que desarrollan un discurso moderno de emancipación y líderes tradicionales. En el ámbito francófono tiene mucha difusión el concepto de la emancipación cultural de los negros (la *négritude*), pero en las colonias inglesas el discurso se formula más concretamente en relación con los derechos políticos y civiles, según la antigua fórmula revolucionaria de que no puede percibirse un impuesto sin que exista representación (*no taxation without representation*). El giro definitivo se produce con una disposición de 1940, la Colonial Development and Welfare Act, que reconoce como fin de la administración colonial el estímulo al adelanto económico y social, con el fin de ofrecer las bases esenciales para el autogobierno político. La extensión a las colonias

de la política del *welfare state* debía servir esencialmente para obtener apoyo público al capital privado inglés poco competitivo. Y la transformación de las autoridades indígenas, de *native* en *local authorities*, en parte por medio de elecciones, es fundamental para cooptar a los hombres nuevos, para controlar los procesos de transformación y así aumentar la capacidad de la burocracia para cumplir con los objetivos económicos de reactivación de las actividades económicas.

La reforma de los gobiernos locales se inspira en la creación de autonomías locales en la India, llevada a cabo entre las dos guerras; estrategia de carácter conciliador que había sido adoptada con el fin de posponer la concesión del autogobierno. El texto constitucional nigeriano, conocido como la Constitución Richards, promulgado en 1946, se basaba en el principio de la democratización de las *native authorities*. Con la introducción, si bien parcial, de elecciones en los niveles locales, esas autoridades nativas estarán representadas en tres Consejos regionales y en el Consejo Legislativo. Los Consejos pasan a ser dominados por las *native authorities*, y por aquellos de sus miembros que habían sido designados por ellas.

Apasionadamente resistida por las fuerzas políticas, la Constitución Richards fue reemplazada, tras varios intentos, por una constitución federal, que se promulgó en 1954. Establecía el mandato de un gobernador general, con vicegobernadores en las tres regiones en que se dividía el país (Norte, Sudeste y Sudoeste) y elecciones mediante sufragio universal. En el Norte, sólo los varones podían votar y ser elegidos. No era todavía la independencia, sino una diarquía que consagraba la supremacía del gobierno colonial. En la región Norte, la *Northern House of Assembly* y todas las *local administrations* fueron monopolizadas por autoridades que respondían al *establishment* musulmán: las del Northern People Congress (NPC), partido de las élites musulmanas fulani, dirigido por el *Sardauna* de Sokoto, sir Ahmadu Bello, heredero del sultán. En Yorubaland, el rey y los jefes gobernaban asistidos por Consejos que en parte eran elegidos, y a los que dominaban completamente. En esta rica región de producción de cacao son precisamente los jefes quienes han obtenido las mayores ventajas, con la administración de un poder tradicional reforzado por el éxito económico y por medio de la alianza con las élites instruidas a través del Action Group (AG), el partido de las autoridades tradicionales, de los ricos productores de cacao y de los profesionales. Al este, el partido principal es el NCNC, National Council of Nigeria and the Cameroons (después llamado Citizens), que tenía como su base principal a los jóvenes instruidos urbanizados, y a los funcionarios que precisamente por su experiencia como tales tenían una visión nacional y nacionalista, no ya exclusivamente regional. El NCNC, decidido adversario de la Constitución Richards y de la división

federal, representaba en todo el país a los sectores intelectuales, de funcionarios y de profesionales que en el Estado unitario veían la única posibilidad de emancipación y crecimiento. Se trataba de una élite menos condicionada por vínculos con las autoridades tradicionales, como era el caso de Yorubaland, área en la que el desarrollo económico y los progresos de la instrucción habían tenido lugar en gran medida en el interior. En el norte, el monopolio de la élite del *establishment* musulmán, la relativa carencia de recursos económicos y el hecho de que dichos recursos estuvieran bajo el control de unas cuantas grandes familias –las mismas que monopolizaban el acceso a la instrucción superior, ya que la masa de la población, a causa de la ausencia de misiones, era analfabeta– habían permitido mantener el poder bajo el control de una clase conservadora e intensamente legitimada además por la adhesión al islam de la mayoría de la población.

Las reformas de la última etapa colonial son negociadas entre la alianza de las autoridades tradicionales, modernizadas por haber sido cooptados sus integrantes dentro del sistema productivo y comercial colonial, y la élite de instruidos, funcionarios y profesionales. Ello implica la creación de un bloque de poder que la independencia revelará muy frágil a partir de 1960, con el estallido de la guerra de Biafra; frágil por el desequilibrio regional que caracteriza a la federación, y por la disparidad de bases sociales y de intereses de los partidos regionales, y también por la marginación de gran parte de la población, que con el impulso dado al desarrollo había perdido sus recursos tradicionales. El descubrimiento de riqueza petrolífera en la región del delta del Níger será sólo el detonador de una situación ya explosiva[121].

INDIRECT RULE EN UGANDA: LA CONSTRUCCIÓN DE LA SUPREMACÍA BAGANDA

Completado el sometimiento de Bunioro y de las poblaciones del norte, Uganda quedó formada por medio de diferentes acuerdos entre el gobierno imperial británico y sociedades organizadas en estructuras centralizadas (Buganda, Bunioro, Ankole, Toro) y la sujeción a la administración directa británica de las regiones de Lango, Acholi, Madi, Nilo Occidental, Bukedi, Bugisu, Busoga, Teso, Karamoja, Sebei, Kigezi, caracterizadas por sus estructuras sociales y políticas en gran medida descentralizadas. En 1900, con el llamado acuerdo de Buganda (*Buganda Agreement*, una negociación entre la oligarquía baganda y el repre-

121 M. Crowder, *The Story of Nigeria*, Faber and Faber, London 1978, IV ed.; R. Olufemi Ekundare, *An Economic History of Nigeria 1860-1960*, Methuen, London 1973. Sobre la formación de los partidos: R. L. Sklar, *Nigerian Political Parties: Power in an Emergent African Nation*, Nok, New York, Lagos 1983 (nueva edición).

sentante de la Corona británica), quedó reconocida una especificidad de Buganda, y la superioridad de su modelo administrativo –el *kiganda model*– que debería ser imitado o trasplantado en el resto del país[122]. El acuerdo daba carácter formal al reconocimiento de los cambios introducidos en la estructura política de Buganda durante el proceso de su incorporación al imperio británico y, por consiguiente, al surgimiento de nuevos jefes vinculados con las dos formas de fe cristiana, la católica y la protestante. Mientras tanto el *Kabaka*, por esa época un infante, habiendo perdido todo poder efectivo permanecía como un soberano ritual, en tanto que los jefes de los clanes tradicionales quedaban reducidos a posiciones subordinadas. Es así que el poder colonial y la oligarquía baganda que dominaba el *Lukiko*, Consejo Real que desde entonces se convierte en la sede del poder efectivo, definirán el futuro del territorio sobre la base de recíprocos intereses. El acuerdo significó la creación de una relación especial entre los ingleses y el reino de Buganda y, en consecuencia, la estructuración de un sistema de *indirect rule* que legitimaba, bajo protección colonial, una relación desigual entre Buganda y los demás tipos de organización (entidades, reinos, sociedades) que constituían la colonia de Uganda. Los reinos de Ankole y Toro poseyeron estatus autonómicos, aunque con mayor interferencia inglesa que en Buganda. El reino de Bunioro fue castigado por su resistencia y tratado como tierra de conquista, con la asignación a Buganda de extensos y populosos territorios al sur y al este de Kafu, desde entonces conocidos como *lost countries*, las comarcas perdidas. Sólo en los años Treinta alcanzaría Bunioro el mismo es-

---

122 M. S. M. Kiwanuka, *A History of Buganda: From the Foundation of the Kingdom to 1900*, Africana Publishing Corp., New York 1972, es la obra de un autor baganda, tiene una extensa sección sobre la influencia del cristianismo y hace amplio uso de fuentes no escritas. Como historias generales: K. Ingham, *The Making of Modern Uganda*, Allen & Unwin, London 1958; D. A. Low, R. C. Pratt, *Buganda and British Overrule*, Oxford University Press, London 1960. Sobre los aspectos de transformación económica ý social: M. Mamdani, *Politics and Class Formation in Uganda*, Heinemann, London 1977; H. B. Hansen, *Mission, Church and State in a Colonial Setting, Uganda 1890-c.1925,* Heinemann, London 1984. S. R. Karugire, *A Political History of Uganda*, Heinemann, Nairobi 1980, es la primera historia general escrita por un ugandés, con un análisis muy crítico del período colonial; en apéndice, documentos sobre las "comarcas perdidas" (*lost countries*) de Bunioro. Para una auténtica *summa* de historia política de Uganda: T. V. Sathyamurthy, *The Political Development of Uganda 1900-1986*, Gower, Aldershot 1986.

Para un análisis comparativo de la historia económica de la región: R. M. A. van Zwanenberg, A. King, *An Economic History of Kenya and Uganda 1800-1970*, Hans Zell, Oxford 1976. Sobre la formación de partidos políticos en el norte: C. Gertzel, *Party and Locality in Northern Uganda 1945-1962*, Athlone Press, London 1974. De la misma autora, una excelente bibliografía, *Uganda. An annotated Bibliography of Source Materials*, Hans Zell, London 1991, que en lo específico privilegia el período de 1971 a 1988. Para un examen comparativo de los efectos de la colonización en África oriental: E. A. Brett, *Colonialism and Underdevelopment in East Africa*, Heinemann, London 1973.

tatus de los demás reinos, y recién en 1964, después de la independencia de Uganda, la devolución de parte de los territorios perdidos.

La región de Busoga, el cuadrilátero delimitado por el Nilo, el lago Kyoga, el lago Victoria y su afluente el río Mpologoma, habitado por distintas poblaciones, llegó a saer en época colonial una de las más ricas áreas de producción comercial. Fue la instauración de una *native administration* la que hizo de esa conjunción étnica tan diversa un principado único, a la cabeza del cual se situaba un *Kyabazinga*, investido de una autoridad que no dependía tanto de la tradición como del sistema administrativo colonial.

En la amplísima región septentrional existían diferentes comunidades acéfalas, de límites imprecisos. Para la constitución de *native administrations* se optó por adoptar allí un criterio distinto del de identificar las entidades políticas precoloniales, aun con oportunas modificaciones, y distinto también del de determinar un ámbito territorial específico en el que amalgamar principados y poblaciones diferentes, como en el caso de Busoga. El criterio administrativo por el que se optó fue el de identificar los límites lingüístico-culturales, definidos con la ayuda de "expertos" baganda, es decir con el criterio de la potencia expansionista de la región, que a lo largo del tiempo había elaborado una concepción propia de las divisiones existentes, más relacionada con sus propósitos expansivos que con la realidad significativa para las poblaciones que eran objeto de esa operación. El criterio lingüíistico de la división entre nilóticos, sudaneses y nilótico-camitas fue conjugado con el criterio de la eficacia administrativa, que requería la creación de unidades territoriales y administrativas de dimensiones equilibradas. En Uganda, ese fue el mayor laboratorio de auténtica invención de entidades étnicas y tribales; el proceso se cumplió a través de la identificación de entidades –exigida a los funcionarios baganda, que representaban al poder imperial precolonial y al poder inglés– por medio de criterios lingüísticos que no tenían en cuenta las adscripciones históricas y políticas ni las redes de relaciones determinadas por los intercambios comerciales, y reagrupando a continuación estas diversas comunidades dentro de divisiones administrativas artificiales. Los acholi eran en origen tres diferentes grupos de origen luo –payira, patiko y padibe–; los bagisu tienen origen en los bapopo, banzogo, bakonde y bosia, unidos a los sebei; los bakedi (nombre que en lengua liganda significa literalmente "hombres desnudos") eran de variadísima proveniencia y cultura, bantú, nilóticos, nilo-camitas, camitas. Estas nuevas identidades étnicas propiciadas en bien de la eficiencia administrativa serán a continuación reforzadas por la acción de las misiones, y por la enseñanza de las lenguas tribales.

El *indirect rule* fue ejercido, pues, por medio de la imposición, sobre unidades territoriales por completo nuevas y étnicamente heterogéneas, de jefes que provenían de otras entidades políticas, a las que las poblaciones consideraban tan extranjeras como a los mismos europeos. El empleo de los baganda como administradores provocó creciente hostilidad, pero también la conciencia de que la autoridad colonial sólo podría ser inducida a conceder ese tipo de privilegios mediante la organización dentro de los propios límites administrativos impuestos, y mediante la demostración de unidad y coherencia cultural.

En el proceso de consolidación primero de tribus y después de partidos homogéneos respecto de estas identidades étnico-tribales, ampliadas en función antibaganda, el papel central desempeñado por Buganda en el sistema colonial consistió en ser tanto un polo de atracción como un punto de impulsos centrífugos. Los términos del acuerdo contribuyeron también a alterar la dinámica de competencia dentro del territorio de Buganda, y permitieron a la oligarquía que lo había negociado emplear su poder político para promover la propia riqueza económica. Fueron en efecto los *bakungu*, señores del *Lukiko*, quienes obtuvieron el control sobre la distribución de las tierras y de la fuerza de trabajo, según su propia interpretación del derecho consuetudinario. Enseguida de firmado el *Buganda Agreement* se concedió titularidad sobre vastas extensiones de terreno a mil jefes; en 1926 eran ya diez mil los que tenían plenos derechos de posesión. El sistema llamado *mailo* dividía las tierras entre las posesiones del rey, las de los notables y las que pertenecían al dominio público del gobierno. La Buganda Land Law, sancionada por el *Lukiko* en 1908, prohibía traspasar tierra *mailo* a extranjeros, vale decir, a africanos que no fueran baganda, sin el consentimiento del *Lukiko* y del gobierno colonial.

Pudiendo disponer de las tierras *mailo* se creó un mercado de la tierra, que se podía vender o alquilar dentro de la comunidad baganda. Dicho mercado se desarrolló sobre todo en relación con la ampliación de los cultivos, primero por la exportación de algodón y luego por la de café. Los jefes, verdaderos latifundistas, dominaron la vida política y económica del país hasta por lo menos 1928. Al principio como propietarios ausentes exigían un tributo de quienes les cultivaban las tierras; después, con el desarrollo de los cultivos de algodón, pretendieron un pago en especie, es decir, con un porcentaje del algodón cosechado. Con aprobación del *Lukiko*, por lo demás dominado por los latifundistas, ese porcentaje llegó en los años Veinte a superar los dos tercios de la producción. Semejante explotación de los campesinos, que en el sistema tradicional estaban sometidos a diversos tipos de tributo y de prestaciones de trabajo pero jamás en esa nedida, dio lugar a protestas, rebeliones y peticiones al gobierno colonial.

El algodón había sido introducido en 1903 por iniciativa de la British Cotton Growers Association, y había tenido gran éxito en el sur y en las regiones orientales. El desarrollo de la producción había atraído masas de migrantes del norte y de la región del Toro. Después de los años Veinte la mayor parte de los trabajadores serán banyarwanda salidos de Ruanda para huir del régimen de trabajo forzado y altos impuestos de los belgas. De hecho, en 1948 más de la cuarta parte de la población de Buganda provenía de Ruanda y del Nilo Occidental; los primeros estaban empleados sobre todo en las plantaciones baganda, y los segundos en obras públicas y en plantaciones de azúcar. La organización del movimiento bataka constituyó un desafío a la rapacidad de los latifundistas. Bataka era el nombre de los jefes de clan que tradicionalmente ejercían control sobre la tierra. El movimiento pedía la revisión de los términos del acuerdo de 1900, y la devolución de parte de los derechos sobre la tierra. El gobierno se decidió a escuchar las protestas, sobre todo, cuando se encontró ante un evidente descenso de la productividad. Se aprobó legislación que limitaba la cantidad de producto que el latifundista podía exigir de sus campesinos, y hacía más seguro el arrendamiento de la tierra.

Tras las reformas indicadas tuvo lugar, no solamente en Buganda sino también en Busoga y Bunioro, un notable desarrollo de la producción campesina de café y algodón. El mismo proceso tuvo lugar en Ankole y Toro y, allí donde fue posible, los campesinos fueron liberados de la servidumbre para convertirse en *Crown tenants*. Los impuestos que ellos pagaban iban a engrosar el *native treasury*, de cuyos fondos salía el salario de los jefes. También en el norte, sobre todo en Acholi y Lango, se difundió la producción familiar para el mercado y disminuyó la emigración hacia las áreas más ricas. Con todo, la disparidad entre el norte y el sudeste (región esta última donde se asentaban las ricas producciones de exportación) siguió siendo notable, y queda descrita por el fuerte déficit en infraestructura y servicios y por la baja escolarización que se observan en el norte. Los jóvenes de esta región iban a buscar oportunidades en la emigración, o bien en el servicio militar. Del norte provenía el grueso de las tropas coloniales que con la independencia fueron transferidas al ejército ugandés, una herencia que tendrá considerable peso en la historia política del país.

Aun habiendo perdido poder, el *Kabaka* siguió siendo el símbolo de la unidad y la identidad baganda, sobre todo para las masas de cultivadores más pobres. Por eso, durante todo el período colonial, y según la personalidad que demostrara y las alianzas que concertara, el rey tuvo siempre un rol político de primera importancia. A fines de los años Treinta, el nacionalismo baganda es neotradicional y populista: se vuelve contra los jefes corruptos y desacreditados, contra los europeos

y asiáticos que monopolizan el comercio y la reducida industria algodonera. Los principales antagonismos se desarrollaron esencialmente entre dos grupos: la oligarquía indígena, no exclusivamente baganda, y los grupos intelectuales críticos de los sistemas tradicionales, pero que estaban dispuestos a aliarse con aquellas para obtener apoyo político a sus planes de cambio político y social. En la posguerra, los reinos y los distritos fueron tomados como unidades de base para la reforma de los gobiernos locales, lo que alentó la organización de la dinámica política en el nivel local. Mientras tanto, el gobierno central quedaba firmemente en manos británicas. Los tradicionalistas baganda se atrincheraron en la defensa del *status quo* y de la especificidad baganda, en lo que se convirtió en política separatista caracterizada por acuerdos y conflictos entre las diferentes facciones.

Los intelectuales, profesionales y funcionarios que se consideraban modernizadores se atenían sobre todo a los intereses locales, o bien estaban divididos por filiaciones religiosas. Desde el siglo XIX, la división entre católicos y protestantes y la marginación de los musulmanes seguían formando parte integrante de la dinámica política. Por todo eso, entre tensiones de base regional, étnica y religiosa, ninguno de los partidos que se formaron en los años Cincuenta podía considerarse nacional. El Uganda National Congress (UNC), partido de los intelectuales, fundado en 1952, estaba dominado por personalidades baganda, aun cuando se diferenciara de la política del *Kabaka* y de la aristocracia más influyente. El Democratic Party (DP), creado en 1956, recogía la protesta de los católicos contra el predominio económico y social de los protestantes. Retomado el control de Buganda en 1955, *Kabaka* y *Lukiko* tenían *in mente* una estrategia muy concreta: recuperar la plena autonomía del reino y ampliar, con el aval inglés, su supremacía sobre el resto del país. Por esa razón boicotearon en 1958 las elecciones para el primer Consejo Legislativo y formaron un movimiento, el Uganda National Movement (UNM), que era expresión sólo formalmente moderna del "nacionalismo" baganda. Diez miembros electos del Consejo Legislativo, de los que ninguno era baganda, formaron la Uganda People's Union (UPU).

En 1959 la UPC se escindió entre su componente baganda –que aun sin adherir a los postulados del nacionalismo tradicionalista seguía condicionado por la fuerza de la identidad histórica baganda– y otro componente conducido por Milton Obote, y que integraban sobre todo hombres de las regiones septentrionales. Obote, en unión con la UPU, dio inicio al Uganda People's Congress (UPC), hábil urdimbre de una red sumamente amplia y diversificada de intereses de base local, que se oponía a la supremacía baganda.

A fines de los años Cincuenta la independencia de Uganda no presentaba problemas sino en cuanto a su forma, decidida mediante extenuantes negociaciones entre facciones. El enfrentamiento no se daba por la contraposición entre ideologías movilizadoras de redención nacional, sino sobre la trama de las negociaciones emprendidas para determinar si la supremacía baganda saldría reforzada o debilitada. Estas líneas de armonización y conflicto se dirimían sobre todo en niveles locales, sobre la base de redes de relaciones que habían venido consolidándose a lo largo del tiempo y en las que se hallaban involucrados tanto los representantes de la burocracia, en su mayoría baganda, como los cultivadores ricos y los campesinos (desde siempre en mutua competencia por el control de las tierras productivas, dentro de los límites jurisdiccionales que habían sido impuestos por el sistema de designación de las *native authorities*). Observadas desde afuera, esas contraposiciones eran visualizadas como alineamientos "tribales", a lo sumo matizados por una tradicional rivalidad religiosa, cargada de fuertes influencias de orden político y económico. Justamente el DP era el partido de los católicos, y la UPC el de los protestantes. Y puesto que la organización territorial y la distribución de las diferentes confesiones cristianas sobre el territorio repetía las características de la subdivisión administrativa, la orientación religiosa terminó por reforzar el sentido de identidad étnica de cada comunidad.

En 1960 Buganda pidió, sin obtenerlo, el reconocimiento de su independencia. Contra la victoria del DP en las elecciones al Consejo Legislativo de 1961 se organizó el Kabaka Yekka, o KY ("sólo el *Kabaka*"), partido del rey y de los tradicionalistas, es decir, de los propietarios de tierras y los funcionarios de linaje aristocrático. La alianza entre el Kabaka Yekka y la UPC bajo la garantía protestante fue sólo instrumental, y el compromiso se concretó en la adopción de una Constitución federal que ha sido definida "asimétrica". En ella se establecía que los distritos territoriales y los reinos serían regulados por tres diferentes tipos de relaciones con el gobierno central, sobre la base de criterios de homogeneidad étnica y de unicidad de la autoridad política. En esa Constitución federal se destacaba la posición especial de Buganda, reino al que se permitía mantener *in toto* su sistema de gobierno tradicional, y seleccionar a quienes debían ser enviados al parlamento nacional entre los miembros del *Lukiko*. Así, por más que en la Constitución se declarara formalmente que Uganda estaba integrada por los reinos federados de Ankole, Buganda, Bunioro y Toro y por el territorio de Busoga, con el añadido de los distritos "republicanos", es decir, que no tenían soberano, únicamente Buganda gozaba de un grado sustancial de autonomía. En los demás casos, la autonomía consistía exclusivamente

en el respeto por la posición y el estatus de los gobernantes, porque el verdadero control de los asuntos estaba en manos del gobierno central.

La Constitución no hacía otra cosa que congelar el *status quo* colonial, y no era asimétrica tan solo por el distinto peso de cada una de las unidades que la constituían, sino también por la mescolanza entre conservación de prerrogativas tradicionales y afirmación de principios constitucionales y políticos modernos. La única diferencia era que la intervención británica sería reemplazada por la de una alianza por otra parte debilísima de partidos muy distintos entre sí, y con expectativas diferentes. El Kabaka Yekka no había abandonado sus miras hegemónicas, por otra parte realizables por medio de la supremacía económica de la región baganda. La UPC se conectaba con el discurso ideológico del nacionalismo estatual, pero representando siempre, aunque no en su totalidad, a las poblaciones que rechazaban la supremacía baganda, y que seguían unidas más por motivos instrumentales que por la auténtica elaboración de una plataforma nacional. Las sucesivas etapas de la vida política independiente harán evidentes las trágicas consecuencias de estas contradicciones.

NATIVE ADMINISTRATION Y CONTROL DE LA TIERRA. EL CASO DE LA COSTA DE ORO

En las demás colonias británicas de África occidental, el modelo de las native administrations halló muchas dificultades para su puesta en práctica, ya fuera por la notable fragmentación tribal o por las características de la conquista.

Sierra Leona constaba de una colonia –el municipio de Freetown (1893), en el que la mayoría electa estaba casi enteramente compuesta por miembros de la comunidad créole, mestiza–, y de un protectorado en el que el sistema de native authorities sólo fue introducido en 1932. El origen de la colonia había sido el impulso filantrópico del movimiento antiesclavista británico del siglo XVIII. Había sido transferida a la Corona en 1807, y en 1888 se la declaró dependencia separada, diferenciándola tanto de la Costa de Oro como de Gambia y de la colonia de Lagos. Las tierras interiores de la colonia fueron declaradas protectorado en 1895. En Sierra Leona dominaban los créoles, en su gran mayoría descendientes de esclavos liberados o de poblaciones costeras, relacionadas desde siglos atrás con el comercio atlántico; pero en el interior había muchas poblaciones organizadas en entidades políticas distintas, en parte provenientes de la intensa agitación comercial y guerrera que había convulsionado el alto Níger durante los siglos XVIII y XIX. Los créoles se hallaban profundamente influidos por la educación moderna y por las enseñanzas cristianas, mientras que las poblaciones del interior estaban divididas entre los seguidores de las religiones tradiciona-

les y los musulmanes, ambos con escaso o nulo nivel de integración en el proyecto de dominación política e ideológica de Gran Bretaña123.

Gambia consistía en la colonia de ese nombre, esencialmente la ciudad de Bathurst, que estaba poblada por gentes de orígenes mixtos, que no tenían afinidad con las poblaciones del protectorado, preponderantemente musulmanas. Por lo demás, también estas poblaciones estaban muy mezcladas, por lo que en época colonial ninguno de los distritos en los que se subdividía el territorio se correspondía con fronteras tribales o de clanes. El alto grado de mezcla intertribal había hecho especialmente ardua allí la tarea de individualizar y hacer funcionar las *native authorities*[124].

Recién en 1944, en vísperas de las fundamentales reformas administrativas ya indicadas, fue introducido en la Costa de Oro un verdadero sistema de native administrations. Tras la proclamación del protectorado en 1896, se había hecho uso de todo posible medio para impedir que se reconstituyera el poder del Estado asante: los principales jefes, y el propio Asantene, Ageyman Prempeh I, fueron deportados a las Seychelles. El Asantene permaneció 28 años en obligado exilio, y sólo se le permitió regresar, ya viejo, en 1924, conminado a no hacer uso de su nombre ni mucho menos de su título. Para los británicos, mister Edward Prempeh era un súbdito más. No lo era empero para su pueblo, que le tributó solemne homenaje cuando murió, en mayo de 1931. Pocos años después, en 1935, la administración colonial reconoció a la Confederación asante como fundamento del sistema de native administrations en la región de Kumasi. Fue el comienzo de una verdadera revolución porque mientras tanto, con el éxito de los cultivos de cacao, la tierra que hasta entonces había sido un bien tradicional pasó a tener valor comercial. Los jefes de la confederación se entregaron a un auténtico proceso de "reconquista" de sus derechos de posesión, ocupándose de resucitar precedentes históricos que se remontaban al siglo XIX125.

---

123 C. Fyfe, *A History of Sierra Leone*, Longman, London 1962; A. Wyse, *The Krio of Sierra Leone: An Interpretative History*, Hurst, London 1989.

124 H. A. Gailey, *History of the Gambia*, Routledge and Kegan Paul, London 1964.

125 D. Kimble, *Political History of Ghana*, Oxford University Press, London 1963. Sobre las dimensiones del desarrollo económico: G. Kay (ed.), *The Political Economy of Colonialism in Ghana: A Collection of Documents and Statistics 1900-1960*, Cambridge University Press, Cambridge 1972; K. Nyidevu Awoonor, *Ghana: A Political History from Pre-European to Modern Times*, Sedco, Accra 1990. P. Hill, *Migrant Cocoa Farmers of Southern Ghana*, Cambridge University Press, Cambridge 1963, es el trabajo pionero sobre la expansión y la consolidación del capitalismo rural; J. Dunn, A. Robertson, *Dependence and Opportunity: Political Change in Brong Ahafo*, Cambridge University Press, Cambridge 1973, es un análisis sobre la complejidad de los cambios en los derechos de acceso a los recursos, durante situaciones institucionales y políticas en etapa de transformación. El ensayo

A los territorios del norte, organizados en diferentes reinos, les fue impuesto un sistema de *native administrations* antes que a los asante. En la región costera de la colonia, la administración indígena estaba fundada en subdivisiones territoriales arbitrarias con las que, como también sucedía en otras partes, se pretendía respetar y haber sacado a luz las fronteras y las costumbres de diferentes comunidades tradicionales, cuando lo que en realidad existía eran complejas interrelaciones, difíciles de desenmarañar.

La tan tardía formalización de la práctica de las *native authorities* respondía a la exigencia de controlar una situación que más que ninguna otra en África occidental estaba desplazándose hacia la ruptura de las formas y las prácticas consuetudinarias, dentro de cuyos límites había querido relegar la administración colonial cualquier posible evolución de las sociedades africanas. En efecto, en la Costa de Oro había surgido, de la mano con la difusión de la instrucción y con el desarrollo económico que la producción de cacao hacía posible, una amplia clase de burguesía pequeña y media políticamente organizada, y junto con ella un activo sindicalismo entre los trabajadores industriales y agrarios. Las ideologías que guiaban la oposición al colonialismo se mantenían dentro del discurso reformista. El vuelco se produce en 1949 cuando Kwame Nkrumah, el joven secretario general de la United Gold Coast Convention –el partido de la aristocracia y de las clases medias de plantadores y profesionales, que hacían agitación para obtener el autogobierno–, regresa de su etapa de estudios en los Estados Unidos, donde había recibido la influencia del movimiento panafricanista. Nkrumah se ocupa de organizar una fuerza que se sale de los esquemas del debate constitucional y las reformas administrativas, tal como habían sido encuadrados por la iniciativa colonial. Funda un nuevo partido, el Convention People's Party (CPP), y apela a la creciente pequeña burguesía dotada de ciertos recursos económicos y educativos, y a los trabajadores de las ciudades y de las áreas rurales. Se trata de amplias capas de la población de la Costa de Oro, presentes sobre todo en las zonas costeras y en las centrales dedicadas a la producción de cacao, y mucho menos en el norte subdesarrollado. Las aspiraciones de estos sectores a mejores condiciones de vida y de acceso a los recursos se hallan frenadas tanto por el monopolio ejercido por las autoridades indígenas sobre las *native administrations* como –en los sectores modernos de la economía– por los privilegios concedidos a la consolidada burguesía indígena de plantadores de cacao y profesionales, abogados, médicos, eclesiásticos.

---

de S. S. Berry "Resolving Claims to Land in Colonial Africa", en *Africa (*London), 62, 3, 1992, pp. 327-55, analiza los conflictos suscitados por la competencia por los recursos comercializables.

En todas las regiones adhieren al CPP los *commoners*, los "comunes", junto con los jóvenes, los trabajadores de las minas, industrias, puertos y ferrocarriles, y con ellos también los trabajadores agrarios, de salarios depreciados por la inflación. El aglutinante ideológico es un programa populista de progreso y emancipación social, que tiene en el carismático Nkrumah, con el lema *"Let's conquer first the political kingdom"* ("conquistemos primero el reino de la política"), su inspirador y su guía. Nkrumah sabía bien que el control de la economía y de los recursos del país estaba en manos de los ingleses, de los comerciantes sirios y libaneses y de los plantadores indígenas que producían el principal cultivo comercial destinado a la exportación, el cacao. Pero también sabía muy bien, y lo había visto en acción en Estados Unidos, que las democracias funcionaban sobre la base del principio "un hombre, un voto"; por consiguiente, la "conquista del reino de la política" era entendida como una lucha por obtener el reconocimiento de una Constitución que hiciera posible elegir mediante sufragio universal a los representantes en el parlamento.

El caso de la Costa de Oro –la colonia que logró alcanzar y mantener la primacía en producción y ritmo de desarrollo en África occidental– nos permite poner de manifiesto la dinámica de la transformación de las sociedades africanas, y su compleja conflictualidad en términos de prácticas administrativas, y de la forma en que eran percibidas tales prácticas. El *indirect rule* descansaba sobre la alianza con autoridades indígenas, cuya importancia para la administración colonial se medía por el ejercicio de una efectiva legitimidad. Esta dependía sobre todo de una constante capacidad de mediar, y de la redistribución de riqueza entre los miembros de cada sociedad. La centralidad que en todo sistema tradicional cobra el *obsequio*, el hábito de hacer regalos, es decir, de la distribución de bienes ceremoniales y de productos de la agricultura y la caza, era parte integrante de complejos sistemas de intercambio y de reconocimiento social. La tierra y su distribución eran definibles en tal sentido como la esencia de una red de relaciones sociales distintas, que incluso dependían de la historia y de las modalidades de radicación, aparte de la estratificación de los diferentes derechos de uso, cuya reivindicación en concreto era objeto de continuas mediaciones. Las producciones comerciales, en este caso el cacao, que ya a fines del siglo conocía una extraordinaria expansión en las regiones centrales, modificaron sustancialmente el significado y el valor del control sobre las tierras productivas. La cuestión de los derechos de posesión de la tierra fue pronto objeto de conflicto, tanto con la autoridad colonial como de las comunidades entre sí, y dentro de cada comunidad en particular. El conflicto con el Estado colonial surgió de inmediato, apenas una serie de decretos intentó primero expropiar y luego declarar "protegidas" a

todas las tierras vacantes, con la promesa además de conceder títulos de propiedad privada de ellas a quien lograra valorizarlas. La Aborigines Rights Protection Society, integrada por abogados y eclesiásticos que no siempre se aliaban con los jefes tradicionales, planteó su decidida oposición a cualquier enajenación de la tierra, en nombre del derecho de posesión de las "comunidades". No se trató ciertamente de una posición dictada por la voluntad de defender la "tradición", por más que se cobijara en esa ideología que, por lo demás, era la única que podía encontrar audiencia en la estructura de las concesiones administrativas británicas. Por el contrario, constituyó la defensa de intereses de sectores productivos y comerciales indígenas que conocían bien la importancia de mantener el control sobre tierras en las que podía registrarse la futura expansión de los cultivos comerciales.

El mismo tipo de oposición a la enajenación de tierras se había desarrollado también en la Nigeria occidental, a tal punto que la gran multinacional Lever Brothers, interesada en obtener una concesión para ampliar el cultivo de palmas productoras de aceite, renunció a ello y se volvió a las más acogedoras playas congolesas, al encontrarse ante la exigencia del gobierno de negociar acuerdos separados con cada comunidad y cada grupo de descendencia en condiciones de hacer valer un derecho de cualquier tipo sobre las tierras en cuestión.

Costa de Oro y Nigeria, cuando el gobierno colonial intentó apropiarse de las llamadas tierras vacantes, habían desarrollado ya una floreciente producción de cacao, por lo que no sólo conocían el valor comercial del recurso tierra sino que también consideraban a las tierras todavía no cultivadas como áreas de expansión futura. El *West African Lands Committee*, en una indagación de 1912 que tenía por objeto recoger la mayor cantidad posible de testimonios para definir los derechos consuetudinarios sobre la tierra, llegó a la conclusión de que la casi totalidad de la tierra era de posesión comunitaria, no individual. La noción de "comunidad tradicional" era entendida, según las concepciones de época, como una comunidad perfectamente identificable, con su jefe reconocido y dotado de legitimidad para distribuir la tierra entre las familias que formaban parte de los linajes locales y entre los numerosos inmigrantes. La región productora de cacao había visto instalarse grupos de inmigrantes considerados extranjeros, que por medio de varios tipos de acuerdos –el más común de los cuales eran las distintas modalidades de *abusa*, o contrato de aparcería– habían adquirido derechos de explotación de tierras.

El término "comunidad" era lo bastante vago y ambiguo para prestarse a distintos equívocos. ¿Cuáles eran, por ejemplo, los criterios que debían usarse para identificar una comunidad primaria? ¿Y qué se hacía cuando distintas comunidades se hallaban instaladas en un

mismo territorio? ¿Qué derechos tenía cada una de ellas, y qué jerarquía existía entre las diferentes comunidades y dentro de cada una en particular? ¿Quién tenía legitimidad para identificar y consagrar esos derechos? Sobran ejemplos de la complicación de tales ejercicios. En 1913 el jefe de Akwapim reclamò autoridad sobre partes del Estado de Akyem Abuakwa porque los plantadores locales de cacao eran sus súbditos, ya que habían emigrado allí a partir de fines del siglo anterior. El caso, que ciertamente no fue el único, permaneció muchos años sin resolverse. Brotaron interminables disputas acerca de los derechos de ocupación prioritarios sobre la tierra: ¿a quién se debía considerar extranjero, obligado a pagar tributo a los depositarios primigenios de la tierra? ¿Y qué tipo de tributo era el que se debía pagar? ¿Se trataba sólo de productos de la agricultura, la caza y la recolección, como sostenía la tradición, o los usufructuarios debían entregar también una parte del cacao cosechado, en concepto de "alquiler" de la tierra? Por fin, ¿era el jefe quien debía quedarse con el tributo, o éste venía a formar parte de los bienes colectivos de la comunidad?

La cuestión de la tierra y de los derechos de apropiación, uso y distribución de sus beneficios, vinculados con la producción comercial, fue durante el período colonial una auténtica caja de Pandora, de la que salieron historias y precedentes históricos, expresión de intereses en conflicto sobre los límites jurisdiccionales de las divisiones territoriales, sobre el control primario o secundario de los recursos y sobre el uso y la distribución de los beneficiosos que se derivaban. La condición de miembro de una comunidad pasó a ser la base esencial para poder pretender el acceso a recursos productivos. De ahí derivaron los frecuentes procesos de alineamiento con comunidades poderosas u, opuestamente, los procesos de segmentación, brotados cuando la reivindicación de entidades separadas se volvía funcional al reconocimiento de derechos primarios sobre determinados recursos. La definición de los derechos de posesión provocó la continua redefinición de los límites jurídicos de las comunidades: una lucha por el poder que está reflejada en la asimismo continua reorganización administrativa, y en la enorme cantidad de litigios sobre la tierra que se llevaron a dirimir ante los tribunales consuetudinarios. Cuando se reinstaló la confederación asante en 1935, los jefes de Kumasi procedieron a retomar sus "derechos" sobre Ahafo, que en el ínterin se había convertido en una de las más importantes regiones productoras de cacao; para sostener sus pretensiones invocaban tradiciones originarias basadas en alianzas políticas que se remontaban al siglo XIX.

Las producciones comerciales permitieron acumular riqueza, pero se ha hecho notar que gran parte de esa riqueza se canalizaba, y se canaliza aún hoy, hacia gastos por motivos de prestigio, y hacia

ceremonias de ostentación. También este fenómeno, que según algunos observadores podría constituir un freno "tradicionalista" al desarrollo de inversiones productivas, parece constituir más bien una reinterpretación de lo tradicional, en el sentido de que la capacidad de jefes y plantadores de reclamar derechos sobre determinadas tierras productivas depende tanto de relaciones y de identidades sociales como de la capacidad para ganar consenso. Los gastos ostentosos en fiestas, ceremonias, pagos por casamientos y funerales, sirven para reforzar la posición social de quienes compiten para obtener el reconocimiento de un derecho "consuetudinario" a recursos productivos. En el África occidental el término *chief* designa a una persona rica, que distribuye *en patronage*, es decir, invierte en medios de acceso a los recursos productivos, además de hacerlo en los medios de producción en sí. Por esa razón, tanto en los sistemas de *indirect rule* en vigencia en las colonias inglesas como, más en general, en las colonias francesas del África occidental –donde la extracción de riqueza tenía lugar por medio de un intercambio desigual–, carece de validez la afirmación de que no existía expropiación de la tierra, y que por ello las comunidades campesinas pudieron desarrollarse de manera autónoma. Semejante afirmación es una simplificación que, por lo demás, se encuentra por completo supeditada a la representación colonial de las sociedades africanas como comunidades orgánicas e igualitarias.

No hubo expropiación de tierras a las "comunidades"; pero precisamente por el cambio de las estructuras del contexto político, económico y social en que las diferentes comunidades vinieron a encontrarse interactuando, la tierra pasó a ser objeto de nuevos tipos de apropiación y de conflicto, que es preciso analizar en relación con la representación y con las nuevas formas de distribución del poder en las colonias. Esto sucedía en un contexto ya modificado, definido sobre el terreno por la administración, de lucha entre sociedades y comunidades diferentes para conservar poder, esto es, acceso a los recursos. Había, pues, explícita construcción (incluso desde adentro) de ideologías comunitarias y de identidades étnicas más amplias o más restringidas. De ello se deriva que, como los derechos de acceso a los recursos dependían de la identidad social, los conflictos así suscitados se expresaran y fueran interpretados de la misma manera: como choques determinados por la existencia de diferencias y animosidades "étnicas".

Este mismo *modus operandi* fue transportado a la dinámica política y social de la descolonización y la independencia. Los análisis que se han realizado sobre la formación de los partidos nacionalistas y sus maneras de tomar el poder, al limitarse a la historia de las élites y a la ideología han descuidado, y –desde un punto de vista estrictamente orientado por la preponderancia de la idea de nación y del Estado-

nación– han subestimado el análisis antropológico de los fenómenos de conflicto y mediación local, que constituyeron a la vez la fortaleza y la debilidad de las formaciones políticas. Esa fuerza y, sobre todo, esa debilidad sólo se revelarían plenamente después de la independencia.

TANGANICA

En Tanganica, el sistema de las *native administrations* fue introducido recién en 1925 por el gobernador Cameron. Durante el período de protectorado alemán, el territorio había sido escenario de una serie de rebeliones: de las poblaciones ribereñas, de los hehe del altiplano meridional entre 1891 y 1893 y la insurrección conocida como maji-maji, que involucró a numerosas y dversas poblaciones de la región meridional[126].

Los episodios de resistencia a las requisiciones de tierras y a la imposición de cultivos comerciales fueron reprimidos con campañas militares. Desde 1907 se concedía a las poblaciones de las zonas ya estabilizadas (mientras duró su dominación, los alemanes definieron siempre como "territorio enemigo" a gran parte de Tanganica) el derecho a mantener su jefes, *akida* y *jumbe*. Empero, no se trataba de administración indirecta, pues los jefes tenían que ser aprobados por la autoridad alemana, y su principal tarea era la de reclutar fuerza de trabajo para las plantaciones de las costas y las empresas agrícolas de Usambara (sisal, goma), Lindi (algodón), Mwanza (algodón), Bukoba, Kilimanyaro y Meru (café). Los distrtos rebeldes, Iringa y Mahenge, permanecieron bajo administración militar. Fracasado el intento de crear una colonia de radicación de europeos, poco antes de su derrota en la primera guerra mundial los alemanes habían empezado a incentivar la producción campesina indígena en Bukoba y en el Kilimanyaro (café) y en el altiplano meridional de Iringa (maíz).

La administración inglesa introdujo en el territorio el sistema de las *native administrations*, pese a la evidente ausencia de autoridades indígenas bien identificables. Según los administradores, en el territorio las poblaciones estaban dispersas y se superponían, no existían tribus en sentido estricto y, por lo tanto, el sistema de las *native administrations* era edificado sobre divisiones territoriales artificiales, dentro de las cuales se unían grupos con etiquetas étnico-tribales en gran medida ficticias.

---

126 Cfr. J. Iliffe, *A Modern History of Tanganyika*, cit.; Id., *Tanganyika under German Rule 1905-1912*, Cambridge University Press, Cambridge 1969; Kaniki (ed.), *Tanzania under Colonial Rule*, citado.

Para una descripción de los hechos que llevan a la formación de la clase política de la independencia: C. Pratt, *The Critical Phase in Tanzania, 1945-1968*, Oxford University Press, London 1980.

El territorio, que era jurídicamente un mandato, no una colonia, fue dejado en su retraso: tuvieron algún desarrollo la producción campesina en el Kilimanyaro y Bukoba (café), las áreas de producción algodonera, siempre basadas en la producción campesina de Mwanza, y la producción de cereales en el altiplano central de Iringa. Basta comparar la complejidad y el buen acople de las infraestructuras creadas en la limítrofe colonia de Kenia con su casi total ausencia en Tanganica para darse cuenta de que este no era para la administración británica sino un territorio periférico, de escasa importancia. Pese al atraso de las infraestructuras productivas, y a la limitada presencia de oportunidades de escolarización, llegó a desarrollarse entre las dos guerra una clase de productores agrarios indígenas, sobre todo en las regiones de Kilimanyaro, Meru, Bukoba, Mwanza e Iringa, y una clase más nutrida de pequeños *farmers*.

La producción comercial, los reglamentos coloniales aplicados por autoridades tradicionales cuya legitimidad era cuestionable en sus orígenes, el monopolio de la comercialización por mercaderes de origen asiático, fueron factores que hicieron surgir organizaciones de productores en cooperativas comerciales. Tal como sucedía también en Kenia, los comerciantes asiáticos eran auxiliares del sistema de explotación colonial, y representaban, para las poblaciones campesinas y para los productores, la encarnación de la discriminación por medio del monopolio del intercambio entre productos agrícolas y productos de consumo. El desarrollo, ya desde los años Veinte, de cooperativas comerciales en ambiente campesino fue una forma moderna de cooperación que desafiaba la más tradicional, aliada a los poderes coloniales, y se conectaba con las asociaciones de socorros mutuos que en las ciudades estaban organizando a los nuevos sectores de funcionarios y empleados en proyectos de solidaridad desarrollados para reemplazar la ausencia de servicios y la carencia de derechos que el gobierno colonial consagraba.

De esas experiencias asociativas en las áreas rurales y en las urbanas, de las cooperativas, las sociedades de socorros mutuos, los sindicatos que empezaron a formarse en el sector público, en el transporte y en las empresas agrícolas, surgió una clase dirigente heterogénea, compuesta de hombres nuevos. Eran empleados, docentes, catequistas, comerciantes; todos ellos poseían cierto grado de instrucción, que les permitía hacer uso de los instrumentos ideológicos y organizativos modernos; estaban conectados con las iglesias cristianas, en especial con la católica y con los luteranos, o bien arraigados en comunidades musulmanas; eran importantes, sobre todo, en las regiones ribereñas, donde además se hallaban las plantaciones de sisal (henequén) y palma que requerían fuerza de trabajo que acudía de todo el país, y hasta de Mozambique. Por su origen y su experiencia, los líderes políticos sur-

gidos de esta situación no eran unos "destribalizados" sin raíces, sino que se conectaban con realidades locales, tanto productivas como de organización colectiva y de afirmación de derechos.

La primera organización política fue la TAA (Tanganyika African Association, 1929), nacida como sociedad urbana de socorros mutuos entre poblaciones costeras de cultura suajili, mixta o cosmopolita. El consenso en torno a la TAA se consolidó con la oposición al proyecto de unión federativa de Kenia, Uganda y Tanganica, vigorosamente patrocinado por los *settlers* kenianos, con miras a reforzar mediante él su base territorial de conservación del poder por la minoría blanca. La TAA estableció contactos con las cooperativas y las clases comerciales indígenas. Su transformación en partido nacionalista, con la formación, en 1954, de la Tanganyika African National Union (TANU), tuvo lugar con la contribución de jóvenes intelectuales, en primer lugar Julius Nyerere, el *mwalimu*, el maestro diplomado en pedagogía en Edimburgo, de religión católica y en contacto con los personajes eclesiásticos y políticos más influyentes del *establishment* socialista inglés de matriz fabiana.

La TANU nacía con bases interraciales e interreligiosas, y en cada región se conectaba con instituciones, asociaciones y movimientos por medio de un programa de nacionalismo moderado, incluyente y por lo mismo interracial, que procuraba ganar la colaboración de las autoridades tradicionales y rechazaba el enfrentamiento directo con el Estado colonial. A este movimiento nacional y nacionalista adhirieron los ricos agricultores del norte y del centro, los pequeños campesinos, los pobres braceros y hasta numerosos inmigrantes venidos de Mozambique. En la TANU, guiada por élites políticas aliadas con las modernas élites sindicales, venían a coincidir católicos, protestantes, musulmanes y representantes de corrientes tradicionalistas, junto con los partidarios de las diferentes filosofías de redención social, desde los fabianos a los socialcristianos y los marxistas. La TANU representaba todo un espectro de intereses, que se mantenían unidos por un mensaje ideológico, elaborado por Nyerere, que desdibujaba las contradicciones de naturaleza étnica, racial (téngase presente la considerable presencia de una comunidad asiática ciertamente diversificada, pero por lo general muy exclusivista), regional y económica, causadas por las profundas disparidades entre las regiones productivas de bienes de exportación y las regiones que, como las áreas del interior en proximidades del lago Tanganica y hacia el sur, carecían de infraestructuras de cualquier tipo, eterna reserva de fuerza de trabajo migrante. La TANU, con la fuerza del apoyo que cosechaba en todas las regiones, se impuso en las tres vueltas de elecciones para la constitución del primer Consejo Legislativo autónomo. La independencia alcanzada en diciembre de 1961, con Julius Nyerere como presidente, abría una nueva etapa de construcción

del Estado-nación, de la que la TANU debió asumir la total responsabilidad, puesto que no existía ningún otro partido o movimiento que pudiera oponerse a su absoluta hegemonía. Precisamente en este contexto de hegemonía sobre un país pobre y periférico, y con una sociedad dispersa en un vastísimo territorio, sociedad que se había unido exclusivamente para la lucha contra la dominación colonial directa, elaboró la TANU la estrategia de desarrollo desde abajo que se hará universalmente conocida como política de la *Ujamaa*, centrada en la prioridad del desarrollo agrícola en comunidades de aldea.

RODESIA DEL NORTE: EL ENCLAVE MINERO

La Rodesia del Norte presentaba extremada fragmentación e interacción étnica y tribal, caracterizada por la marcada dispersión de las poblaciones por un amplio territorio. Solamente los lozi y los bemba parecían adecuarse al modelo de las *native authorities*, en cuanto eran Estados dotados de estructuras centralizadas de poder de tipo fuertemente cohesionado[127].

Los lozi tuvieron un sistema administrativo separado, Barotselandia, con una *native administration* representada por el rey en calidad de *Paramount Chief*, jefe superior a los demás jefes de tribus subordinadas. La autoridad del rey de los lozi no se ejercía sobre entidades territoriales, sino sobre sectores de la población, por medio de jefes que formaban parte del Consejo Real residente en la capital. Por ello, cada consejero controlaba un sector de la población que, sin embargo, residía en distintos puntos del territorio.

La autoridad del soberano bemba, el *Chitimukulu*, se había reforzado sólo en los años Sesenta y Setenta del siglo XIX, cuando una serie de cambios en el comercio de largas distancias había permitido que los bemba, grandes cazadores de marfil y esclavos, se convirtieran en el mayor poder regional. Con todo, en ningún momento se pudo llegar a controlar por completo la rivalidad existente entre los distintos principados bemba, y ya en los años Ochenta muchos jefes habían traspasado su lealtad al nuevo Estado emergente, el Muamba (Mwamba). Primero, a partir de 1895, la administración de la Compañía y después la colonial, debieron vérselas con una serie de derechos diferentes y conflictivos.

La mayor parte de las demás llamadas "tribus" representaron un rompecabezas todavía más intrincado para la administración colonial,

127 La mejor historia general de Zambia es: A. Roberts, *A History of Zambia*, Heinemann, London 1977; Id., *A History of the Bemba*, Longman, London 1973; H. S. Meebelo, *Reaction to Colonialism: A Prelude to the Politics of Independence in Northern Zambia 1893-1939*, Manchester University Press, Manchester 1971; E. L. Berger, *Labour, Race and Colonial Rule: The Copperbelt from 1924 to Independence*, Clarendon Press, Oxford 1974.

que encontraba en ellas una "inusual" ausencia de coherencia tribal. Desde 1924, cuando el territorio pasó a la supervisión directa del gobierno colonial, se intentó primero sin éxito hacer de él una colonia de *settlers*, reservando terrenos a lo largo de las vías del ferrocarril para los concesionarios europeos. Más tarde prevalecieron los intereses mineros y en consecuencia, tanto para la Compañía como para el gobierno colonial, el principal interés del territorio residía en la fuerza de trabajo que allí podía ser reclutada para las minas del "Cinturón del cobre" y de Rodesia del Sur. La concentración de población in aldeas, fenómeno de la época de las razias, fue mantenida e incluso incentivada, ya que permitía un control más eficiente de la fuerza de trabajo por parte del Rhodesian Native Labour Bureau.

La agricultura familiar, circunscrita a zonas superpobladas y ecológicamente deterioradas, no logró despegar. Se expropió el ganado a los ngoni; las poblaciones especializadas en el comercio de productos de la caza (marfil), en la elaboración de sal o en la manufactura de instrumentos de hierro fueron obligadas a abandonar esas actividades a fuerza de reglamentos y de fuertes impuestos. Toda resistencia de las poblaciones a los límites impuestos a su movilidad y a su posibilidad de optar era abatida por la violencia. La declinación de la economía rural, debida al impacto de la emigración y al deterioro ambiental, se aceleró en la primera posguerra. La base misma de la economía lozi, esto es, el ganado, quedó destruida por la epidemia bovina de 1915, que se vio agravada por la sequía que obligó a una cada vez mayor emigración, en busca de medios de supervivencia. Las consecuencias de la guerra, del masivo reclutamiento de porteadores y de la expropiación de bienes alimentarios desembocaron en el hambre, que a su vez favoreció la diseminación de las epidemias de peste y de gripe española. Después de la guerra, la inflación hizo que aumentaran los precios y los impuestos. En 1924, cuando fue transferida al gobierno británico, Rodesia del Norte era un país destruido por las políticas de depredación de la Compañía. La industria minera del cobre, el plomo y el cinc, en la región llamada Copperbelt ("cinturón del cobre"), se hallaba dominada ya en 1929 por dos potentes grupos mineros: Rhodesia Anglo-American Company, financiada por capitales ingleses y sudafricanos, y Rhodesian Selection Trust, con capitales norteamericanos.

La Gran Depresión afectó pesadamente a la mano de obra africana, que sumaba nada menos que 32.000 trabajadores, provenientes de numerosos territorios de la región, los que en poco tiempo quedaron reducidos a 9.000. A ello siguió la recuperación del período bélico, en la que el Copperbelt llegó a ser una de las principales áreas productoras de cobre del mundo, sacando provecho del bajísimo costo de la fuerza

de trabajo. Un segundo boom se vivió a partir de los años Cincuenta, primero con la guerra en Corea, y después con la de Vietnam.

Como se ve, en Rodesia septentrional se desarrolló una economía preponderantemente minera de enclave, que producía el 70% de los ingresos del país. En 1948 se estimaba que menos del 16% del ingreso monetario de la población africana provenía de la venta de productos agrarios. Todo lo demás venía del trabajo asalariado. La riqueza minera no fue reinvertida en obras de infraestructura, y el Copperbelt se convirtió en un enclave rico, organizado según rígidas convenciones raciales en un país pobrísimo, en el que hasta la agricultura preexistente, por la prioridad concedida al trabajo asalariado, había quedado relegada a la condición de mera subsistencia.

NIASALANDIA: LA DIÁSPORA MIGRATORIA

En el protectorado de Niasalandia no resultó posible individualizar autoridades indígenas que respondieran al modelo de las *native authorities*. En el siglo XIX el territorio había sido escenario de una larga serie de guerras, razias y devastaciones causadas por la trata de esclavos, y por las invasiones y razias de los ngoni, yao y cicunda. Las poblaciones habían sido dispersadas, trasladadas o reagrupadas. Poquísimas de las *native authorities* que fueron establecidas aquí se correspondían con poblaciones tribalmente homogéneas[128].

En las áreas de Zomba y Blantyre tuvieron lugar inmensas expropiaciones de tierras, con la creación de plantaciones europeas que producían café, té y otros géneros tropicales. La fuerza de trabajo era reclutada con los métodos coercitivos de prestación de trabajo obligatorio, el sistema llamado localmente *thangata*, y con la imposición de gravámenes. Pese a las protestas de misioneros y grupos filantrópicos, la administración de la Compañía en el territorio no vacilaba en quemar aldeas con el objeto de obligar a la población a trabajar en las plantaciones. El carácter especialmente brutal y coercitivo del trabajo forzado y la confiscación masiva de tierras obligaron a la emigración en número cada vez más importante hacia el Copperbelt, Rodesia o Sudáfrica, donde el nivel de los salarios, aunque depreciado, era sin duda superior.

El altísimo porcentaje de trabajo migrante (en 1938 alrededor del 20% de la población se encontraba fuera de sus lugares de origen, y eran muchos los *machona*, "los desaparecidos") hacía de Niasalandia

128 B. Pachai, *Malawi: The History of the Nation*, Longman, London 1973. J. McCracken, *Politics and Christianity in Malawi, 1875-1940*, Cambridge University Press, Cambridge 1977, analiza la misión presbiteriana escocesa de Livingstonia, en el norte de Malaui. R. I. Rotberg, *The Rise of Nationalism in Central Africa: The Making of Malawi and Zambia 1873-1964*, Harvard University Press, Cambridge (MA) 1966, es una historia de los orígenes y el desarrollo del nacionalismo.

la principal reserva de fuerza de trabajo en toda el África austral. País de emigración, también lo fue de inmigración con la llegada, desde fines del siglo XIX, de masas de fugitivos de los *prazos* mozambiqueños. Por ser extranjeros sin derechos sobre la tierra y, por consiguiente, enteramente a merced del sistema de trabajo forzado *thangata*, estas poblaciones de lengua lomwe, conocidas localmente como anguru, se convirtieron en esclavos domésticos de los plantadores europeos. En los años Veinte y Treinta los anguru contribuyeron a la extensión de las plantaciones de tabaco, algodón y té.

Desde los años Diez del siglo la administración colonial había introducido el cultivo obligatorio del algodón en el sur, desarrollado sobre todo en el valle del Shire, como alternativa a la emigración. Ese cultivo se expandió luego con la llegada de refugiados de lengua sena provenientes de Mozambique. Estos obtuvieron el permiso de cultivar algodón en tierras que les fueron concedidas por las autoridades indígenas locales, pagando con un porcentaje de lo que producían. Se desarrolló así una versión local del sistema *thangata*.

Territorio de emigración e inmigración, caracterizado por formas extremas de coerción de la fuerza de trabajo, Niasalandia contaba históricamente con una fuerte presencia misionera, en especial de la misión escocesa promotora de la escolarización, incluso en el nivel superior. Por ello es que el número de personas instruidas y diplomadas era superior al que se observaba en las demás colonias de la región. El levantamiento de 1915, conducido por el reverendo John Chilembwe, puede ser considerado una reacción a la brutal explotación padecida pero fue sin duda en la región una de las primeras protestas que tenía tras de sí la elaboración de una ideología anticolonial, hasta el extremo de considerárselo un fenómeno de protonacionalismo.

Las expropiaciones de tierras, la experiencia del contacto con poblaciones diferentes en la emigración y la educación de los misioneros jugaron un papel fundamental en la proliferación, ya en las primeras décadas del siglo XX, de asociaciones de tipo político. En 1943, las diferentes asociaciones confluyeron en el Nyasaland African National Congress (NANC), que en su manifiesto programático reclamaba derechos sobre la tierra y la destitución de las *native authorities*, consideradas nada menos que instrumentos de la opresión colonial.

En los años Cincuenta, mientras el resto de África empezaba a transitar una etapa de reformas que introducían autonomías, aunque más no fueran limitadas y locales, el África austral quedaba como la última frontera del choque entre el poder blanco y el naciente nacionalismo africano. Esa frontera sólo se derrumbaría definitivamente en 1994, con el fin del apartheid en Sudáfrica.

La Rodesia del Norte y Niasalandia fueron protagonistas del primer período de ese enfrentamiento. El período quedaría señalado por la renovada agresividad de la presencia europea, que en Sudáfrica, con la victoria del National Party (NP) en 1948, había inaugurado la institucionalización de la discriminación basada en la raza (*apartheid*). Los nacionalistas blancos al frente del Representative Government en Rodesia del Sur obtuvieron del gobierno británico, a pesar de la oposición de los movimientos políticos indígenas, la constitución en 1953 de la Central African Federation, que incluía también a Rodesia del Norte y Niasalandia. Esos movimientos africanos se opusieron denodadamente, por medio de estrategias de no colaboración, al traslado de la autoridad colonial a Salisbury, ciudad constituida en sede del proyecto hegemónico de la minoría blanca de Rodesia del Sur sobre toda la federación. Pero la Central African Federation fue disuelta en 1964, y lo fatigoso de su breve historia impidió que volvieran a intentarse experimentos del mismo tipo y, sobre todo, que se aprobara la formación de una East African Federation que debía reunir a Kenia, Uganda y Tanganica. Una vez disuelta la federación, en 1964 accedieron a la independencia Rodesia del Norte, con el nombre de Zambia (incluida Barotselandia), y Niasalandia, que pasó a llamarse Malaui.

La segunda etapa del enfrentamiento entre poder blanco y nacionalismo africano consistió en la lucha librada entre 1964 y 1980 en torno al futuro de la Rodesia del Sur. Allí, la aguerrida minoría blanca, aliada con el régimen de apartheid sudafricano, desafió las sanciones inglesas e internacionales para proclamar de manera unilateral su independencia en 1965 (la llamada UDI, Unilateral Declaration of Independence), precisamente con un gobierno elegido en forma exclusiva por los blancos. Sólo en marzo de 1980 fue posible, tras una larga lucha de liberación de los movimientos nacionalistas y arduas negociaciones internacionales, alcanzar la plena independencia de Zimbabue a través de elecciones libres con sufragio universal.

TERRITORIOS "REHENES" DE SUDÁFRICA: BECHUANALANDIA, BASUTOLANDIA Y SUAZILANDIA

Bechuanalandia (Botsuana), Basutolandia (Lesoto) y Suazilandia quedaron sometidas a la autoridad del *British High Commissioner for Southern Africa* (*High Commission Territories*), para ser eventualmente incorporadas a la Unión Sudafricana. Tal posibilidad, a la que se oponían reyes y jefes locales, eficazmente apoyados por misioneros y por grupos de presión filantrópicos en Inglaterra, fue definitivamente abandonada por el gobierno británico en la posguerra, cuando se hizo evidente que Sudáfrica estaba tomando el camino que conducía al sistema de *apartheid*.

Por lo demás, esos territorios –montañoso y escarpado el de Basutolandia, casi desértico el de Bechuanalandia, y en gran medida ya en manos de propietarios europeos el de Suazilandia– no eran de gran interés estratégico o económico a la finalización de la guerra anglobóer[129]. Hasta los años Cuarenta el protectorado inglés era definido *parallel rule*, "gobierno paralelo", un sistema que dejaba amplia autonomía a jefes y reyes[130] locales. Después de los años Cuarenta, con la segunda guerra mundial y los problemas que en la región empezaban a plantear las instancias nacionalistas, la formalización de *native authorities* significó la imposición de una cierta medida de control.

El protectorado de Bechuanalandia había nacido en función antibóer, ya que el territorio era definido como inadecuado para la colonización europea. No existía en él un centro político unitario, si bien prevalecían principados o segmentos de principados de origen tsuana, el mayor de los cuales, por población e influencia, era Nguato. En 1899 se crearon las primeras reservas indígenas para los principados tsuana, que lograron reforzar su hegemonía incluso sobre poblaciones no pertenecientes a su grupo. Jama, rey de los banguato, obtuvo el apoyo del Alto Comisionado para reivindicar la supremacía sobre los *merafe*, los principados menores.

Los bakuena, en particular, no aceptaban interferencias administrativas. Las disputas sobre la sucesión de los batwana vieron prevalecer al candidato de los misioneros, apoyado también por los británicos, como una demostración de que el sistema tradicional podía ahora ser influido de manera decisiva por el poder colonial. La introducción de un sistema impositivo administrado por los jefes, con el propósito de establecer un *native fund*, incentivó la emigración en procura de trabajo. En tanto, los jefes se enriquecieron con el porcentaje que les correspondía sobre los impuestos recabados.

---

129 H. Kuper, *The Swazi: A South African Kingdom*, Holt, New York 1963, es un clásico de la antropología; P. Bonner, *Kings, Commoners and Concessionaries, The Evolution and Dissolution of the Nineteenth-Century Swazi State*, Cambridge University Press, Cambridge 1983, es en cambio el primer estudio sobre la economía política del reino suazi en el contexto regional. Véase también: J. Halpern, *South Africa's Hostages, Bechuanaland, Basutoland and Swaziland*, Penguin, Harmondsworth 1965; R. Davies, D. O'Meara, S. Dlamini, *The Kingdom of Swaziland*, Zed Press, London 1985; L. A. Picard, *The Evolution of Modern Botswana*, Rex Collings, London 1988.

Sobre la cuestión de la incorporación a Sudáfrica: Lord Hailey, *The Republic of South Africa and the High Commission Territories*, Oxford University Press, London 1963.

Sobre el impacto de la emigración: C. Murray, *Families Divided: The Impact of Migrant Labour in Lesotho*, Ravan Press, Johannesburg 1981.

130 R. First, *South West Africa*, Penguin, Harmondsworth 1963; P. H. Katjavivi, *A History of Resistance in Namibia*, James Currey, London 1989.

En los años Veinte la administración colonial fue desafiada por la excesiva autonomía del regente en el trono nguato, Tshekedi, el cual fue depuesto *manu militari* y después reinstalado, merced a las protestas de la población. La adopción en 1919 de un Native Advisory Council, Consejo Consultivo Nativo (más tarde African Advisory Council) , al que los banguato adhirieron recién en 1940, significó en realidad que los jefes serían colocados bajo control, transformados en funcionarios de gobierno a las órdenes de los magistrados coloniales residentes. Los *kgotla*, tribunales locales en los que los jefes respondían a sus súbditos de la conducción de la cosa pública, fueron abolidos y reemplazados por Consejos tribales. En 1920 se constituyó también un European Advisory Council; la formación de dos Consejos separados mostró que la administración quería mantener la separación racial. En 1951, cuando el proyecto de unión con Sudáfrica ya estaba muerto y enterrado, por la oposición del gobierno inglés a que el protectorado quedara unido a un régimen que con el *apartheid* había adoptado políticas de separación racial, se formó un Consejo Conjunto (Joint Advisory Council), sin eliminar los otros dos.

En la posguerra, la comprobación de que los fermentos nacionalistas se alimentaban del generalizado descontento permitió que incluso Bechuanalandia fuera tenida en alguna consideración para los proyectos de desarrollo. Las principales actividades eran la agricultura de subsistencia y la cría de ganado por las dinastías aristocráticas tsuana, que empleaban mano de obra de las poblaciones consideradas racialmente inferiores y en relación de dependencia servil. Sólo a partir de los años Cincuenta se promovió la comercialización de carne y productos lácteos. Las prospecciones mineras que revelarían la riqueza del país fueron llevadas a cabo ya a fines del período colonial. Se descubrieron importantes yacimientos de cobre, níquel, carbón y diamantes. También en este territorio la emigración jugó un notable papel, sobre todo a partir de los años Treinta, cuando la crisis económica resultó agravada por la sequía, y las políticas proteccionistas de Sudáfrica, concretadas en la prohibición de importar carne, dictada para favorecer a los ganaderos del Transvaal, volvieron más dramática la situación. Miles de personas abandonaron sus casas para emigrar a las haciendas y las minas de Sudáfrica y Rodesia.

El traspaso del poder a las élites indígenas, en una situación de intensa dependencia de la migración de fuerza de trabajo a Sudáfrica, vino a complicarse por una crisis dinástica causada por el casamiento del heredero del trono nguato, Seretse Khama, con una mujer inglesa. Ni los tradicionalistas ni las autoridades británicas –opuestos unos al matrimonio en nombre de la tradición, y los otros por influencia del racismo institucional sudafricano– podían tolerar un comportamiento

que desafiaba todas las normas. Seretse Khama, hombre culto y hábil diplomático, renunció al trono de sus ancestros y, apoyado tanto en la metrópoli como en muchas fuerzas internas del territorio, se autopropuso como líder nacional, que se situaba por encima de las divisiones tribales. El modelo constitucional británico preveía la presencia de más de un partido en competencia. El sistema multipartidario que surgiría en Botsuana no puede ser comprendido sino dentro de la colaboración entre tradición y modernidad; el partido mayoritario, Botswana Democratic Party, representaba la alianza entre aristócratas y súbditos, unidos por una común cultura política; los demás partidos tenían su base electoral en los diferentes principados minoritarios.

Las formas más radicales de oposición vinieron de las minorías generalmente no incorporadas al sistema tradicional (por ejemplo, de los kalanga del nordeste y –con mayor razón– de los bayei del principado de Tawana, considerados racialmente inferiores por los tsuana, y tratados como tales), o bien de grupos por completo extraños a las estructuras tradicionales.

En Botsuana, el poder tradicional, caracterizado por la hegemonía de los banguato pero no por una absoluta supremacía suya sobre los demás grupos, logró fusionarse más armoniosamente con las instancias modernas y con los postulados de la democracia multipartidaria que en otras partes: que en Lesoto, por ejemplo, caracterizado por formas extremas de sectarismo, o que en Suazilandia, bajo el dominio absoluto de la dinastía real, relacionada con poderosos intereses inmobiliarios y mineros de los europeos.

En la abrupta Basutolandia, apenas la sexta parte de la tierra era apta para la agricultura, mientras que la población se encontraba en continua expansión. La carencia de tierras y la superpoblación dieron impulso a la emigración. Ya a comienzos del siglo había 30.000 soto en busca de trabajo en Sudáfrica, y en los años Treinta, cuando la población total había superado el medio millón, más del 50% de los varones adultos transcurría largos períodos de emigración allí. En Basutolandia, el *parallel rule* británico había reconocido a los herederos de Moshoeshoe el estatus de *Paramount Chiefs*. Soberanos y jefes, asistidos por jefes de distrito, retenían considerable poder, pues cobraban los impuestos y controlaban la distribución de la tierra roturable y de las pasturas. La instauración en 1910 de un Consejo Nacional, en amplia medida nombrado por el rey y dotado de poderes sólo consultivos, reforzó de todos modos el poder del soberano, y tuvo por efecto incrementar el sectarismo de los jefes, que veían minada su autoridad. Ya en 1907 un grupo de soto instruidos había formado una Progressive Association, a fin de dar voz a la oposición al absolutismo del soberano y los abusos de los jefes. Las reformas dirigidas a terminar con el sectarismo y tener

a los jefes bajo control suscitaron un período prolongado de conflictos, caracterizados por episodios de período de resurgimiento de la brujería y los homicidios rituales. Por fin, en 1945 la introducción de los Consejos de Distrito parcialmente elegidos vino a completar la transformación, pero no en dirección de una mayor liberalización, que era lo que reclamaban los distintos componentes del emergente movimiento político nacionalista.

El pequeño territorio, rodeado por todas partes por Sudáfrica, sufría la influencia determinante de la situación política y económica de su potente vecino, incluso a causa de la importancia y la intensidad de la emigración que se dirigía a Sudáfrica. En los años Cincuenta, el movimiento del *Basutoland Congress Party* (BCP) apuntó a obtener una Constitución que impidiera su incorporación a Sudáfrica. Obtenida en 1959 una Constitución que permitía cierto grado de autonomía, el BCP se alineó con la posición independientista y contra la preservación de las prerrogativas del rey Moshoeshoe II. El conflicto acerca de la posición del rey, y de los poderes de que estaba investido en relación con el nuevo ordenamiento constitucional que debía llevar a la independencia, se convirtió en el principal elemento de división entre los partidos, y de estos con la potencia colonial.

Gran Bretaña hizo jugar toda su influencia en favor de una monarquía constitucional, con el rey como jefe del Estado pero no del gobierno, y que estuviera dotada de dos cámaras, una de los jefes, con poderes exclusivamente consultivos, y la otra elegida por sufragio universal. El país proclamó su independencia en 1966, tras elecciones caracterizadas por tensiones y choques entre tradicionalistas y grupos de tendencias radicales. El régimen sudafricano combatía a estos últimos, temeroso de la influencia soviética y del movimiento de no alineados en un territorio que podría llegar a convertirse en el caballo de Troya emplazado en el corazón del reino del *apartheid*. Ganó la coalición de fuerzas de centro, capitaneada por *Chief* Jonathan, representante de los jefes intermedios, y de una mediana y pequeña burguesía emergente atada a Sudáfrica.

En Suazilandia, la conducción de los asuntos internos fue dejada en manos de la familia real, asistida por el Consejo tradicional, el *Liqoqo*, y por la Asamblea general, *Libandla*, que se reunía una vez por año. La administración británica favoreció el robustecimiento de los poderes del soberano, que las reformas introducidas en los años Cuarenta no habían llegado a mellar. Mientras que en Basutolandia los Consejos de Distrito parcialmente electos desarrollaron una firme posición crítica de los abusos del poder central y de los jefes, en Suazilandia la situación continuó estando controlada por el soberano.

La casa real había actuado con gran habilidad para intentar reapropiarse del control de los recursos agrícolas. En el momento de ser sometido a tutela, dos tercios del territorio suazi estaban ya en manos de empresarios agrarios preponderantemente sudafricanos. Por las devastaciones ambientales que provocó el período de sequías que se extendió entre 1929 y 1934, la mayoría de la población se vio obligada a emplearse en los sectores agrícolas y mineros empresarios en manos de europeos, o si no a emigrar a Sudáfrica. Se constituyó un fondo para la recompra de parte de las tierras perdidas, al que contribuyeron, con su trabajo en las minas sudafricanas, muchísimos jóvenes suazi. En vísperas de la independencia, alrededor del 55% de la tierra había vuelto a estar bajo el control de la casa real y de los jefes suazi, que entretanto se habían transformado en empresarios, tanto agrícolas como comerciales, o en socios minoritarios de las empresas controladas por europeos.

Suazilandia volvió a despertar a la vida política tras la concesión de reformas constitucionales a Bechuanalandia y Basutolandia. Se formó un partido de tendencia radical, el *Swaziland Progressive Party*, y otro moderado, el *Swazi Democratic Party*, vinculado con las autoridades tradicionales y con los británicos. Sin embargo, el elemento político preponderante seguía siendo el soberano Sobhuza II. Este, tras una larga pulseada con las autoridades coloniales, obtuvo una Constitución que dejaba intacta la monarquía, y creaba un Consejo de 24 miembros, compuesto por ocho suazi elegidos con los métodos tradicionales, ocho elegidos de una lista no racial y ocho europeos. En las elecciones el partido del rey, el Imbokodvo, conquistó la totalidad de las ocho bancas correspondientes a los suazi, en tanto que la *United Swaziland Association*, un partido blanco de derecha, se alzó con todas las bancas de europeos. Los partidos populistas antitradicionalistas sufrieron una completa derrota.

LAS COLONIAS DE RADICACIÓN DE SETTLERS

La característica esencial de las colonias de radicación de colonos blancos fue la división del territorio en áreas para los colonos europeos y reservas para los indígenas. En Kenia y Rodesia las tierras más fértiles, aptas para el desarrollo de producciones comerciales, fueron expropiadas en favor de *settlers* europeos, y su desarrollo productivo recibió la protección de una serie de ordenanzas, leyes y decretos cuya autoridad de aplicación era el Estado colonial, que regulaban la captación y el empleo de mano de obra, a la vez que garantizaban la aplicación de tarifas aduaneras preferenciales y agilizaban la concesión de financiamientos.

La enajenación de la tierra fue vivida por las comunidades africanas, cualquiera que fuera la forma de su organización, como un irreparable acto de vulneración de derechos, no solamente por el tradicional

significado de la tierra en las relaciones de parentesco, y en cuanto base de la supervivencia del núcleo familiar y de la comunidad, sino también, y cada vez más, a causa del valor comercial que fue adquiriendo la tierra con la difusión que adquirieron los cultivos para la exportación. La legislación que obligaba a poblaciones que eran privadas de su medio más importante de identidad, supervivencia y crecimiento a prestar fuerza de trabajo únicamente en términos de los intereses eurropeos perfeccionó la estructuración de sistemas coloniales de discriminación basados en jerarquías raciales y racistas; sistemas en los que, en la segunda posguerra, el proceso de reformas en dirección de la autonomía y la independencia permaneció frenado por más tiempo que en otros casos.

No todas las regiones y poblaciones de cada territorio eran afectadas de la misma forma por la expropiación de tierras. En realidad, sólo lo fueron aquellas que presentaban interés para la ocupacióna europea, por estar dotadas de suelos fértiles y agua y ser suficientemente accesibles. Entre los sectores más perjudicados se contaron los *squatters*, los campesinos pobres, en general los jóvenes que en los sistemas tradicionales no tenían poder y debían procurarse medios de iniciar el ciclo productivo y reproductivo, y las mujeres, relegadas a una economía de subsistencia marginalizada, y no admitidas sino muy tardíamente y en forma aun más selectiva que los hombres a participar de la economía moderna y usufructuar las pocas oportunidades de recibir instrucción.

En Sudáfrica, que en 1910 se convierte en la Unión Sudafricana y en 1931 es reconocida por el estatuto de Westminster miembro integrante del Commonwealth, la Mancomunidad Británica de Naciones, la supremacía de la población blanca dará lugar a la adopción de políticas de gestión separada de los asuntos indígenas, a la creación de reservas y a una legislación de segregación. En la posguerra, la elección de un gobierno que representaba los intereses del componente más exclusivo y separatista de la población blanca, los bóeres o *afrikaner*, tendrá el significado de institucionalizar una legislación de separación y jerarquía racial que llevará el nombre de *apartheid*.

El gobierno colonial del Cabo había mostrado siempre poca propensión a reconocer la posición de los jefes de las poblaciones sometidas a su jurisdicción, como lo demuestra el caso de la Cafrería Británica (la actual Ciskei), incorporada en 1865 a la Colonia del Cabo. Procedía así en nombre del principio de "iguales derechos para todos los hombres"; un postulado liberal que se concretó en limitados derechos de voto para algunas clases de africanos, y en la apropiación de tierras en las regiones de poblaciones josa del Ciskei y el Transkei por parte de quienes podían competir en el mercado inmobiliario, los europeos. Con la Glen

Gray Act de 1894 se instituían sistemas de gobierno local y de posesión individual de la tierra.

En Natal los más de cien mil zulú que después de la batalla de Blood River (1838) se habían refugiado en Puerto Natal fueron instalados en *locations*, áreas segregadas. El gobernador Shepstone elaboró un plan de verdadera reconstrucción del sistema "tribal" en las *locations*, que albergaban una población dividida de dispersos. Tras la guerra de 1879, ya definitivamente destruido el poder militar zulú y deportado el rey Cetswayo, en 1887 fue anexionado el Zululand, y en 1897 colocado bajo un sistema de *native administration* que quitó a los jefes hasta la menor posibilidad de actuar. La insurrección de 1906 fue causada por la pérdida de identidad debida a la desposesión padecida.

En el Transvaal, el tratamiento dado a las poblaciones consistió en la más dura represión militar, la ruptura de las unidades políticas, la dispersión de las etnias, el apoderamiento de sus tierras. La situación no cambiará mucho tras la guerra anglo-bóer. Sólo en 1927 se hará alguna concesión, en línea con lo que había sido la política de Shepstone, con el objeto de utilizar a autoridades indígenas por completo subordinadas como parte del mecanismo de gobierno. La administración de las poblaciones rurales siguió siendo siempre un sistema de penosa subordinación y expoliación, que se cumplió cabalmente con la política segregacionista basada en la creación de las reservas y en la Native Land Law, ley de 1913 que establecía justamente que sólo el 13% del territorio podía tener el carácter de reserva tribal donde las poblaciones indígenas pudieran poseer tierra y practicar cultivos de manera autónoma.

La política segregacionista se desarrolló después –en los años que prepararon la llegada al poder de los nacionalistas que finalmente adoptarían el sistema de *apartheid*–, como forma de valorizar el estatus de jefes dependientes y despojados de todo poder. Desde entonces comienza a elaborarse la transformación de las reservas en "bantustanes"[131], más tarde conocidos también como *homelands*, "patrias", que debían servir para fundar instituciones de gobierno local por medio de Consejos tribales, con lo cual se negaba a la población africana cualquier acceso a instituciones representativas electas. Esta tardía eestrategia de valorización de formas inspiradas en el *indirect rule* debía cumplir la función de dar solidez, desde el punto de vista conceptual y político, a las nociones de diferencia y jerarquía entre los distintos componentes raciales y étnicos de la población, justificando así la adopción de un sistema de *apartheid*, de separación racial, en el que cada grupo racial

131 Término sarcástico formado por la unión del sustantivo *bantú* con el sufijo *–stán*, presente en los nombres de muchas comarcas de Asia central y meridional (Pakistán, Indostán, Afganistán, etcétera) *[T.]*.

y étnico debía gobernarse por medio de sus propias instituciones específicas. Naturalmente, la creación de *local authorities* así concebidas no tuvo en cuenta la ya profunda destribalización de gran parte de la población, que estaba establemente domiciliada en áreas urbanas y dependía del trabajo asalariado, ni la desestructuración ya irreversible de las áreas rurales, provocada por las guerras, las represiones, las confiscaciones de tierras, la dificultosa supervivencia en miserables reservas y la emigración masiva, sobre todo de jóvenes.

ÁFRICA DEL SUDOESTE: DEL EXTERMINIO AL BANTUSTÁN

El África del Sudoeste había pasado en 1919 de manos de los alemanes a las de los sudafricanos. Existían en el país dos diferentes sistemas productivos: en el sur y en la región central, los nama, herero, damara y basters eran preponderantemente criadores de ganado, que por la pobreza de las pasturas vivían dispersos por el territorio, organizados en pequeños grupos de estructuras sociales y políticas difusas y descentralizadas. En el norte, la población combinaba actividades agrícolas y pastoriles, y las estructuras políticas eran por lo general de tipo centralizado. La tierra era de la comunidad, pero existían, sobre todo en el extremo norte, formas de usufructo permanente.[34]

Tras una década de ocupación alemana, en 1893 casi todo el territorio de las comunidades pastoriles había pasado al control de ocho compañías concesionarias. Ello significó el fin de los sistemas de trashumancia, caracterizados por los continuos traslados a grandes distancias, y por un alto nivel de adaptación a las condiciones ecológicas. A fines de los años Noventa una serie de desastres naturales entre los que se contaba la peste bovina, que acabó con alrededor del 90% del ganado, completó la obra de destrucción de las comunidades pastoriles. Las dimensiones del problema en el centro y en el sur fueron reveladas por la rebelión de los herero y los nama en 1904. La represión se convirtió en un auténtico genocidio. La pérdida de tierras y ganado obligó a los sobrevivientes a buscar trabajo asalariado.

En el norte, los jefes de los ovambo se habían negado a firmar acuerdos con los alemanes, que por su parte habían demostrado escaso interés por territorios que no parecían poseer potencial minero. En consecuencia, los alemanes nunca ejercieron jurisdicción sobre los kaoko, ovambo, kavango o caprivi. El resto del territorio, en la zona de influencia del ferrocarril, fue denominado Zona de Policía. Allí, cerca de un millón de hectáreas, subdivididas en pequeñas reservas, fue dejado a seis comunidades indígenas. Con Rehoboth Gebiet, los indígenas ocupaban 2,7 millones de hectáreas. Se calcula que aproximadamente el 90% de la población masculina trabajaba en las concesiones europeas, que cubrían 13,4 millones de hectáreas (el 32% del área total, es

decir, de los 42,3 millones de hectáreas que se consideraban aplicables a la radicación de europeos). Los blancos adultos eran 1.587, y la fuerza de trabajo africana alcanzaba a 12.500 individuos. Los blancos poseían el 90% del ganado. Estaban además los *closer settlements*, 337 unidades de diez hectáreas cada una.

Ocupado en 1915 por Sudáfrica, luego mandato de la Sociedad de las Naciones, a partir de 1919 el territorio fue tratado como una extensión de la Unión Sudafricana. Alrededor de 6.000 de los 15.000 alemanes fueron repatriados, y se los reemplazó de inmediato por *farmers* bóeres, subsidiados con fondos públicos. En 1946, las *farms* (granjas) europeas de la Zona de Policía comprendían 32 millones de hectáreas, algo así como el 60% del área total, mientras que a los indígenas se les reservaban 4,1 millones de hectáreas. La enajenación de la tierra de los indígenas continuó en los años siguientes.

La administración sudafricana agrupó a la población, más de doscientas mil personas, en diecisiete reservas, de ninguna manera homogéneas desde el punto de vista étnico. Esencialmente debían servir como reserva de fuerza de trabajo para las granjas de europeos, para la mina de cobre de Tsumeb y para la región diamantífera de Luderitz. Los territorios tribales, Ovamboland, Okavangoland, Caprivi occidental, Zipfel y Kaokoveld, fueron dejados bajo la administración tradicional.

Los bondelswarts nama de la región de Warmbad en el sur, que ya se habían rebelado contra el gobierno alemán en 1903-1904, descubrieron que el régimen sudafricano no era por cierto menos penoso. Este pueblo de cazadores, para el que los perros eran un instrumento de trabajo esencial, se opuso en 1922 al aumento al doble de su valor anterior de la tasa que pagaban por sus fieles compañeros de cacería. El general Smuts envió una fuerza de 400 hombres fuertemente armados y dos aeroplanos, que bombardearon campos y asentamientos. Las víctimas fueron más de cien, en gran parte mujeres y niños, y hubo cientos de heridos, como en demostración de la brutalidad del gobierno sudafricano, dispuesto a valerse de los medios más drásticos para aplacar una revuelta de escasa importancia.

Los basters, población de ascendencia mixta europea, africana y malaya, instalada en tierras del Rehoboth Gebiet, se lanzaron a la protesta en 1923 para obtener un gobierno autónomo. Fueron aplastados por la intervención armada, que arrestó a más de seiscientos "rebeldes". Más adelante obtendrían los basters cierto grado de autonomía y, desde 1935, la posibilidad de elegir un Consejo Consultivo que asistiera al magistrado administrativo sudafricano.

En 1962, una comisión *ad hoc*, la *Odendaal Commission*, recomendó que el sistema y la legislación del *apartheid* fueran aplicados

in toto también en el territorio de África del Sudoeste. La Comisión propuso aplicar el modelo sudafricano de consolidación de las tribus para crear "patrias (*homelands*) étnicas". Se constituyeron seis "patrias" tribales, y el territorio asignado a las reservas pasó de 22 a 32,7 millones de hectáreas. Todo ello se hacía en abierto desafío a las instituciones internacionales, en primer lugar la Organización de las Naciones Unidas, a la que Sudáfrica no reconocía derechos de tutela sobre el territorio.

Las *homelands* estaban situadas en tierras áridas: no menos del 87% de la nueva "patria" de los damara era una región desértica o semidesértica, y el 30% de la *homeland* de los herero no era apto para actividades agrícolas, a causa de la ausencia de agua. Sólo en los años Ochenta, poco antes de comenzar las negociaciones que llevarían a Namibia al referéndum constitucional y a las elecciones por su independencia, serían abolidas las leyes raciales que impedían a los namibios la adquisición de tierra.

Las formaciones políticas de carácter nacionalista son historia de la posguerra. Así nacen el *Ovambo People's Congress*, fundado por Herman ja Toivo entre trabajadores emigrados al Cabo, y la SWANU (*South West African National Union*) en el Hereroland. Ambos movimientos unidos dieron impulso a una campaña internacional para pedir que se reconociera a Namibia el estatus de territorio bajo tutela de las Naciones Unidas, como se había hecho con todos los demás antiguos mandatos de la Sociedad de las Naciones.

Jefes tradicionales y movimientos políticos se unieron más tarde en la protesta contra la destrucción de la más antigua área urbana de asentamiento indígena, la *old location* de Windhoek, sede de una intensa vida cultural, social y política. El modelo de protesta eran las campañas de boicoteo del African National Congress en Sudáfrica. También en este caso la tarea de organizar la oposición y las protestas se convirtió en la encrucijada para la toma de conciencia común entre los grupos étnicos y laborales más variados, frente a la explotación sudafricana y la deshumanización que conllevaba su predominio. De aquella base social multiforme, aunque preponderantemente obrera, y de aquella agrupación de emigrados ovambo nace, en 1960, la SWAPO (South West Africa People's Organization), que habrá de convertirse en el motor de la oposición al control sudafricano y de la posterior lucha de liberación. Movimiento mayoritario pero no único, la SWAPO no llegó nunca a integrar por completo en su organización a las diferentes expresiones de oposición al colonialismo. La colaboración entre los distintos movimientos se volvió más difícil de lo que ya era al reconocer la Asamblea General de las Naciones Unidas a la SWAPO como "el único y auténtico representante de Namibia". Los Estados de la región comprometidos a apoyar diplomáticamente las luchas de liberación contra

los regímenes de minoría blanca y de *apartheid*, los países de la llamada Línea del Frente (Tanzania, Zambia, Angola, Mozambique, Botsuana, y desde 1980 Zimbabue), habían querido ese reconocimiento y lo apoyaban, convencidos –como lo exigía la idea-guía de la época– de que el partido único era el más eficaz instrumento para librar la lucha política y armada contra los poderes coloniales.

La historia política de los años Setenta se señala de manera especial por las elecciones ilegalmente organizadas por Sudáfrica para alcanzar una solución que le permitiera mantener por completo a Namibia dentro de su órbita. Pero esa aspiración no era compartida por los movimientos de liberación, aparte de que la ONU no aprobaba la solución prevista y la Organización de la Unidad Africana se oponía firmemente a ella. Por esa cuestión se enfrentaron movimientos nacionalistas en el exilio y la *Turnhalle Alliance*, una agrupación que había sido formada para respaldar las propuestas constitucionales sudafricanas sostenidas, sobre todo, en partidos creados y consolidados con apoyo y financiación de autoridades cuya base étnica estaba en las *homelands*: los partidos de los *coloured*, basters, swartbois, bondelswarts y blancos.

Desde 1975 y a lo largo de todos los años Ochenta la región fue escenario de dos guerras cruzadas, fomentadas por el régimen sudafricano en defensa de la preservación del *apartheid* y de la supremacía blanca: la invasión a Angola por tropas sudafricanas, y el apoyo a la guerrilla contra el gobierno de Mozambique del movimiento disidente RENAMO (*Resistência Nacional Moçambicana*). De hecho, desde 1975 y hasta la independencia de Namibia, Angola será, con la presencia de tropas cubanas y la ayuda soviética, una de las principales áreas de conflicto entre Este y Oeste.

La estrategia sudafricana de legitimación de una solución interna será batida en la segunda mitad de los años Ochenta por la combinación de un conjunto de hechos: la derrota del ejército sudafricano en la batalla de Cuito Cuanavale contra el ejército angoleño; la crisis económica y social interna de Sudáfrica; la nueva política de Gorbachov en favor de la colaboración para resolver los conflictos periféricos; la acción diplomática norteamericana, que promovió una negociación triangular, ampliada a la SWAPO, a los soviéticos y a los países de la Línea del Frente. Después de prolongadas negociaciones bajo patrocinio de las Naciones Unidas, en noviembre de 1989 tuvieron lugar las elecciones por la independencia de Namibia, las primeras libres y con sufragio universal. Dentro de un sistema multipartidario, el movimiento de liberación SWAPO surgió como fuerza mayoritaria, con el 57% de los votos.

La caída del muro de Berlín, por la misma época en que se hallaban en curso las primeras elecciones libres en Namibia, marca tam-

bién el comienzo de la parábola que llevará al régimen sudafricano a liberalizar el contexto político. Dentro del grupo blanco que gobernaba Sudáfrica, y en particular en el *National Party*, que ocupaba el poder desde 1948, surge una nueva clase dirigente, que determinará un vuelco radical al decidir la legalización de los movimientos políticos anti-*apartheid* y la liberación de los principales presos políticos, ante todo el líder histórico del más importante movimiento político de la población africana, el African National Congress (ANC): Nelson Mandela.

TIERRA, TRABAJO, PRODUCCIÓN: LA CROWN COLONY DE KENIA

En la región interlacustre existían, en época precolonial, importantes Estados, con diferentes niveles de centralización y caracterizados todos ellos por la presencia de soberanos que ejercían poder y autoridad sobre vastos territorios, y sobre diversos principados. En cambio, en la región que se extendía entre el valle del Rift y el Océano Índico se encontraban poblaciones de otras características, organizadas en su mayor parte en sociedades clánicas de pequeñas dimensiones, que desarrollaban actividades de agroganadería. Amplias áreas de pasturas se hallaban bajo el control de poblaciones nómadas y seminómadas, como los turkana, galla, masai, nandi. En las costas había ciudades-estado, ligadas con el comercio con Arabia y Oriente, étnicamente muy mezcladas y de cultura árabe-suajili, que a comienzos del siglo XIX estaban dominadas por dinastías de comerciantes de origen árabe. En ese siglo, la zona costera conoció una formidable expansión de la producción agrícola mediante el uso de mano de obra esclava. Esa expansión se vio favorecida por la modificación de las oportunidades comerciales que trajo consigo la apertura del canal de Suez.

A comienzos del siglo XIX, el apoyo británico, en función antifrancesa, al soberano de Omán permitió a los ingleses una política de ocupación efectiva del poder en sus dominios nominales del África oriental, al derrotar a la dinastía Mazrui que dominaba Mombasa, Brava, Merca y la isla de Pemba. A partir de 1873, cuando se firmó el *Frere Treaty* que cerraba de manera definitiva el mercado de esclavos de Zanzíbar, la isla se encontró de hecho bajo el control británico, y en 1890 se convirtió en protectorado formal.

Hacia fines del siglo los kikuyu se hallaban en expansión, empeñados en conflictos con los masai que a su vez competían entre sí por el control o la reconstitución de recursos, ganado y pasturas, perdidos con los gravísimos episodios de sequías de los años Treinta y Cuarenta, a los que habían seguido la epidemia de cólera de 1869, la de paludismo en los años Setenta, la viruela y las enfermedades del ganado. Ya hemos hecho referencia a la fuerza y resistencia de los nandi.

Los luo, instalados a orillas del lago Nyanza (Victoria), se gobernaban con sistemas descentralizados, en unidades territoriales sumetidas al control del linaje o de la familia dominante. En caso de necesidad, las unidades territoriales, o *pinje*, actuaban en colaboración. Además, desde el siglo XIX se verificaba un proceso de unificación, estimulado por las guerras con los pueblos vecinos. Los luya de los altiplanos occidentales eran una población agro-pastoril, también en expansión durante el siglo XIX, que se hallaba organizada en clanes sin un gobierno central, y a menudo en guerra entre sí.

En Kenia, el desarrollo de un efectivo control colonial, desde las costas al interior, por parte de la IBEA (*Imperial British East African Company*) fue un proceso lento y difícil. El instrumento de ello fue la construcción del ferrocarril que unía al puerto de Mombasa con el lago Victoria. Fueron necesarios más de 5 años para su realización, con mano de obra importada de la India. La Compañía estuvo en peligro de bancarrota porque al quedar terminada la línea en 1901 resultó difícil y dispendioso defenderla, junto con los comerciantes y empresarios que habían comenzado a instalarse a lo largo de su recorrido, por causa de la persistente hostilidad de las poblaciones.

Ya en 1901 se decidió crear en las Tierras Altas, definidas por su excelente clima y sus posibilidades agrícolas como *a white man's country*, comarca para blancos, una colonia para la radicación de europeos. Trasladada la capital administrativa de Mombasa a Nairobi, ya a comienzos de siglo era preponderante allí una reducida comunidad de *settlers* blancos de muy diversos orígenes, con preponderancia de bóeres sudafricanos[132].

Para los fines administrativos el territorio de Kenia se subdividió en provincias, y éstas en departamentos, distritos y *locations*, o áreas residenciales urbanas reservadas a los indígenas. Todas las formas de subdivisiones administrativas fueron colocadas bajo la jurisdicción

---

132 El mejor trabajo sobre el Estado colonial en sus distintas etapas: B. Berman, J. Lonsdale, *Control and Crisis in Colonial Kenya. The Dialectic of Domination*, James Currey, London 1990; luego lo sigue *Unhappy Valley*, t. I, *State and Class*; t. II, *Violence and Ethnicity*, James Currey, London 1992.

Sobre la fuerza de trabajo: A. Clayton, D. Savage, *Government and Labour in Kenya, 1895-1963*, F. Cass, London 1974, y P. Collier, D. Lal, *Labour and Poverty in Kenya 1900-1980*, Oxford University Press, London 1986. Cfr. también D. W. Troup, *Economic and Social Origins of the Mau-Mau, 1945-1953*, James Currey, London 1987; T. Kanogo, *Squatters and the Roots of the Mau-Mau, 1905-1963*, James Currey, London 1987.

Sobre las transformaciones económicas y el surgimiento de una clase media: G. Kitching, *Class and Economic Change in Kenya: The Making of an African Bourgeoisie 1905-1970*, Yale University Press, New Haven 1980.

Sobre la legislación agraria: H. W. Okoth-Ogendo, *Tenants of the Crown: Evolution of Agrarian Law and Institutions in Kenya*, East African Publishing House, Nairobi 1991.

de una *provincial administration*; sólo en las *locations* se concedió un papel administrativo a jefes africanos, designados por los residentes británicos y considerados agentes de la administración colonial. Esta *provincial administration* se convirtió en una verdadera casta burocrática, que durante toda la época colonial sería considerada modelo y ejemplo máximo de capacidad y eficacia administrativa. Producto de esta casta de administradores es la ideología paternalista inspirada en el principio de "tutela" responsable sobre los *natives*, para favorecer su gradual evolución hacia formas de civilización superiores sin perturbar la orgánica coherencia interna de cada comunidad tradicional o tribal. En la práctica, el paternalismo colonial fue ejercido como una forma de administración dirigista y conservadora, por lo general hostil a toda manifestación africana de autonomía o de oposición, ya fuera ejercida en formas tradicionales o modernas.

Una legislación de 1901, la *East African Lands Order in Council*, definía ya en ese año como "tierras de la Corona" a todas las tierras "públicas", vale decir, que eran consideradas incultas. Una posterior ordenanza de 1902 estableció que las tierras "vacantes" podrían ser vendidas o arrendadas. Los territorios kikuyu meridionales, en los que la población había sido diezmada por la epidemia de viruela de 1902, fueron declarados tierras vacantes, y consecuentemente expropiados para ser vendidos o arrendados a *settlers*. Los kikuyu, que vinieron a hallarse incluidos en los terrenos designados para ser vendidos, se convirtieron de un día para otro en *squatters*, ocupantes ilegales, sometidos a una legislación de prestación obligatoria de jornadas de trabajo a los nuevos propietarios, condición enteramente análoga a la servidumbre.

La mayor parte de las poblaciones de las áreas de radicación de blancos se vio obligada a mudarse a reservas especialmente señaladas, en las tierras marginales del altiplano. La primera reserva había sido constituida en 1904 para los masai, y había reducido notablemente su área de pasturas. En 1905 se crearon cinco reservas más. Las áreas concedidas a europeos, en amplia proporción bóeres de Sudáfrica, eran 86 en 1903, con una superficie total de menos de 5.000 hectáreas, pero en 1905 se había llegado ya a 263 concesiones, por 368.125 hectáreas. En 1912, alrededor del 20% de las tierras enajenadas para uso de los *settlers* europeos estaba en manos de sólo cinco tenedores, entre particulares y sociedades.

Recién en 1926 quedaron establecidos los límites de la veinticuatro reservas "tribales", con un total de 46.837 millas cuadradas, de las que 14.600 se encontraban en las áreas de tradicional trashumancia de los masai. Las reservas fueron subdivididas y organizadas según líneas "tribales", lo que sirvió para legitimar y consolidar la posición y los privilegios de jefes y ancianos, derivada de la colaboración con las

estructuras de poder del Estado colonial. La legitimidad de estos jefes fue objeto cada vez más frecuente de discusión cuando, a partir de los años Veinte, las consecuencias de la enajenación de tierras se hicieron sentir duramente en reservas sujetas a fuertes presiones demográficas, sobre poblaciones en expansión que se veían obligadas a emigrar. La enajenación de las tierras fue acompañada y seguida por la adopción de una legislación de tipo coercitivo sobre la fuerza de trabajo, en todo similar a la que ya estaba vigente en Sudáfrica. Definida en 1925 por el gobernador sir Edward Grigg como "la base en que se apoya toda la pirámide de la civilización en esta colonia", la legislación que regulaba el reclutamiento de la fuerza de trabajo respondía a las exigencias de desarrollo de *settlers* disponían de escasos medios de inversión, por lo que la ayuda del Estado era indispensable para disponer de trabajadores al más bajo costo posible. Un decreto de 1906, la *Masters and Servants Ordinance*, decretaba que quienes abandonaban el trabajo o rompían su contrato podían ser encarcelados. Otra disposición que prohibía el reclutamiento de mano de obra forzada fue corregido en favor de los *settlers*, con leyes rigurosas para el control sobre el flujo de fuerza de trabajo, las llamadas *pass laws*, y con el aumento de impuestos que obligaba, sobre todo a los jóvenes con pocos recursos, a ofrecer sus brazos a los *farmers* a cualquier precio. Con la ley sobre la obligatoriedad del *Kipande*, un documento semejante al *pass* sudafricano, que todo indígena debía obtener para poder circular, quedó organizado el control total sobre la población, funcional al reclutamiento obligatorio cuando fuera necesario el empleo de fuerza de trabajo en sectores públicos o privados.

Una ordenanza estableció en 1918 que los *squatters* que ocuparan porciones de tierras en *farms* de europeos debían pagar el arriendo en forma de jornadas de trabajo, que fueron fijadas en no menos de 180 al año, y en 1937 elevadas a 270. Además, se prohibió a los africanos de las reservas producir café por su propia cuenta, porque ello los habría alejado del trabajo asalariado y hecho que eventualmente entraran en competencia con los *farmers* blancos.

La legislación sobre los *squatters* afectó con suma frecuencia a gran parte de la población kikuyu. Aquellos que, privados de tierras desde 1909, se habían ido a instalar en el valle del Rift, región preponderantemente masai que contaba con escasa población, no tuvieron problemas hasta que su número y su éxito económico como agricultores y ganaderos convenció a los *settlers* de que debían pedir al gobierno la imposición de restricciones. Así fue que en 1929 gran parte de los cultivadores de la región que eran considerados *squatters* fueron desplazados a reservas ya superpobladas.

Las estadísticas sobre producción comercial revelan que por lo menos hasta 1914 los sectores campesinos africanos contribuían con porcentajes relevantes al mercado de exportación; por consiguiente, un proceso de expropiación y subordinación tan violento no parecía haber destruido por completo la agricultura africana. La imposición de nuevos tipos de tasas, que deberían ser funcionales a la oferta de mayor fuerza de trabajo, había tenido efectos diferentes: estimuló la búsqueda de trabajo asalariado, pero también la producción doméstica de productos agrarios para el mercado. Los que se ofrecían como braceros eran sobre todo los jóvenes no casados, sin medios para procurarse el precio de la novia y para iniciar el ciclo doméstico de formación de una familia. Por lo tanto, el deterioro de la producción campesina se debió a las ulteriores medidas coercitivas, y a la residencia obligatoria en reservas que no podían contener la presión demográfica. La escasa cantidad de tierras a disposición de los indígenas, el consiguiente deterioro ambiental y una deliberada política de concesión de privilegios y subsidios a la producción comercial de los *settlers* llevaron a la marginalidad a gran parte de la producción indígena. Los kikuyu en particular, la población más afectada por la enajenación de tierras y las medidas de restricción contra los *squatters* en el valle del Rift, vivieron más de una expropiación, e interiorizaron esa violencia como un atentado a su identidad y a sus posibilidades de supervivencia. Por otra parte, las mismas reservas estaban lejos de proporcionar algún grado de seguridad; hasta los años Treinta siguieron siendo tierras de la corona, y los africanos simples tenedores resultaban (*tenants at will*, tenedores según voluntad), instalados allí por "benévola" concesión de la Corona.

Kenia fue además uno de los frentes de la primera guerra mundial, puesto que limitaba con la colonia alemana de Tanganica. Proporcionó 10.000 soldados, y una fuerza de trabajo que sumó cuando menos 200.000 unidades, de las que murieron en servicio al menos 50.000, en batalla y a causa de la escasez de alimentos y de atención médica. Como contribución al esfuerzo bélico se incrementaron los impuestos, que fueron a afectar a poblaciones ya muy probadas. Después, en 1918-19 tuvo lugar en toda el África oriental la mortandad provocada por la gripe "española", ayudada en su difusión por el hambre debida al abandono de la agricultura por parte de los hombres llamados a la guerra.

En la posguerra, y a pesar del descontento, la administración colonial retomó una política de expropiación y explotación, todavía más decidida que la anterior. La población blanca, aunque había crecido, no era tan numerosa como en otras colonias de radicación: creció de 3.175 individuos en 1911 a 9.650 en 1921, y a 12.529 en 1926. Apenas 1.805 hombres sobre 5.800 se desempeñaban en la agricultura, 900 eran funcionarios gubernamentales y nada menos que 3.000 eran profesionales,

hombres de negocios y comerciantes. También había cambiado la proveniencia de los *settlers*, que ya no eran preponderantemente de origen sudafricano, sino inglés. En los años Veinte, por medio de la unión de colonia y protectorado, habían obtenido una representación electa en el Consejo Legislativo, considerable pero no tan fuerte como la de sus equivalentes en Rodesia del Sur, más numerosos y económicamente más sólidos.

En la sociedad de los *settlers*, dominada en los aspectos político y social por una clase aristocrática conservadora, la visión de la situación colonial llevaba la marca de las ideologías racistas. La construcción de una sociedad dominada por la idea de supremacía blanca no fue ejercida sólo contra los africanos, sino también contra los asiáticos: en los años Treinta los indios eran dos veces más que los europeos y constituían el núcleo básico de las actividades comerciales y la pequeña industria pero vivían en áreas urbanas segregadas, y no podían comprar ni arrendar propiedades en las tierras altas de los blancos (*White Highlands*); nunca llegarían a obtener un estatus de paridad con la población blanca.

La ideología en la que se basaba la acción de la administración provincial británica no favorecía, en líneas generales, la visión racista de los *settlers*, en el sentido de que para ella las diferencias entre razas y su respectiva jerarquía no dependían de una inmutable diferencia biológica sino que eran principalmente un hecho cultural. Además, la manera en que concebía a las sociedades africanas, como comunidades orgánicas integradas, estables y armoniosas, tradicionales en el sentido de que estaban dedicadas a preservar la continuidad y el orden esencial, hacía que la administración tradujera todo ello en términos de su derecho-deber imperial de "tutela". El permanente enfrentamiento respecto de las políticas indígenas que opuso a gobierno colonial y *settlers* puede ser leído en este marco. Se trataba de un enfrentamiento definido no tanto por la disparidad de intereses, puesto que el Estado colonial funcionaba sobre todo en provecho de los *settlers*, sino por el estilo ejercido, y por las concepciones acerca del futuro de la colonia. Los *settlers* querían la autonomía para ellos según el modelo de los *dominions*, con un gobierno que sólo fuera representativo de los intereses de los blancos. Sin embargo, eran demasiado débiles, en número y económicamente, como para poder lograr esos propósitos. Para la administración, el futuro de Kenia no era el gobierno de una exigua oligarquía blanca, sino la evolución lenta y gradual de las autonomías locales, basadas en las comunidades tribales, bajo la benévola guía colonial inglesa.

Todas las contradicciones y la ambigüedad de la política británica entre teoría y práctica están sintetizadas en la solemne declaración del *Devonshire Paper* de 1923, que definía a Kenia "antes que nada,

territorio de los africanos". Pero a la vez que se recalcaba la primacía de las responsabilidades de tutela imperial, se dejaban inmutables las estructuras concretas que se ocupaban de supervisar la la expoliación de las poblaciones africanas. La declaración sobre el primer lugar que debían ocupar los intereses de los africanos vino a traducirse, en efecto, en una política de más decidida intervención de la administración provincial en las reservas, cosa que contribuyó a hacer aumentar en las poblaciones los sentimientos de hostilidad. Ese cambio de política quería esencialmente preservar la supremacía blanca a través de la reestructuración del gobierno indígena, para así acomodar de manera más eficaz la política africana dentro de las estructuras administrativas y económicas de las reservas, con miras a una *dual policy* de "desarrollo complementario de las producciones indígenas y no indígenas".

En los años Veinte, grupos de jefes, ancianos y trabajadores comenzaron a organizarse en la Kikuyu Association, de la que surgió un ala militante, la *Young Kikuyu*, después *East African Association*, liderada por Harry Thuku. En el oeste de Kenia se mostró activa la *Young Kavirondo Association*. La *East African Association*, una agrupación interétnica, integrada por personas que venían de experiencias de trabajo diferentes, dio como postulados centrales de sus protestas la enajenación de tierras, la necesidad de abolir el trabajo obligatorio, la de aumentar los salarios y, no en último lugar, la de la participación política en los niveles locales.

Los conductores de estas asociaciones integraban la primera generación de kenianos con cierto grado de instrucción, insatisfechos de la condición subordinada de los jefes tradicionales, que se encontraban reducidos a meros instrumentos de la opresión. Sobre todo se oponían abiertamente a la ideología colonial de la tutela según el *dual mandate* expresado en el libro de Lugard, de 1926. Sus aliados naturales eran los líderes de la comunidad india, que conducían la protesta contra las políticas en materia racial. En 1922 la policía mató a numerosos participantes de una concentración política; Harry Thuku fue arrestado y condenado a once años de prisión. Se tildó de subversivas a las organizaciones, y de agitadores irresponsables a sus líderes. Lo que sobre todo preocupaba a las autoridades coloniales era la existencia de vínculos con clanes y facciones de las reservas, y la inserción en la dinámica política de éstas, en cuanto partes integrantes de un mundo "tradicional" que la administración colonial estaba empeñada en aislar de las influencias que derivaran de la modernización política. El temor de las autoridades era que estas asociaciones pudieran conectarse con otras formas de protesta, como los movimientos mesiánicos llamados *dini*, los cuales, de manera semejante a tantos otros que se estaban difundiendo por los mismos años en diferentes partes de África, declaraban

su oposición a la alienación colonial por medio del rechazo de la cultura europea, y predicaban el advenimiento de un milenio libre de opresores.

Desde 1928 empezó tener influencia la Kikuyu Central Association, cuyo líder, Jomo Kenyatta, alumno predilecto de Malinowski, gozaba de una popularidad que resultaba alarmante para las autoridades coloniales. La publicación en Estados Unidos de un estudio etnográfico suyo sobre los kikuyu[133], en el que se erigía en defensor e intérprete de la tradición –no de la representada por la autoridad colonial, sino una tradición que reivindicaba su propia identidad autónoma– provocó escándalo y preocupación. No solamente aparecía un africano proponiendo una determinada imagen y representación de África que se oponía a la de los colonizadores; al hacerlo el autor, hombre destribalizado que contaba con estudios superiores, que había vivido largo tiempo en Inglaterra y estaba casado con una inglesa, se hacía representar en la cubierta con vestimentas tribales. Los *settlers* y las autoridades coloniales tomaron esa imagen como un desafío formal.

Fue en Kenia donde se crearon los primeros *local native councils*, experiencia que en la segunda posguerra influyó sobre las reformas adoptadas en otros contextos coloniales. Estos *local councils* ampliaban la base de reclutamiento de las jerarquías indígenas de modo de poder cooptar a los "jóvenes progresistas" de los diferentes distritos; su objetivo explícito era hacer frente a las formas de protesta extrainstitucionales que se estaban desarrollando. Pronto llegaron a ser importantes instrumentos de colaboración y de control, e incluso de experiencia política y administrativa. Fueron cooptados a ellos, y electos, campesinos ricos, jóvenes instruidos, comerciantes, representantes de las nuevas clases potencialmente peligrosas para el orden colonial. Dominados por sus elementos más instruidos, los *local native councils* llegaron a ser en los años Treinta instrumentos del desarrollo general de las reservas, principalmente para beneficio de los intereses de los propios consejeros. Las diferencias entre una clase que se venía consolidando, integrada por los cultivadores ricos y por individuos instruidos con acceso a los recursos, y la masa de *squatters* y de campesinos pobres o sin tierra, o de jóvenes sin trabajo en las *locations*, se volverían irreversibles con las reformas del período de posguerra, y ese sería a la vez uno de los detonadores de la rebelión, que no fue dirigida contra los blancos sino de carácter anticolonial: un levantamiento de los grupos más marginados y privados de recursos contra el sistema colonial en todas sus estructuras y ramificaciones, es decir, contra los *settlers* y los administradores pero también contra los jefes nativos, los ricos, los privilegiados que

133 J. Kenyatta, *Facing Mount Kenya: The Tribal Life of the Gikuyu*, Martin Secker & Warburg Ltd., New York 1938.

colaboraban con el sistema. En efecto, el crecimiento económico de la producción que la guerra había hecho posible, y el boom posbélico, provocaron la aceleración del proceso de diferenciación social, incluso en las reservas. Los principales beneficiarios de la expansión económica fueron quienes habían logrado controlar tierras en las reservas, los jefes y otros funcionarios, con sus familiares y clientes, y los jóvenes instruidos, los *athomi*, lectores, de las diferentes escuelas, tanto de misioneros como autóctonas, cuyas capacidades y cuyos recursos podían ser empleados en inversiones en la producción y el comercio. Se profundizó una diferenciación social de nuevo tipo entre estos y los pobres rurales sin tierra, que sobrevivían con diferentes combinaciones de producción de subsistencia y trabajo asalariado estacional. La escolarización por los misioneros fue importante en la formación de élites instruidas que –si pertenecían a familias poderosas dentro de las dinámicas políticas locales– podían ambicionar invertir sus ganancias en actividades productivas, y en el desarrollo de una escolarización autónoma financiada por las comunidades, sobre todo en el área kikuyu.

Entre los kikuyu, precisamente, se desarrolló la oposición más radical al sistema colonial. Constituían la población que más había sentido las consecuencias de las expropiaciones de tierras. Miles de kikuyu se habían convertido en *squatters* sin tierras, o habían debido mudarse a reservas que por cierto no tenían los mismos recursos que las *stolen lands*, las tierras robadas. También era en la sociedad kikuyu donde más intensos y devastadores habían mostrado ser los procesos de diferenciación social.

Si en las reservas el gobierno colonial había alcanzado cierto éxito en reformar el sistema de control por medio de la cooptación de hombres nuevos, la masa que se sustraía a ese control representaba un problema. En los años Treinta eran 110.000, aproximadamente la quinta parte de la población total, quienes vivían fuera de las reservas como *squatters* o como trabajadores en las *farms*. La sociedad kikuyu era pues aquella que, más que ninguna otra en Kenia, había quedado transformada y convulsionada por el contacto con los europeos. Era también la más escolarizada, y la que, a pesar de la marginación, había logrado mayor éxito económico. Entre los kikuyu se contaban los productores y comerciantes más ricos de entre los africanos, y en los años Cincuenta los empleados y los obreros especializados de los sectores público y privado eran en su mayoría kikuyu. Por consiguiente, se los conocía como la población que más había avanzado por el camino de la modernización y, por ello, la que sentía con mayor fuerza, y expresaba con mayor vehemencia, la crítica al sistema colonial.

La Segunda Guerra Mundial significó un sustancial estrechamiento de los lazos entre las colonias y la metrópoli. Las colonias de-

bían contribuir al esfuerzo bélico, y en el período de la reconstrucción de posguerra aliviar en parte la aguda crisis económica y contribuir a la reconstrucción. La política británica, con una serie de disposiciones (las llamadas *Colonial Development and Welfare Acts*), por primera vez en su historia colonial en África proponía planes orgánicos de intervención para la expansión productiva de las economías coloniales, la cual sería financiada con capitales públicos. Como consecuencia aumentó el flujo de capitales privados de inversión, no solamente en los sectores agrícolas, mediante la introducción de nuevos cultivos, sino también en las industrias de transformación, en la manufacturera y en la construcción edilicia. Los planes de desarrollo siguieron apuntando también al desarrollo de la producción de los *settlers*, aunque en lo esencial se trataba de sistemas productivos parasitarios, en el sentido de que las ganancias de la agricultura no provenían tanto del mercado libre como de una serie de privilegios y servicios subvencionados. La fuerte expansión de la industria manufacturera fue asistida por fondos públicos y por el desarrollo de instituciones financieras. Entre 1947 y 1954 hubo un crecimiento anual del 13%, y una consiguiente aceleración del trabajo asalariado y de la urbanización, sobre todo en la capital, Nairobi.

Más de cien mil soldados kenianos habían servido en la guerra y recibido, por consiguiente, adiestramiento técnico básico para una amplia serie de oficios. Los veteranos de guerra que volvían de los frentes de combate en medio Oriente, la India y Birmania contribuyeron a la toma de conciencia social y política de sus familias, y se convirtieron en comerciantes, choferes, artesanos. El censo de fuerza de trabajo de 1947 señalaba 6.245 empleados del Estado y de empresas privadas, 40.532 artesanos y obreros especializados y 87.000 operarios no agrícolas, en su mayoría residentes en las ciudades. De todos modos, la mayoría de la población de las ciudades estaba formada por varones sin un trabajo garantido, que vivían de trabajos esporádicos y, con frecuencia, de actividades delictivas. Las *locations* de Mombasa y Nairobi eran lugares sumamente pobres, con viviendas escasas e inadecuadas y una casi absoluta ausencia de servicios.

Las reservas, según observaban el gobernador y los administradores, habían sido dejadas abandonadas a un peligroso estado de crisis económica y social. La fertilidad de las tierras estaba poco menos que agotada, sobre todo en las populosas provincias centrales y del lago Nyanza (Victoria), cada vez menos capaces de afrontar el aumento de su población. La conflictualidad respecto de los derechos de acceso a la tierra se exacerbó por la escasez de los recursos, que tendían a acumularse en manos de los jefes y de los más ricos. Los kikuyu más pobres, sobre todo los que vivían como clientes en tierras pertenecientes a otras familias, no tenían seguridad alguna. Los tribunales indígenas

habían llegado a la parálisis, por el inmenso volumen de los conflictos de tierras.

La *Kenya African Union* (KAU), fundada en 1944 y sostenida por un creciente consenso de población, sobre todo entre los kikuyu que vivían privaciones y discriminaciones, reclamaba proyectos de desarrollo agrícola, facilidades crediticias, la fijación de salarios mínimos y condiciones de trabajo razonables, inversiones en instrucción pública y, no como última medida, acceso a las libertades políticas. La reacción de la administración colonial a la agitación social y política, que tenía sus raíces en la específica forma de explotación colonial, consistió en ratificar el valor de la comunidad "orgánica" dentro de las reservas, para poner de nuevo en marcha lo que se consideraba debía ser la "evolución natural" de las poblaciones africanas. Esa política tomó forma concreta en la adopción de *closer administrations* (aproximadamente, "estrategias de gestión rigurosas"), con acciones de mejoramiento y racionalización de cultivos por medio de controles autoritarios, que abandonaron los métodos cooptativos del período prebélico. Los programas de desarrollo con financiación pública fueron administrados directamente por la *provincial administration*, que justificó su intervención paternalista como una defensa de las "tradiciones" contra la desintegración social. La administración intervino en los tres distritos preponderantemente habitados por los kikuyu, Kiambu, Fort Hall y Nyeri, para prohibir la apropiación privada de la tierra. Los kikuyu que querían transformarse en empresarios agrícolas y comerciales –para hacerlo, necesitaban títulos de propiedad privados sobre tierras, como medio de acceder a la financiación y a los mercados– interpretaron esta defensa de las "tradiciones" como otra manera más de frenar su emancipación. Para los kikuyu más pobres, el desarrollo marcado por los proyectos de *welfare* colonial, de conservación de suelos, de cultivos en terrazas e introducción de cultivaciones nuevas significó que se los requiriera para cumplir prestaciones de trabajo gratuitas o semigratuitas, por lo cual se consideró a esas iniciativas una nueva y más grave forma de explotación. Los programas de *welfare* desde lo alto, según prioridades que eran las de la administración colonial, pasaron así rápidamente a ser el eje maestro de la rebelión en numerosas áreas rurales. Dos de los mayores estudiosos de la Kenia colonial, Anthony Low y John Lonsdale, definen a la masiva intervención pública en la vida de los africanos que acompañó los planes de desarrollo de la posguerra como la "segunda ocupación colonial". Pero esta nueva forma de ocupación, al negar las raíces profundas de la miseria y el deterioro de las sociedades africanas tuvo por efecto poner en dificultades a los políticos moderados, dando así espacio a ideologías extremistas.

Por eso, fue la "segunda ocupación colonial" la que contribuyó a movilizar contra los jefes y contra los ricos cultivadores, considerados cómplices de los proyectos coloniales, a los más desheredados de entre los campesinos y también a los *squatters*, afectados por nuevas restricciones a los derechos de cultivo y cría de ganado. Los activistas de la Kau, bajo el liderazgo de Kenyatta, supieron ampliar la base de consenso de su partido mediante el desarrollo de una intensa propaganda de las ideas nacionalistas. Por otra parte, existía una fractura social y política entre los intereses ya consolidados de los jefes y los campesinos ricos, favorecedores de una política de moderación, y los de los jóvenes de las clases más marginadas, que no toleraban tanto gradualismo y atacaban sobre todo la voluntad de preservar el poder colonial. Esa fractura atravesaba a la propia KAU.

A comienzos de los años Cincuenta la situación se deterioró, y por fin, el 20 de octubre de 1952 se proclamó el estado de guerra; Kenyatta y otros 142 líderes políticos fueron detenidos bajo la acusación de complicidad en las actividades de rebelión violenta de una asociación secreta llamada mau-mau. Esa declaración de excepcionalidad constituía el reconocimiento de que el Estado ya no podía controlar las reservas kikuyu, las *locations* africanas en Nairobi y muchas áreas rurales de las llamadas Tierras Altas.

No se conocen ni el origen ni el significado del nombre de la sociedad secreta mau-mau. Sí se conoce su génesis: los mau-mau eran el resultado de la alianza de al menos tres grupos, que se hallaban entre los más afectados y menos esperanzados de la población kikuyu: los marginales urbanos sin empleo, los *squatters* expulsados de las Tierras Altas del hombre blanco y los campesinos pobres de las reservas. En todos los casos se trataba de jóvenes convencidos de que nada tenían que perder, y sí mucho que ganar de una campaña de terror. Fueron atacadas granjas de blancos pero también, y sobre todo, se atacó a los jefes, los agrónomos y los informantes de la policía. El poder colonial reaccionó arrestando también a quienes como Kenyatta, el político moderado, hubieran podido contribuir a aislar a quienes propiciaban el terror.

Los británicos consideraron el fenómeno como una reacción patológica a la modernización; tal concepción resultaba coherente con los estereotipos con los que se seguía representando, en el discurso oficial, la naturaleza de las sociedades africanas: atavismo brutal plasmado en un fanático culto religioso, probablemente creado y, sin duda, cínicamente manipulado por políticos sin escrúpulos, el más importante de los cuales sería el propio Kenyatta. Siguiendo esta teoría, que con distintos matices pasó a ser la versión oficial del gobierno de Kenia y de los *settlers*, si los mau-mau representaban un atávico rechazo de la

modernidad no era posible erradicar el fenómeno por medio de reformas. Al contrario, de acuerdo con la interpretación colonial habían sido precisamente las reformas de *welfare* los factores desencadenantes de una tan violenta reacción.

Elaborado con aportes de varios observadores y periodistas de la época, el "mito mau-mau" presentaba a la rebelión como una patología de la sociedad tradicional, que debía ser erradicada con el máximo de represión. Ni la campaña de contrainsurrección dirigida contra el *Land Freedom Army*, nombre que los mau-mau se daban a sí mismos, ni el encarcelamiento de miles de combatientes resolvieron más que el problema inmediato. Concluida la emergencia, aparecieron planes de "rehabilitación" y de "reconstrucción" de la sociedad kikuyu, inspirados siempre en criterios paternalistas: se reformulaba el concepto de tutela y, en cierta medida, se reconocía la centralidad del problema de las tierras, y la necesidad de reformas institucionales que garantizaran mayores derechos a la población indígena. El éxito de las producciones campesinas en Uganda, con costos menores que los de los *settlers*, era un ejemplo positivo que inducía a prestar oídos a los nacionalistas kenianos, y a favorecer sus tendencias moderadas y colaborativas. Con el Plan Swinnerton para la financiación del desarrollo agrícola, y las reformas constitucionales inspiradas en el principio del multirracialismo, la reconstrucción apuntó a reconponer un terreno sobre el que el régimen colonial pudiera durar. A mediados de los años Cincuenta no parecía posible ya un gobierno blanco de minoría, pero tampoco la independencia con un gobierno de mayoría.

Fueron una vez más las reformas, y sus efectos de aceleración del desarrollo económico, para beneficio de la acumulación de clases medias indígenas que se transformaron en latifundistas y empresarias, las que estimularon la formulación de demandas de pleno control de los recursos. Los propios sectores "moderados" que el poder colonial patrocinaba comenzaron a formular pedidos avanzados, y se organizaron para pedir no una continuación de la tutela, sino el *Uhuru*, la libertad.

A principios de los años Sesenta, eliminada toda restricción a la organización de movimientos políticos de nivel nacional, políticos kikuyu y luo integraron un partido, la KANU (*Kenya African National Union*), al que se opondría, con apoyo de la autoridad colonial, la creación de la KADU (*Kenya African Democratic Union*). La KADU era una coalición de grupos de pastores, conocidos bajo el nombre común de *kalenjin*: luya, masai, somali y giriama de la zona costera. Por estar menos insertos en la economía colonial eran los menos politizados de todos los grupos, y más que a ninguna otra cosa temían la dominación de los kikuyu y los luo. Pese al apoyo que la administración les brindó, las elecciones fueron ganadas por la KANU, que con los votos de kikuyu,

luo, embu, meru, kamba y kisii sumaba más del 60% de la población. En 1961 fue liberado Kenyatta, y se pudo formar el gobierno de transición que debía llevar a la independencia (1963).

La descolonización de Kenia constituyó un proceso complejo. Por más que en ocasión de la independencia el semanario *"The Economist"* apareciera con una imagen de Kenyatta en la tapa y el título "O*ur man in Kenya*", lo cierto es que su encumbramiento no representó el triunfo de los planes neocolonialistas. Hasta 1960 los británicos procuraron por todos los medios mantener el control colonial, y garantizar la posición dominante de los *settlers*; empero, las consecuencias de la reforma provocaron un cambio decisivo de orientación, hacia una estrategia de plena devolución del poder. El partido que obtuvo el gobierno representaba una coalición nacional interclasista, dominada por los grupos más consolidados económicamente, que querían ubicarse en un pie de igualdad con el capital internacional.

LA MINORÍA BLANCA EN EL PODER: RODESIA DEL SUR

La conquista de Rodesia por la BSAC, *British South African Company*, había estado signada por constantes brutalidades. Así también su dominación del territorio –que se reveló menos rico en recursos mineros de lo que había esperado Cecil Rhodes–consistió en pura y simple expropiación y depredación de los recursos. Entre 1893 y 1896 se confiscaron a los ndebele cabezas de ganado en gran número; vastísimas áreas fueron asignadas a empresas de prospección minera, o a concesiones que tenían por fin atraer inversiones en producciones agrícolas comerciales; el trabajo forzado pasó a ser la norma, y pesadísimas resultaron las exacciones obtenidas con el impuesto de capitación[134].

Las insurrecciones ndebele y shona (1896-97) sólo pudieron ser doblegadas con el auxilio del ejército británico, y con ingentes costos en vidas humanas. En el primer período, la política de la Compañía consistió en interesarse primordialmente por las actividades mineras. Estas, sin embargo, no tuvieron el éxito que se esperaba, porque los recursos no eran comparables con los del Witwatersrand y el *Copperbelt*. Por otra parte, tampoco se lograba resolver el problema de un eficiente reclutamiento de fuerza de trabajo a bajo costo. De ahí que la Compañía

---

134 R. H. Palmer, *Land and Racial Domination in Rhodesia*, Heinemann, London 1977; I. Phimister, *Zimbabwe: An Economic and Social History*, Longman, London 1988.

Además de los trabajos de T. Ranger que ya han sido citados repetidas veces, cfr.: T. O. Ranger, *Peasant Consciousness and Guerrilla War in Zimbabwe*, James Currey, London 1985. J. Iliffe, *Famine in Zimbabwe 1890-1960*, Mambo Press, Gweru 1990, rastrea las raíces de los períodos de carestía. Sobre el proceso de descolonización: M. Tamarkin, *The Making of Zimbabwe: Decolonization in Regional and International Politics*, F. Cass, London 1990.

pasara a estimular la expansión de la economía agrícola de radicación de europeos, con el consiguiente aumento de la presión sobre las tierras de africanos. Ya en 1910 la producción de tabaco por los *settlers* habia llegado a ser importante.

A pesar de las devastaciones de la conquista, las rebeliones y la peste bovina, las poblaciones de Mashonaland sobre todo habían retomado con éxito ya a fines del siglo XIX las actividades agrícolas de producción comercial de cereales. Y puesto que uno de los factores que habían precipitado la crisis de la industria minera había sido la escasez de mano de obra, desde comienzos del siglo XX se adoptaron más decididas políticas de limitación o restricción de la capacidad de producción agrícola autónoma de las poblaciones africanas.

El gobierno imperial, que ejercía poderes de supervisión sobre la BSAC, recomendó en 1894, por medio de la Land Commission (Comisión de Tierras), que se constituyeran en el territorio dos reservas "para el exclusivo uso de la población africana, según las costumbres tribales". Esas dos reservas fueron Shangani y Gwaai, áridas extensiones de terreno alejadas de la capital de los ndebele, Bulawayo, y que según la voz popular eran "no casas, sino cementerios". En Mashonaland se dejó para uso de las poblaciones indígenas el 37% de las tierras, todas ellas ubicadas en áreas pedregosas, no aptas para el cultivo. Las reservas de Msana y Kunzwi llamaron la atención de la BSAC, precisamente, por su excepcional fertilidad; a partir de 1908 la compañía se apropió de 500.000 acres (un millón de acres equivale a unas 400.000 hectáreas), y en 1914-15 de otro millón de acres de las mejores tierras.

En 1904 la Compañía aumentó al doble el impuesto de capitación y los impuestos al consumo, y desde 1909 los indígenas que cultivaban tierras libres debieron pagar arriendo. El peso de la tributación se incrementó aun más en 1912, al imponerse una tasa por derecho de pastoreo y otra sobre los perros que se empleaban para la caza. En 1922, alrededor del 64% del total de población se había visto obligado, por diferentes medidas administrativas y económicas, a trasladarse a reservas. Apenas el 30% de las tierras asignadas a indígenas se encontraba dentro de las 25 millas de distancia del ferrocarril., contra el 75% de las granjas de blancos. Los agricultores africanos, con tierras menos fértiles y alejados de la principal vía de comunicación y transporte, no podían siquiera intentar competir con la producción de los *settlers*.

El proceso, mientras relegaba a los indígenas a una posición de inferioridad, introducía nuevos elementos de estratificación social. Las sociedades shona y ndebele, que ya antes de la colonización no eran igualitarias, se estratificaron ahora en relación con la nueva geografía social y económica impuesta por la colonización. Las áreas indígenas próximas a ciudades y minas, servidas por el comercio, vieron nacer

actividades de producción agrícola, de animales y de elaboración artesanal (cerveza) para el mercado. Los jefes que habían colaborado con los blancos conservaron la posesión de notables manadas de ganado mayor. En los años Treinta, los ingresos obtenidos en el comercio y en el trabajo a sueldo –sobre todo en función de empleados y de trabajadores especializados, puestos que ocupaban quienes habían alcanzado cierto grado de instrucción, principalmente en escuelas de misioneros– se invertían en la compra de arados, y en mejoras cuantitativas y cualitativas de la producción comercial.

En estos grupos relativamente privilegiados de población indígena el proceso de acumulación y de inversiones se veía reforzado por la difusión de la ideología cristiana, que ponía énfasis en las virtudes de la disciplina, la responsabilidad y el compromiso, y en la conquista de instrucción y de conocimientos especializados en actividades laborales modernas. La administración colonial definía como *progressive farmers*, agricultores progresistas, a esta limitada clase de cultivadores indígenas. En vísperas de la primera guerra mundial ya era visible en algunos distritos cierto grado de estratificación social, con ricos agricultores o ganaderos indígenas en condiciones de monopolizar el uso de tierras, y también de adquirir más, puesto que existía un mercado libre de la tierra y, por contraposición, un número creciente de campesinos sin tierra y de *squatters*. La mayoría de las poblaciones rurales, con la excepción de uno que otro jefe, carecía de ganado, de arados y de recursos, y de la posibilidad de mandar sus hijos a la escuela. Los más menesterosos vivían en reservas que más parecían pedregales, o eran *squatters* de granjas de europeos, privados del mínimo derecho. Fue la sequía de 1912 la que hizo evidente por primera vez de manera dramática la degradación de la economía de subsistencia de los campesinos pobres. Muchos de ellos murieron de hambre, y numerosos sobrevivientes se vieron obligados a emigrar.

En 1923 Rodesia del Sur pasó a ser una colonia con estatus de gobierno plenamente responsable. La Asamblea Legislativa era elegida por la población de origen europeo. Por esa época, los europeos controlaban gran parte de las mejores tierras. En 1931, la ley de fraccionamiento de tierras (Land Approportionement Act) dividió formalmente al país en dos partes: un área africana, que comprendía las reservas indígenas y las *native purchase areas*, en las que los africanos podían obtener títulos de propiedad, y una zona reservada sólo a europeos. Las áreas sin asignar quedaban a disposición del gobierno para decisiones futuras. El área europea llegó a ser de 19.853.000 acres (casi 8 millones de hectáreas). Las reservas indígenas aumentaron poquísimo, y las *native purchases*, de sólo 3.021.000 acres (un millón doscientas mil hectáreas), ciertamente no respondían a las exigencias

de crecimiento de comunidades e individuos con capacidad de desarrollar actividades productivas. Más adelante se enajenaron tierras para la creación de parques nacionales, y en 1950 se crearon las *special native areas*, tierras tribales en las que no se permitía comprar tierra, pero sí poseerla en carácter comunal. Las áreas sin asignar desaparecieron como tales en 1958.

Con la citada ley la tierra era subdividida según categorías raciales, y la mayor parte de ella resultaba asignada a europeos. Entre 1936 y 1959 unos 113.000 africanos fueron deportados de las áreas europeas a las reservas. En 1958, la población africana de 2.550.000 individuos disponía de 41.950.000 acres de tierra, en tanto que la europea, integrada por 207.000 personas, retenía 48 millones de acres. Pero además el 70% de los europeos no eran agricultores: apenas 50.000 vivían de actividades agrícolas. Las tierras europeas estaban situadas en el salubre alto Veld, sobre el eje nordeste-sudoeste, y ocupaban gran parte de la zona oriental de las llamadas Tierras Altas, con lluvias regulares y seguras. En cambio, el bajo Veld, árido y con lluvias tan escasas como impredecibles, era el típico hábitat asignado a los indígenas.

Los replanteos aparecieron sólo hacia comienzos de los años '60, cuando los vientos de cambio soplaban ya sobre toda el África, incluso la austral. La cuestión de la tierra se convirtió en el problema central de la dinámica política interna. Pero en 1962, al ganar las elecciones el *Rhodesian Front*, partido de los *settlers* que se manifestaba contrario a la abolición de la ley de 1931, fueron adoptadas medidas en favor de una segregación aun más rígida. La minoría blanca, que dominaba el país a través de sus expresiones más conservadoras, proclamó en 1965 la que se conoce como UDI (*Unilateral Declaration of Independence*). La independencia no fue reconocida por Inglaterra ni por las instituciones internacionales, pero se ofreció a los africanos, vale decir, al 95% de la población, una política que fue definida como de "paridad". Tal paridad consistía en dividir el territorio en tres áreas: europea, africana y nacional. La europea y la africana debía tener aproximadamente igual extensión. Pero aparte de la enorme diferencia numérica entre blancos y africanos, no se tomó medida alguna para remediar al menos en parte la desigual distribución de los demás recursos; muy por el contrario, la segregación racial fue reforzada.

El movimiento nacionalista africano en Rodesia había nacido de toda una serie de grupos y asociaciones, que sólo después de la segunda guerra mundial se habían fusionado para formar el *Rhodesian African National Congress*. La organización, activa contra la Federación Centroafricana bajo la conducción de Joshua Nkomo, fue puesta fuera de la ley durante el estado de guerra proclamado en 1959. Nkomo escapó de ser arrestado y continuó con su acción, dando vida a sucesivas

formaciones políticas que, apenas comenzaban a actuar, eran puestas también fuera de la ley. En 1962 fundó la ZAPU *(Zimbabwe African Peoples' Union)*. En 1964 tuvo origen, entre líderes que propiciaban una más decidida política de oposición al gobierno blanco, un nuevo movimiento llamado ZANU *(Zimbabwe African National Union)*.

La base más firme de Nkomo estaba en Bulawayo, en los sindicatos y en las áreas rurales ndebele; la ZANU tenía seguidores en distintas regiones, pero sobre todo entre las poblaciones shona, basada en un discurso crítico de las estrategias reformistas. El régimen minoritario blanco, conducido por Ian Smith, encarceló a los principales líderes, entre quienes estaban Nkomo, Sithole y Mugabe. Los partidos debieron reorganizarse en la clandestinidad, y en el exilio en el exterior. En esas difíciles condiciones fue inevitable elegir la lucha armada de liberación nacional. El *Rhodesian Front*, en el poder desde 1965, aislado por las sanciones internacionales recibidas a causa de la declaración unilateral de independencia, se embarcó en un plan de industrialización mediante sustitución de importaciones, que tuvo notable éxito en cuanto a crear una infraestructura productiva e industrial interna indudablemente más sólida. El desarrollo económico provocó procesos de urbanización acelerada y, en general, una más fuerte conciencia política entre las poblaciones que en gran medida seguían siendo discriminadas en el acceso a recursos productivos y sociales. En las áreas rurales, los proyectos de desarrollo comunitario no podían resolver la crisis de sectores productivos campesinos duramente afectados por las sanciones, y privados de cualquier posibilidad de expresión política. También en este caso, como en Kenia, fueron las reformas y el desarrollo los que consolidaron el terreno para ampliar las demandas de emancipación política. Por otra parte aquí, a diferencia de lo que sucedía en Kenia, el poder no estaba en manos de una administración colonial paternalista que apuntara a una devolución[135] así fuera gradual de poder y autoridad a élites indígenas moderadas, sino de una minoría blanca racista que no tenía intención alguna de descolonizar, o de reformar las instituciones segregacionistas.

A partir de 1970, la apertura del frente en la región de Tete por la guerrilla del FRELIMO, que operaba contra el régimen portugués de Mozambique, dio a la ZANU la base logística que necesitaba para penetrar en territorio de Rodesia con operaciones militares. La lucha de liberación de Zimbabue –nombre histórico, elegido ya en en esos momentos como futuro nombre del Estado– se inserta y se coordina así con las luchas de liberación en curso en África austral contra el

135 En el sentido específico de *devolution*, restitución de poder a un área geográfica determinada por parte del gobierno central *[T.]*.

colonialismo portugués y contra el *apartheid*. En los años Setenta el África austral, última frontera del poder blanco en África, es una de las principales áreas de crisis e inestabilidad en el mondo.

SOMALIA: LA NACIÓN FRAGMENTADA

Población con una fuerte identidad étnica, lingüística, cultural y religiosa unitaria, los somali de la etapa precolonial no se hallaban políticamente organizados en una única entidad estatual. El reparto colonial los dividió en Estados coloniales distintos, y así fue como en 1960, cuando Somalia llegó a la independencia mediante la unión de las dos entidades coloniales –la Somalia ex italiana y el antiguo British Somaliland– se encontraban poblaciones étnicamente somali en regiones asignadas a Etiopía, a Yibuti y a Kenia. La reivindicación de una Gran Somalia que incluyera dentro de sus fronteras a todos los pueblos somali ha sido el tema central del moderno nacionalismo en Somalia, desde la independencia hasta estos días[136]. El fuerte sentimiento de identidad y pertenencia a una sola nación se remite sin embargo a una población fragmentada y dividida en su organización social y política de base.

Desde el punto de vista de tal organización social y política los somali, según los etnógrafos del siglo XIX, se hallaban subdivididos en seis amplias "familias de clanes", debiendo entenderse por tales a confederaciones de grupos de descendencia, cuyos miembros estaban todos vinculados con un antepasado común. Estas familias se encontraban dispersas por todo el árido y vasto territorio, pues estaban compuestas por pastores de ganado, de vida nómada o seminómada.

Cuando comenzó la penetración colonial, grupos de la más numerosa familia de clanes, los darod, se encontraban desde el norte hasta el Ogaden y Kenia. Los hawiye, numerosos en las llanuras centrales y en la región costera oriental, habían llegado hasta el río Giuba (Yuba). El clan de los bimal del distrito de Merca estaba ligado con la familia de clanes de los dir, la mayor parte de la cual se encontraba en las áridas llanuras del nordeste, entre Yibuti y Harar. Sólo los issaq estaban concentrados en lo que se convertiría en British Somaliland, en tanto

136 Cfr. Los trabajos de I. M. Lewis, *A Pastoral Democracy. A Study of Pastoralism and Politics Among the Northern Somali of the Horn of Africa*, Oxford University Press, London 1981, I ed.; Id., *The Modern History of Somalia: Nation and State in the Horn of Africa*, Westview, Boulder 1988. Véase también: L. V. Cassanelli, *The Shaping of Somali Society: Reconstructing the History of a Pastoral People, 1600-1900*, Pennsylvania University Press, Philadelphia 1982.

Sobre el Mulá: R. Beachey, *The Warrior Mullah: the Horn Aflame. 1892-1920*, Bellew, London 1990. A. I. Samatar, *The State and Rural Transformation in Northern Somalia, 1884-1986*, The University of Wisconsin Press, Madison 1989. Sobre el colonialismo italiano, R. L. Hess, *Italian Colonialism in Somalia*, University of Chicago Press, Chicago 1966.

que los digil y rahanwiin se hallaban en la región entre los dos grandes ríos (el Yuba y el Shebeli) de la Somalia meridional.

Las familias de clanes eran demasiado grandes y se hallaban demasiado dispersas como para constituir unidades efectivas de organización y de acción política. Por ello, la identificación primordial era con los clanes en que cada familia se encontraba subdividida. Había aproximadamente cincuenta clanes principales hacia fines del siglo XIX, de composición variable. Los más numerosos, ogadenos y miyurtinos de las regiones de Ogaden y Miyurtinia, se hallaban subdivididos en subclanes y en linajes. Estos subclanes funcionaban como unidades políticas, también muy flexibles. Se organizaban en alianzas transversales según los intereses específicos, es decir, en época precolonial en función de la competencia por el control de las pasturas, las fuentes de agua potable y las rutas caravaneras comerciales.

Clanes y subclanes eran también unidades territoriales, lo cual significa que controlaban áreas definidas del territorio, nunca homogéneas ni concentradas en el mismo lugar, porque el control de las pasturas y los recursos dependía del nomadismo, de las exigencias de la trashumancia que iban variando con las estaciones, de los ciclos ecológicos, de la importancia y las dimensiones del comercio, de los conflictos en desarrollo en las diferentes regiones. Clanes, subclanes y segmentos de clanes no ocupaban todos juntos las tierras de manera estable, sino que circulaban por el territorio según los itinerarios que debían seguir, mezclándose a menudo, y no siempre pacíficamente. De todos modos, lo que determinaba la preponderancia en cuanto a derechos de aprovechamiento de un territorio determinado era la fuerza colectiva de cada clan. Otro nivel fundamental de segmentación era el constituido por los "pagos de sangre" (*diya*), en los que un grupo de clanes o de parentelas aliadas asumía colectivamente la responsabilidad de compensar a quien había sufrido una injusticia o afrenta. Por consiguiente, no sólo las alianzas políticas aparecían segmentadas sino que nunca eran fijas o previsibles. En el sur, la relativa abundancia de agua había permitido la formación de una economía mixta, agro-pastoril. Los clanes allí instalados tenían un vínculo estable con la tierra. Además, junto a los lazos de descendencia se habían desarrollado también alianzas territoriales. En cambio en el norte prevalecía el grupo de descendencia, que podía no ser una unidad territorial.

La gran mayoría de los somalíes son musulmanes. No obstante, el islam es otro factor de unificación y, al mismo tiempo, de diferenciación. Al haber sido difundido por las diferentes regiones del país en épocas distintas, con la acción de santos peregrinantes, el islam se desarrolló sobre bases locales fuertes, y se caracterizó por rivalidades primero doctrinarias y después políticas entre las diferente órdenes

islámicas. Fuente de acción unitaria en el siglo XVI, en las guerras contra la Etiopía cristiana, y durante la lucha de resistencia del Mulá en época colonial, el islam no llegó a ser inspirador de un fuerte núcleo de poder congregante contra el colonialismo, ni de formaciones políticas en época poscolonial.

La sociedad de Somalia fue siempre, pues, una estructura social fragmentada en el aspecto político y en el social, por razones tanto ambientales como económicas y religiosas, pero con una historia de relativa integración en diferentes niveles: por medio de la periódica incorporación de grupos de descendencia en estructuras políticas más amplias, ya fueran confederaciones o Estados teocráticos; por la difusión de instituciones y prácticas islámicas; por las alianzas formadas con el desarrollo de redes comerciales de largas distancias; por la resistencia contra las invasiones extranjeras. De ese modo, la unidad cultural, étnica y religiosa, la fluidez para la incorporación de los diferentes segmentos en los sistemas estatuales y políticos, la continua segmentación entre grupos recíprocamente en competencia, la fiera oposición a las invasiones extranjeras, más allá de las divisiones, constituyen a la vez la fuerza y la debilidad de la "nación" somalí. En Somalia la penetración colonial no afectó en un principio a los clanes de pastores nómadas, sino a las regiones costeras con sus culturas urbanas y mercantiles de población mixta, compuesta por elementos somali, árabes, persas, indios, y que se hallaban dotadas de estructuras políticas estratificadas y jerárquicas. Las costas de Somalia se conectaban con el interior mediante el comercio caravanero, que proporcionaba diferentes productos, sobre todo carne. Ese comercio vivió una gran expansión con la apertura del canal de Suez y el establecimiento de bases británicas y francesas a lo largo de la ruta de las Indias.

En el sur la costa de Benadir, con el fértil valle del río Shebeli, se convirtió en un área de floreciente producción agrícola, que abastecía los mercados de las ciudades costeras de Mogadiscio, Merca y Brava. El cultivo de la tierra era realizado por comunidades de agricultores, conocidos con nombres que denotaban su origen esclavo o servil, en una dependencia de carácter clientelar con los clanes pastoriles que ejercían derechos de señorío sobre esas fértiles tierras. Se producían cereales y algodón, que los artesanos transformaban en tejidos. Las tejedurías norteamericanas de algodón, que tan importante papel tuvieron en el comercio del África oriental durante el siglo XIX, no alcanzaron a suplantar por completo la tradicional industria algodonera de Benadir, activa todavía en nuestros días. El desarrollo de la producción agrícola se valió del aporte de esclavos, que los buques esclavistas que huían de las cañoneras inglesas desembarcaban en las costas de Somalia. Los procesos productivos con empleo de mano de obra que no forma-

ba parte de los sistemas tradicionales de subordinación e intercambio permitieron a algunos jefes de clanes dominantes acumular ingentes riquezas personales.

En la región de Benadir, los años entre 1870 y 1910 han sido definidos como de disgregación política, dislocación económica y reorientación religiosa. Para la época en que se produjo la cesión a Italia de los puertos de la costa por el sultán de Zanzíbar, cuyo dominio sobre esas tierras era sólo nominal, la autoridad del sultán Geledi sobre los clanes del Benadir ya había disminuido notablemente, y la fragmentación resultaba favorecida por la crisis económica, que también reconocía como causa la expansión etíope en la región tras la conquista de Harar. El comercio caravanero del alto Shebeli y de Yuba quedó destruido. La abolición de la esclavitud, la difusión de una epidemia de peste bovina y la sequía de los años Noventa agravaron la situación. Se difundieron confraternidades islámicas, formas de solidaridad comunitaria por encima y más allá de los clásicos vínculos clánicos, o expresiones solidarias territoriales que reclutaban la adhesión de ex esclavos, campesinos empobrecidos o cuantos habían perdido estatus a causa de las guerras y las epidemias.

Entre 1893 y 1896 la presencia italiana se limitaba a una guarnición en el alto curso del Yuba, y a la actuación de unos pocos comerciantes en las costas. La Compañía del África oriental italiana (Compañía Filonardi), que había logrado firmar tratados de amistad con representantes de numerosos clanes del interior, y establecer un código comercial que combinaba elementos de derecho italiano con el derecho islámico, no recibió sino una atención muy escasa por parte del gobierno italiano, y terminó por quebrar. Hasta 1905 la región fue gobernada por otra compañía, ya que el gobierno italiano, después de la derrota sufrida en Adua en 1896, era poco propenso a las aventuras. Además, las poblaciones de Somalia habían mostrado repetidas veces que no eran fácilmente maleables. Recién en 1905 Italia asumió la administración directa del sur de Somalia, tras la quiebra de la compañía Filonardi (que había operado entre 1893 y 1896) y la del Benadir (entre 1896 y 1905). Los protectorados del norte, el sultanato de Obbia, instituido en 1888, y el de Miyurtinia, en 1899, siguieron como áreas de influencia italiana sumamente débil, y manteniendo amplísima autonomía. En 1908, las seis divisiones administrativas del territorio fueron reunidas bajo el nombre de Somalia Italiana, bajo el mando de un gobernador civil con amplios poderes, más tarde asistido por un consejo legislativo. Se crearon regiones administrativas, subdivididas en "residencias" y "vicerresidencias" (*residenze*, *vice-residenze*). El gobernador era responsable ante la oficina de Colonias del ministerio de Asuntos Exteriores, y a partir de 1912 ante el nuevo ministerio de

Colonias. Quienes ocuparon cargos de "residentes" adoptaron formas de administración indirecta paternalista. En 1914 fue redactada una lista de jefes reconocidos, que recibían un sueldo y debían convertirse en instrumentos de la administración. Quedaron reconocidas la *shariá* musulmana y la ley consuetudinaria somali, la *testur*. La ley indígena tenía que ser compatible con los principios jurídicos fundamentales de la ley italiana, y para los delitos no contemplados por la ley consuetudinaria se instituyó un *Tribunale dell'Indigenato* en cada una de las cuatro regiones en que quedaba dividida la colonia. Las penas consistían en confiscaciones de bienes, en puniciones colectivas, aplicables incluso por delitos personales, y en la deportación.

La situación económica de la colonia seguía siendo poco alentadora: el comercio declinaba por causa de los alzamientos, las concesiones se quedaban sin adquirentes o iban a la quiebra. En 1911, tal como lo habían hecho o intentado los demás gobiernos coloniales, se decretó que todas las tierras no cultivadas de manera permanente por los indígenas pasarían a ser de propiedad del Estado. En un país en el que la mayoría de la población estaba integrada por grupos de pastores nómadas o seminómadas, ello significó que el Estado colonial se quedaba con prácticamente todo el territorio. Pero como la capacidad administrativa y económica real de controlar de manera efectiva todas las tierras que acababan de ser declaradas del dominio público del Estado era escasa, sólo se procedió a dividir en concesiones, a la espera de adquirentes, a las tierras más fértiles del curso de los ríos Yuba y Shebeli: si el potencial agrícola de la colonia era escaso, igualmente difícil resultaba reclutar mano de obra entre los clanes y las poblaciones, que en buena parte consideraban al cultivo del suelo una actividad servil, no digna de nobles pastores. Aun en el seno del poco brillante panorama colonial italiano, Somalia estaba considerada "la Cenicienta de las colonias".

La ocupación del interior se había encontrado con acogidas distintas, que iban desde la colaboración a la abierta hostilidad, causadas por una mezcla de motivos políticos y personales. Las diferencias de opinión y de posición no se daban entre clan y clan, sino que atravesaban todos los grupos. Se trataba de divisiones que reflejaban tanto antiguas y consolidadas rivalidades entre facciones que venían compitiendo entre sí desde siempre como de situaciones específicas acerca de qué postura asumir respecto a la penetración colonial, si de resistencia pasiva o armada. La comunidad comercial se encontraba dividida entre quienes deseaban combatir a los italianos, por considerarlos responsables del declive de sus destinos, y quienes consideraban a la paz colonial como posible garantía de pingües intercambios. La resistencia de las poblaciones del alto Shebeli no era grata a los agricultores, que se veían excluidos del mercado de las costas. Como

se ve, las diferentes posiciones dependían de la forma de percibir los intereses específicos de la región en la cual se vivía, la actividad económica que se desarrollaba y la clase a la que se pertenecía. Los líderes religiosos asumieron posturas de activa resistencia, sin lograr crear jamás un frente unido. Las divergencias entre los diferentes grupos, y dentro de cada uno de ellos, serían luego intensificadas e instrumentalizadas por las políticas coloniales.

Shayij Mohamed Abdalá Hassán, llamado el Mulá, y por los ingleses el Mulá Loco (*Mad Mullah*), como conductor en 1899 de la confraternidad musulmana sufí de la Salihiya, presente sobre todo en la Somalia británica, declaró una guerra santa contra los ingleses y los infieles. Sus seguidores, a los que ingleses e italianos llamaron "derviches", diseminaron el verbo de la *yihad* por toda la región, desde Benadir a los protectorados de Obbia y Miyurtinia, y hasta el límite del Ogaden. Fue la resistencia del Mulá la que dio unidad a los clanes rivales en Benadir, y se convirtió en una suerte de bandera de la integridad cultural somalí contra el colonialismo inglés e italiano.

Una fuerza anglo-india, reforzada por tropas etíopes y de la Somalia británica, persiguió a los derviches hasta dentro del territorio de la Somalia italiana, sin vencerlos. El sultán de Obbia, Yusuf Alí, y su hijo, acusados de apoyar al Mulá, fueron arrestados con consentimiento italiano y deportados a Eritrea: un grave error político, que los sucesivos gobernadores trataron de subsanar. La guerra contra el Mulá vino a formar parte de los manejos diplomáticos de las potencias coloniales, orientados a afirmar las respectivas supremacías, y de los de los sultanes de los protectorados, que se aliaban entre sí o con el Mulá y que para asegurarse la autonomía iban ocupando alternativamente frentes opuestos.

La alianza entre los ingleses y el sultán de los miyurtinios obligó al Mulá a buscar un arreglo con los italianos, y en 1905 se firmó un tratado de paz. Se concedió al Mulá, en condición de tercer protectorado italiano, el territorio de Nogal, entre Obbia y Miyurtinia. Hasta ese momento, el prestigio del Mulá y el de su mensaje religioso habían ejercido influencia, sobre todo, en la región habitada por los clanes darod de la Somalia septentrional. A partir de entonces, Mohamed Abdalá al Hassán se convirtió en símbolo de la rebelión política contra el dominio extranjero. Como consecuencia, la posición de Italia en los protectorados se volvió aun más frágil que antes. Mientras Yusuf Alí, vuelto a la función de sultán en Obbia, aceptaba la presencia de residentes italianos, el Mulá la rechazaba y los miyurtinios, nada entusiastas, se resolvían, tras muchas vacilaciones, a aceptar la presencia de un solo residente.

En 1910 italianos e ingleses se concertaron para combatir a los derviches, quienes debieron abandonar el valle de Nogal. A la muer-

te del sultán de Miyurtinia en 1911, fue el gobernador italiano quien definió la disputa dinástica entre sus hijos, convirtiéndose así en el garante del mantenimiento del poder del hijo mayor, el cual aceptó una ampliación del protectorado italiano en sus dominios. El Mulá continuó su accionar, buscando incluso la alianza con los etíopes. Según fuentes británicas, la continua situación de conflicto había provocado la muerte de un tercio de la población total de *British Somaliland*. Terminada la primera guerra mundial, los ingleses organizaron una "solución final", atacando a los derviches en su reducto de Taleh. El Mulá, con unos pocos fieles, logró huir a Ogaden, donde murió en 1921, probablemente de pulmonía. El territorio de Nogal pasó a ser objeto de disputa entre Obbia y Miyurtinia.

En la posguerra, y por el impulso del duque de los Abruzos, Luis Amadeo de Saboya, explorador de los montes Ruwenzori (modernamente Rwenzori), se creó una organización llamada SAIS, *Società Agricola Italo-Somala*. Esta entidad inició sus operaciones de valorización agraria instalando en 1923 una moderna plantación entre Balad y Mahaddei Wen. Con el triunfo del régimen fascista en Italia comienza la era del "nuevo orden". La colonia, de la que apenas un tercio se encontraba bajo efectivo control, debía ser sometida y valorizada mediante la construcción de obras de infraestructura funcionales a la radicación de capitales públicos y privados en actividades productivas agro-ganaderas, otorgadas en concesión. Como instrumento de esa ocupación, cuyo primer propósito era privar de armas a los numerosos clanes y subclanes somalíes, armados hasta los dientes y en constante disputa entre sí por el control de las pasturas y de las fuentes de agua, debía haber una policía colonial reconstituida y potenciada, con efectivos reclutados entre poblaciones somali, árabes y eritreas, bajo la supervisión de la prestigiosa arma de los *carabinieri*. Los primeros en caer víctimas de la política represiva italiana fueron los galjal hawiye; después, con métodos en sumo grado expeditivos, se consumó el desarme de todos los clanes del sur.

Otros sistemas coloniales habían llevado a cabo campañas de pesada represión. En general, sin embargo, para las colonias británicas los años Veinte fueron de reformas, más que de represión. En todo caso, la opinión pública de esos países estaba en condiciones de denunciar los abusos que se cometían en las colonias mediante intervenciones de representaciones parlamentarias y a través de la prensa independiente. Eso no era posible en Italia. El régimen de partido único y una prensa controlada impedían que se alzaran voces discordantes respecto de la retórica sobre los "destinos imperiales" de la Italia fascista y su propaganda, que representaba bajo una luz positiva las intenciones y los métodos del colonialismo italiano, un colonialismo que, además, era

definido "proletario".[137] De hecho, los métodos empleados para el sometimiento de las poblaciones africanas fueron por completo análogos a los de cualquier otra potencia colonial, y en algunos casos fueron incluso más represivos, pues dependían de un gobierno dictatorial.

Autorizada la ocupación militar de Somalia por Mussolini en 1925, fue ocupado el territorio del sultanato de Obbia, recurriendo incluso a alianzas con los hawiye del sur del sultanato y al rearme de los habr ghedir. No sin resistencia se ocupó también Nogal y Miyurtinia, y en 1927 se firmaron los documentos de formal sometimiento en Mogadiscio, donde estaban presos los sultanes con sus familias. En 1924 había sido resuelta la disputa entre Italia e Inglaterra por la zona costera del Yuba, nominalmente perteneciente al sultán de Zanzíbar bajo protectorado inglés. El territorio con el puerto de Kismayu (Chisimaio) era escenario de guerras entre los clanes harti y los Mohamed Zubeir; en las costas estaban también los Abdalá Talamoye, hostiles a los harti que, a su vez, eran favorecidos por los británicos. Otros clanes, los marrehan y los aulihan de la zona septentrional no habían conocido todavía ningún tipo de dependencia de potencias o administraciones extranjeras. Había un solo apostadero militar inglés en Serenli, frente a Bardera, sobre el río Yuba. El Territorio del Transyuba (para los italianos, Oltregiuba) fue anexado a la Somalia italiana en 1926, y en 1928 todo el territorio, desde el río Yuba hasta los protectorados del norte, estaba ya bajo la administración directa del gobierno fascista.

La administración fascista se caracterizó por una fuerte presencia de militares y de métodos militaristas. Los jefes recalcitrantes a la plena colaboración eran severamente castigados y destituidos. Se instituyeron los primeros impuestos directos, que contribuyeron a duplicar la renta financiera del gobierno colonial. Se inició una política de valorización agrícola mediante la creación de nuevas concesiones, empezando por la de enormes dimensiones otorgada a la SAIS, el *Villaggio Duca degli Abruzzi*, de 25.000 hectáreas, de las que diez mil fueron cultivadas mediante el empleo masivo de mecanización, avanzados sistemas de riego y amplia experimentación de nuevos cultivos. La SAIS gozaba de notables privilegios: subsidios, precios preferenciales para la adquisición de maquinaria e *inputs*, uso de fondos públicos para la construcción del ferrocarril entre la concesión y la capital, Mogadiscio. El éxito logrado con la producción de azúcar permitió construir una refinería. La fuerza de trabajo era aportada por los shidle, una pobla-

137 Durante los años Treinta, la propaganda nazi y fascista llamaba "naciones proletarias" a Alemania e Italia, porque no tenían colonias o sólo tenían territorios coloniales pobres y dispersos, por contraposición a las naciones "burguesas" como Francia y Gran Bretaña, dotadas de ricos imperios coloniales *[T.]*.

ción de agricultores de lengua bantú a la que los clanes pastoriles de Somalia consideraban descendiente de esclavos y, por consiguiente, en posición de inferioridad social. A cada familia que trabajaba en la plantación se le otorgaba en concesión una hectárea de tierra irrigada, en la cual debía producir alimentos para su subsistencia y algodón, que la SAIS acopiaba como forma de pago por el arriendo de tierra de regadío. Llegaron a trabajar para la SAIS 2.400 familias, seis mil individuos en total, agrupados en dieciséis *villaggi* (aldeas) residenciales, cada uno de ellos dotado de su jefe "tribal", su mezquita y su pozo de agua.

La segunda empresa en importancia fue la *Azienda Agraria Governativa*, instalada en Genale, iniciada en 1912 y dirigida por el agrónomo Romolo Onor hasta su suicidio en 1918, causado por una depresión debido a que sus planes de gobierno eran hostigados y menospreciados. Esta hacienda de Genale fue recuperada a partir de 1924 mediante un plan de construcción de infraestructuras, con alrededor de cien concesiones por un total de 20.142 hectáreas, de las que 18.000 eran ocupadas por cultivos de algodón, bananas y oleaginosas, y de cereales para consumo local. Genale se convirtió en el área de principal producción de bananas. En Italia, la formación de un Monopolio oficial de bananas aseguró la rentabilidad, financiada en realidad durante largo tiempo por los consumidores italianos. En efecto, en el mercado mundial las bananas de Somalia costaban aproximadamente el doble que las provenientes de América del Sur. Los trabajadores de Genale eran agricultores de lengua bantú, los tuni torre; los contratos que los ligaban a la hacienda eran similares a los que estaban en vigor en la SAIS, aunque no tan ventajosos.

Otras áreas importantes de concesiones eran Afgoi, situada en Avai, en el curso inferior del río Shebeli, y Margerita y Jelib, ambas en el bajo Yuba. Los propietarios eran pequeños empresarios que a menudo iban a la quiebra, por no poder competir con las grandes concesiones que gozaban de apoyo gubernamental. Hasta 1922 el gobierno no se había ocupado en modo alguno de la instrucción de los habitantes de Somalia, si se exceptúa un intento de la asociación Dante Alighieri de establecer en 1907 una escuela en Mogadiscio para la enseñanza del italiano a los nativos. Sólo existía una pequeña escuela de misioneros, con un solo docente y poquísimos alumnos, cuando en 1924 se decidió otorgar subvención a la Misión de la Consolata, para instituir escuelas elementales para los hijos de italianos. Los misioneros siguieron siendo utilizados después de 1929, cuando la administración colonial asumió la plena responsabilidad sobre el sistema educativo, por otra parte precario en sumo grado. En 1935 se contaban diez escuelas gubernamentales, y otras cinco para huérfanos. De acuerdo con las estadísticas, los

estudiantes en escuelas de todos los tipos, tanto elementales como de enseñanza media, eran apenas 1.488.

Una constante de la política italiana fue considerar a Somalia una suerte de apostadero estratégico que podría servir como vía de penetración en el gran altiplano etíope. El régimen fascista retomó con fuerza el tema de la "cuestión colonial italiana" en términos de su expansión hacia los territorios meridionales y occidentales de Etiopía, a los que se definía como "colonias" que habían sido anexadas al imperio. Con el choque de Ual-Ual, a sesenta millas de la frontera provisional entre Somalia y Etiopía comenzó una etapa de preparación de la expansión. El problema del derecho sobre Ual-Ual no tuvo una resolución diplomática, y en 1935 se llegó al acuerdo con el primer ministro francés, Pierre Laval, con la renuncia de Francia a sus intereses expansionistas en Etiopía.

En 1935 llegó a Somalia el nuevo gobernador, general Rodolfo Graziani, cuya misión era preparar la máquina de guerra que el 3 de octubre de ese año desencadenaría la invasión de Etiopía. Con la caída de Adis Abeba el primero de junio de 1936 fue proclamado el Imperio: Eritrea, Etiopía y Somalia quedaban unidas en el África Oriental Italiana (AOI). El territorio de la Somalia "imperial" no era idéntico al que antes tenía, pues se le anexó el Ogaden, que estaba preponderantemente habitado por clanes somali.

El imperio del AOI fue breve: ya en 1941 las fuerzas británicas y del Commonwealth derrotaron al ejército italiano. El 25 de febrero de 1941 fue ocupada Mogadiscio, y luego cayeron Harar y Adis Abeba. El Ogaden siguió formando parte de Somalia, pese a las protestas etíopes, hasta 1948.

Con el tratado de paz de 1947 Italia renunciaba a sus posesiones coloniales. Los Cuatro Grandes no lograron llegar a un acuerdo sobre el futuro de las ex colonias italianas, y fue la asamblea general de las Naciones Unidas la que, tras escuchar la opinión de las comisiones *ad hoc* enviadas a las diferentes colonias, determinó que se otorgara inmediata independencia a Libia, que Eritrea fuera federada con Etiopía y que Italia asumiera la responsabilidad de la administración fiduciaria de Somalia con el fin de prepararla para la independencia en el curso de diez años. El acuerdo de tutela fue ratificado en diciembre de 1950.

El colonialismo había creado, por primera vez, un gobierno centralizado. Sin embargo, el reparto del territorio entre italianos e ingleses había significado la introducción de dos diferentes sistemas educativos y dos tradiciones administrativas. En Somalia habían surgido una economía y una sociedad moderna duales. Las poblaciones agropastoriles del sur, suplantadas por plantadores italianos, se habían transformado en asalariados agrícolas; algunos de los clanes pastoriles

del norte habían incrementado su participación en el comercio de exportación, pero otros habían permanecido al margen, cuando menos, hasta los años Cincuenta, cuando se abrieron los ricos mercados de los países árabes exportadores de petróleo. La competencia por el control de recursos y rutas comerciales permitió el enriquecimiento de algunos clanes y segmentos de clanes, empobreció a otros y, de todas formas, terminó por ser cada vez más dependiente de amplias redes regionales que involucraban a todo el Cuerno de África, a África oriental, Arabia y los países del Golfo.

Dentro de Somalia se habían formado durante la guerra grupos políticos de los que el más activo –la Liga de la Juventud Somalí– se oponía al retorno de la administración italiana bajo cualquier forma, mientras que otros grupos, organizados en la Conferencia de Somalia, se mostraban favorables. Sólo en 1955 la *Somali Youth League*, organización preponderantemente darod con base en el ex *British Somaliland*, se convenció de las buenas intenciones de la administración fiduciaria italiana. Esta preparó al país para la independencia por medio de la gradual instauración de consejos municipales electos, aunque el intento de modernizar los consejos tribales (*shir*), transformándolos en consejos de distrito (provinciales) no tuvo éxito. El Consejo Territorial, nombrado en un principio por los consejos tribales, pasó después gradualmente a estar integrado por miembros electos. En 1958 se eligió una Asamblea Constituyente. Al lado del éxito obtenido al introducir instituciones representativas, persistía el problema de la economía, y la espinosa cuestión de los límites con Etiopía. Con la proximidad de la independencia y después, a partir de 1960, pasó a ser un tema central de la política somalí el irredentismo, entendido como la reivindicación de una Gran Somalia integrada por la recuperación de parte de los territorios étnicamente somali de Etiopía oriental, de la región nororiental de Kenia y de la Somalia francesa.

PORTUGAL: EL COLONIALISMO IRREDUCTIBLE

En el reparto colonial Portugal obtuvo vastos territorios, que sólo pudo controlar con campañas militares de "pacificación", que duraron hasta 1924. La apertura a los capitales extranjeros no fue permitida sólo para invertir en las infraestructuras de base necesarias para promocionar producciones, sino también para incentivar las funciones de base de carácter administrativo: durante más tiempo que en otros sistemas coloniales los portugueses recurrieron a compañías estatutariamente autorizadas que administraban inmensas regiones, mediante sublicitaciones a compañías concesionarias.

Por otra parte, el recurso al crédito externo y a los capitales extranjeros, ingleses, alemanes, franceses, estaba ya institucionalizado

en Portugal, y era fundamental a fines del siglo XIX, por el crecimiento industrial y bancario. Portugal, país pobre y relativamente subdesarrollado en comparación con los otros Estados europeos, justamente en esos años del reparto de África pasaba por una grave crisis financiera, que requeriría drásticos recortes del gasto público y una reestructuración de la deuda externa, y volvía imposible la realización de inversiones importantes en las colonias. En 1904, el control extranjero de las economías coloniales era del orden del 46% de la inversión de capitales en Angola, y del 29,7% en Mozambique. El capital extranjero estaba invertido en compañías de transporte y de explotación agrícola y minera.

Las compañías estatutariamente autorizadas, que eran características de otros contextos coloniales, desde África occidental a África oriental y desde la central a la austral, usufructuaban poderes soberanos sobre amplias regiones y sobre millones de personas. En general, esas compañías quebraron por la escasez de capitales que pudieran ser invertidos con éxito en la exportación de productos tropicales o de minerales. Sus ganancias no dependían tanto del estímulo que brindaran a las actividades productivas como de su ejercicio de la dominación sobre las poblaciones africanas, a las que se impusieron tasas, se les confiscaron tierras y se forzó al trabajo obligatorio. Algunos historiadores han definido el régimen de las compañías como una forma moderna de feudalismo. Un feudalismo poco productivo y, además, imposible de manejar políticamente, por causa de sus métodos esclavistas y de los abusos cometidos contra las poblaciones, las cuales reaccionaban con permanentes rebeliones o con la pasividad. Inglaterra y Alemania abolieron sus compañías a caballo del siglo XX; sólo la BSAC *(British South Africa Company)* sobrevivió, aunque severamente controlada, hasta los años Veinte. Compañías francesas prosiguieron sus actividades en África ecuatorial hasta los años Treinta, y Portugal mantuvo compañías dotadas de responsabilidades de gobierno, que operaban en vastísimas regiones, hasta la década de los Cuarenta.

El vuelco de la política colonial portuguesa tuvo lugar con la llegada al poder de Salazar y la adopción del Acta Colonial, incorporada a la Constitución portuguesa de 1933. Abolidas las compañías, y uniformados los sistemas administrativos coloniales, el Estado asumió directamente la tarea de reglamentar el reclutamiento y la distribución de la fuerza de trabajo entre los diferentes sectores económicos: minas, plantaciones, colonos, obras públicas. El propósito era hacer que las colonias, según el ejemplo británico, fueran eficientes en la producción de las materias primas necesarias para el desarrollo industrial de la metrópoli. Se sistematizó el control de los trabajadores con la institución de la *Caderneta* (libreta) *indigena* y de los pases de vigencia mensual, en los que el empleador debía registrar los días efectivamente traba-

jados. Durante los mismos años en que, en el resto de África, estaban aplicándose las reformas de los sistemas coloniales, Portugal procedía a implementar la primera etapa de su efectiva toma de posesión de las colonias. La reorganización administrativa centralizó y uniformó todo el aparato administrativo, a la vez que instalaba un sistema rígidamente jerárquico que desde el gobernador general de cada colonia pasaba por los gobernadores de distritos, de estos a los administradores de *Circumscriçoes*, de *Concelhos* de lugares, a quienes se subordinaban los jefes tradicionales, a los *regulos regedores*, y a los ejecutores de las órdenes coloniales, *chefes de grupos de povoações*, *chefes de povoações*. Los *regulos* los jefes de cualquier tipo podían ser destituidos si no se los consideraba suficientemente eficaces y maleables.

La nueva política administrativa revaloraba a las autoridades tradicionales. El ejemplo británico hacía escuela, sobre todo en vista del éxito productivo alcanzado en Nigeria y la Costa de Oro, atribuido a la clarividencia y amplitud de miras de la política de *indirect rule*. Se promovió el estudio de los usos y las costumbres indígenas y, con el fin de integrar y armonizar el derecho colonial con los derechos consuetudinarios, fueron creados juzgados específicos para indígenas. Para racionalizar los controles se favoreció el traslado de poblaciones a aldeas situadas en los caminos de acceso a las zonas de producción. La actividad misionera recibió nuevo impulso, con preferencia por la actuación de misioneros de nacionalidad portuguesa, como forma de apoyo ideológico a la "nacionalización" de los indígenas.

Se procuró también revitalizar producciones ya existentes, como la de palma cocotera, la de sisal y la de azúcar. A la vez se introducían otras nuevas, café y algodón en los años Treinta, té en la década de los Cuarenta. Se difundió también el cultivo obligatorio de productos comerciales como el algodón, entre otros, y de cultivos alimentarios como el arroz, el mijo y el maíz. Esos productos sólo podían ser vendidos a las compañías comerciales que tenían el monopolio de cada región. Se perfeccionó el sistema de recaudación tributaria; así, el impuesto de *palhota* (choza para vivienda) fue reemplazado por la capitación, que a partir de 1942 debieron pagar también las mujeres.

Para los evasores había cárcel y trabajos forzados, que podían ser impuestos también a los miembros de su familia. Cualquier indígena que no pudiera demostrar que producía una cantidad determinada de productos comerciales –es decir, todos aquellos indígenas que se dedicaban a la agricultura de subsistencia– estaba sujeto desde la edad de 16 años al trabajo *contratado* (forzado) en áreas públicas, minas, plantaciones o establecimientos agrícolas de colonos, durante al menos seis meses por año. Las infracciones en materia impositiva, de trabajo y de obligación de cultivos específicos eran castigadas con trabajo co-

rreccional, servicio militar y deportación a las plantaciones de cacao de Santo Tomé. Se podía apresar también a la mujer y a los hijos de quien escapara de sus obligaciones, y mantenerlos detenidos hasta que el culpable se entregara. Los jefes tradicionales, con la asistencia de la policía indigena, los *sipaios*, eran responsables directos de controlar ese sistema de coerción. Su fama de crueldad y de abusos sigue viva todavía hoy, al punto de que la palabra *sipaio* constituye una ofensa.

En la segunda posguerra, cuando las mayores potencias coloniales concedían representación política, por lo menos en el nivel local, a personas no pertenecientes al sistema tradicional, y permitían la organización de sindicatos y partidos políticos, Portugal se inclinó decididamente por la consolidación de sus dominios. Parte de la emigración portuguesa que se dirigía hacia otros países europeos y hacia el Brasil fue canalizada al África, y se formaron considerables fondos de inversión para infraestructuras en áreas urbanas y rurales que facilitaran la instalación de colonos portugueses en tierras expropiadas a las poblaciones. Las reformas del sistema de salarios y la organización de servicios de asistencia social estuvieron dirigidas principalmente a los indígenas de clase media y baja que residían en ciudades. Desde mediados de los años Cincuenta se permitió la formación de cooperativas indígenas de producción y comercialización. Se trataba de una estrategia orientada a reforzar la presencia portuguesa y, al mismo tiempo, a consolidar la posición de las pequeñas clases medias indígenas, por otra parte limitadísimas en número, que se consideraba debían ser cooptadas en función de aliadas del proyecto de transformación de las colonias en "territorios de ultramar", sin descolonización. En esta etapa comenzaron a perder su importancia las autoridades tradicionales, consideradas demasiado atrasadas para conducir la modernización de las colonias. Portugal, alarmado por un posible contagio de la fiebre de descolonización en marcha en África, y por la influencia que podían ejercer los grandes movimientos políticos y sindicales del África austral, veía reforzarse con su estrategia reformista el control que venía ejerciendo sobre sus colonias. Los movimientos políticos y sindicales que hemos citado protestaban en Sudáfrica contra la puesta en vigencia del régimen del *apartheid*, y en Niasalandia y las Rodesias hacían agitación, primero, contra la propuesta Federación Centroafricana, y luego contra la formación de un gobierno blanco minoritario. Entre 1948 y 1965 obtuvieron su independencia todos los países importantes de la región austral, con excepción de Namibia y los *High Commission Territories* bajo el mando del Alto Comisionado del Cabo, por lo que las colonias portuguesas se hallaban expuestas a la influencia de los acontecimientos de Zaire, Tanganica, Zambia, Malaui, a través de los innúmeros lazos que se iban creando en la emigración. Se procedió

a organizar, en colaboración con los servicios secretos sudafricanos y rodesianos, un formidable aparato represivo, centrado en la tristemente célebre policía secreta PIDE, activa desde mediados de los años Cincuenta. Cualquier forma de protesta era definida por la propaganda como un complot dirigido desde afuera; toda actividad política estaba prohibida, y cientos de jóvenes conocieron la prisión o el exilio.

A pesar de la política salazariana de nacionalización de las colonias, el presupuesto de Mozambique seguía dependiendo en los años Sesenta, preponderantemente, de los ingresos por exportación de mano de obra a las minas de oro del Witwatersrand. A partir de los años Cincuenta, y paralelamente a la transformación industrial en Sudáfrica, Mozambique se había convertido en área de expansión privilegiada de las inversiones sudafricanas en empresas agrícolas e industriales, infraestructura y construcciones. En el mismo período, Angola experimentó un crecimiento económico más sólido. A fines de los años Sesenta era el cuarto productor mundial de café, producto que hasta 1972 siguió siendo la principal exportación del país, pues superaba a la de petróleo. En especial Mozambique, pero en cierta medida también Angola eran, cuando el resto de África era ya independiente o estaba en vías de serlo, colonias poseedoras de notables recursos, pero que se caracterizaban por el considerable atraso social de sus aparatos productivos. El progreso de la escolarización había sido bajísimo, y seguiría siéndolo hasta la independencia. Sin embargo, aun dentro de ese cuadro, a fines de los años Cincuenta las colonias representaban para Portugal una notable fuente de recursos: el boom económico de los años Cincuenta había favorecido las exportaciones de productos agrícolas, por lo que en los intersticios de ese éxito habían comenzado a consolidarse clases de productores campesinos indígenas, los cuales se convirtieron en partidarios de la descolonización. A comienzos de los años 60 se desarrolló en Angola el boom de la producción diamantífera, del hierro, el petróleo y el café. En Mozambique, el sector más rentable seguía siendo la venta de fuerza de trabajo, y de servicios portuarios y ferroviarios a Sudáfrica y Rodesia. La producción de algodón, de importancia cada vez mayor, seguía basándose en la superexplotación de los campesinos, que preferían emigrar en masa antes que someterse a una obligación mal remunerada. En efecto, todo el sistema productivo continuaba apoyándose en el trabajo forzado, es decir, en la extremada explotación de la fuerza de trabajo. Sólo en 1955 se promulgó un decreto que regulaba los contratos compulsivos, que debían ser utilizados únicamente en obras públicas, aunque tal disposición no pasó del papel. Incluso después de la abolición del trabajo forzado en 1962, las diferencias en términos de salario entre indígenas, *assimilados* y blancos siguieron siendo considerables, y el trabajo forzado, disimulado bajo otros nombres, continuó

siendo la norma. La industrialización vivía una etapa de sustitución de importaciones, que favorecía al sector de los colonos o a la economía sudafricana. En efecto, en los años Sesenta tanto Angola como Mozambique se integraron más profundamente en un sistema económico regional dominado por la Sudáfrica del *apartheid*, considerados por ese régimen dos indispensables bastiones de defensa de la supremacía del poder blanco en la región austral, junto con la Rodesia de la UDI.

La naturaleza del colonialismo portugués, que en el curso de los siglos se había transformado de mito histórico en un pilar del nacionalismo conservador, y su ubicación geopolítica en relación con la Sudáfrica del *apartheid*, determinaron la exclusión de Angola y Mozambique de la primera etapa, negociada, de la descolonización. A la política de poblamiento de las colonias (entre 1930 y 1960 se pasó en Angola de 30.000 a 200.000 blancos, y en Mozambique de 18.000 a 85.000) vino a agregarse una política di *assimilação uniformizadora*, dirigida a limitados sectores privilegiados de pequeña burguesía en las colonias, con el fin de crear en ellas consenso en favor de la continuidad del dominio lusitano. El luso-tropicalismo, que se declaraba no racista, fue recibido como la forma más alienante de exclusión y discriminación de grupos, a los que se pedía que con la asimilación renunciaran a su identidad *in toto*. En la posguerra aumentaron en las colonias las tensiones entre los emigrados portugueses pobres, en amplia medida analfabetos pero que de todos modos gozaban del privilegio del color de la piel, y del hecho de ser ciudadanos de la potencia colonial, y los sectores indígenas de pequeña burguesía, trabajadores y agricultores, tanto en la ciudad como en las regiones rurales en las que había considerable presencia de blancos.

El *Estado Novo* salazariano había institucionalizado la función de la Iglesia católica portuguesa, en afinidad con el proyecto de educar a los indígenas en condición de súbditos fieles y de cristianos obedientes y disciplinados. En 1955 sólo había recibido algún tipo de instrucción –por lo común, rudimentaria– alrededor del 5% de la población africana de Mozambique, y el 12% de la de Angola. No es casual, pues, que la mayor parte de los líderes de ambas colonias provinieran de escuelas sostenidas por las misiones protestantes.

La abolición en 1961 del *Estatudo dos indigenas*, que desde el punto de vista formal transformó a los súbditos coloniales en ciudadanos portugueses, no eliminó las discriminaciones. La propaganda favorable al mito de una sociedad colonial de composición multirracial se volvió contra sí misma, mientras precisamente de los círculos de intelectuales asimilados y racialmente mixtos surgía la búsqueda de una identidad nacional anticolonialista. Estudiantes y poetas –en su mayor parte angoleños, pero provenientes también de todas las demás colonias

portuguesas de África y Asia– reunidos en Luanda en torno a la revista "Mensagem" y, después de su clausura, en los círculos culturales de Lisboa, se proponían seguir el camino opuesto a la asimilación: al concepto de cultura lusitana oponían el de cultura africana, sobreentendiendo que esta sólo podría prosperar en ausencia de la primera. Entre los colaboradores de "Mensagem" hallamos los nombres de quienes se convertirán en líderes de los movimientos de liberación, desde Agostinho Neto a Amílcar Cabral. Era aquella una generación de jóvenes, poetas, médicos, ingenieros, literatos, que quería construir una identidad nacional por fuera de la hipocresía del lusotropicalismo y contra ella, que sólo había servido para ocultar opresión y discriminación. Pero no fue un proceso fácil el de vincular a las élites que residían en zonas urbanas, o en exilio en el extranjero por ser pasibles de encarcelamiento, y las poblaciones de países extensos y heterogéneos. Había ya un principio de consenso favorable a la organización de movimientos políticos, que después serán los de la lucha armada, los grupos de liberación nacional; lo había pese a las diferencias entre región y región dentro de un mismo país, favorecido por las condiciones de dura represión, atraso y discriminación en que se encontraban las poblaciones. Los movimientos de liberación de las colonias portuguesas se organizaron contra esa común cultura de opresión, diferenciándose en su composición, su estrategia y su ideología, pues en cada contexto su capacidad de acción estaba orgánicamente ligada a las características específicas que la explotación y la alienación coloniales asumían allí.

La última etapa del colonialismo portugués está signada, entonces, por los más de diez años de guerras coloniales. En Angola se formaron tres diferentes movimientos de liberación: el MPLA, *Movimento Popular de Libertação de Angola*, fundado en 1956 y arraigado sobre todo en la región de Mbundu y entre los *mestiços* de zonas urbanas; el FNLA, *Frente Nacional de Libertação de Angola*, que tenía apoyo de los bakongo, en el norte del país; por último, la UNITA, *União Nacional para a Independência Total* de Angola (UNITA), fundada en 1966 con base en la población ovimbundu. En Mozambique no tenía rivales el FRELIMO, *Frente de libertação de Moçambique*, como no los tenía en Guinea-Bissau el PAIGC, *Partido Africano da Independência da Guiné e Cabo Verde*. En tanto, en la metrópoli, los costos financieros, políticos y sociales de las guerras coloniales, el aislamiento internacional, las fracturas internas del ejército, el descontento de los ambientes económicos que deseaban ser admitidos en la Comunidad Económica Europea (CEE), la creciente oposición obrera, llevaron a la crisis del gobierno Caetano. Un influyente y popular general, António de Spínola, con dilatada experiencia de guerra en Guinea-Bissau, supo individualizar la solución en un libro que salió en febrero de 1974 y tuvo de inmediato un inmenso impacto

sobre la opinión pública interna e internacional: había que poner en marcha el proceso de concesión de la autodeterminación, en torno a la construcción de una comunidad lusitana de países, dotados todos de igual dignidad e integrados tanto económica como financieramente.

Como se ve, la reforma que proponía de Spínola no preveía la descolonización. Al mes de la publicación, en marzo, con de Spínola y el general Costa e Gomes, jefe del Estado Mayor del ejército, en situación de arresto, fue aventada una primera intentona de golpe de estado. Por fin el 25 de abril, con un golpe militar sin derramamiento de sangre, cayó en Lisboa el gobierno Caetano, entre demostraciones de entusiasmo popular. Se iniciaba la "revolución de los claveles", y los jóvenes capitanes que dominaban el Movimiento de las Fuerzas Armadas, dirigidos por Otelo Saraiva de Carvalho, se declararon favorables a la independencia de las colonias.

En mayo comenzaron en Londres las negociaciones entre el gobierno portugués y el PAIGC, que concluirían rápidamente con la independencia de Guinea-Bissau, declarada el 10 de setiembre de 1974. Este territorio pobre y sin importancia estratégica podía ser dejado en manos de quienes ya lo gobernaban de hecho, los guerrilleros del movimiento de liberación, los cuales habían declarado la independencia el año anterior, y obtenido el reconocimiento de más de cien países. La fecha de la independencia de las islas de Cabo Verde fue decidida para el 5 de julio de 1975, tras un referéndum. Las negociaciones por Mozambique y Angola fueron mucho más complejas: Mozambique dependía casi por completo de Sudáfrica, y los colonos portugueses contaban con apoyo en los regímenes de poder blanco, en tanto que ejercía influencia sobre el gobierno portugués un sector que quería dar largas a la independencia. El FRELIMO demostró gran capacidad diplomática en negociar y aceptar un gobierno de transición durante un año, hasta el momento prefijado para la independencia, el 25 de junio de 1975.

En el caso de Angola todo el proceso se vio complicado por la existencia de tres movimientos de liberación que eran rivales entre sí, con ideologías y sistemas de alianzas diferentes. Además, Angola era un país de fundamental importancia económica para los portugueses, y estratégica para los países de la región. En especial, la orientación ideológica del futuro gobierno angoleño y su alineación, en África y en el mundo, preocupaban no poco al régimen del Zaire que, atravesados los turbulentos años de la disolución del Estado –con la secesión de Katanga, tras el asesinato del primer ministro Patrice Lumumba– y del extremo sectarismo, había recuperado solidez bajo el imperio de la alianza entre el gran capital y el ejército dominado por Mobutu, su hombre fuerte. La independencia de Angola resultaba, pues, mucho más problemática, con la importante presencia en el país de capitales fi-

nancieros internacionales, con su gran número de colonos blancos, con su ubicación geopolítica como eje entre Zaire y Namibia, en pleno corazón de la región más rica en recursos de toda África, con las diferencias entre los distintos movimientos de liberación y sus diferentes bases regionales, aliados, por otra parte, a intereses externos divergentes. El MPLA era el movimiento representativo de la intelectualidad de las clases medias urbanas de las costas, y tenía conexión con el movimiento de países no alineados y con la URSS; el FNLA, sostenido sobre todo por el Zaire de Mobutu, ostentaba una posición prooccidental; la UNITA había recibido ayuda de China, aunque en realidad sus contactos más importantes se hallaban entre los ambientes coloniales. La frágil solución encontrada fue la formación de un gobierno de coalición transitorio, con participación de los tres movimientos, y la programación de la independencia para el 11 de noviembre de 1975, en coincidencia con los cuatrocientos años de la fundación de la ciudad de Luanda.

MOZAMBIQUE

La historia de Mozambique ha estado señalada siempre por acontecimientos traumáticos. La presencia portuguesa en las costas, en competencia con hombres fuertes árabe-suajilis en el norte y con distintos Estados del altiplano interior, sobre todo el reino de Monomotapa, se había hecho sentir desde fines del siglo XVI, principalmente a causa de la devastación traída por la trata esclavista, principal y trágico comercio de la región, que afectó con máxima intensidad los territorios de las costas y el interior del África oriental, de norte a sur, sobre todo en el curso del siglo XIX. El reparto colonial verificado a fines de ese mismo siglo significó la constitución del vasto territorio que llamamos Mozambique como colonia bajo el dominio portugués. Un territorio de características ecológicas, étnicas y políticas sumamente variadas, por su composición y por sus puntos de referencia histórico-económicos. El colonialismo portugués halló grandes dificultades para afirmar su efectivo control, y en ninguna de sus etapas logró valorizar los recursos existentes. En efecto, la explotación colonial se fundó, casi hasta su finalización, a mediados de los años Setenta del siglo XX, sobre todo en formas de reclutamiento y manejo coercitivo de la fuerza de trabajo (trabajo forzado, cultivos obligatorios), porque las finanzas coloniales dependían en gran medida de los ingresos provenientes de la emigración de trabajadores a las regiones mineras y agrícolas de Sudáfrica, como Transvaal y Natal. En efecto, Mozambique se convirtió rápidamente en la principal fuente regional de reserva de fuerza de trabajo para las minas de oro del Witwatersrand, mientras dos tercios del país, y sobre todo las regiones centrales y septentrionales (Zambezia, Cabo Delgado, Niasa) eran concedidas en explotación a compagnie a statuto cuyas

acciones pertenecían a capitalistas ingleses, franceses y alemanes. La capital, Lourenço Marques, que hoy lleva el nombre de Maputo, se convirtió entonces en el principal puerto de la rica región agrícola y minera del Transvaal, mientras Beira y los puertos del norte se desarrollaban como áreas de servicio para la producción de las colonias inglesas de las Rodesias y Niasalandia. El sistema colonial portugués se limitaba al manejo administrativo, por medio de una legislación coercitiva, del flujo de fuerza de trabajo hacia las minas y las haciendas agrícolas sudafricanas, y hacia las empresas públicas o de colonización internas; en tanto, la productividad, a causa entre otras cosas del atraso de los sistemas de incentivos a la producción, seguía siendo constantemente baja. La reorganización administrativa de los años Cuarenta quería ser funcional a la ampliación de los cultivos, sobre todo el de algodón, a través de la sistemática organización de cultivaciones obligatorias y del reclutamiento forzado de trabajadores. El sistema de impuestos y de prestación de trabajo fue perfeccionado. En 1892 había sido introducido el impuesto de *palhota* (choza) que se cobraba primero en especie y luego, a partir de 1894, en dinero. Quien no pagaba podía ser condenado al trabajo forzado. Desde 1907, distintas reglamentaciones del trabajo indígena institucionalizaron el trabajo forzado y en 1926, ya bajo control el país, se instituyó la obligación de la *caderneta individual de identificação indigena*, en todo similar al *pass* sudafricano, que debía ser el principal instrumento de control del pago de impuestos y del reclutamiento de trabajo forzado. Los contraventores eran sometidos a trabajo correccional, pagado con un salario reducido en un 40%. En el sur de Mozambique las instituciones tradicionales fueron subordinadas a la jerarquía política colonial. El país fue subdividido en circunscripciones, divididas a su vez en unidades menores llamadas *regulados*, conducidas por los *regulos* y sus subordinados.

La reforma de los años Cuarenta instituía un único tipo de administración en todo el país. En vista de los anteriores fracasos, y de la falta de efectiva colaboración –debida en parte también a la tradicionalmente escasa legitimidad de los agentes locales–, se procuró reforzar la posición de los *regulos*, de los *chefes de grupos de povoações* y de los *chefes de povoações*, considerados ejecutores de la "intervención superior portuguesa". Resultó reforzada en especial la posibilidad de los *regulos* de obtener ventajas de la reestructuración económica. Con la transformación del impuesto a las *palhotas* en capitación, los *regulos* tenían absoluto interés en censar y controlar a la población bajo su dependencia, pues su retribución consistía en un porcentaje de la suma recaudada en impuestos. También obtuvieron prestaciones en forma de trabajo en los campos bajo su control, porcentajes sobre las multas por infracción a las leyes coloniales, pagos de tributos en dinero por cere-

monias, ritos o juicios. A la *caderneta* se agregó una libreta "de servicio", que cada trabajador debía llevar consigo. Quien era interceptado y no tenía su libreta de servicio válida quedaba arrestado. Cualquiera que llegara a una ciudad debía presentarse en una oficina administrativa específica para obtener un certificado de permanencia por diez días; en ese lapso debía encontrar un trabajo regular, y si no lo obtenía podía ser arrestado como *vadio*, vagabundo, y obligado al trabajo forzado o correccional en las obras públicas. Quedó así institucionalizado, racionalizado y generalizado –con el control sobre la población, mediante el auxilio de los *regulos*– un sistema de ampliación de las penas por cualquier infracción.

Ya desde mediados del siglo XIX existía una fuerte corriente migratoria de fuerza de trabajo desde el sur de Mozambique a Sudáfrica, que se dirigía a las plantaciones de caña de azúcar de Natal, las minas de diamantes de la parte septentrional del Cabo y los recién descubiertos yacimientos de oro del Witwatersrand. El reclutamiento, permitido sólo al sur del paralelo 22, se intensificó con los años, de modo que Mozambique se convirtió en el principal proveedor de mano de obra de la región para las minas sudafricanas: en 1904 hubo 50.000 emigrantes legales, en 1927 llegaban a 107.000, y en 1975 a 118.000. Pero desde la independencia (1975) Sudáfrica adoptó una política de gradual rechazo de la mano de obra mozambiqueña, lo que tuvo dura repercusión en la economía del nuevo Estado indeipendiente. En efecto, durante todo el período colonial los ingresos por la venta de fuerza de trabajo a las minas sudafricanas habían sido un rubro importante del presupuesto de la colonia. Mediante el sistema de pago conocido como "diferido", el trabajador que emigraba sólo recibía en Sudáfrica una parte de su salario; el resto se le entregaba cuando ya estaba de vuelta en la colonia. Semejante método servía para ejercer control sobre el regreso de los emigrados, y aseguraba considerable ganancia para las arcas de la colonia, porque la suma de salarios diferidos era liquidada al gobierno colonial portugués por la *Chamber of Mines* sudafricana en oro, a valores fijos; al vender el oro en el mercado internacional, la ganancia obtenida por las autoridades portuguesas superaba el monto de los salarios que debían ser entregados a los trabajadores.

La masiva emigración de fuerza de trabajo provocó el rápido deterioro de las actividades de producción agrícola alimentaria entre las poblaciones del sur, aun mayor que el causado por las devastaciones de las guerras de fines del siglo XIX. Las expropiaciones de terrenos agrícolas fértiles en los valles de los ríos Moamba y Limpopo, en favor de colonos portugueses y asiáticos, no hizo sino empeorar la situación. Sólo en el último período colonial se hizo el intento en algunas áreas del sur, principalmente por medio de la reinversión de los salarios de

los mineros, de dar desarrollo a una producción agrícola de carácter comercial, incluso mediante la creación de cooperativas. Pero tales intentos fueron hostilizados permanentemente por las autoridades administrativas y por los colonos.

El sur de Mozambique era un simple apéndice del Transvaal sudafricano. Si en Sudáfrica los mozambiqueños conocidos como *shangaan* eran inmigrantes extranjeros privados de derechos, que vivían relegados en los miserables alojamientos para mineros llamados *compounds* o, peor aun, eran fuerza de trabajo semiesclava en las granjas de los bóeres, al regresar a su patria podían ser reclutados para el trabajo forzado (*chibalo* o *scibalo*). Los mineros que regresaban estaban empezando a radicarse en número cada vez mayor en las ciudades, sobre todo en la capital, Lourenço Marques, con el fin de rehuir el *chibalo*. Desde los años Sesenta una parte de ellos pudo comprar con sus salarios los medios necesarios para intentar producir para el mercado: ganado, arados, herramientas agrícolas. Un estudio sobre la emigración de la provincia de Inhambane demuestra la creciente importancia de la producción comercial de los campesinos[138]. En cambio, por los mismos años se asiste a un notable empobrecimiento de todos aquellos que al volver de las minas no podían contar con otro recurso que una agricultura familiar degradada, y afrontaban la amenaza del trabajo forzado. Es cierto que esta modalidad no era ninguna excepción en África, en el período entre las dos guerras mundiales. Lo que en todo caso distingue a la situación mozambiqueña es que la fuerza de trabajo reclutada era empleada principalmente fuera de los límites de la colonia, es decir, en favor del crecimiento y la acumulación de otras entidades coloniales, en particular Sudáfrica y las Rodesias. Por otra parte, Portugal fue la potencia que por más tiempo mantuvo, hasta los años Sesenta, el régimen del trabajo forzado, abolido ya desde hacía veinte años en los sistemas coloniales de Francia y de Inglaterra. La abolición *de jure* del trabajo forzado sólo se produjo en 1961, e incluso la práctica continuó bajo formas ocultas.

El régimen salazarista (1930-60) había intentado un cambio en favor de la modernización de la gestión colonial. Fue justamente en ese período cuando se introdujo el cultivo del algodón –en gran proporción con sistemas de cultivación obligatoria–, el cual se afirmaría sobre todo en las regiones septentrionales y centrales del país. También fueron estimulados otros tipos de cultivos de plantación, como el té y la producción de alimentos para el aprovisionamiento del mercado en las ciudades en etapa de expansión. En efecto, desde la segunda pos-

138 R. First, *Black Gold: the Mozambican Miner, Proletarian and Peasant*, Harvester, Brighton 1983.

guerra el gobierno portugués, de acuerdo con el proyecto que ya estaba formulándose de mantener las colonias con el estatuto de territorios de ultramar, estimulaba la inmigración de colonos, en gran parte campesinos de las regiones más pobres de Portugal, atraídos por los recursos que eran puestos a su disposición, esencialmente tierras expropiadas a las comunidades campesinas locales.

Las poblaciones mozambiqueñas pasaron, pues, de un período de guerras y razias funcionales a la trata esclavista, después a las guerras de conquista y sometimiento colonial, a un colonialismo brutal, en el que los campesinos no eran considerados tanto o sobre todo como productores autónomos capaces de aumentar la producción para el mercado sino como fuerza de trabajo que tenía que costar lo menos posible. De hecho, la exportación de fuerza de trabajo, con las ventajas que de ella se derivaban para las finanzas coloniales, se contraponía con las necesidades de los nuevos sectores productivos en expansión –desde el algodón al té, y a la producción de alimentos para el mercado–, las de los servicios y, más tarde, el turismo; y ello se tradujo, en la situación colonial, no precisamente en una liberalización, sino en una racionalización de la legislación y de los métodos coercitivos que se empleaban. Lo esencial era conseguir fuerza de trabajo a bajo precio para poder satisfacer, al costo más bajo posible, las necesidades de todos los diferentes sectores en expansión.

El atraso, la brutalidad y la ineficiencia del sistema colonial portugués comenzaron a chocar, ya en los años Cincuenta, con las aspiraciones de diferentes sectores sociales, urbanos y rurales, que habían asimilado las leyes del mercado, sobre todo, en la experiencia de la emigración, y creían tener derecho a una mayor libertad de maniobra y, sobre todo, a recuperar la plena posesión de los recursos que les habían sido arrebatados. Por lo demás, también en Mozambique, sujeto a la experiencia de la emigración y a la influencia misionera, comenzaba a notarse el "contagio" de ideas nacionalistas, tal como estaban siendo formuladas en los proyectos reformistas para las colonias vecinas.

El año 1960 marcó para buena parte de África la era del reconocimiento de la independencia para las antiguas colonias, aunque no para las dependencias de Portugal. En el África austral, además, la presencia portuguesa se reforzaba mediante la alianza con Sudáfrica, donde imperaba todavía triunfante el régimen del *apartheid*, que no reconocía estatus alguno de igualdad en ningún campo a la población africana negra, a los mulatos ni a la de origen asiático. De ahí que el proyecto portugués de mantener las colonias bajo un régimen colonial, cuando ya la descolonización estaba consagrada internacionalmente, pasó a ser parte integrante de la alianza con Sudáfrica y, a partir de 1965, con la Rodesia gobernada por un régimen de minoría de blan-

cos. Es en ese período cuando los capitales sudafricanos empiezan a ser importantes en el país, con inversiones en áreas estratégicas (la represa de Cahora Bassa, la prospección minera, el sector de la construcción) y en áreas empresariales en expansión (turismo, industria de transformación, sector inmobiliario). La industria manufacturera sudafricana en expansión asumió en Mozambique un papel preponderante en el aprovisionamiento de *inputs* industriales y de productos de consumo. Ya en 1973 Sudáfrica era el principal exportador de bienes a Mozambique. En 1962 quedó abolido el trabajo forzado. Desde entonces se registraron transformaciones aceleradas en comparación con la situación de las décadas anteriores. Por primera vez, un reducido número de jóvenes mulatos y negros fueron admitidos como alumnos en las escuelas secundarias. La expansión del sector industrial significó para la fuerza de trabajo una estabilización, si bien limitada. Sobre una población que entonces era de alrededor de 9 millones de habitantes, casi un millón estaba incluido en el mercado de trabajo, con apenas un cuarto de ellos en posesión de empleos estables. Puede afirmarse, sin embargo, que a causa de la gran difusión de la emigración, la mayoría de la población masculina y un buen porcentaje de la femenina dejaba en algún momento de su vida alguna de las 291 zonas de proveniencia para tener cuando menos una experiencia de trabajo en sectores modernos: plantaciones, minas, obras públicas, trabajo doméstico, comercio, servicios. Las poblaciones que más participaban de la emigración a Sudáfrica eran las de las regiones meridionales (Gaza, Inhambane). En las regiones centrales (Sofala, Manica, Zambezia, Tete) estaban bastante difundidos el trabajo en plantaciones durante al menos seis meses del año, la emigración a las Rodesias para trabajar en las minas o en la agricultura, la búsqueda de empleo en los ferrocarriles o en los servicios portuarios entre Beira y Quelimane. Por fin, en las regiones del norte (Nampula, Cabo Delgado, Niasa), predominaban la producción obligatoria de algodón y las migraciones fuera de las fronteras, al Copperbelt y a los sectores de plantación de Tanganica y Zanzíbar.

En vísperas de la independencia, la situación social de la colonia era, si se la comparaba con la de las colonias vecinas, atrasada y precaria. Por causa del tipo de explotación colonial, la producción agrícola autóctona era inestable, y contaba con escasos incentivos. Las *machambas*, los campos cultivados generalmente por las familias campesinas, dejadas en estado de atraso, obligaban a los jóvenes a buscar trabajo en otra parte. En la concepción económica colonial, el trabajo agrícola de mujeres y viejos en los campos familiares, en la llamada "economía de subsistencia", debía servir para mantener bajos los costos tanto económicos como sociales de la fuerza de trabajo migrante estacional. Por eso es que se carga a la producción agrícola familar, pobre y marginal,

con la misión de mantener parte de la fuerza de trabajo asalariada; y por eso se pretende preservar, como agentes principales de control social, las sociedades definidas como "tradicionales", con sus usos y sus costumbres.

En los sectores productivos y especulativos modernos de la colonia (bancos, compañías de seguros, comercio al por mayor, industria manufacturera, agricultura empresarial) dominaban capitales no portugueses. En cambio, eran colonos portugueses los que controlaban los cultivos agrícolas de producción de alimentos para comercialización, el sector algodonero, las plantaciones de té de la alta Zambezia, el comercio minorista (en este último sector, junto con chinos e indios). En las ciudades, las clases medias de empleados estaban integradas principalmente por portugueses, por indios y por mulatos asimilados. Hasta la abolición del *indigenato*, el número de asimilados era limitadísimo; los pocos negros que accedían a esa condición permanecían de todos modos relegados a los empleos de bajo nivel de las administraciones estatal y municipal, a la enseñanza elemental y a los servicios de salud, en calidad de sirvientes y, raras veces, de personal de enfermería. En 1970, había sólo 50 africanos que habían obtenido un título de escuela secundaria.

Las primeras formas de moderno nacionalismo en Mozambique habían sido aplastadas por la represión colonial. En la segunda posguerra surgieron nuevos grupos, organizados clandestinamente en asociaciones de estudiantes, en las misiones y en las cooperativas. Se trataba de formaciones limitadas y débiles a causa de la represión, que halló su expresión máxima en la policía secreta portuguesa, la PIDE. Muchos fueron a dar a la cárcel, y otros se vieron obligados a exiliarse en diferentes países de la región.

En 1962, la formación del FRELIMO en el exilio en Dar es Salaam es una derivación del diálogo entre distintos grupos, de estructura y composición sumamente diferentes. Entre ellos se cuentan movimientos relativamente organizados de mozambiqueños emigrados a Kenia, Tanganica, Malaui o Rodesia, junto a jóvenes intelectuales que habían estudiado y se habían organizado en relación incluso con otros movimientos de emancipación en países europeos, y a jóvenes con sólidas raíces en el interior que, como Samora Machel, habían huido para unirse a las fuerzas nacionalistas.

El elemento catalizador del movimiento nacionalista es un intelectual de origen campesino, Eduardo Mondlane, educado en las misiones protestantes, diplomado en Estados Unidos, apoyado por las iglesias cristianas y hombre por encima de las partes, que tenía el carisma y la autoridad necesarios para impulsar los contactos entre los diversos componentes internos y para obtener apoyos internacionales,

en procura de crear un movimiento unitario. La opción de adoptar la lucha armada de liberación nacional, adoptada en 1964, fue el fruto de un análisis de la naturaleza del sistema colonial portugués, que no permitía forma alguna de disidencia ni admitía reformas que no fueran implementadas de arriba hacia abajo y no estuvieran exclusivamente dirigidas a mantener el dominio, si es que no a reforzarlo. El ejercicio de tal opción seguía por otra parte la línea de la etapa histórica que se estaba viviendo con la descolonización, después del impulso de las primeras independencias. Estas experiencias estaban mostrando ya con claridad hasta qué punto pesaban la herencia colonial y los condicionamientos, y cómo las potencias occidentales se manifestaban, no con aperturas económicas y políticas, sino con estrategias de contención y represión. La situación económica internacional que en los años del boom, a caballo de 1960, había permitido concebir esperanzas de un rápido proceso de desarrollo para los países formados de las antiguas colonias, se volvió desfavorable y penalizó los proyectos de expansión, ya fueran políticos o económicos. La inevitabilidad de optar por la lucha armada es explicada por el propio Mondlane en su libro *Lutar por Moçambique* (*"Luchar por Mozambique"*) que sólo será publicado en 1969, después de su muerte.

La lucha de liberación se inició, con pocos efectivos y pocas armas, en 1964, con infiltraciones en el norte del país. En 1968 las tropas de la guerrilla ya superaban las 7.000 unidades, pero contra esa fuerza campesina se plantaba un formidable ejército colonial de 70.000 hombres. La guerrilla pudo sobrevivir apoyándose en la población, creando amplias zonas rurales liberadas en Niasa, en Cabo Delgado y después en Tete. La historia del movimiento de liberación en el período de la guerra es la de un lento pero constante crecimiento, aun en medio de tensiones y conflictos de los que saldría triunfante la línea radical, que consideraba al fin del colonialismo no solamente en términos de conquista del poder, sino también como proyecto de modificación de las estructuras estatales y sociales. Es en esos años cuando la riqueza y la originalidad del discurso político del FRELIMO se afirman internacionalmente. Las referencias a ideologías y experiencias de otros movimientos de liberación, especialmente el maoísmo, no deben llevarnos a subestimar la profunda reflexión sobre las condiciones internas típicas del país, sobre su diversidad y su estratificación y sobre las características cuasi-esclavistas del sistema colonial portugués. En efecto, en el FRELIMO, más que en ningún otro movimiento de liberación en África, fue donde se dio la reflexión más franca y madura sobre el racismo, y donde en consecuencia se adoptó una rigurosa línea antirracista, que condenaba no sólo a la discriminación racial sino también al tribalismo, en cuanto instrumento –entre los más insidiosos utilizados

por el poder colonial– para fomentar divisiones entre las poblaciones y, al mismo tiempo, mantener a éstas lejos de la menor pretensión de que les fuera reconocido un estatus de igualdad con las poblaciones de origen europeo.

El asesinato de Eduardo Mondlane en 1969, por cierto perpetrado con la complicidad de los servicios secretos portugueses, provocó una grave crisis en el FRELIMO, que sólo fue superada en 1970 con la elección de Samora Machel como presidente, y con la adopción de estrategias de gestión de las zonas liberadas que prefiguran el futuro programa político del Mozambique independiente. Las estructuras políticas, de producción, de distribución y comercio y de servicios sociales son experiencias de democracia de base que más tarde se convertirán en modelos de referencia ideales en la construcción del Estado independiente.

En las zonas liberadas el FRELIMO logró resistir la ofensiva portuguesa llamada del "nudo gordiano" en 1972, y conquistaba un masivo apoyo popular. Incluso en regiones y ciudades donde la represión policial sólo permitía la organización de grupos que apoyaran el proyecto de conservación del país bajo el dominio colonial, o de una minoría de origen portugués, la popularidad del movimiento no tenía igual. Por eso, cuando el 25 de abril de 1974 un golpe de estado derribó al régimen de Marcelo Caetano, sucesor de Salazar, y puso en marcha el proceso de democratización de Portugal, el FRELIMO, fuerte en su postura y en la popularidad conquistada sobre el terreno, reafirmó la voluntad de obtener la independencia plena de Mozambique. El 7 de setiembre de 1974 se firmaron los acuerdos de Lusaka entre el gobierno portugués y los representantes del FRELIMO, que fijaban la independencia, tras un período de transición, para el 25 de junio de 1975.

ESTADOS COLONIALES ARTIFICIALES

Desde que quedaron constituidos los Estados coloniales, las poblaciones africanas habían comenzado a ser definidas y a definirse en función de ámbitos territoriales –estatuales y locales– y de centros de poder y autoridad que venían del extranjero y que, además, resultaban absolutamente nuevos. La conquista colonial no había sido una eventualidad sino una serie de largos procesos, con raíces en antiguos vínculos y que en algunos casos perduraron hasta después de los años Veinte del siglo XX. Las sociedades africanas subordinadas a diferentes tipos de regímenes –administradas por compañías a statuto o concesionarias, o en condición de protectorado o colonia– quedaron divididas entre ámbitos territoriales diferentes o fueron adscriptas a tales ámbitos y resultaron moldeadas por ellos, según reglas siempre funcionales al dominio. La redefinición de cada sociedad dentro de cuadros de referen-

cia impuestos por la administración y por la legislación coloniales, en función de representaciones conceptuales elaboradas en las metrópolis coloniales y de intereses que venían de ellas, es común por igual a todos los sistemas, cualquiera fuera la forma jurídica que asumían (colonia, protectorado, mandato) o la potencia colonizadora.

Se ha definido como artificiales a los Estados coloniales, y efectivamente lo eran, porque habían sido creados dentro de límites que generalmente no coincidían con espacios culturales, históricos y políticos homogéneos. Pero al término del período colonial, cuando al declararse las independencias el poder fue a dar a manos de las clases dirigentes africanas, esos mismos Estados artificiales no eran –por mucho que estuvieran marcados por desequilibrios territoriales y de desarrollo económico y social– meras colecciones de diferentes estructuras e instituciones tradicionales, a las que sólo mantuviera unidas la supremacía militar y administrativa de los aparatos coloniales.

Dentro de los límites de unas fronteras inventadas, las estructuras estatuales, administrativas, económicas y sociales habían sido transformadas en relación con la evolución de los intereses políticos metropolitanos, y del carácter de la "valorización" económica que hubiera tenido lugar. Al mismo tiempo, las sociedades colonizadas habían debido medir (y moldear en consonancia) su capacidad de supervivencia y de acción con los nuevos centros políticos y económicos coloniales, y con las normas y redes de organización administrativa. No obstante, sería simplístico definir a estos Estados artificiales no autónomos, creados por las potencias europeas según doctrinas y modelos extranjeros, esto es, extraños a las sociedades que controlaban, y con aparatos administrativos de la misma condición, como meros instrumentos y sistemas de representación de los intereses metropolitanos. El grado de control por parte de la metrópoli sobre las estructuras y las prácticas de los estados coloniales, y su misma eficiencia, diferían según la naturaleza de las sociedades colonizadas, de los problemas que éstas iban planteando en el proceso de su incorporación al sistema de dominación, de los recursos disponibles y de las dinámicas regionales.

La historia colonial es una historia de continuos intentos y errores, de reformas de las administraciones coloniales con el objeto de garantizar la supremacía de los intereses de los dominadores y, al mismo tiempo, la necesaria colaboración de los dominados. Cualesquiera fueran las doctrinas coloniales o las prioridades políticas de la metrópoli, en la práctica gobernadores y administraciones locales debían interactuar con las fuerzas sociales indígenas, y dependían de ellas para mantener la ley y el orden que permitían a las finanzas coloniales funcionar, es decir, que se pagaran los impuestos, que fuera reclutada o identificada la fuerza de trabajo requerida, que se ampliaran los culti-

vos comerciales. Nunca se subrayará lo suficiente la importancia de las circunstancias locales concretas en la determinación de la naturaleza de las administraciones coloniales en cada sucesiva etapa, más allá de las diferencias y divergencias entre filosofías, métodos, recursos económicos y experiencia de cada sistema específico de dominio.

Con los impuestos que se habían fijado a las chozas de vivienda, más tarde convertidos en impuestos de capitación y cobrados en dinero y en especie, los administradores coloniales cumplían su papel de "civilizadores" introduciendo la obligación compulsiva de seguir la ética del mercado. A través del pago de impuestos los cultivadores africanos debían aprender a concer el "gusto por el trabajo", vale decir, a producir no solamente para la familia, o para un restringido mercado local, sino para el mercado colonial. El impuesto era una obligación que atañía a toda la población masculina, y posteriormente también a la femenina, y que, en caso de que se lo evadiera, constituía la justificación para el reclutamiento forzado dirigido a crear infraestructuras para plantaciones, minas y empresas. La imposición, el reclutamiento de fuerza de trabajo al costo más bajo posible, la enajenación de los terrenos más adecuados para los cultivos, fueron los sistemas que en diferentes combinaciones fueron empleados para atraer inversiones que en caso contrario se hubieran dirigido a áreas más competitivas en cuanto a los recursos que ofrecían. La imposición produjo una ruptura definitiva entre la antigua manera de producir, en gran medida voluntaria, y la nueva, que ya es obligatoria y, por otra parte, pretende comprometer el esfuerzo de trabajo en producciones cuyas ganancias van a beneficiar en gran parte a compañías o empresarios provenientes de Europa. El modo de producción colonial indujo y obligó a producir no ya en función de las necesidades de la familia o la comunidad, sino del pago de los impuestos.

Los sistemas coercitivos de imposición y de reclutamiento de fuerza de trabajo fueron promulgados y aplicados con mayor frecuencia por las administraciones coloniales que dependían de metrópolis menos dinámicas y de inversiones económicas de capitalismo atrasado. Es el caso de buena parte de las situaciones observables hasta los años Treinta en el África Ecuatorial Francesa, y el de las colonias portuguesas. Efectivamente, las políticas de explotación más depredadoras fueron las vividas bajo regímenes de compagnie a statuto o concesionarias, por lo común no muy bien dotadas de bienes de inversión y cuyas gananacias dependían casi exclusivamente del empleo de métodos coercitivos extraeconómicos que, al fin y al cabo, se revelaron también antieconómicos. Precisamente las compañías fracasaron en lo económico porque el excesivo empleo de la coerción como medio de sustituir las inversiones no logró el despegue del proceso productivo en los terri-

torios bajo su jurisdicción. Más éxito tuvieron los sistemas fundados en el desarrollo de estímulos a la producción agrícola que se basan en la creación de un mercado de intercambio con bienes de consumo; tales sistemas se desarrollaron sobre todo en el África occidental.

Como se ve, todos los Estados coloniales dependían, como base de su perpetuación, del desarrollo de formas productivas y de intercambio autóctonas; y especialmente dependían de los jefes locales, agentes del pago de impuestos y encargados de reclutar la fuerza de trabajo necesaria para las obras públicas o que debía ser redistribuida entre las empresas mineras y de explotación agrícola. La mutua dependencia entre políticas e intereses externos e internos describe la compleja dinámica de la transformación, tanto de los aparatos institucionales y administrativos como de las formas indígenas de organización social y política. La experiencia de organización administrativa concreta sobre el terreno debió tener en cuenta, tanto en la primera etapa como después, ya en la época de la consolidación de auténticos sistemas coloniales, el grado específico de complejidad de cada situación. La más frecuente de tales situaciones era la de sociedades con fronteras étnico-tribales fluctuantes, con instituciones de poder y de autoridad en competencia, en las que prevalecían complejos sistemas de interrelación territorial, étnica, social, económica y religiosa. Pero la instauración de Estados coloniales con fronteras definidas por las relaciones de fuerza entre las potencias europeas significó la organización de un dominio total que moldearía según intereses externos la distribución del espacio, la organización y los modos de vida de los "indígenas", y que, por fin, hecho no menos importante, monopolizaría la representación de éstos. El historiador camerunés Achille Mbembe define en sus escritos a la colonización como "historia de una relación terrible y violenta, en la que la palabra del uno (el poder colonial) es enunciada casi siempre reduciendo al otro al silencio, condenándolo a balbucear".

INVENCIÓN DE LA TRADICIÓN

La consolidación del Estado colonial llevó, pues, a profundos cambios en las estructuras de poder y de autoridad indígenas, mediante la invención de diferencias y de fronteras tribales y étnicas que, si de hecho no eran del todo nuevas, sin duda se elaboraban para resultar funcionales a los intereses de la colonización y, en segundo plano, también a los de las élites indígenas que eran sus aliadas. Ahora bien, los diferentes tipos de reacciones, de iniciativas africanas e, incluso, de rivalidades entre los diversos grupos para preservar o afirmar intereses económicos e identidades culturales, se ajustaron a las estructuras del poder colonial y a las reglas de acceso a los recursos políticos y económicos que esas estructuras habían establecido, por muy artificiales que fueran. El

indicado proceso no puede captarse en su pleno significado político si no se lo encuadra dentro de la lucha por el poder y por el dominio que caracterizó a todos los sistemas coloniales en sus diferentes etapas de desarrollo. El colonialismo consistía en sistemas de dominio que desde el comienzo debieron recurrir, por razones económicas y sociales, a la colaboración de las poblaciones. Al mismo tiempo, la historia de la resistencia a la penetración colonial, y a continuación las formas de protesta contra el dominio y de oposición a él, se vieron entrelazadas con las de los diferentes niveles de alianzas y colaboraciones.

Muchas sociedades africanas, ya debilitadas por la transición del siglo XIX, emergieron del proceso de conquista totalmente destruidas, sin más opción que la de aceptar las nuevas reglas. Otras sociedades quedaron repartidas entre diferentes entidades administrativas o coloniales, y otras inclusive fueron preservadas y obtuvieron garantías, por ser indispensables intermediarias del control y el desarrollo económico coloniales. Por ejemplo, los imperios y Estados del valle del río Congo, que tan considerable papel habían tenido durante el siglo XIX en la difusión de formas culturales y en el comercio, fueron abatidos y sus poblaciones quedaron repartidas dentro de los límites de distintos Estados coloniales. Fueron destruidas culturas regionales que se hallaban en etapa de consolidación, cada una con su lengua y dotadas todas de sistemas políticos y económicos coherentes. En muchos casos se optó por instrumentalizar las tendencias locales a la descentralización, y se eliminó a aquellos líderes que pudieran representar un núcleo de reagrupamiento intertribal e interétnico. Los gobiernos coloniales emplearon toda una serie de tácticas –desde la represión a la subdivisión en entidades territoriales puestas bajo administraciones distintas, desde la deposición y el exilio de reyes y emperadores a la drástica limitación de sus poderes mediante el reconocimiento de privilegios a sus jefes subordinados– para debilitar aquellos centros de poder y de autoridad que consideraban hostiles o excesivamente autónomos. Así, en el Imperio Asante los británicos elevaron el estatus de los jefes que habían estado subordinados al emperador. Igual suerte corrieron el reino zulú, los reinos de Madagascar y en primer lugar el hegemónico Merina, el reino de Bunioro en Uganda y muchos otros. El *kabaka* de Buganda debió marchar al exilio, y en su puesto fue colocado un niño, bajo la tutela de los jefes aliados con el protectorado inglés. Territorios que formaban parte de grandes reinos e imperios fueron redistribuidos, anexándolos a entidades políticas aliadas o en todo caso consideradas más próximas al poder colonial –tal es el caso de las *lost countries*, las "comarcas perdidas" de Bunioro, puestas bajo administración baganda–, o bien repartiéndolos entre distintos jefes.

Pero hubo también reinos y principados que obtuvieron estatus privilegiados respecto de los restantes. En Nigeria occidental (la región de los reinos de cultura yoruba), el *alafin* de Oyo obtuvo un estatus superior al del rey de Ibadán, que sin embargo había sido la potencia predominante en la región en la segunda mitad del siglo XIX, en tiempos en que Oyo se encontraba en decadencia. Aquellas aristocracias que, como el sultán y los emires fulani de Sokoto, aceptaron la supremacía colonial obtuvieron a cambio la preservación, si no el fortalecimiento de sus privilegios.

La instauración de Estados coloniales dividió poblaciones, y a otras las encerró dentro de límites políticos y administrativos artificiales. Al mismo tiempo, transformó las relaciones entre grupos, al reforzar el poder de algunas instituciones respecto de otras, e introducir nuevas formas de división, y también de solidaridad territorial y étnica. En una primera etapa, la instauración de administraciones coloniales fue, como se ha dicho, rudimentaria: se intentaron varios experimentos, y no se logró poner en pie estructuras bien articuladas y eficientes de preservación de la estabilidad y de extracción adecuada de los recursos. La acción colonizadora se dirigía prioritariametne a regiones y sectores económicos considerados esenciales para los intereses estratégicos y para la obtención de materias primas. Muchas regiones de África no revestían interés –eran l'*Afrique inutile*, como la llamaron los franceses, las áreas desérticas, las áreas sahelianas escasamente pobladas del África occidental, de la ecuatorial y del Cuerno de África–, pues contaban con escasísimos recursos naturales y demográficos.

Tras la primera guerra mundial advino una etapa de consolidación de los sistemas coloniales. Las metrópolis, en tiempos diferentes, fueron reformulando y colocando bajo más estrecho control la gestión administrativa de sus respectivos imperios. Los regímenes de compañías, ineficientes desde el punto de vista económico, desastrosos desde el de la gestión administrativa, fueron suprimidos. Resistieron más tiempo en el África ecuatorial y el África portuguesa, precisamente porque las metrópolis no estaban interesadas en hacerse cargo de territorios marginales o, como en el caso portugués, porque no tenían medios administrativos y financieros para "revalorizarlos". Esta etapa tuvo lugar mientras se desarrollaba la primera guerra mundial o inmediatamente después de concluida; un período en que se verificaron en África rebeliones que se habían hecho posibles por el escaso control colonial verdaderamente efectivo. Durante su transcurso, las administraciones coloniales se convirtieron en el instrumento institucional y político-ideológico de una más eficiente individualización de los recursos, y de las posibilidades de explotarlos.

La reorganización de todos los sistemas administrativos, incluyendo el francés que en teoría seguía siendo asimilacionista, fue adaptándose gradualmente a la noción de que las sociedades africanas eran "tradicionales", en el sentido de "estáticas" e "indiferenciadas", y estaban constituidas por grupos que se definían mediante la adscripción de identidades; en síntesis, sociedades cuya esencia era "comunitaria, solidaria e igualitaria", y que debían ser preservadas tal como eran. En tal contexto, la racionalización administrativa en entidades territoriales definidas, dentro de las cuales había que individualizar autoridades indígenas "legítimas" significó ejercitar explícitos actos de remodelación o reconstrucción de la tradición, y hasta de invención de ella.

La actitud de los jefes, las aristocracias y las élites locales ante esa reconstrucción fue tanto de oposición como de colaboración, según fuera la historia de su incorporación al Estado colonial, según el grado en que el período de resistencia a la penetración hubiera modificado las bases de su poder y según los contactos privilegiados que hubieran sabido negociar con las administraciones europeas. Los Estados coloniales no destruyeron, es cierto, los sistemas y las instituciones tradicionales, pero tampoco los preservaron tal como los habían encontrado. En sus instituciones dotadas de autoridad y de poder la tradición había sido combatida, negada o marginada al principio, en la etapa de la conquista y la primera penetración; ahora, en cambio, debía ser revalorada y reinventada, por considerársela la viga maestra del edificio colonial. Así sucedió en el sistema colonial francés, en el que se dio reconocimiento a los jefes, aunque sólo en los niveles más bajos, para que se hicieran intérpretes ante las poblaciones de la promoción y la puesta en práctica de los proyectos coloniales, y al mismo tiempo custodios del orden tradicional, mientras en ámbitos urbanos se abrían mayores espacios a la participación de *évolués* africanos. Por su parte, el sistema inglés de *indirect rule* ó las conexiones con las autoridades indígenas por el procedimiento de volver a reunir los antiguos reinos, o por el de amalgamar sociedades afines entre sí, reconociendo al propio tiempo la diversidad y complejidad de las instituciones de poder indígenas y de sus autoridades. Es precisamente en esta etapa cuando se estructura el *indirect rule* sistema para la elaboración de *native administrations*, es decir, de una serie de instituciones indígenas integradas por autoridades tradicionales, que podían consistir en un jefe único, un jefe asistido por un consejo o un gran Consejo de jefes, encargados de supervisar a las cortes y a los sistemas financieros locales. Esta estructura de las *native administrations* se extendió también a territorios en los que en principio parecía inaplicable, por no existir en ellos instituciones de autoridad y poder bien definidas y circunscriptas. En esos casos, se procedió a la construcción lisa y llana de nuevos ámbitos tribales. Las reformas del

período entre las dos guerras no son de liberalización del contexto colonial; muy por el contrario, están orientadas a retribalizarlo.

Se definía en ese período la forma de Estado que sería característica del colonialismo en África. Tal forma se basaba en un absolutismo administrativo que manejaba entidades diferentes, separadas y conectadas con el centro mediante relaciones verticales entre una autoridad colonial suprema, centro de la modernización política y económica, y un conjunto de autoridades locales subordinadas, que gozaban de autonomía circunscripta a una legitimación tradicional cosificada. En tal construcción estatual, el africano sólo podía ser definido en función de su origen étnico o tribal. Los jefes africanos no tenían más alternativa, para preservar algún grado de autoridad, que aceptar la cooptación dentro del marco territorial y normativo impuesto por los gobiernos coloniales. La principal ventaja que les derivaba de constituir el eje en el que estaba centrada toda la construcción colonial era la de preservar parte de las prerrogativas de su estatus, esto es, obtener privilegios en la distribución de tierras, trabajo, financiamiento, acceso a los mercados, en economías que se hallaban en proceso de cambio. Convertidas, con el asentimiento colonial, en únicas intérpretes de las costumbres, las autoridades indígenas reconocidas supremas en un territorio dado lograron reforzar sus posiciones tanto en el aspecto institucional como en el económico, ante las nuevas oportunidades que ofrecía la producción comercial. Como se trataba de jefes que controlaban la distribución de los recursos, de la tierra y de la fuerza de trabajo, el reconocimiento de su estatus tradicional sirvió para su enriquecimiento personal, y dio lugar a formas generalizadas de "patrimonialismo", de otorgamiento de favores para la obtención de apoyo.

Este monopolio bendecido por la protección colonial fue causa de nuevos tipos de conflicto, el menor de los cuales no fue ciertamente el hecho de que surgieran o se reforzaran identidades étnicas y tribales exclusivistas. La etnicidad o el tribalismo, vale decir, la reivindicación de identidades o la defensa de intereses sobre la base de una diferenciación cultural y de organización social específica, no puede ser comprendida en su dimensión de conexión creativa entre cultura y política sino como respuesta al nuevo poder estatual y económico, y a sus modalidades de acción. En efecto, los regímenes coloniales no se habían impuesto sobre sociedades encerradas en sí mismas, exclusivas, estáticas, sino sobre sociedades que ya estaban trabadas en luchas por el poder y por el acceso privilegiado a los recursos. La dominación colonial cambió el ámbito y las dimensiones, y también la orientación, de esas luchas por el control de los recursos esenciales para la supervivencia –y ahora cada vez más para el enriquecimiento personal–, como consecuencia de los procesos de expropiación bajo la forma de enajenación de tierras, y de

instauración de derechos de control sobre ellas, y bajo la forma de un subvertimiento del control que las familias habían venido ejerciendo sobre el trabajo de sus integrantes. A ese cambio contribuyó en modo fundamental la penetración y difusión del mensaje cristiano, a través del accionar de las misiones evangelizadoras y la escolarización, vehículos de valores e ideologías de emancipación espiritual y de promoción social y política individuales.

Las reformas administrativas adoptadas en el período entreguerras, que situaron en primer plano, dentro de cada sistema, la exigencia de colaborar con autoridades indígenas reconocidas como legítimas por las poblaciones africanas, tuvieron lugar cuando ya estaban en marcha procesos de acelerado cambio en la distribución de la población, dentro de cada territorio y en regiones sumamente vastas, y empezaban a hacerse evidentes nuevos tipos de estratificación social.

La actitud de las autoridades coloniales e indígenas hacia el cambio social, la difusión de la instrucción, el crecimiento exponencial de la emigración campesina a las ciudades, o desde las áreas más pobres hacia las de producciones comerciales, era ambivalente, si bien en gran medida prevalecían la hostilidad y la sospecha. Los procesos de destribalización causados en amplia proporción por el colonialismo, que de ellos obtenía ventajas económicas seguras, eran negados en el ámbito social. Los individuos destribalizados eran considerados exponentes de una patología, que debían ser llevados por todos los medios a depender nuevamente del control de las autoridades tradicionales. Por otra parte, estas autoridades perdían influencia sobre los jóvenes en la misma medida que aumentaba el acceso a la posibilidad de ganar dinero contante, independientemente de la distribución de los recursos en el seno de la comunidad de pertenencia. En las áreas urbanas, multiétnicas y multiculturales por excelencia, en las regiones de fuerte inmigración de "extranjeros" (ya que tales eran considerados los recién llegados, a los que se daba tierra sólo contra el pago de tributo, o el trabajo en plantaciones y empresas en condiciones que por lo general eran más humillantes que las que en situación similar sufría la población local), las administraciones y los jefes se encontraron permanentemente frente a la imposibilidad de mantener la situación bajo control. En las ciudades crecían las áreas residenciales de carácter mixto, en su mayor parte inmensamente míseras, en las que las formas de asociacionismo tradicional de carácter tribal o religioso cambiaban de significado, y se transformaban mayormente en organizaciones de solidaridad y socorros mutuos, en un contexto por completo nuevo y hostil como lo era el urbano, donde grupos de distinto origen se mezclaban y procuraban sobrevivir, en lucha con un trabajo asalariado en grado sumo precario, y con los graves problemas de alojamiento y de seguridad. Todo ello

sucedía en medio del contacto directo con ideologías y organizaciones políticas de tipo nuevo: sindicatos, movimientos políticos, prensa periódica, dinamizados por élites instruidas y socializadas en el concepto de la modernización. Jefes e instituciones tradicionales lograron mantener en algunos casos un alto grado de legitimidad, como símbolos de identidad fuertes, inclusive ante las élites educadas y destribalizadas. Pero se trató de excepciones, que se daban en aquellos casos en que el poder tradicional había logrado mantener su poder y algún grado de control sobre los procesos de modernización. Constituyeron señales del general deterioro de instituciones y autoridades tradicionales el debilitamiento de la solidaridad comunitaria, los conflictos entre linajes y dentro de los propios linajes, los conflictos entre clases de edad y entre sexos y el surgimiento de cada vez más frecuentes maneras "patrimonialistas" de ejercer el poder, de sistemas autoritarios y de clientelas políticas.

Ya en la etapa inmediatamente anterior a la descolonización, los jefes tradicionales, que tan importante lugar habían ocupado a lo largo de toda la era colonial, vinieron a quedar marginados en parte; o bien sus exigencias tuvieron que subordinarse a los conceptos de élites que colocaban en primer plano su propia legitimación política moderna. Tal legitimación se basaba en la noción de construcción de ámbitos nacionales que tomaran como base territorial los Estados existentes en la época colonial, y se justificaba por el complejo de interrelaciones que la era colonial y la economía moderna habían estructurado. Las autoridades tradicionales, en cambio, representaban identidades políticas regionales, "tribales", que producían división. Sus posibilidades de preservar algún grado de legitimidad y de poder en la lucha política de la descolonización tuvieron que ser medidas con el grado de capacidad y voluntad de colaborar con los proyectos de emancipación nacional.

Con pocas excepciones, la dominación colonial no reconocía igualdad alguna a las poblaciones sometidas. En todos los sistemas coloniales, los colonizados estaban privados de derechos políticos en el Estado, y sus derechos civiles se hallaban regulados por leyes especiales (en el sistema francés, el *indigénat*), derechos separados y encerrados en la definición y la codificación de "derechos consuetudinarios". Cada uno de los sistemas coloniales funcionaba con organizaciones judiciales duales: una moderna para los europeos y los asimilados, la otra para las poblaciones consideradas todavía de nivel tribal. El derecho consuetudinario permitía que los regímenes coloniales adquirieran legitimidad en el mantenimiento de la ley y el orden como expresión normativa de las propias sociedades africanas. Además los indígenas, a diferencia de los europeos, eran pasibles de penas especiales: no podían transitar libremente por el territorio, ni alejarse de sus aldeas originarias sin permiso, ni tomar la decisión de cambiar de trabajo. Las comunidades

eran consideradas colectivamente responsables de los delitos de uno solo de sus integrantes.

El sistema judicial dual fue, pues, la base esencial de la sujeción impuesta sobre las poblaciones africanas, el claro signo de que las políticas de asimilación del sistema francés se guardaban bien de responder al ideal de igualdad que teóricamente las inspiraba, y que las políticas de *indirect rule*, con la creación de las *native administrations*, no se ocupaban de desarrollo separado y autónomo sino del control represivo, que el poder colonial delegaba en selectas élites locales.

La concepción de derecho consuetudinario que entonces prevalecía estaba influida por la antropología funcionalista. Ésta partía del concepto de equilibrio, y consideraba que la esencial coherencia de las estructuras africanas tradicionales –organizadas sobre sistemas sagrados de valores, en los que la desigualdad era mínima porque la riqueza, que no podía ser acumulada, debía ser redistribuida– había experimentado deterioro por causa de la trata y, sobre todo, de métodos administrativos intervencionistas. Aquella concepción prevaleciente sobre el derecho consuetudinario se proponía preservar y consolidar el poder de las autoridades indígenas preseleccionadas como intérpretes o ejecutoras del proyecto colonial. La elaboración de códigos de "derecho consuetudinario" –un derecho que significaba no sólo ley en sentido estricto, sino también usos y costumbres– no presentaba grandes problemas allí donde poblaciones organizadas en principados y Estados centralizados hubieran alcanzado cierto nivel de formalización de las reglas y las prácticas de mediación y de resolución de conflictos. El problema se planteaba en las sociedades descentralizadas, por otra parte numerosísimas, en las que siendo la aplicación de la ley una mediación socialmente sancionada entre diferentes grupos diversos, y no una atribución obligatoria, la práctica colonial de aplicar un derecho consuetudinario o, si se quiere, *el* derecho consuetudinario, se resolvió en otra forma de invención de la tradición. Esa invención formaba parte, pues, de las luchas por el poder internas a la consolidación del régimen colonial y de las élites tradicionales reconocidas, aliadas del proyecto de consolidación del Estado.

En época precolonial, si quienes ejercían el poder infringían los límites impuestos por la mediación entre los componentes sociales, los linajes, los grupos y segmentos de descendencia y las familias, la solución pasaba por la eliminación física del jefe, su deposición, la guerra, la secesión o la emigración política. La estabilización y consolidación de los Estados coloniales colocó estos fenómenos bajo control, al intervenir en las disputas dinásticas y contribuir, por lo general, a reforzar el poder de las entidades e instituciones que, dentro de cada división

administrativa, se consideraba que tenían –y demostraban tener– mayor fuerza tradicional.

LOS SISTEMAS DE EXPLOTACIÓN

El Estado colonial fue el garante de la extensión del capitalismo a toda África, bajo la forma de producciones agrícolas y mineras comerciales cuya rentabilidad se basaba en la disponibilidad y el uso de los recursos, las tierras y el trabajo, con costos que se mantenían bajos por medio de la aplicación de normas extraeconómicas coercitivas. Los sistemas coloniales de capitalismo monopolista funcionaban según las condiciones demográficas, según los sistemas tradicionales de agricultura y pastoreo, según los recursos explotables para la producción orientada a la exportación y, por fin, según la coalición de intereses, metropolitanos, coloniales y locales, que fuera predominante. Los gobernadores tenían que saber combinar y acomodar todos esos factores para asegurarse la obtención de ganancias, paz social y, también, su propia promoción personal.

La prioridad de los gobiernos coloniales era la "valorización" de los territorios. Como tal se entendía la organización de los recursos fiscales y la producción en beneficio del presupuesto colonial y de la exportación de bienes a la metrópoli. Para alcanzar tal objetivo se recurrió con frecuencia a la llamada "pacificación", término que se usó por primera vez en Costa de Marfil, y que significaba organizar expediciones punitivas y recurrir de manera sistemática a la represión para hacer frente a cualquier tipo de oposición por parte de las poblaciones locales. El África subsahariana, si se exceptúan las principales regiones mineras, tuvo siempre grandes dificultades para atraer inversiones: las poblaciones no se mostraban dóciles al despojo de sus reservas, las comunicaciones eran difíciles, las infraestructuras faltaban por completo. Para construir los caminos, los ferrocarriles, los puertos y las infraestructuras comerciales necesarias, la primera etapa de la "valorización" fue financiada por la extracción coercitiva de impuestos y por prestaciones de trabajo gratuitas. El eje sobre el que se sostenía la hacienda colonial –según una fórmula muy frecuentemente enunciada, las posesiones coloniales tenían que bastarse a sí mismas– eran los impuestos elevados, tanto directos como indirectos. La ya mencionada tasa de habitación (choza), perfeccionada después en la forma de un impuesto personal que debían pagar todos los súbditos coloniales, incluso por medio de prestaciones de trabajo forzado, sirvió no solamente para establecer las finanzas coloniales, sino ante todo para obligar a las poblaciones a trabajar para la producción comercial.

Impuestos y trabajo forzado contribuyeron a cambiar fundamentalmente el carácter y las dimensiones de la agricultura familiar, llama-

da también de subsistencia, pues los trabajadores jóvenes, los varones, las mejores tierras y los estímulos comerciales fueron canalizados todos preferentemente a la producción comercial. La división del trabajo según los sexos cambió radicalmente sobre todo por la difusión del mercado. Paulatinamente, la producción agroalimentaria destinada a la familia quedó en manos de las mujeres, los niños y los ancianos. Los efectos acumulativos de políticas y procesos de reducción de la agricultura para la obtención de alimentos, desde un sistema "abierto" al ámbito limitado y "cerrado" de la simple supervivencia de la familia, se hicieron sentir con mayor evidencia en las regiones de masiva emigración de fuerza de trabajo preponderantemente masculina hacia áreas mineras o de producción agrícola comercial. Por otra parte, el proceso de restricción y deterioro de la agricultura familiar volvió todavía más frágil, ante calamidades naturales como la sequía o las enfermedades de plantas y animales, la seguridad alimentaria de las sociedades así afectadas. El deterioro ambiental y agrícola, y el de los sistemas de solidaridad familiar y comunitaria, son diferentes aspectos de la historia del violento impacto que significó la introducción de sistemas de explotación intensiva de recursos, que dejaron a las sociedades libradas a afrontar, sin medios de defensa, las consecuencias económicas y sociales de la modernización productiva.

La imposición indirecta –derechos de aduana e impuestos al consumo– afectaba preferentemente las importaciones, de modo que eran los habitantes de las colonias quienes soportaban el mayor peso de una fiscalidad aplicada sobre todo a los bienes de consumo más requeridos, como los tejidos. Las administraciones coloniales intensificaron más tarde los medios administrativos y legales para promover nuevas y más eficientes producciones al más bajo costo posible. Para poder hacerlo, fue un punto esencial de la estrategia económica contar con leyes que regularan el control de las tierras productivas o su uso, y el reclutamiento de la fuerza de trabajo. En todas las colonias se implementaron esquemas de apoderamiento y expropiación de las tierras, proyectos de cultivaciones obligatorias, estímulos sostenidos por la imposición y por la expansión del mercado para los cultivos comerciales. La expropiación de vastas extensiones y los desplazamientos forzados de poblaciones a reservas tuvieron lugar en África central, oriental y austral. Las formas más discriminatorias de expropiación de la tierra y de trabajo forzado y obligatorio se dieron en las colonias de radicación de blancos, empezando por Sudáfrica, Rodesia y Kenia, y en general en las colonias alemanas y portuguesas. En 1913, la Native Land Law del gobierno sudafricano proclamaba que la casi totalidad del territorio (87%) correspondía a las radicaciones y los emprendimientos blancos, mientras que los africanos sólo tenían derecho a cultivar tierras de las

reservas, que ya eran pobres y que, con el crecimiento demográfico y la imposibilidad de extender los cultivos fuera de los límites, rápidamente alcanzaron excesiva población y se volvieron cada vez más improductivas. En Kenia y Rodesia, la cuestión de la tierra era esencial para las políticas coloniales de afirmación de la supremacía de los *settlers* europeos. La política portuguesa de consolidación de los dominios coloniales, cuando ya el resto de África se encaminaba a la independencia, fue promotora de incentivos para la inmigración de colonos desde Europa, en especial de Portugal, a tierras que habían sido expropiadas a comunidades campesinas de Angola y Mozambique.

Todos los sistemas coloniales ejercieron formas de coerción, algunos por más tiempo y con más intensidad que otros. En las colonias portuguesas, a la dificultad para disponer de medios materiales –inversión, y mercado para incentivar el desarrollo productivo– se unían las doctrinas y los métodos de gobierno dirigistas, sostenidos por aparatos militares y no sometidos a evaluación crítica alguna por parlamentos metropolitanos que no eran elegidos democráticamente.

Un mayor uso de medidas extraeconómicas coercitivas caracteriza la historia del desarrollo productivo de las colonias en las que se efectuaron grandes expropiaciones de tierras en favor de las producciones de plantación (Angola, Mozambique, Congo), o bien allí donde se hizo amplio empleo de los cultivos obligatorios (Chad, Níger, Mali, Mozambique, Angola, Congo). El cultivo del algodón, que suscitaba sentimientos hostiles, sobre todo, por la intensidad del trabajo que requería, ciertamente no compensado con el pago al productor de adecuados precios, fue sobre todo el tipo de cultivación que por ejemplo en Chad o Mozambique provocó variadas formas de resistencia y oposición: huidas, boicoteo de los cultivos, rebeliones abiertas. "Basta de jefes, de impuestos y de algodón" era, en los años Cincuenta, el popular eslogan del primer partido surgido en el Chad. A la vez, para los campesinos de Nampula, Cabo Delgado y Niasa, las tres principales regiones de producción algodonera de Mozambique, el algodón era "la madre del hambre y de la muerte". La obligación de cultivarlo había llevado al deterioro de la calidad de las tierras, y obligado a reducir el tiempo dedicado a la producción alimentaria familiar. Una vez que la sequía se instalaba sobrevenía también la muerte, a menos de poder contar con reservas o ayuda.

Las consecuencias de la imposición de cultivos obligatorios, o de una emigración demasiado intensa de fuerza de trabajo, fueron dramáticas en varias regiones de Mozambique, desde Niasa a Cabo Delgado y de Zambezia a Gaza. Disminuyeron la cantidad, la calidad y la diversidad de los alimentos producidos. Debido a que había menos trabajo a disposición, los períodos de rotación de cultivos eran más

esporádicos, y la fertilidad de los terrenos iba decreciendo de año en año. Cereales como el mijo, el maíz y el arroz, y diferentes tipos de legumbres tradicionales, fueron abandonados por el cultivo más sencillo de tubérculos como la mandioca y el cazabe o yuca. Así se deterioró la dieta de las familias campesinas, y con la escasez de la producción se redujo la disponibilidad de alimentos para los tiempos de penurias. La sequía y otras calamidades naturales empezaron a hacer sentir sus efectos más prontamente y con mayor dureza, precisamente porque las familias no podían mantener el margen de seguridad alimentaria tradicional; habían pasado a depender del trabajo migratorio y, si éste no se materializaba, quedaban sin defensa. En muchas partes de África incidieron negativamente sobre las formas tradicionales de agricultura para la alimentación los sistemas productivos manejados con métodos coercitivos: además del algodón, las bananas de Guinea, el sisal y la caña de azúcar de las plantaciones del África oriental, que requerían un trabajo durísimo, el té de los altiplanos de Kenia, Niasalandia, Tanganica y más tarde Mozambique. En general, las poblaciones africanas que contaban con una producción de subsistencia abierta, que podían o sabían producir para el mercado, aunque fuera en forma limitada, resistían la coerción a trabajar en plantaciones, o con colonos o para las obras públicas, pues los salarios que recibían no bastaban más que para pagar los impuestos, mientras que su producción familiar era librada al estancamiento, si no es que se deterioraba. Fueron precisamente las producciones de plantación, las colonias agrícolas, las *farms* europeas, los sistemas de cultivo obligatorio, los que durante más tiempo recurrieron a formas de trabajo forzado u obligatorio, llevadas a cabo de acuerdo con reglamentaciones estatales.

En todas las regiones en las que existía producción por parte de colonos (Rodesia, Kenia, Mozambique, Angola, Congo), estos se movilizaron para obtener de los gobiernos coloniales leyes que impidieran a los cultivadores africanos competir con ellos en las producciones comerciales. Y si no, la misma legislación les aseguraba subvenciones, tarifas especiales para el transporte de los bienes producidos, facilidades de tipo comercial y financiero. En todos los casos se trataba de ventajas reservadas a los colonos blancos, que no serían extendidas a los agricultores africanos hasta los años Cincuenta. Fue el caso del café en Kenia, que hasta los años Cincuenta era una producción reservada a los colonos blancos. El *Syndicat Agricole Africain* de Felix Houphouët Boigny en Costa de Marfil había sido organizado para reclamar iguales derechos que los que tenían los plantadores europeos. Cooperativas de comercialización y consumo, organizadas para librarse de la expoliación perpetrada por intermediarios comerciales asiáticos y por el monopolio colonial de los precios de importaciones y exportaciones,

fueron organizadas en las principales zonas de producción por campesinos africanos de Tanganica a partir de los años Veinte. En todas las colonias, el movimiento cooperativo fue hostilizado cada vez que se presentó como grupo de presión defensor de los derechos de los productores y consumidores autóctonos.

Los recursos reales de cada territorio eran los límites que se interponían entre la valorización y la decisión de explotar. Dicha decisión dependió siempre, en primer lugar, de las características ecológicas de cada territorio, así como de la densidad y la distribución de la población. Dos tercios de la producción de oro, diamantes y cobalto del mundo vienen de África, lo mismo que el 40% del platino, el cromo y el manganeso, el 10% de los fosfatos, el uranio, el cobre, la bauxita y el hierro. En la posguerra se descubrió petróleo en Nigeria, Gabón, Angola y el Congo-Brazzaville. Pero la mayor parte de la riqueza minera se halla concentrada en África austral, y allí se encuentran las áreas de mayor inversión productiva: las minas de oro del Witwatersrand y de Orange; los diamantes de Sudáfrica, Kasai (Zaire) y la costa desértica del Namib (Namibia), en Angola; el platino en el Transvaal; el cromo, otra vez en Sudáfrica y en Rodesia del Sur; el cobre, cuya más alta concentración se encuentra en la región que la frontera colonial divide entre el Congo belga (Katanga, Shaba) y el área del *Copperbelt*, en Rodesia del Norte, con más del 75% de la producción total en África. El oro era ya una producción antigua también en la Costa de Oro y en Rodesia del Sur, aunque la cantidad extraída no era comparable a la de los yacimientos descubiertos en los años Ochenta del siglo XIX en el Witwatersrand. Se hallaba hierro y carbón casi por todas partes. La bauxita fue encontrada en yacimientos importantes en los años Cuarenta en Guinea; el petróleo lo fue mucho más tarde, en vísperas de las independencias, en Nigeria, Angola y Gabón, mientras importantes yacimientos de uranio comenzaban a ser explotados en Namibia.

Si se comparan las fuerzas de trabajo legalmente empleadas en los sectores mineros podrán comprenderse las dimensiones de la absoluta superioridad de Sudáfrica en la época colonial. En 1939, las minas sudafricanas empleaban a 464.359 trabajadores, incluidos 52.639 europeos. El segundo sector minero, el del Congo, empleaba a 157.250 trabajadores (2.250 europeos). El Copperbelt contaba con 24.900 asalariados (2.700 europeos), mientras que Angola tenía apenas 8.697, con 160 europeos.

La industria minera había iniciado su desarrollo sobre la base de pequeñas, medianas y grandes concesiones, que rápidamente fueron monopolizadas por las compañías más fuertes. En el primer estadio hubo pues una masiva e indiscriminada movilización de trabajo, ya fuera con métodos coercitivos o mediante estímulos, siempre con el

apoyo de una legislación que "liberaba" fuerza de trabajo por medio de la imposición de restricciones al acceso de la población a la tierra y a los cultivos comerciales. La formación de reservas, en Sudáfrica y en las Rodesias, obligó a los africanos sobre todo jóvenes que debían pagar los impuestos y procurarse los medios para cumplir las obligaciones sociales requeridas para casarse, vale decir, la dote o arras en precio de la novia, a buscar trabajo en las regiones mineras, o en plantaciones y empresas agrarias de colonos. Recién en una segunda etapa, y en los sectores mineros más avanzados y rentables (Sudáfrica, el Copperbelt, Katanga) las inversiones en tecnología permitieron reducir el empleo de mano de obra en las minas, y requirieron un número creciente de personal especializado. Las políticas de promoción de la inmigración de trabajadores, fuerza de trabajo inestable y mal paga, fueron gradualmente reemplazadas por políticas de control y selección, con la ayuda de los jefes indígenas tanto de las zonas de origen como de las de destino. Las reservas cambiaron de función, pues de reservas de fuerza de trabajo pasaron a convertirse en áreas rurales en las cuales, con la colaboración de los jefes, se ejercía el control del flujo de mano de obra.

De una emigración preponderantemente estacional, es decir, temporaria, de campesinos que eran "prestados" a los sectores de producción empresarial, se pasó necesariamente a formas de estabilización de una fuerza de trabajo semiespecializada, y sólo siguieron siendo migrantes estacionales los braceros para todo trabajo, que asumían las tareas más duras y peligrosas. Las ciudades mineras se estructuraron según jerarquías raciales y de clase: las zonas residenciales blancas estaban separadas de las habitadas por obreros blancos, y estas se hallaban lejos de las africanas de trabajadores estables, mientras que la población de emigrantes se repartía entre los *compounds*, alojamientos para mineros, y las habitaciones precarias en asentamientos de emergencia. En los diferentes barrios, los trabajadores inmigrados, estables o temporarios, especializados o no, se asociaron en afiliaciones étnicas y regionales, o según la confesión religiosa que profesaban. Surgieron así nuevas identidades en las que la posición social y la afiliación religiosa se intersectaban con el origen étnico y regional. Esas nuevas identidades serán luego la base de las organizaciones de sindicatos y partidos en los que la identidad étnica originaria no sería ya el único criterio de identidad, ni tampoco el que prevaleciera invariablemente

Muchas de las colonias francesas del África occidental eran en gran medida territorios desérticos o áridos con escasa población; parte del África ecuatorial había perdido su población a causa de las prolongadas razias esclavistas, y la depresión demográfica se había vuelto aún más grave con la cantidad de pobladores que huían de las depredaciones perpetradas por las compañías concesionarias; Somalia entera,

con la excepción de los valles meridionales de los ríos Yuba y Shebeli, se caracterizaba por sus terrenos áridos, aptos únicamente para el pastoreo trashumante. De los territorios sin acceso al mar (Mali, Níger, Chad, Ubangui-Chari, Uganda, Ruanda y Burundi, Rodesia del Norte y Rodesia del Sur, Suazilandia, Basutolandia, Bechuanalandia), sólo atrajeron inversiones los que como Uganda estaban dotados de recursos agrícolas, o que como las Rodesias contaban con reservas minerales. Todos los demás se convirtieron en zonas de emigración de fuerza de trabajo hacia las áreas de desarrollo regionales.

En cada región y territorio, con el desarrollo de las producciones para la exportación se profundizó la disparidad entre áreas "valorizadas" y áreas que siguieron siendo marginales, o que pasaron a serlo. Una importante muestra de este desarrollo no equilibrado son los transportes. Basta mirar un mapa de África para comprobar que las vías de comunicación, caminos y ferrocarriles, vale decir, el desarrollo de las redes de transporte modernas, se hallan concentradas en las áreas "productivas". El sistema de transportes más complejo y estructurado es, lejos, el que posee Sudáfrica. Resulta pues que las inversiones en infraestructuras, servicios, escuelas, centros para la atención de salud, se concentraron en las áreas productivas. En tanto, las regiones periféricas eran dejadas en el atraso. La dicotomía que nace como consecuencia del desarrollo colonial no establece diferencias simplemente entre países relativamente más ricos y países pobres, ni entre el "campo" y la "ciudad"; es más compleja, y en primer lugar distingue a las áreas que han sido "valorizadas" de las que no lo han sido. La división entre áreas desarrolladas que se vinculaban con la economía colonial de exportación y áreas que no se hallaban en tal situación atraviesa a todos los países de África, y se combina en complejas situaciones de interrelación y dependencia territoriales y regionales.

En África occidental, donde se desarrollaron las grandes producciones comerciales de aceite de palma, cacao, café, maní, algodón, cultivadas por agricultores indígenas en tierras que en gran parte habían permanecido bajo su control, el Estado intervino más que nada en los niveles de comercialización. Los sistemas comerciales, basados ampliamente, ya antes de la colonización formal, en el intercambio monetario, utilizaban para sus operaciones a firmas de exportación e importación inglesas, francesas, alemanas o de otros países europeos, que se conectaban con los productores-consumidores africanos por medio de intermediarios, tanto de grupos africanos, por ejemplo los comerciantes hausa o diola, especializados desde antiguo en el comercio de largas distancias, como de extranjeros, que en África occidental eran sirio-libaneses, y en la oriental árabes e indios.

Las grandes producciones de agricultura tropical se desarrollaron con mayores éxito y provecho en regiones generalmente costeras, o en el interior de áreas de selva del África occidental, Camerún y Uganda. Un ejemplo significativo es el cacao. Ya en 1911 la Costa de Oro se convirtió en el primer productor mundial, y continuó aumentando constantemente su producción, que de las 40.000 toneladas de 1911 pasó a un promedio anual de 118.290 en el período 1917-1921, para llegar a un máximo de 244.000 toneladas en 1931. La Nigeria occidental se convirtió con rapidez en la segunda productora de cacao, a un promedio de 100.000 toneladas anuales en la década del Treinta. A su vez, la Costa de Marfil producía en los años Veinte un promedio de 9.000 toneladas, cifra que para la década del Treinta se había ya triplicado, y para 1960 había llegado a decuplicarse; una evolución similar siguió la producción de cacao del Camerún. Ya desde fines de los años Veinte estos países productores, junto con la Guinea Ecuatorial española y el archipiélago portugués de Santo Tomé y Príncipe, contribuyeron a hacer de África el principal productor de cacao, con el 60,9% de la producción total mundial, que en 1960 llegaría al 69,9%, en una evolución que implicaba la inversión de las proporciones vigentes a comienzos del siglo XX, cuando de África salía sólo el 17% del total, y del Nuevo Mundo (Brasil, Ecuador, República Dominicana, Antillas Británicas) el 91,2%.

En estos territorios, tanto el sistema británico de *indirect rule* como la administración francesa favorecieron un desarrollo fundado en la producción por campesinos, sin que hubieran procesos importantes de expropiación de tierras. En la extracción de las riquezas, mientras que los precios obtenidos por los productores eran mantenidos bajos y resultaban gravados por impuestos, los precios de los bienes de consumo eran controlados por la misma empresa europea de exportación e importación. El productor africano no actuaba en un mercado libre, sino estrechamente controlado por las regulaciones coloniales, aplicadas por las administraciones que estaban conectadas con los jefes locales en calidad de colaboradores, por medio de intermediarios comerciales y de grandes compañías que tenían el monopolio de las transacciones comerciales. Estudiosos franceses han definido a este sistema *economie de traite*, de intercambio desigual.

En los sistemas de producción agrícola de este tipo las tierras no eran expropiadas, pero su valor en las regiones de expansión de los cultivos de exportación pasó a ser, sin perder del todo sus tradicionales significados, primordialmente comercial; como consecuencia de ello, la rivalidad sobre los derechos de posesión cambió de significado y de intensidad. El aval colonial fue determinante para que ciertos sectores –autoridades tradicionales, comerciantes, agricultores ricos– se apo-

deraran *de facto* del derecho de usufructo sobre las mejores tierras. En forma paralela a procesos de acumulación de recursos, en Nigeria, la Costa de Oro, Camerún y Uganda, donde los principales productores de cacao y café para la exportación eran los latifundistas indígenas, siguió creciendo el número de los sin tierra, o de los campesinos marginados en tierras improductivas.

La conquista y la represión del primer período colonial habían provocado pérdidas demográficas y masivos traslados de población. La estabilización colonial tendió a controlar las poblaciones en los límites de fronteras estatuales y administrativas, como recurso productivo primario. Se afirmaron distintos tipos de flujos migratorios desde las zonas en las que no existía desarrollo productivo comercial, o desde aquellas más densamente pobladas, hacia las áreas que ya estaban insertas en el mercado mundial. En África occidental, los flujos migratorios más intensos eran los que afectaban las regiones sahelianas, de las que partían ya desde comienzos del siglo masas de jóvenes en busca de trabajo en las plantaciones indígenas de cacao de Costa de Oro y Nigeria occidental, y después de la Costa de Marfil, y en la región productora de maní de Senegal y Gambia. Regiones enteras del África ecuatorial se despoblaron, ya fuera porque sus habitantes querían rehuir el pago de impuestos o porque partían en procura de trabajo a la zona de la "media luna fértil" integrada por Camerún, Gabón y el Congo-Brazzaville. En el Congo belga, la emigración más masiva se dirigía a las zonas mineras, al bajo Congo y a las zonas de plantación. De Ruanda y Burundi surgieron desplazamientos en masa a las plantaciones indígenas ugandesás y a la región de Kivu, en el Congo. Desde Niasalandia, Mozambique, Basutolandia, Suazilandia y Ovamboland, desde Angola y África del Sudoeste, un número creciente de emigrantes se dirige a las minas del Transvaal y de Orange, a las plantaciones de azúcar de Natal, al Cabo. Las minas del Copperbelt zambiano hospedaban una población de trabajodres que provenía de todos los países de la región.

Las migraciones masivas de jóvenes influyeron tanto sobre las sociedades de origen como sobre las de destino. La migración estacional, y después cada vez más frecuentemente definitiva de los jóvenes más capaces en el trabajo provocó un redimensionamiento de la agricultura de subsistencia, por lo que las áreas rurales paulatinamente vinieron a depender cada vez más de las remesas de dinero y alimento de los emigrados a sus familias.

En las regiones y ciudades donde se concentraban los inmigrantes provenientes de las distintas partes se desarrollaron sociedades en las que se mezclaban y se superponían procesos de integración o de segmentación, en los que las fracturas étnicas y tribales se for-

maban, se disgregaban o se reformulaban para responder a la nueva situación urbana.

La emigración más allá de las fronteras coloniales restaba fuerzas productivas tanto a la agricultura familiar como a la empresarial, pero en algunos casos se la estimuló, porque representaba la principal fuente de ingresos de los gobiernos coloniales. El ejemplo más macroscópico es Mozambique; durante toda la época colonial, buena parte del presupuesto estatal provenía allí de los impuestos y las remesas de los emigrados en Sudáfrica.

La definitiva inserción –en una posición subordinada– del continente africano en la economía mundial provocó procesos de diferenciación económica y social entre agricultores ricos, latifundistas auténticos, campesinos medios y campesinos pobres y sin tierras, los cuales se veían obligados a emigrar a las regiones de más intensa y rica producción para la exportación. En tanto, las regiones escasamente dotadas de recursos permanecían excluidas, y eran consideradas simples reservas de brazos para las áreas productivas. Al término de la época colonial el África subsahariana se encuentra ya inserta en el mercado mundial como productora de materias primas tropicales para la exportación, mientras que las producciones mineras más importantes se hallan circunscriptas a unas pocas regiones. Pese a las inversiones de la segunda posguerra en proyectos de mejora y diversificación, los sectores agrícolas, tanto los de producción campesina para la exportación como los de plantación y las colonias, siguieron estando tecnológicamente atrasados, y continuaron basando su rentabilidad en el bajo costo de los recursos. La agricultura familiar alimentaria, marginada en todas partes, sin incentivos y privada de sus mejores trabajadores, ya no podía hacer frente al crecimiento de la población, que se situaba en una media de 3% anual.

CAMBIOS SOCIALES ENTRE LAS DOS GUERRAS

Todos los territorios africanos se vieron envueltos en la primera guerra mundial, algunos directamente y otros en función de proveedores de hombres y medios. La guerra tuvo como consecuencia la reinstauración de políticas de control sobre las colonias, ya fuera porque las numerosas rebeliones obligaban a rever los métodos administrativos o porque era preciso hacer más eficiente la explotación colonial. El período entre las dos guerras fue de reconstrucción y estabilización administrativa, y de máxima expansión económica. Sin embargo, ya en los años Veinte, y como reflejo de la primera depresión de la economía mundial, empezaron a hacerse evidentes las contradicciones de sistemas que imponían a las poblaciones africanas cargas cada vez mayores sin concederles

otra cosa que las migajas económicas, y nada en absoluto en el campo de los derechos.

La gran crisis económica mundial de los años Treinta llevaría después a su maduración todas las contradicciones económicas y políticas que agitaban a las colonias. El África de la dominación colonial, moldeada según la imaginación del colonizador, empezó a tener su propia voz organizada en diferentes asociaciones, movimientos y publicaciones. Los que más se impusieron a la atención fueron, sobre todo, los profundos y radicales cambios en el crecimiento demográfico, en la distribución espacial de la población y en las estructuras sociales, tanto en áreas rurales como urbanas. Superada la depresión del período de la conquista, la población africana había comenzado a crecer a ritmos acelerados, aunque esa recuperación no se encontraba presente de manera equitativa en todos los territorios. En 1920 el continente tenía 120 millones de habitantes, el 67% de los cuales se encontraban en el África subsahariana. Al comenzar la segunda guerra mundial había ya 190 millones, y más de 200 en 1950. Se trata de un crecimiento no uniforme, debido a la recuperación de la natalidad y a la reducción de la mortalidad infantil. Sin embargo, la mortalidad en general seguía siendo altísima, como consecuencia del desarrollo de nuevas enfermedades, entre ellas principalmente la tuberculosis, las afecciones pulmonares y venéreas y el alcoholismo. También mantenían elevada la tasa de mortalidad las periódicas epidemias y, en algunas áreas, los episodios de hambrunas, repetidos y cada vez más frecuentes. La población europea era escasa; apenas si representaba el 2,5%, concentrado sobre todo en Sudáfrica; era más numerosa en el África oriental que en la occidental.

Por todas partes había abismales diferencias de estatus, riqueza y acceso a los recursos entre las minorías blancas y las todavía limitadas burguesías indígenas de plantadores (por ejemplo en Costa de Marfil, Nigeria, Camerún), comerciantes, transportadores, funcionarios, profesionales o eclesiásticos. Esas diferencias se reforzaban además por ideologías y prácticas explícitamentte racistas. En las colonias donde, en gran medida gracias a la actividad de los misioneros, más se había difundido la escolarización (Costa de Oro, Nigeria, Senegal, Dahomey, Togo, Congo-Brazzaville, Kenia, Rodesia, Bechuanalandia, Basutolandia, Niasalandia), los alfabetizados de diferentes niveles –empleados de los grados más bajos de la administración colonial, educadores, empleados de empresas privadas, expertos contables o intérpretes– habían aumentado en número y visibilidad. Pero la masa de las poblaciones africanas seguía estando compuesta por campesinos pobres, cuya supervivencia dependía cada vez más del trabajo estacional y de la emigración. En Sudáfrica, el desarrollo de una industria minera y manufacturera había provocado una urbanización que hacía que al

comienzo de la segunda guerra mundial más del 30% de la población viviera en ciudades. Pero en otros lugares también hubo incremento de la cantidad de barrios africanos, como siempre separados, formados por asentamientos de construcciones precarias (bidonvilles, *slums, caniços*) que albergaban cantidades crecientes de recién llegados.

A lo largo de los siglos, todas las sociedades africanas habían elaborado métodos de incorporación de "extranjeros" a sus estructuras, en función del estatus de prisioneros, esclavos, refugiados o mercaderes que asumieran. Pero las migraciones precoloniales habían sido de grupos que buscaban tierras para instalarse en ellas, mientras que en el período colonial se transformaron en migraciones en procura de trabajo, por lo general bajo la forma de desplazamientos estacionales de jóvenes campesinos sin recursos que iban a las ciudades, plantaciones o minas cuyas producciones estaban directamente vinculadas con la economía de exportación. Las áreas de donde provenían estos jóvenes fueron dejadas en el estancamiento. Ese es el caso del Alto Volta, de gran parte de Mali, Níger, Ubangui-Chari, Mozambique y ciertas regiones sahelianas. Habían sido aplicadas medidas administrativas coloniales que supervisaban la deportación de poblaciones enteras, y su reinstalación en reservas o en aldeas protegidas; así sucedió en Sudáfrica, las Rodesias y Kenia. Aparte el caso de Sudáfrica, que desde siempre ha sido el marco de referencia para cualquier proyecto de segregación racial y de expropiación de tierras a las comunidades indígenas, las políticas de reagrupamiento en aldeas y reservas fueron aplicadas en el África Ecuatorial Francesa y en las colonias inglesas y portuguesas de África oriental. Las consecuencias sociales de tan radical transformación de la distribución de la población en el continente y de su modalidad de radicación comenzaron a hacerse sentir con la crisis de los años Treinta. Entonces las masas de jóvenes migrantes, que habían dejado sus tierras en procura de trabajo en las áreas productivas, las ciudades de las costas y las regiones mineras, comienzan a ser organizadas a través de paros de actividades, boicoteo de producciones y protestas.

El período entre las dos guerras había sido de inversiones en infraestructura (transportes y puertos), que resultaban posibles en las colonias productivas y que, en general, estaban dedicadas a mejorar las estructuras de comercialización de los productos de exportación. Son ejemplos de ello el ferrocarril de Kassala en el Sudán, que daba servicio al gran sistema de plantaciones de algodón de Gezira, y el mejoramiento y la conclusión de tendidos ferroviarios y puertos. La mayor parte de las inversiones extranjeras, públicas y privadas, se dirigió a Sudáfrica, por su economía minera en expansión; en cambio, casi nada recibieron las colonias de escasos recursos. Para salir de la crisis, las potencias coloniales adoptaron férreas políticas proteccionistas hacia el exterior,

y políticas más restrictivas en lo interno. La caída de los precios mundiales de las materias primas agrícolas y mineras significó una disminución del valor de las exportaciones, que un aumento productivo no logró compensar; de ello derivaron restricciones a las importaciones, y aumentos impositivos destinados a suplantar la disminución de los ingresos aduaneros. En muchas regiones los campesinos se vieron obligados a abandonar los cultivos para volver a una economía de subsistencia ya irremediablemente en declinación. La crisis puso en evidencia las consecuencias de la marginación de la agricultura familiar y la fragilidad de las economías coloniales basadas en la exportación de materias primas, con frecuencia una sola producción esencial, cuyos mercados y precios dependían por completo de redes de intereses externos.

La importancia del aumento de la dependencia, en economías que en lo esencial seguían siendo extractivas, tuvo consecuencias sociales, y finalmente políticas. Los gobiernos coloniales no se preocupaban por adoptar medidas que pudieran aliviar los problemas creados por la recesión. Al contrario, reforzaron los mecanismos de explotación en beneficio de las metrópolis. Todos los gobiernos coloniales pusieron en funcionamiento políticas deflacionarias, que cosecharon escasos éxitos pero provocaron fuertes incrementos de la desocupación, que ya no podía ser absorbida por los sistemas de producción y de vida tradicionales, completamente trastornados y que se habían vuelto dependientes del mercado.

La segunda guerra mundial, como la primera, se libró también en África, con enfrentamientos en el norte, en África oriental y en Madagascar. Tuvo efectos devastadores, y se resolvió en controles todavía más duros sobre poblaciones a las que se pidió contribuir a las operaciones militares con hombres y medios. La reacción de las poblaciones no fue unánime. Entre las élites africanas prevalecía la noción de que la guerra era una cuestión entre blancos, y de que franceses e ingleses no podían alegar ninguna superioridad moral sobre los nazis, porque el colonialismo al que habían sometido las poblaciones africanas no era precisamente un ejemplo de libertad y democracia. Hubo manifestaciones contra los aliados pero al fin prevaleció la colaboración, deseada sobre todo por autoridades tradicionales que ya dependían por entero de la suerte que corrieran sus dominadores.

Para los muchos que fueron enviados a la guerra por sus jefes, o que se ofrecieron para integrar tropas coloniales, era cuestión de cumplir órdenes de superiores o, incluso, una ocasión de trabajar y posiblemente hasta recibir instrucción por un buen sueldo, en comparación con los salarios a los que los indígenas podían aspirar en la vida civil. En el África occidental británica hubo aproximadamente 170.000 movilizados; la East African Force estaba compuesta por 75.000 ke-

nianos, 55.000 ugandeses, 92.000 hombres de Tanganica y 30.000 de Niasalandia. Se reforzaron puntos estratégicos, puertos y aeropuertos en toda el África, desde Dakar a Nairobi y Salisbury, y mediante el uso de los fondos del primer *Colonial Development and Welfare Fund* (1940) se construyeron y mejoraron aeropuertos, puertos y bases militares.

Para hacer posible el control más eficaz de las producciones estratégicas, el gobierno inglés creó en 1940 el West African Cocoa Control Board, Oficina de Control del Cacao de África Occidental. Similares controles fueron implementados con todas las producciones de exportación más importantes, a través de la determinación de los precios, el control de las licencias de los intermediarios locales y el monopolio de las exportaciones. Estos llamados *marketing boards* ("juntas de comercialización"), entendidos como instrumentos para la regulación y la estabilización de los precios, funcionaron esencialmente como medios de acumulación en favor de las arcas del Estado, pues a los productores se les pagaba un precio inferior al de la cotización internacional y no había ninguna posibilidad, como no fuera el contrabando, de sustraerse al monopolio así formado.

Con la restricción impuesta a las importaciones, empeoraron los términos del intercambio. Para contribuir al esfuerzo bélico se resucitó el trabajo forzado hasta de mujeres y niños, incluso allí donde se lo había abolido. El Congo belga apoyó a los Aliados, mientras que las colonias portuguesas debieron guardar la neutralidad impuesta por el régimen salazarista. La Unión Sudafricana, dividida entre la postura neutralista de los ultranacionalistas y antibritánicos seguidores de Herzog y la de la intervención codo a codo con Gran Bretaña, optó por comprometerse en la guerra. El Cabo se convirtió en una base naval esencial. Con habilidad diplomática, el gobierno sudafricano supo extraer una importante ventaja de la intervención en la guerra junto a los Aliados: la abstención de hecho adoptada por Inglaterra y, en consecuencia, por las demás potencias occidentales, de interferir en el vuelco de situación que se vivió con las elecciones de 1948, en las que se adoptó un régimen institucionalizado de discriminación y separación racial.

El África francesa, que había contribuido con muchos soldados al esfuerzo de guerra, se encontró dividida entre los partidarios de la Francia de Vichy y los de la Francia Libre. En las colonias donde había partidarios de Vichy, toda el África Occidental Francesa y Madagascar, se derogaron hasta los mínimos derechos políticos (como fue el caso de las *communes* del Senegal), y el régimen del *indigénat* fue aplicado en todo su rigor. En cambio Felix Eboué, convertido en gobernador del Chad durante el Frente Popular, en 1940, se declaró partidario del generale de Gaulle, y fue seguido por todos los gobernadores del África Ecuatorial Francesa y del Camerún. Tropas coloniales de esta

área, bajo las banderas con la cruz de Lorena, combatieron junto a los ingleses en Eritrea, y bajo el mando del general Leclerc tomaron el Fezzan, para reunirse en 1943 con las tropas británicas contra el Afrika Korps de Rommel.

LA DESCOLONIZACIÓN

La coyuntura de decisiones internacionales, de reformas económicas e institucionales, de acelerados cambios sociales y de organización de movimientos políticos, de rebeliones e intentos de revolución en las colonias, de demostraciones y huelgas, que presidieron el proceso de descolonización, puede ser interpretada con diferente medida. Para algunos historiadores, las reformas constitucionales y administrativas y el compromiso para con la reformulación de las economías coloniales han sido una etapa en la planificación de la descolonización, tanto por parte británica como francesa[139]. Solamente Bélgica se dejó sorprender impreparada, y de ahí el trauma de una independencia (la del Congo) apresurada y, por lo tanto, inevitablemente portadora de una crisis devastadora. Siempre según esta tesis, el rechazo de Portugal a la descolonización dependía de la naturaleza del régimen que lo gobernaba, heredero del salazarismo y dominado por un nacionalismo no democrático en el que las colonias representaban tanto un símbolo como una fuente de recursos irrenunciable.

Una segunda tesis interpreta los mismos hechos como expresión de la voluntad de las potencias europeas por modernizar su dominación: *"partir pour mieux rester"*, partir para permanecer mejor, como se decía en Francia. En la primera etapa, apenas terminada la guerra, se intentaron reformas internas de los sistemas coloniales; después, a partir de mediados de los años Cincuenta, los gobiernos europeos, ahora rehenes de la muy cambiada atmósfera internacional, procuraron seleccionar y apoyar a aquellas fuerzas internas de las colonias que pudieran permitirles mantener la continuidad tras la independencia. En esta segunda tesis, de la cual parten todas la teorizaciones del neocolonialismo, está comprendida la historiografía que pone el acento no tanto en la iniciativas tomadas por las potencias europeas, sino más

139 La descolonización entró ya en la historia, pero la investigación sigue siendo muy precaria. La obra de R. von Albertini, *La decolonizzazione*, SEI, Torino 1971, se basa exclusivamente en fuentes europeas; J. D. Hargreaves, *Decolonization in Africa*, 3. Longman, London 1988, intenta integrar la versión europea sobre la descolonización con la de los movimientos nacionalistas, sin lograrlo. La colección de ensayos de P. Gifford, W. R. Louis (eds.), *The Transfer of Power in Africa: Decolonization 1940-1960,* Yale University Press, New Haven 1982, es de nivel desparejo; sin embargo, la bibliografía puede resultar muy útil. Cfr. también L. Cliffe, *Decolonizzazione e neocolonialismo*, en Triulzi *et al.* (a cura di), *Storia dell'Africa* cit., pp. 224-50, y A. M. Gentili, *Decolonizzazione e Neocolonialismo nel XX secolo*, en N. Tranfaglia (a cura di), *La Storia*, UTET, Torino 1982, t. VI, pp. 701-28.

bien en el crecimiento de las fuerzas políticas nacionalistas, el carácter que asumieron y el papel que desempeñaron.

Actos de resistencia, rebeliones, oposición a los poderes coloniales no eran fenómenos nuevos, pues ya se habían expresado en distintos modos durante toda la etapa colonial, y en el período entre las dos guerras, incluso por medio de organizaciones de corte moderno. Por primera vez en la posguerra, la política de lisa y llana represión no puede ser ya tan sistemáticamente aplicada. Las demandas que en distintas formas vienen desde abajo tienen que ser escuchadas ahora. ¿Por qué razones? Hay que buscar tales razones, por un lado, en el cambio de situación internacional, y por otro en la política colonial de la etapa inmediatamente anterior a la descolonización.

Tras la depresión de los años Treinta, todas las potencias coloniales habían reforzado sus vínculos económicos, sociales y culturales con sus respectivos imperios coloniales. La economía de guerra había hecho sentir su peso sobre las poblaciones, y las agitaciones de obreros y jóvenes escolarizados, los boicoteos a la producción de cacao registrados en la Costa de Oro, el retiro de los campesinos de la actividad productiva, las huelgas (el paro de mineros en Enugu, en junio de 1945, y la huelga de funcionarios en Nigeria, sostenida por hombres de negocios y que se extendió a los ferrocarriles y a las obras públicas, los puertos y el correo), los tumultos de Duala, en Madagascar, en 1947, la huelga de Senegal, los movimientos de Accra, la rebelión mau-mau en Kenia, fueron seguidos por ulteriores reformas. El radical cambio de intensidad y organización de la protesta, junto con el significado más incisivo que ésta había asumido en un contexto de estrecha vinculación entre colonias y metrópoli, los lazos entre una Europa que debía reconstruirse y su retaguardia colonial, la fractura que la guerra fría había causado, todos esos fueron elementos que hicieron del África subsahariana no solamente un lugar para el aprovisionamiento de materias primas, sino también un santuario en el que invertir los recursos que era preciso reasignar a partir de otros contextos.

En lo ideológico los ingleses teorizaban desde los años Cuarenta acerca de la evolución de los vínculos coloniales a una forma de mutua colaboración, a través del estímulo a programas de desarrollo económico, que debería ser previo a la gradual evolución de las autonomías políticas. Tal es el significado de la *Colonial Welfare and Development Act* de 1940, instrumento legal que, por primera vez en la historia británica en África, asignaba fondos públicos a la realización de planes de inversión y mejoramiento de las bases productivas.

Para Francia, la importancia económica de África pasó a ser central después de la derrota militar en Indochina. Con el plan Monnet y la constitución de los FIDES, Fondos de Inversión para el Desarrollo

Económico y Social, se comprometieron fondos en las economías coloniales mediante inversiones en infraestructura, mecanización agrícola y concentración de empresas, en tanto que la noción de explotación de las colonias era reemplazada por la de ayuda para el desarrollo por medio de fondos públicos. La nueva política tuvo notables efectos sobre todo a causa del boom, que hoy se diría "oriental", "coreano", de las materias primas, en cuanto a la modernización de las estructuras de las empresas y el estímulo a la industria de sustitución de importaciones y a la de primer tratamiento de las materias primas de exportación. Las mayores consecuencias de esas orientaciones de reestructuración económica fueron de tipo político. Para las autoridades coloniales y las empresas, la alianza con los sectores sociales tradicionales seguía siendo importante sólo si éstos podían ser asociados a los proyectos de transformación, como empresarios comerciales o de los transportes.

La nueva atmósfera internacional no era favorable al mantenimiento de colonias. La Carta Atlántica había declarado que cada pueblo tenía el derecho de elegir el gobierno bajo el cual querría vivir. El más influyente de sus firmatarios, el presidente norteamericano Roosevelt, no perdía ocasión de expresar su aversión por el colonialismo. Las multinacionales y la opinión pública norteamericana estaban a favor de una internacionalización de las colonias. En 1945, 51 países aliados crearon la Organización de las Naciones Unidas, y a ella adhirieron las dos potencias mundiales, Estados Unidos y la Unión Soviética. A esa organización serán admitidos, a medida que se hagan independientes, todos los ex países coloniales. En su artículo 73, la Carta de las Naciones Unidas se asignaba la responsabilidad por los "mandatos" de la desaparecida Sociedad de las Naciones, y al tomarlos bajo su tutela se comprometía a asegurar su progreso político y social. Desde entonces las Naciones Unidas desarrollaron un papel muy activo en la tutela de los territorios bajo su supervisión, y en el proceso que gradualmente llevó a la independencia di Tanganica, Ruanda y Burundi. Francia se resistió a lo que consideraba una interferencia indebida en Togo y Camerún. Portugal, denunciado en muchas oportunidades por prácticas discriminatorias, se opuso a la realización de inspecciones en las colonias; por su parte, Sudáfrica desconoció la legalidad de las resoluciones de la ONU sobre Namibia.

En 1944, en Brazzaville, el general de Gaulle, cabeza del Comité de Liberación Nacional francés, había propuesto reformas del sistema colonial en el sentido de la descentralización territorial mediante la instauración de asambleas locales y la representación de las colonias en la Asamblea Nacional francesa (cámara de diputados) mediante el sufragio. Clement Attlee, por entonces ministro de *Dominions*, se había manifestado convencido ya en 1940 de que la internacionalización de

las colonias podría evitarle al contribuyente británico tener que hacerse cargo de los costos de su desarrollo. Esa tesis fue discutida en la Conferencia Colonial de 1942; los franceses la consideraban con inquietud porque no querían ninguna intrusión extranjera, y mucho menos colectiva, en su ámbito de influencia. En efecto, el proyecto de 1946 de crear una *Union française* quería unir a la metrópoli y las colonias en un sistema político híbrido que no era un verdadero Estado federal ni tampoco una confederación, pero de todos modos seguía asignando a los colonizados un lugar subordinado respecto de Francia. Al asumir el poder después de la guerra un gobierno laborista, se intentó preservar la hegemonía británica sobre las colonias impulsando reformas económicas y políticas que permitieran explotar en forma más intensiva el potencial económico, una política que fue denominada "de desarrollo y bienestar", planeada para una larga etapa en la que, al lado de la concesión de reformas institucionales orientadas a una mayor autonomía, no aparecía noción alguna de independencia. La declaración formulada por Stafford Cripps ante la Conferencia de gobernadores de África, en noviembre de 1947, presentaba la reconstrucción de Europa y el desarrollo del África como hechos que dependían dialécticamente uno del otro.

Las decisiones internacionales acerca del destino de las ex colonias italianas ejercieron notable impacto sobre la percepción que se tenía, en el ámbito internacional y en África, de la suerte futura de las colonias. Fue esa la primera forma concreta de internacionalización de la cuestión colonial, y por otra parte atañía a territorios africanos que ciertamente no se contaban entre los que más habían avanzado por el camino del desarrollo económico y social, aparte del político. Con el tratado de paz elaborado en la Conferencia de París, y firmado por Italia eil 10 de febrero de 1947, se preveía (artículo 23) la renuncia a todos los derechos sobre las colonias. También se especificaba que la cuestión sería sometida a la Asamblea General de las Naciones Unidas. El compromiso Bevin-Sforza, del 6 de mayo de 1949, creaba una Libia independiente bajo la monarquía de Mohamed Idris, una independencia firmemente sostenida por los países árabes, Gran Bretaña y la Unión Soviética[140]. Con voto de la Asamblea General, del 12 de noviembre de 1949, fue concedida a Italia la administración fiduciaria de Somalia por diez años, a partir del primero de abril de 1950 y hasta la independencia, que se decidió sería prclamada el primero de julio de 1960.

140 Sobre la política y la acción diplomática italiana, cfr.: G. L. Rossi, *L'Africa Italiana verso l'indipendenza 1941-1949*, Giuffrè, Milano 1980. Y con una periodización diferente, que trata desde la pérdida de las colonias hasta los acuerdos de "cooperación para el desarrollo": A. Del Boca, *Gli italiani in Africa orientale. Nostalgia delle colonie, 1943-1983*, t. IV, Laterza, Bari 1984. Cfr. también Id., *L'Africa nella coscienza degli italiani: miti, memorie, errori, sconfitte*, Laterza, Bari 1991.

En cuanto a Eritrea, en lo sustancial fue una decisión de las Naciones Unidas la que le negó su independencia, pues con la resolución del 2 de diciembre de 1950 ese territorio era definido una unidad autónoma federada a Etiopía. En 1952 fue ratificado por Etiopía el estatuto de autonomía, pero diez años después quedó abolido. Las Naciones Unidas no cumplieron en este caso con las obligaciones que les venían de su condición de garantes de dicho estatuto federal.

En 1945 celebró sus sesiones en Manchester el V Congreso Panafricanista, que debatió la dominación colonial inspirándose en los manifiestos anticolonialistas del pueblo argelino (1943) y del Istiqlal (Marruecos, 1944). Participaron de ese encuentro algunos de los líderes africanos más activos, que más tarde conducirían la historia de la independencia en sus respectivos países; por ejemplo, Jomo Kenyatta, fundador en Kenia del primer diario en una lengua nativa, y de la *Kikuyu Central Association*, o Kwame Nkrumah, de la Costa de Oro, vinculado en Estados Unidos con los ambientes afroamericanos del panafricanismo militante y, ya de regreso en su patria, fundador del que será el partido nacionalista más grande y de más activa militancia de la época, el CCP *(Convention People's Party)*. En Nigeria, con la formación del *Nigerian Trade Union* Congress había quedado demostrada la fuerza de los sindicatos. Dos años después de esa fundación, en 1944, varias organizaciones movilizadas por un joven intelectual, Nnamdi Azikiwe, fundaron un movimiento nacional, el *Nigerian Reconstruction Group*, más tarde NCNC, *National Council of Nigeria and the Cameroons*. En todos los demás territorios coloniales, las élites intelectuales y empresariales reclamaban estar representadas de pleno derecho en los consejos legislativos, y alcanzar el goce total de los derechos civiles. Las ahora cambiadas condiciones del mercado internacional llevaban, en efecto, a una internacionalización de las colonias. En un primer momento, hasta mediados de los años Cincuenta, las potencias coloniales intentaron mantenerlas cada una dentro de su propia esfera de influencia, mediante la aprobación de proyectos de desarrollo, inversiones en infraestructura, medidas de bienestar (*welfare*) y reformas políticas y administrativas. Se promovieron las inversiones públicas y privadas, si bien siempre en un marco de fortalecimiento de los sistemas extractivos y de dependencia del mercado internacional, y también se dieron estímulos a los empresarios locales. Por primera vez, las reformas políticas otorgaban ahora la posibilidad de elegir miembros de los consejos legislativos entre las instituciones locales de negocios, o bien se inspiraban, para las asambleas territoriales, en la misma lógica de selectiva, gradual y controlada cooptación de "hombres nuevos", *commoners*, destribalizados, *évolués*, jóvenes intelectuales. En todos los casos, el control de las instituciones esenciales para el proceso de toma de decisiones seguía siendo de incumbencia de los gobiernos coloniales y de las

entidades económicas metropolitanas, de los colonos, de las compañías comerciales e industriales y de los bancos extranjeros.

En las colonias británicas y francesas de África occidental se abrió tras la guerra una etapa de reformas constitucionales y administrativas que hicieron posible la organización y la expresión institucionalizada de partidos indígenas. Diferente fue la historia de las colonias de radicación, Kenia y Rodesia, y de las colonias portuguesas, donde la presión de los *settlers* y la de los intereses económicos, vinculados con Sudáfrica en el caso de Rodesia, impedían que aun los movimientos existentes pudieran actuar dentro de la legalidad. En todos los casos, será en el ámbito de estas nuevas pero todavía subordinadas formas de representación donde tendrá lugar la formulación y elaboración de la dinámica política de vinculación entre las instancias políticas nacionales o nacionalistas y los intereses locales.

Las reformas económicas de posguerra introdujeron por primera vez la noción de "desarrollo". Las reformas de los sistemas institucionales y administrativos coloniales reconocieron a su vez por primera vez, y aunque más no fuera a élites selectas –no pertenecientes a las aristocracias tradicionales–, el derecho de estar representadas en el proceso de toma de decisiones, si bien sólo en los ámbitos de las unidades administrativas locales o territoriales, pero no ante el Estado central. El proceso reformista entero se mantuvo coherente con las políticas coloniales, en su planteo originario de que un eventual autogobierno podría desarrollarse sólo si preservaba la evolución "orgánica" de las sociedades africanas, impidiendo la privatización de la tenencia de tierras y promoviendo *local administrations* para cooptar a ellas hombres y líderes destribalizados, potencialmente subversivos, a fin de estimular una más eficaz y moderna participación local en los planes de desarrollo políticos y económicos. Los objetivos de este giro eran en todos los casos explícitamente elitistas y cooptativos: las instituciones de gobierno local eran concebidas como organizaciones tuteladas por el Estado central, cuya finalidad era encarrilar el cambio social y político de las sociedades africanas y sus aspiraciones en los niveles local y tribal, comprometiendo en ello incluso a personajes que, por su grado de instrucción o la importancia de sus actividades económicas, hubieran podido aspirar a la política en niveles centrales. Una vez más se quería dificultar con esas reformas el acceso de los africanos al poder político en el nivel central. Así lo comprendieron muy pronto los líderes más radicales, que prefirieron mantenerse fuera del sistema, en tanto otros aceptaban ser objeto de cooptación porque querían librar su batalla política desde adentro. Pero esta etapa reformista coincidió con una ya bien madura conciencia de oposición al colonialismo, que justamente en los años Cincuenta se concretó en la organización de movimientos, sindicatos y partidos políticos que susci-

taron el consenso de amplias capas de la población respecto de proyectos de emancipación y, en último término, de autodeterminación nacional. El débil reformismo colonial de posguerra se reveló, en efecto, inadecuado para contener las presiones generadas por los pedidos organizados de igualdad, autonomía y, al fin, independencia política que provenían de adentro,. Esas presiones eran apoyadas por las potencias que dominaban el sistema internacional, y en general por el surgimiento de un fuerte movimiento anticolonial guiado por dos grandes países, la India y China.

Entretanto, el contexto internacional había vuelto a cambiar, y ahora estaba completamente condicionado por la guerra fría y por el activismo soviético sobre temas coloniales. El 25 de junio de 1950 Corea del Norte, apoyada por la Unión Soviética, lanzó un ataque militar sobre Corea del Sur, donde todavía había emplazadas tropas norteamericanas. El Consejo de Seguridad de la ONU, aprovechando la ausencia de la delegación soviética, que protestaba por la presencia en el lugar destinado a China de una delegación de Formosa (Taiwán), resolvió el envío de tropas norteamericanas bajo los colores de la ONU. En 1954, después de la derrota francesa, la Conferencia de Ginebra puso fin al estado de guerra en Indochina. Se declaró la neutralidad de Camboya y Laos, y Vietnam fue dividido en dos Estados, el del Norte protegido por los soviéticos, y el del Sur por los norteamericanos. En 1954 se inició también la lucha de liberación en Argelia, y para evitar el contagio Francia acordaba la independencia a los protectorados de Túnez y Marruecos en 1956. La crisis de Suez se produjo en ese mismo año 1956; los Estados Unidos y la Unión Soviética intervinieron conjuntamente para obligar a Francia y Gran Bretaña a retirar sus tropas del Canal.

El gobierno del coronel Nasser en Egipto pasaba a ser uno de los abanderados del no alineamiento, y entre los más influyentes en el África subsahariana. La República Popular China lanzaba en 1957 la política del llamado "gran salto adelante" con la construcción de comunas populares consideradas las células básicas de la consolidación del comunismo chino, y empezaba a mostrarse más dispuesta a intervenir en cuestiones relacionadas con la descolonización.

En un artículo aparecido en la revista francesa *"L'Observateur"* del 14 de junio de 1952, el economista Albert Sauvy usó por primera vez la expresión "tercer mundo" para referirse a los países coloniales y ex coloniales, a los que comparó con el tercer estado de la revolución francesa. En ese tercer mundo, pues, tenía lugar una revolución dirigida a obtener libertad e igualdad. Los 29 estados asiáticos y africanos cuyos representantes se reunieron en Bandung, Indonesia, en 1955, para reclamar una descolonización no sólo política sino también económica, se definían como "países del tercer mundo". Grandes países como la India e Indonesia, desde hacía poco independientes, tuvieron un papel predominante

en esta conferencia. Por fin, en 1959 Fidel Castro tomó el poder en Cuba, y a poco se remitió abiertamente al apoyo soviético. La cuestión cubana, en una América latina que hasta entonces había permanecido casi siempre sólidamente unida al bloque occidental, puso fin a la política de *détente* entre el Este y el Oeste, y volvió a activar los mecanismos de la guerra fría. Desde mediados de los años Cincuenta, la estrategia de las potencias coloniales en sus posesiones debió hacer frente a una situación de generalizada protesta, que ya no se limitaba a permanecer dentro del marco normativo e institucional propuesto por el reformismo colonial.

DEL ESTADO ARTIFICIAL AL ESTADO ASIMÉTRICO

Entre la oposición que los historiadores han llamado "primaria", vale decir, de las élites tradicionales contra la conquista colonial, y la oposición "nacionalista" de la segunda posguerra en África no hay un vacío. En efecto, las sociedades y los individuos no sufrieron primero el dominio para despertar luego, sólo cuando pudieron hallar en su seno a quienes se hicieran intérpretes de la modernidad. La historia colonial es la trama de la relación de dominación, oposición, adaptación, reacción y compromiso entre colonizadores y colonizados. Se destacan los episodios de oposición armada, incluso prolongada, en el Sudán oriental y occidental y en el Cuerno de África, inspirados en la adhesión al islam militante, y desde el Sahara al Cabo las rebeliones, las resistencias contra la enajenación de tierras, los impuestos y el trabajo forzoso.

También son una respuesta a la colonización los movimientos de carácter espiritual, muy difundidos, en los que la fe se convierte en el instrumento para la recuperación de la identidad; se trata de movimientos islámicos y grandes movimientos sincréticos y milenaristas cristianos, aparecidos en el África occidental, ecuatorial, oriental, central y austral. Todos los fenómenos de resistencia, protesta, reclusión en la fe, fueron interpretados por las autoridades coloniales como patologías de lo tradicional, como expresiones de atavismo y, en tal condición, como oscurantismos que había que circunscribir, reprimir y de todos modos marginalizar, para así permitir que dentro de las instituciones tradicionales se desarrollaran valores positivos y dispuestos a colaborar con la gesta de la civilización occidental.

Cuando empezaron a hacerse visibles y activos otros tipos de protesta, esta vez en formas y con métodos modernos, con la organización de asociaciones culturales, sociales y políticas, diarios, sindicatos y partidos, la reacción fue de tolerancia teñida de paternalismo en tanto esas instituciones resultaran controlables, de instrumentalización que permitiera alimentar las divisiones y el sectarismo y de represión, incluso durísima. La organización de movimientos de tipo moderno, inspirados en ideologías de emancipación y redención social y política, los cuales empleaban el mismo lenguaje de los colonizadores, subvertía el proyecto

de reformas fundado en la "retribalización" de las sociedades africanas, por medio precisamente de la renovada importancia concedida a las autoridades tradicionales. En tal marco se explica la constante hostilidad de los gobiernos metropolitanos y coloniales, y de los administradores, contra cualquier tipo de reivindicación que no se conformara al estereotipo de cómo debían ser las sociedades y los comportamientos "africanos", o que constituyera una manifestación "moderna" de oposición; también se explica así la demonización de rebeliones como la de los mau-mau en Kenia, considerada la expresión de atavismos tribales.

Los métodos empleados para neutralizar las reivindicaciones sobre la tierra y los dirigidos a mejorar las condiciones de vida, el salario y la instrucción fueron durante mucho tiempo la alternancia de la represión con un paternalismo que se legitimaba en cuanto defensor de los "verdaderos" y esenciales *valores* africanos. La represión colonial se abatió con dureza contra los movimientos y los líderes que se situaban fuera de la lógica de la continuidad. Para ello se valió de todos los instrumentos de la intolerancia, sobre todo en aquellas colonias en las que los *settlers* estaban decididos a mantener el monopolio económico y político.

En las colonias francesas, los líderes que se situaron a la cabeza de movimientos y reclamos populistas, críticos de la *assimilation* del proyecto de Comunidad Franco-Africana, fueron eliminados físicamente. Así sucedió con el camerunés Ruben Um Nyobé, figura excepcional de guerrillero pacifista que se remitía a los principios jurídicos internacionales de los derechos del hombre y de los derechos políticos a la autodeterminación. Otros fueron neutralizados políticamente, al reforzar contra ellos las fuerzas dispuestas a colaborar con el gobierno colonial. Otros, por fin, como Sekou Touré, fueron castigados con el ostracismo económico y político. El símbolo de la demonización de cualquier reivindicación nacional que pretendiera llegar a las raíces del problema colonial fue la parábola política y humana de Patrice Lumumba. El primer ministro del ex Congo belga osó violar la etiqueta de la ceremonia de la independencia para contar ante el rey Balduino de Bélgica qué había significado para su pueblo el colonialismo belga. Ese discurso marcó el fin de Lumumba: se lo interpretó como un desafío intolerable; desafío recogido por una alianza de fuerzas internas y externas, financiadas por la poderosa banca Societé Générale. Vino después la secesión de la rica provincia minera de Katanga, que precipitó al país en la anarquía que permitiría el martirio y el asesinato del jefe del primer gobierno libremente electo del Congo.

Al final de su recorrido el Estado colonial deja en herencia, no entidades territoriales y sociales artificiales, sino sistemas asimétricos de integración e interacción entre el centro y las periferias. Hasta el fin, el centro político colonial sigue estando dominado por las autoridades

de la colonia. El Estado colonial es de dominio total, único árbitro de los conflictos y las rivalidades internas, en las que el poder y la autoridad de las entidades locales son medidos no según la tradición, sino según la fuerza relativa de su propia alianza con el centro. La modernización introducida con métodos coercitivos y selectivos tuvo por efecto producir, por un lado, procesos de integración total con pérdida de identidad –y ello afectó sobre todo a las élites más próximas a los centros de poder coloniales–, y por otro reformular la investigación o la reivindicación de la africanidad. Esta era expresada y se sigue expresando por medio del retiro en la reivindicación de raíces culturales propias, que rechazan el contacto con los valores occidentales en formas organizativos y simbólicas de carácter religioso, en los numerosos y vastísimos fenómenos de fundamentalismo y mesianismo y en los fenómenos culturales de invención de la tradición, y de elaboración de identidades étnicas.

Otras formas de reivindicación de la africanidad asumen lenguajes elaborados en Europa y los hacen propios: es el caso de la *négritude*, contrapuesta como valor al racionalismo y el individualismo de Occidente. En fin, la reivindicación de la africanidad, de una especificidad de la "personalidad" africana, entra en la elaboración de ideologías moderna, desde el nacionalismo al socialismo.

Las élites africanas, y los líderes de los movimientos que reclaman la autonomía y la independencia, participan de la dinámica política del centro colonial y al mismo tiempo elaboran lenguajes, estrategias, sistemas de organización del consenso que es preciso comparar con el carácter asimétrico del poder y de la autoridad en los Estados coloniales. Catherine Coquery-Vidrovitch subraya que, en el momento de la independencia, el Estado moderno heredado del colonizador se reconstruye, tras su fachada de modernidad, sobre la base de valores de la herencia precolonial: personalización del poder político, creciente papel de los vínculos clánicos y de linaje, adhesión a la persona del jefe dispensador de seguridad. En efecto, el Estado independiente hereda una situación en la que las estructuras modernas han construido el sistema de dominación sobre la base de la esencialidad de las instituciones políticas y sociales tradicionales, tal como han sido seleccionadas, jerarquizadas y moldeadas por los intereses coloniales. Las élites que suben al poder heredan esta estructura y sus asimetrías. Heredan estados territorial y demográficamente desequilibrados, separados en regiones directamente involucradas en la producción para el mercado y en regiones atrasadas. Esos estados poseen fuertes centros de poder tradicionales, que utilizan cualquier medio para preservar o conquistar hegemonía; heredan las representaciones que han sido funcionales a la preservación del dominio colonial en las diferentes etapas de la

colonización. Heredan también la misma concepción absolutista de la conducción del centro político, para la cual la menor disidencia es demonizada, como producto de atávicos "tribalismos", y no admitida como reivindicación legítima. Por fin, en la elaboración de ideologías nacionalistas y de socialismo "africano" adoptan la representación más característica de la ideología colonial, que consideraba a las sociedades africanas fuera de la historia, como sociedades tradicionales, vale decir solidarias, comunitarias, inmóviles en el tiempo, y la traducen en concepciones y organizaciones políticas (los partidos únicos) que niegan a esas sociedades la posibilidad de expresarse políticamente, si no es en el marco de un abstracto e impuesto igualitarismo. El Estado independiente, pues, no se reconstruye sobre la base de valores tradicionales, sino sobre la propia representación de tales valores que era ya la del Estado colonial, cuya asimetría no saben deshacer (ni lo desean) las élites del tiempo de la independencia.

[II]
EL ÁFRICA INDEPENDIENTE

ÁFRICA INDEPENDIENTE CUMPLE CINCUENTA AÑOS

El presidente de Sudáfrica, Thabo Mbeki, al recordar en 2007 a Kwame Nkrumah en ocasión del cincuentenario de la independencia de la antigua Costa de Oro (5 de marzo de 1957), celebró a Ghana como "la patria lejos de la patria" de todos los africanos[141]. Un año antes que Ghana, en 1956, se había proclamado la independencia del Sudán, encrucijada histórica y cultural entre el África mediterránea, el África subsahariana y el Cercano Oriente, que en estos últimos cincuenta años ha estado bajo la hegemonía de la élite política del norte, culturalmente árabe y musulmana.

La lucha por las libertades políticas, y por ver reconocido el derecho de los países africanos a la independencia, caracteriza a la segunda mitad del siglo XX. No se trata de un hecho único, sino de un largo y accidentado itinerario dominado en todas sus etapas por condicionamientos y conflictos, provocados por la rivalidad entre el Este y el Oeste, que transformarán a la guerra fría en una serie de "guerras calientes" libradas en las regiones estratégicamente prioritarias: África austral, el Cuerno de África, el Golfo de Guinea, África central.

---

141 Thabo Mbeki, Salute to Ghana. 50 Years on, en "ANC Today", http://www.anc.org.za/ancdocs/anctoday2007/at08.htm.

En 1958, el rechazo de la Guinea Francesa (hoy Guinea-Conakry) a la propuesta del presidente De Gaulle de adherir, con una forma de autonomía interna, a una Unión Africana presidida por Francia, fue seguido por la rápida disgregación del imperio francés. La enconada defensa de la fórmula colonial de la *civilisation* francesa, ya deslegitimada por la derrota sufrida en Indochina, se derrumbaba en forma definitiva con la grave crisis política que la guerra de Argelia había desatado.

En 1960 acceden a la independencia nada menos que 16 países africanos. Si se exceptúa a Nigeria, perla de los dominios británicos y verdadero gigante de África por población y recursos, y al Congo Belga (hoy Congo-Kinshasa) dotado de inmensos recursos mineros, los países que obtienen la independencia durante el que fue definido el año de África cuentan entre los más pobres del "África inútil" del imperio francés, territorios sahelianos sin acceso al mar, en los que coexistían poblaciones de pastores y de agricultores dedicados preponderantemente a cultivos de subsistencia, cuyo recurso más importante era ahora la emigración a las regiones más productivas y mejor insertas en el mercado, como las costeras. Esas naciones pobres son el Alto Volta (desde 1984 Burkina-Faso), el Chad, Mali y Ubangui-Chari (República Centroafricana). Otros dos países asomados al golfo de Guinea, Togo y Dahomey (desde 1975, Benin), poseen territorios de pequeñas dimensiones y escasos recursos, pero con antiguas tradiciones comerciales, y son además bien conocidos por su riqueza en fermentos intelectuales y políticos. De hecho, Dahomey/Benin era conocido como el "barrio latino", es decir, el reducto intelectual del África Occidental Francesa. En Togo, los territorios del norte que habían sido dados en administración habían decidido en 1956, a través de un referéndum, su incorporación a la Costa de Oro (luego Ghana). Otros países del África occidental y central habían comenzado a desarrollar sectores productivos de exportación de productos agrícolas y forestales ya en los años Cincuenta, y estaban dotados de prometedoras riquezas mineras. En Costa de Marfil se había venido acelerando el proceso de desmonte de la selva para expandir los cultivos de cacao y café, y ello había atraído una inmigración cada vez más masiva de las regiones sahelianas. El Congo Francés (Congo-Brazzaville) y el Gabón comenzaron a explotar yacimientos de petróleo, en respuesta a la creciente demanda de energía de una Europa que había llegado a la plenitud de su crecimiento posbélico. Por fin el Camerún (territorio federado con la región antes administrada desde la Nigeria británica) contaba con un notable potencial agrícola, forestal y energético.

De la unión entre la antigua colonia italiana de Somalia y la Somalia británica se origina la República de Somalia. Siempre en 1960, se independiza también Mauritania, vastísimo territorio escasamente

ocupado por raleadas poblaciones nómadas y seminómadas, reivindicado por Marruecos y encrucijada entre el África occidental subsahariana y el Magreb. Éste es una región que resulta estratégicamente prioritaria para los intereses franceses concentrados en la guerra de Argelia, que sólo concluirá en 1962. La independencia de Madagascar en 1960 adviene entre levantamientos y represiones, mientras que Yibuti, base naval francesa de primordial importancia en la ruta a las Indias, sobre todo durante el desarrollo del conflicto indochino, sólo obtendrá la suya en 1977, tras largas negociaciones. Antes de eso, en 1976, Francia habrá renunciado a las islas Comoras, con excepción de la isla de Mayotte. Otra isla, la de Reunión, pasa a ser un departamento de ultramar de la República Francesa.

En los años Sesenta las declaraciones de independencia parecen convertirse en un alud indetenible. En 1961 la obtienen Sierra Leona y Tanganica (de la unión federativa entre Tanganica y Zanzíbar surgirá Tanzania en 1964); en 1962 Burundi, Ruanda y Uganda; en 1963 Kenia; en 1964 Niasalandia (Malaui) y la Rodesia del Norte (Zambia); en 1965, Gambia; en 1966 es el turno de dos de los "rehenes" de Sudáfrica: Bechuanalandia (Botsuana) y Basutolandia (Lesoto); en 1968 le tocará a Suazilandia, a la Guinea Española (Guinea Ecuatorial) y las islas Mauricio.

Habrá que esperar hasta los años Setenta para ver reconocido el derecho a la independencia de poblaciones que han debido sostener luchas armadas de liberación nacional, en un contexto internacional de radical contraposición ideológica. Las luchas por la liberación introdujeron en África la primera etapa "caliente" de la guerra fría. En efecto, la Unión Soviética, China, Cuba y los países del Este europeo desafiaron a Occidente en territorios que eran considerados posesiones de los países occidentales, al punto de excluirlos de las independencias negociadas. Ofrecían a los movimientos de liberación de Guinea-Bissau, Angola, Mozambique, Namibia, Zimbabue y Sudáfrica no solamente apoyo diplomático y ayuda militar y logística, sino también alternativas ideológicas, y modelos de socialismo de inspiración marxista; el éxito de dicho modelo estuvo, en la época, en relación directamente proporcional con la comprobación del fracaso de las independencias negociadas durante la década anterior en asegurar una efectiva liberación de las cadenas y los condicionamientos de la dependencia neocolonial. Es preciso no subestimar el hecho de que las luchas de liberación de los Sesenta y Setenta alcanzaron notable resonancia internacional porque quienes las lideraban supieron captar e interpretar las ocasiones que la coyuntura internacional les ofrecía para obtener ayuda económica y apoyo político, no solamente de sus aliados de los países socialistas,

sino también de un amplio espectro de fuerzas políticas y sociales de los países occidentales.

En 1974, la caída del régimen de Marcelo Caetano, sucesor de Salazar, y el comienzo de la transición democrática en Portugal permiten negociaciones y acuerdos que llevan a su conclusión varias décadas de lucha de liberación armada en las colonias portuguesas: Guinea-Bissau se hace independiente en 1974, y en 1975 es el turno de Angola, Mozambique, Cabo Verde, el archipiélago de Santo Tomé y Príncipe. Por otra parte, en los años Setenta las negociaciones patrocinadas por la comunidad internacional reconocen la legitimidad de los movimientos de liberación, y llevan a la independencia de la Rodesia del Sur (Zimbabue) en 1980, con lo que queda definitivamente desmantelado el intento de mantener ese territorio dentro de la órbita del poder de la minoría blanca, que en 1965 había intentado demorar, con la llamada UDI, declaración unilateral de independencia, el acceso a los derechos políticos por parte de la mayoría de la población. Caído el muro de Berlín, llega el momento del referéndum y las elecciones que consagran la independencia de Namibia en 1990.

El archipiélago de Seychelles en 1976 y la llamada Somalia Francesa (el puerto de Yibuti) en 1977 accedieron a la independencia tras largas y complejas negociaciones, en las que hubo considerable participación internacional, por la importancia estratégica de las islas y del puerto, respectivamente, para Inglaterra y para Francia. En efecto, la creciente importancia de las regiones petrolíferas de Arabia y del Golfo habían hecho del Océano Índico, tras el cierre del Canal de Suez en 1967, uno de los espacios estratégicos más importantes del mundo. Ya en 1965 otras islas, las llamadas Chagos, Farquhar, Desroches y Aldabra, en las cuales desemboca el tramo septentrional del canal de Mozambique, fueron agrupadas en el British Indian Ocean Territory (BIOT). Una de las islas Chagos, la de Diego García, fue cedida a Estados Unidos como base militar. Santa Elena, en el Atlántico, siguió siendo colonia británica. Ceuta y Melilla, en el estrecho de Gibraltar, son territorios de soberanía española, las antes llamadas "plazas de soberanía". Siempre en África occidental, con el retiro de las tropas españolas en 1976 se produjo la declaración de independencia del Sahara Occidental por parte del movimiento POLISARIO (Frente Popular para la Liberación de Saguía el Hamra y Río de Oro), que proclamó la formación de la República Árabe Saharaui Democrática. La declaración de independencia del territorio saharaui no fue reconocida por Mauritania ni por Marruecos. Al retirarse Mauritania de la disputa, Marruecos incrementó el número de sus fuerzas de ocupación militar y civil del territorio, y se dio también a la construcción de un muro-trinchera de 2.400 kilómetros de largo. El cese del fuego decretado en

1991, negociado internacionalmente, tendría que haber sido seguido de un referéndum, según la resolución 809 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, de marzo de 1993. Sin embargo, Marruecos se ha seguido negando a admitir la opción de la independencia. La República Saharaui es reconocida por más de setenta países, entre africanos y latinoamericanos, y la entrada de Marruecos en la Unión Africana ha quedado en suspenso, a la espera de la resolución de este conflicto.

Eritrea deberá esperar a los años Noventa para obtener el reconocimiento de su derecho a la autodeterminación, tras una larga lucha de liberación. Con su derrota en el frente africano de la segunda guerra mundial, Italia había perdido el control de todas sus colonias africanas. Por decisión de la ONU, Eritrea pasó a federarse con Etiopía en 1952, tras un breve período de ocupación militar británica, en un acuerdo que debía garantizarle su autonomía. La posterior anexión a Etiopía bajo un régimen de autocracia imperial, que con la caída del emperador en 1974 se transformaría en un régimen de dictadura militar, había impulsado la organización de una disensión armada, que reivindicaba la completa independencia del país dentro de sus límites de la época colonial. Sólo la caída en 1991 del régimen del Derg orientado por Mengistu, debida entre otras causas a la alianza entre el Frente Popular Eritreo y fuerzas disidentes tigriñas, reconoció los derechos de los eritreos, y permitió en 1993 la realización de un referéndum en el que la gran mayoría de la población se expresó a favor de la independencia.

Simbólicamente puede considerarse concluida la descolonización del África con las elecciones por sufragio mayoritario que tuvieron lugar en abril de 1994 en Sudáfrica, las primeras en que pudo votar la población africana negra, y que marcaron el abandono definitivo del régimen de discriminación racial conocido como *apartheid*.

TERRITORIO, ESTADO, NACIÓN

Territorio, Estado, nación son los tres términos constitutivos de la modernidad. Hoy casi no existe Estado que carezca de un territorio, y la ambigüedad del término "nación" permite que todos los Estados territoriales, incluso los plurinacionales, se remitan a un sentimiento nacional basado en la ciudadanía. El estudio del Estado contemporáneo en África ha permitido delinear la complejidad de las trayectorias de transformación de las sociedades del continente, primero a través de la conquista y la dominación colonial, después por medio de la adopción de instituciones y procedimientos políticos moldeados sobre el Estado-nación contemporáneo. El examen de las formas de Estado coloniales, todas ellas de carácter despótico, demuestra que no existía una única tradición de poder, sino una serie de caminos muy diferentes, siempre en evolución según las coyunturas históricas sucesivas y las políticas

que se adoptaran para hacerles frente. Más que artificiales, todos los Estados coloniales eran asimétricos en diferentes grados, según la importancia económica y estratégica que la potencia administradora atribuyera a las diferentes poblaciones, localidades y regiones de cada territorio. En el aspecto institucional coexistían regímenes diferentes de subordinación, que no excluían la alianza con instituciones y élites tradicionales, a las que se demandaba el mantenimiento de la ley y del orden funcionales a la eficiencia del aprovechamiento de los recursos disponibles, desde la tierra a la mano de obra. La asimetría de las formas de subordinación condicionó la formación de los movimientos nacionalistas, y también su fuerza y su capacidad de actuar y, con ellas, también los procesos políticos e institucionales de la descolonización, determinando cuáles debían ser las prerrogativas para el acceso a la competencia y al poder político en los nuevos Estados independientes.

Los traumas y la pesada herencia de tres siglos de trata atlántica y de explotación colonial, que dejaban al África en condiciones de grave atraso, fueron seguidos durante el curso de la segunda guerra mundial y en la inmediata posguerra por estrategias reformistas de desarrollo político y económico, inspiradas primordialmente en la consolidación del control colonial. Después, ya en los años Cincuenta, cuando se había vuelto evidente que lo oportuno era negociar la devolución[142] del poder y de la soberanía para salvaguardar los intereses económicos y garantizar alineamientos políticos, las reformas preveían la cooptación de élites políticas africanas en el reparto de los recursos productivos. Las reformas institucionales, políticas y económicas que presidieron la descolonización de los años Cincuenta abrieron nuevos espacios de lucha política, pusieron en evidencia la ambigüedad de unos intereses coloniales que se disponían a partir pero sólo como forma de mejor permanecer, y permitieron medir el grado de maduración ideológica y la fortaleza de la estructuración territorial de alianzas en los movimientos nacionalistas. A la vez, si se las analiza desde una perspectiva histórica, esas reformas se revelaron determinantes para influir sobre los rumbos y las decisiones que se tomaron, y sobre las perspectivas de futura integración nacional y de desarrollo económico de los diferentes países africanos.

Frederick Cooper[143] individualiza una constante en la historia política y social de África: entre los más influyentes ideólogos y políticos que encabezaron las reformas de los sistemas coloniales ha predomina-

142 También aquí se emplea el término *devolución* como acto de restitución de un poder hasta entonces monopolizado por el gobierno central *[T.]*.

143 F. Cooper, *Africa since 1940. The Past of the Present* (New Approaches to African History), Cambridge University Press, Cambridge 2002.

do siempre la negación de la historicidad de las sociedades africanas. Las reformas que abrieron el camino a la descolonización fueron concebidas y realizadas de modo dirigista, con una tendencia a reforzar instituciones conservadoras del poder económico. Dicho poder estuvo siempre aliado con las instituciones tradicionales incorporadas a los gobiernos locales, tal como se las definía en las reformas administrativas de esos mismos gobiernos. Allí donde la protesta política logró ganar consenso masivo, como es el caso de la Ghana de Kwame Nkrumah y el del Congo de Lumumba, los fermentos, las esperanzas, las ambiciones de redención social y política de nuevos sectores sociales, nuevos grupos y nuevos intereses, fueron denunciados como peligrosas y desestabilizadoras exigencias revolucionarias, impulsadas por las crecientes pero extravagantes expectativas suscitadas.

Al término de la dominación colonial formal, los Estados africanos no son ya meras invenciones artificiales de dominadores extranjeros (uno de los argumentos permanentemente esgrimidos en la época de la descolonización para sostener el derecho-deber de las potencias coloniales de echar sobre sus hombros la "carga del hombre blanco", guiando y controlando el acceso a la independencia). Así lo demuestra la compleja dinámica de cambio de las interacciones entre grupos e individuos. En las áreas urbanas, ella se revela en la expansión que crea verdaderos *melting pot* (crisoles), territorios híbridos de relaciones multiformes, de intercambios de experiencias, en los que la modernidad estaba y está representada por interacción e intercambios entre etnias, religiones, lenguas y costumbres. En las regiones rurales esa dinámica se manifiesta por la integración a través de itinerarios migratorios y –según las coyunturas específicas– por diferentes formas de colaboración y de conflicto para afirmar o negar derechos de acceso a la tierra y a las fuentes de recursos naturales. La diversidad de las trayectorias, formas de negociación y luchas políticas que condujeron a la independencia de los distintos países revela en qué medida la independencia no fue benévolamente concedida por autoridades coloniales iluminadas, sino que revela una toma de conciencia realista del radical cambio operado en las relaciones de fuerza internacionales durante la posguerra. Tales relaciones tenían lugar ahora sobre el fondo de formas de protesta política y social organizadas por líderes políticos e intelectuales que gozaban de creciente legitimidad interna, aliados tanto con jefes tradicionales convertidos en comerciantes o en hombres de negocios –capaces de animarse a aprovechar las oportunidades que la economía mundial en expansión ofrecía sobre todo a países dotados de materias primas–, como con religiosos y con influyentes representantes de distintas profesiones "modernas".

Las primeras elecciones realizadas demostraron, más allá de las diferentes opciones ideológicas, la capacidad de los líderes y partidos –Kwame Nkrumah en Ghana, Houphouët Boigny en Costa de Marfil, Senghor en Senegal, Nyerere en Tanzania, Kaunda en Zambia, Kenyatta en Kenia– para construir alianzas con jefes tradicionales, con líderes religiosos, con sectores sociales y económicos ya insertos en los circuitos productivos y comerciales, en su apariencia plenamente moderna de hombres instruidos, es decir, pertenecientes a las clases emergentes de aquellos que, aprovechando las reformas coloniales, habían llegado a ser actores importantes en el ámbito de lo espiritual, en la producción, el comercio y los transportes. La literatura de época sostiene también que la mayor parte de las independencias de la primera etapa, entre mediados de los años Cincuenta y fines de los Sesenta, se caracterizó por el predominio de las negociaciones, conflictivas pero esencialmente pacíficas, por sobre los enfrentamientos armados. Las represiones *manu militari*, los abusos cometidos contra poblaciones, el encarcelamiento de buena parte de los líderes nacionalistas, como Patrice Lumumba en el Congo o Kwame Nkrumah en Ghana, su demonización como presuntos cómplices del plan comunista de conquista del mundo, fueron en gran medida silenciados, o quedaron ofuscados por la retórica paternalista sobre la buena voluntad de las potencias coloniales.

Los nacionalismos que se organizaron en el cuestionamiento político a los gobiernos coloniales, ya lo hicieran utilizando instrumentos permitidos por la ley o por medio de rebeliones, alzamientos o verdaderas revoluciones armadas, eran fruto de influencias culturales y políticas, a veces fruto de conflictos por la hegemonía. En todos los casos se remitían a naciones imaginadas, que se veían encarnadas en líderes y élites políticas modernizadores. Su principal recurso fue la capacidad de motivar, de comprometer y de conquistarse legitimidad con la creación de un terreno común de esperanzas y conquistas para la suma de intereses étnicos, religiosos, económicos que convivían e interactuaban en cada territorio colonial. Haciendo uso de las leyes vigentes, combatiendo o contribuyendo a las reformas, fueron movilizando instituciones y autoridades tradicionales y modernas, integrando sus respectivos intereses en elaboraciones ideológicas –el socialismo "africano", la *négritude*, la *ujamaa*, la noción de la solidaridad comunitaria– y elaborando lenguajes culturales que han tenido resonancia y logrado considerable consenso en Occidente y en el mundo afro-asiático, en el contexto de la reconstrucción posbélica y del unánime reconocimiento del derecho de los pueblos a su autodeterminación

La formación de los movimientos nacionalistas y su dinámica mostraban muchas analogías con las alternativas del nacimiento de

nacionalismos en otras partes del mundo. Ya en el período entre ambas guerras, después de la crisis económica de los años Treinta, que castigó especialmente a los sectores sociales emergentes –vale decir, a los productores que se hallaban relacionados con el mercado de exportación de materias primas–, comienzan a surgir reivindicaciones de carácter nacional y de nuevo tipo. La alianza de esos sectores comenzó a organizarse entonces no en el nombre de una recuperación de la autonomía por parte de entidades políticas precoloniales, sino para exigir del Estado colonial derechos políticos modernos. Las reivindicaciones de las élites sociales y económicas, que con mucha frecuencia tenían sus raíces en la formación que la actividad educativa de los misioneros y la transformación económica habían hecho posible, y que se vinculaban de diversas maneras con las autoridades tradicionales, tienen en esta etapa un carácter institucional, se apoyan en los derechos fundamentales y se inscriben en la exigencia de tener derechos civiles. Por lo tanto, las primeras organizaciones nacionalistas ejercen presión para obtener reformas del ordenamiento jurídico y económico que se inspiran en instituciones, leyes y normativas completamente modernas. Lo inadecuado de las reformas concedidas en las dos décadas que transcurrieron entre ambas guerras mundiales, si se las compara con las expectativas de las poblaciones, expresadas tanto a través de las autoridades tradicionales en relación con la cuestión del control de la tierra y los recursos como con la voz de líderes modernos, abre la caja de Pandora de reivindicaciones que preparan la etapa de radicalización de la lucha política. En la segunda posguerra, esa radicalización ocupará prepotentemente el escenario.

La reivindicación de la nación en el Estado se vinculaba con la gran revolución emancipatoria de la modernidad, esto es, con el tríptico de libertad (el paso de la condición de súbditos a la de ciudadanos), igualdad (de carácter racial, social y económico) y solidaridad (como recuperación de la tradición comunitaria africana). En cuanto programa político, la modernidad estatual en el proyecto nacional no podía sino prevalecer sobre la fragmentación fomentada por la política colonial del *divide et impera*, que había favorecido la división y el conservadorismo étnico-tribal. Remitirse al Estado-nación pasaba a ser así el mensaje que mayor influencia ejercía hacia el exterior, el único legitimado lo suficiente para ser escuchado en ámbitos internacionales como la Asamblea de las Naciones Unidas, ámbitos que en el curso de las negociaciones para obtener la independencia han tenido un papel de primer orden. En ese sentido, las reivindicaciones nacionalistas encontrarán apoyo internacional en su forma, es decir en el ya inevitable reconocimiento del derecho a la autodeterminación de los pueblos (como lo expresa incluso la Carta de la ONU). Pero en sustancia las potencias

coloniales tendrán mano libre para intentar "enderezar" esa devolución del poder, de modo que quede garantizada la protección de sus intereses económicos y estratégicos prioritarios.

El grupo dirigente que consiga imponerse en cada país será invariablemente el que mejor sepa negociar alianzas con el exterior, no solamente con los gobiernos occidentales sino también con fuerzas de la sociedad civil y religiosa, y que en lo interior sepa obtener el apoyo de autoridades influyentes tradicionales y modernas, para poder presentar un frente unido mayoritario en las elecciones por la independencia. La "conquista del reino de la política" –célebre frase de Kwame Nkrumah que define la estrategia de redención de su país, Ghana, y del África entera– era el único recurso al alcance de los nacionalistas africanos[144]. Nkrumah hacía constante referencia a una nación a la vez preexistente, inmanente, que a través de sus líderes y de su lucha por la independencia toma conciencia de la opresión que sufre, y a una nación que debía ser construida, en el sentido de defender y promover su existencia conceptual y emocional, que consideraba históricamente problemática por causa solamente de las maniobras de *divide et impera* del colonialismo y el neocolonialismo. En todos los nacionalismos africanos, la prioridad de la integración nacional era definida por la elaboración de un pasado común de opresión y expoliación (la esclavitud, el colonialismo), elemento aglutinante para la organización de un frente unido nacional y panafricano en el presente (la lucha política o armada, o bien política y armada a la vez, por la conquista de la libertad y la justicia, entendida como reconocimiento de la condición de ciudadano); ello permitiría imaginar un futuro a partir de la promesa de desarrollo por medio del acceso igualitario y equitativo a los recursos.

Es por eso, entonces, que los nacionalismos de la primera hora, al defender, más aun, al reivindicar al Estado, aunque fuera en su existencia de territorio que había sido definido por el reparto colonial, lo hacen en nombre del pueblo, sin diferenciaciones de tipo étnico, tribal, de religión o de clase. La razón de ser de este Estado es la nación, concebida a través de una hipótesis que la ve como única y unida en la común aversión por la opresión colonial y en la lucha contra ella. Mientras se construye, esta misma nación debe ir amalgamándose. Si en el período de las luchas anticoloniales la reivindicación de la nación era la condición que permitía situar a las poblaciones africanas en un plano de paridad con las demás del mundo, como afirmación de las convicciones, de las lealtades, de la solida-

144 K. Nkrumah, *Ghana: the Autobiography of Kwame Nkrumah*, Thomas Nelson, Edimburgh 1959. Del mismo autor: *Africa Must Unite, Heinemann, London 1963; Neo-Colonialism: The Last Stage of Imperialism,* Thomas Nelson, Edimburgh 1965

ridad entre los hombres, no sólo dentro de los territorios coloniales, la primacía de la política significó para los nacionalismos africanos la adopción de una noción de democracia que daba el lugar central a la libertad como reivindicación de derechos políticos, civiles y sociales iguales para todos, bajo la responsabilidad de la conducción firme y unitaria de un líder que se presentaba como intérprete y garante del desarrollo político y económico.

La capacidad de hacer frente al poder colonial es la que forma los grupos dirigentes y al mismo tiempo los legitima y hace que se conviertan –hacia afuera, vale decir, respecto de la potencia colonial y de la comunidad internacional, y hacia adentro, respecto de las autridades tradicionales, los grupos de interés comerciales y productivos, las instituciones religiosas– en intérpretes de la generalizada y común aspiración a la libertad. Sin dejar de tener en cuenta las notables diferencias entre las distintas organizaciones políticas nacionalistas, su inspiración ideológica presentaba rasgos comunes: el eje de los proyectos de construcción nacional era la revaloración de la originalidad de las raíces históricas propias, la historia negada por la colonización y a la que se entendía, no como un regreso a la tradición, sino como signo de identidad cultural que había que recuperar y valorizar para proceder a la modernización política y económica. Por todas partes, los elementos y valores permanentes y fundacionales de las civilizaciones y las tradiciones africanas fueron seleccionados y erigidos en mitología del pasado, con funciones de reagrupación del consenso y de creación de una identidad unitaria. Los nacionalismos africanos no fueron en la época de la descolonización –ni lo son hoy, como sostiene quien de ellos examina sólo la apariencia sociológica– artificiales construcciones de élites minoritarias, o ideologías extranjeras que impusieron uniformidad sobre sociedades profundamente distintas y divididas. Reflejan de manera por completo análoga a cualquier otro nacionalismo la necesidd objetiva de elaborar un sentimiento común a los diferentes componentes étnicos, religiosos o de intereses de la población. Consideradas las características de explotación, más bien de expoliación colonial, en el discurso nacionalista el derecho fundamental a la libertad se conjugaba con la reivindicación de los derechos al desarrollo, a la solidaridad, a la distribución igualitaria del acceso a los recursos y al compromiso por reafirmar esa reivindicación, esto es, lo que dio en llamarse la revolución de las expectativas crecientes, lo que significa situar como centro de la liberación y de la democrazia otra dimensión distinta: la de lo que hacía falta y lo que se tenía para lograr una emancipación auténtica y total.

EL PESO DE LAS HERENCIAS

A fines del período colonial gran parte de los países africanos presentaba bajos índices de urbanización y de educación; las poblaciones rurales se hallaban esparcidas por amplios territorios, y existían grandes diferencias de densidad demográfica y de productividad agrícola y minera. A la vez, la presencia de obras de infraestructura y de servicios era limitada o directamente no existía, pues se concentraba mayoritariamente en las regiones de interés económico, productoras de materias primas para la exportación. Quedaban condenados al estancamiento más absoluto países y regiones que en tiempos de la *mission civilisatrice* habían sido definidos por los franceses, cínicamente pero con realismo, *l'Afrique inutile*: las amplias extensiones semidesérticas con escasa población, poco aptas para las producciones exportables; las comarcas sahelianas caracterizadas por actividades de agricultura y pastoreo en los límites de la subsistencia; las tierras de las que provenían la mayor parte de los *navetanes*, trabajadores rurales que migraban hacia las regiones mejor dotadas desde el punto de vista productivo y hacia las áreas urbanas.

La dependencia respecto de las antiguas potencias coloniales, variable en función de los recursos y de la importancia estratégica de cada territorio, se hallaba inscrita en la estructura misma de los Estados heredados del colonialismo: una base territorial por lo general extremadamente fragmentada, débil y dotada de escasos recursos; infraestructuras inadecuadas; presupuestos exiguos. Los territorios ya insertos en la economía mundial lo estaban esencialmente como productores de materias primas agrícolas requeridas por el mercado de exportación; pocos y concentrados eran los recursos mineros que se consideraba económico explotar y valorizar.

Al término del período colonial África se caracteriza por sus sistemas productivos volcados al exterior, subordinados a los términos de intercambio dependientes de la dinámica de las economías más avanzadas y por lo general no competitivos con los agresivos productores emergentes de otros continentes, que ya podían disponer de inversiones en innovación. Todavía hoy una parte sustancial de la población africana, en un porcentaje más elevado que los de otros continentes, vive de una agricultura de subsistencia, y los más pobres entre los territorios son aquellos que por el reparto colonial carecen de acceso al mar. Aun teniendo en cuenta las notables diferencias en los procesos de cambio de los regímenes de control o posesión de la tierra, de las capacidades productivas y del acceso a los mercados de producción agrícola, en general la subsistencia de las poblaciones africanas sigue dependiendo preponderantemente de la presencia o la ausencia de recursos naturales: agricultura y pastoreo en territorios de clima tropical poco fértiles,

y muy vulnerables a condiciones climáticas extremas, presencia o no de áreas mineras que atraigan fuerza de trabajo migratoria.

A pesar de los progresos que se verificarán después de las declaraciones de independencia, mediante la imposición sobre los presupuestos de considerables compromisos –y que, aun intentándolo, han logrado paliar sólo en parte las asimetrías y las carencias heredadas–, los índices de desarrollo humano que empieza a publicar en los años Noventa el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (UNDP) sitúan a las poblaciones de países africanos en los escalones más bajos de la esperanza de vida en el momento del nacimiento. Esto se debe a una suma de distintos factores: para amplias capas de la población en crecimiento, los ingresos siguen siendo inferiores a los que se requerirían para poder franquear el umbral de pobreza; las instituciones de salud pública cuentan con estructuras pobres y con medios escasos, y su presencia está en general limitada a las áreas urbanas; se verifican condiciones climáticas y desastres naturales cíclicos, que destruyen la producción y agravan el problema de la desnutrición, y consecuentemente facilitan la difusión de enfermedades infecciosas endémicas, como el paludismo y la tuberculosis. Es bien conocido el hecho de que la difusión del VIH/sida se vio favorecida por demoras en la dispensa de información, por la ausencia de servicios esenciales y, no la menor de las causas, por la subestimación de la epidemia, que demoró aun más la intervención de los sistemas sanitarios, ya minados por graves carencias y dotados de escasos recursos para prevención y atención[145].

Hoy el África subsahariana alberga al 10 por ciento de la población mundial pero con tasas de crecimiento elevadísimas, al punto que se plantea la hipótesis de que en el 2020 traspasará la barrera de los mil millones de personas. Entre los 48 Estados –como se ve, es esta la región más "balcanizada" del mundo– uno solo, Sudáfrica, produce dos quintos del producto bruto interno (PBI) de toda África. Hay apenas siete países que superen los veinte millones de habitantes, y la población de esos mismos países suma el 61 por ciento del total de habitantes (uno de cada cinco habitantes del África al sur del Sahara es nigeriano). Son doce los Estados con menos de dos millones de habitantes, clasificados todos entre los países más pobres, excepto unos pocos con recursos mineros. Por otra parte, se calcula que más del 10 por ciento de la población africana vive en la pobreza absoluta. La introducción de la medicina moderna ha logrado reducir la mortalidad pero no la natalidad; por eso, el crecimiento de la clase de edad de los menores de 15 años supera al crecimiento de la población en general. En el mo-

145 D. E. Bloom, J. D. Sachs, *Geography, Demography, and Economic Growth in Africa*, Harvard Institute for International Development, October 1998.

mento de ser proclamadas las independencias, los datos iniciales sobre instrucción pública elemental mostraban índices terriblemente bajos, y aunque ha habido un elevado compromiso presupuestario por parte de cada Estado para financiar la educación de una masa creciente de jóvenes, ha quedado demostrado que es imposible, con los recursos de los que se dispone, formar en el breve plazo un capital humano que por su número y su preparación esté en condiciones de competir con países que tienen tras sí siglos de progreso y desarrollo.

En las últimas décadas ha habido una constante declinación de la ayuda y las inversiones, con excepción de las regiones dotadas de recursos minerales estratégicos (los países petrolíferos del Golfo de Guinea, las regiones mineras del Congo / Zaire y de Sudáfrica) y de aquellos lugares donde la carencia de normas o garantías sobre respeto de los trabajadores, del ambiente y, en general, de los derechos de las poblaciones, favorece la obtención de beneficios. Los recursos que podían ofrecer países devastados por largos y complejos conflictos, internos y regionales (Sierra Leona, Congo / Zaire, Angola, Somalia, Liberia, Sudán) han atraído asimismo capitales especulativos, si no francamente delictivos, en combinaciones de negocios con prepotentes locales y en desmedro de los sectores de población más vulnerables: mujeres, jóvenes, pobres. Quienes integran esos sectores vienen a convertirse en rehenes y víctimas de los intereses en competencia por el control de recursos, tierras y riquezas minerales, y por el acceso a la ayuda externa.

¿ÁFRICA EMPEZÓ MAL?

Era inevitable el optimismo respecto de la independencia de los países africanos en el momento histórico del gran cambio y la reconstrucción posbélica, de la organización de las estructuras de la ONU, de la *Declaración universal de los derechos del hombre*. La descolonización había comenzado en la segunda posguerra, en un ambiente en principio favorable bajo los aspectos ético, cultural y económico: eran los años del boom posbélico, del crecimiento que había estimulado la exportación de materias primas mineras y agrícolas, favorecido la llegada de inversiones, permitido la puesta en marcha de ambiciosos planes de mejoramiento y ampliación de infraestructuras y servicios. En el aspecto político, las clases dirigentes africanas en el poder gozaban de la amplia legitimidad que les proporcionaba el haber conquistado la independencia a través de la concreción de alianzas internas y de la captación de apoyo internacional, cuya finalidad era crear naciones en el marco del esfuerzo por un desarrollo para todos, sin discriminaciones.

Poco duraron los efectos del boom. Ya desde mediados de los años Cincuenta, en forma paralela al crecimiento de la demanda de materias primas agrícolas y mineras producidas por África se notaba una

relativa declinación del intercambio comercial entre países europeos y africanos. Hasta ese período, las tasas de crecimiento de los países africanos habían mostrado ser relativamente satisfactorias. La industrialización iniciada casi desde cero experimentó notable crecimiento. Por contraposición, empezó a hacerse evidente el déficit alimentario, consecuencia de las políticas de relativo castigo a los cultivos de alimentos, implementadas en época colonial pero continuadas a través de las políticas de desarrollo adoptadas por los Estados independientes, orientadas a maximizar los ingresos por exportaciones. Dicho déficit se agravó con la aceleración de los índices de crecimiento de la población, y aun más con los elevados índices de urbanización. A todo ello debe agregarse, como hecho detonante de comienzos de los años Setenta, un devastador ciclo de sequía, que en todos los países africanos afectó muchas regiones y destruyó, o volvió muy precarias, las bases de supervivencia de poblaciones enteras. Ya desde los años Sesenta comienza a notarse la aceleración de la emigración a Francia, Bélgica e Inglaterra, y después a otros países, incluso no europeos.

El déficit de producción de alimentos aumenta generalizadamente a partir de los años Ochenta, y la FAO sitúa en África a la mayor cantidad de países expuestos al riesgo de sufrir hambre[146]. En la época de la reconstrucción posbélica, las potencias coloniales –Francia y Bélgica en primer lugar, y después Inglaterra– cambiaron de orientación, al colocar en primer plano la construcción de una Europa integrada. Con el Tratado de Roma, que establecía formalmente la Comunidad Económica Europea, Francia y Bélgica obtenían que sus ex dependencias coloniales fueran asociadas a Europa. Esto significaba que Europa asumía, mediante la Convención de Yaundé, la responsabilidad de brindar ayuda a las antiguas colonias francesas y belgas y a Somalia. Sucesivamente una serie di convenciones (Arusha 1968, 1969; Lomé 1975, 1980) admitía a las ex colonias británicas a la asociación con la CEE, previa abolición del sistema de preferencias del Commonwealth. De esas convenciones surgió la formación de un grupo de 54 países de África, el Caribe y el Pacífico, los llamados países ACP, de los que 44 son africanos. En el 2000 se organizó, con el tratado de Cotonú, un nuevo tipo de asociacionismo, el a veces llamado "partenariado"[147], que preveía reemplazar el sistema de preferencias no recíprocas por acuerdos de libre intercambio llamados "acuerdos de partenariado económico" (APE). Esos acuerdos comenzaron a funcionar en 2008, tal como esta-

146 S. Brunel, *Géopolitiques des Famines*, Presses de Science Po, Paris 2002.

147 En el original, *partenariato*; versión relativamente frecuente del inglés *partnership*, que se emplea para designar específicamente acuerdos del tipo de los descritos por la autora. Literalmente, *partnership* sería "relación de tipo asociativo entre dos o más partes" *[T.]*.

ba previsto. En el momento de producirse la apertura de las fronteras de los países ACP, y en que, siguiendo asimismo los dictados de la Organización Mundial del Comercio, se liberalizaban las transacciones comerciales, estaba en curso un debate que veía a los países africanos en una postura crítica, resueltos a negociar términos menos drásticos para acuerdos que amenazaban destruir su naciente industria.

La posición marginal que África ocupa en el mercado mundial respecto de otras áreas del mundo, tanto en términos porcentuales como comparativos, va de la mano con su creciente dependencia de los mercados y los capitales extranjeros. Esta situación comenzó ya en los primeros tiempos de la independencia, pero hasta la gran crisis de fines de los años Setenta se la subestimó, ya fuera a causa de factores económicos (una relativa mayor integración al mercado) o por razones políticas. Las inversiones provenientes de Estados Unidos y Europa, que representaban la casi totalidad de la ayuda multilateral y bilateral a África, habían sido concedidas en gran medida en función de los alineamientos de la guerra fría. Las antiguas potencias coloniales y los Estados Unidos concedían ayuda y facilidades de pago para no perder influencia en áreas estratégicas o económicas de primordial importancia, sobre todo en el Cuerno de África, auténtico puente hacia la Arabia del petróleo y el Medio Oriente, en el Congo y en el África austral, donde se concentran las mayores reservas mineras del continente y que, con la expansión de ideologías y luchas de liberación de matriz marxista, eran auténticas fronteras. La Unión Soviética y los países del Este intensificaron su influencia mediante la ayuda militar masiva que prestaron a las luchas de liberación nacional y, en general, a los países de orientación "socialista". A partir del encuentro de Bandung se consideró a China el gran país hermano, dispuesto a colaborar en condiciones de igualdad.

Inversiones y ayuda representaron un instrumento político que garantizaba alianzas entre las potencias mundiales y las clases dirigentes africanas, pero raras veces respondía a criterios de racionalidad económica. Por entonces, los países que concedían ayuda no ataban jamás sus concesiones a la promoción de sistemas políticos democráticos, condición que en cambio es la esencia de la intervención de las instituciones financieras internacionales y, en general, de la política de ayuda de los países que han ofrecido ayuda a partir de los años Noventa, ya terminada la guerra fría. En fin, desde 1999 se comprueba una aceleración de las relaciones económicas y políticas con países asiáticos en firme expansión económica, interesados en las materias primas sobre todo energéticas de África, y dispuestos a dispensar ayuda e inversiones económicas en áreas prioritarias pero que eventualmente cuentan con escasa financiación internacional, como la infraestructura.

A comienzos de los años Sesenta el conocido agrónomo francés René Dumont argumentaba, ya desde el título de un famoso libro suyo, que África había "empezado mal"[148]. Y mientras las instituciones internacionales adoptan, para definir a los países del Sur del mundo, la expresión "países en vías de desarrollo" –aplicable precisamente, entre otros, a los nuevos países "emergentes" en el contexto económico y político internacional–, los teóricos de la dependencia hablan de un centro, el desarrollado, que margina más y más a las periferias subdesarrolladas. En fin, Charles Bettelheim criticaba la noción de países subdesarrollados al sostener que no se trataba de países en estadios de desarrollo inferiores sino de países diferentes, cuyo atraso había sido causado en gran medida por la explotación esclavista y colonial. En consecuencia, los países del Sur del mundo debían ser más adecuadamente definidos "países explotados", "dominados" o "de economía distorsionada".

En aquellos años el economista argentino Raúl Prebisch demostraba que el intercambio comercial era estructuralmente desfavorable a las economías exportadoras de materias primas y que, por lo tanto, el aumento de ese tipo de exportaciones no podía representar la solución a los problemas de desarrollo. En 1964, la primera reunión en Ginebra de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD) pedía revalorar los precios de las materias primas, y compensar el desequilibrio en los términos de intercambio por medio de una política de ayudas. Se pedía a los países desarrollados que facilitaran recursos financieros por no menos del 1 por ciento de su ingreso nacional a los países en vías de desarrollo, mediante acuerdos bilaterales y multilaterales de ayuda que estuvieran administrados por los organismos internacionales especializados de la ONU. Las recomendaciones, sucesivamente perfeccionadas y ritualmente repetidas en cada encuentro de expertos, encontraron una aceptación apenas parcial. Los países desarrollados dedican a la ayuda un 0,35 por ciento en promedio de su producto nacional bruto. Menos todavía han contribuido los países socialistas, y con intervenciones concentradas exclusivamente en sus áreas de influencia y en sectores militares.

UN CONTINENTE FRAGMENTADO Y UNIDO

Las independencias de los Estados africanos venían a completar un sistema internacional de orden westfaliano, es decir, basado en la primacía de los estados-nación, todos igualmente soberanos, cuya estructura estaba representada en la Asamblea General de las Naciones Unidas. Pero el África que llegó a la independencia era un continente

148 R. Dumont, *L'Afrique Noire est mal partie*, Seuil, Paris 1964.

balcanizado, signo por entonces de la derrota de la utopía política panafricanista que auguraba una África unida. La división en Estados moldeados sobre los territorios coloniales quedará institucionalizada en la formación de la Organización de la Unidad Africana (OUA), configurada como una suerte de "club" de estados soberanos, unidos por el inviolable principio de la no ingerencia. De ahí que la OUA, fundada en 1963 con sede en Adis Abeba, fuera entendida no como concreción de la unión del continente, sino como un primer paso hacia ella. Fue derrotada la postura que se inspiraba en el ideal panafricanista, representada por Kwame Nkrumah, y en su lugar se optó por una organización de estados soberanos que se comprometían a no intervenir en los asuntos internos de cada Estado miembro, a respetar su soberanía y su integridad territorial, a propender a la solución pacífica de los conflictos por medio de negociaciones, mediación y arbitraje, y a dedicar todos sus esfuerzos a la emancipación de aquellos países africanos que todavía permanecían bajo la dominación colonial. La OUA se comprometía en una política de no alineamiento para evitar las trampas de la guerra fría, y para hacer aceptar internacionalmente el carácter prioritario de la contribución a liberar el continente africano entero. Durante todos los años Sesenta y Setenta el eje de la actividad de la OUA fue su Comité de Liberación, con sede en Dar es Salaam, que apoyaba las reivindicaciones de independencia de las poblaciones y las formaciones políticas y de lucha armada de las colonias portuguesas, de Rodesia contra el gobierno blanco de minoría proclamado en 1965 y de Namibia contra el dominio sudafricano. El Comité identificaba en Sudáfrica, bastión del "poder blanco" del régimen de *apartheid*, al enemigo que había que batir para conquistar la completa liberación del continente. Tras la independencia de Mozambique y la invasión sudafricana a Angola (1975) se constituyó dentro de la OUA el grupo de países de la Línea del Frente (Tanzania, Zambia, Botsuana, Mozambique, Angola), así denominados por hallarse en la frontera con Sudáfrica, los cuales jugaron un papel esencial en la coordinación material, militar, diplomática y política de las independencias de Zimbabue y Namibia, y en la lucha contra el régimen de *apartheid* en Sudáfrica.

Los países africanos representados en la OUA adhirieron al movimiento de no alineados, nacido como un tipo de congregación política del Sur del mundo unida para apoyar la descolonización y la emancipación de los pueblos ex coloniales. No alineamiento, en un sistema internacional caracterizado por la división en bloques contrapuestos, no significaba neutralidad o equidistancia respecto de uno o del otro campo, sino la reivindicación de la autonomía y la independencia, es decir, la posibilidad de que cada país se condujera como actor político en el escenario internacional, aprovechando la situación creada por la

guerra fría para maximizar su acceso a los recursos, y para obtener concesiones. A partir de los años Setenta, el movimiento de los no alineados dedicó cada vez mayor atención a los problemas de dependencia económica, vale decir a la elaboración de estrategias alternativas de desarrollo, orientadas a lo que se dio en llamar un nuevo orden económico internacional.

Concluida la guerra fría, en el 2000 la OUA se reorganiza como Unión Africana (UA), mientras que la Sudáfrica post-*apartheid* se compromete en promover la era del *African Renaissance* remitiéndose ideológicamente a los padres del panafricanismo: Edward Wilmot Blyden, Henry Sylvester Williams, William Edward Burghardt DuBois y Marcus Mosiah Garvey, fundador de la Universal Negro Improvement Association. La intención era hacer de una cultura política común, que ha venido siendo elaborada a lo largo de siglos, en la dramática historia de esclavitud, diáspora, opresión colonial y, por fin, voluntad y capacidad de renacer en la liberación, el verdadero centro de coordinación política, que permitiría la afirmación de África en el contexto de la globalización. El carácter pragmático de la voluntad de integración del África en 2001 dio lugar en la Unión Africana a la iniciativa conocida como NEPAD (New Economic Partnership for Africa's Development), que desea establecer un nuevo cuadro de interacción y coordinación con las políticas de desarrollo del resto del mundo, incluidos los países industrializados y las organizaciones multilaterales.

ESTADO, CONSTITUCIONALISMO Y PARTIDO ÚNICO

Todos los nuevos Estados independientes reivindicaban como marco de integración y construcción nacional los límites del Estado colonial. Unidad y centralización, en el nacimiento de las independencias africanas, parecen ser las condiciones indispensable tanto para robustecer el poder y afianzar la autoridad de los nuevos grupos dirigentes como para promover un más rápido proceso de integración nacional y desarrollo.

La forma de Estado más difundida en el momento de la independencia era la unitaria. Sólo tuvieron formas federales adoptadas o impuestas algunos países (Nigeria, Uganda, Camerún). En ellos, las negociaciones que llevaron a la devolución del poder habían apuntado a garantizar la distribución de ese poder entre regiones con fuerte arraigo histórico en instituciones tradicionales, tal como habían sido preservadas o se habían consolidado en el período de dominación o, como Camerún, en caso de reunirse en un único Estado territorios que hasta entonces habían estado bajo dominaciones coloniales distintas. Hoy sólo tiene una Constitución federal Nigeria, donde los regímenes militares y civiles que se sucedieron desde el fin de la guerra de Biafra han ido introduciendo una continua reestructuración por medio de la

segmentación de la federación. En el momento de la independencia la federación nigeriana consistía en sólo tres regiones, en las que dominaban los partidos que eran expresión de las etnias mayoritarias. En 1963 fue creada una nueva región Mid-West (Medio Oeste), que sin embargo no resolvió el problema de las minorías, ni suprimió la asimetría que seguía permitiendo que la región Northern dominara el Parlamento federal. En 1967 los estados de la federación pasaron de 4 a 12; en 1976 fueron ya 19, en 1991 llegaron a 30 y en 1996 a 36.

En todo el continente se adoptaron constituciones de tipo presidencialista o parlamentario, inspiradas en modelos occidentales. El presidencialismo, que al principio caracterizaba sbre todo a los regímenes vigentes en las ex colonias francesas, estaba modelado sobre la Constitución francesa de 1958. Entre las ex colonias francesas, las únicas excepciones eran Camerún, Madagascar, Mali y Chad, que en ocasión de la independencia habían adoptado sistemas parlamentarios, por otra parte, muy pronto abandonados para pasar también a regímenes presidencialistas, o a regímenes militares, consecuencia de los golpes de estado. Por lo demás, todas las constituciones de tipo parlamentario fueron rápidamente enmendadas con el fin de institucionalizar la posición preponderante del ejecutivo. El instrumento legislativo venía a ser el decreto-ley emanado de la Presidencia, mientras que las Asambleas Nacionales (poder legislativo) cumplían funciones exclusivamente rituales. Por todas partes el poder judicial quedó subordinado, *de jure* o *de facto*, al ejecutivo.

A la vez que se afirmaban los regímenes presidenciales, en el breve lapso entre 1958 y 1962 se verifica el abandono del multipartidismo para favorecer el monopolio del espacio político por un solo partido. Las excepciones son Senegal, Botsuana y Mauricio, pero se trata siempre de sistemas en los que un partido predomina sobre los restantes. En el momento de la independencia, pues, la tendencia de todos los sistemas políticos africanos, cualesquiera que fueran su origen, su composición o la opción ideológica seguida, tendió a privilegiar la fórmula del partido único, considerado como partido abierto de todo el pueblo. Los partidos únicos pasaron a ser la organización hegemónica, a la que debían subordinarse todas las demás organizaciones de carácter social: sindicatos, grupos de jóvenes y de mujeres. Ya desde comienzos de los años Sesenta podía comprobarse que las instituciones, si bien cumplían funciones importantes desde el punto de vista ideológico, tenían un papel político limitado porque, en concreto, más allá de las formas jurídicas, las verdaderas instituciones de poder y autoridad pasarían a ser el presidente y sus principales consejeros, el partido único o predominante, el aparato burocrático y –en los niveles regional y local– las distintas redes de alianzas entre poder e intereses tradicionales y

modernos, y entre sectores económicos y sociales. El primer Estado en adoptar un sistema político de partido único fue la ex colonia francesa de Guinea (Guinea-Conakry), en parte a causa de las circunstancias en las que obtuvo su independencia, y por voluntad de su líder Sekou Touré. Tras la experiencia de Guinea, la mayor parte de los países africanos, tanto los que se proclaman socialistas como los que se alinean totalmente con Occidente, adoptarán de preferencia, *de jure* o *de facto*, el partido único. Las organizaciones políticas de lucha contra el colonialismo habían intentado crear, a partir de la diversidad regional, étnica, religiosa y de clase, una unidad de intentos y, en consecuencia, sistemas de coordinación. En efecto, los movimientos políticos anticoloniales de carácter étnico o regional se habían mostrado ineficaces por constituir presa fácil de instrumentalizaciones que favorecían la preservación del control colonial. Frentes, congresos y partidos, que unían a las diferentes poblaciones, regiones y clases, se convirtieron –en embrión, y no sólo ideológicamente– en las primeras formas de nación.

A la vez el partido, expresión de una única comunidad moral inmediatamente después de la independencia, fue concebido y representado como guía indispensable para la elaboración de la unidad nacional y el desarrollo. Si durante la etapa de la descolonización la unidad expresada por un partido dominante o por un conjunto de partidos coordinados era considerada necesaria para presentar un frente unido, que diera la fuerza necesaria para conquistar la independencia, tras la instauración *de jure* del monopartidismo se justificaba, como expresión de la nación unida, una estructura no entendida ya como proceso de mediación entre diferentes partes, sino como unicidad.

Los líderes africanos, cualquiera fuera su convicción ideológica, conocían la fragilidad de los contextos estatuales y políticos que heredaban, así como conocían también las líneas divisorias. Sin embargo, la mediación entre las diferentes instancias regionales y locales, característica de la etapa de las independencias y del cariz de las primeras elecciones, fue reemplazada por políticas y métodos dirigistas, que en considerable medida parecían moldeados sobre la tradición colonial de imposición de la ley del más fuerte. Es así que en nombre de la primacía de la política, entendida como unidad nacional ideal, promotora de desarrollo, se condenó cualquier expresión de pluralismo con el mote de "tribalismo", dándole la connotación negativa de comportamiento oscurantista, y por eso mismo contrario a la modernización y el desarrollo, y de táctica orientada a dividir, demonizada como eficaz colaboradora de fuerzas reaccionarias internas y de fuerzas internacionales (el imperialismo) en el proyecto de hacer fracasar al Estado-nación. El partido único, como motor de participación en torno al proyecto unitario de emancipación, se proclamaba custodio y garante de la unidad del

Estado y de la construcción virtuosa de la nación, el pilar sobre el cual ambas se sostenían, y como tal, se convertía en intocable y supremo.

La ideología de partido único elaborada en los primeros años puede ser resumida en una serie de puntos: el partido único expresa y concreta la unidad nacional fundamental, ya que no reconoce ni admite divisiones étnicas, tribales, regionales o de clase; cualquier oposición al partido único es considerada ilegítima, en cuanto herencia de las políticas coloniales de *divide et impera*, y cabe atribuirla al tribalismo, fomentado a su vez por conspiraciones oscurantistas objetivamente asociadas y cómplices de intrigas imperialistas; por fin, el partido único es democráctico porque en él se encuentra representado todo el pueblo, y es el instrumento para movilizar a éste con el propósito de alcanzar la integración nacional y el desarrollo económico. Los presidentes africanos, fortalecidos en la legitimación que les venía de su lucha por la independencia, representaban tanto la autoridad como la voluntad colectiva del pueblo, concebido como entidad única y unida. Presidencialismo y partidos únicos pasaron a constituir las características de los sistemas políticos africanos, sin distinción de ideologías.

El concepto de democracia elaborado para justificar el partido único partía de la idealización de las sociedades tradicionales, consideradas sociedades igualitarias, solidarias y, por consiguiente, intrínsecamente democráticas. El colonialismo había destruido las democracias tradicionales; la tarea del partido único era la de construir la comunidad ampliada de la nación por medio de una revolución política (la independencia) y moral: la afirmación de la voluntad unitaria de un pueblo como única fuente legítima de poder político. La primacía de la unidad y la uniformidad de las sociedades africanas es parte integrante incluso de las ideologías socialistas africanas: la lucha de clases sólo podía darse entre las sociedades africanas por un lado, todas explotadas en la misma medida, y el colonialismo y el imperialismo por el otro. Para Nkrumah, Touré, Nyerere y todos los socialistas de la primera generación el socialismo no era una meta por alcanzar, sino una realidad africana: la ausencia de una clase capitalista interna exigía que el poder del gobierno emanara del pueblo y se ejercitara en favor de todos. Por eso, a diferencia de los llamados socialismos "realizados" de la Unión Soviética, los países del Este de Europa y China, los socialismos africanos eran concebidos no ya como dictadura del proletariado sino como dictadura de la voluntad general sobre pueblos no divididos por antagonismos de clase.

Las divisiones étnicas, tribales, regionales eran consideradas principalmente residuos de atavismo oscurantista fomentado por la dominación colonial, que era necesario reprimir y suprimir. De ahí la difundida hostilidad hacia las autoridades tradicionales. En este

sentido los líderes socialistas se hallaban perfectamente insertos en la lógica de la modernización en versión colonial. No consideraban ni analizaban cada expresión de particularismo en su carácter concreto; la condenaba sin apelación, como obstáculo opuesto al proceso de evolución hacia la consolidación de una sociedad mejor, más avanzada e igualitaria. Al ser negada la existencia de las clases, y por consiguiente de la lucha de clases, el partido único no era concebido como representante de la hegemonía de coaliciones de intereses, sino que se lo entendía como afirmación de la solidaridad comunitaria idealizada que se hace nación. Todos los partidos únicos de esta generación, cualquiera fuera la opción ideológica seguida, se definían como partidos de masas, en cuanto representaban idealmente a todo el pueblo, a todas las diferentes instancias y los diferentes intereses unidos en proyectos comunes de emancipación.

El partido único, que había servido para expresar la primacía de lo político y que debía ser el principal instrumento de movilización popular, apenas obtenidas las independencias se transformó en todas partes en partido-Estado. De partido de movilización, participación y mediación se convirtió en instrumento de las clases drtigentes que controlaban presidencias y gobiernos y, por lo tanto, también ejercían control sobre los sectores estratégicos de la economía, el flujo y la distribución de recursos internos y la distribución de la ayuda, entre los diversos sectores económicos o sociales y entre las diferentes regiones. Eso sucedía en los países con socialismo africano estatalista, Ghana, Guinea y Mali, y también en el país del desarrollo socialista desde abajo, la Tanzania de las comunidades *ujamaa*, y en los países en los que el socialismo estaba basado en conceptos culturales y éticos, como el Senegal de Senghor y la Zambia di Kaunda. Pero sucedía también en los sistemas que perseguían estrategias de desarrollo de tipo liberal-capitalista, como es el caso de Kenia y de la Costa de Marfil.

La legitimidad de que gozaron los partidos únicos y las clases dirigentes africanas en los primeros años de las independencias tenían raíces en la construcción del mito de la liberación y del desarrollo en unidad nacional. Es la construcción de esa legitimidad lo que lleva a negar hasta el más mínimo signo de diferencia y de estratificación, condenándolo como tribalismo y oscurantismo. Tampoco en este caso escapa a la percepción de la población la similitud con el autoritarismo colonial, que se convertirá en un elemento no desdeñable de la crisis de legitimidad de líderes y de gobiernos, además de la de los partidos únicos. Debido a que no controlan a los centros de poder económico, las élites y los líderes de las primeras independencias no se cansan de recalcar la primacía de la política como instrumento de movilización, primero para la lucha por la independencia, después para la edi-

ficación nacional y el desarrollo. Lo hacen tomando como referencia ideologías de modernización de diferente índole: liberal-capitalista o de socialismo africano. "Capitalismo" quería decir en primer lugar continuar las líneas de desarrollo implementadas en el último período de reformismo colonial, o sea usar las inversiones para la expansión infraestructural y productiva dirigida a favorecer o consolidar clases empresarias, agrícolas, comerciales e industriales de vigencia local. La gran mayoría de los países recién independizados se declaró seguidora del camino liberal-capitalista: los gobiernos de Kenia, Costa de Marfil, Nigeria, Camerún, Malaui, Senegal y Gabón favorecieron el flujo de capitales extranjeros mediante disposiciones sobre inversiones que ofrecían amplias garantías a potenciales inversores africanos y extranjeros. Las estrategias de desarrollo según la orientación capitalista se volcaban a modernizar los sectores agrícola y comercial, y a incentivar el proceso de industrialización. Y sin embargo, en oposición al credo liberal, seguían la tradición colonial de firme intervención del Estado bajo el control del poder político. Serán por otra parte la estructura y los recursos económicos disponibles al comienzo, junto con la capacidad de atraer inversiones, los que den la medida del éxito o el fracaso de estas estrategias.

En Costa de Marfil, por ejemplo, el desarrollo capitalista siguió estando siempre bajo el estricto control de una élite muy restringida que respondía al presidente Houphouët-Boigny, y mantenía vínculos con sectores empresariales franceses[149]. Lo que se ha definido como el "capitalismo de Estado de Costa de Marfil" favoreció la expansión de joint ventures entre empresas extranjeras, principalmente francesas, y empresas estatales o privadas dominadas por la élite de terratenientes y empresarios, que conservaba el control del poder político. En Kenia, dada la importancia del capitalismo agrario local se vio una mayor independencia de la clase empresarial emergente, y una notable diversificación de las inversiones extranjeras, con los consiguientes mayores dinamismo e internacionalización del contexto económico. En ambos países, como en Camerún y Nigeria, fue el sector de producción agraria el que financió por medio de la expansión de las exportaciones los programas de construcción de infraestructuras, la industrialización y la indispensable estructuración de los servicios de educación y salud. Las dificultades empezaron a aparecer cuando los precios y la demanda de materias primas entraron en crisis. La recesión de los primeros años Setenta y la creciente inflación pusieron en evidencia las profundas desigualdades sociales entre regiones, sectores productivos y clases sociales; esas desigualdades se veían ahondadas por una distribución del

149 *C.* Bouquet, *Géopolitique de la Côte d'Ivoire*, Armand Colin, Paris 2005.

acceso a los recursos productivos y sociales profundamente desigual, con frecuencia clientelar y muy corrompida.

SOCIALISMOS AFRICANOS Y MARXISTAS

Eran socialismos declarados, aunque con distintos matices y puntos de referencia ideológicos, la Guinea di Sekou Touré, Ghana bajo Kwame Nkrumah, Mali bajo Modibo Keita, Tanzania bajo Julius Nyerere a partir de 1967 y luego, sucesivamente, el Congo-Brazzaville a partir del golpe de estado de Marien Ngouabi en 1968, Somalia con Siad Barre desde 1969, el Benin del golpe de estado de Mathieu Kerekou, y Madagascar en 1972. Tanto la Etiopía que defenestró a su emperador en 1975 como los países que conquistaron su independencia ese mismo año a través de sus luchas de liberación nacional –esto es, Guinea-Bissau, Angola y Mozambique– se inspiraban de manera explícita en el marxismo, y adoptaban formas de gestión económica y política de corte soviético.

Cuando llega al poder Robert Mugabe, es notable el pragmatismo político que despliega, conjugado con un idealismo socialista del cual igualmente da pruebas. Hasta el reciente y radical vuelco nacional-populista, que no ha resuelto los problemas económicos y sociales pero puso al país definitivamente de rodillas, haciendo de él el "paria" de la comunidad internacional, el líder de la Zimbabue African National Union (ZANU), primer ministro del gobierno de Zimbabue desde 1980, gozaba de un amplio consenso. Paíeses como Senegal bajo la presidencia de Senghor, y Zambia bajo Kenneth Kaunda, han sido clasificados como socialistas no tanto por las prácticas políticas reales como por el discurso ideológico de sus respectivos líderes, inspirado por una ética humanista y social.

La distinción entre socialismos africanos de la primera generación y socialismos marxistas-leninistas o "científicos", tal como se concretaron en la ideología y las políticas de una segunda generación de golpes de estado de los años Setenta, y de independencias por medio de luchas de liberación nacionales, se encuentra sobre todo vinculada con el debate ideológico de la época, a su vez derivado de los fracasos y las desilusiones de las primeras independencias africanas. Estas ideologías que rechazaban la definición de "africanas", remitiéndose a la "cientificidad" del marxismo, empezaron a expresarse en proyectos políticos y de toma del poder en la segunda mitad de los años Setenta, con las luchas armadas de liberación nacional. De esas prolongadas luchas armadas surgían partidos nacionalistas que se remitían a la tradición marxista, y rechazaban la noción de socialismo africano para reclamar la inspiración socialista "científica", conjugando diferentes versiones de marxismo y de marxismo-leninismo. Se trataba de tomas de partido ideológicas elaboradas en la experiencia de la guerrilla y la moviliza-

ción –en el período de luchas armadas– de las poblaciones rurales, las más castigadas por el colonialismo. Ciertamente, esas posturas eran influidas por las alianzas con partidos y gobiernos del área socialista, en particular la Unión Soviética y la China Popular, que apoyaban las luchas por la independencia.

Los socialismos de esta segunda generación, en sus orígenes siempre ideologías de redención social y política, concebían a la lucha contra el colonialismo como una revolución que abatiría todas las estructuras económicas y sociales en las que se apoyaba el Estado neocolonial. Los gobiernos de los Estados que habían sido liberados tras largos años de guerra se planteaban, pues, como prioridad el desmantelamiento de toda estructura heredada del colonialismo, y situaban en el centro de su proyecto revolucionario y modernista la redención de las poblaciones campesinas, que representaban la mayoría en todos los territorios y además eran la columna vertebral de la producción para la subsistencia y para el desarrollo. A su vez, el desarrollo dependía de estructuras económicas y sociales heredadas, caracterizadas como se ha visto por la dependencia de la exportación de pocas materias primas, por la disparidad existente dentro de cada país entre las diferentes regiones y entre las áreas rurales y urbanas, por la baja escolarización, por la total dependencia de tecnologías y medios de producción extranjeros. Cambiar de rumbo y de modelo de desarrollo parecía imperativo, porque el crecimiento y la integración en el mercado mundial en los primeros años Sesenta, lejos de llenar la disparidad existente entre países ricos y países pobres había marcado el comienzo de la progresiva marginación económica del continente.

Estas tomas de posición ideológicas, y estas decisiones sobre políticas de desarrollo, no serían comprensibles si no nos situáramos en el período histórico en que fueron tomadas. El contexto era el de una exigencia primordial, dotar de sustancia a la liberación de la dependencia neocolonial; ello sucedía dentro de un contexto internacional en el que parecía posible seguir caminos alternativos, como por ejemplo el desarrollo desde abajo de la *ujamaa* en Tanzania, inspirado en un intenso impulso de ética solidaria, y dentro también de un mundo bipolar donde la descolonización se había visto retrasada por las prioridades estratégicas de Occidente, que en defensa del régimen de *apartheid* había hecho del África austral uno de los principales terrenos de choque de la guerra fría,. En los años Sesenta el bloque socialista ofrecía ayuda y apoyo concreto a las luchas de liberación nacional de territorios a los que les había sido negada la descolonización. Además, el modelo de socialismo marxista se proponía entonces como ejemplo de extraordinario éxito de desarrollo en un país antes considerado atrasado, como la Unión Soviética, y de victoriosa guerra armada de liberación en China.

DESCENTRALIZACIÓN Y CIUDADANÍA: EL PAPEL DE LAS AUTORIDADES TRADICIONALES

La conquista de la ciudadanía política, social y económica era el núcleo fuerte de las ideologías y políticas de desarrollo que se formulaban en nombre de la identidad nacional, para hacer frente a la voluntad de las potencias coloniales de condicionar la soberanía de los Estados africanos que se aprestaban a acceder a la independencia. En ámbitos académicos se discutía de modernización, de despegue económico y político en continuidad con el modelo colonial, visto ahora a través de un trasvase de democracia en los procedimientos y cierto grado de mercado (el cual, sin embargo, no debía desafiar en esta primera etapa al monopolio de las ex metrópolis coloniales, ni a la dependencia económica de ellas). El modelo referencial de los Estados independientes africanos era la reconstrucción de la Europa de posguerra: intenso intervencionismo estatal, inversiones en servicios públicos, importancia esencial del constitucionalismo. El proceso de descolonización e independencia de los años Sesenta había tenido lugar en un ámbito internacional en el que los Estados eran el núcleo de los procesos de reconstrucción posbélica, y los países africanos adoptaron el modelo de Estado centralizado que justificaba la concentración de todos los procesos de toma de decisiones en el poder ejecutivo, y la hegemonía de los partidos únicos en nombre de las exigencias primordiales del desarrollo y la integración nacional. Tanto las antiguas potencias coloniales como, por lo demás, los influyentes politólogos occidentales, estimaban que los sistemas políticos basados en la supremacía del poder ejecutivo y dotados de aparatos administrativos muy centralizados eran el mal menor, y sólo opusieron débiles críticas y una limitada resistencia a la rápida desactivación de las instituciones de defensa de las minorías y el multipartidismo. Una fórmula muy usada en los años Sesenta, y de amplia circulación en el campo de la ciencia política, señalaba lo problemático de introducir planes de crecimiento y desarrollo virtuosos –en el sentido de ser eficaces según los parámetros de una gobernanza moderna– en contextos revolucionarios caracterizados por las crecientes expectativas de las poblaciones. A éstas les había sido prometido que la conquista de la libertad significaría no sólo el fin de la servidumbre y la discriminación racial, sino también y sobre todo el reconocimiento de los derechos sobre los recursos, no reconocidos y ampliamente violados en la era colonial. La pequeña escala que era típica de la mayor parte de las comunidades rurales, su división y su diferenciación, favorecidas por las políticas coloniales, su tardío acceso al progreso económico y a la educación, las hacían aparecer en buena medida, a los ojos de los gobiernos y de la mayor parte de los intelectuales, económica y socialmente irrelevantes. Desde el punto de vista político se consideraba que la presencia

de instituciones superiores del Estado y de partidos únicos facilitaría eficazmente su total control, naturalmente con el objeto de acelerar la modernización y el desarrollo.

El orden político parecía ser la prioridad, en sociedades en tan rápida transformación. Hasta fines de los años Setenta fueron consideradas ejemplo y modelo de crecimiento y desarrollo virtuosos dos países, la Costa de Marfil y Kenia, que tenían constituciones presidencialistas y partido único –*de jure* en el caso del Parti Democratique de la Côte d'Ivoire (PDCI), y *de facto* a partir de 1969 en el de la Kenya African National Union (KANU)–, en los que todo el poder se concentraba en los presidentes, que promovieron reformas en favor de la formación de un capitalismo agrario muy característico desde el punto de vista étnico, mientras que las poblaciones de las regiones de colonización agraria (el *Pays beté* en Costa de Marfil, el Rift Valley y la región costera en Kenia) tuvieron que sufrir la expropiación de sus tierras ancestrales y fueron a engrosar el ejército de migrantes sin tierra. Las consecuencias de este desarrollo desigual y asimétrico se harán evidentes en toda su violencia a partir de la desaparición, en Costa de Marfil, de quien era garante del compromiso neocolonial, Félix Houphouët Boigny, en 1993, y en Kenia a partir de 1978, tras la sucesión del *Mzee* Jomo Kenyatta. A la vez, y más allá de su diversas orientaciones ideológicas, en los regímenes socialistas que denunciaban radicalmente los condicionamientos del neocolonialismo y batían el parche de formas de desarrollo alternativo, inspiradas en modelos socialistas (el caso de Tanzania), marxistas o marxistas-leninistas (como Mozambique), el desarrollo era entendido como avance hacia formas de modernización de las que el Estado era el eje y el promotor.

Las políticas administrativas coloniales habían estado fundadas en instituciones de gobierno separadas, como por ejemplo las *native administrations* de las colonias británicas, la *association* de las francesas, el *indigenato* de las portuguesas, verdaderos sistemas institucionales de segregación. Con la independencia, los sistemas administrativos coloniales son denunciados como instrumentos de *divide et impera*, y las reformas de los gobiernos locales tienden a recalcar la prioridad de la unidad y, por consiguiente, del control por el gobierno central, contra cualquier tentación disgregadora de oposición sobre base tribal. En las ex colonias francesas se mantuvo con algunas reformas la fórmula que centralizaba en manos de un prefecto la gama completa de poderes administrativos. En los países que habían sido posesiones británicas, sistemas de consejos locales elegidos representaban la base administrativa. Las reformas de descentralización administrativa, en regímenes que se orientaban a adoptar sistemas políticos de partido único, eran entendidas como medio de reforzar el control por los aparatos centrales

del Estado, y se convirtieron en canales de acceso clientelar en la distribución de empleos en la función pública, en el acceso a la educación superior y, más tarde, en el acceso a ayuda o a planes de desarrollo. De igual modo, la autonomía, el peso y la importancia de las autoridades tradicionales en la administración local vino a depender progresivamente del control que sobre ella ejercía el poder político central. En las dos décads que siguieron a las independencias, la descentralización se tradujo en desconcentración, vale decir en sistemas de gobierno local que en gran parte constituían instrumentos para afirmar y consolidar el control del Estado central, y más concretamente de la clase dirigente en el poder. En general, las numerosas reformas no dieron lugar a sistemas de gobierno autónomos y representativos, ni siquiera allí donde existían gobiernos locales electos que en principio gozaban de especiales garantías constitucionales, como era il caso de Ghana y el de Nigeria. En Kenia, por ejemplo, una sucesión de reformas del gobierno local culminó en 1983 en los llamados *district focus*, explícitamente planeados para aumentar el control y la eficiencia de la administración central, antes que para incrementar la autonomía local o la participación popular. En definitiva, y sin grandes distinciones entre tipo de régimen e ideología a la que se remitían, los gobiernos africanos de los primeros veinte años de independencia consideraban a los gobiernos locales no otra cosa que unidades administrativas, en nombre de la exigencia prioritaria del control central, necesario tanto para promover la integración nacional como para mantener el control de las orientaciones y las prioridades económicas de las políticas de desarrollo.

En los años Ochenta y Noventa, a la vez que se adoptaban planes de estabilización y ajuste estructural que requerían drásticos recortes de las finanzas de los Estados, se reformularían políticas de descentralización. El impulso a la descentralización fue una condición impuesta por la comunidad internacional de quienes daban los fondos, pero no puede dejar de señalarse que era al mismo tiempo una reivindicación desde abajo, organizada por los partidos o por organizaciones de la sociedad civil, e incluso por unos y otras. En algunos casos, las reformas descentralizadoras pueden ser consideradas un cambio radical en los sistemas de gobierno que habían sido decididos por congresos nacionales convocados para imaginar y poner en práctica nuevas configuraciones institucionales, en el curso de los procesos de transición a la democracia. Son los casos de Benin, Burkina Faso, Mali, Togo, Chad, en que se cuestionaba la concepción del Estado centralizado de tradición francesa para adoptar el modelo, igualmente derivado de los principios constitucionales franceses, de la libre administración de las colectividades territoriales admitidas en las nuevas cartas constitucionales. En la mayor parte de los países se verificaron sucesivas adaptaciones institu-

cionales, por medio de reformas de los procedimientos en vigor en cada marco institucional específico. Países como Senegal y el Camerún, y en parte también la Costa de Marfil, habían iniciado procesos de descentralización ya antes de los años Noventa. Por tratarse de regímenes de partido único, esos procesos habían quedado incumplidos. El pasaje al multipartidismo impulsó a extender al nivel local los procesos de democratización nacionales; sin embargo, no se hicieron grandes esfuerzos para crear mecanismos de mayor participación, aparte de la realización de elecciones. La descentralización en sus diferentes formas permitió tanto reforzar el control sobre el poder central como iniciar un proceso de creación de más autonomías. Pero hay que contrastar ese hecho con la general disminución de las transferencias de recursos fiscales, debida a los drásticos recortes de los presupuestos que requerían las políticas de austeridad, mientras la capacidad impositiva de las autoridades locales seguía siendo insuficiente, sobre todo en las regiones rurales.

Los gobiernos del primer período de indipendencias tendieron sobre todo a eliminar, reducir o al menos tener bajo control las autoridades tradicionales, despojándolas de cualquier función política en los nuevos Estados. En Guinea-Conakry, Sekou Touré eliminó el poder de las autoridades tradicionales. En Ghana, Kwame Nkrumah se enzarzó en una pulseada con los jefes hostiles al Convention People Party (CPP), en especial para obtener la subordinación de la potente jerarquía de la dinastía reinante ashanti, que se había alineado con la oposición del National Liberation Movement. El CPP, partido de los *commoners* en el poder, logró por medio de sucesivas promulgaciones de leyes, someter las instituciones tradicionales a la aprobación del gobierno, aunque sin desmantelar por completo el sistema[150]. En Tanzania Nyerere quitó todo reconocimiento a las autoridades tradicionales. En Uganda, en abril de 1966, el primer ministro Milton Obote suspendió la constitución de 1962, que garantizaba amplios poderes a las autoridades tradicionales y aseguraba la hegemonía del *Kabaka* de Buganda. La derrota de la rebelión promovida por los seguidores del *Kabaka* provocó el exilio de este, y la abolición de todos los reinos y de las autoridades tradicionales, reemplazadas por autoridades elegidas en los niveles locales.

Los nacionalismos africanos, cualesquiera fueran sus orientaciones ideológicas, daban lugar central a un modelo de modernización política y económica que no dejaba lugar para autoridades tradicionales que demostraran poder ser centros de agrupación de cuestionamientos al Estado central, o incluso poder llegar a serlo. La concepción nacio-

150 S. S. Berry, *Chiefs Know their Boundaries. Essays on Property, Power and the Past in Asante, 1896-1996*, David Philip-James Currey-Heinemann, Cape Town-Oxford-Portsmouth 2001.

nalista no discutía el papel de las tradiciones culturales, pero consideraba al conjunto de instituciones tradicionales como instrumentos de la opresión colonial e impedimentos a la integración nacional, cuya legitimidad conservadora impedía la emancipación de los jóvenes, y sobre todo de las mujeres. Excluidas de las estructuras políticas formales en los países francófonos, las autoridades tradicionales fueron incorporadas a la función pública. En Nigeria, al igual que en muchos territorios donde había estado en funciones el *indirect rule*, el papel de las diferentes jerarquías de *native authorities* fue considerablemente redimensionado, aunque muchas de ellas conservaron prerrogativas que les permitían aumentar sus inversiones en sectores especulativos y orientados al lucro, con lo que acumularon connsiderables riquezas. De cualquier modo, si bien los jefes tradicionales no contaban con reconocimiento explícito en el discurso oficial de los gobiernos, en los hechos era preciso negociar y mediar constantemente el consentimiento de las autoridades locales para cualquier iniciativa. Y no sólo eso; en muchas regiones rurales la autoridad y el prestigio de los jefes de aldea y los jefes tradicionales resultaron reforzados al mismo tiempo que caía la credibilidad de la política de los gobiernos centrales y las administraciones locales. Con las reformas de democratización, a partir de los años Noventa, las autoridades tradicionales vuelven a ser tomadas en consideración en su dimensión política. El multipartidismo significó la formación de partidos que con frecuencia se remiten a determinadas localidades o regiones y a diferentes grupos étnicos, en los que la alianza con los jefes tradicionales había sido siempre un paso requerido, si no fundamental. En la legislación que orienta las reformas de los gobiernos locales pueden notarse la tensión y la ambigüedad existentes entre la institucionalización de las formas locales de gobierno, por un lado, y el papel y las prerrogativas que se reconocen a las autoridades basadas en la tradición, por otro. La ambigüedad es evidente sobre todo en las regiones y localidades donde existen rivalidades y conflictos por el control de la tierra y de los recursos naturales con valor de mercado, sobre todo en presencia de actos de privatización, ya estén permitidos por la ley o sean de carácter informal. En todos los países africanos, la voluntad de dar entidad a la democracia local se convirtió en ámbito de confrontación entre diferentes legitimidades en mutua competencia: autoridades estatales, representaciones electas en los niveles locales y autoridades tradicionales. En Estados que contaban con instituciones democráticas todavía débiles, todos estos sectores procuran negociar su posición y sus alianzas en el contexto de las reformas para la descentralización, compitiendo por el control de los recursos, la sustentabilidad, la protección del ambiente. En relación con la ayuda internacional, que en muchos países implica la presencia nasiva de organizaciones no gu-

bernamentales de aportantes de fondos, internacionales y nacionales, las autoridades tradicionales se comportan como cualquier otro grupo de interés de la administración y de la sociedad civil. Jefes y autoridades consuetudinarias son en todos los sentidos fuerzas políticas, no necesariamente representativas de toda la población de las comunidades a las que pertenecen. En efecto, en muchos casos se trata de autoridades designadas o elegidas por el poder central, tanto de los tiempos coloniales como el actual, o son auxiliares administrativos de la autoridades centrales. Es posible observar, siguiendo a Mamdani, que privilegiar en el nivel local el poder y la autoridad consuetudinarios contribuye a mantener a las poblaciones rurales bajo el control de autoridades no elegidas, es decir, a perpetuar su condición de súbditos, impidiéndoles el pleno goce de sus derechos de ciudadanía. Se abre aquí un debate entre quienes sostienen que privilegiar a las autoridades tradicionales en los gobiernos locales es una actitud instrumental a la estrategia de preservar de todas maneras el control del Estado central y aquellos que, opuestamente, consideran que ello constituye una alternativa positiva para garantizar el respeto por los derechos de las poblaciones, sobre todo en las áreas rurales más pobres, o en aquellas regiones en las que corren el riesgo de ser desposeídas por la descarada privatización de las tierras[151].

DE LOS MILITARES EN POLÍTICA A LA DEMOCRATIZACIÓN CON NUMEROSOS PARTIDOS

Los militares, que en la época de la independencia, por la debilidad y la condición marginal de las estructuras de los ejércitos africanos, no parecían poder aspirar a jugar un papel de importancia emergieron como protagonistas a partir de mediados de los años Sesenta, ya fuera mediante golpes de estado, teniendo en jaque a los gobiernos civiles o presentándose como críticos de la corrupción de los políticos, o como solución tecnocrática para el restablecimiento del buen gobierno.

Enseguida de la independencia, los militares habían hecho sentir su peso para pedir o reivindicar privilegios, y más tarde presentándose como árbitros sólo aparentemente neutrales en los conflictos entre élites políticas. La toma del poder por militares en numerosos países africanos completó la transformación de los regímenes democráticos de las primeras independencias en regímenes autoritarios. Tal transformación había sido permitida ya por el monopolio de los parti-

151 M. Mamdani, *Citizen and Subject, Contemporary Africa and the Legacy of Late Colonialism*, Princeton University Press, Princeton 1996. Véase también A. M. Gentili, *Ethnicity and Citizenship in Sub Saharan Africa*, en P. Chabal, U. Engel, A. M. Gentili (eds.), *Is Violence Inevitable in Africa?,* Brill, Leiden 2005, pp. 35-55.

dos únicos, convertidos en gran medida en instrumentos de políticas dominadas por constituciones de tipo presidencialista, que tendían a encuadrar rígidamente la movilización política popular participativa, si no a reprimirla.

La mezcla de huelga y motín de los levantamientos de la Force Publique en el Congo en 1960, dos días después de concedida la independencia, y los motines en los ejércitos de Kenia, Uganda y Tanganica en 1964, partieron de reivindicaciones corporativas: se pedían aumentos de salarios, la africanización del cuerpo de oficiales, mejoras en las jubilaciones y en las condiciones de vida en los cuarteles. Las fuerzas armadas no expresaban aún abiertamente ambiciones políticas, pero demostraron a los políticos que no era posible repartirse los despojos sin tener en cuenta su existencia, y su capacidad de jaquear al gobierno.

En Togo, en 1963, otra huelga-motín del ejército jugó a favor de una de las facciones, la que había perdido las elecciones pero mantenía estrechos vínculos con los círculos franceses. El movimiento se transformó en un golpe de estado que determinó el ascenso del sector dirigente que se mostraba más proclive a mantener los vínculos con la ex potencia colonial. Después, siempre en países en los que la trayectoria de la descolonización se había caracterizado por la división del movimiento nacionalista y por un fuerte sectarismo con bases regionales y entrelazamiento de intereses económicos con la antigua metrópoli, el ejército intervino en función de árbitro entre los grupos políticos rivales. Como árbitro entre facciones en lucha, el ejército intervino en Dahomey (Benin) en 1963 y en 1965. En 1967, un golpe de estado revelaba cómo y hasta qué punto estaba dividido el propio ejército. En Congo-Brazzaville en 1963, y en Alto Volta en 1966, los militares intervinieron como árbitros; en el primer caso favorecieron la llegada al poder de un nuevo régimen civil, pero en el segundo tomaron el poder directamente. Si a comienzos de los años Sesenta las intervenciones militares en política se caracterizan todavía como acciones dirigidas a equilibrar situaciones, o como interinatos temporarios, ya a mediados de la década los golpes de estado militares asumen connotaciones decididamente políticas. A partir de 1966, las intervenciones de los militares en política se propagan como una epidemia infecciosa.

Desde 1960 a 1966, entre motines y golpes se produjeron muchos episodios de intervención militar en política: Zaire, 1960; Togo y Dahomey, 1963; Gabón, 1964; Zaire, 1965 (ascenso al poder de Mobutu); Dahomey, 1965; República Centroafricana, Alto Volta, Nigeria, Ghana, 1966. Ya a partir de 1966 los golpes de estado se vuelven endémicos: 1967, Togo, Sierra Leona, Benin; 1968, otra vez Sierra Leona, Congo, Mali; 1969, Sudán, Libia (Qaddafi), Somalia (Siad Barre), Benin; 1971, Uganda (Amin Dada); 1972, Ghana, Madagascar, Benin; 1973, Ruanda

(Juvenal Habyarimana); 1974, Alto Volta, Níger, Etiopía; 1975, Chad, Nigeria; 1976, Burundi; 1977, Etiopía (Mengistu); 1978, Ghana, Mauritania; 1979, Ghana, Guinea Ecuatorial; 1980, Mauritania, Liberia, Alto Volta, Guinea-Bissau; 1981, República Centroafricana, Ghana; 1982, Alto Volta; 1983, Alto Volta (Sankara), Nigeria; 1984, Guinea-Conakry; 1984, Mauritania; 1985, Sudán, Uganda, Nigeria; 1986, Lesoto, Uganda; 1987, Burkina-Faso, Burundi; 1989, Sudán; 1990, Chad, Liberia, Lesoto; 1991, Mali, Lesoto; 1992, Sierra Leona; 1994, Gambia.

Los regímenes militares, que eran dieciséis en 1975, llegaron a veintitrés en el período 1983-89. A la vez, los gastos militares aumentaron más rápidamente que el PBI por habitante. La prueba de que el partido único se había transformado, de instrumento de movilización política en forma de legitimación institucional está en el hecho de que casi todos los sucesivos regímenes militares nacidos de golpes de estado y, por consiguiente, desprovistos de legitimidad institucional intrínseca, para consolidarse en el poder se sintieron obligados a instalar nuevos regímenes presidenciales de partido único. Tal será por ejemplo el caso de Benin en 1975, que se da un régimen presidencial y de partido único marxista-leninista; el de Burundi en 1974; el del Congo-Brazzaville en 1979; el de Guinea Ecuatorial en 1987; el de Etiopía en 1984; el de Guinea-Bissau en 1980; el de Madagascar en 1975; el de Mali en 1974; el de Níger en 1989; el de Ruanda en 1978; el de Sierra Leona en 1978; el de Somalia en 1969; el de Togo en 1979. No es el último de las casos la transformación de Mobutu, de jefe militar en presidente del Zaire, con un gobierno electo por un partido único de todo el pueblo en 1970.

Los sistemas multipartidarios sólo han resistido en Gambia (hasta 1994), Senegal, Botsuana y Mauricio, este último el único sistema parlamentario sobreviviente. Por otra parte, en todos esos casos había un partido que tenía la mayoría absoluta, y debido a eso gozaba de un monopolio *de facto*. El gobierno de Zimbabue abandonó la intención de transformarse en sistema de partido único; las elecciones para la independencia en Namibia, en 1989, dieron la mayoría de los votos y de las bancas parlamentarias al SWAPO, el movimiento de liberación nacional, en un Parlamento en el que están representados otros numerosos partidos, que han contribuido a la redacción de la Constitución. En Eritrea, desde la independencia en 1993, ocupa el poder el movimiento Frente Popular de Liberación de Eritrea (FPLE).

La distinción entre regímenes militares y políticos había perdido sentido en gran medida en los años Setenta, dado el alto número de países que se hallaban bajo regímenes militares, y ante la práctica generalizada de los militares en el poder de pasar a convertirse en regímenes civiles, ya fuera quitándose el uniforme, como hicieron Mobutu en Zaire o Ratsiraka en Madagascar para participar en las elecciones

presidenciales, o Kerekou en Benin, o incorporando tecnócratas a sus gobiernos, adoptando nuevas constituciones, construyendo o reconstruyendo partidos únicos y hasta inventando sistemas de democracia sin partidos, como sucedió en Burkina-Faso en el período de Sankara y en Uganda desde la toma del poder por Museveni en 1986.

Regímenes militares sin partido y sin Constitución han gobernado prolongadamente en distintos países africanos, tanto por medio de Consejos integrados exclusivamente por militares como con el aporte de tecnócratas civiles: Ghana, desde 1981 a 1992; Guinea, desde 1984 a 1993; Lesoto, desde 1990 a 1993; Mauritania, desde 1978 a 1993; Sudán, a partir de 1989; Uganda, desde 1986; Burundi, desde 1987 a 1993; Nigeria, desde 1985 a 1999.

En los años Noventa, los procesos de reconstrucción de estructuras institucionales y partidarias que deseaban ser democráticas fueron escenarios de agudo conflicto, de intentos en gran medida logrados de imponer controles, por parte de quienes tienen el monopolio de la fuerza, es decir, los militares, o por parte de las élites con ellos aliadas. Si es cierto que la democracia sigue en amplia medida sin concretarse, no lo es menos que ella es el campo de confrontación mas prolongado, y el más disputado. Entre 1990 y 1994 se desarrollaron las primeras elecciones con multiplicidad de partidos en 29 países africanos. Así, mientras que entre 1985 y 1989 sólo habían tenido elecciones de ese carácter nueve países, entre 1990 y 1998 hubo setenta elecciones legislativas y sesenta presidenciales en 42 países. En ese período, sólo seis Estados –Eritrea, Ruanda, Sudán, Somalia, Suazilandia, Uganda y Congo/Zaire– no habían tenido elecciones de carácter multipartidario.

Entre 1998 y 2001 se celebraron entre presidenciales y legislativas 55 elecciones y 8 referéndum, y en los años siguientes hubo elecciones en todos los países africanos. Por todas partes las reformas de las leyes electorales han sido objeto de querellas en los tribunales, antes de las elecciones, durante su curso y después. Los partidos ideológicos han desaparecido; la mayoría de los nuevos partidos y coaliciones aparecen como redes de alianzas muy frágiles e instrumentales, por lo que se los considera responsables principalmente, si no exclusivamente, ante los intereses de las élites que en ellos se coordinan más que ante el electorado, que es el que esperaba de la democracia progreso económico y social a través de un reparto más equitativo del acceso a los recursos. La fuerza de partidos como el CCM en Tanzania o el FRELIMO en Mozambique, que han logrado mantenerse en el poder como partidos de mayoría, reside en haber conservado bases seguras de consenso en las regiones de mayor compromiso popular con el discurso de la liberación nacional, o en las que habían sido más beneficiadas en la época del partido único, y en haber podido reconstruir alianzas con nuevos

sectores sociales emergentes, además de hacerlo con autoridades tradicionales influyentes. En la mayoría de los casos, la conflictualidad interna y entre partido y partido, y la mutua negación de legitimidad, parecen constituir la regla. Además, si bien se presume que los africanos están vacunados contra el virus del populismo, éste sigue siendo el camino más fácil para líderes políticos carentes de escrúpulos que buscan construir su carrera pública. Las consecuencias son dramáticas para la democracia, pues aumenta el número de personas que se declaran desilusionadas, que se retiran de la política, que expresan desconfianza por el Estado y consideran a los partidos nada más que mafias, que incluyen entre sus filas sólo a quienes están dispuestos a obedecer y los hacen partícipes de la distribución de los despojos. Los partidos son percibidos, pues, como instituciones que forman parte del proceso democrático, sin ser democráticas.

Todas las investigaciones evidencian que es imposible obtener listas de inscriptos que realmente hayan pagado su cuota de afiliación. También se observa que los métodos de selección de candidatos a las elecciones son poco transparentes, constituyen por lo general objeto de intensas luchas de facciones y muestran frecuentes cambios de frente y de alianzas. La tentación es refugiarse en una forma cualquiera de asociacionismo despolitizado, o en la lisa y llana apatía, de lo que es testigo el generalizado descenso de la participación electoral, y la caída del número de quienes se identifican con un partido, de los afiliados y el poder de movilización de los partidos. Existen excepciones positivas; así, la participación aumenta en grado notable cuando parece abrirse un resquicio de cambio. Eso es precisamente lo sucedido en las elecciones con alternancia registradas en Kenia y Senegal, en las recientes elecciones de Etiopía –que, sin embargo, condujeron a la más dura represión de los opositores que reivindicaban la victoria– y en las segundas elecciones, seis años después de terminada la guerra en la devastada Sierra Leona (1991-2001), donde se registró una afluencia de más del 90 por ciento. Las expectativas de la población son inmensas después de una guerra que había tenido como protagonistas a la cruel rebelión organizada en el Revolutionary United Front (RUF), a distintas milicias locales y a mercenarios de todos los tipos. Al término de la década de violencia y destrucción, una primera estabilización del país tras la celebración de un frágil acuerdo de paz había reinstalado en el poder, durante elecciones celebradas bajo la protección de los cascos azules de la ONU, a Ahmad Tejan Kabbah. El escrutinio de 2007 vio prevalecer al candidato del All People Congress (APC), Ernest Bai Koroma, con el eslógan "una nueva vida para los pobres" y un plan de eliminación de la corrupción que se ha apropiado de buena parte de los fondos de la ayuda internacional, nunca aplicados a la reconstrucción de un país

que sigue en situación de desastre. Es preciso recordar que el APC fue el partido en el poder entre 1968 y 1991, y que sus raíces están entre la población temne del norte, mientras que la formación derrotada, Sierra Leona People Party, de Kabbak, posee sus bases sobre todo entre los mende del sur y el este del país.

De la democracia se esperaba, pues, una política responsable en lo que se refiere a los partidos, así como capacidad para formular estrategias políticas pertinentes y que regularan los requerimientos del electorado, negociando con los demás actores políticos y respetando los derechos de la oposición y la jerarquía propia de las diversas instancias institucionales. En la primera etapa de la transición, la conexión con diferentes tipos de facciones y asociaciones de la sociedad civil se basaba en las funciones de movilización, participación e integración. La liberalización económica aceleró la competencia por obtener el monopolio en el reparto del botín –inversiones en privatizaciones, *joint ventures*, ayuda– que de todos modos abarca a más gente que la que ejerce el monopolio del control político. Esto deja un espacio mínimo a la "sana" competencia entre partidos, mientras las horcas caudinas del ajuste estructural no permiten concebir caminos de desarrollo alternativos.

Paradójicamente, la democracia ha relegado a un segundo plano el objetivo de representar los intereses de los ciudadanos y respetar las reglas de una justa y transparente competencia por el poder de gobierno. En efecto, la función representativa es percibida como el pilar de la conservación del poder por los líderes de partido, o como instrumento que les permite obtenerlo. Los partidos tienden a presentarse como gobernantes alternativos; así son concebidos como parte del Estado, y sólo transmite legitimidad a ojos de sus miembros y electores cuando logran acceder a los recursos del Estado para aprovecharlos, es decir, si están en el poder y desde él pueden distribuir ventajas o prebendas entre sus bases electorales.

En poco más de una década, los niveles de identificación con los partidos parecen haber disminuido en términos de cantidad, de intensidad y de significado político, como lo confirman numerosas investigaciones que han analizado el problema de la legitimidad en términos de prestaciones, pero también de la divergencia entre estándares legales o morales y estándares políticos. La violación de los estándares (como por ejemplo sucede cuando hay un grado muy extendido de corrupción pública) resulta correlativa a la declinación de la ideología, proceso en el que los valores son sustituidos por estilos de negociación, en que los partidos entregan bienes y cargos públicos para obtener apoyos que antes se conseguían por medios más simbólicos o ideológicos. La relativamente escasa inversión de la sociedad civil en política y, por lo tanto, en la política de partidos, revela las dimensiones de la despoliti-

zación. Expresar indiferencia o disgusto por los políticos, y sobre todo por los partidos, lleva a la ausencia de compromiso con la política, y garantiza una postura neutral o distante, con el riesgo –a menudo materializado muy concretamente, en ciertos casos dramáticos bien conocidos– del apartamiento, de la reclusión en identidades étnicas, religiosas o barriales exclusivas, y en ideologías que, peligrosamente, pueden siempre despertar ante la convocatoria de cualquier demagogo populista o, peor aún, llevan a adherir a proyectos de limpieza étnica o acciones genocidas contra cualquiera que "no pertenezca" al grupo de poder étnicamente definido[152].

MADAGASCAR, ENTRE LA REVUELTA Y LA NORMALIZACIÓN NEOCOLONIAL

En Madagascar, durante la segunda guerra mundial, los malgaches habían visto cómo tropas británicas expulsaban a la administración francesa partidaria de Vichy. Las consecuencias de la guerra, con el recrudecimiento del trabajo forzado, la miseria y el hambre, contribuyeron a provocar el alzamiento de marzo de 1947, que afectó sobre todo a las regiones donde se hallaban instalados colonos franceses. Fue acusado de fomentar la rebelión el Mouvement Démocratique pour la Rénovation Malgache (MDRM), partido influyente entre la mayoría merina de la isla. Contra sus seguidores y la población se desencadenó una sangrienta represión, que costó más de 80.000 víctimas. El MDRM fue suprimido, y sus líderes ajusticiados, encarcelados o exiliados.

Una característica de la vida política de la *Grande Île* es el continuo resurgir, desde la primera a la tercera república, de una masiva e intensa participación de la sociedad civil. Las elecciones de 1956, celebradas bajo la la ley-marco, fueron ganadas por un ala del Parti des Désherités Malgaches (PADESM), formación política favorecida por los franceses en función anti-merina, ya que la etnia merina se había constituido en Parti Social Démocrate (PSD), cuyo líder, Philibert Tsiranana, se presentaba como un socialista moderado. En el poder, el gobierno del PSD se reveló autoritario y ante todo sometido a los intereses franceses. Una rebelión campesina en 1971 fue seguida por desórdenes en las escuelas y en la universidad, hasta que estallaron las huelgas de 1972 y se produjo el golpe de estado militar. El gobierno militar se dividió en dos corrientes: los radicales, que ante el constante deterioro económico y el desorden social propiciaban una política de reformas administrativas y políticas que se basara en la reconstrucción de las

152 P. Gaschiare, F. Nyamjoh, *Capitalism and Autochtoncy: The Season of Mobility and Belonging,* en "Public Culture", 12, 2, 2002.

comunidades tradicionales, y los moderados, así considerados porque eran partidarios de continuar bajo influencia francesa.

Una serie de golpes de estado, verificados dentro del propio complejo de poder militar, llevaron al poder en 1975 al teniente coronel Didier Ratsiraka, quien a través incluso de masivas nacionalizaciones proclamó adoptar una "carta de la revolución socialista malgache", basada en una Constitución unitaria que investía de firmes poderes al ejecutivo, y un partido único, Avant-garde de la Révolution Malgache (AREMA), núcleo fundador del Front National pour la Défence de la Révolution Socialiste Malgache (FNDR). Todos los partidos existentes debieron incorporarse a esta formación, so pena de ilegalización. El régimen de Ratsiraka, en el poder hasta 1993 y sometido a permanentes cuestionamientos, ya en las elecciones de 1989 había demostrado una disminuida capacidad de mantener al país bajo su control, pese a la cada vez más evidente tentación de recurrir a los métodos represivos. En 1990 se abre la era de la protesta más incisiva, favorecida incluso por el apoyo internacional, que obliga al régimen a permitir que se organicen partidos. Allí tuvo su origen un fuerte bloque de alianzas entre asociaciones cristianas, sindicatos e intelectuales, que se da el nombre de Forces Vives (FV). Para un regreso a la democracia, las fuerzas vivas de la nación son sostenidas por los sindicatos, que organizan huelgas y apoyan demostraciones de masas, en las que se exige la renuncia del presidente y la sanción de una enmienda constitucional que garantice el abandono del régimen presidencialista y del predominio del poder ejecutivo. La respuesta consistió en censura, prohibición de manifestaciones, uso de la fuerza y eliminación de los líderes de la oposición. La represión de una protesta pacífica dejó veinte muertos y numerosos heridos; esto convenció finalmente a Francia de interrumpir su generosa ayuda militar, y la llevó a aconsejar a Ratsiraka que presentara su renuncia. El consejo no fue seguido; al contrario, el presidente adoptó una serie de tácticas para no tener que ceder el poder. Por fin, se impuso una solución transitoria a través de un ultimátum del ejército, que inducía a firmar la suspensión de la Constitución en octubre de 1991. Ratsiraka seguía como presidente en funciones, con tareas puramente ceremoniales. Se creó una *alta autoridad*, integrada por 31 miembros a cuyo frente estaba el líder de FV, el profesor Albert Zafy, y un Consejo de Reparación política y social de 130 miembros, en reemplazo de las otras instituciones hasta entonces dotadas de poder de decisión. Ratsiraka siguió siendo una de los principales actores del proceso de redacción del nuevo texto constitucional, proceso que se vio complicado por intentos de asesinar a Zafy. El referéndum para la aprobación de la Constitución, de tipo parlamentario, bicameral, con representantes electos con el método proporcional y poderes ejecutivos confiados a un

primer ministro elegido por la Asamblea Nacional, se celebró el 19 de agosto de 1992. En las elecciones presidenciales, celebradas en dos turnos, Zafy, con un 67 por ciento de los votos, prevaleció sobre Ratsiraka, ahora abanderado de los federalistas. Estallaron graves desórdenes, seguidos por choques entre las fuerzas de seguridad y los partidarios de Ratsiraka. En las elecciones para la Asamblea Nacional, 138 bancas fueron disputadas entre nada menos que 121 partidos, organizados en diferentes coaliciones, y un total de 4.000 candidatos. El primer ministro Francisque Ravony, preferido también por ser el candidato favorito de Zafy y de la comunidad de negocios, fue electo mediante alianzas entre sectores de partido. En 1997, tras un período turbulento marcado por escándalos financieros, manejos políticos y violación de los preceptos constitucionales, Ratsiraka vuelve al poder con el 59,7 por ciento de los votos, reanuda las relaciones con el Fondo Monetario Internacional (FMI) y hace aprobar un referéndum constitucional. La nueva Constitución refuerza los poderes del ejecutivo, y hace temer por un retorno a métodos autoritarios. En las elecciones de 2001 Ratsiraka, derrotado en primera vuelta por Marc Ravalomanana, intenta un golpe de mano y ante su fracaso debe partir al exilio en Francia. Ravalomanana, vencedor por segunda vez en las elecciones de diciembre de 2006, había llegado al poder prometiendo drásticas reformas en favor de la expansión de la economía, sintiéndose seguro de la confianza de la comunidad de aportantes internacionales de fondos, convencidos de su determinación de perseverar en el camino de las liberalizaciones. El notable crecimiento del PBI ha consolidado el poder del presidente, pero no parece haber contribuido gran cosa a aliviar las condiciones de los sectores sociales más débiles: los datos revelan que casi el 70 por ciento de la población malgache vive por debajo del umbral de pobreza.

LA DEMOCRACIA NEGADA EN CAMERÚN

El Camerún fue el primer país de África subsahariana que se alzó en armas. Colonia alemana, después mandato de la Sociedad de las Naciones, administrado en los 4/5 de su territorio por Francia, y en el resto por Gran Bretaña, en 1946 se convirtió en territorio bajo administración fiduciaria, tutelado por la ONU. El territorio confiado a Francia comprendía el macizo de Adamawa al norte hasta el lago Chad, los altiplanos orientales fronterizos del Congo y de Ubangui-Chari, y una región meridional donde se alzan la capital, Yaundé, y el importante puerto di Duala; allí, el río Sanaga crea una fértil cuenca agrícola. Ya durante la colonización alemana se había desarrollado en el área una buena agricultura de exportación mediante sistemas de plantación, con la formación de una próspera clase de latifundistas indígenas. Los primeros movimientos contra la dominación colonial estallaron en 1945:

impulsados por obreros ferroviarios que protestaban por los bajos salarios, estaban a la vez vinculados con la protesta contra la apropiación de tierras que había tenido lugar durante la guerra, contra el trabajo forzado en plantaciones y la emigración forzada a las regiones con economía de plantación. En 1948 se forma la Union des Populations du Cameroun (UPC), que obtiene el apoyo de los sindicatos, de las poblaciones bamileke y bassa y de considerables franjas de proletariado urbano. Los bamileke son la población más numerosa del Camerún; instalados en el fértil valle del Sanaga y en las faldas montañosas de la región occidental, representaban la mayoría entre los empresarios agrícolas que habían desarrollado en el sur las grandes plantaciones indígenas de café y bananas. La mayor parte de los basa, la población costera del departamento de Sanaga Marítimo y de la región interior vecina a la ciudad portuaria de Duala, eran preponderantemente agricultores productores de aceite de palma y maní, pero cada vez más eran también trabajadores industriales, porque fue en esa región donde se instaló la primera industria para el laboreo de la madera y la producción de aluminio. La urbanización acelerada había creado en las ciudades, y sobre todo en Duala, bolsones proletarios en condiciones de pobreza extrema. Los bassa, por otra parte, ayudados en eso por la fuerte presencia de misioneros en sus tierras, disfrutaban de un aceptable nivel de educación. Fue precisamente entre los bassa donde estalló el primer movimiento guerrillero.

La UPC y el *Kamerun United National Congress*, fundado en 1951 en la región gobernada por los ingleses, se dirigieron juntos al Consejo de Tutela de la ONU a fin de someterle sus reivindicaciones: reunificación inmediata de las dos zonas, independencia dentro de un plazo preestablecido, no integración en el sistema político-económico propuesto por Francia. Líder del movimiento era un intelectual, nacido en el Sanaga Marítimo de padres campesinos: Ruben Um Nyobé. Primero alumno en escuelas de misioneros, docente después, al recibir su título universitario se convirtió en funcionario estatal. Durante sus viajes por el país tomó contacto con la realidad de la explotación: la administración colonial cerraba acuerdos con los jefes indígenas con el objeto de deportar masas de campesinos a las zonas en las que se requería fuerza de trabajo para la construcción de vías férreas o de obras de infraestructura. Nyobé se hizo dirigente obrero en defensa de los trabajadores constreñidos por la ley, oponiéndose a los abusos de los franceses y de sus cómplices, autoridades tradicionales que no se ocupaban de proteger a sus comunidades. Después es vicepresidente del *Rassemblement Démocratique Africaine* (RDA), el mayor partido supraterritorial del África francófona, que abandonará en 1951 por oponerse a los acuerdos con Houphouët Boigny, líder de la Costa de Marfil, y con

los franceses. Al volver definitivamente a su patria, sus actividades de organizador sindical y político nacionalista lo convierten en el blanco principal de la represión francesa. En 1954 es despedido de su empleo estatal; en 1955 estallan revueltas y la UPC es puesta fuera de la ley; Um Nyobé debe pasar a la clandestinidad, sin por eso abandonar el país. Su acción política no estaba dirigida a negar o violar la legalidad colonial e internacional. Numerosas fueron sus peticiones a las Naciones Unidas, y numerosos sus informes sobre violaciones de los principios de la carta de la ONU, presentados ante las misiones de evaluación del Consejo de Tutela del Camerún. En sus intervenciones en la ONU, en 1952, 1953 y 1954, insistía en que el país debía pasar a ser un Estado independiente unificado, y proponía pasos concretos para regular la etapa de transición a la independencia. Las dilaciones de los gobiernos francés e inglés, la posición hostil de parte de la burguesía camerunesa, cuyos intereses estaban puestos sobre todo en las perspectivas de crecimiento económico que en los años Cincuenta parecían abrir las inversiones coloniales en la reconstrucción, la desconfianza de la Iglesia católica, que lo excomulgó en 1953, impidieron que la ONU tomara debida consideración de las instancias nacionales y nacionalistas que Nyobé encarnaba.

Ilegalizada la UPC, la ocasión para la extensión de la rebelión fue la celebración en 1956 de las elecciones para la creación de la Asamblea Territorial, según los lineamientos de la ley-marco Defferre. Tropas francesas y mercenarias fueron puestas a disposición del gobierno electo bajo control de Francia, con el fin de detener las acciones de guerrilla en el Sanaga Marítimo. Miles de arrestados, destierros en masa a áreas controladas, supresión de todas las libertades civiles, provocaron una fractura de la UPC. Nyobé, también él un "profeta desarmado" sobre quien había caído el silencio –como tanto otros en África, antes y después–, buscaba desde la clandestinidad un camino que le permitiera volver a la legalidad, convencido de que la independencia debía obtenerse no por medio de las armas, sino en el marco que brindaba la Carta de las Naciones Unidas; por el contrario, gran parte de la UPC se declaraba partidaria de adoptar la lucha armada. Nyobé, aunque pacifista convencido, no quiso desautorizar a su partido, porque consideraba que la unidad era un bien que era necesario preservar si se quería alcanzar la preestablecida finalidad de la liberación en un único Estado. En septiembre de 1958 fue alcanzado en uno de sus precarios refugios por mercenarios que lo asesinaron. No llevaba consigo armas, sino únicamente sus documentos y un diario personal. La lucha por las armas, ahogada en sangre, volvía cierta la profecía de Um Nyobé, que no había compartido la decisión de plantearla: la división del partido había sido una traición que influiría en favor del triunfo de los sectores

políticos que querían una independencia con continuidad de la alianza con la ex potencia colonial.

La UPC había dominado la vida política y sindical del Camerún; su ilegalización prohibición dejó espacio para la formación de partidos financiados y sostenidos por Francia, entre los que se destacaba la *Union Camerounaise*, bajo el liderazgo de quien se convertiría en el primer presidente del Camerún independiente, Ahmadou Ahidjo, hombre de la conciliación nacional que vino a significar eliminación de la oposición radical y represión de cualquier clase de disidencia, en nombre de la prioridad de colaborar en continuidad con Francia. En cuanto a las regiones camerunesas gobernadas por los británicos, el sur se pronuncia a favor de la reintegración en la República de Camerún, y el norte por la incorporación a Nigeria. Pacificado el país, en 1972 se abandona la estructura federativa y se adopta una Constitución unitaria, con un ejecutivo fuerte y una Asamblea Nacional unicameral, donde las distintas formaciones políticas vienen a coagularse en un partido único, la Union Nationale Camerounaise (UNC).

En noviembre de 1982, tras veintidós años de gobierno de Ahidjo, la presidencia pasa a manos de su delfín Paul Biya, el cual procede a concentrar el poder en el ejecutivo y logra defenestrar definitivamente al ex presidente hasta obligarlo al exilio, donde morirá en 1989. La presidencia de Biya se caracteriza por sus permanentes intentos de mantener bajo control la disidencia, y de fortalecer el consenso alrededor del jefe del Estado. Los numerosos intentos de golpe, reales o presuntos, son pretexto para drásticas eliminaciones de funcionarios y para recombinaciones de gobierno que eliminan a los dignatarios que rehúsan alinearse junto al presidente. La tradición legalista de la intelectualidad camerunesa se manifiesta con numerosas iniciativas contra el deterioro del estado de derecho, del que son testimonio también las investigaciones de Amnesty International sobre violaciones a los derechos humanos. Biya, pese a la grave crisis económica de los años Setenta, intentó por todos los medios oponerse a las medidas de ajuste estructural y a la democratización que la comunidad internacional exigía como condición para conceder préstamos, ayuda o reducciones de la deuda. Con una movida maquiavélica, Biya se niega a convocar una conferencia nacional según el ejemplo de otros países africanos francófonos –quiere demostrar así su independencia de las imposiciones de la comunidad internacional–, y en 1991 convoca a elecciones legislativas anticipadas, boicoteadas después por numerosos partidos. Con la oposición –por otra parte muy dividida– marginada y reducida al silencio, la victoria de Biya en 1992 es seguida por levantamientos populares, la proclamación del estado de emergencia en el país y centenares de muertos y encarcelados, mientras de nada sirven las protestas

y las denuncias de violaciones a los derechos humanos. El presidente resiste en el poder, mientras la revisión constitucional prometida en el lejano 1993 al presidente francés François Mitterrand se concreta en los hechos en una Constitución que no ha hecho otra cosa que reforzar los poderes de que se inviste el ejecutivo, contra cualquier concesión a iniciativas federalistas. Desde 1972, con la abolición del estatus federal, la región occidental se considera discriminada, mientras sigue siendo el centro del conflicto la ya vieja cuestión de la autonomía del Camerún meridional, la región anglófona cuya población constituye el 20 por ciento de los 16,6 millones de habitantes.

KENIA, UN ÉXITO FRÁGIL

En los años Sesenta Kenia estaba considerada uno de los sistemas más estables. Su gobernabilidad se mantuvo en equilibrio, no sin protestas y represiones, hasta que se produjo en 1978 la desaparición del padre de la patria, *Mzee* Jomo Kenyatta, quien, prisionero de los ingleses y definido "demonio mau-mau", había sido liberado como único posible reconciliador, coronado por el "Economist" como "*our man in Kenya*", nuestro agente en Kenia. El líder keniano, robustecido por una reforma constitucional que le había permitido concentrar todo el poder en la presidencia, asistido por una administración provincial competente y que acataba las órdenes del centro político, convierte a Kenia en el modelo de gobierno capitalista africano y, a pesar de las profundas heridas dejadas por lo que Caroline Elkins ha llamado "el fin brutal dell Imperio"[153], en el fiel aliado de Occidente en un África seducida a la vez por las opciones socialistas y por las luchas de liberación nacional que encuentran apoyo en el bloque soviético y en la China Popular. El partido nacionalista predominante, KANU, que en 1982 pasará a ser *de jure* el único partido, se subordina totalmente a la alianza de hierro entre el ejecutivo y la máquina burocrática. En las elecciones celebradas en ese período fue introducido el sistema de primarias abiertas, y la competencia entre aspirantes a la elección permitió al poder central y a sus extensiones provinciales celebrar elecciones con una apariencia de democracia en la elección de los candidatos, que sin embargo se hallaba orientada a controlar y manipular las alianzas étnico-políticas. La estabilidad del régimen de Kenyatta se basaba en su carisma y en una reconocida legitimidad que le permitía negociar, mientras la mantenía bajo control, por medio de la máquina de las administraciones provinciales, la profunda tensión entre la retórica del nacionalismo y la realidad de una irresuelta división y asimetría en el acceso a los re-

153 C. Elkins, *Britain's Gulag. The Brutal End of Empire in Kenya*, Jonathan Cape, London 2005.

cursos del país, complicada por un galopante incremento demográfico y por el surgimiento con cada vez mayor evidencia de una realidad social y económica de marginación y creciente empobrecimiento, frente a la evidente y desvergonzada prepotencia de los privilegiados y a su riqueza. La reconciliación nacional, tal como la interpretaba Kenyatta, ya olvidada la gesta de la lucha mau-mau, debía expresar que todos, leales y rebeldes, campesinos ricos y miserables desprovistos de tierras, se habían sacrificado combatiendo por la libertad, *uhuru*.

Los redactores del que puede considerarse el manifiesto ideológico[154] de la era Kenyatta fueron Emilio Mwai Kibaki y el carismático joven político Tom Mboya, asesinado poco después, en 1969. La estrategia de desarrollo del país debía apuntar a promover la empresa privada y a estimular las inversiones extranjeras, con el Estado como órgano de control y manejo de los flujos de capitales y de la distribución de los recursos. Según las disposiciones del Plan Swynnerton –que propiciaba la rápida evolución desde los sistemas indígenas de manejo de la tierra a un reconocimiento de la propiedad privada–, esa tierra por la que tantos habían dado su vida no sería devuelta, sino que se la redistribuiría por medio del mercado, a través de la venta de títulos de propiedad privada, con el fin de promover la formación de una clase de empresarios agrícolas modernos. Los que habían sido expulsados a las reservas, los *squatters*, tendrían que comprar la tierra según planes de nueva instalación en ella (*resettlement*), con fondos de financiamiento internacionales administrados por las diferentes instancias del poder estatal. En la realidad, esa política favoreció adrede a la clase vinculada con el aparato del poder, muchos de cuyos integrantes se convirtieron en grandes latifundistas, mientras los *squatters*, que en su rebelión habían vinculado la situación de total privación económica que sufrían con la subordinación política que los había expulsado de sus tierras ancestrales, vinieron a encontrarse mayoritariamente en la condición de ciudadanos de segunda clase, dependientes para su supervivencia de quienes en el gobierno central y en los de las provincias tenían poder de decisión sobre los planes de nueva radicación.

El primer y único desafío político a este auténtico bloque de poder, que los politólogos clasifican como el más completo y eficiente modelo de régimen burocrático-ejecutivo, fue el que se libró a propósito de la cuestión de la tierra, con la formación en 1966 de la Kenya People's Union (KPU), di Oginga Odinga y Bildad Kaggia. Mientras Kaggia representaba la voz de los kikuyu empobrecidos, en su mayoría ex detenidos de las provincias Central y del Rift, Oginga Odinga tenía

154 Government of Kenya, *African Socialism and its Application to Planning in Kenya*, Sessional Paper N° 10, 1965.

su principal base de apoyo en otra provincia, Nyanza, donde los luo se consideraban política y económicamente discriminados. El desafío de la KPU fue considerado tanto más peligroso porque ponía radicalmente en discusión la discrepancia entre la retórica del nacionalismo unitario y la traición de la promesa de distribuir de manera equitativa los recursos –tierra, educación, acceso a las inversiones– entre regiones y grupos étnicos, con la consiguiente imposibilidad de solucionar el problema de los *squatters*. Tachada de movimiento inspirado en un complot "comunista", la KPU fue marginada y, tras ser derrotada en las elecciones, puesta fuera de la ley en 1969, mientras sus dirigentes eran encarcelados. La eliminación de los rivales internos (Mboya), y el apartamiento de los nacionalistas disidentes (Odinga y Kaggia) demostraron la capacidad del bloque en el poder de apretar filas, manteniendo el control de los tribunales y de las administraciones provinciales, encargados de conducir los procesos electorales. El sucesor de Kenyatta, Daniel Arap Moi (1978-2002), un kalenjin del valle del Rift, se transformó con rapidez de gris burócrata en el conductor de una dictadura amiga del robo organizado, con amplios poderes sobre el partido KANU –declarado único en 1982 mediante enmienda constitucional–, sobre los nombramientos en el aparato administrativo y sobre la gestión de los recursos internos e internacionales. El reinado de Moi se inicia en pleno descenso de la economía al abismo del endeudamiento y el retroceso del crecimiento, una situación sin salida que lleva a aceptar, aunque a dientes apretados, planes de ajuste estructural y, bajo presión de los principales aportantes de fondos, que apoyaban las protestas de la sociedad civil, una liberalización del sistema político. Moi logró mantener el poder a través de dos sucesivos actos eleccionarios sólo formalmente democráticos, pero a un precio muy alto para la legitimidad de su presidencia y del pacto de dominación entre intereses poderosos –latifundistas, hombres de negocios, inversores extranjeros– en el que se basaba la estabilidad del sistema keniano. La apertura a elecciones con múltiples partidos hizo aumentar la competencia entre las redes de clientelas, mientras disminuían los recursos para la adjudicación de prebendas. Para contentar a los postulantes y conservar o comprar su apoyo, el régimen permitió descaradas acciones de apropiación ilegal de tierras públicas por parte de intereses privados. El caso internacionalmente mejor conocido es el del parque de Karura, la última zona de selva que quedaba al norte de la capital, Nairobi, área protegida por la legislación pero que de improviso, en 1998, comenzó a ser subdividida en propiedades privadas, con edificación de muros divisorios y tala de árboles de secular existencia. La protesta alcanzó dimensiones internacionales con la participación de organizaciones como el *National Council of Churches*, la *Law Society*, la *Architectural Association*, la *Human Rights Commission* de Kenia,

los estudiantes y la población, movilizados por el ecologista Wangari Maathai, quien recibirá después el premio Nobel por sus actividades en defensa del ambiente[155].

Desde los años Noventa aumentan de manera incontrolable la desocupación y el éxodo rural, y crece la masa de jóvenes desheredados que en los barrios bajos urbanos se convierten en fuerza de trabajo explotada en actividades precarias, clandestinas o criminales, y se encuentra envuelta en la formación de bandas, algunas de las cuales evolucionan en auténticas culturas de rebelión social y política fundamentalista. Se cree que en los barrios bajos de Nairobi, rebautizada Nairobbery (de *robbery*, robo, asalto), viven dos tercios de la población, calculada en tres millones de personas.

El movimiento Mungiki y sus despiadados asesinos, que afirman querer la restauración de un orden moral tradicional, empezó a proliferar en áreas urbanas desde que surgió como forma de organización clandestina para reaccionar ante la violencia causada por políticas de expropiación de tierras en el valle del Rift. Más tarde los Mungiki, y sus rivales de otras bandas (los Taliban con preponderancia luo, los Baghdad Boys, los Jeshi la Mzee, o "ejército de ancianos", los Jeshi la Embakasi) fueron elegidos por sectores de la élite en el poder y de la oposición para defender los intereses o llevar a cabo los actos de venganza de determinados políticos. La violencia se ha venido ejerciendo sobre todo contra las manifestaciones pacíficas de protesta de diferentes asociaciones y de grupos defensores de los derechos humanos. Muchas de esas organizaciones están integradas por grupos de ciudadanos igualmente desprovistos, pero que han optado por vías legales para mejorar la convivencia en los guetos urbanos y sus propias condiciones de vida. Como se ve, el comienzo de la instrumentalización de la criminalidad y la violencia juvenil para fines políticos tiene origen en los años Noventa, en la depravación de la democracia a la Moi. Se trata de una auténtica informalización de la política, desplegada en todo su carácter trágico a comienzos del 2008.

En 1992 los kenianos aprendieron que las elecciones con más de un partido no eran necesariamente sinónimo de democracia. Vencida una oposición dividida en facciones, Moi pudo seguir gobernando como autócrata, con actos de represión alternados con adulaciones y con la entrega de prebendas para comprar dirigentes. Así ganó, aunque por un margen estrecho, las elecciones de diciembre de 1997.

Desde 1997 la vida política de Kenia se ha visto sacudida por continuas turbulencias, causadas por la lucha por posicionarse en manera

155 Wangari Maathai, *Solo il vento mi piegherà. La mia vita, la mia lotta*, Sperling & Kupfer, Milano 2007.

ventajosa con miras a las elecciones de 2002, a las que Moi no podía presentarse en virtud de una enmienda constitucional que se había visto obligado a aceptar. Este período ha estado marcado por sensacionales escándalos financieros, por la galopante crisis económica que ha generado mayor desocupación y un deterioro general de las condiciones de subsistencia de la población –sin excluir a las clases medias– y por un recrudecimiento de los conflictos sobre la tierra en las áreas rurales, y de los problemas de vivienda en las urbanas, que inevitablemente asumen el carácter de conflictos étnicos. Precisamente en medio de esta situación de creciente miseria y sensación de injusticia, y de pérdida de legitimidad por la clase política en el poder, se instrumentaba la competencia entre todo un abanico de partidos y coaliciones permanentemente fluctuantes, construidos no sobre la base de afinidades ideológicas sino de avidez, reivindicaciones y miedos localistas y étnicos.

Pese a este oscuro panorama del fin del imperio Moi, las elecciones de 2002 fueron de gran participación. La formación de la *National Rainbow Coalition* (NARC), que parecía realizar el milagro de la colaboración interétnica, marca un cambio radical en el sentido de una genuina transición a la democracia. Casi seis millones de electores dieron una aplastante mayoría a la coalición de 15 partidos reunidos en la NARC. No es posible dejar de recordar aquí que el hecho de llamarse *rainbow*, esto es, "arco iris" era probablemente un eco de la epopeya del renacimiento del país "arco iris" por antonomasia, Sudáfrica, que en 1994 había efectuado la transición a la democracia de muchos partidos, dentro del respeto por todos los "colores" del país. La KANU, partido único durante más de cuarenta años, que con Moi había logrado también ganar dos elecciones de dudosa democracia y que ahora era conducido por el heredero del padre de la patria, Uhuru Kenyatta, obtuvo apenas el 31 por ciento de los votos.

La coalición vencedora se había nutrido del compromiso de organizaciones de la sociedad civil y de derechos humanos, y a ella se alinearon también los intereses de muchos *big men*. En definitiva, adhirieron a la coalición distritos electorales étnicamente distintos. Al parecer, todos estaban unidos en querer reformas constitucionales y de las instituciones que fueran aptas para dar certidumbre jurídica y sustancia a la promesa democrática, por medio de políticas de descentralización, medidas que prometían la inclusión de regiones rurales empobrecidas y soluciones al inmenso problema de la marginación social[156]. Al abrir espacios políticos de reivindicación, la democracia permitía que se revelara y divulgara la corrupción en las decisiones previas y posteriores

156 David M. Anderson, *Briefing: Kenya's Elections 2002 — the Dawning of a New Era?* en "African Affairs", 102, 407, 2003, pp. 331-42.

a la distribución de los recursos: los medios de comunicación denunciaron varios sensacionales casos de apropiación ilegal de tierras, que fueron objeto de interpelaciones parlamentarias y de investigación judicial. Pero el fracaso del intento de reforma constitucional, objeto de tan largas y desgastantes tratativas, puso fin a este clima de colaboración y dio el golpe de gracia a la Coalición del Arco Iris, y a todas las ilusiones que había despertado. La versión de reforma admitida por el presidente y sancionada por el Parlamento no se orientaba en el sentido esperado y que había sido prometido. Por el contrario, parecía reforzar el poder del ejecutivo, y no contemplaba ninguna radical reforma de los gobiernos provinciales. Vencido en el referéndum constitucional de 2005 por una alianza de ex partidarios entonces en la oposición, el gobierno deslegitimado se encuentra privado de la mayoría.

El fracaso de la NARC demuestra que, como dice Ngugi Wa Thiong'o[157], estaba compuesta por "partidos de papel", interesados sobre todo en ocupar sillones de gobierno para poder consolidar sus redes de clientela. Eran partidos sin consistencia ideológica, incapaces de elaborar y defender unidos ninguna estrategia de reforma, divididos por una rivalidad que no desdeñaban ningún recurso cuando se trataba de obtener un lugar privilegiado en la alianza entre burocracia y poder ejecutivo, la misma que viene dominando el país desde su independencia. En esta situación, no puede sorprender que Kibaki, cuestionado y abandonado por sus aliados, privado de un partido y, por consiguiente, de una base política autónoma que lo respalde, haya elegido jugar sus cartas en el sentido de llevar a cabo una mayor concentración en el ejecutivo del poder del Estado. Para lograr ese propósito debió aliarse de manera cada vez más estrecha con los *big men* de su tierra de origen, la provincia Central, corazón del poder kikuyu. Para alcanzar un consenso étnico compacto, Kibaki promovió hábilmente una reconciliación de la memoria kikuyu, haciendo lo que ningún gobierno anterior se había atrevido a hacer. Los mau-mau han sido declarados una organización legal, y en el centro de Nairobi ha sido erigida la estatua en bronce de Dedan Kimathi, considerado héroe y mártir de la lucha contra el colonialismo británico, ahorcado por orden de un tribunal militar colonial. La estatua recuerda y celebra la historia del sacrificio fundador de la nación, de los aproximadamente 1.200 ajusticiados –muchos de ellos en procesos sin pruebas, realizados bajo las draconianas leyes británicas de emergencia–, y de los civiles (casi todos mujeres y niños) que en número superior a un millón fueron internados en campos de concentración en los años Cincuenta. La revaloración de la memoria

157 Ngugi Wa Thiong'o, "The Choices Before Us: Reflections on Mwai Kibaki and the 2007 Kenya General Elections", http://www.pambazuka.org/en/category/features/45051.

mau-mau ha sido recibida por los adversarios políticos como una movida instrumental y populista, dirigida a remachar la superioridad de las credenciales nacionalistas de los kikuyu, con exclusión de todos los demás grupos étnicos. Kibaki ha logrado exacerbar las críticas y protestas contra el evidente "patrimonialismo" y corrupción de su gobierno al acusar a sus adversarios, excluidos del banquete del reparto, de no tener escrúpulo alguno en exasperar la paranoia de sus respectivas bases electorales. Así, la disgregación de las facciones políticas fue seguida, al amparo de los resultados electorales de diciembre de 2007, por la alianza entre Kibaki y Uhuru Kenyatta en contra de los descontentos del *Orange Democratic Movement* (ODM), guiados por Raila Odinga. El ODM se presentaba como un movimiento de rebelión popular contra la injusticia, la corrupción y el patrimonialismo, pero sus líderes no han vacilado en jugar la carta del resentimiento de distintos grupos y comunidades –principalmente los luo de la provincia de Nyanza– contra el imperialismo kikuyu, ni se han abstenido de incentivar a las bandas que dominan los barrios bajos urbanos. En conclusión, tanto Kibaki como Odinga, los dos cosmopolitas, dueños de varios títulos universitarios y millonarios en dinero, han empleado argumentos étnico-nacionalistas y alimentado así peligrosamente, en una situación social que ya de por sí era explosiva, la convicción de que la pobreza y la exclusión crecientes están determinadas sobre todo por el origen étnico de cada uno. "El que está en el poder se come todo" es una muy sugerente metáfora en la que se transparenta la convicción popular, por lo demás, común a toda África, de que no es posible compartir el poder. Como viejo zorro de la política, *Mwai* Kibaki, al apresurarse a hacerse proclamar presidente exacerbó, por el momento elegido para hacerlo, las acusaciones de fraude electoral, y puso en claro que no tenía ninguna intención de ceder a los reclamos de la oposición. Ha venido recalcando tal propósito ante todo tipo de misiones en visita diplomática. Así han desfilado la misión de la Unión Africana, conducida por el presidente *pro tempore* de esa institución, el ghanés John Kufour, e integrada por cuatro ex jefes de Estado africanos; la misión compuesta por plenipotenciarios de Estados Unidos y del Reino Unido; la del eminente prelado sudafricano y premio Nobel, Desmond Tutu.

En África no hay elección con participación de muchos partidos que no haya sido acusada de fraude, y ningún líder africano tiene interés en legitimar protestas que puedan poner en duda la corrección institucional de un colega. En tiempos de la guerra fría, Occidente consideraba a Kenia un ejemplo de estabilidad, un modelo de desarrollo capitalista. En los años Noventa apoyó los pedidos de democratización formulados por una sociedad civil que se mostraba activísima; también saludó favorablemente las elecciones de 2002, que han permitido la al-

ternancia del poder. Ahora, ante el golpe de mano de Kibaki Occidente se calza guantes de terciopelo, y pese a la evidencia de la dura represión no parece tener intención alguna de cargar la mano. Al fin y al cabo, Kenia es un aliado fiel, y el país clave de la estrategia diplomática y de control de la región. No olvidemos que con los atentados de 1998 a la embajada norteamericana en Nairobi y a la de Dar es Salaam, en Tanzania, el terrorismo islámico cumplió el ensayo general para los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York y Washington; y no olvidemos tampoco que Kenia tiene una frontera caliente con Somalia y Etiopía, que ha apoyado la intervención etíope en Somalia y que su contribución para el control de infiltraciones terroristas en la región resulta fundamental. Tanto Uganda como Ruanda y Burundi, y también la región congolesa de Kivu, sin acceso directo al mar, dependen del sistema carretero y de transporte keniano a través del puerto de Mombasa. Nairobi es la base de numerosas agencias de las Naciones Unidas y de organizaciones no gubernamentales, y de allí parten las operaciones humanitarias y de paz que intervienen luego en Sudán, Somalia, Uganda y el Congo. Junto con el turismo, la cooperación internacional es uno de los principales sectores de captación de preciosas divisas extranjeras. La burocracia administrativa está haciendo atractivos negocios con las inversiones provenientes de China, mientras que hoy gran parte de las transacciones financieras se desarrollan a través de Dubai. Kibaki sabe que tiene de su parte el control que ejercen la policía y un ejército compacto, crecido en la exigente y dura tradición británica colonial y que sólo una vez y por breve tiempo, en 1982, se vio tentado a dar un golpe de estado. Ese ejército posee una larga experiencia de represión, y tras los choques poselectorales no ha vacilado en disparar a una multitud de manifestantes armados sólo de piedras y de eslóganes. Los muertos en estos enfrentamientos, y en general a causa de la represión militar, son muchos más que los que los medios de comunicación han podido contar.

Desde el punto de vista del recambio en el Parlamento, la democracia electoral ha funcionado. La mayoría de los parlamentarios electos son hombres y mujeres nuevos. No han logrado la reelección numerosos y potentísimos dinosaurios de todos los regímenes ni sus respectivos delfines, entre los que hay que incluir a los tres hijos de Arap Moi. No si comprende cómo podrá gobernar Kibaki, si no es confiando en sus inmensos poderes presidenciales, si se tiene en cuenta que su agrupación, el *Party of National Union* (PNU), obtuvo apenas 37 bancas en el Parlamento. El partido de Odinga, la ODM, cuena con cien bancas, y el resto se distribuye entre el Orange Democratic Movement-Kenya (ODM-K) del tercer candidato presidencial, Kalonzo Musyoka, y otras formaciones menores. Kibaki obtuvo el 97 por ciento de los votos en

la provincia Central, y Odinga alcanzó una abrumadora mayoría en Nyanza. Resulta obvio, de cualquier manera, que ni Kibaki ni Odinga, el representante kikuyu y el luo, hubieran podido vencer con el voto meramente "étnico".

CONGO, ZAIRE. CONGO: EL PAÍS MÁRTIR

La independencia más traumática fue la del Congo Belga, que también reveló cuál era la postura en juego, en esos momentos del fin del sistema colonial en África. Por otra parte el Congo era, después de Sudáfrica, el país más rico en recursos: situado estratégicamente en el corazón del África, su inmenso territorio conecta el África occidental con la central y la austral. La naturaleza del régimen que allí se instalara ejercería enorme influencia sobre una serie de países de la región, empezando por el Congo Francés (hoy Congo-Brazzaville), país en el que cierto ex abad que había colgado los hábitos, Youlou, por completo alineado con los intereses franceses, había instaurado un régimen autocrático. Del mismo modo, las decisiones políticas y las tomas de posición del coloso del África central condicionarían la descolonización de Ruanda, Burundi y Zambia, e influirían más tarde sobre la cuestión de la independencia de Angola. Existió el propósito de dar largas a la independencia, llevado a cabo en el Copperbelt por la Anglo-American y la Roan Selection Trust, financiadoras de grupos políticos que eran favorables a dejar el poder en manos de la minoría blanca, mediante la integración de una Federación centroafricana. En fin, el caso de las colonias portuguesas del África austral, Angola y Mozambique, demuestra que la negativa a incluirlas en el proceso de descolonización se debía a la dependencia en que se encontraba Portugal del algodón mozambiqueño, o del café y los diamantes angoleños, pero también al hecho de que Portugal, miembro de la OTAN, ocupaba una posición estratégica cerca del ingreso en el Mediterráneo y en el Atlántico, donde era dueño de las Azores. Además, sus colonias eran bastiones de defensa del sistema sudafricano de apartheid. El sistema colonial belga en el Congo, autocrático y paternalista, había seguido en la posguerra una política de pocas y tímidas reformas, consistentes en ciertas modalidades de coejercicio del poder con los africanos urbanizados, en los niveles más bajos de la administración; sólo en 1957, tras el estallido de desórdenes en Léopoldville (hoy Kinshasa), a consecuencia de una gravísima recesión, se empezó a considerar la posibilidad de la independencia.

El Congo era un país vastísimo y poblado por diferentes etnias, muy descentralizado, con sistemas económicos regionales bastante específicos, algunos de los cuales contaban entre los más ricos del continente, mientras que otros se caracterizaban por el deterioro y por la emigración masiva hacia las áreas de producción minera y agrícola y

hacia las ciudades; un país desprovisto de cuadros, porque la administración belga había permitido una muy limitada educación elemental, y escasísima movilidad social.

Desde 1950 existía un partido, la *Association des bakongo pour le maintien de l'unité et l'expansion et la défense de la langue kikongo* (desde 1959 *Alliance des Bakongo*, ABAKO), originariamente una asociación cultural de la población bakongo, guiada por Joseph Kasavubu y que, además de entre los bakongo, era fuerte en la capital. En 1958 hubo en todas las provincias agitación en favor de la independencia, incluso como consecuencia de lo que estaba sucediendo en el vecino Congo-Brazzaville, que se aproximaba a la plena autonomía, si bien en el marco de la Comunidad francesa. Precisamente en 1958, un empleado de Stanleyville, Patrice Lumumba, funda el *Mouvement National Congolais* (MNC), que desde un principio se declara partido nacional, opuesto a tribalismos y separatismos considerados funcionales al mantenimiento del imperio colonial y que, por otra parte, se conecta con partidos progresistas de otros países de África, en especial el más militante en sentido anticolonial, el *Convention People's Party* de Ghana. Al participar, el mismo año en que funda el MNC, de la conferencia panafricana que se celebra en Accra, capital de Ghana –el primer país africano en obtener su independencia–, Lumumba hace que el movimiento nacionalista salga del aislamiento determinado por la política colonial, y lo vincula con el gran movimiento de emancipación que sacudía a toda África.

La independencia se negoció entre el gobierno belga y una conjunción de los partidos más importantes, el llamado ABAKO-cartel, que tuvo vida efímera. La ley básica de supervisión del proceso de independencia preveía un sistema estatual con un gobierno central y seis gobiernos provinciales: una estructura que el ABAKO quería interpretar como federal, mientras que para el MNC era una estructura unitaria definida por la absoluta supremacía de los órganos centrales. Desde 1959 habían empezado a formarse otros partidos, todos ellos de base regional y tribal: la *Confédération des Associations du Katanga* (CONAKAT), de Moise Tshombe, con base lunda y que obtuvo la mayoría en las elecciones generales de la provincia de Katanga; la *Association des Baluba du Nord-Katanga* (BALUBAKAT), con base luba; el *Parti de l'Unité Nationale* (PUNA), que prevalecía en la provincia de Ecuador.

En las elecciones de 1960 el MNC obtuvo votos en todas las provincias, y ganó el mayor número de bancas para la Cámara de Diputados y el Senado. El gobierno belga designó a Kasavubu para formar el primer gobierno; sólo cuando éste no logró constituir una mayoría se decidieron los belgas a nombrar jefe de gobierno a Lumumba.

Jean-Claude Willame[158] ha definido a Lumumba "profeta desarmado". En su favor tenía un gran carisma, su ideología de redención de la subordinación colonial y el apoyo de los más pobres entre los desheredados. Frente a él se alzaba una formidable coalición de fuerzas y de intereses, guiada por el gran capital y bendecida por la jerarquía eclesial. El país estaba dividido, y el sectarismo prevalecía dentro mismo del partido del premier. Lumumba era ante todo un nacionalista que ponía el acento en la necesidad de unidad del Estado-nación, como indispensable precondición para liberarse del colonialismo. "Liberación" era mucho más que el fin del dominio colonial formal: debía significar abandono de la cultura de la subalternidad y del sentimiento de inferioridad que el colonialismo había producido, y adopción de una actitud que apuntara a horizontes más amplios, a abrirse al panafricanismo. En cambio, no implicaba una actitud de exclusividad racial o racista sino, al contrario, buena predisposición para la colaboración con belgas y europeos que estuvieran dispuestos a respetar a su pueblo.

Kasavubu presidente de la República, Lumumba primer ministro: el frágil entendimiento entre sus respectivos partidos duró muy poco. Lo que terminó con él fue el amotinamiento de la Force Publique Congolaise contra sus oficiales belgas. El éxodo de europeos, la intervención de la ONU, el derrumbe de la autoridad central asediada por todas partes, y por último, en julio de 1960, la secesión de la rica provincia de Katanga eran hechos que en parte resultaban previsibles, en vista de la absoluta fragilidad del Estado y de las instituciones independientes, rehenes de los intereses económicos belgas. Además, formaban parte de una estrategia de marginación y posterior eliminación del único movimiento nacionalista y de su líder, Lumumba, de quien se temía el carisma y, sobre todo, sus conexiones con los ámbitos progresistas africanos e internacionales. El complot contra Lumumba sacó provecho de las debilidades del contexto estatual, de las muy profundas divisiones internas, del sectarismo del propio movimiento nacionalista, y en gran medida fue guiado por fuerzas externas interesadas en instalar a un líder moderado en el poder.

En julio de 1960 llegaron los cascos azules de la ONUC (Operación de las Naciones Unidas para el Congo). En agosto Kalonji proclama la independencia de Kasai meridional, y se forma una federación de las secesionistas Katanga y Kasai; el coronel Mobutu instaura un directorio militar que reemplaza a los órganos del poder ya en derrota, la provincia Oriental se declara fiel al gobierno Lumumba, y Gizenga forma un gobierno lumumbista en Stanleyville que será reconocido por quince Estados. Lumumba, que había pedido protec-

158 J. C. Willame, Lumumba. *La crise congolaise revisitée*, Karthala, Paris 1990.

ción a soldados ghaneses del contingente de la ONU, fue sin embargo arrestado a principios de diciembre de 1960, y trasladado a Katanga por orden de Mobutu. Lo asesinaron el 17 de enero de 1961, probablemente por orden del ministro del Interior katangués, ayudado por mercenarios belgas. Cómplices del asesinato del primer jefe de gobierno democráticamente electo del Congo fueron la ineptitud de la ONU, los servicios secretos de todos los países implicados, Kasavubu y Tshombe, que conocían bien la suerte que le estaba reservada; y sobre todo quien más adelante se apoderará del país y después de más de treinta años de despotismo patrimonialista lo encaminará a la ruina: Joseph Desiré Mobutu.

Asesinado Lumumba se produjo la sublevación de Gizenga, que creó el Estado independiente de Kisangani (Stanleyville). Vino luego la efímera reintegración de Katanga al Estado congolés con intervención de los cascos azules de la ONU, a fines de 1961, y a continuación la reanudación de la guerra en Katanga, que duró hasta el 14 de diciembre de 1963, cuando las fuerzas de la ONU pusieron fin a la secesión apoderándose de Elisabethville (Lumumbashi). A partir de esa fecha, la rebelión que se remitía al símbolo lumumbista se transformó en lucha dirigida por un Comité de Liberación Nacional, dividido entre los "mulelistas", seguidores de un líder marxista, Mulele, y los nacionalistas activos en las provincias orientales. Esta rebelión ha sido definida por los historiadores la más grande jacquerie del siglo[159], por su conexión con revueltas en las áreas rurales, que duraron entre 1962 y 1964. Kisangani fue tomada por fuerzas belgas, británicas y norteamericanas el 4 de agosto de 1964, en una acción que provocó críticas hasta de los países africanos más decididamente alineados con las ex potencias coloniales. La evolución de la situación culminó el 24 de noviembre de 1965 con el golpe de estado del general Mobutu, quien puso fin a la guerra civil y asumió los plenos poderes.

Con la secesión de Katanga en julio de 1960, la descolonización de África entra de lleno en la dinámica de los alineamientos de la guerra fría: la crisis del Congo se situó así entre la guerra de Corea, el conflicto por la nacionalización del canal de Suez, la construcción del muro de Berlín, la guerra de liberación de Argelia, Vietnam y la crisis de los misiles en Cuba. El choque contra el colonialismo se coloreaba cada vez más de tonos antiimperialistas.

La Constitución y la legalidad institucional en el Congo fueron violadas por una alianza de fuerzas internas y externas que no podían permitir que el gobierno estuviera en manos de un líder, Patrice Lu-

159 Por analogía con la rebelión campesina de 1358 en el norte de Francia, llamada justamente "la *jacquerie*" *[T.]*.

mumba, y un partido, el MNC, abiertamente críticos del colonialismo y de la hegemonía económica belga. Pero con la secesión de Katanga el África, no ya solamente el Congo, entraba de pleno en la guerra fría, y pasaba a convertirse en rehén de esa situación. Las grandes empresas mineras, y en particular la Union Minière, apoyaron la secesión. A pedido del gobierno legítimo intervinieron las Naciones Unidas, pero ejerciendo una ambigua neutralidad que terminó por favorecer la destrucción de la legitimidad constitucional, y por entregar el país a un jefe militar, Mobutu, quien se presentaba como el garante de la preservación de los intereses occidentales.

En 1977 y 1978 se libraron dos devastadoras guerras en la provincia de Shaba, la antigua Katanga. Se las resolvió con la asistencia de tropas francesas y marroquíes, a las que reemplazó después una fuerza panafricana de paz que permaneció un año en la región. La revisión constitucional de 1977 consagraba la reelección indefinida de Mobutu, que desde entonces ha venido gobernando, asistido por su bureau político, mediante decisiones ejecutivas que eran obligatorias tanto para el gobierno como para el poder legislativo. Las numerosas enmiendas constitucionales y la reestructuración del partido único, fuente del poder autoritario y patrimonialista, no han hecho otra cosa que reforzar el control personal del presidente sobre todas las provincias, y sobre el personal político y administrativo.

El régimen, aunque desacreditado, resistió al derrumbe de todas las estructuras económicas y financieras, y a la destrucción de todas las estructuras institucionales. Pero también Mobutu debió sufrir, con el fin de la guerra fría en 1989-90, más intensas presiones de sus protectores occidentales para que se resolviera a formular reformas políticas. Los Estados Unidos anunciaron en 1990 su decisión de poner fín a cualquier tipo de ayuda militar y económica al Zaire. El motivo era que, resuelta ya la cuestión de la independencia de Namibia, y habiéndose verificado también el retiro de las tropas cubanas de Angola, no había razones que justificaran tan masiva ayuda, sobre todo ante las repetidas denuncias de graves abusos contra los derechos humanos por parte del régimen zaireño, y ante la apropiación por Mobutu y los suyos de fondos que debían ser destinados a la asistencia humanitaria. El sectarismo de la política zaireña, hábilmente manipulado por Mobutu, con líderes comprometidos también en gran medida en el sistema burocrático amigo del robo organizado, no logra generar alternativas potentes y, por consiguiente, creíbles, ni siquiera cuando, con el fin de la guerra fría, la denuncia del mal zairois por la influyente iglesia católica y el pedido de reformas profundas son formulados por las mismas potencias occidentales, y en primer lugar por los propios Estados Unidos, por Francia y por la ex potencia colonial, que tanto habían tenido que ver con la

toma del poder y con su manejo. La decisión de abandonar el partido único, y la formación por la oposición de un frente unido en 1990, fueron seguidas por la convocatoria a una Conferencia Nacional soberana, en la que participaron más de sesenta partidos y cuyos trabajos se desarrollaron en un clima de anarquía y represión. De esa conferencia resultó toda una sucesión de gobiernos de transición, sobre cuya formación y caída Mobutu dispone abiertamente, entre otras cosas a causa del choque entre distintas formaciones partidarias y agrupaciones de partidos, en los que se reproduce la fragmentación del país y la de su clase dirigente. Entre 1992 y comienzos de 1993 una serie de hechos, como la supresión de la Conferencia, la remoción de Etienne Tsisekedi, el primer ministro designado por los miembros de la Conferencia, la rebelión que se extiende a diferentes partes del país, el amotinamiento del ejército en Kishangani, en Shaba (la antigua Katanga), Goma y Kolwezi, y la protesta masiva expresada en la jornada de cesación general de actividades *("ville morte")* convencieron a Bélgica, Estados Unidos y Francia de que era necesario pedir a Mobutu que devolviera sus poderes al gobierno legítimo. Pero eso no bastó para poner fin a las diferentes maniobras que contribuyen a mantener a Mobutu en el poder. Y estas cosas pasaban a pesar de que el país estaba ya hundido en el caos, con una inflación que en 1993 fue del 4.300 por ciento, el bloqueo total de importaciones, el cierre de algunas de las más importantes minas de cobre y de cobalto, que precipitó en Katanga/Shaba una trágica espiral de anarquía social. La crisis económica y la anarquía social y política son terreno fértil para el estallido de rebeliones y de conflictos por la tierra, por el acceso al aprovechamiento de los recursos, y por el problema de los derechos de ciudadanía, que por ejemplo algunos quieren ejercer contra los descendientes de inmigrantes de otras regiones, llegados en distintas épocas a Shaba y Kivu, dos regiones de antigua inmigración de fuerza de trabajo.

Ya en los años Sesenta la crisis congoleña había contribuido a la división del África en dos campos: la Ghana de Nkrumah y el Egipto de Nasser eran los cabecillas de los progresistas, reunidos en el grupo de Casablanca y decididos a apoyar la independencia del Congo bajo el mando de su primer ministro electo. En tanto, Nigeria, Liberia y Congo-Brazzaville, reunidos a su vez en el grupo de Monrovia, se mostraban favorables a un compromiso neocolonial. Esa división tuvo fundamental influencia sobre la fundación de la OUA en Adis Abeba en mayo de 1963, como resultado de un compromiso, en una África que no solamente estaba fragmentada en distintos Estados sino que además se dividía esencialmente en dos campos, entre los cuales fue mediador y árbitro el emperador de Etiopía, Haile Selassie. El compromiso fue alcanzado con la resolución del Cairo de 1964, que adoptaba el principio

rector de la recíproca abstención de intervenir en los asuntos internos de los otros estados, y el del mantenimiento a ultranza de las fronteras heredadas de los Estados coloniales.

En los años Setenta, la cuestión congoleña demostró que el valor de la apuesta en torno a las independencias africanas dependía de la importancia económica y geopolítica de cada país y región. El gobierno de Lumumba no había preconizado la expulsión de la Union Minière; sólo pretendía poner bajo control sus operaciones, en beneficio de una redistribución más equitativa de las ganancias, que permitiera al Estado financiar proyectos de desarrollo económico y social. La implicación de la Union Minière en la secesión de Katanga, y en el sucesivo reordenamiento del país bajo el general Mobutu, apuntaba a alejar el espantajo de una independencia guiada por el nacionalismo lumumbista, declarado seguidor de ideologías de emancipación social. Apoyaba en cambio abiertamente la devolución del poder a un régimen y a clases dirigentes dependientes, aliadas en la preservación del mismo modelo e iguales métodos de aprovechamiento económico de los recursos mineros y las transacciones comerciales que los que estaban en uso ya en la época colonial. Mobutu recibe financiación y se convierte en instrumento de un poder económico que seguirá estando dominado por monopolios mineros y empresariales coloniales, que le garantizan un reparto de los despojos que resulte de provecho para la consolidación de las clases dirigentes, y de las clientelas con él vinculadas.

La finalización de la guerra fría agota la utilidad de Mobutu, que de todos modos sigue maniobrando para permanecer en el poder, hasta que lo arroje de él una rebelión que se organiza en el contexto profundamente conflictivo de la región de Kivu, en el que confluirán el surgimiento de jacqueries campesinas por el control de las tierras, la instrumentalización de las leyes sobre el derecho a la ciudadanía y las rivalidades políticas desatadas por la apertura, así sea controvertida, al multipartidismo, en distintas representaciones que tienden a legitimarse partiendo de bases étnicas. Todos estos fenómenos vendrán a chocar de manera explosiva con las consecuencias del genocidio en Ruanda. En 1994, el genocidio de Ruanda no solamente provocó un millón de muertos, identificados preponderantemente con la población de origen tutsi, sino que llevó grandes masas de refugiados a los campos de recolección de refugiados en las fronteras ruandesas. El nuevo poder instalado en Kigali es emanación del Frente Patriótico Ruandés (FPR/RPF), que había llegado a la capital en armas amenazado por la presencia de refugiados de los países limítrofes (algunos de los cuales habían estado dentro del proyecto genocida del poder hutu), de miembros del ejército derrotado del régimen y de milicianos llamados Interahamwe. Tanto las acciones terroristas cumplidas sobre el interior de Ruanda desde las

bases de Kivu como las vejaciones contra las poblaciones de la región contribuyen a hacer irreversible una situación de anarquía. Esas vejaciones son ejercidas en especial contra quienes sean identificados como étnicamente tutsi, banyarwanda o banyamulenge, instalados en Kivu desde siglos atrás, o a causa de los hechos de desplazamiento de fuerza de trabajo desde los superpoblados altiplanos de las Mil Colinas, en Ruanda y Burundi, o bien refugiados de épocas más recientes, venidos para escapar de los periódicos pogromos. Y esa situación de anarquía, en cuyo marco se inscribe el accionar de verdaderos empresarios de la guerra y la desestabilización, revela sobre todo el colapso y la disolución de aquello que quedaba del Estado congoleño. El genocidio de Ruanda no fue la causa de la rebelión que logrará expulsar a Mobutu, pero sin duda fue la circunstancia que cambió el equilibrio de poderes regional y permitió la alianza de Ruanda con Uganda –que abrigaba motivos de resentimiento contra Mobutu, estimulador de las disidencias armadas contra el gobierno de Museveni– y con Angola, dirigida a impedir el reaprovisionamiento de armas a la União Nacional para a Independência Total de Angola (UNITA).

La rebelión que, partiendo de Kivu y guiada por los diferentes grupos que integran la Alliance des Forces Démocratiques pour la Libération du Congo (AFDL) –todos con antecedentes de resistencia y disidencia respecto del régimen mobutista– es apoyada por Ruanda, Uganda, Zimbabue y Angola. Será definida "la primera guerra interafricana". A consecuencia de ella, Mobutu se ve obligado al exilio, el 17 de mayo de 1997, y el poder es asumido por Laurent Désiré Kabila. El régimen de Kabila no muestra intención alguna de poner en marcha una política de recuperación del país, dentro del marco de una transición a la democracia y en conformidad con las resoluciones violadas de la Conferencia Nacional soberana. Apenas 14 meses después del ascenso al poder de Kabila estallaba, una vez más en Kivu, una segunda rebelión. En ella, una serie de fuerzas que se autodefinían "patriotas" y "democráticas" y en su mayor parte provenían de las filas de la AFDL, se proponían poner fin a lo que consideraban la continuación de la dictadura.

La rebelión es sostenida por la Ruanda de Kagame, alineada ya contra Kabila, al que acusa de fomentar la guerrilla y las acciones terroristas de milicias de la dispersada fuerza militar hutu refugiada en Kivu, y también por Uganda, que a su vez sopecha que como en la era de Mobutu es el apoyo congoleño el que vuelve difícil la erradicación de la disidencia armada. En esta segunda rebelión de agosto de 1998 Angola opta por integrarse al campo de Kabila, por razones relacionadas con el interés nacional del gobierno, orientadas contra la UNITA de Savimbi, que se valía del Congo como de un área logística y una vía de tránsito

hacia el mercado internacional de diamantes angoleños, principal recurso financiero de la disidencia armada. En efecto, Angola controla la región diamantífera de Mbuji-Mai, y los yacimientos offshore de petróleo de las cercanías de Cabinda.

El petróleo es asimismo la causa de la intervención del régimen de Sassou Nguesso, del Congo-Brazzaville, en la guerra de la República Democrática del Congo. El apoyo militar de Zimbabue a Laurent Désiré Kabila revela cuál es el verdadero peso, en el régimen de Mugabe, del fortalecimiento de la casta militar que a partir de Kabila ha obtenido acceso preferencial a las minas de cobalto de Katanga. De manera directa o indirecta, mediante ayuda de distintos tipos o a través de intervenciones diplomáticas formales e informales, muchos otros actores regionales –Sudán, Libia, Kenia, Tanzania– se ven envueltos en la guerra; y las posiciones adoptadas por las cancillerías de países occidentales, en especial Estados Unidos y Francia, no han sido ajenas a la dinámica y la evolución de los acontecimientos.

La Sudáfrica post-apartheid, ahora la principal potencia regional, asume una posición neutral e insta a las partes en conflicto a encontrar el camino del diálogo. La fractura entre los que propician la guerra como medio de defensa de la legitimidad del gobierno de Kabila y los que apoyan el diálogo hace que sea problemático sostener en ámbito africano e internacional que la segunda rebelión puede ser despachada como simple agresión de potencias extranjeras, vale decir de Ruanda y Uganda, con fines expansionistas o de depredación del rico territorio congoleño. Y por más que las razones de la intervención de Ruanda y Uganda fueran ante todo de defensa de sus respectivos intereses nacionales, y en un segundo momento dieran cabida a fuerzas económicas y sociales con ambiguos intereses en transacciones mineras, era evidente que la causa principal de la segunda rebelión había sido la desilusión con el régimen de Kabila, responsable de paralizar las instituciones congoleñas, relegar la democratización al campo retórico y acelerar, más que resolver, las desventuras en materia económica y social de un país cuya población era cada vez más pobre, a la vez que continuaba con la expoliación de los fondos públicos y, en medio de creciente inseguridad, ratificaba la aplicación de métodos de control represivos e ilícitos. Pero la rebelión, integrada por fuerzas heterogéneas que pronto se dividirían en diferentes facciones, ponía sobre el tapete el histórico problema de fondo, nunca resuelto, del Congo-Zaire: la cuestión política y de la reconstrucción democrática. Dicho problema siguió siendo actual después de enero de 2001 cuando, cuarenta años después de Lumumba, también Kabila fue eliminado. Lo sucedió su hijo Joseph, favorecido por una amplia operación internacional de legitimación que

patrocinó la consolidación del nuevo mandatario en la presidencia del país, a través de elecciones que sólo formalmente fueron democráticas.

La situación en Kivu, a pesar de los diferentes tratados de paz, siguió siendo sumamente conflictiva al proliferar los grupos armados, todos ellos con planes propios de consolidación del control que ejercían en áreas dotadas de riquezas económicas. Esos grupos interactúan de manera crítica sobre la exigencia prioritaria de mantener el control y preservar la expansión de países de la región como Ruanda y Uganda, cuyo ordenamiento político representa para ellos, por más que se lo cuestione en el ámbito interno y en el internacional, una etapa de relativa estabilidad que permite proyectar reformas. Algunas de esas reformas pueden no ser del todo democráticas, pero constituyen un punto de equilibrio entre diferentes instancias, que sólo ha podido ser alcanzado después de acontecimientos trágicos, como el genocidio ruandés o la fracasada solución militar –y su problemática negociación diplomática– a la tragedia del norte de Uganda, desde hace décadas rehén de la feroz oposición del Lord Resistance Army.

El compromiso directo e indirecto de los países de la región en el conflicto de Kivu, en apoyo de una o de otra facción, contribuye a la complejidad de la situación, debido incluso a la presencia en la región de notables riquezas mineras (oro y coltán[160], del que Kivu es uno de los principales productores). La guerra ha hecho que la competencia por los recursos sea aun menos escrupulosa, no sólo entre los Estados sino también y sobre todo entre redes empresarias que oscilan entre lo formal y lo informal, implicadas en la perpetración de acciones que pueden favorecer guerras e inestabilidad, aunque a la vez tienden a institucionalizarse.

Por otra parte, la cuestión de la tierra sigue siendo fuente de problemas: hay una superposición de regímenes de propiedad, posesión y control formal e informal, que induce una competencia desaforada. De la resolución del problema de la tierra depende solucionar cuestiones de legitimidad de la ciudadanía, en una región de frontera que desde hace siglos se caracteriza por continuas migraciones y diásporas, y en la que la suma de conflictos, y su perpetuación, hace que se enfrenten intereses contrapuestos, difíciles de negociar si no existe algún grado de estabilización estatual. En esta región, antes rica en producciones agrícolas, décadas de guerra han contribuido al deterioro de la agricultura y al empobrecimiento de la población, con consecuencias devastadoras para los grupos más vulnerables: mujeres, niños, jóvenes sin perspectivas y campesinos que practican agricultura de subsistencia.

---

160 (De *columbita-tantalio*) mezcla de minerales de hierro, manganeso y otras sustancias, procesada para extraer tantalio, un metal raro *[T.]*.

GHANA, LA PATRIA AFRICANA

El resultado de la política inglesa de tutela de las autoridades tradicionales y de las clases dirigentes modernas, aliadas con ellas, fue dispar. No tuvo éxito en Ghana, donde el partido de los plantadores indígenas aliado con la alta burguesía urbana, la United Gold Coast Convention (UGCC), y los partidos separatistas del Asante y del norte fueron vencidos por el nacionalista Convention People's Party (CPP) de Nkrumah, el partido de los hombres nuevos, de los commoners, de los jóvenes, cuya inspiración ideológica provenía del panafricanismo de Du Bois, Padmore, Garvey, cuyas tácticas de resistencia pasiva se remitían a Gandhi y cuya organización estaba inspirada en la del partido-máquina electoral, al estilo norteamericano. Nkrumah y el CPP, aunque afirmados en posturas de crítica radical a los modos y los tiempos de las reformas, optaron por colaborar para reforzar su posición en el gobierno de transición, y también para no llevar al país al vacío administrativo y económico. En las elecciones de 1956 el CPP obtuvo 72 de las 104 bancas de la Asamblea Nacional. Después de la independencia, en marzo de 1957, se formó el *United Party* (UP), en el que confluían seis grupos de oposición compuestos por representantes de la aristocracia y la burguesía preponderantemente de Asante, dueña del poder económico porque tenía el control de las plantaciones de cacao. El nuevo partido era conducido por un intelectual y plantador, el doctor Kofi Abrefa Busia. Pero el CPP, dueño de apoyo popular, marginó a la oposición definida como tribalista y, sobre todo, cómplice de los intereses de la ex potencia colonial, y desautorizó también a las autoridades tradicionales. En 1959 Ghana era virtualmente un sistema de partido único, y en 1960, con la proclamación de la República, fueron conferidos amplios poderes ejecutivos a su primer presidente, Kwame Nkrumah. Por fin, en 1964 se aprobaron cambios constitucionales que subordinaban el poder judicial al ejecutivo, e instituían al CPP como partido único del Estado.

Fue Nkrumah quien dio forma y difusión a la noción de "neocolonialismo", entendido como forma de dominio del capital y los intereses extranjeros después de la independencia, a través de élites e intereses internos. Había que acabar, pues, con el neocolonialismo, marginando a esas élite y buscando apoyo, alianzas y financiamiento en los países del Este o, en general, en países socialistas. En 1964 se estrecharon relaciones con la República Popular China, las que, a pesar de los cambios políticos y del vuelco ideológico, nunca se interrumpieron del todo (y de hecho fueron reactivadas con éxito después de 1999). La política de Nkrumah, de conquistar el "reino de la política", se inspiraba ideológicamente en promover la justicia social y la redistribución en todas las regiones, y en los sectores sociales peor tratados en época colonial. De ahí que se hicieran fuertes inversiones en los planes de difusión de la

escolarización y los servicios sanitarios, sobre todo en las regiones más desheredadas del norte. El compromiso asumido con la realización de numerosos proyectos (infraestructurales, de diversificación económica, de ampliación y mejoramiento de los servicios financiados por el Estado) fue notable. Sin embargo, los problemas se hicieron visibles en el curso del año 1964, al aparecer los primeros síntomas de la crisis financiera del Estado, buena parte de cuyos ingresos dependía de la exportación de cacao. La caída de los precios internacionales del cacao (de 400 libras esterlinas por tonelada en 1955 a 100 en 1965-66), el agotamiento de la disponibilidad de fondos para invertir, la negativa de los organismos internacionales a otorgar créditos (el primero de todos el FMI, en 1965), erosionaron la subsistente base de legitimidad del gobierno, acusado de ineficiencia y de ser incapaz de controlar la corrupción. Las élites derrotadas en las elecciones para la independencia sentaron en el banquillo de los acusados a la "vía socialista", que en Ghana había significado la adopción de políticas de nacionalización de recursos, puestos en mano de administraciones estatales que se convertían así en propietarias y operadoras, y también levantaron acusaciones contra la política de desautorización de los jefes tradicionales, y contra el control estatal sobre los sectores empresarios locales y extranjeros.

Dentro del contexto del desarrollo, el socialismo significó la adoción de métodos dirigistas y coercitivos, que limitaron la libertad de prensa e introdujeron legislación que permitía la detención preventiva de personas. La intensa hostilidad de los influyentes círculos empresarios británicos, que aquí tenían muy considerables intereses, la de la prensa internacional, la desconfianza de muchos jefes de Estado africanos por el proyecto panafricanista de Nkrumah, ya derrotado en la conferencia de la OUA en Accra de 1965, terminaron por estallar con la crisis económica del final del boom de las materias primas. En ese contexto de dependencia internacional desfavorable, la caída de la legitimidad del gobierno entre las masas, que hasta entonces habían sido la base del consenso de que gozaba el CPP, debe ser atribuida a la sustancial incapacidad de Nkrumah y del modelo de desarrollo por él implementado para llevar a cabo aquellas transformaciones de la economía y de la política que pudieran proporcionar una base más sólida de participación en la distribución de las ventajas que la independencia traía consigo. Las políticas verticalistas de monopolio del poder por un partido único habían desdeñado la mediación entre regiones, y las implicaciones sociales y económicas de una propaganda basada en promesas que el estado de la economía del país ya no estaba en condiciones de satisfacer. Todo ello se unía además a una escasa eficiencia que, para peor, privilegiaba las tendencias de apropiación patrimonialista de los

bienes públicos por parte de los sectores políticamente mejor situados dentro del sistema.

El golpe de estado militar de febrero de 1966, realizado mientras Nkrumah se hallaba en visita oficial a Pekín, marcó la toma del poder por cuadros militares vinculados con la burguesía agraria y tradicional. El ejército de Ghana, marginado del poder político por considerárselo un cuerpo extraño, partidario natural de mantener fuertes vínculos con el complejo político-económico británico, no había aceptado de buen grado la intromisión del gobierno y del partido único en sus estructuras de mando, sobre todo ante la formación de una milicia presidencial adiestrada por los soviéticos. La indiferencia de la población ante la toma del poder por los militares, su falta de reacción, revelaron hasta qué punto la crisis era política. Se trataba de una crisis definida por la caída de legitimidad de la figura del padre de la independencia, por un lado, y del partido-Estado, por otro. De organización ideológica de movilización el partido había pasado a ser mero instrumento de control verticalista, que había perdido el contacto con la población y, en lugar del antiguo estímulo a las redes de colaboración, mediación y participación, había instaurado la propaganda y la retórica, complementadas con medidas policíacas. La caída de Nkrumah y del CPP hacen evidente también en qué medida el Estado-nación independiente –más allá de la inspiración ideológica, y de la voluntad de apartarse de la situación de dependencia colonial– sigue estando moldeado sobre el Estado colonial. Nkrumah había apelado a la legitimación que le derivaba del proyecto de emancipación y reconstrucción social, y se había dotado de un partido que contaba con una organización estructurada a nivel nacional. Sin embargo, después reforzó las estructuras y afinado los métodos de control que contribuirían, no a imponerse sobre la disidencia, sino a destruir la confianza en el valor de la participación.

En la historia del África subsahariana, el golpe de estado militar en Ghana constituye una divisoria de aguas. Mientras que episodios anteriores se inscribían en la dinámica de la descolonización, el golpe de Ghana muestra por primera vez la fragilidad de la modalidad institucional de partido único, y de los métodos de gobierno que han sido parte esencial y caracterizante de la construcción de sistemas políticos independientes en África.

El 24 de febrero de 1966 queda abolido el CPP, sustituido por un National Liberation Council integrado por militares y policías. En las elecciones de 1969 para el retorno a la legalidad institucional se elige un gobierno civil dirigido por Busia, autorizado representante de la burguesía agraria que no logró resolver ni siquiera en parte los problemas económicos del país, y que se destacó más que nada por la corrupción y el nepotismo de sus integrantes. Un nuevo golpe de estado militar, en

1972, llevaba al poder al teniente coronel Acheampong, cuyo régimen, pese a la intensificación del sectarismo y de la decadencia económica, duró hasta 1978. Fracasado el intento de crear un gobierno de unidad nacional con un sistema de reparto del poder entre sectores, militares, civiles y policías, en 1979 un nuevo régimen militar daba autorización para la formación de partidos. En junio del mismo año, un joven teniente muy popular, Jerry Rawlings, ocupó el poder y formó un *Armed Forces Revolutionary Council* (AFRC), que debería gobernar para combatir la corrupción hasta que se celebraran las elecciones de retorno al gobierno civil. Pero ese gobierno civil elegido, una vez más dividido en facciones, tornó a demostrar que era también incapaz de tomar las medidas necesarias para una recuperación económica.

Con el país paralizado por huelgas y demostraciones, Rawlings tomó el poder por segunda vez en diciembre de 1981, a la cabeza de un *Provisional National Defence Council* (PNDC), con un programa de democratización y de descentralización del poder que no impidió, sino que más bien exacerbó las luchas de facciones, en las que se vieron envueltos también distintos sectores del ejército. Se celebraron elecciones para las asambleas de distrito en 1988 y 1989, en un acto que debía ser el preludio de la creación por el mismo medio de representaciones en el nivel regional, y por último en el nacional. En 1989 las elecciones para las asambleas de distrito son el primer signo de democratización. En Ghana, como en Uganda, la democratización sin partidos, estrictamente controlada desde los niveles más altos de gobierno, tendría que haber creado gradualmente formas de representación local que eventualmente, al consolidarse, serían extendidas a los niveles regional y nacional. El plan resultó problemático, no sólo por la forma verticalista en que se lo condujo, sino sobre todo por la crisis económica. El ajuste estructural, en efecto, por más que pueda ser considerado un éxito desde el punto de vista macroeconómico, al menos en el poco alentador panorama africano, requirió la implementación de medidas de austeridad que no afectaron sólo a los más pobres, sino también a los sectores medios.

Desde 1990, presiones internas e internacionales aceleraron el proceso de retorno a formas de democracia pluripartidaria. La redacción de una nueva Constitución, y la sanción de las leyes que debían regular la formación de partidos y sus confrontaciones electorales, fueron objeto de una prolongada pulseada entre el PNDC y las fuerzas sociales y políticas. El ordenamiento constitucional escogido en 1992 y sometido a referéndum ha vuelto a adoptar la forma presidencialista. Las elecciones presidenciales del 3 de noviembre de 1992, caracterizadas por una escasa participación de votantes, dieron la victoria por amplio margen a Rawlings, que obtuvo el 58,3 por ciento de los votos. En protesta, la oposición, que acusaba de fraude al gobierno, no participó de las eleccione

legislativas, con lo que la coalición de fuerzas progubernamentales, el *National Democratic Council* (NDC), ganó 189 de las 200 bancas de la Asamblea Nacional.

El 7 de enero de 1993 quedó inaugurada la cuarta República de Ghana, en una atmósfera de intensa agitación política y social, que denunciaba al proceso en curso como la instauración de una democracia de fachada, cuyo fin era obtener la aprobación internacional. En verdad, el régimen se vio reforzado después de las elecciones por la importante ayuda económica que se le concedió.

Ghana, considerada ya "el buen alumno" del ajuste estructural y la democracia, asistirá en 2000 a la alternancia en el poder, al elegir como presidente a John Kufour; su partido, el *New Patriotic Party*, obtendrá también el triunfo en las elecciones legislativas de 2004.

TANZANIA, LA UTOPÍA DE LA UJAMAA

La moderada política de continuidad de Nyerere en Tanganica vino a quedar en discusión con el amotinamiento de las tropas del Tanganyica Rifles en 1964, influidas probablemente por el golpe que había destronado al sultán de Zanzíbar en 1963. Recuperado el control de la situación con la ayuda de tropas británicas, Tanganica y Zanzíbar se unían en una federación, Tanzania, con poderes legislativos y ejecutivos separados. Ya desde 1965 estrechaba Tanzania relaciones de cooperación económica y militar con la China Popular. Para Nyerere, que consideraba como el principal problema y la primera responsabilidad de todo líder africano el hecho de que la descolonización de África no hubiera sido completa, China representaba por entonces un modelo de potencia dispuesta a dar ayuda a los movimientos de liberación africanos, por medio inclusive de una experiencia sin igual de guerrillas con base en zonas rurales. La pobreza y el subdesarrollo infraestructural del territorio, herencia colonial que lo hacía poco apetecible para las corrientes de inversiones, y la consiguiente necesidad de encontrar alternativas al desarrollo colonial por medio de la valorización de los recursos internos, hallaron un marco de referencia ideal en la experiencia y el trabajo de elaboración ideológica de la China de Mao.

Fueron los fracasos de la política de continuidad con el modelo colonial de dependencia de la exportación de pocas materias primas los que determinaron el vuelco a la elaboración de una ideología y una estrategia de desarrollo alternativo, que se definía "política de ujamaa". La palabra significa en suajili tanto "familia" como "comunidad"; es por eso que en terminología política se la traduce como "socialismo", o como una forma específica de socialismo. Adoptado en 1967 con la declaración de Arusha, el socialismo ujamaa daba lugar central al desarrollo de la agricultura familiar por medio de recursos propios; vale

decir, promovía la autosuficiencia. Esta opción debía permitir al país liberarse de los pesados condicionamientos de la dependencia neocolonial, mediante la valorización de los recursos naturales y humanos existentes, y una redistribución a la que se deseaba igualitaria desde el punto de vista de los recursos y del crecimiento. La ideología de esta versión de socialismo, definido también "socialismo rural", quería ser un mito de movilización social que permitiera reemplazar los estímulos de carácter individual por otros colectivos y éticos. El mito moldeaba la realidad histórica al inventar la noción de comunidad tradicional colectivista –por lo demás, sumamente coherente con la imagen que se había construido durante el período colonial–, que por lo tanto podía traducirse en el moderno socialismo. De hecho, colectivización y apropiación colectiva de los recursos son conceptos ajenos a la tradición rural de África, donde la propiedad común de la tierra, en la sociedades llamadas tradicionales, implicaba su usufructo según sistemas de distribución por completo jerárquicos, y en la que el cultivo tenía lugar por medio de unidades individualizadas, por lo común familias, que se apropiaban de los productos para su propio uso. La ujamaa fue un intento de crear, con medios y recursos escasos, un tipo de colaboración volcada precisamente a maximizar los recursos. Fue también una ideología que, a la vez que proclamaba que en la colectividad debía existir homogeneidad, se proponía practicarla.

La estrategia de participación desde abajo se reveló enseguida difícil de llevar a cabo y difícil de administrar. Muy pronto prevalecieron métodos de dirigismo burocrático, que no privilegiaban tanto la participación como la retórica, reforzada con métodos coercitivos. La demostración del grado al cual había quedado legitimada la coerción, ya a partir de 1973, la dio el propio Nyerere: ante la resistencia de las poblaciones a ser reinstaladas en aldeas comunitarias (llamadas aldeas ujamaa) declaró que "vivir en las aldeas es una orden". El año 1973 marca el pasaje definitivo de la etapa voluntarista a la planificación productivista que, sin embargo, manejada mediante métodos dirigistas, dio escasos resultados. En un informe de 1976 del Banco Mundial, organismo del que no cabe sospechar simpatía por los modelos socialistas, se afirmaba que el control de las aldeas estaba en manos de la burocracia del gobierno y el partido; una burocracia que había resucitado leyes de la época colonial para regular la producción en calidad y cantidad, sin consultar a los productores.

El caso de Tanzania fue en los años Setenta el más célebre (y celebrado) modelo de desarrollo alternativo, de innovación ideológica, política e institucional, basado en un camino de socialismo igualitario que debía contar prioritariamente con sus proias fuerzas, y privilegiar el desarrollo desde abajo, partiendo de las zonas y las producciones

rurales. Pero esa estrategia tanzana de desarrollo desde abajo, en apariencia situada en las antípodas de los estatalismos de Ghana, Guinea o Mali, terminó por conducir a los mismos resultados: el fortalecimiento, en el partido y en el gobierno, de elementos y comportamientos burocrático-dirigistas. Ya en 1976, con la aceleración de la formación de aldeas ujamaa, que debían convertirse en núcleos esenciales para la reformulación de las prioridades del desarrollo, el proceso se transforma de participativo en burocrático. Son cerradas las unidades cooperativas espontáneas y autónomas, reemplazadas por estructuras dirigidas desde afuera. La *Tanganyika African National Union* (TANU, desde 1977 Chama Cha Mapinduzi, CCM), pasó de ser un partido movilizador a mera estructura de control, portadora de las órdenes provenientes de las cúpulas políticas y administrativas. La crisis económica, las sequías repetidas, la inadecuación y rigidez de la planificación, el proceso mismo de reorganización en aldeas colectivas de los lugares de residencia y de la producción, crean problemas de hambre en muchas regiones, y una fuerte declinación económica en todas ellas.

Mientras que en los años Setenta los déficits con el exterior eran cubierto por préstamos internacionales y por donaciones de diferentes organizaciones promotoras de desarrollo, a comienzos de los años Ochenta se observa que los países tradicionalmente aportantes (en primer plano los escandinavos) mantienen los mismos niveles de ayuda en términos reales, en tanto el Banco Mundial y el FMI restringen la apertura de nuevos créditos. Ante la drástica reducción de los recursos financieros, en 1981 se adopta el *National Economic Survival Programme* (NESP), que delinea una serie de medidas internas de ajuste, sobre todo para frenar el gasto público y reformular la producción para la exportación. Revelado ineficaz el plan, en 1982 se proyecta un Programa de Ajuste Estructural, que no satisface suficientemente los criterios del Banco Mundial. Apenas si en 1985 se traza el *Economic Recovery Programme* (ERP), punto de partida para una nueva ronda de negociaciones con los países aportantes de donaciones y con el FMI.

El acuerdo con el FMI tuvo como precondición un verdadero vuelco político: Nyerere, que había sido el principal crítico de las medidas incorporadas en el plan ERP, renunció a la presidencia del país en 1985, para permanecer hasta 1990 como presidente del partido único. La segunda parte de los años Ochenta estará marcada por la constante tensión entre el partido que, según la Constitución todavía vigente, conserva la supremacía sobre el Estado, y el nuevo presidente Mwinyi, partidario de poner en práctica las medidas negociadas en el PAS.

De un régimen que había puesto como prioridad la igualdad de acceso a los recursos, y que no había logrado alcanzarla, se pasó a una situación de relativo crecimiento, caracterizada sin embargo por

la gran desigualdad entre clases sociales y regiones. En estos años han surgido tensiones sociales que en algunos casos han vestido ropajes étnicos, regionales o religiosos. En tanto, a partir de 1988 de nuevo se observa también en Zanzíbar una situación de agitación. Allí, la crisis económica y política ha deteriorado cuanto quedaba de la voluntad de unión con Tanganica en un Estado tanzano, mientras se hace cada vez más fuerte la tendencia a volver a estrechar lazos con los países árabes del Golfo, y en particular con Omán, de donde proviene la dinastía que dominó Zanzíbar hasta después de concluido el período colonial, hasta la revolución de los años Sesenta. Los impulsos separatistas se fortalecen, y al mismo tiempo se acentúa una política de adhesión a la Organización de la Conferencia Islámica.

Precisamente a través del estudio del caso tanzano ha elaborado Goran Hyden[161], sociólogo sueco, su teoría del fracaso del Estado en la incorporación de los campesinos al sistema productivo: la coerción, los bajos precios que recibe el productor, la discriminación en la distribución de los servicios parecen haber obligado a los campesinos, antes que a contribuir al mercado con su producción, a retirarse de él para dedicarse a producciones estrictamente alimentarias, a su específica "economy of affection". La teoría aporta su granito de arena a la reflexión sobre la pérdida de legitimidad de las clases políticas de la independencia, y sobre la crisis de la transición desde el Estado colonial –Estado de dominio– al Estado-nación, que debería haber hecho posible, para los ciudadanos que habían dejado de ser súbditos, un acceso más equilibrado a los recursos disponibles. Desde este punto de vista se comienza a identificar las trayectorias de deterioro que han seguido las ideologías nacionalistas o de desarrollo, y la reaparición bajo nuevas formas de particularismos locales que asumen ropajes y nombres étnicos.

NIGERIA, EL GIGANTE DEL ORO NEGRO

La primera federación nigeriana fracasó de manera trágica. La estructura de la federación era desigual: territorialmente y por población, es decir, por representación en el Parlamento federal, prevalecía el norte islámico, la región más pobre y en fin de cuentas la menos desarrollada económica y socialmente en sentido moderno. La dominación del norte en el Parlamento federal, el desequilibrio ingénito en la estructura del ejército, en el que la oficialidad provenía principalmente del sur y la tropa del norte, y el estancamiento económico de mediados de los años Sesenta, que las rivalidades desencadenadas por los ingresos petrolíferos del delta del Níger complicaban y hacían más peligroso, llevaron

161 G. Hyden, *Beyond Ujamaa in Tanzania. Underdevelopment and an Uncaptured Peasantry*, Heinemann, London 1980.

a un golpe de estado. Los que tomaron la iniciativa en enero de 1966 fueron oficiales jóvenes con el grado de mayores del ejército, enseguida desposeídos por el establishment militar. De intervención guiada por oficiales "modernistas" aliados con sindicatos, funcionarios y profesionales, con los estudiantes y con el *Nigerian Youth Congress* contra el monopolio federal del norte tradicionalista e islámico, el golpe se convirtió en un complot ibo. De hecho, las élites instruidas, preponderantes en los sectores modernos del aparato estatal y en las profesiones, estaban formadas por ibo; estos sectores sociales nunca habían ocultado su aversión por el estatuto federal. El pan-nigerismo del gobierno militar del general Ironsi coincidía en los hechos con las posturas políticas sostenidas desde siempre por la burguesía ibo, y como tal despertaba en los otros grupos étnicos con base regional el temor por una ocupación ibo del poder, dirigida contra ellos.

El alto valor atribuido a la idea de unidad, de Estado centralizado, que en Ghana había adoptado el instrumento del partido único y la ideología de promoción del socialismo, se expresaba en Nigeria a través de los grupos instruidos, producto de la más avanzada modernización, permanentes adversarios del sistema de native administrations, y luego de los compromisos constitucionales, considerados una claudicación ante las políticas de divide et impera de la potencia colonial. Esos grupos se consideraban los líderes legítimos y naturales del Estado-nación Nigeria, inserto en el sistema mundial como potencia económica dotada de un patrimonio de población y cultura sin igual en el África subsahariana. Por otra parte en Nigeria, como en ningún otro país africano, el ejército se había convertido por su composición en el espejo de las tensiones y asimetrías internas de la federación. Así, cuando tras la proclamación del Estado unitario se desató un clima de violencia, y en el norte se produjo el pogromo contra los ibo, una rebelión interna en el ejército llevó a una sangrienta matanza.

En mayo de 1966 quedó abolida la estructura federal, y Nigeria fue proclamada un Estado unitario. Después fue asesinado el general Ironsi, se produjeron muertes violentas de ibo que residían en las regiones del norte y, por fin, asumió el poder el teniente coronel, después general, Gowon, hombre que debía mediar entre las partes. Restableció el sistema federal, integrado ahora ya no por tres sino por doce Estados: una reestructuración que a juicio de las élites ibo era un modo de ahogar territorial y económicamente a los ibo, sobre todo por la creación de dos Estados en las costas que les arrebataban el control de la riqueza petrolífera. La secesión de la región oriental de Biafra, guiada por el general Ojukwu en marzo de 1967, fue la respuesta inevitable de los ibo, en salvaguarda de su futuro económico y de su propia vida.

La secesión y la guerra de Biafra (1967-70) fueron consecuencia de la maduración del conflicto entre élites modernistas y élites tradicionalistas, que por razones históricas tenían generalmente bases étnicas y regionales distintas. Nigeria había sido no sólo un crisol de civilizaciones con diferentes trayectorias históricas, sino también de regiones con procesos de desarrollo disímiles. Durante el período colonial el sur había entrado a formar parte integrante del sistema comercial mundial, mientras el norte se quedaba al margen, en condición de proveedor de fuerza de trabajo pero, al mismo tiempo –por razones de oportunidad política, ya que era esa el área de fuerte influencia islámica–, en condición de privilegiado en la distribución de poder y autoridad. Por lo tanto, el desequilibrio en la federación no era solamente étnico, sino que se debía también a las diferentes posibilidades de acceso a los recursos del centro político, integrado por regiones y poblaciones menos avanzadas por el camino de la modernización, pero que tenían un poder desproporcionadamente superior al que podían manejar las actividades productivas más importantes, al punto de tener casi el monopolio de las capacidades técnicas y académicas. Lo que volvió explosiva esa situación fue la riqueza petrolera: a partir de 1966 Nigeria fue uno de los mayores productores de petróleo del mundo, y todos sus pozos estaban situados al sur, exactamente entre el delta y Biafra.

El conflicto por Biafra puso en evidencia una serie de contradicciones de fondo de las independencias africanas, comunes a más de un Estado. La primera de esas contradicciones es el desfase entre regiones con distintos niveles de desarrollo y diferente grado de modernización. El hecho de tener una Constitución federal o unitaria no hacía diferencia, en países en los que el proceso institucional, político y económico de descolonización no había tenido en cuenta los desequilibrios sino que más bien, y hasta cierto punto, los había acentuado. Dentro de ambos cuadros, el estructural y el institucional, no se halló la solución que protegiera por igual a todas las partes componentes, que les diera idéntico acceso político a los recursos y al mismo tiempo evitara que el pluralismo terminara por favorecer la ruptura y el desmembramiento del Estado. La guerra de Biafra no fue, entonces, una guerra tribal; se configuró como un conflicto entre diferentes concepciones del Estado, cuyo detonador fue el reparto de importantes recursos económicos (el petróleo), en tanto que la apuesta era la posibilidad de alcanzar poder en el centro de dirección del Estado, y de todos su aparatos. Para desenvolverse y ganar consenso, este conflicto se expresó como el choque mutuo de banderas étnicas, tribales y regionales.

Terminada la guerra de Biafra, la política de reconciliación nacional encontró muchos obstáculos, el primero de ellos en los resultados del censo de 1973. En efecto, las cifras parecían demostrar que las

poblaciones de las regiones septentrionales se habían casi duplicado, mientras que habían disminuido las poblaciones del sur. El significado político de estos resultados, por otra parte muy discutibles en el aspecto científico, sigue siendo de peso, todavía hoy, en las pretensiones del norte de alcanzar mayor representación en el Parlamento federal, y por consiguiente obtener una mayor tajada de fondos para financiación. Entretanto el sur, vale decir, las regiones más productivas y dinámicas, se ve castigado una vez más en lo político y en lo económico.

Hubo después una serie de golpes de estado. Destronado Gowon en 1975, y asesinado en 1976 su sucesor, el general Murtala Mohamed, se instaló en el poder el general Obasanjo. Hubo a continuación una nueva Constitución, y entre 1979 y 1982 se desenvolvió la nueva República, con un gobierno surgido de elecciones.

La segunda República nigeriana estuvo dominada por el problema de institucionalizar el nuevo ordenamiento federativo. El gobierno conducido por Sehu Shagari introdujo un ambicioso plan de inversiones basado en la recuperación de las exportaciones de petróleo, pero en 1982 un nuevo período de crisis de precios petrolíferos indujo una crisis financiera, seguida de rápida declinación y de desorden económico complicado por una difundida corrupción. En 1983 Nigeria debió aceptar medidas de austeridad para obtener el apoyo del FMI. El descontento social provocado por la política de austeridad económica fue la base de violentas formas de disidencia, como el movimiento de reavivación de la fe islámica de Alhayi Mohamed Marwa (conocido como come Maitatsine) en el estado de Kano. La represión de ese movimiento costó cientos de muertos, en demostraciones y revueltas desarrolladas en numerosas ciudades. Surgieron situaciones de intensa tensión entre el gobierno federal y los de los estados, provocadas por la competencia por la distribución de los recursos entre las diferentes entidades regionales. La división entre el norte y el sur seguía siendo la más importante de todas, y el problema esencial que se planteaba era el del control del Estado, y el uso patrimonialista que de él venía haciendo la llamada "mafia de Kaduna", vale decir, los políticos del norte. Las elecciones de 1983 parecieron complicar aún más esta situación, que condujo al golpe de estado que llevaría al poder al mayor general Buhari, seguido en 1985 por otro militar, Ibrahim Babangida. Los militares, que intervenían como árbitros y reequilibradores de las difíciles relaciones entre las élites y las clases políticas y económicas del norte y del sur, mostraron estar divididos entre sí por los mismos tipos de conflicto. Babangida usó el recurso de declarar el estado de emergencia y, pese a las concesiones que otorgó a los musulmanes –o tal vez precisamente a causa de ellas– debió hacer frente a graves desórdenes en el estado de Kaduna, debidos a los enfrentamientos entre jóvenes militantes musulmanes y

cristianos que se verificaron incluso en escuelas y universidades. El régimen de Babangida tuvo que enfrentar también gravísimos problemas económicos: drástica disminución de la producción, expansión demográfica acelerada, marcada dependencia de las importaciones –tanto de insumos para la industria como de artículos de consumo–, creciente disparidad entre los pocos ricos y la inmensa masa de pobres, excesiva presencia pública en muchos sectores, con sus secuelas de ineficiencia y corrupción.

Durante el boom del petróleo en los años Setenta el PBI había venido aumentando hasta 10 por ciento al año; a mediados de los Ochenta el incremento anual había disminuido al 1 por ciento. La deuda externa había pasado de 20.200 millones de dólares a 33.360 millones (1991). La desocupación creciente era fuente de difusión de grave criminalidad. En 1986 Babangida había debido adoptar medidas de ajuste estructural que se basaban en privatizaciones y en la devaluación del naira, la moneda nacional. Formaba parte del plan adoptado el retorno a un gobierno civil elegido en comicios libres, fijado para 1992 y después postergado hasta 1993. Se creó una Comisión Electoral que debía evaluar las cuestiones surgidas de un debate de nivel nacional sobre la forma de las elecciones, y redactar las correspondientes recomendaciones. Esa Comisión trabajó 15 meses, ante los ojos atentos de una prensa muy crítica, pese a que repetidas veces el régimen ejerció control sobre ella, encarcelando periodistas y clausurando publicaciones.

El largo y complejo trabajo de la Comisión se concretó en una serie de recomendaciones sobre la modalidad de abandono de las responsabilidades de gobierno por los militares y sobre el correspondiente cronograma, sobre la forma constitucional, la creación de nuevos estados en la Federación, la forma bicameral del poder legislativo, la formación de partidos. En mayo de 1989, permitida ya la creación de partidos, se presentaron 45. La Comisión Electoral debía elegir entre ellos a los dos que serían admitidos a competir por el poder. Las dos agrupaciones que resultaron escogidas eran consideradas moderadas: de izquierda el Social Democratic Party (SDP), de derecha la National Republican Convention (NRC). Hubo pues un régimen militar empeñado durante años en un generalizado ejercicio de ingeniería constitucional y política, y orientado a transformar la vida nigeriana en cada uno de sus aspectos. La tradición tan capilarmente preparada, y controlada con mano tan firme por los militares en el poder, no dejó sin embargo de provocar intensas luchas de facciones, pese al bipartidismo, cuando debió enfrentar la prueba de las elecciones.

El retorno a la democracia en 1999, con la presidencia Obasanjo, vino a clausurar los atormentados años de "transición" bajo la férula militar, las elecciones presidenciales de 1993 y su inmediata anulación,

la formación de un gobierno interino que abriría el camino a la toma del poder por el general Abachi, la feroz dictadura de éste, signada por los años oscuros de la ejecución de Ken Saro-Wiwa y el apogeo de la violencia civil y política en ocasión de las elecciones locales. Todo lo acontecido en esos años es un precedente inquietante, en el contexto de irresuelta corrupción, de reformas jamás realizadas, en que los "dividendos de la democracia" tantas veces prometidos por el presidente Obasanjo no se han materializado sino que, por el contrario, se ha asistido a una escalada de comportamientos autoritarios y de maniobras para enmendar la Constitución con el fin de asegurar un tercer mandato al presidente saliente, con el corolario de amenazas de juicio político o de cárcel por corrupción a quienes se opusieran, haciendo uso de la Comisión de Delitos Económicos y Financieros para extorsionar a los que se mostraban renuentes. Tras unos resultados electorales discutidos y puestos bajo investigación judicial se ocultan los militares que, como es tradicional en Nigeria, podrían reasumir el poder.

El problema de fondo para el país radica en la cuestión del oro negro: quién controla el petróleo, quién tiene derecho a recibir más beneficios, cómo hay que invertir la riqueza que produce. Esas son las cuestiones con las que debe medirse la democracia. En cuanto a la dimensión de la expoliación que sufren las poblaciones del delta, queda ilustrada por unos cuantos datos macroeconómicos[162]: el 85 por ciento de los ingresos petrolíferos va a los bolsillos del 1 por ciento de la población, los "barones del petróleo"; desde 1970 se han perdido las huellas de más de 400.000 millones de dólares; entre 1965 y 2004 el ingreso per cápita disminuyó de 250 a 212 dólares, y aumentó desmesuradamente la desigualdad entre los niveles de ingreso. De 1970 a 2000 el número de personas que deben vivir con menos de un dólar por día pasó del 35 al 70 por ciento, vale decir, de menos de 19 a más de 90 millones de personas. En la última década, la expectativa de vida se ha derrumbado aun más. En Bayelsa y Delta, dos de los estados mejor dotados de recursos petrolíferos, hay un médico por cada 150.000 habitantes, y la degradación ambiental y social es caldo de cultivo de un ambiente de violencia cada vez mayor.

Nigeria cuenta en la actualidad con reservas petrolíferas estimadas en más o menos 40.000 millones de barriles, y el petróleo significa más del 80 de los ingresos del gobierno, el 90 por ciento de los ingresos en divisas extranjeras, el 96 por ciento de los ingresos por exportaciones y alrededor del 50 por ciento del PBI. Parte del petróleo del delta

162 International Crisis Group "Nigeria: Want in the Midst of Plenty" Africa Report 113, 2006.

es extraída offshore, y parte en los meandros de los "ríos del aceite"[163], nombre histórico que en el período colonial designaba la complicada red de ríos y arroyos por la que confluía a los puertos comerciales de las costas el aceite de palma destinado a la exportación. En la región hay 300 áreas de extracción, 5.284 pozos, 7.000 kilómetros de oleoductos, diez terminales para la exportación, 275 estaciones de bombeo, diez depósitos de gas y cuatro refinerías, y un proyecto para la producción de gas licuado. Esta estructura produce y procesa más de 2.100 millones de barriles diarios, por un valor de 20.000 millones de dólares.

En este fantástico juego están envueltos poderosos y arraigados intereses de la burocracia administrativa nigeriana, compañías extranjeras en competencia por obtener concesiones –y cuyas ofertas de contribuir a crear mejores condiciones de vida para las poblaciones son consideradas un medio de comprar por poco precio la complicidad de las mismas víctimas del despojo–, fuerzas políticas locales, milicias étnicas que se movilizan según el carácter del rasgo de identidad que las congrega –pertenencia a una comunidad, religión, o una y otra cosa–, grupos militares al servicio de quien más pague, o mejor reparto de los despojos prometa, movimientos por la protección de los derechos ambientales y humanos, organizaciones que han optado por la lucha armada, movimientos que invocan la secesión y otros que piden llamar a Estados Generales, o convocar un congreso nacional soberano de la sociedad política y civil, organismos multilaterales para el desarrollo y para la concesión de créditos a exportaciones (interesados en la expansión del sector energético pero que, a la vez, se ven instados a ejercer presión en favor de una mayor transparencia de los procedimientos y mejor gobernanza).

UGANDA, LA DEMOCRACIA SIN PARTIDOS

En Uganda, la estructura federativa no logró resistir mucho a la disensión sobrevenida en la alianza entre el Uganda People's Congress (UPC) y el Kabaka Yekka (KY). La causa principal de las tensiones era la cuestión de las lost countries, las "comarcas perdidas" de Bunioro, que en época colonial habían sido traspasadas a Buganda. En 1966, un golpe de estado permitió a Milton Obote, sostenido por los militares que conducía Idi Amin Dada, adueñarse por completo del poder ejecutivo. Pronto fue adoptada una Constitución que abolía las autonomías regionales, mientras el Kabaka huía al exilio.

Al apoyar la toma del poder por Obote, el ejército conquistó una posición de absoluta preeminencia en el sistema político. El posterior

163 En el original, *fiumi dell'olio*. La observación es equívoca por la similitud entre las palabras italianas *olio*, *petrolio [T.]*.

intento de Obote por disminuir la influencia castrense mediante la constitución de una milicia y la decisión político-ideológica de orientarse a formas socialistizantes provocó la intervención militar que llevaría a la cima al dictador Idi Amin. Éste ocupó el poder entre 1971 y 1979, y su dictatura hizo caer al país en un profundo desorden económico y social. Amin desencadenó además una guerra económica contra los empresarios ugandeses de origen asiático, que culminó en 1972 con la confiscación de sus propiedades y su expulsión del país. Hacia fines de la década de los Setenta, Uganda era el caso de más grave deterioro político y social en África: las áreas rurales estaban devastadas por la guerra civil, muchas personalidades eminentes habían debido exiliarse o habían sido bárbaramente asesinadas, la administración había dejado de funcionar. Amin fue derrocado por la intervención combinada del ejército de Tanzania y del UNLA (Uganda National Liberation Army), un grupo de voluntarios ugandeses dirigidos por David Oyite-Ojok y Yoveri Museveni.

La reconstrucción del país fue pasando por una serie de gobiernos de transición en los que chocaron las diferentes fuerzas y facciones del movimiento anti-Amin. Las elecciones de 1980, en las que participaron cuatro partidos, fueron ganadas por una alianza de fuerzas conducida por Museveni. Pero el gobierno que se formó, con Milton Obote como presidente, no aportó estabilidad política ni militar al país. El gobierno recibía cuestionamientos de todas partes, formulados por facciones que llevaban a cabo acciones de guerrilla. El más importante y disciplinado de esos grupos, el *National Resistance Movement* (NRM) guiado por Museveni, extraía su fuerza de las poblaciones meridionales banyarwanda y baganda; varias campañas emprendidas para debilitarlo no tuvieron éxito. En 1985 cayó Obote, arrollado por la crisis económica y las atrocidades perpetradas, y ocupó el poder el general Tito Okello, sostenido por los elementos acholi aliados con las fuerzas rebeldes de la región del Nilo Occidental. El país estaba dividido, porque en tanto el gobierno estaba bajo la supremacía de los militares provenientes del norte, las regiones ricas del sur eran leales al NRM. Tras reiteradas negociaciones, siempre fracasadas, las armas tuvieron la última palabra. Las tropas del NRM tomaron la capital, Kampala, el 26 de enero de 1986, y tres días más tarde Museveni se convirtió en presidente, como jefe de un Consejo Nacional de Resistencia compuesto por militares y civiles. Los líderes del NRM se presentaban como marxistas no dogmáticos, porque sus análisis de la situación derivaban de la experiencia específica del país. En el momento de tomar el poder, el programa del movimiento era de reconciliación y democratización; por otra parte, tendría que tener en cuenta las necesidades y los intereses de las nuevas fuerzas sociales que habían surgido durante los años de

conflicto. Desde 1986 se enfrentaron dos concepciones del papel que debían jugar el Estado y la política: una concepción centralista, que propugna la atribución al Estado de fuertes poderes sobre las regiones y sobre los sectores económicos de importancia, y otra concepción que es sostenida por un gurpo reciente de empresarios influyentes, que desean la descentralización política y la competencia de mercado.

En 1986 el NRM heredaba un aparato estatal desacreditado, y procedía a una radical reforma que, a su modo, resultó única e innovadora en el contexto africano. En efecto, se creó un sistema de gobiernos locales, y se formaron "consejos de resistencia" en los sucesivos niveles de aldea, comuna, subcondado, condado y distrito. Este sistema de consejos electivos se propone reforzar la capacidad del Estado, desarrollando una cultura participativa en todos los niveles. En 1993 el NRM aprobó el estatuto de descentralización, que refuerza todavía más los poderes de que están dotadas las administraciones locales. Por consiguiente, es la descentralización y no el federalismo la respuesta que se procura dar a las exigencias de un mayor control local sobre las realizaciones y las decisiones políticas y económicas. Al mismo tiempo se adoptan medidas de liberalización de la economía, como la eliminación del más importante de los monopolios comerciales controlados por el Estado central, el *Coffee Marketing Board*. Sin embargo, aún quedan otros monopolios de las principales producciones para exportación.

En marzo de 1992 se celebraron importantes elecciones para los Consejos locales, todavía con la fórmula de la democracia sin partidos. Esa cautela sobre la cuestión de la democracia pluripartidista es dictada por la trágica historia del país: se quiere evitar que puedan reproducirse las condiciones que habían instalado el reinado del terror entre 1971 y 1986. Yoveri Museveni, al tomar el poder en 1986, se había dado cinco años de plazo para restablecer la ley y el orden antes de restituir el poder a un gobierno civil electo. Sin embargo, en 1990 consideró que el país aún no estaba listo para una democracia pluripartidaria y en consecuencia, por medio de un referéndum, la moratoria fue extendida por otros cinco años. En mayo de 1996 los ugandeses, en elecciones que los observadores juzgaron "*free and fair*" (libres y limpias), instalaron una Asamblea Constitucional; pero al seguir vigente la prohibición de formar partidos políticos lo hicieron eligiendo de manera individual a sus representantes. La opinión de Museveni es que los partidos no pueden tomar parte en la reconstrucción institucional del país, al menos mientras la sociedad no madure[164]. Considera irresponsable pretender

164 Léase la biografía, Y. Museveni, *Sowing the Mustard Seed: The Struggle for Freedom and Democracy in Uganda*, Macmillan, Oxford 1997.

imponer un sistema de partidos, según el modelo de los que existen en las sociedades industriales avanzadas, a un país habitado mayoritariamente por campesinos analfabetos. Los tres partidos ugandeses históricos, el *Democratic Party*, el *Conservative Party* (continuador del Kabaka Yekka) y el *Uganda People's Congress*, eran partidos étnicos y regionales, y han seguido siéndolo. Para Museveni y los suyos, la reconstrucción estatual y política del país pasa ante todo por el fortalecimiento de las instituciones de gobierno en el nivel local, en el que cada candidato a conducir la cosa pública responde de manera personal, y no por medio de la adhesión a un partido, o con el apoyo de él. Es sabido de todos modos que la Asamblea Constitucional electa, integrada por 284 representantes, está en gran parte dominada por los miembros del NRM, mientras que alrededor de 100 delegados pertenecen, así sea oficiosamente, a las restantes fuerzas políticas.

Uganda se ha transformado en estos años en una potencia regional: se vio involucrada en la cuestión de Ruanda en razón del explícito apoyo proporcionado al Frente Patriótico Ruandés, organización de refugiados de mayoría tutsi que en el curso de 1994 llegó a ocupar el poder en Kigali (en un país devastado por una terrible guerra civil trasmutada en genocidio, que ha llevado a gran parte de la población a refugiarse, sobre todo, en Zaire); asimismo, intervino también en la compleja guerra civil que desde hace años convulsiona al sur del Sudán.

LAS INDEPENDENCIAS REVOLUCIONARIAS

El cambio de la situación internacional a comienzos de los años Sesenta, con la profundización de las divisiones provocadas por la guerra fría, es la causa que permitió al colonialismo portugués prolongar su existencia hasta mediados de los Setenta, gracias también a la disponibilidad de armas de la OTAN para las guerras coloniales. Fue en los años Sesenta cuando la frontera del conflicto entre el poder blanco de minoría y la emancipación de los africanos pasó a ser terreno de choque ideológico y armado entre este y oeste, Oriente y Occidente. Las luchas de liberación nacional que comienzan en 1962 en Angola, en 1964 en Mozambique y después siguen desarrollándose en Namibia y Rodesia del Sur, de guerras de descolonización pasan a convertirse en guerras ideológicas, contra el neocolonialismo y el imperialismo. A mediados de los años Setenta, la experiencia común de los países africanos no es ya solamente el colonialismo, sino sobre todo el subdesarrollo y el autoritarismo. La crisis del modelo de continuidad, con la crítica a las inversiones y la ayuda inadecuadas que favorecían la perpetuación de la dependencia, en medio de la pobreza y la marginación, significa una generalizada crisis de legitimidad, ya que ésta se hallaba ligada con la capacidad de realizar las promesas de la independencia. Ya en 1970, de

diecisiete jefes de Estado que habían sido padres de la independencia de sus pueblos, nueve habían sido derrocados o asesinados.

También hacia fines de los Setenta entran en crisis sistemas políticos y económicos que parecían relativamente sólidos; el de la Costa de Marfil, por ejemplo, que se apoyaba en una clase dirigente carismática y un partido de notables, vinculado con el empresariado francés pero con firmes raíces locales. Los drásticos recortes del presupuesto en 1978 demostraban que el capitalismo marfileño era débil: el poder estatal no había podido estimular el crecimiento sino en subordinación a los intereses de empresas extranjeras. Esa situación hizo que madurara la nunca adormecida disidencia de las regiones marginalizadas y de los sectores intelectuales, pero también la de una ambiciosa y decepcionada clase media local. Mientras tanto, resultaba cada vez más evidente la marginación de amplias capas de población urbana (sobre todo en las inmensas aglomeraciones de viviendas precarias de Abiyán) y rural.

En Kenia, otro país que a fines de los años Sesenta había sido elevado a la categoría de ejemplo, la crisis económica de 1972-76 puso en evidencia las luchas de facciones entre élites en competencia por cargos políticos. Estos eran el principal medio de acumulación de recursos y de acceso a determinados privilegios (por ejemplo, obtención de capitales a tasas de interés muy convenientes), con lo que permitían acumular riqueza, y daban la posibilidad de ocupar un lugar competitivo en el mercado.

En 1979 son arrojados del poder los dictadores más feroces que conoció el continente: Idi Amin de Uganda, Bokassa de la República Centroafricana y Macías Nguema de la Guinea Ecuatorial.

Un mayor control sobre el Estado y la modernización del aparato estatal fueron la matriz de un aumento de los conflictos entre facciones. Como se ha dicho, los años Setenta se caracterizan por la proliferación de golpes y contragolpes de estado. Al mismo tiempo, es justamente a mitad de la década cuando África se convierte en terreno de confrontación directa de la guerra fría: la URSS y los países del Este vuelven a mostrarse activos en el Cuerno de África con los acuerdos con Somalia, inquieta por las pretensiones expansionistas de Etiopía. El entendimiento entre la URSS y Somalia queda suprimido en 1977, cuando Moscú opta por la alianza con la Etiopía gobernada por un régimen militar que se proclama revolucionario. En el África austral, la URSS y los países del Este recogen los frutos de su apoyo a las luchas de liberación contra los portugueses y el régimen de apartheid.

En 1965 el Che Guevara había recorrido África desde el Congo hasta Guinea, y desde la Guinea Portuguesa hasta Angola. Diez años después, Fidel Castro ofrecía ayuda al *Movimento Popular de Libertação de Angola* (MPLA) de Agostinho Neto, jefe del nuevo gobierno indepen-

diente de Angola que se encontraba atenazado por la disidencia entre los otros dos movimientos de liberación, UNITA y FNLA, y por la invasión sudafricana de sus regiones meridionales. La presencia militar cubana en África se desarrollará más tarde con la intervención junto al ejército etíope, en ocasión de las operaciones en el Ogaden contra Somalia. Se instalan destacamentos cubanos, a pedido de los respectivos gobiernos, en Mozambique, Tanzania, el Congo y Sierra Leona. A fines de los Setenta se halla destinada en África, sobre todo en Angola y Etiopía, la cuarta parte del ejército cubano. La presencia de los cubanos, y su intervención, no son un simple apoyo mercenario a los intereses soviéticos; reflejan la ideología tercermundista de la toma del poder por Fidel Castro y sus seguidores. La presencia de tropas soviéticas y cubanas en el continente, y principalmente en las dos regiones estratégica y económicamente más importantes para los intereses occidentales, el Cuerno de África y el África austral, hacen del territorio africano, a mediados de los Setenta, uno de los lugares de confrontación directa de la guerra fría.

En este cuadro se producen, a mediados de los Setenta, las independencias de las colonias portuguesas, que parecieron señalar un vuelco político fundamental: Guinea-Bissau, Angola y Mozambique salían de un decenio de luchas armadas. En ese período los movimientos de liberación habían elaborado ideologías y prácticas políticas que se basaban en la movilización de las poblaciones rurales, para su participación directa en procesos que se quería fueran de refundación radical de las estructuras estatuales, políticas e ideológicas.

Los nuevos estados-nación que se constituyeron a raíz de la liberación por las armas de las colonias portuguesas pasan a ser de inmediato rehenes de la guerra fría. Angola y Mozambique se encuentran situadas justo en el límite de la región más importante –por sus recursos económicos, y por la importancia simbólica que asume– para el enfrentamiento entre el este y el oeste en el continente: el África austral, dominada por la potencia de Sudáfrica. El régimen sudafricano de apartheid representaba en África la forma de dominación y discriminación más inaceptable. Los movimientos de liberación de Angola, Mozambique y Guinea-Bissau accedían al gobierno de estados independiente cuando ya las crisis de las primeras independencias habían madurado. A partir de la crítica a los sistemas políticos nacidos desde la primera descolonización, a los que definen en situación de rehenes de las relaciones de subordinación neocolonial, y basados en las experiencias de su propia lucha de liberación, esos movimientos elaboran ideologías y estrategias de gobierno que quieren ser revolucionarias y socialistas. Por otra parte, una actitud que caracteriza también en este período el ascenso al poder y la ideología de regímenes militares que se

presentan como vanguardias revolucionarias es la adhesión a formas de socialismo "científico" o de marxismo-leninismo, muy críticas con el carácter demasiado genérico y el idealismo de los socialismos africanos, que habían demostrado ser ineficaces. Es el caso de Etiopía, de Benin entre 1974 y 1980, del Congo-Brazzaville donde, a pesar de todo, la presidencia de Sassou Nguesso promovía desde 1979 una relativa liberalización económica y la reanudación de intensas relaciones con Occidente. En verdad, ya desde comienzos de los años Ochenta todos los sistemas que se manifestaban marxistas-leninistas y científicos, con la única excepción de la Etiopía de Mengistu, estaban atenuando los tonos de su dogmatismo doctrinario. A fines de esa década, antes incluso de la caída del muro de Berlín todos habían iniciado reformas orientadas a la liberalización económica y política. Las razones de tan drástico vuelco deben buscarse ante todo en los fracasos internos, que la crisis económica internacional y el término de la guerra fría volvían irreversible.

MOZAMBIQUE, DEL SOCIALISMO AL MERCADO

El *Frente de Libertação de Moçambique* (FRELIMO) que se organiza a partir de 1962 es un movimiento de tipo nuevo, por lo demás análogo en sus formulaciones ideológicas a los partidos progresistas del África de las primeras independencias, desde el TANU (después CCM) de Tanzania al CPP de Ghana. Todos esos partidos se habían organizado en los años Cincuenta para reaccionar a reformas que en la segunda posguerra procuraban explícitamente introducir formas de devolución del poder sin reconocimiento de la independencia. Ya desde el momento mismo de su formación, el FRELIMO organiza la lucha política y después la armada, no contra el atraso que representa el colonialismo portugués sino contra su pretendida expansión. Al hacerlo, reivindica el derecho a la autodeterminación para un pueblo, para una nación a la que imagina, representa e interpreta, frente a la estrategia portuguesa de conservar el poder reforzándolo mediante la alianza con el régimen sudafricano de apartheid. Lo cierto es que el movimiento, tras una larga lucha de liberación, goza hoy de elevada credibilidad internacional, incluso en Occidente. Sus líderes son personajes a los que se reconoce una inusual integridad moral. Una conferencia internacional de solidaridad con las poblaciones de las colonias portuguesas, organizada en Roma en junio de 1970, concluyó con una visita al Papa. En la misma Italia, una ciudad del centro-norte, Reggio Emilia, urbe solidaria que daba ayuda sobre todo a los hospitales de la guerrilla del FRELIMO, fue sede los días 24 y 25 de marzo de 1973 de otra conferencia de solidaridad "contra el colonialismo y el imperialismo, por la libertad y la independencia de Mozambique, Angola y Guinea-Bissau". En la organización de iniciativas como estas han tomado parte personalidades de todos los

credos políticos y religiosos. Poco tiempo después se derrumbaría en Portugal el régimen de Marcelo Caetano, y los movimientos que habían guiado las luchas de liberación nacionales en Guinea-Bissau, Angola y Mozambique serían reconocidos como interlocutores en los procesos de devolución negociada del poder.

La capacidad del FRELIMO para capear los "vientos del cambio" está inscrita en la propia historia de su formación, en su permanente capacidad para reabsorber alejamientos y disidencias sin perder una sustancial unidad de fondo, incluso en ocasión de la reconversión ideológica y organizativa en los niveles central y periférico del partido, y durante el paso desde la primera República "socialista" a la segunda, caracterizada por la reconversión al mercado y a la democracia representativa.

La polémica acerca de la formación del FRELIMO se estructura en dos versiones contrapuestas. La historiografía oficial sostiene que es la unión de los principales grupos y líderes anticoloniales, organizados dentro del ámbito de la emigración y el exilio en diferentes países de la región austral y de Europa, y por lo tanto constituye la legítima expresión de la nación mozambiqueña, y la representación cabal de los distintos elementos componentes de las poblaciones de todas las regiones del país. En oposición a esta postura, Michel Cahen sostiene en sus trabajos que se trata de una organización nueva, que congrega a una élite preponderantemente del sur del país, es decir, étnica y socialmente no representativa, y que por otra parte pasó rápidamente a estar bajo la hegemonía de los marxistas. Según Cahen, la formación del FRELIMO no unificó sino que marginó a los demás grupos políticos con diferentes bases étnicas.

Una lectura menos esquemática y reductiva de la historia de la formación del FRELIMO en junio de 1962 nos lleva a pensar que la unión de movimientos preexistentes llevó a ese salto cualitativo que permitiría elaborar estrategias de tipo nuevo, en favor de la reivindicación de una independencia basada en la prioridad de la construcción de un Estado-nación unitario.

El FRELIMO nace en Dar es Salaam bajo la protección del presidente de Tanzania, Julius Nyerere, cuya más sólida convicción, muchas veces reafirmada en el curso de su larga carrera política, era que la liberación de África sólo sería posible si se reforzaba la unidad política de los movimientos nacionalistas. El apoyo de Nyerere a la formación del FRELIMO, que seguirá siendo incondicional hasta la liberación, es parte integrante de la estrategia prioritaria de cerco sobre la Sudáfrica del apartheid. De la actitud del Mwalimu ("maestro" en kisuajili) Nyerere se pasará luego a organizar los Estados de la Línea del Frente, y a la entrega de financiación por parte de la OUA a los movimientos de liberación (1963). A través del Mwalimu se encarrila gran parte de los

contactos diplomáticos con los países nórdicos, con la iglesia católica y las organizaciones solidarias de las diferentes confesiones protestantes. A Nyerere se deben también los primeros contactos con la China Popular, que después se concretarán en ayuda para el entrenamiento militar en la guerra de liberación. China parecía representar entonces una tercera vía de desarrollo, más adecuada para hacer frente a los problemas de crecimiento y de integración nacional de países con una mayoría de población compuesta por campesinos dispersos sobre amplios territorios.

En la específica coyuntura histórica, ninguna de las escisiones, ninguna de las diásporas que afectaron al FRELIMO tenía la capacidad de afirmarse internacionalmente o de legitimarse en el ámbito internacional. Los principales dirigentes, Eduardo Mondlane, Marcelino Dos Santos, después Samora Machel, demuestran que saben estrechar alianzas en África y el mundo; divulgan un mensaje ideológico autónomo y, sin embargo, a tono con los tiempos, que son los de la segunda etapa de la descolonización, en la que este proceso ha pasado a ser el rehén de los enfrentamientos de la guerra fría.

El momento histórico en que se inicia esta lucha de liberación se muestra denso de amenazas. Patrice Lumumba es arrestado y asesinado en el Congo (1961), en lo que constituye un mensaje explícito a los nacionalismos que pretendan poner en discusión la hegemonía neocolonial. En Kenia, el final de la década del Cincuenta está marcado por la represión que el gobierno británico ejerce contra la rebelión mau-mau, continuada por un compromiso político e institucional que garantizará los intereses de los colonos de origen europeo y de las clases sociales africanas que son sus aliadas. En Rodesia del Sur (Zimbabue), el rechazo a la descolonización prepara la instauración de un gobierno de minoría blanco, con la Unilateral Declaration of Independence de noviembre de 1965, proclamada por el Rodesian Front de Ian Smith. En Sudáfrica, los años Sesenta se abren con la etapa de la represión y el descabezamiento del grupo dirigente del African National Congress, mientras que simultáneamente se consolida el sistema de discriminación racial que lleva el nombre de apartheid. En Portugal, la suerte del imperio de ultramar es discutada dentro del marco que ofrecen las reformas dirigidas a nacionalizar las colonias. En toda África las primeras independencias revelan hasta qué punto la soberanía política recién conquistada se encuentra condicionada por el atraso y por las asimetrías, económicas y de acceso a los recursos, que existen entre grupos étnicos, regiones, comunidades, áreas urbanas y rurales.

El nacionalismo del FRELIMO se encarna primero en la personalidad de estatura internacional de Eduardo Mondlane, y se legitima inspirándose en la Carta de las Naciones Unidas, que reconoce a la

autodeterminación de los pueblos como un derecho fundamental. La opción por la lucha armada, adoptada en 1964, con posterioridad a la de la Guinea-Bissau de Amílcar Cabral y a la de la Angola de Agostinho Neto, resulta haber sido dictada no tanto por la negativa de Portugal a descolonizar, sino por su voluntad –expresada en toda una serie de medidas, reformas y alianzas– de preservar el poder lusitano en África. Las colonias portuguesas del África austral vinieron a representar cada vez más un baluarte estratégico que garantizaba la supervivencia del régimen sudafricano de apartheid y una indispensable fuente de mano de obra para las minas del Transvaal y de Orange, y para las plantaciones de Natal y de Rodesia del Sur. Las regiones cuyas capitales eran las ciudades de Lourenço Marques (luego Maputo), Beira y Napula se convirtieron en áreas de expansión del capital sudafricano, y en zonas de desarrollo de inversiones industriales y de infraestructura. Desde los años Cincuenta, la política portuguesa de reconstrucción de posguerra se coordina con la sudafricana en torno a la estrategia de preservar el "poder blanco" en la región austral. A partir de los años Sesenta esa estrategia encuentra apoyo en Occidente, para la contención de la influencia china y soviética. Ese es el contexto en el que el derecho a la independencia, reconocido en el nivel internacional por la Carta de las Naciones Unidas, y apoyado por la Asamblea General de ese organismo, se ve obstaculizado por las alianzas que se tejen en la guerra fría.

Si se considera la posición geopolítica de Mozambique, y las prioridades de la guerra fría que impiden que Occidente reconozca los legítimos requerimientos de liberación nacional, es evidente que la opción por la lucha armada significará dentro del FRELIMO la conquista de la hegemonía por parte de su componente marxista, por lo demás repartida en diferentes tendencias y alianzas. Las organizaciones sociales y políticas del Occidente que se muestra solidario no pueden sin duda competir con el apoyo internacional, financiero, logístico, de entrenamiento y de armamentos que la China Popular y la Unión Soviética están dispuestas a ofrecer, incluso a través de alianzas africanas de países no alineados, como Cuba, y de países "hermanos" africanos como Argelia, Egipto y Tanzania.

Los estudios sobre la primera etapa de la independencia mozambiqueña (1975-90) y la primera República (1990-94) han puesto de relieve qué factores de orden interno, regional e internacional obstaculizaron con éxito el experimento de edificación nacional y socialista en un país tan pobre. Ese país estaba dotado además de extensas fronteras con los Estados dominados por regímenes de minoría blanca (Sudáfrica, Rodesia del Sur), que financiaron y dieron refugio a los movimientos de contrainsurgencia o disidentes; su independencia adviene en medio de una coyuntura internacional desfavorable desde el punto de vista

político y económico: la crisis del dólar, el petróleo y la deuda externa de la segunda mitad de los años Setenta; la ofensiva de las reformas orientadas a mantener y consolidar el poder blanco a través del apartheid de mediados de los años Ochenta; la crisis ya entonces evidente del modelo de desarrollo del aliado, la Unión Soviética, y de los países socialistas del este de Europa.

Con la independencia, el FRELIMO debe afrontar los problemas de gestión y de transformación de un Estado que soporta pesadas hipotecas. La crisis de una economía ya de por sí frágil había comenzado antes de la independencia. De los aproximadamente 250.000 colonos, más de 40.000 se habían ido entre 1971 y 1973; pronto los seguirán otros 100.000. En 1974 se contaba con 550 médicos matriculados; en 1975 quedaban sólo 80. La "huida" de los colonos significó la desintegración de sectores claves de la economía, y una espectacular caída de los niveles de empleo.

Las nacionalizaciones que siguieron fueron dictadas, además de por criterios ideológicos, por la concreta necesidad de hacer frente al abandono de muchos sectores económicos, tanto en áreas urbanas como rurales. El FRELIMO se había organizado en las zonas liberadas, comarcas rurales de escasa importancia para la economía del país, y llegaba al poder con pocos cuadros, dotados de experiencia preponderantemente militar. En la primera etapa se afronta la situación mediante la organización de grupos "dinamizadores" que deben desarrollar complejas funciones políticas y sociales y, al mismo tiempo, ser escuelas de democracia en cuanto expresión del poder popular, ya experimentado en las zonas liberadas. Pero si en dichas zonas había que desenvolverse en una situación de guerra, y en ámbitos rurales, aquí de lo que se trataba era de administrar la complejidad urbana, los sectores industriales y comerciales y, cosa no menos importante, instaurar con medios casi inexistentes la política de distribución de recursos y servicios (educación, salud, transportes, comercialización rural) a lo largo de un vasto país, escasamente dotado de infraestructuras de comunicación y profundamente asimétrico.

La enorme tarea de administrar el país y al mismo tiempo edificar la unidad nacional a través de un desarrollo "socialista" que se pretendía fuera inclusivo e igualitario significará teorizar y poner en práctica métodos de encuadramiento político y de acción sobre el territorio que se volverán cada vez más rígidamente verticalistas. El partido único que se quería formar como movimiento, aunque en realidad proviniera de una prolongada experiencia de lucha en la cual lo prioritario era ganar la guerra, se transforma rápidamente en un partido de cuadros regimentados. La unidad de la clase dirigente impide que salga a la luz y se discuta críticamente la opción marxista-leninista elegida, y a

continuación sucederá lo mismo con la planificación de modelo soviético. Estas decisiones, que marcan el predominio interno de esa parte de la dirigencia que era devota de la línea más dogmática de socialismo, significan el comienzo del apartamiento de la estrategia de integración nacional, es decir, el incumplimiento de la promesa democrática implícita en la concepción de soberanía popular. El poder queda en manos de un partido-Estado que frena la acción revolucionaria, en provecho de una gestión dirigista cada vez más autoritaria, y cada vez menos en contacto con el país real. Este apartamiento se hace evidente cuando, al par de las declaraciones del presidente Machel que sitúa como centro de la estrategia de cambio a la cuestión rural, se opte por políticas poco flexibles, en gran medida imposibles de aplicar y, sobre todo, ineficientes en lo económico lo mismo que en lo político. Tal caída de la legitimidad del régimen será la que haga frágil en muchas regiones la resistencia contra la disidencia armada encarnada en la *Resistência Nacional Moçambicana* (RENAMO).

El FRELIMO en el poder es portador de una concepción racionalista y modernista –en su versión marxista– del Estado como motor, administrador y responsable del desarrollo. De esa concepción emanan sus políticas, que se configuran como una auténtica "pedagogía" dirigida al pueblo, entendido como uno e indivisible. El marxismo del FRELIMO aparece como el elemento aglutinante de la unidad de la clase dirigente, y el ropaje del nacionalismo es percibido necesario, indispensable si se tiene en cuenta la situación del país en la frontera de la guerra fría (convertida después en guerra caliente con el régimen de apartheid, y con las formas más radicales de colonialismo, las de los settlers) y la etapa histórica que se atraviesa (negación de la devolución del poder según etapas negociadas, resistencia portuguesa a las reformas, y una coyuntura en la cual se reabre en toda África, con la presencia de actores y de influencias ideológicas mucho más radicales y complejas que en la primera etapa, la cuestión de la descolonización).

La influencia del marxismo en la formación y la evolución del nacionalismo del FRELIMO, y en la concepción del Estado que de ello emerge, no es un proceso lineal, ni tiene el cariz dogmático que muchos le atribuyen. Representa más bien un terreno de confrontación y de protesta que seguirá existiendo cuando, a comienzos de los años Ochenta, con la adopción de la planificación de estilo soviético, parezca quedar sofocada toda dialéctica.

Con la independencia, la anterior base de poder del movimiento de liberación (ejército, intereses locales en las zonas liberadas) cambia; se desplaza a los burócratas del aparato estatal, y pasa de las campañas a las ciudades. Durante la lucha por la liberación, el centro de la dinámica y de la argumentación política estaba ocupado por la nación,

entendida como identidad mozambiqueña forjada en la lucha común por la independencia, y por el reconocimiento de iguales libertad y dignidad en la soberanía nacional. En cambio, en la etapa que se abre con la independencia el tema de debate será el centralismo democrático del partido-Estado. El dirigismo predica e impone la unidad nacional sin reconocer las diferencias, es más, demonizándolas como residuo imperialista de políticas de divide et impera coaligadas con el oscurantismo tradicional, y en ello justifica la represión. Las políticas coloniales de divide et impera habían sido una realidad, que había determinado la reestructuración de la jerarquía de poder, tanto en las regiones rurales como en las urbanas, según las jerarquías raciales, y había determinado también el acceso a los recursos y a los derechos (expropiación de tierras, establecimiento de una diferencia jerárquica entre propiedad privada y propiedad tradicional comunitaria, trabajo forzado compulsivo, obligación de determinados cultivos).

En los años Ochenta el FRELIMO se encuentra inmerso en contradiciones que reflejan la lucha entre sus diferentes personalidades. Por un lado, la opción por el marxismo-leninismo y por la planificación de modelo soviético; por otro, las ofensivas promovidas por el presidente Samora Machel, que hace jugar su carisma con mensajes populistas que apelan a la colaboración, a la vigilancia, al compromiso del pueblo, reconociendo los problemas que éste sufre y sus preocupaciones concretas. Estas ofensivas del presidente intentarán reavivar el consenso en los lugares donde la presencia cada vez más incisiva de la brutalidad armada de los disidentes (la RENAMO) no podía ser contrarrestada por un ejército que había abandonado la tradición guerrillera de colaboración con las poblaciones, y se había convertido a su vez en un cuerpo burocratizado, incapaz de asegurar protección a las localidades atacadas por los disidentes. Al mismo tiempo el FRELIMO refuerza su legitimidad regional: es clave en las negociaciones por la independencia de Zimbabue, se convierte en uno de los protagonistas esenciales de la creación de la Southern African Development Coordination Conference, desarrolla una intensa acción diplomática en el mundo afroasiático.

En la segunda mitad de los años Setenta asistimos a un cambio de época, signado por la caída de los precios de las materias primas y por términos de intercambio muy desfavorables, cuyos efectos negativos se multiplican a causa de la desaceleración del crecimiento en los países industriales avanzados, en tanto la declinación de los aportes financieros revela el impacto ya insostenible de la deuda y de los intereses de la deuda. En el frente político, muchos gobiernos y jefes de Estado africanos habían sido derrocados por golpes de estado, y los regímenes autoritarios de partido único que todavía quedaban habían agotado del todo cualquier pretensión de legitimidad popular. Ese alejamiento

queda confirmado por la general incapacidad para manejar los conflictos, tanto los internos como los que se suscitaban entre estados. La decisión de adoptar en Mozambique en 1980 una planificación decenal inspirada por expertos soviéticos es desde un principio una opción que está destinada a agravar la situación de crisis, y a desencadenar después la agresión de las fuerzas garantes de la preservación del régimen sudafricano de apartheid. Que se trata de una opción anticuada queda demostrado por los cambios en curso en el mundo socialista, que se está orientando a modelos de planificación más flexibles. La planificación no será, pues, la solución para recuperar la economía y refortalecer el consenso popular; no proveerá los medios necesarios para retomar el control del país y reemprender el camino del desarrollo. Sólo contribuirá a agravar los problemas, sobre todo los de la agricultura comercial y para alimentación; con ello creará en el país, y especialmente en las regiones marginadas, condiciones favorables a reacciones de pasividad, si no de colaboración con la disidencia armada de la RENAMO. Ya en 1982 el gobierno mozambiqueño reconoce que no hay sólo acciones de bandolerismo desestabilizador, sino una auténtica estrategia con poderosos apoyos regionales, que se propone afectar vías de comunicación y establecimientos agrícolas, eliminar cuadros administrativos y políticos y atemorizar a la población, a la que el ejército no logra proteger. En 1983 el gobierno mozambiqueño adopta una nueva política que recibe el nombre de "Operação Produção", por la que se determina la deportación masiva a áreas rurales de la población urbana que pueda ser considerada improductiva. Esta decisión desastrosa provocará un mayor agravamiento de la crisis económica, y contribuirá a extender a nuevas áreas la disidencia y el apoyo a la RENAMO.

El debate sobre la caída de la legitimidad del FRELIMO es amplio y matizado. Ya se ha hablado de la herencia negativa de las condiciones geopolíticas adversas, del cambio al dirigismo, de la decisión de imponer una planificación según el modelo soviético. El antropólogo C. A. Geffray, en un trabajo que ha tenido mucha publicidad y gozado de amplio crédito, sostiene que el dirigismo del FRELIMO, al marginar las instituciones y las autoridades tradicionales, terminó por echarlas en brazos de la RENAMO[165]. Hasta cierto punto esta tesis es apoyada por quienes subrayan que un movimiento modernista como el FRELIMO vino a quedar capturado por la ciudad y, al tomar el poder en la capital terminó por valorizar mucho más las regiones meridionales, aunque los medios con que allí se contaba fueran escasos; por otra parte, de esas misma regiones provenía gran parte de la dirigencia.

165 C. A. Geffray, *La cause des armes au Mozambique. Anthropologie d'une guerre civile*, Karthala, Paris 1990.

Pero en este contexto las argumentaciones más interesantes son las que desarrolla Bridget O'Laughlin[166] al poner de manifiesto que el FRELIMO, aun cuando había desarrollado en áreas rurales su lucha de liberación, en la práctica política era tributario de una visión aplanada del mundo campesino, dentro del cual parece no haber podido reconocer las profundas diferencias y jerarquías existentes, según se habían formado durante una secular historia de dispersiones, emigraciones, retornos, trabajo forzado, cultivaciones compulsivas. De igual modo, tampoco fue consciente de la existencia (y la importancia) de las distintas formas de introducirse en las dinámicas de producción y comercio a nivel regional, ni de hasta qué punto la llamada agricultura familiar de subsistencia dependía ya, irreversiblemente, de otras fuentes de supervivencia que no necesariamente eran agrícolas.

Todos los investigadores que se ocupan de Mozambique han puesto en claro que la típica familia rural mozambiqueña está de algún modo inserta en el contexto de los intercambios de productos y de migrantes ya desde fines del siglo XIX, a causa de las políticas coloniales basadas en la imposición y el cobro de tasas, la venta de fuerza de trabajo a las minas sudafricanas, la emigración, el trabajo forzado y las producciones campesinas de agricultura comercial, en particular el algodón en las regiones centrales y septentrionales. Las corrientes de fuerza de trabajo y los flujos financieros se fueron intensificando en toda la extensión de las fronteras mozambiqueñas a partir de los años Sesenta, en relación directa con la expansión regional del régimen de apartheid, y el crecimiento de la producción minera y agrícola en las Rodesias, en Niasalandia y en Tanganica (Tanzania).

En ocasión de ser investido jefe del gobierno de la transición (1974), Samora Machel había subrayado el desequilibrio del desarrollo regional de Mozambique, sobre todo entre las ciudades y el campo. En consecuencia, la prioridad del FRELIMO debía ser mejorar las condiciones de vida en las campañas, donde vive la mayoría de los mozambiqueños y donde se había manifestado la más dura brutalidad del trabajo forzado, de los cultivos obligatorios, de la constricción a emigrar, además de los efectos destructores de una larga guerra de represión de la lucha de liberación nacional (1964-74). Samora y el FRELIMO, influidos por la experiencia maoísta (la revolución campesina) y por el ejemplo del país amigo y solidario, Tanzania, que con la Declaración de Arusha había tomado el camino del desarrollo ujamaa, no tomaban en cuenta

166 B. O'Laughlin, "Class and the Customary: the Ambiguous Legacy of the Indigenato in Mozambique, en 'African Affairs' ", 99, 194, 2000, pp. 5-42. Véase también la respuesta de M. Mamdani, "Indirect Rule and the Struggle for Democracy: a Response to Bridget O'Laughlin" en *African Affairs*, 99, 194, 2000, pp. 43-6.

hasta qué punto la sociedad campesina real era distinta, y estaba jerárquicamente diferenciada.

En la reorganización de las zonas "liberadas", el FRELIMO había privado de toda función pública a las autoridades tradicionales y de linaje. Para reemplazarlas en su carácter de sedes de autoridad y poder habían sido instaurados mecanismos de integración social que debían transmitir la ideología del proyecto nacionalista y unitario: escuelas rurales en las que se enseñaba geografía e historia de Mozambique, centros de salud en los que eran atendidos militares y civiles, campañas de vacunación, tiendas populares en las que se intercambiaban productos agrícolas por bienes de consumo básicos introducidos de los países vecinos, o provenientes de cooperativas o campos colectivos. Para el FRELIMO, la transformación en curso en las zonas liberadas debía servir de modelo para el involucramiento de las masas campesinas en el proyecto nacionalista y revolucionario, y para estimular la adhesión a los cambios introducidos en la organización social y produttiva. Para la mayor parte de los campesinos, la lucha de liberación significaba la esperanza de librarse de un colonialismo que se valía del trabajo forzado, que se apoderaba de las tierras ancestrales, que obligaba a escapar. En el proyecto modernizador del FRELIMO la construcción de un nuevo Estado significaba en primer lugar postular que el involucramiento de las masas campesinas en el proyecto revolucionario pasaría a ser un dato de hecho incontrovertible, y que se concretaría en una política de reorganización del campo mediante el impulso a la colectivización en aldeias comunais (comunitarias), con el fin de dar estímulo a la colaboración entre entidades rurales que se hallaban dispersas, y estaban divididas por las políticas coloniales. En ese contexto, la creación de cooperativas debía representar el instrumento de recomposición de la solidaridad, y la construcción de las aldeas tenía por fin reagrupar poblaciones dispersas, para permitir al gobierno brindar una asistencia más eficaz en materia de servicios (transportes, energía, salud, educación, provisión de agua potable y de electricidad). La política de concentración de la población rural era la premisa necesaria para introducir nuevas formas de producción colectivas, consideradas más eficientes e igualitarias, de acuerdo con el modelo de las zonas liberadas.

Las aldeas comunitarias transformarían a los pobladores del campo de súbditos en ciudadanos, a la vez que los ciudadanos "étnicos" pasarían a transformarse en "nacionales", reconocidos socialmente sobre todo en su relación con el Estado-nación. Debía desaparecer la tribu, y dejar su lugar a la nación. Los ciudadanos, ya no en relación de sujeción con sus jefes tradicionales, debían habitar juntos en unidades administrativas sometidas a la autoridad de los representantes del Estado, cuya función era decidir acerca del acceso a los recursos,

como por ejemplo la tierra, respetando los principios establecidos por el poder central. El proyecto, en nombre de la revolución racionalizante y modernizadora, quería integrar al mundo campesino en la creación de un Estado-nación moderno, en el que ningún espacio podía dejarse a formas de organización social y productiva consideradas arcaicas y oscurantistas. En la práctica, la construcción de aldeias comunais debió hacer frente a la carencia de medios, al dogmatismo o la inexperiencia de los cuadros estatales abocados a la realización, a la resistencia abierta o disimulada de las poblaciones campesinas y, sobre todo, a la falta de estímulos que pudieran hacer apetecible el reemplazo de las viejas autoridades, y de las reglas tradicionales, por nuevas reglas aplicadas por dirigentes de los que no se conocía el grado de legitimidad que poseían, o si se conocía no parecía justificado. La resistencia y los fracasos fueron imputados por lo general a la herencia de divisiones dejadas por la administración colonial. Sin embargo, de los discursos y los documentos se transparentan incomprensión, impaciencia y desconfianza hacia un mundo rural que, se estimaba, era resistente a los cambios por causa de su apego a tradiciones oscurantistas, enemigas de la modernidad.

La resistencia a las *aldeias comunais* y su fracaso hacen surgir en el discurso oficial un lenguaje que refleja el que se hallaba en uso durante el período colonial, y que representaba al campo como un ámbito en el que vivían masas atrasadas, encerradas en sus costumbres ancestrales, prisioneras del oscurantismo y el tribalismo. La voz de orden "progreso", al tener que enfrentarse con las dificultades que impedían la puesta en práctica de la estrategia colectivista, se transforma en política, que se percibe dirigida principalmente contra el pueblo. Un primer principio establecía que las tierras no utilizadas, o que hubieran quedado libres por la partida de antiguos colonos que habían abandonado el país en masa, no serían explotadas sino por procedimientos colectivos. Los campesinos expropiados durante el período colonial no estaban, pues, en condiciones de reivindicar la devolución de las tierras que consideraban propias. La Ley de Tierras de 1979 reiteraba ese concepto. Se disponía asimismo que en las aldeas comunitarias la producción de una familia no podía ocupar más de una hectárea de terreno no irrigado *(sequeiro)*, y media de regadío. Esta norma fue letra muerta, y el reagrupamiento de las familias en aldeas comunitarias tuvo efectos negativos sobre la producción agrícola alimentaria casi en todas partes. La aldea comunitaria pasará a ser para las poblaciones rurales sinónimo de prohibición de las prácticas sociales tradicionales y causa de decadencia productiva, con el consiguiente empeoramiento de las condiciones de vida de las poblaciones rurales.

La concepción de la aldea comunitaria estaba basada en una idealización de la experiencia de las zonas liberadas, y tomaba como fundamento una representación por completo abstracta del campo, del que se ignoraba o se consideraba irrelevante la diversidad histórica y regional, la complejidad de las estrategias de vida, sus jerarquías, sus alianzas de intereses, la importancia de sus prácticas sociales. Más que una estrategia de transformación social del campo, las aldeias comunais se revelarán un método inapropiado de incorporación y sujeción del mundo rural para su encuadramiento en las nuevas instituciones llamadas partido, grupos dinamizadores, células (del partido), asambleas populares, organizaciones democráticas de masa y otras. En 1978, más allá de la retórica oficial, la población que vivía en aldeas comunitarias no superaba el 12 por ciento de la población rural,y en 1982-83 no pasaba del 20 por ciento. De todos modos hay que tener en cuenta las grandes variaciones entre provincias, diferencias que cuentan con explicaciones históricas entrelazadas con la capacidad de ejercer presión de las autoridades locales, las consecuencias de la guerra y las de devastadoras catástrofes naturales. En las provincias de Cabo Delgado y Niasa la reagrupación de la población rural en aldeas determinadas es la consecuencia de la lucha por la liberación, de la existencia de aldeamentos portugueses (concentraciones de población que se pretendía sustraer a la influencia de la lucha d liberación) y de la reinstalación de emigrados y refugiados que volvían de Tanzania y Malaui. En Tete se construyeron aldeas después de las devastaciones provocadas por las inundaciones del Zambeze. Los elevados porcentajes de aldeas comunitarias que se observan en Gaza (20 por ciento en 1978, y 51 por ciento en 1983) son consecuencia de las inundaciones del Limpopo en 1977, del desplazamiento de población llevado a cabo para poder instalar en el territorio empresas agrícolas estatales (Complexo Agroindustrial do Limpopo), que harían del valle del Limpopo el granero del país, y por último de la masa de refugiados de los ataques de la RENAMO y de su aliado, el ejército rodesiano. Las aldeas comunitarias de Sofala fueron en parte el área de instalación de las poblaciones que habían podido escapar de las inundaciones del Buzi y del Pungu; otras se organizaron sobre anteriores aldeamentos. En Zambezia existía en 1982-83 un número exiguo de aldeas, y la hostilidad de la población hacia esa forma de ocupación rural era tan evidente como lo revelaría pronto la multiplicación de las acciones de la RENAMO. En las provincias de Manica e Inhambane, que en 1978 tenían porcentajes muy bajos de aldeas, hubo luego un rápido incremento, a causa de la extensión de las actividades de guerra terrorista de la RENAMO. La provincia de Nampula, única que en este período no fue afectada por catástrofes naturales importantes, debe la construcción de sus aldeas a la movilización con frecuencia

forzada de las poblaciones. A comienzos de los años Ochenta la amenaza de la RENAMO, que se estaba extendiendo hacia el norte, sirvió para acelerar el proceso. Después de 1983 el proceso de instalación en aldeas se hace en función de proteger a la población contra los ataques de la RENAMO.

La resistencia a la política de reorganización del mundo rural, y en particular a la colectivización, iba desde la pasividad, o desde el rechazo de los nuevos modos de organización, a la rebelión abierta, pasando por formas de compromiso negociado con el poder estatal. Sobre todo, no hubo ningún cambio notable en el aspecto productivo: la agricultura familiar siguió siendo la base económica de la subsistencia, y también de los intercambios comerciales, y el número de cooperativas que se llegó a formar fue ciertamiente irrisorio. El retiro de los campesinos del mercado de productos y del de trabajo, imputado por las autoridades a una tradicional resistencia a trabajar, no era en verdad otra cosa que la inexistencia de un mercado: pocas o ninguna mercadería para intercambiar, salarios excesivamente bajos, condiciones de vida esclavistas en las plantaciones, duras y poco remunerativas cultivaciones que otra vez se habían vuelto obligatorias. En cuanto podían, los campesinos "votaban con los pies", como ya lo habían hecho en el período colonial, cruzando alguna frontera en busca de mejores condiciones y dedicándose a la candonga, el contrabando de los productos que cultivaban. Ya desde comienzos de los años Ochenta estaba claro que la expansión de la RENAMO en el territorio no podía ser explicada sin tener en cuenta de alguna manera la actitud de las poblaciones campesinas, que podía ser de pasividad o miedo pero también, en algunas regiones, de explícita adhesión a la disidencia armada. Por lo común la disidencia señala una herencia de marginación nunca resuelta o nunca escuchada, la crisis profunda que afecta al mundo campesino en esa específica situación, la presencia de conflictos impuestos "desde arriba". La presencia de una actitud pasiva de los campesinos, o de activa adhesión a la RENAMO es también un indicador de dónde, cómo y en qué medida la marginación debida a los métodos tradicionales de gestión de las sociedades campesinas no había podido ser reemplazada por otros métodos, más eficaces y sobre todo más justos y, de todos modos, legítimos. En realidad, el proyecto de lograr el desarrollo por medio de la racionalización, y con la ayuda de estímulos otorgados al mundo campesino, más allá de las consideraciones que merezcan la rigidez y el dirigismo del modelo impuesto no contó sino con el aval de una mnoría del partido, la línea maoísta que llamaba a contar sólo con las fuerzas propias, y recurrir sólo a tecnologías básicas. Pero los cuadros del partido y del Estado que prevalecen cuando se trata de imponer una determinada línea política son

los más profundamente influidos por la planificación según el modelo soviético. Son los partidarios de aplicar tecnologías modernas en forma intensiva, para hacer crecer la eficiencia de las fuerzas productivas y avanzar con rapidez por el camino del socialismo. Pero es un hecho que el país no cuenta ni con los recursos ni con las infraestructuras suficientes para poder aprovechar a fondo las tecnologías más modernas. Más aun, esas tecnologías, proporcionadas por los soviéticos, muestran no ser competitivas, y fundamentalmente no adaptarse bien a la situación mozambiqueña. Sin embargo, la clase dirigente insiste en la estrategia de desarrollo enunciada, que en su segunda etapa apunta sus prioridades a invertir en empresas estatales de grandes dimensiones, a poner en funcionamiento un mecanismo comercial colocado por completo bajo el control del Estado y a una política de precios que definía los términos de intercambio entre industria y agricultura en condiciones muy desfavorables para los productores rurales.

La nacionalización de la tierra terminó por penalizar el acceso a ella de los pequeños agricultores, mientras que la ley de 1979 se erigía en la base legal para la expropiación de tierras en favor de las empresas estatales, en especial en las zonas de desarrollo agrario planificado definidas por el Estado. La nacionalización de la tierra se hizo en perjuicio sobre todo de los campesinos. Irónicamente, los únicos que escaparon de ella fueron algunos propietarios extranjeros que habían tomado la decisión de permanecer en el país tras la independencia. El vuelco a favor de las empresas estatales maduró en 1977, incluso como una primera comprobación de la ineficacia de las producciones de tipo colectivo, y con la idea de que las empresas de agricultura industrial podrían generar el círculo virtuoso del crecimiento productivo.

En el discurso ideológico permanece firme la referencia a la prioridad del desarrollo desde abajo, pero en la práctica ese criterio es reemplazado por una concepción de desarrollo enteramente tecnocrática, que todavía no se aviene a reconocer, o mejor dicho a admitir, la lección del ya definitivo fracaso de la experiencia de la Unión Soviética y los países del Este de poner la agricultura en manos del Estado. Las dos estrategias, la del encuadramiento del mundo campesino y la colectivizacón, y la de alcanzar el desarrollo mediante la intensificación de las inversiones en medios de producción, en empresas de grandes dimensiones, integraban un común ideal de modernización acelerada y controlada, que pasa a ser la orientación dominante y vencedora de quienes controlaban las posiciones decisivas en el aparato de la planificación. Por otra parte, su poder derivaba también de la influencia que ejercían los consejeros y expertos del Este, tanto más influyentes en la medida en que, desde los años Ochenta, la guerra fría se estaba transformando en guerra caliente, a causa del apoyo logístico y en armas

que Sudáfrica prestaba a la RENAMO. Esto hacía necesario preservar el apoyo diplomático, y también el apoyo concreto de los "compañeros de ruta" de lo países socialistas. En los Ochenta, la adopción de rígidos modelo dirigistas, tanto en la conducción de la economía como en la de la guerra contra la RENAMO, significó dejarse arrastrar hacia el desastre, y señaló a la vez el período más problemático de las relaciones con Occidente. En el lapso 1983-84 la RENAMO está convencida de poder ganar la guerra con el apoyo sudafricano, que parece condicionar cada vez más a su grupo dirigente y a las acciones que éste emprende. Internacionalmente, en la primera mitad de la década del Ochenta una amplia ofensiva diplomática sudafricana parece reforzarse con la puesta en práctica de reformas, en especial la nueva legislación sobre relaciones industriales y la nueva constitución presidencialista, que concede el derecho de voto y la representación, en parlamentos separados, a la población de origen asiático y a los coloureds (mestizos), pero no a la mayoría negra. Esas reformas apuntan a una transformación que no implica abandonar el régimen de supremacía y poder blanco; una estrategia que persigue la victoria de la UNITA en Angola, y la legitimación *manu militari* de la RENAMO en Mozambique, como fuerza alternativa al FRELIMO. Pero ya a fines de los años Ochenta la situación es muy diferente: el régimen de apartheid está obligado a negociar la transición (1990-94) al gobierno de mayoría, que estará bajo la conducción del African National Congress. El poder blanco pierde por completo el papel que venía desempeñando en la solución de la guerra en Mozambique, ahora en manos de las Naciones Unidas, en colaboración con la OUA y los países de la Línea del Frente.

A fines de los Ochenta Mozambique es el país mártir de África. El acuerdo de paz firmado en Roma en 1992 entre el FRELIMO y la RENAMO es el resultado de una estrategia de amplio radio, pero también de una serie de coyunturas específicas. Lo que obligó a acudir a la mesa de negociaciones fue la dura realidad de un conflicto que con el fin de la guerra fría era ya incontenible, y que resultaba aún más duro por causa de la sequía que afectó al país entre 1981 y 1984[167]. Las prioridades de aquella parte de la comunidad internacional que realmente contaba, vale decir los Estados Unidos y Europa, se concentraban por completo en hallar una solución negociada a la cuestión sudafricana; y para que esa aspiración se hiciera realidad era un prerrequisito el fin de la guerra en Mozambique. La historia del acuerdo de paz está precedida por una sucesión de hechos que constituyen un preludio al abandono

167 J. P. Borges Coelho "Estado, comunidades e calamidades naturais no Moçambique rural" en B. de Sousa Santos, T. Cruz e Silva (orgs.*), Moçambique e a reinvenção da Emancipação Social*, Centro de Formação Juridica e Judiciaria, Maputo 2004, pp. 49-76.

del marxismo-leninismo y a la adopción de una constitución que prevé elecciones con multiplicidad de partidos, en un ambiente abierto al liberalismo económico.

Ya en 1982 había habido intercambio de embajadores entre Estados Unidos y Mozambique, clara indicación de que aun en medio de la planificación socialista, y a punto de emprender la "Operação Produção" de 1983, de algún modo se estaba ya negociando una posible salida. Los vientos de cambio de fines de los años Setenta, con la llegada al poder de Margaret Thatcher en el Reino Unido, y de Ronald Reagan en Estados Unidos, aportaron un mensaje radicalmente hostil al comunismo. En 1982 empiezan las negociaciones, en gran parte secretas, que dos años después llevarán al FRELIMO a firmar el acuerdo de Nkomati con el régimen de apartheid. Ese acuerdo prefigura una forma de cese del fuego, y un mutuo compromiso de no agresión que no será respetado a continuación. Sin embargo, el acuerdo tenía un corolario que la mayoría desconocía por entonces: se iniciarían negociaciones secretas con la RENAMO. En esos mismos años se decidió iniciar contactos con el FMI y con el Banco Mundial.

Pero harían falta todavía varios dramáticos años más de guerra, que ambas partes se ilusionaban con ganar, para que fuera posible iniciar negociaciones con una agenda muy concreta, no sin haber acordado antes una serie de condiciones de ambas partes. Después de Nkomati, y con la adhesión de Mozambique al FMI y al Banco Mundial, ya resultaba más fácil obtener asistencia económica de los países occidentales, concretamente de Estados Unidos. El acuerdo de Nkomati, criticado ásperamente por los elementos "duros y puros" de la revolución, y por la práctica totalidad de los "compañeros de ruta" internacionalistas, no puso fin al apoyo que Sudáfrica daba a la RENAMO, pero contribuyó sin duda a dotar al FRELIMO de renovada legitimidad internacional. Fue de todos modos la demostración más evidente de la duplicidad sudafricana, que se valió de sus estipulaciones para incrementar el apoyo logístico y de armas que brindaba a la RENAMO. Pero esa acción puso de manifiesto, si es que todavía hacía falta, la potencial peligrosidad de un militarismo descarado, que amenazaba poner en peligro el lento progreso a la disolución del sistema de apartheid y hacer detonar la situación de manera incontrolable. En cambio, volvía a aparecer en escena un FRELIMO pragmático, como el que la diplomacia, incluida la norteamericana, había conocido y apreciado a fines de los Setenta, en la mesa de negociaciones por la independencia de Zimbabue.

El presidente Samora Machel murió en un accidente aéreo en octubre de 1986, cuando estaba llevando a cabo una intensa campaña diplomática de encuentros y contactos en la región. La investigación del accidente no ha proporcionado todavía explicaciones exhaustivas y con-

vincentes acerca del grado de responsabilidad que le cabe a Sudáfrica, y no sólo a ese país. Pocos meses después de la desaparición de Machel, el gobierno guiado por Joaquim Chissano adoptaba el Programa de Reabilitação Economica (PRE), según los dictámenes de lo negociado con el Banco Mundial y el FMI. Aún se está en una economía de guerra, pero el PRE indica, como medida clave de la reconstrucción y del saneamiento, abandonar la planificación estatal centralizada y poner en práctica la liberalización para la reconversión al mercado. A esto siguió el abandono del marxismo-leninismo, la adopción en 1990 de la constitución con pluralidad de partidos y la aprobación de reformas administrativas. El acuerdo de paz de 1992 definirá los términos que garanticen la democracia pluripartidaria por medio de elecciones en condiciones de competitividad.

Durante todo el período de negociaciones por la paz el FRELIMO logró mantener una notable coherencia interna, evitando hacer públicas sus divergencias, y manteniendo siempre bajo control la cuestión de los compromisos que asumía. Para ello se valió de la considerable experiencia en negociaciones de sus representantes, y de un nivel de credibilidad incomparablemente más alto que el de la RENAMO, dotada de muy escasa capacidad de determinación autónoma. Por otra parte, la RENAMO no contaba en África con patrocinadores de importancia, en tanto que el FRELIMO tenía el crédito de haber apoyado la liberación de Zimbabue, y sobre todo era el compañero de ruta y aliado en armas del *African National Congress* (ANC), que con la liberación de Mandela en 1990 y la apertura de la *Multiparty Conference*, el foro multipartidario, se había convertido en la fuerza política regional de mayor importancia. El primer país que Mandela, convertido ya en icono internacional, había visitado después de su excarcelación fue justamente Mozambique. Machel era y es considerado un héroe de la lucha contra el apartheid, muerto por la liberación de Sudáfrica.

Para la RENAMO constituyó un éxito que se la reconociera como interlocutor en las negociaciones y, al tiempo, como partido dentro del contexto de las elecciones democráticas. Más allá de su primaria ideología de fundamentalismo tradicionalista, y del accionar brutal de sus formaciones, es también al fin y al cabo un movimiento de nuevo tipo. Agrupa a los nostalgiosos del colonialismo portugués, a los disidentes de distintas proveniencias, a los descontentos, a los anticomunistas, y ha obtenido apoyos sobre todo en las regiones menos favorecidas, entre las poblaciones más vulnerables o que se habían visto marginadas desde la toma del poder del Estado por quienes controlaban algún recurso de modernidad, provenientes sobre todo del sur y de las áreas urbanas.

Negociadores del acuerdo de paz, como Brazao Mazula, lo han definido“ de costrucción de confianza”. Las primeras elecciones, y las que las siguieron, demuestran que la confianza es frágil y se encuentra condicionada por las garantías internacionales en materia financiera y diplomática. Todos los observadores parecen estar de acuerdo en subrayar que la democracia electoral ha funcionado formalmente, aunque con problemas de transparencia y por cierto que con algún fraude; sin embargo, el proceso electoral está muy lejos de haber contribuido a la construcción de un nivel mínimo de confianza entre el FRELIMO y la RENAMO, y entre estos y los electores-ciudadanos. Las tres elecciones nacionales y presidenciales realizadas, y las elecciones de carácter local o regional, confirman una de las hipótesis de este trabajo, ya que el FRELIMO ha obtenido la mayoría en todas ellas. Esto significa que de partido único se ha transformado en partido hegemónico, dentro de un sistema parlamentario con dos partidos. Los partidos registrados son más de cuarenta, pero a pesar de que el sistema electoral es de tipo proporcional sólo esas dos agrupaciones están representadas en el Parlamento. De cualquier manera, la participación en las elecciones ha venido reduciéndose considerablemente hasta llegar a menos del 50 por ciento en las elecciones de diciembre del 2004[168]. Otro hecho interesante es que la RENAMO ha perdido la mayoría electoral en regiones donde antes superaba al FRELIMO (Tete, Nampula, Niasa), y alcanza niveles parejos en Manica, otro de sus bastiones tradicionales. Como se ve, la RENAMO ha retrocedido en medida más considerable que en las dos luchas electorales anteriores. Empero, la escasa participación en las elecciones es una señal de desconfianza hacia el gobierno, monopolizado por un FRELIMO que ocupa el Estado casi como si fuera un partido único. Una vez más puede comprobarse que por ahora no existe una clase dirigente alternativa, cuya presencia permita iniciar un proceso de verdadera democratización. La RENAMO sigue siendo una formación desorganizada y oligárquica, cuyo estilo autocrático de conducción no deja espacio a los nuevos miembros. Sus posiciones políticas, y la acción que despliega en el Parlamento, son débiles y contradictorias, por lo que, al no lograr influir por las vías institucionales, el partido de oposición se encuentra permanentemente tentado a recurrir a la violencia. Y ya que el país transita hoy el camino de la liberalización económica, tanto los inversores como los diferentes organismos financieros internacionales y las organizaciones que administran planes de ayuda parecen haber llegado a la conclusión –aunque critiquen la abierta corrupción y la falta de transparencia– de que si se considera

168 C. Serra (ed.), *Eleitorado incapturavel. Eleções municipais de 1998 em Manica*, Chimoio, Beira, Dondo, Nampula e Angoche, Universidade Eduardo Mondlane, Maputo 1999.

la fragilidad institucional del país el FRELIMO es, después de todo, el único interlocutor creíble en su afirmación de que aspira a dar impulso al crecimiento de la economía de mercado, y a obtener algún grado plausible de democratización.

Muchos análisis han sido intentados para procurar comprender la espectacular caída de la participación en las elecciones. El más convincente es el que investiga principalmente la desconfianza existente hacia un Estado y un partido hegemónico que ha abdicado de su responsabilidad pública hacia los ciudadanos y está funcionando, sobre todo, como garante de los intereses de acumulación de quienes ocupan alguna posición de poder y autoridad. Sin duda mercado y democracia han provocado profundos cambios en Mozambique. Han mejorado las perspectivas de unos pocos elegidos que hoy tienen acceso a los recursos (educación, préstamos, cercanía del poder político), pero a costa de la miseria y del sufrimiento de muchos. Por todas partes la miseria, la marginación y el sufrimiento se concentran entre los elementos más vulnerables de la población: niños, mujeres, jóvenes sin instrucción o desocupados, poblaciones rurales. Las leyes del mercado han redistribuido los beneficios que proporcionaba el crecimiento, sin preocuparse por la suerte que corren los perdedores. Quienes sufren los costos del ajuste, vale decir, pérdida del trabajo, aumento de precios y, sobre todo, de los bienes alimentarios básicos, deterioro de los servicios de salud y de educación primaria, son los que no están en condiciones de obtener beneficio alguno de la creciente eficiencia del mercado. La democracia parece haber eximido al Estado de hacerse cargo de los costos humanos del desigual acceso a los recursos, tema que parece salirse de las consideraciones sobre los mercados y que, por ello, se deja librada a las argumentaciones sobre derechos humanos. Estas políticas que excluyen dan lugar a una intensificación de la informalidad económica y política, que contribuye a la fragmentación de la nación, no a su integración.

No es posible dejar de subrayar un notable aspecto de continuidad en el recorrido del FRELIMO desde el marxismo al liberalismo: el ideal nacional y modernizador sigue en el poder, aunque hoy se lo conjugue con características opuestas a las redistributivas y solidarias de la época de la independencia. Algunos dirigentes marxistas convencidos han sido excluidos, mientras otros que en la primera República habían sido dejados de lado, provenientes sobre todo del centro y el norte del país, obtenían cargos de importancia. Claro que los presidentes que se sucedieron tras la muerte en 1986 de Samora Machel, consagrados en elecciones democráticas, Joaquim Chissano y Armando Guebuza, pertenecen a la vieja clase dirigente del FRELIMO. El Estado ha perdido visibilidad en el sentido de que está cada vez menos presente como Estado "providencia", pero sigue siendo indispensable

para acceder a financiación que en gran parte proviene de la ayuda internacional, y para conquistar posiciones en los sectores económicos y en la tarea de controlar la distribución de las ventajas. En este contexto las regiones menos competitivas y menos representadas –las más tentadoras para los especuladores– y las poblaciones rurales más vulnerables se encuentran siempre a merced de decisiones que en ningún modo pueden controlar.

ETIOPÍA: DEL IMPERIO AL ESTADO "ÉTNICO"

Un caso aparte es el de Etiopía, que recién a mediados de los años Ochenta decide la formación de un partido único (el *Workers People's Party*, WPE) y la adopción de una Constitución en 1986, que define al Estado "unitario y socialista" y considera al partido único la instancia suprema del poder. Así, el texto constitucional reitera las decisiones tomadas por los militares que habían tomado el poder en nombre de una Etiopía unida, centralizada, en la que ningún espacio queda para reivindicaciones nacionales o regionales. Desde ese momento se hará más intensa la búsqueda de una solución final armada contra la lucha de liberación eritrea, y también se intensificará la represión contra cualquier alternativa de disidencia.

La naturaleza del régimen puede ser ejemplificada por las profundas reformas emprendidas a partir de marzo de 1975 en la estructura de control de la tierra y del trabajo en áreas rurales. Fueron nacionalizadas todas las tierras, se abolió la propiedad privada de ella, se prohibieron los contratos de arrendamiento y de reclutamiento de fuerza de trabajo entre particulares y se procuró garantizar el acceso a la tierra cultivable a todas las familias. Las unidades de cultivación agrícola fueron organizadas en forma de asociaciones campesinas, dotadas del poder y la autoridad de distribuir y redistribuir tierra entre las familias, cobrar las tasas y organizar prestaciones de trabajo para las obras públicas. Las asociaciones campesinas formaron cooperativas de negocio, que debían proveer los servicios comerciales y de asistencia. Cooperativas de productores eran responsables del manejo de terrenos, en haciendas administradas en forma comunitaria, y también se crearon haciendas del Estado. En 1989 existían 17.000 asociaciones campesinas y 3.700 cooperativas de servicio, mientras que el sector de producción socializado, compuesto por cooperativas y haciendas del Estado, contaba con 290.000 integrantes. Por lo tanto, pese a la legislación y al empeño por socializar la agricultura, esta siguió preponderantemente bajo el control de medianos y pequeños campesinos. El sector privado controlaba alrededor del 94 por ciento de la tierra cultivada, y sin embargo la mayor parte de los recursos financieros y de los estímulos eran dedicados al sector socializado, sin que por otra parte se alcanzaran niveles de

productividad adecuados. En 1985 se convirtió en política nacional la redistribución en aldeas de los campesinos, y para 1989 ya había sido trasladado un tercio de la población rural. La campaña se había iniciado por la necesidad de reinstalar a campesinos que habitaban áreas afectadas por la sequía, pero se transformó después en un esquema costoso, que requería aplicar ingentes medios financieros y de coerción. Ya en 1988 el régimen se había visto obligado a conceder medidas de liberalización: la situación económica se hallaba profundamente deteriorada, y se hacían sentir los duros efectos de la guerra con los eritreos y de la disidencia armada de los movimientos del Tigrai, en particular el Frente Popular de Liberación del Tigrai (FPLT), triunfante en la batalla de Afabet.

Abandonado por los soviéticos, el régimen resistió todavía tres años antes de ser derrocado. El 28 de mayo de 1991, la caída del régimen de Mengistu significa un vuelco radical en la historia política de Etiopía. Al contrario de los eritreos, el FPLT no reivindicaba la independencia, sino mayor autonomía en el seno de una Etiopía unida. En previsión de la caída del régimen había creado en torno suyo un frente de diferentes organizaciones, que debían representar los distintos componentes étnicos y sociales de la compleja realidad etíope bajo la sigla FPDRE (Frente Popular Democrático Revolucionario Etíope). En los hechos, los tigriños del FPLT siguieron ejerciendo absoluta hegemonía sobre las organizaciones que eran sus aliadas, ante todo por ser quienes retienen el monopolio de la fuerza. Pero en el total de la población etíope son sólo el 7 por ciento, y las diferentes organizaciones étnicas son también muy representativas.

La instauración de una Asamblea representativa en Adis Abeba se basa explícitamente en las llamadas representaciones étnicas. Lo novedoso del sistema puesto en marcha por el nuevo poder radica justamente en la noción de "representatividad étnica", cuyos contenidos reales son por ahora poco claros. Hacia el futuro, el problema consiste en saber hasta qué punto es manejable esta solución, y hace posible gobernar un país con tan numerosos grupos étnicos, tan divididos entre sí, y en el que la concepción del poder central imperial, propia de la cultura amárica, sigue siendo fortísima. Habrá que analizar también hasta qué punto el debate sobre la etnicidad oculta otro más profundo, el de la naturaleza política y económica del poder. Por un lado, los acontecimientos del país ponen en evidencia la fuerza del sentimiento unitario, encarnado sobre todo en las élites de cultura amhara; por otro, ha madurado una crisis de identidad que hace surgir formas cada vez más explícitas de reivindicación de base étnica, o vuelve a dar auge a las antiguas –pero no antiquísimas– coaliciones históricas y religiosas. El problema de elegir según la representatividad "étnica" no radica tan-

to en la concepción como en su puesta en práctica; en efecto, la citada elección podría revelarse un instrumento de poder para asegurar la dominación de una minoría.

LA SOLITARIA LUCHA DE ERITREA

En 1950 las Naciones Unidas habían reconocido la autonomía de la Eritrea federada con Etiopía, pero ya en 1952 salía a la luz el conflicto entre un imperio centralista, gobernado con métodos autocráticos, y un territorio, el eritreo, que sobre todo en el período del gobierno inglés, a partir de 1941, había conocido formas de gobierno de carácter constitucional democrático. El emperador etíope violó los términos del estatuto de autonomía de Eritrea al decretar la abolición de los partidos políticos, colocar fuera de la ley a los sindicatos y suprimir en 1956 el uso oficial de las lenguas tigriña y árabe, reemplazadas por la obligación de aprender el amárico, idioma de la integración al imperio. Las represiones contra la población y los estudiantes fueron volviéndose más duras y sangrientas. Se cerraron diarios eritreos, y las fábricas más importantes fueron desmanteladas y trasladadas a territorio etíope.

Las Naciones Unidas no intervinieron, pues la política estadounidense era por completo favorable al imperio etíope, entonces su principal aliado en una África que se encaminaba a la descolonización. Un Parlamento eritreo elegido bajo estricto control etíope ratificò en 1961 la disolución de la federación. Contra esta situación de progresiva erosión de cualquier forma de autonomía o libertad fue organizado el Frente de Liberación Eritreo (FLE), del que en los Setenta surgiría, como consecuencia de enfrentamientos internos sobre la ideología y la línea política a seguir el Frente Popular de Liberación Eritreo (FPLE). Este es un representante de la segunda generación de movimientos de liberación: no sólo se opone al imperio etíope, sino que cuenta también con un programa político de transformación social, lo que lo hace muy similar a frentes como el FRELIMO y el MPLA. Ambos, en el curso de su lucha por la liberación habían madurado la convicción de que la victoria militar era apenas una parte del proceso, que sería incompleta si los movimientos no arraigaban en las poblaciones, que debían hacerse partícipes del proceso reconociendo sus prioridades de emancipación y desarrollo. De ahí la importancia, durante la etapa de lucha armada, de organizar zonas liberadas con formas democráticas de gestión del poder, y de elaborar ideologías que rechazaran la discriminación racial, de clase y de género, además de la basada en la religión.

La fuerza de la lucha de liberación eritrea, pese a las divisiones internas y a su aislamiento internacional y dentro de África (la legitimidad de la autodeterminación eritrea jamás fue reconocida por la OUA), quedaría demostrada por la capacidad de resistir que evidenció

al oponerse a las numerosas y masivas ofensivas del ejército etíope, primero el imperial y después el del Derg, desde 1976 apoyado por la Unión Soviética.

Se calcula que en el bienio 1984-85 murió en Etiopía más de un millón de personas, en las regiones afectadas por la sequía. En el caso etíope, la gravedad de esta calamidad era exacerbada por la masivas inversiones en armas y por la guerra que se sostenía en Eritrea y el Tigrai. Por otra parte, se rechazaba un cese del fuego que permitiera a las organizaciones internacionales distribuir ayuda alimentaria. Las muertes por hambre, las huidas –en esos años se registró un espectacular aumento de los refugiados en el Sudán– y las políticas de reinstalación de campesinos dieron estímulo a las actividades de guerrilla de los eritreos y de los movimientos del Tigrai. Fracasados varios intentos de entablar conversaciones de paz, en febrero de 1990 los eritreos tomaban el puerto de Massaua. El 21 de mayo de 1991, con la capital Adis Abeba cercada ya por las tropas rebeldes del Tigrai, abandonaba el país el presidente Mengistu. El 24 de mayo el FPLE entraba en Asmara, la capital de Eritrea. Asumió el cargo de secretario general del gobierno provisional Issaias Afeworki, miembro fundador del FPLE y desde 1969 su comandante general. Con las elecciones de 1993, Afeworki fue elegido presidente de Eritrea. El principal problema de Eritrea es la pobreza y la destrucción que se ha hecho de sus recursos. Hoy es un país que debe ser reconstruido, con alrededor del 75 por ciento de su población dependiente de la ayuda alimentaria, con las ciudades en escombros y el sector industrial, relativamente importante en el período colonial, desmantelado.

La guerra con Etiopía desde mayo de 1998 a junio de 2000 tuvo un saldo de más de 100.000 muertos, fugitivos y refugiados; contribuyó tanto a profundizar la crisis económica como a militarizar el contexto regional, y a interrumpir las posibilidades de democratización. Pese a la intervención de la diplomacia internacional y regional, tanto el plan de paz como la definición de los límites entre los dos países, acciones apoyadas por la OUA, generan disputas y podrían volver a encender la guerra. En tiempos del emperador Haile Selassie, Etiopía había sido un fiel aliado de los Estados Unidos, para los cuales el país era un centro de intereses geopolíticos. Por la misma época, la Unión Soviética apoyaba a la Somalia de Siad Barre en sus reivindicaciones irredentistas sobre el Ogaden. En los años Setenta hubo un vuelco de alianzas, provocado por la toma del poder en Etiopía por Mengistu, hecho que marcó además una escalada de la guerra contra la lucha de liberación eritrea.

A pesar del fin del conflicto en el sur del Sudán, que se arrastraba desde hacía diez años, el Cuerno de África es una de las regiones en la que, dadas la situación de guerra en Darfur, el intenso resurgimiento de tensiones en el este de Sudán –a lo que habría que agregar la situación

de anarquía estatual en Somalia, no resuelta por la intervención de tropas etíopes contra las Cortes islámicas y en apoyo del gobierno provisional somalí– y la situación igualmente tensa entre Etiopía y Eritrea hacen muy problemático prever soluciones sostenibles a breve plazo, por la misma interacción entre los diferentes conflictos.

En el Sudán, la guerra en el sur del territorio concluyó formalmente en enero de 2005, tras negociaciones que duraron años, con la firma del *Comprehensive Peace Agreement*, que incorporaba en un gobierno de unidad nacional al movimiento rebelde del *Sudanese People's Liberation Army / Movement* (SPLA/M). Pero en la actualidad los reflectores internacionales apuntan a esta área, por la situación de guerra, represión y abusos que se vive en la región de Darfur y en el este del país, exacerbada por las luchas para el control de los recursos, que no consisten sólo en tierras agrícolas y de pastos, sino sobre todo en rentas petrolíferas. En julio de 2005 moría, en un oscuro accidente aéreo, John Garang, histórico líder del SPLA/M. Su desaparición hizo muy precaria la implementación del acuerdo, en particular por lo que se refiere a la región de Abyei, y por lo tanto a la cuestión del reparto de los ingresos petrolíferos y a la demarcación de límites entre el norte y el sur. Desde 2003, el conflicto por el reparto de los recursos y el poder en la región occidental del Darfur se ha intensificado con el apoyo que el gobierno da a milicias llamadas janjaweed, que llevan a cabo razias de verdadera limpieza étnica contra la población. Muertos, desplazados y refugiados han inducido una situación de emergencia humanitaria que no se logra retrotraer, pese a las protestas internacionales. La *African Union Mission in Sudan* (AMIS), que inició su intervención en el 2004, será apoyada ahora por una fuerza europea. Sin embargo, la situación de seguridad en Darfur ha seguido deteriorándose, aparte de contribuir a una escalada de la guerra por delegación entre Sudán y el Chad, que a su vez tiene efectos desestabilizadores en los países de la región; en primer lugar, en la República Centroafricana.

SUDÁFRICA: DEL APARTHEID A LA DEMOCRACIA CONSTITUCIONAL

El año 1980 había marcado la caída del poder blanco en Zimbabue, y en 1990 fueron retiradas las pretensiones sudafricanas sobre Namibia. Sólo quedaba la última frontera: la resistencia a dar por tierra con el régimen basado en la discriminación racial, que regía a Sudáfrica desde su formación como Unión Sudafricana en 1910 y se había consolidado mucho a partir de la toma del poder por el National Party (NP) en1948. El NP representaba los intereses de la población blanca de origen principalmente bóer, y de cultura afrikaner. Se ha impuesto en todas las elecciones hasta 1994, y mantuvo el monopolio de la mayoría electoral,

es decir del Parlamento elegido únicamente por blancos, con un programa de reestructuración del Estado y del sistema político y económico. Dio a ese programa el nombre de "política de apartheid".

El apartheid venía a reemplazar, con un modelo más moderno y eficiente, la política segregacionista del período entre las dos guerras. Ese período se caracterizó por un sistema productivo basado en el trabajo migratorio y en la expropiación de las mejores tierras a los campesinos. La Native Land Law de 1913, que proclamaba "blanco" al 87 por ciento del territorio del país, significó la inmediata expulsión de hombres, mujeres y niños de sus tierras. En pocas décadas desaparecieron casi por completo los campesinos africanos. En miserables reservas, llamadas bantustanes, permanecieron cultivadores de subsistencia, por lo general ancianos, en tanto los jóvenes no tenían otra alternatva que ofrecerse en un mercado de trabajo discriminatorio, tanto en sentido económico como social. La política segregacionista debía ser funcional a los prioritarios intereses de expansión de la industria minera. Los gobiernos que se sucedieron en el período entre las dos guerras implementaron profundas transformaciones para hacer frente a la recesión económica e iniciar la industrialización.

Al estallar la segunda guerra mundial, Sudáfrica poseía un sector industrial desarrollado, y una agricultura emperesarial en crecimiento. Desde mediados de los años Veinte, la política de favorecer a los blancos pobres había significado la adopción de una legislación de trabajo racista, que discriminaba a los trabajadores según el color de su piel. Tal política fue apoyada, mejor dicho, auspiciada por los sindicatos blancos. La expansión minera y la industrialización provocaron el nacimiento de un proletariato negro que comenzaba a organizarse, sobre todo en las áreas urbanas en expansión.

Era evidente que las políticas de segregación como instrumentos de control y contención de las poblaciones africanas ya no funcionaban en la nueva situación. Toda una serie de fuerzas se coaligó bajo la guía de una sociedad secreta, el *Broederbond* ("Liga de los hermanos"), que había sido formada en 1918 para promover los intereses de la población afrikaner. El Broederbond operaba en distintos planos. En la ideológico, se proponía la reorganización cultural del afrikanerdom, de la identidad afrikaner. En el plano social actuaba contra los sindicatos de negros y los multirraciales; por fin, en el económico, sustentaba la promoción de los intereses comreciales, industriales y financieros de los empresarios afrikaner.

La reorganización del nacionalismo afrikaner sacó ventaja de la expansión económica sin precedentes que se vivió entre 1933 y 1939 y en el período de la segunda guerra mundial. En sólo 14 años el ingreso nacional se triplicó. Riqueza por un lado, creciente miseria en las reser-

vas por otro, dieron un fuerte impulso a la urbanización: la población negra en las townships segregadas se triplicò entre 1921 y 1946. Aumentaba también el número de trabajadores empleados en las industrias, es decir, que ya no eran migrantes sino estables, aun cuando con sus bajísimos salarios vivían una doble marginación: la de la pobreza y sordidez de los ambientes urbanos, y la que derivaba de la expulsión definitiva que habían sufrido de sus propias tierras.

En 1934, en oposición a la fusión del Partito Nacional (afrikaner) y el *South African Party*, considerado el partido de la burguesía rica de origen anglosajón que dominaba la economía del país, se formó un partido nacionalista purificado, que bregaba por los intereses del capital nacional pequeño y mediano contra las prepotencias de los grandes monopolios. Ese partido tenía una fuerte base entre los empresarios agrícolas blancos del Transvaal y de Orange. Por sobre todo ofrecía, a una vasta e insegura pequeña burguesía, un manifiesto o programa de desarrollo bajo la asistencia del Estado, en favor de los pequeños y medianos empresarios afrikaner y dirigido también a contener de manera definitiva a la población africana. Esa fue la política del apartheid. El National Party subió al poder en 1948, y en él permanecerá hasta 1994, año en que tienen lugar las primeras elecciones por sufragio universal de toda la historia del país.

El régimen de apartheid se estructura sobre una legislación que discrimina en función de la pertenencia racial, ya se trate de derechos civiles o, sobre todo, económicos y políticos. Un eficaz sistema policial se ocupa de hacer cumplir las leyes discriminatorias. Así se crean las antiguas reservas de bantustanes (en el lenguaje político gubernamental homelands, patrias). La represión se intensifica con la supresión de cualquier movimiento o asociación que pueda recibir el rótulo de "comunista". Los principales partidos negros son colocados fuera de la ley, el primero de ellos el African National Congress (ANC). Desde 1960 a 1972 son promulgadas y puestas en marcha las principales medidas represivas, y se completa la legislación que pretende separar a la población mediante la instauración de autonomías, y después de independencias, de los diferentes bantustanes. En 1976 se proclama la independencia de Transkei, y siguen luego Bofutatsuana, Ciskei, Venda. La formación de estos bantustanes, cuya independencia no ha sido reconocida por ningún país del mundo, implicó adoptar brutales medidas de expulsión de todos los que en las zonas urbanas transgredieran la severa legislación sobre residencia. Bantustanes pobrísimos y sin recursos debían hacerse cargo de una población creciente. La señal del fracaso de esta estrategia de drástica separación racial se tuvo en 1972, con el estallido de las primeras huelgas, que se propagarían después con rapidez. A mediados de los años Setenta el gobierno sudafrica-

no se encontraba con una situación interna cada vez más explosiva e imposible de manejar, de urbanización incontrolable y de creciente militancia social y política, contra la cual poco podía hacer la política de represión. Afrontaba además una grave crisis económica, sobre la que incidía la comunidad internacional, que pedía al menos algunas medidas de liberalización. Por añadidura, se sentía amenazado por la nueva situación que se había creado en la región: las independencias, con gobiernos marxistas, de Angola y Mozambique. La reacción fue elaborar una serie de políticas que alternaban la mano fuerte con reformas y concesiones. En el frente regional, el ejército sudafricano se volvió contra el nuevo régimen angoleño, ante todo para defender su dominio sobre Namibia. Para Mozambique se reservó la política de desestabilización, a través del apoyo, a partir de 1980, a la disidencia de la RENAMO. A los demás países de la región se les ofreció aliarse en una constelación de Estados, en torno a la potencia sudafricana prometedora de ventajas económicas. Esos países, con la excepción de Malaui, eligieron en 1980 entrar en la coordinación económica junto con los otros países de la región, en un organismo llamado Southern Africa Development Coordination Conference (SADCC, desde 1992 Southern African Development Community, SADC). Con esto, Sudáfrica vino a encontrarse cada vez más aislada internacionalmente. En lo interno, las reformas se centraban en una serie de medidas que se proponían captar la adhesión al sistema de lo sectores sociales que más garantías recibían, como por ejemplo los negros urbanos con empleos que defender. La reforma gremial permitió, en la segunda mitad de los Setenta, la formación de sindicatos. Contra las intenciones del gobierno, esos sindicatos se convertirán rápidamente en centros de organización y agrupación contra la legislación de apartheid.

Desde mediados de los Setenta la diplomacia internacional se hallaba movilizada en busca de soluciones negociables a los principales puntos de conflicto en el África austral. Por iniciativa del gobierno estadounidense, en 1980 fue revivificado el esfuerzo de mediación británico para la solución de la cuestión de Zimbabue, a la que se llegó después de largas negociacones. Esta independencia pareció aflojar la tensión en la región, y abrir el camino a la solución de las demás crisis. Pero no fue así. Desde 1980 venía aumentando el alcance de las guerras impropiamente denominadas "de baja intensidad", guerras que Sudáfrica sostenía contra los regímenes de Angola y Mozambique, a la vez que procedía a una reestructuración interna del sistema político e institucional, además del económico, dirigida a modernizar el sistema de apartheid con el objeto de reforzarlo. En efecto, en 1984 Sudáfrica adoptó la reforma constitucional por la que se adoptaba un régimen presidencialista de gobierno, y por la que, junto al Parlamento blanco,

se organizaban dos Asambleas, para coloureds e indios. Los negros siguieron sin representación en el nivel central, pero su masiva presencia en ciudades obreras de las principales áreas industriales de Sudáfrica fue reconocida mediante reformas en los sistemas de elecciones y en la composición de los Consejos municipales. Tales reformas fueron boicoteadas, y pasaron a constituir el eje de la reorganización de la oposición y las protestas por medio de asociaciones de base, que se coordinarían después en el United Democratic Front (UDF). En los años Ochenta, el UDF y los sindicatos se convirtieron en los motores de la resistencia a la reformulación del sistema de apartheid. En forma simultánea con estas reformas modernizadoras, el régimen sudafricano se embarcaba en una ofensiva diplomática regional, sostenida internacionalmente.

La crisis económica y social que transitaban los países de la región, en parte originada en el apoyo que el régimen sudafricano brindaba a la generalización de la disidencia contra el FRELIMO en Mozambique, y en la guerra que estaba librando contra el ejército angoleño, daba al régimen la posibilidad de ofrecerse como garante de una solución. Sudáfrica buscaba una legitimación interna, previa cooptación de los sectores obreros negros y de las clases medias y de pequeña burguesía indias y coloured, con el fin esencial de preservar la supremacía blanca. Buscaba también una legitimación regional, por medio del ofrecimiento de colaboración para concluir las guerras de oposición a los regímenes de los países vecinos, y mediante el ofrecimiento de inversiones y de la intervención de expertise técnica en los procesos de reconstrucción. Pero esa estrategia sólo funcionó en el breve plazo. En efecto, la segunda mitad de los años Ochenta fue el período de más grave crisis económica y de más intensos conflictos sociales. La solución no podía venir de reformulaciones del sistema de discriminación racial, y el fin de la guerra fría y la independencia de Namibia eran hechos que hacían madurar y legitimaban cambios sustanciales de la política del régimen sudafricano.

El presidente Botha, partidario de las reformas internas al sistema de apartheid, renunció y fue reemplazado por Frederik W. de Klerk, quien contaba con el apoyo de los sectores más avanzados del NP y con el de los ambientes económicos más influyentes. Había recibido el mandato de hallar una solución practicable, que se concretó a comienzos de la década de 1990 con la legalización de los movimientos políticos anti-apartheid y del ANC –el partido histórico de la mayoría negra–, y con la liberación de los principales presos políticos, el primero de todos Nelson Mandela, padre y mártir de la causa por la emancipación y la redención de las mayorías.

Las negociaciones entre las partes en una serie de tablas redondas (CODESA, Multi-Party Conference) llevaron, tras intensas y difíciles

tratativas, a establecer una serie de acuerdos mínimos, preparatorios de las elecciones a una Asamblea Constituyente y un Parlamento. Esas elecciones, y las correspondientes a las nueve provincias que ahora constituyen Sudáfrica fueron celebradas en abril de 1994. El reparto del poder en el gobierno transitorio de unidad nacional se concreta en la asignación de la presidencia a Mandela y la vicepresidencia a de Klerk, con Buthelezi, el líder zulú, como ministro del Interior. Tanto el gobierno como el Parlamento reciben mandato de cinco años, durante cuyo transcurso se redactará la nueva Constitución, se diseñará el proceso de reformas y se prepararán las nuevas elecciones.

El país, que sale de una larga experiencia de división y marginación social y política para la mayoría de su población, tiene muchos y graves problemas. El principal de ellos es hallar el equilibrio entre la exigencia de abolir de manera efectiva las estructuras del apartheid (respondiendo a las expectativas de masas de jóvenes a las que les han sido negadas oportunidades educativas y de trabajo), pero sin profundizar por ello la existencia de divisiones que fueron fomentadas durante décadas, y exacerbadas con la competencia por el control de recursos de poder escasos, que en estos años de negociaciones han incrementado el ya altísimo nivel de violencia social y política. Esa violencia aflige sobre todo a Natal y a las inmensas y miserables townships, las barriadas de viviendas precarias que se encuentran por todo el país, y especialmente en el Witwatersrand.

DEL ESTADO AL MERCADO

A comienzos de los años Setenta, la sequía que afectó a numerosos países del Sahel, del Cuerno de África y del África austral puso en evidencia la fragilidad del ecosistema africano, deteriorado por prácticas de cultivo dirigidas a la obtención extensiva e intensiva de productos tropicales, sin ningún tipo de protección ambiental ni de salvaguarda del crecimiento demográfico. Evidenció también cómo y en qué medida políticas y prácticas de explotación agrícola por completo coherentes con el modelo colonial, que había sido criticado desde la ideología, pero mantenido en los hechos, habían provocado más marginación de la agricultura y de las poblaciones campesinas.

El deterioro de las condiciones de vida y de supervivencia en el campo tuvo efectos sociales y económicos que empezaron a pesar sobre los programas de desarrollo implementados por los gobiernos africanos. Se aceleró el éxodo del campo, sobre todo de jóvenes en busca de mejores condiciones de vida. Los fenómenos de abandono de las poco remunerativas cultivaciones para el mercado se propagaron, en tanto se generalizaban formas ampliadas de mercado negro y contrabando, sobre todo en zonas fronterizas. Aumentaron las disidencias de base

local o regional, tomando distintas formas: de enfrentamiento étnico, de rebeliones de base religiosa, o contra las depredaciones del Estado y de las clases dirigentes. Por último, en los años Setenta el malestar social y la caída de legitimidad de los políticos brindaron cada vez con mayor frecuencia una base para la preparación de golpes de estado o, en general, de tomas del poder por los militares, o bien proporcionaron apoyo a esas acciones.

El flujo de recursos en inversiones y tecnología para la industrialización era insatisfactorio. La industrialización basada en el modelo de sustitución de importaciones requería el uso de productos y tecnologías importados, por consiguiente cada vez más costosos. No hubo inversión real en formación e investigación. Los modelos educativos de los centros de formación terciaria y universitaria, con sistemas de cuotas de admisión, es decir, elitistas, seguían siendo los de los tiempos coloniales, imitados por completo de los europeos. Por otra parte, se trataba de modelos preponderantemente humanísticos, que prestaban escasa atención a la educación técnica. Ello ha contribuido en notable grado a la falta de integración entre el conocimiento teórico, la disponibilidad de recursos y la actividad de los sectores productivos locales.

Casi todos los países se hallaron en la condición de no poder obtener divisas extranjeras en cantidad suficiente para poder sostener los niveles mínimos de importación necesarios para mantener en funcionamiento sus economías. Las limitaciones a las importaciones de bienes esenciales provocaron la reducción de la utilización de la capacidad instalada de las plantas, contribuyeron a incrementar la corrupción y aportaron también al deterioro de las infraestructuras. Las consecuencias fueron el aumento de los costos de producción y, en lo que constituía un círculo vicioso, la disminución de las posibilidades productivas de todos los sectores económicos.

Ante esas situaciones todos los gobiernos africanos, cualquiera fuera su ideología, intensificaron la explotación de los productores agrícolas. Cuando las dimensiones de la crisis se manifiesten en toda su amplitud, los organismos internacionales denunciarán la intensidad de la explotación a que estaban sometidos los productores como política de consolidación del poder económico de clases políticas parasitarias, a las que sería preciso doblegar para poder practicar un ajuste estructural.

La crisis económica pone en evidencia que las asimetrías estructurales heredadas no tuvieron principio de solución con las opciones de desarrollo elegidas, ya estuvieran inspiradas en modelos capitalistas o se remitieran al socialismo africano. Desde comienzos de los Ochenta, las soluciones propuestas y aceptadas por el FMI y el Banco Mundial son los llamados programas de "ajuste estructural" que, una vez ter-

minada la guerra fría y desaparecido el enemigo soviético, colocan al mercado, y al desmantelamiento de la intervención estatal, como centro de las estrategias de saneamiento económico.

LAS HORCAS CAUDINAS DEL AJUSTE ESTRUCTURAL

La caída de legitimidad de los Estados-nación neopatrimonialistas estará marcada también, en todos los casos, por el abandono de la retórica acerca del principal papel histórico del Estado africano de desarrollo. Esa retórica veía al Estado como promotor y garante de la libertad, concebida a su vez como acción de conquista de la modernidad. Ésta, a su vez, era entendida desde una perspectiva progresista de inclusión en la igualdad del "derecho a tener derechos", y desde la posibilidad de acceso a los recursos para todos quienes se hallaran comprendidos en un ámbito de diversidad, ya fuera territorial, étnica, religiosa o de clase.

Los Estados de desarrollo se inspiraban en un modelo estatal keynesiano, por cierto irrealizable para ellos. Pero además ese modelo ya estaba en crisis también en Occidente, y en camino de ser definitivamente archivado cuando, a principios de los años Ochenta, se hallaban en el poder Reagan, Thatcher y Helmuth Köhl. La presencia de ellos determina, para los años que vendrán, el triunfo del llamado Consenso de Washington, del modelo norteamericano de "menos Estado y más mercado". Los Programas de Ajuste Estructural (PAS), propuestos e impuestos a los países africanos como único camino para el saneamiento y la recuperación de sus economías, se presentan por lo tanto como el único modelo universal, ante el cual carece de legitimidad cualquier consideración basada en la herencia de atraso histórico y cultural del continente. Estos PAS se basan en unos pocos y claros preceptos: estabilización mediante el equilibrio del presupuesto, contención del déficit mediante políticas deflacionarias, recortes a la función pública y a los salarios de los trabajadores del Estado, privatización incluso de servicios básicos como la salud y la educación.

Las Instituciones Financieras Internacionales (IFI) identifican la falla de los Estados de desarrollo en el intervencionismo y el proteccionismo excesivos, y proponen que éstos sean reducidos. El Estado "minimal" deberá pasar a constituir el marco de referencia institucional que garantice la propiedad privada, y estimule el crecimiento de la libre competencia en materia económica (mercado) y política (democracia pluripartidaria). Ajuste estructural, estabilización y luego una "segunda democratización" en los años Noventa son condiciones indispensables para tener acceso a ayudas e inversiones.

En la práctica los PAS se basan en políticas de saneamiento económico que se proponen transferir a los sectores privados –no sólo a empresas, sino también a organizaciones no gubernamentales– fun-

ciones que antes correspondían a los Estados. Pero en África, aun admitiendo la general ineficiencia estatal, los sectores empresarios privados son por lo general exiguos, y desarrollan preponderantemente actividades de tipo comercial, raramente de carácter industrial. Las privatizaciones, destinadas a reinstalar la competencia de mercado para favorecer el crecimiento, en la realidad se convirtieron en parte integrante de la conflictualidad política entre distintos neopatrimonialismos en competencia mutua. Los privilegios en el acceso a los recursos públicos, que favorecían a quienes tenían el poder político, y el uso que hacían de esos recursos, condicionaron la liberalización del mercado, e hicieron posible la creación de oligopolios, cárteles y acuerdos secretos, y la compra de empresas por parte de parientes o protegidos del poder político. Una década después de implementados los primeros planes de ajuste estructural, podía comprobarse que en general las formas de neopatrimonialismo no habían disminuido, sino que se habían adaptado perfectamente a la nueva situación. Los sectores empresarios privados seguían siendo exiguos, en tanto que la economía informal, que se desarrollaba como fenómeno muy heterogéneo, lejos de regularizarse aumentaba.

De modo que el ajuste estructural funcionó en interés de grupos restringidos, que desde el poder político poseen acceso a los instrumentos de mercado, a través de programas internacionales dirigidos a estimular la creación de zonas francas de exportación, con exención de impuestos y diferentes esquemas de ventajas destinadas a atraer capital privado y financiamiento provenientes de la ayuda, con proyectos de microcréditos y promoción de las pequeñas y medianas empresas locales. El mercado excluye a quienes no tienen ingresos o los tienen insuficientes, y también a quienes están privados de derechos, recursos o capacidades, como es el caso en África de las mayorías que habitan regiones rurales de subsistencia, o viven en las afueras de ciudades que desbordan de excluidos, llegados en procura de alguna posibilidad de supervivencia. Son ellos los perdedores en favor de quienes, desde mediados de los años Ochenta, comenzó a ser defendida la causa del "ajuste con rostro humano", que debía introducir en sus recetas algún grado de atención hacia la cada vez más trágica amplitud de la exclusión. Son ellos también el foco de atención de los "objetivos de desarrollo para el milenio", formulados en el año 2000. En el amanecer del nuevo siglo viene a descubrirse que el desarrollo del África depende de un mayor compromiso internacional en pro de la reducción de la pobreza; no se admite, sin embargo, que las desigualdades y el aumento de la marginalidad deban ser inscritos dentro del modelo de ajusta que se viene aplicando desde hace décadas.

En los años Noventa, concluida en África la era de la guerra fría, se promueve y estimula a la democracia, entendida como competencia entre partidos, en elecciones regularmente celebradas. Las poblaciones acogen con entusiasmo la nueva oleada de democratización. Bratton y Mattes, en un estudio de 2002 que emplea datos de las encuestas Afrobarometer, señalaban que dos tercios de los africanos consultados designaban a la democracia como el régimen de su preferencia, pero apenas el 50 por ciento creía que las instituciones democráticas eran adecuadas para consolidar los procesos de democratización[169].

Las organizaciones multilaterales y bilaterales de ayuda han planteado la cuestión de la democracia en estos términos: el Estado se ha revestido en África, por lo general, de estructuras autoritarias, que fueron usadas para distorsionar el control de los recursos, de su uso y su distribución, en beneficio de clases patrimonialistas o dedicadas al robo burocrático organizado. Es por eso que el desarrollo económico (mercado) y el político (democracia), el último como precondición del primero, prevén el desmantelamiento del Estado, o por lo menos un profundo redimensionamento de la forma en que se lo controla, con el fin de dejar espacio a las fuerzas económicas (empresarios privados) y políticas (asociaciones, movimientos, partidos), instrumentos de democratización y de desarrollo.

Desde distintos puntos de vista, politólogos y observadores expresaban dudas sobre la posibilidad no tanto de implementar procedimientos formalmente democráticos –como, por ejemplo, elecciones con pluralidad de partidos–, sino de consolidar la democracia. No compartían la amplia y retórica confianza acerca de la capacidad de las sociedades civiles, que forma tan considerable parte de la doctrina internacional según es elaborada por los organismos dependientes de las Naciones Unidas. Sostenían, no sin razón, que en general las sociedades civiles africanas carecían de recursos propios, e inevitablemente tendían a depender de los valores de quienes verdaderamente tenían el poder, de los modelos y financiamientos que estos proporcionaban y de la distribución de ayuda por gobiernos y organizaciones nacionales e internacionales. Los especialistas en institucionalidad trazaban el camino de las transformaciones macropolíticas: procesos electorales en competencia, separación de poderes, control civil de los militares, alternancia en el poder.

La importancia atribuida a la legalidad de los procedimientos y a la institucionalización en los procesos de democratización de estructu-

169 M. Bratton, R. Mattes, How Much Democracy in Africa? Demand, Supply and Regime Consolidation, trabajo presentado en la conferencia "The Consolidation of Democracy", Universidad de Upsala, Suecia, junio 8 y 9 de 2002.

ras y organismos formales no debía hacer perder de vista a qué punto de efectividad o de eficacia podían llegar, y qué grado de aceptación alcanzaban en los distintos grupos de población y de intereses. Las elecciones con multiplicidad de partidos, que marcarán el vuelco político de los años Noventa, han demostrado diferentes niveles de consolidación en la relación entre demanda política (legitimación) y oferta institucional. En este sentido, la aceptación y la participación en el voto pueden ofrecer indicaciones preciosas. En todas partes, las primeras elecciones con multiplicidad de partidos se caracterizan por una alta participación, que irá disminuyendo en las sucesivas elecciones, en algunos casos en forma espectacular. Esto parece demostrar que la democracia que se reivindicaba en las protestas y en la acción popular, expresada en paros de actividades laborales o boicoteos, no era meramente una aspiración de libertad, sino también de que se realizara justicia, y de que hubiera una distribución más equitativa de las ventajas.

Las dinámicas sociales y políticas presentes en África en los últimos años han puesto de manifiesto lo dificultoso de actuar a la vez en procura de la democratización y del ajuste, y lo arduo del tránsito desde las estructuras económicas bajo control estatal hacia el libre mercado. Las políticas de austeridad han contribuido sin duda a exacerbar la desigualdad y los porcentajes de pobres y excluidos, a la vez que hacían más ásperos los conflictos y la competencia por el reparto de recursos escasos. A su turno, los conflictos intensificaron el faccionalismo político. Buena parte de los conflictos recientes, aparte de que hunden sus raíces en la herencia colonial, estallaron precisamente durante procesos de transición al pluripartidismo, en situaciones de intensa competencia por el acceso a recursos cada vez más escasos, en el contexto de la introducción del libre mercado.

En el campo político se propagan las crisis de confianza en el Estado y la desaceleración de los impulsos en favor de la integración nacional: "retiro" sobre la propia singularidad, adhesiones masivas a cultos religiosos fundamentalistas, que predican el no compromiso en actividades públicas y cuya difusión ha marcado siempre en África las épocas de avance de las crisis sociales. Por todas partes, en fin, se producen episodios y surgen maneras de expresión que denotan una conflictualidad social cada día más manifiesta, que tiende a organizarse según argumentaciones y elaboraciones basadas en la contraposición de identidades étnicas. En el curso de los años Noventa en Ruanda, las confrontaciones políticas llevarán a una radicalización del conflicto étnico, que llevó a idear y ejecutar un verdadero genocidio: en sólo tres meses de 1994 perderá la vida aproximadamente un millón de personas. Pero son muchos los países en los que la elaboración de discursos de identidad étnica excluyente, dirigidos contra quienes "no forman parte",

hunden sus raíces en la crisis económica y social, y encuentran su expresión en las manipulaciones que empresarios políticos sin escrúpulos ejercen sobre grupos sociales y entidades étnico-territoriales, con fines de conquista o de preservación de su hegemonía.

La transformación del Estado de desarrollo en Estado neopatrimonial representó una traición a las esperanzas y las utopías surgidas con las independencias. Sin embargo, junto a factores alarmantes de disgregación de los Estados, y al atraso que sufren los proyectos de construcción nacional, desde los años Setenta los observadores y estudiosos de Árica empiezan a notar otros fenómenos: la aparición y el crecimiento de formas de organización autónoma de individuos y grupos para conquistar alguna forma de acceso a recursos escasos, o monopolizados por el poder. Es el descubrimiento de la sociedad civil, que en ningún lugar de África parece situarse contra el Estado-nación, sino organizarse contra la imposición de Estados hegemónicos "teológicos" y contra su centralismo ineficiente y depredador. El surgimiento como actor político de una sociedad civil, de dimensiones y fuerza que varían mucho entre un caso y otro, permite reconsiderar los estímulos positivos que surgen de las nuevas formas de organización, basadas en relaciones de parentesco, en vínculos familiares o amistosos (próximos o lejanos, reales o construidos) y en identidades étnicas y afiliaciones religiosas que han sido reformuladas. Hay por todas partes estructuras de ciudadanía local dentro de asociaciones de carácter familiar o religioso, que expresan intereses colectivos. En este contexto es posible analizar los mecanismos institucionales que unen a gobierno, autoridades formales e informales y poblaciones rurales.

Los Estados africanos atraviesan crisis profundas de legitimidad política, que atañen a las instituciones de poder; al mismo tiempo, su estabilidad se afianza por medio de la formación y la estructuración de terrenos de negociaciones en los que interactúan diferentes sectores institucionales, entre actores y nromas en competencia que, en su mayor parte, representan instancias transversales a distintos intereses. La organización de la sociedad en asociaciones, comunidades o grupos que proporcionan sistemas de apoyo y solidaridad, son de tipos y filiaciones ideológicas diferentes: tradicionalistas o modernistas, confesionales o laicas, urbanas o rurales, transversales, de amplias o exiguas dimensiones, ricas por ejercer el control sobre recursos de diverso tipo o pobrísimas y marginales. Casi todas representan distintas combinaciones entre comunitarismo y particularismo, tradicionalismo e innovación, solidaridad y parasitismo, mediación y violencia. Es esta sociedad civil la que constituye la base de la cultura del "arreglárselas". No se trata simplemente de una actividad de supervivencia social y económica; puede comprendérsela cuando se considera la importancia que el universo

socioeconómico de la economía y la política popular informales tiene en las formas de organización social y cultural, de redistribución del ingreso, de circulación de la información, de intercambio. Todas ellas escapan a los relevamientos estadísticos, pero poseen gran eficacia y significado social. En dichas formas, los localismos y los regionalismos no son sólo (y ni siquiera preponderantemente) actos de repliegue sobre sí mismos, o victorias de las fuerzas centrifugas del etnorregionalismo. Por el contrario, con más frecuencia atestiguan intentos de reorganización de los espacios políticos y económicos, y de la búsqueda de coaliciones de fuerzas e intereses que puedan ejercer presión sobre el poder central, a fin de modificar la distribución del poder y de los recursos. Así, las asociaciones étnicas y culturales, las sociedades cooperativas y las iglesias y mezquitas son sitios en los que se reinventan los lazos comunitarios y las razones para la solidaridad, y en los que se afirma la búsqueda de nuevos modelos de vida, y de nuevas prácticas sociales.

ESTADO Y GOBERNANZA

En los años Noventa, con el fin de la guerra fría y la caída del muro de Berlín, la reformulación de la agenda del desarrollo desvía la atención hacia la política. Las razones de fondo para la falta de éxito de la liberalización económica son identificadas no en un modelo de desarrollo inadecuado a las condiciones del continente sino, principalmente, en la naturaleza autocrática y patrimonialista de los sistemas políticos, y en la escasa estructuración de lo que podría llamarse good governance, buena gobernanza. Aportantes de fondos, intelectuales y responsables políticos parecían entonces estar de acuerdo en indicar como frenos del desarrollo la falta general de democracia, la debilidad de las instituciones, su ineficiencia y su escasa transparencia. Las voces de orden de la nueva agenda del desarrollo pasaron a ser responsabilidad, democracia, participación y transparencia, que se alcanzarían mediante la promoción de la construcción institucional *(institution building)*, la construcción de capacidad *(capacity building)* y la gobernanza. Esto, en un ambiente internacional en el que parecían formarse nuevos acuerdos de intención entre Estados y organizaciones internacionales o regionales, oficiales o no gubernamentales, comprometidas en apoyar los procesos de democratización y de apertura al mercado, y en elaborar planes dirigidos a situar como prioridades esenciales la más equitativa distribución de la riqueza y una mayor atención por los problemas de la creciente pobreza.

En esta nueva política, las organizaciones no gubernamentales (ONG) han asumido un papel central. En efecto, desde los Ochenta las ONG nacionales y transnacionales, del norte y del sur, se han venido multiplicando y han creado redes transnacionales de coordinación: su

presencia y su acción se han vuelto esenciales en la elaboración de políticas y en la concreción de acciones orientadas al desarrollo y a la ayuda humanitaria en situaciones de emergencia. La definición misma de "pobreza", antes expresada en términos de ingresos y de niveles de consumo, se nutrirá cada vez más decididamente de las ideas elaboradas por el economista Amartya Sen: pobreza no es sólo la carencia de bienes materiales y monetarios, sino que se la define en función de la ausencia de reconocimiento de entitlements, de derechos fundamentales, de la falta de acceso a los servicios de salud, a la educación, a la posibilidad de tener garantizado un mínimo de recursos para poder ser miembro con plenos títulos de una comunidad[170]. La comprobación de que la dimensión institucional es fundamental para apoyar los mecanismos y las políticas de desarrollo económico, y los procesos de democratización, hace que desde los años Noventa la gobernanza sea considerada el prerrequisito para el desarrollo sostenible en África: crecimiento y desarrollo requieren un cuadro normativo, una administración eficiente y transparente, un poder y un sistema judicial independientes. Esos son también los elementos esenciales para la reconstrucción de la legitimidad del Estado. A comienzos de los años Noventa, poner en marcha reformas virtuosas para alcanzar la buena gobernanza significaba sobre todo dar apoyo a procesos de democratización política, es decir, de gobierno de la mayoría, expresada mediante procesos electorales competitivos. Pronto se comprobó, sin embargo, que la democracia formal pluripartidista no bastaba para dar credibilidad a gobiernos y administraciones. Era necesario dar apoyo a las reformas de leyes y organismos que, además de velar por el funcionamiento y la credibilidad de un ambiente macroeconómico estable y ordenado, deben bregar por el respeto de esas instituciones.

La nueva concepción teórico-práctica de la *institution building*, tal como se la aplicará en numerosos países africanos, se remite a la experiencia acumulada, con resultados en parte positivos y en parte todavía insatisfactorios, en los Estados y las economías en transición de la Europa del Este y de la Unión Soviética posterior a 1989. Atesora también las enseñanzas de las crisis asiáticas de 1997-98, dado el papel negativo que ha jugado en esos casos una liberalización salvaje, que arrolló estructuras y reglas de supervisión y de garantía en las transacciones financieras. La esencia de la acción de construcción institucional se orienta pues, prioritariamente, a modificar las instituciones públicas: reformas administrativas, descentralización, reformulación

170 A. Sen, *Poverty and Famine: an Essay on Entitlement and Deprivation*, Clarendon Press, Oxford 1982; Id., *Lo sviluppo è libertà. Perché non c'è crescita senza democrazia*, Milano, Mondadori 2000.

de la función pública, manejo del gasto público, administración de los impuestos, reformas legales y del sistema judicial y de los diferentes sectores económicos y sociales. A diferencia de las políticas anteriormente aplicadas, las reformas institucionales son consideradas aquí estrategias que en primer lugar deben ser construidas por medio de un conocimiento profundo de la compleja realidad institucional que subyace a cada caso. En segundo lugar, esas reformas tienen que ser eficaces en proporcionar incentivos a la toma de responsabilidades, y dar apoyo a la ownership local. La construcción institucional debe ser entendida como regla del juego de la transparencia, que se expresa por la creación y la adopción de reglamentos internos consensuados: sistemas de auditoría, independencia del poder judicial, independencia del Banco Central y de la burocracia estatal, reglas para la confección de presupuestos.

En esta estrategia, la descentralización administrativa y de los servicios ocupa un lugar privilegiado, pues se la entiende como el medio adecuado para garantizar la pluralidad de intereses y, al mismo tiempo, dotar de voz al pluralismo de las comunidades. La construcción institucional debe ser entendida también, entonces, como instrumento que dé garantías a la representación y la competitividad en los servicios sociales; que las dé, asimismo, a la participación del capital privado en las obras de infraestructura; que favorezca los mecanismos alternativos de resolución de conflictos; que incentive y garantice la privatización de actividades que son sensibles en relación con el mercado. Así, la buena gobernanza deberá medirse en capacidad de mantener bajo control la corrupción, y deberá ser capaz también de dar a quienes aportan fondos los instrumentos adecuados para seleccionar aquellos programas que merezcan ser privilegiados, o para premiar con inversiones, préstamos y ayuda[171]. Debe convertirse, en otras palabras, en el criterio de oro de la condicionalidad.

Hay una toma de conciencia de la importancia, por ejemplo, de la función pública, que en la primera etapa del ajuste estructural se había visto penalizada por drásticos recortes de salarios y reducciones del número de asalariados. La primera generación de reformas según los PAS se había orientado a reducir los gastos estatuales: los déficits públicos eran considerados elementos creadores de riesgo crediticio, responsables del aumento de la deuda y de la inflación. La crisis de la hacienda pública requería reducir los gastos. Las medidas que se tomaron para ajustar las economías fueron, pues, de desmantelamiento de las empresas estatales y paraestatales, de privatización, de eliminación de subsidios o garantías a los precios, reducción de salarios, devalua-

171 World Bank, "Helping Countries Combat Corruption: the Role of the World Bank, Poverty Reduction and Economic Management", Washington 1997.

ción. Ahora, dos décadas después de las reducciones de salarios que por todas partes provocaron grave deterioro de las prestaciones de la máquina administrativa pública, la acción se orienta a políticas de reorganización, con la puesta en práctica de programas de construcción de capacidad *(capacity building)*, mejores escalas salariales y garantías sociales para el trabajo. Poner el acento en las instituciones en tanto reglas del juego, en la construcción de capacidades, en la gobernanza, vale decir, en políticas de intervención que apuntan a la calidad institucional, al respeto del derecho, al imperio de la ley, a la protección de los derechos de propiedad, a las libertades civiles y los derechos humanos y, en fin y sobre todo, a la estabilidad política, no representa una revolución, sino un cambio. Este ajuste del ajuste consiste en reconocer que existen bienes públicos, entitlements, que únicamente el Estado puede proporcionar y garantizar, sobre todo a los sectores menos favorecidos de la población.

El problema de la responsabilidad de los gobernantes para con los gobernados –en otras palabras, el de la accountability–, en muchos países africanos deriva ante todo de que quien gobierna no depende de los impuestos que los ciudadanos pagan, sino de la extracción y la apropiación, ya sea estatal o privada, de recursos tales como las materias primas mineras y agrícolas. La institution building considera prioritaria, pues, la reforma del sistema fiscal, para hacerlo operativamente eficiente y transparente, y luego postula su descentralización, o sea la construcción de capacidades administrativas a niveles local y comunitario. Existe un interés creciente –sobre todo en aquellos casos en que el Estado, la política, la administración requieren ser reconstruidos a partir de las cenizas de prolongados y devastadores conflictos– por la construcción de responsabilidad allí donde grupos en competencia defienden la apropiación de ingresos que no han sido propiamente ganados, sino que derivan de la explotación de recursos primarios. La riqueza que se produce mediante la explotación patrimonialista de minerales permite a muchos gobiernos conducir la cosa pública sin ser responsables, o sin preocuparse de conservar consenso entre los ciudadanos. Además, el crecimiento económico va a beneficiar a unos pocos, y por lo general no produce esos cambios sociales y culturales que normalmente lo acompañan o lo siguen. Puede encontrarse el mismo tipo de problemas en países que, habiendo salido en general de guerras devastadoras, siguen dependiendo principalmente del flujo de ayuda, y no de sus sectores productivos internos.

En el campo político, la promoción de las libertades civiles mediante el apoyo a las organizaciones y asociaciones de sociedades civiles en expansión se propone ampliar la participación efectiva de la población e incentivar la responsabilidad de los gobernantes por medio de acciones de reforma del sistema fiscal, con transparencia de las

operaciones de estímulo al comercio y de reformas a los derechos de propiedad y de posesión inmobiliaria.

LA PARADOJA DE LA DEMOCRACIA

En los años Noventa las condicionalidades de las IFI consideraban que la democratización era un requisito fundamental para la liberalización económica. Pero el regreso a la competencia política no tiene en cuenta, como no sea marginalmente, las aspiraciones y esperanzas que las poblaciones africanas depositan en la mágica y reiterada promesa de democracia. Es evidente la discrepancia entre el ámbito político, es decir el Estado, en el que se aplica una decisión, y la autoridad o el poder que la emite: en el momento mismo en que se encuentran en desarrollo procesos de democratización, la mayoría de los "ciudadanos" de los estados que parecen estar conquistando la democracia política no satisfacen los requisitos mínimos para tener voz en los procesos decisionales que atañen a las bases mismas de supervivencia de esos procesos.

En todo caso, democratización política y liberalización económica han hecho evidente que en los Estados africanos sigue sin ser resuelta la formulación de un marco de ciudadanía que sea realmente incluyente, que reconozca y garantice el derecho a tener derechos. Los derechos políticos tienen escasa importancia allí donde un porcentaje mayoritario de la población no cuenta, a causa de la extrema indigencia y precariedad de sus condiciones de supervivencia, con ninguna posibilidad real de ejercer esos derechos, ni reúne las mínimas capacidades y posibilidades razonables para elegir. De una elección democrática a la siguiente ha podido comprobarse además, en todas partes, una drástica disminución de la participación. Ello demuestra que las elecciones como instrumentos de legitimación de la autoridad estatal no están funcionando: el Estado sigue siendo considerado lejano y hasta hostil por buena parte de la clase media, y ciertamente por los sectores más vulnerables de aquellos países en los que los gobiernos han dado como respuesta a la necesidad (y a la imposición) de austeridad fiscal la adopción de recortes en las inversiones y en las actividades de promoción del desarrollo en grados porcentualmente más significativos que los recortes practicados en los gastos corrientes.

Después del 11 de setiembre de 2001 las intervenciones diplomáticas, de ayuda y militares, según la emergente doctrina de la protección de la responsabilidad, se encuentran influidas fundamentalmente por su valor estratégico en la guerra declarada al terrorismo. Para numerosos países definidos "frágiles" o "fallidos", entre los que se encuentran muchos africanos, el interés de quienes aportan fondos depende en amplia medida de la amenaza potencial que puedan representar para los intereses mundiales (léase del norte del mundo). En esa situación

están en primer plano Somalia, el Cuerno de África, el África oriental que en 1998 vio los atentados terroristas a las embajadas norteamericanas en Nairobi y Dar es Salaam, el África occidental con su petróleo y la presencia de extensos territorios sahelianos y desérticos en los límites con el África mediterránea, sobre los que recae la sospecha de ser no controladas vías de tránsito de los fundamentalistas islámicos.

Las prioridades de alivio o erradicación de la pobreza y de resolución de conflictos se encuentran cada vez más explícitamente ligadas con la seguridad internacional entendida en sentido militar, es decir con el planeamiento y la realización de redes y acuerdos de colaboración específicos, como lo demuestran la inauguración por Estados Unidos de Africom, el comando militar dedicado exclusivamente a África, y la instalación de nuevas bases y nuevos programas militares desde el Cuerno de África al golfo de Guinea. La Pan Sahel Initiative, financiada por el Departamento de Estado en coordinación con otros países occidentales, se orienta al control de las fronteras de los países con territorios en el Sahara, con el fin de combatir el contrabando, el tráfico de drogas y las infiltraciones de terroristas. Entre 2002 y 2004 esta iniciativa se concentró en Mali, Mauritania, Níger y Chad; más tarde se amplió, transformándose en Trans-Sahara Counter-Terrorism Initiative, a Argelia, Marruecos, Túnez, Senegal, Nigeria y Ghana, con operaciones ad hoc de apoyo a países y organizaciones regionales de África. La política europea de coordinación para el rechazo de los flujos migratorios se plantea en este mismo contexto de construcción de redes de seguridad y control de las poblaciones que circundan y penetran el continente, en diferentes alianzas con gobiernos locales; y a esa prioridad responde también la elaboración de nuevos programas de ayuda, que dan un papel esencial a la seguridad humana en las masivas inversiones en sectores sociales, por ejemplo el Global Fund de Estados Unidos contra el VIH/sida, el paludismo y la tuberculosis. Por lo tanto, la más reciente versión de la cooperación para el desarrollo reformula la ayuda en el contexto de una revaloración del papel que el Estado cumple en la tarea de promover y garantizar el desarrollo con seguridad, para poner remedio a las condiciones de fragilidad que son consideradas posible y probable caldo de cultivo de las formaciones terroristas, y de la difusión de sus ideologías. En un mundo en el que se reconoce que todos los Estados, aun los mejor consolidados, pierden o están cediendo algunas de sus prerrogativas de soberanía, los Estados africanos se encuentran en una situación paradójica y especial. En efecto, aun cuando se los considere Estados frágiles, o en algunos casos fallidos, nunca han sido puestos en discusión en cuanto Estados, porque no parece existir una alternativa. Se predica la democracia, pero no se reconoce que democracia implica también enfrentamiento conflicto, negociación

permanente, choque, y se vuelve una vez más a privilegiar la noción del Estado fuerte, asistido por fuerzas militares y de policía.

Las políticas reformistas dirigidas a hacer más eficientes las funciones estatales son todavía muy insatisfactorias, y están practicando una revalorización de la autoridad, en detrimento de la flexibilidad. El reconocimiento de que los costos del ajuste están siendo pagados por los sectores sociales más vulnerables, y de que las ventajas han beneficiado preponderantemente a los sectores que controlan los aparatos políticos y administrativos, lleva consigo amenazas de posible huida del Estado y de radicalización de la ya difundida conflictualidad. Muchos gobiernos en el poder podrían dejarse tentar a afrontar esas amenazas en nombre de la condición prioritaria de la seguridad y de la lucha contra el terrorismo. Podrían eliminar o disminuir así las todavía débiles garantías democráticas, sin temor de ser sancionados.

Pero al mismo tiempo, y tal vez más que en otras partes, en África se vive de política, no para la política. El Estado, pues, sigue siendo el espacio de enfrentamiento fundamental, porque en él reside el eje de acumulación de capital y de control social. A la vez, la reconstrucción de la legitimidad y la soberanía, que pasa por el acceso efectivo de todos a la condición de ciudadanos, sólo podrá ser democrática si reconoce dignidad política y presta voz a la pluralidad de identidades e intereses que piden ser reconocidos e incluidos en la nación como proyección regional y cosmopolita, integrada por redes de producción y por circuitos comerciales y migratorios en los que lo formal y lo informal se entrecruzan y compenetran, en una transnacionalización acelerada que nos revela cómo y hasta qué punto es el África un protagonista de la globalización.

BIBLIOGRAFÍA

SOBRE LA SITUACIÓN POSCOLONIAL EN ÁFRICA

Bayart J.-F 1989 *L'État en Afrique. La Politique du Ventre* (Paris:Fayard).

Bayart J.-F., Ellis S., HIbou B. 1997 *La criminalisation de l'Etat en Afrique*, (Bruxelles : Complexe).

Berman, B. J. 1998 *"Ethnicity, Patronage and the African State: the Politics of Uncivil Nationalism"* en *African Affairs,* Nº 97.

Chabal, P. 2002 *A History of Postcolonial Lusophone Africa* (London: Hurst & Co.).

Chabal, P.; Daloz J. P. 1999 *Africa Works: Disorder as Political Instrument* (*London:* James Currey).

Clapham, C. 1996 *Africa and the International System: the Politics of the State Survival* (Cambridge: Cambridge University Press).

Comaroff, J.; Comaroff, J. L. 1993 *Modernity and Its Malcontents: Ritual and Power in Postcolonial Africa* (Chicago: University of Chicago Press).

Cowen, M.; Laakso L. (eds.) 2001 *Multi-Party Elections in Africa* (Oxford: James Currey).

Davidson, B. 1992 *The Black's Man Burden: Africa and the Curse of the Nation-State* (New York/London: Times Books).

Ellis, S 2003 "The Old Roots of Africa's New Wars" en I*nternationale Politik und Gesellschaft*, 2.

Englebert, P. 2002 *State, Legitimacy and Development in Africa* (Boulder: Lynne Rienner,).

Ferguson, J. 1994 "The Anti-Politics Machine. 'Development'" en *Depoliticization and Bureaucratic Power in Lesotho* (University of Minnesota: Minneapolis-London).

Gleijeses P. 2002 *Conflicting Missions. Havana, Washington and Africa, 1959-1976*, (Chapel Hill-London: University of North Carolina Press).

Griffith i. L. 1995 *The African Inheritance* (London: Routledge).

Harbeson, J. W.; Rotschild, D. S.; Chazan N. 1994 *Civil Society and the State in Africa*, (Boulder: Lynne Rienner).

Herbst, J., 2000 *States and Power in Africa: Comparative Lessons in Authority and Control* (Princeton: Princeton University Press).

Mamdani, M. 1996 *Citizen and Subject: Contemporary Africa and the Legacy of Late Colonialism* (Princeton: Princeton University Press).

Mbembe, A. 2005 *Postcolonialismo*, (Roma: Meltemi).

Observatoire de la Decentralisation 2003 *Etat de la décentralisation en Afrique*, (Paris: Karthala).

Oxhom, PH.; Tulchin, J. S.; Selee, A. D. (eds.) 2004 *Decentralization, Democratic Governance and Civil Society in Comparative Perspective: Africa, Asia and Latin America* (Washington DC: Woodrow Wilson Center Press).

Richards, P. 1996 *Fighting for the Rain Forest: War, Youth and Resources in Sierra Leone* (Portsmouth: Heinemann)

Sau, J. 2005 *The Next Liberation Struggle, Capitalism, Socialism, and Democracy in Southern Africa* (London: Merlin Press).

Terray, E. (dir.) 1987 *L'état contemporain en Afrique* (Paris: L'Harmattan).

Zamponi, M. 2001 *Terra, produzione e lavoro. Storia agraria dell'Africa australe. Il caso dello Zimbabwe* (Repubblica di San Marino: AIEP).

SOBRE LOS MOVIMIENTOS NACIONALISTAS

Abdul-Raheem, T. (ed.) 1996 *Pan-Africanism: Politics, Economy, and Social Change in the Twenty-first Century* (New York: New York University Press).

Azikwe, N. 1968 *Renascent Africa* (London: Frank Cass).

Babu, A. R. M. 1981 *African Socialism or Socialist Africa?* (London: Zed Books).

Benot, Y. 1969 *Idéologies des indépendences africaines* (Paris: Maspero).

_____ 1975 *Indépendences africaines. Idéologies et realites* (Paris: Maspero).

Birmingham D., *The Decolonization of Africa*, Ohio University Press, Columbus 1995.

Falola, T. 2001 *Nationalism and African Intellectuals* (Rochster: University of Rochester Press).

Hodgkin, TH. 1956 *Nationalism in Colonial Africa* (London: Muller).

Mazrui A. 1984 *Nationalism and the New States in Africa from About 1935 to the Present* (London: Heinemann).

Wallerstein I. 1961 *Africa. The Politics of Independence* (New York: Vintage Books).

Young, C.1982 *Ideology and Development in Africa* (New Haven- London: Yale University Press).

SOBRE LOS MILITARES EN POLÍTICA

Allen, P. M. 1995 *Madagascar: Conflicts of Authority in the Great Island* (Boulder: Westview Press).

Bayan, S. (ed.) 1986 *Military Power and Politics in Black Africa*, (London: Croom Helm).

Bienen, H. S. 1989 *Armed Forces, Conflict and Change in Africa* (Boulder: Westview).

Chazan-Gilling, S. 1991 *La société sakalave: le Menabe dans la construction nationale malgache, 1947-1972* (Paris: Karthala).

Decalo, S. 1990 *Coups and Army Rule in Africa: Motivations and Constraints* (New Heaven: Yale University Press).

Ellis, S., 1990 *Un complot colonial à Madagascar: l'affaire Rainandriamampandry*, (Paris: Karthala).

Finer, S. E. 2002 *The Man on Horseback: The Role of the Military in Politics* (New Brunswick-London: Transaction Publisher.

Rena, W. 1999 *Warlord Politics and African States* (Boulder: Lynne Rienner).

Verin, P. 1990 *Madagascar* (Paris: Karthala).

COSTA DE MARFIL

Akindès, F. 2004 *The Roots of the Military-Political Crises in Côte D'Ivoire* (Uppsala: Nordic Africa Institute).

Bouquet, C. 2005 *Géopolitique de la Côte d'Ivoire: le désespoir de Kourouma* (Paris: Armand Colin).

Hofnung, T. 2005 *La Crise en Côte d'Ivoire* (Paris: La Découverte).

CAMERÚN

Bayart, J. F. 1985 *L'Etat au Cameroun*, Presses de la Fondation National de Sciences (Paris: Politiques).

Eboussi Boulaga, F. 1997 *La démocratie de transit au Cameroun* (Paris: Karthala).

Eyinga, A. 1990 *Cameroun 1960-1990: la fin des élections, un cas d'évolution régressive de la démocratie* (Paris: L'Harmattan).

Geschiere, P.; Nyamnjoh, F. "Capitalism and Autochtony: the Seesaw of Mobility and Belonging, en *Public Culture*, 12, 2.

Joseph, R. 997 *Radical Nationalism in Cameroon* (Oxford: Clarendon Press).

Mbembe, J.-A. 1966 *La naissance du maquis dans le Sud-Cameroun, 1920-1960: Histoire des usages de la raison en colonie* (Paris: Karthala).

Mbock C. G. 1990 *Cameroun: le défi liberal* (Paris: L'Harmattan)

Mongo Beti 1997 *Main baisse sur le Cameroun. Autopsie d'une décolonisation* (Paris: Maspero).

Mveng, E. 1963 *Histoire du Cameroun* (Paris: Présence Africaine).

Um nyobe, R. 1984 *Le problème national kamerounais* (Paris: L'Harmattan).

UGANDA

Hansen, H. B.; Twaddle M. (eds.) 1991 *Changing Uganda: The Dilemmas of Structural Adjustment and Revolutionary Change* (London:James Currey).

Holger, B. H.; Twaddle M. 1995 *Developing Uganda*, (Oxford: James Currey).

Kanyeihamba G. W. 2002 *Constitutional and Political History of Uganda: From 1894 to the Present*, (Kampala: Centenary Publishing House).

Karugire, S. R. 2003 *Roots of Instability in Uganda* (Kampala: Fountain Publishers).

Kasfir, N. 1976 *The Shrinking Political Arena: Participation and Ethnicity in African Politics with a Case Study of Uganda* (Berkeley: University of California Press).

Mamdani, M. 1976 *Politics and Class Formation in Uganda* (New York: Monthly Review Press).

Museveni, Y. K. 1997 *Sowing the Mustard Seed. The Struggle for Freedom and Democracy in Uganda* (Oxford: MacMillan).

KENIA

Anderson, D. 2005 *Histories of the Hanged. Britain's Dirty War in Kenya and the End of the Empire*, (London: Weidenfeld & Nicolson).

ID., 2002 "Vigilantes, Violence and the Politics of Public Order in Kenya" en *African Affairs*, 101, 405.

Bates, H. 2005 *Beyond the Miracle of the Market: The Political Economy of Agrarian Development in Kenya* (Cambridge: Cambridge University Press).

Branch, D.; Cheeseman, N. 2006 *"The Politics of Control in Kenya: Understanding the Bureaucratic-Executive State, 1952-78"* en *Review of African Political Economy*, 33, 107.

Gentili, A. M. 2008 "*Kenya, una democrazia di carta*" en *Il Mulino*, 1.

Katumanga, M., 2005 "A City under Siege: Banditry and Modes of Accumulation in Nairobi, 1991-2004" en *Review of African Political Economy*, 106.

Khadiagala, G. 2005 "Processi di democratizzazione e transizioni politiche: il caso del Kenya" en A. M. Gentili, M. Zamponi (a cura

di) *Stato, democrazia e legittimità. Le transizioni politiche in Africa, America Latina, Balcani, Medio Oriente* (Roma: Carocci, Roma).

Mwangi Kagwanja, P. 2003 "Facing Mount Kenya or Facing Mecca? The Mungiki, Ethnic Violence and the Politics of the Moi Succession in Kenya, 1987-2002" en *African Affairs*, 102, 406.

Stamp, P. 1991 "Burying Otieno: The Politcs of Gender and Ethnicity in Kenya" en *Signs*, 16, 4.

Widner, J. A. 1992 *The Rise of a Party-State in Kenya*: *From "Harambee!" to "Nyayo!"* (Berkeley University of California Press).

CONGO Y REGIÓN DE LOS GRANDES LAGOS

Bucyalimwe Mararo, S. 1997 "Land, Power, and Ethnic Conflict in Masisi (Congo-Kinshasa), 1940's-1994" en *The International Journal of African Historical Studies*, 30, 3.

Chrétien, J. P.2000 *L'Afrique des Grands Lacs, deux milles ans d'Histoire* (Paris Aubier).

Depelchin, J. 1974 "From Pre-capitalism to Imperialism: a History of Social and Economic Formations in Eastern Zaire (Uvira Zone c.1800-1965)" Ph.D. dissertation, Stanford University, Stanford.

De Vos, L.; Gerard, E.; Gerard-Libois J.; Raxhon, PH. 2005 *Les secrets de l'affaire Lumumba* (Bruxelles: Racine).

De Witte, L. 2000 *L'Assassinat de Lumumba* (Paris: Khartala).

Doom, R.; Gorus, J. 2004 *Politics of Identity and Economics of Conflict in the Great Lakes Region* (Brussel: VUB University Press).

Gentili, A. M. 1999 "Congo. Da Kabila a Kabila" en *Afriche e Orienti* 1, 2001.

ID.; "Congo-Zaire-Congo: dalle ribellioni alla democrazia" en *Afriche e Orienti*, 2.

Kennes, E. 2003 *Essai biographique sur Laurent-Désiré Kabila* (Paris: L'Harmattan).

Mathieu, P.; Willame, J. C. 1999 *Conflits et guerres au Kivu et dans la Région des Grand Lacs* (Paris: L'Harmattan).

Mugango Matabaro, S. 2003 *Les droits de l'homme dans la région des Grands Lacs. Réalité et illusions* (Louvain-la-Neuve: Bruylant-Académia).

Nzongola Ntalaya G. 1998 *From Zaire to Democratic Republic of Congo* (Uppsala Nordic Africa Institute).

Omasombo, J., Verhaegen, B. 1998 *Patrice Lumumba – Jeunesse et apprentissage politique (1925-1956)*, ("Cahiers africains", 33-34) (Paris: L'Harmattan).

---------- 2005, *Patrice Lumumba. Acteur politique de la prison aux portes du pouvoir (juillet 1956-février 1960)*, ("Cahiers africains", 68-70) (Paris: L'Harmattan).

Peemans, J-PH. 1997 *Le Congo-Zaire au gré du XXe siècle. Etat, Economie, Société 1880-1990* (Paris: L'Harmattan).

Turner, T. 2007 *The Congo Wars: Conflict, Myth, Reality* (London: Zed Books).

Vlassenroot, K.; Raeymaekers, T. (a cura di) "Conflitto e transizione in Congo" en *Afriche e Orienti*, VI, 1-2, 2004.

---------- 2004 *Conflict and Social Transformation in Eastern DR Congo* (Gent: Conflict Research Group/Academia Press).

Willame, J. C., *Banyarwanda et Banyamulenge, violences ethniques et gestion de l'identitaire au Kivu*, L'Harmattan, Paris 1997.

---------- 1997 *L'Accord de Lusaka, chronique d'une négociation internationale* (Paris: L'Harmattan).

---------- 1999 *Odyssée Kabila: trajectoire pour un Congo nouveau?* (Paris: Karthala).

RUANDA

Guichaoua, A. 1995 *Les crises politiques au Burundi et au Rwanda 1993-94* (Paris: Karthala).

---------- 2005 *Rwanda 1994. Les politiques du génocide à Butare* (Paris: Karthala).

Human Rights Watch 1999 *Leave None to Tell the Story. Genocide in Rwanda* (New York: Human Rights Watch,).

Mamdani, M. 2001 *When Victims Become Killers. Colonialism, Nativism and the Genocide in Rwanda* (Princeton: Princeton University Press).

Newbury, D. "Irredentist Rwanda: Ethnic and Territorial Frontiers in Central Africa" en *Africa Today*, 44, 2.

Pottier, J. 2002 *Re-imagining Rwanda. Conflict, Survival and Disinformation in the Late Twentieth Century* (Cambridge: University Press).

Prunier, G. 1995 *The Rwanda Crisis. History of a Genocide, 1959-1994* (London: Hurst and Company).

NIGERIA

Achebe Chinua 1984 *The Trouble with Nigeria* (London: Heinemann).

Bienen, H. S. 1985 *Political Conflict and Economic Change in Nigeria* (London: F. Cass).

Diamond, L. 1988 *Class, Ethnicity and Democracy in Nigeria: The Failure of the First Republic* (London: Macmillan).

Emiliani, M. 2004 *Petrolio, forze armate e democrazia* (Roma: Carocci).

Falola, T. 1996 *Development Planning and Decolonization in Nigeria* (Gainesville: University Press of Florida).

---------- 1998 *Violence in Nigeria: The Crisis of Religious Politics and Secular Ideologies* (Rochester: University of Rochester Press,).

Graf, W. D. 1988 *The Nigerian State: Political Economy, State, Class and Political System in the Post-colonial Era* (London: James Currey).

Gugliotta, A. 2008 *Nigeria risorse di chi?* (Bologna: Odoya).

Inonvbere, J. O.; Shaw, T. M. (eds.) 1988 *Towards a Political Economy of Nigeria: Petroleum and Politics in the (semi)-Periphery* (Aldershot: Avebury).

Joseph, R.A. 1987 *Democracy and Prebendal Politics in Nigeria: The Rise and Fall of the Second Republic* (Cambridge: Cambridge University Press).

Miles W. B., *Elections in Nigeria: A Grassroot Perspective*, Lynne Rienner, Boulder 1988.

Sklar, R. S. 2004 *Nigerian Political Parties: Power in an Emergent African Nation* (Trenton /Asmara: Africa World Press).

Soyinka, W. 1996 *The Open Sore of a Continent. A Personal Narrative of the Nigerian Crisis* (Oxford: Oxford University Press).

Watts, M. 2006 *Empire of Oil: Capitalist Dispossession and the Scramble for Africa* (Berkeley: University of California).

MOZAMBIQUE

Birmingham, D. 1992 *Frontline Nationalism in Angola and Mozambique* (London: James Currey).

Braathen, E.; Orre A. 2001 "Can a Patrimonial Democracy Survive? The Case of Mozambique" en *Forum for Development Studies*, 28, 2.

Cahen, M. 1993 "Check on Socialism in Mozambique. What Check? What Socialism" en *Review of African Political Economy*, 20, 57.

---------- 1987 *Mozambique: la Révolution Implosée, Etudes sur 12 ans d'indépendence (1975-1987)* (Paris: L'Harmattan).

---------- 2002 *Social and Political Roots of Renamo (Les bandits: un historien au Mozambique, 1994)* (Paris: Centre Culturel Calouste Gulbenkian).

Castel-Branco, C.; Cramer, C.; Hailu, D 2001 *Privatisation and Economic Strategy in Mozambique*, Discussion paper n° 2001/64 (Helsinki: Unu/Wider).

Dinerman, A. 2006 *Revolution, Counter-Revolution and Revisionism in Postcolonial Africa: the Case of Mozambique, 1975-1994* (London: Routledge).

Geffray, C. A. 1990 *La cause des armes au Mozambique. Anthropologie d'une guerre civile* (Paris: Karthala).

Hanlon, J. 2005 "Bringing it all Together: a Case Study of Mozambique" en G. Junne; W. Verkoren (eds.) *Postconflict Development: Meeting the New Challenges* (Boulder: Lynne Rienner).

---------- 1984 *Mozambique: The Revolution under Fire* (London: Zed Books).

---------- 1991 *Mozambique: Who Calls the Shots?* (Bloomington: Indiana University Press).

Harrison, G. 1996 "Democracy in Mozambique: the Significance of Multi-Party Elections" en *Review of African Political Economy*, 23, 67, 1996.

Pitcher, A. 2002 *Transforming Mozambique: The Politics of Privatisation, 1975-2000*, (Cambridge: Cambridge University Press).

Sheldon, K. E. 2002 *Pounders of Grain: A History of Women, Work and Politics in Mozambique* (Portsmouth: Heinemann).

Tornimbeni, C. 2007 "'Isto foi sempre assim': The Politics of Land and Human Mobility in Chimanimani, Central Mozambique" en *Journal of Southern African Studies*, 33, 3.

---------- 2008 "Sviluppo decentrato in Mozambico. Dalle politiche coloniali alla good governance" en *Afriche e Orienti*, numero speciale I.

Vines, A. 1994 *No Democracy without Money: the Road to Peace in Mozambique, 1982-1992* (London: Catholic Institute for International Relations).

---------- 1991 *Renamo: Terrorism in Mozambique* (London: James Currey).

ETIOPÍA Y ERITREA

Chelati Dirar, U. 1999 "Etiopia-Eritrea, le ragioni di un conflitto annunciato" en *Afriche e Orienti*, 2.

Connell, D., 1997 *Against All Odds: a Chronicle of the Eritrean Revolution* (Lawrenceville: Red Sea Press).

Gikes, P.; Plaut, M. 1999 *War in the Horn: the Conflict between Eritrea and Ethiopia* (London: Royal Institute of International Affairs).

Iyob, R. 1995 *The Eritrean Struggle for Independence: Domination, Resistance, Nationalism 1941-1993* (Cambridge: Cambridge University Press).

Jacquin-Berdal, D.; Plaut, M. (eds.) 2004 *Unfinished Business. Ethiopia and Eritrea at War* (Trenton-Asmara: Red Press Sea,).

Marcus, H. 2002 *A History of Ethiopia* (Berkeley: University of California Press,).

Negash, T.; TronvoL, L. K. 2000 *Brothers at War: Making Sense of the Eritrean-Ethiopian War* (Oxford: James Currey).

Pateman, R. 1998 *Eritrea: Even the Stones Are Burning* (Lawrenceville: Red Sea Press).

Plautm, M. 2005 Jacquin-Berdal D. (eds.) *Unfinished Business: Ethiopia and Eritrea at War* (Lawrenceville: Red Sea Press).

Pool, D. 2001 *From Guerrillas to Government: the Eritrean People's Liberation Front* (Oxford: James Currey).

Reid, R. J. *"The Challenge of the Past: the Quest for Historical Legitimacy in Independent Eritrea"* en *History in Africa*, 28.

Taddia, I. 2004 *"Il Corno d'Africa fra colonialismo, problemi dello Stato e conflitti"* en Africa (Roma), LIX, 1.

Wrong, M. 2005 *I Didn't Do it For You: How the World Betrayed a Small African Nation* (London Fourth Estate).

SUDÁN

Barnett, T.; Abdelkarim, A. (eds.) 1998 *Sudan: State, Capital and Transformation* (London: Croom Helm).

Bellucci, S.; Zaccaria M. (a cura di) 2006 "Sudan 1956-2006: cinquant'anni di indipendenza" en *Afriche e Orienti*, VIII, 1-2.

De Waal, A. 1989 *Famine that Kills: Darfur, Sudan 1984-1985* (Oxford: Clarendon Press).

---------- 2006 *War in Darfur and the Search for Peace*, Global Equity Initiative (Cambridge: Harvard University Press).

---------- "Who are the Darfurians. Arab and African Identities, Violence and External Engagement" en *African Affairs*, 104, 415, 205.

Flint, J. ;De Waal A. 2005 *Darfur: A Short History of a Long War* (London: Zed Books).

Johnson, D. H. 2003 *The Root Causes of Sudan Civil Wars* (Oxford: James Currey).

Markakis, J., *The Horn of Conflict*, en "Review of African Political Economy", 30, 97, 2003.

Millard Buur, J., Collins R., *Africa's Thirty Years' War: Chad-libya-the Sudan, 1963-1993* (Boulder: Westview Press).

Prunier, G. 2005 *Darfour: The Ambiguous Genocide* (Ithaca: Cornell University Press).

Ruay, D. A. 1994 *The Politics of the two Sudans* (Uppsala: Nordic Africa Institute).

GHANA

Chazan, N. 1983 *An Anatomy of Ghanaian Politics: Managing Political Recession, 1969-1982* (Boulder: Westview).

Frimpong-Ansah, J. H. 1991 *The Vampire State in Africa: The Political Economy of Decline in Ghana* (London: James Currey).

Gocking, R. S. 2005 *The History of Ghana* (Westport: Greenwood Press).

Hill, P. 1997 *The Migrant Cocoa-farmers of Southern Ghana: A Study in Rural Capitalism* (London: James Currey).

Lentz, C. ; Nugent, P. 2000 *Ethnicity in Ghana: the Limits of Invention* (New York St.: Martins Press).

Nkrumah, K. 1963 *Africa Must Unite* (London: Heinemann).

---------- 1957 *Ghana: the Autobiography of Kwame Nkrumah* (London: Thomas Nelson).

Nugent, P., *Big Men, Small Boys and Politics in Ghana: Power, Ideology and the Burden of History 1982-1994*, Pinter, New York 1995.

Pellow, D.; Chazan, N. 1986 *Ghana: Coping with Uncertainty*, (Boulder: Westview).

Rathbone, R. 2000 *Nkrumah and the Chiefs: The Politics of Chieftancy in Ghana 1951-1960* (London: James Currey).

TANZANIA

Boesen, J. *et al.* (eds.) 1986 *Tanzania: Crisis and Struggle for Survival*, (Uppsala: Scandinavian Institute of African Studies).

Hood, M. 1988 *Tanzania after Nyerere* (New York: Pinter).

Maddox, G.; Giblin J. (eds.) 2005 *In Search of a Nation. Histories of Authority and Dissidence in Tanzania* (Oxford: James Currey)

Martin, D. C. 1988 *Tanzanie: l'invention d'une culture politique* (Paris: Karthala).

Othman, H.; Bavu, I. K.; Okema, M. (eds.) 1990 *Tanzania: Democracy in Transition* (Dar es Salaam: Dar es Salaam University Press).

Schneider, L. 2004 "Freedom and Unfreedom in Rural Development: Julius Nyerere, Ujamaa Vijijini, and Villagization" en *Canadian Journal of African Studies*, 38, 2, 2004.

Shivji, I. 1998 *Not yet Democracy: Reforming Land Tenure in Tanzania* (London/Dar es Salaam: International Institute for Environment and Development/Hakiardhi).

SUDÁFRICA

Beinart, W. 1994 *Twentieth-Century South Africa*, (Oxford/New York : Oxford University Press).

Desai, A. 2002 *We Are the Poors: Community Struggles in Post-apartheid South Africa* (New York: Monthly Review Press).

Krog, A. 2000 *Country of my Skull: Guilt, Sorrow and the Limits of Forgiveness in the New South Africa* (New york: Three Rivers).

Lodge, T. 2003 *Politics in South Africa: From Mandela to Mbeki*, (Oxford: James Currey).

Mandela, N. 1995 *Lungo cammino verso la libertà. Autobiografia* (Milano: Feltrinelli).

Marais, H. 1998 *South Africa: Limits to Change. The Political Economy of Transition* (London: Zed Press).

Mayekiso, M. 1996 *Township Politics: Civic Struggles for a New South Africa*, Monthly (New York: Review Press).

O'meara, D. 1996 *Forty Lost Years. The Apartheid State and the Politics of the National Party, 1948-1994* (Randburg: Ravan Press).

Terreblanche, S., *A History of Inequality in South Africa, 1652–2002* (Pietermaritzburg: University of Natal Press).

Thompson, L. 1996 *A History of South Africa*, (New Haven: Yale University Press).

Wilson, R. 2001 *The Politics of Truth and Reconciliation in South Africa: Legitimizing the Post-Apartheid State* (New York: Cambridge University Press).

SOBRE AJUSTE ESTRUCTURAL, TRANSICIONES, DESARROLLO

Adedeji, A.; Rasheed S.; Morrison M. (eds.) 1990 *The Human Dimension of African Persistent Economic Crisis* (London: Hans Zell).

Bratton, M.; Van De Walle, N. 1997 *Democratic Experiments in Africa. Regime Transitions in Comparative Perspective* (Cambridge: Cambridge University Press).

Cornia, G.; Jolly, R.; Steward, F. (eds.) 1987 (t. I)/1988 (t. II) *Adjustement with a Human Face*, (Oxford: Oxford University Press).

Gentili, A. M.; Zamponi, M. 2005 (a cura di), *Stato, Democrazia e Legittimità. Le transizioni politiche in Africa, America latina, Balcani, Medio Oriente* (Roma: Carocci).

Gibbon, P.; Bangura,Y.; Ofstad, A. (eds.) 1992 *Authoritarism, Democracy and Adjustment: The Politics of Economic Reform in Africa* (Uppsala: Scandinavian Institute of African Studies).

Gibbon, P.; Havnevik, K. J.; Hermele, K. 1993 *A Blighted Harvest: The World Bank and African Agriculture in the 1980's* (London: James Currey).

Harbeson, J. W., Rothchild, D.; Chazan, N. 1996 *Civil Society and the State in Africa* (Boulder: Lynne Rienner).

Mkandawire, T.; Soludo, CH. 1999 *Our Continent, Our future. Perspectives on Structural Adjustment* (Dakar-Ottawa-Trenton: CODESRIA-Idrc-Africa World Press).

Mkandawire, T. "Thinking about Developmental States in Africa" en *Cambridge Journal of Economics*, 25, 3.

Mosley, P.; Harrigan, J.; Toye, J. 1991 *Aid and Power: The World Bank and Policy Based Lending* (London: Routledge).

Nyang'oro, J. E.; Shaw, T. M. (eds.) *Beyond Structural Adjustment in Africa: The Political Economy of Sustainable and Democratic Development* (New York: Praeger).

Onimode, B. (ed.) 1989 *The IMF, the World Bank and the African Debt, t. 2: The Social and Political Impact* (London: Zed Books).

Orvis, S. 2001 "Civil Society in Africa or African Civil Society" en *African and Asian Studies*, 36, 1,.

Pallotti, A. (a cura di) 2006 "Trasformazioni democratiche in Africa" en *Afriche e Orienti*", 3-4.

---------- 2005 *Regionalismo, sicurezza e sviluppo in Africa sub-sahariana: storia e politica della Southern African Development Community* (Repubblica di San Marino AIEP).

Raikes. PH. 1996 Gibbon P., Engberg-Pedersen P. (eds.) *Limits of Adjustment in Africa: The Effects of Economic Liberalisation* (London: James Currey).

Raikes, PH.; Gibbon, P.; Engberg-Pedersen, P.; Udsholt, L. 1996 *Limits of Adjustment in Africa: The Effects of Economic Liberalisation, 1986-94* (London: James Currey).

Sandbrook, R. 1996 "Transition without Consolidation: Democratisation in Six African Cases" en *World Quarterly*, 17, 1.

Soludo, CH. 1999 *Our Continent, Our Future. Perspectives on Structural Adjustment* (Dakar: CODESRIA).

Triulzi, A.; Ercolessi, M. C. 2004 "State, Power, and New Political Actors in Postcolonial Africa" en *Annali della Fondazione Feltrinelli* (Milano: Fondazione Giacomo Feltrinelli).

Volpi, F.; Mersi, F. B. (a cura di) 1993 *Crisi, aggiustamento e sviluppo: il caso dell'Africa sub-sahariana* (Milano: F. Angeli).

Wayne Nafzinger, E. 1993 *The Debt Crisis in Africa*, (Baltimore: The Johns Hopkins University Press).

World Bank 1981 *Accelerated Development in Sub-Saharan Africa: An Agenda for Action* (Washington DC World Bank).

---------- 1994 *Governance: The World Bank Experience* (Washington DC World Bank).

---------- 1989 *Sub-Saharan Africa: From Crisis to Sustainable Growth. A Long Term Perspective Study* (Washington DC World Bank).

SOBRE LA GOBERNABILIDAD

Akindès F. 1996 *Les mirages de la démocratie en Afrique subsaharienne francophone* (Dakar: CODESRIA)

Bach, D. 1999 *Regionalisation in Africa: Integration and Disintegration* (Oxford: James Currey).

Bratton, M.; Van De Walle, N. 1997 *Democratic Experiments in Africa. Regime Transitions in Comparative Perspective* (Cambridge: Cambridge University Press).

Brautigan, D. 2000 *Aid Dependence and Governance* (Stockholm: Expert Group on Development).

Doornbos, M. 2001 "Good Governance: the Rise and Decline of a Policy Metaphor" en *Journal of Development Studies*, 37, 6,

Eboussi Boulaga, F. 1993 *Les Conférences nationales en Afrique noire*, *une affaire à suivre* (Paris: Karthala, Paris).

Ela, J. M. 1998 *Innovations sociales et renaissance de l'Afrique noire: les défis du monde d'en-bas* (Paris: L'Harmattan, Paris).

Ellis, S. (ed.) 1996 *Africa Now: People, Policies and Institutions* (London/Karthala/Paris: James Currey/Heinemann 1996.

Gazibo, M. 2005 *Les paradoxes de la démocratisation en Afrique, Analyse institutionelle et stratégique* (Montreal: Les Presses de l'Université de Montréal).

Hamdok, A. 2001 *Governance and Policy in Africa, Recent Experiences*, Discussion Paper n. 2001/126 (Helsinski: Unu-Wider).

Levy, B. 1999 "Improving Governance in Sub-Saharan Africa: From 'Best Practice' to 'Good Fit' Workshop on "Can Africa Claim the 21st Century?", African Development Bank, Abidjan.

Monga, C. 1994 *Anthropologie de la colère: société civile at démocratie en Afrique* Paris: L'Harmattan).

Nyamnjoh, F. B. 2005 *Africa's Media, Democracy and the Politics of Belonging* (London: Zed Books)..

Nyong'o Anyang' 1999 "The State of Governance in Africa" Conference on "Good Governance and Sustainable Development in Africa", African Development Bank, Abidjan.

Pondi, J. E. 2005 *L'ONU vue d'Afrique*, Maisonneuve & Larose (Paris: Afredit).

Se terminó de imprimir en el mes de abril de 2012
en los talleres de Gráfica Laf SRL
Monteagudo 741, Villa Lynch, San Martín

Impreso en Argentina